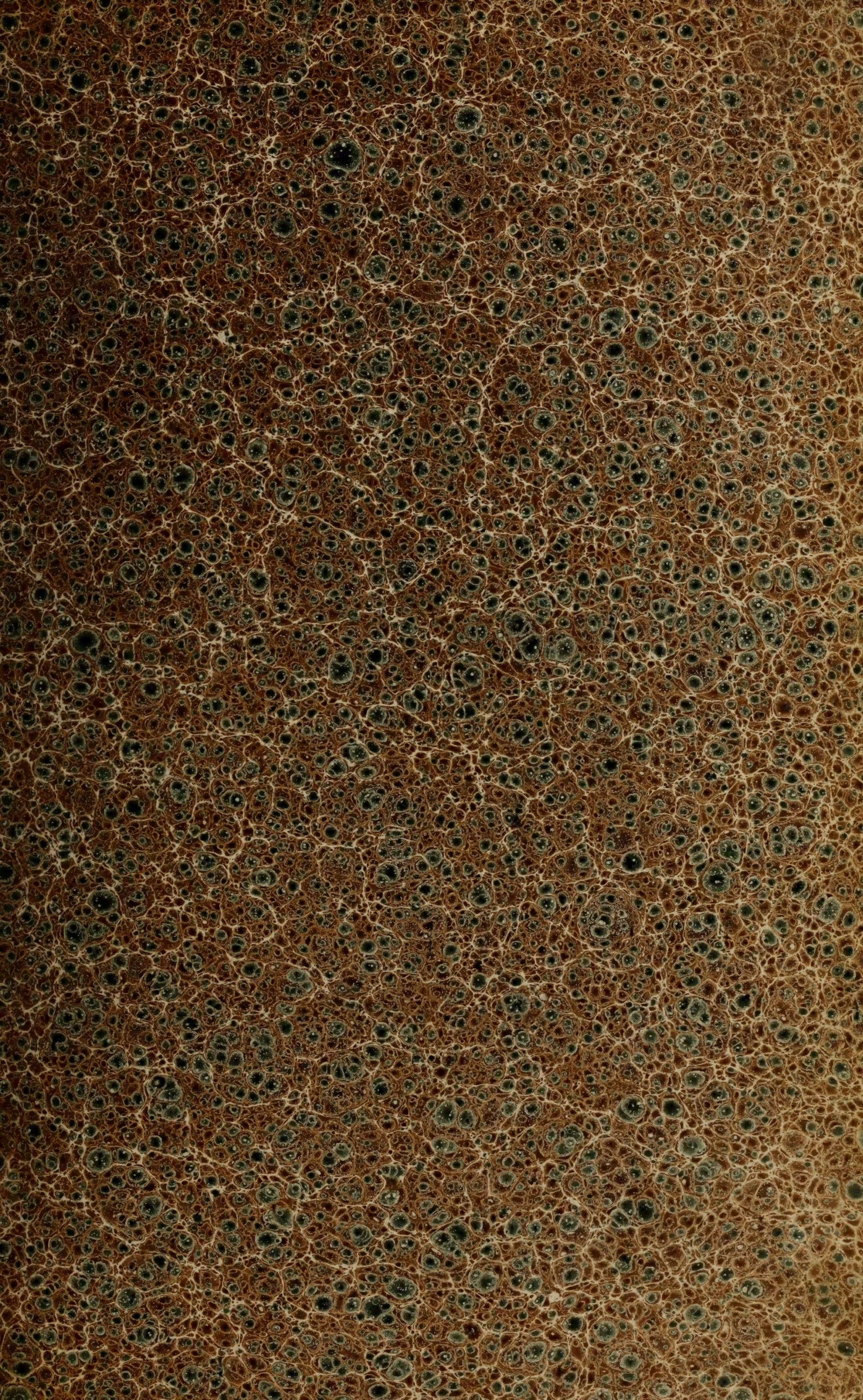
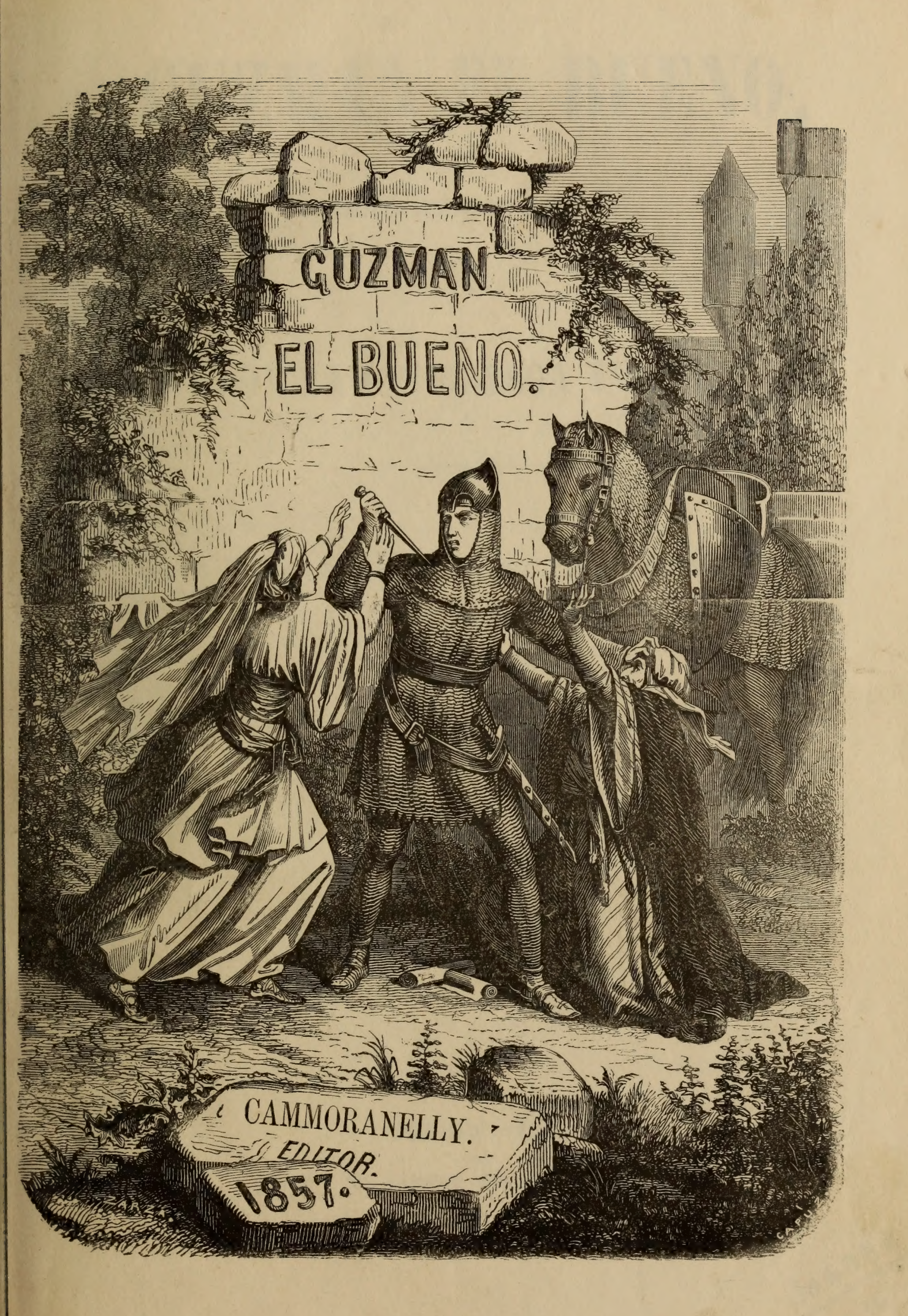

3 1761 09545831 1






307/20


GUZMAN
EL BUENO.
CAMMORANELLY.
EDITOR.
1857.

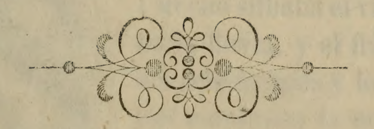
GUZMAN EL BUENO,

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

DE

DON RAMÓN ORTEGA Y FRÍAS.

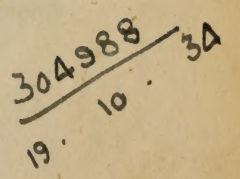
Edicion de lujo adornada con preciosas láminas sueltas y viñetas intercaladas en el testo, representando las escenas mas interesantes de la obra.



MADRID:—1857.

IMPRENTA DEL GABINETE CIENTIFICO Y LITERARIO DE

D. J. Cammaranelly, Travesía de S. Mateo nº. 6.





PROLOGO.

EL DOBLE LAZO.

Si mucho silbaba el viento mas arreciaba la lluvia, y el frio y la oscuridad, los relámpagos y los truenos, hacian tan tenebrosa la noche en que estamos, que las viejas temblaban y encendian con ferviente devocion amarillos trozos de cirios benditos, y los hombres no se atrevian á abandonar sus hogares. Las calles de Toledo estaban desiertas, y en vano hubiera querido buscarse alma viviente en toda la ciudad, pues solo se veia algun aterido centinela en este ó el otro punto de la muralla, buscando inútilmente abrigo á la tempestad.

Estamos á mediados de noviembre del año de 1276.

En una estrecha calle, pendiente y tortuosa, situada en uno de los estremos de la ciudad, se levantaba un edificio de caprichosas proporciones y aspecto sombrío. Uno de sus costados formaba parte de un callejon sin salida y al que no daba ninguna puerta.

Este edificio se componia de dos elevados cuerpos de gruesas paredes, negras y medio ruinosas en muchas partes. En el piso superior se veian tres ventanas desiguales y á bastante distancia unas de otras, y en el inferior solo una reja de gruesos y enmohecidos barrotes de hierro. La puerta era en estremo grande, pero por una estravagancia incomprensible, la habian tapiado sólidamente en su mayor parte, sin dejar mas espacio que el preciso para que pudiese entrar una persona de pequeña estatura. Por la parte que daba al callejon, solo habia una gran ventana á tres pies del suelo, sin barras que la defendiesen. El negruzco color de las paredes, el silencio del interior, y los estraños cuentos que corrian de boca en boca sobre el misterioso edificio y la única persona que lo habitaba, eran causa de que los crédulos vecinos de la imperial ciudad, se horrorizasen á su vista y murmurasen al pasar por allí un *Jesus, Maria y José* con fervorosa devocion.

Esta casa era conocida con el nombre del *Nido de la Hechicera*, y á juzgar por su interior, se le habia bautizado con bastante propiedad. Desde la puerta de entrada, hasta el último de sus ángulos, estaba dividida su superficie en reducidos trozos que formaban desiguales pasillos y mezquinas habitaciones, sin haber mas que solo una de vasta estension en el piso bajo.

Dijimos que las calles estaban desiertas, y nos equivocamos, porque con direccion á esta casa, y viniendo como del centro de la ciudad, caminaban dos hombres envueltos en anchas capas. Uno de ellos procuraba defender de la lluvia, con su misma ropa, á un niño que llevaba en brazos, y cuya cabeza, con el auxilio del resplandor de los relámpagos, se veia asomar por el embozo de la capa que le cubria. Ambos

llevaban desnudas y en la diestra las espadas, cuyas afiladas puntas relucian por intérvalos, y tropezaban, rechinando alguna vez en el mojado piso.

De la otra parte de la calle caminaba en direccion opuesta otro embozado, y aunque la noche era oscura, veíase brillar el acerado casco que cubria su cabeza. El sonido de sus largos acicates, que de vez en cuando chocaban contra las piedras, y la pesadez y mesura de sus pasos, denotaban claramente que acababa de dejar su cabalgadura, y que se encontraba armado como si fuese á entrar en una batalla, ó viniese de ella. Debia sufrir alguna honda pena, porque su respiracion era agitada y de sus labios salian frases de tristeza ó desesperacion.

—¡Imposible! decia. ¡Imposible!... No... Pero entonces... ¡Ah!... Podré encontrar algun inconveniente... aunqué á mi entrada se oponga el infierno.... Apuremos.

Los dos primeros hombres se pararon delante de la casa misteriosa, y mientras el uno preguntaba al otro «¿son dos y luego uno?» y su compañero le contestaba afirmativamente, dirijióse á ellos el del casco, recatándose cuidadosamente el rostro.

—¿Quién va? preguntó el que llevaba el niño, en tanto que el otro presentaba su acero al desconocido.

Este dió por toda respuesta un rudo ataque.

Trabóse la pelea, el niño se guareció en el quicio de la puerta, y el chis chas de las espadas se mezcló con los ecos de la tormenta.

—¿Sois, dijo para sí el guerrero, los guardadores del ara donde se sacrifica mi honra?

Y luego, mas diestro ó mas atrevido, cerrando con sus adversarios les hizo perder algun terreno.

—Advertid que estais solo, dijo uno de ellos, que somos dos, y ¡voto á Lucifer! sino dejais la calle no habreis de contar mañana esta aventura.

—¡Paso, villanos! exclamó el caballero, á la vez que la espada de uno de sus contrarios cayó al suelo.

Pero, sin duda por un descuido, bajóse al mismo tiempo el embozo de su capa, y un relámpago iluminó la calle.

—¡Guzman!.... exclamó el desarmado, á la vez que cogia el niño y se daba á correr á toda prisa.

Sorprendióse algo su compañero, pero al salir de su turbacion, solo pudo, recogiendo todas sus fuerzas, dar un grito para caer exánime. Tenia atravesado el pecho de una estocada.

El llamado Guzman envainó su larga tizona, acercóse á la puerta de la casa, y dando primero dos golpes, y luego uno despues de mas largo intérvalo, esperó. A juzgar por la apariencia, pudiéramos decir que el pasado lance no le habia causado impresion alguna, y aun casi aseguraríamos que, absorto en una idea, lo habia olvidado completamente.

La puerta se abrió sin hacer el menor ruido, penetró Guzman, y cerróse de nuevo y con la misma cautela.—Sigámosle.

Caminaba tras una muger vestida de negro, súcia y miserable, que con una lámpara de hierro en la diestra, atravesaba tortuosos pasillos y lóbregas habitaciones. Representaba aquella muger unos cincuenta años de edad, y sin embargo, en sus facciones apenas se veia alguna arruga. Presentaba su cara un aspecto estraño: notábase en ella un singular contraste de perfecciones y deformidades, que parecian hijas del estudio y reunidas para hacer mas notables las unas y las otras. El ojo izquierdo, cerrado y muy saliente á consecuencia de una grande hinchazon del párpado, contrastaba de una manera particular con su compañero, de negra y brillante pupila, espresivo, y de una belleza sin igual. Su frente, coronada de espesos cabellos rojos, ásperos y despeinados, medía poco mas de una pulgada de anchura: era su nariz desmesuradamente larga, algo torcida y cubierta de negras berrugas; y su boca, delineada con admirable perfeccion, estaba desfigurada por una horrible caja de dientes súcios y mal colocados. La barba era bellísima en sus contornos, aunque la afeaban otras dos gruesas berrugas; y sus megi-

¡Guzman!...

llas, á no estar cubiertas de un cútis amoratado en muchas partes y lleno de manchas rojizas en otras, hubieran podido ser envidiadas por la dama mas presumida. El largo manto no permitia descubrir su encorbado talle, pero casi podria asegurarse que habia sido esbelto en su juventud.

Llegaron á un sitio en que se veian dos puertas en distintas paredes, y la vieja se paró.

—Ahí, dijo, vendrán; vos aguardareis aquí. Yo os avisaré, y entre tanto, que nada os llame la atencion. Hace un poco que por arrebato me habeis hecho un gran perjuicio: yo os lo perdono, pero en adelante cuidaos solamente de lo que os importa.

Miró el caballero á la bruja, y buscaba admirado que responderla, cuando fué impelido hácia una pequeña habitacion donde quedó solo . . . .

. . . .

Dos horas habrian trascurrido, y en este tiempo el hombre que antes llevaba en brazos al niño, entró con él en la casa y quedóse allí. La hechicera salió, estuvo largo rato fuera, y volvió, al fin, acompañada de otro embozado que fué conducido al único salon que habia en el *nido de la hechicera.*

El techo de esta habitacion se encontraba á una elevadísima altura, tanto, que podia muy bien creerse que formaba parte del que cubria el edificio: estaba en forma de cúpula y sostenido por gruesas vigas, cuyos estremos se unian con las de otras que atravesaban del uno al otro lado del salon. Sus paredes, desnudas de todo adorno y ennegrecidas por el tiempo, estaban carcomidas en muchas partes. Próxima al techo se veia una especie de ventana, sin maderas que la cerrasen, y por donde el viento y la lluvia entraban á su placer. Contrastando con el techo, el piso era de blanquísimo mármol, y en compensacion de la falta de abrigo de la ventana, las hojas de la puerta eran de oloroso cedro, labradas con sorprendente maestría y llenas de incrustados de brillante nácar. El mueblage era casi nulo: algunos banquillos

deteriorados y esparcidos con desórden, y una maciza mesa sobre la que ardian dos grandes lámparas. Dos cosas nos faltan por enumerar, y queremos hacer de ellas especial mencion: un espejo de acero bruñido, de rarísimo ó casi desconocido tamaño en aquella época, pegado á una de las paredes y descansando en el pavimento, y un magnífico divan forrado de vistosa tela de seda azul y guarnecido con adornos de oro primorosamente labrados y cuyos estremos tocaban en el suelo. Del espejo se contaban maravillas por las pocas personas que habian podido y se habian atrevido á entrar en aquella casa para saber su porvenir por boca de la hechicera; el divan no se habia visto nunca en aquella habitacion.

El embozado era el rey don Alonso X, llamado el Sabio. Tenia en aquella época cincuenta y cuatro años y apenas representaba unos cuarenta y ocho. Su estatura era elevada, su aspecto noble, sus miradas dignas y verdaderamente régias, y de su boca no salian mas que palabras corteses y frases filosóficas, aunque muchas veces arrogantes. Su rostro era algo enjuto, su frente espaciosa y coronada de rúbios cabellos. Traslucíase en su mirada, magestuosa y dulce á la vez, una delicadísima sensibilidad y el desarrollo mal reprimido de mundanas pasiones. Tenian sus ojos irresistible atractivo, imponia respeto su grave continente, y sin embargo; á pesar de estas dotes y de las raras cualidades de su claro entendimiento, ni le respetaron sus vasallos, ni le temieron sus vecinos, ni acertó á gobernar engrandeciendo su reino, sino por el contrario, amenguólo y fué ocasion de perpétuos disturbios, viéndose hasta despojar de su corona por su propio hijo.

Don Alonso arrojó sobre una banqueta su mojada capa y su sombrero, y fué á sentarse en el divan.

—Es decir, preguntó á la vieja, que dentro de media hora.....

—Estará aquí doña Maria Coronel, contestóle con estraña voz.

—Ella creerá encontrar á su esposo, repuso el rey con

aire meditabundo, y caerá en este lazo... El medio, condenada bruja.....

—¡El medio!... si en eso repara V. A., jamás llegará á ningun fin.

—¿Y si aun no puedo conseguir?....

—Esto toca ya á V. A.: mis intrigas no alcanzarán á conquistar su corazon: amor con amor se compra. ¿Cómo alcanzó V. A. los favores de la firme virtud de doña Ines de Carbajal?....

—¡Silencio, miserable! exclamó el rey, clavando en la vieja una terrible mirada. ¿Quién te autorizó para nombrar á doña Ines?

La hechicera permaneció inmóvil, y solo un observador atento hubiera podido advertir que su único ojo brilló como un relámpago, mientras un ligero estremecimiento la agitó instantáneamente. No era, sin embargo, el pavor el que la hacia temblar, porque tuvo bastante atrevimiento para decir en tono hipócrita:

—Creí que era grato á V. A. el recuerdo del hijo....

—¡Silencio! repitió don Alonso fuera de sí.

—¿Tiene V. A. algo que mandar?

El rey arrojó á la hechicera un bolsillo; enderezóse repentinamente el encorvado talle de esta, pero con la rapidez del pensamiento volvió á su habitual postura, bajó humildemente la vista que tambien habia levantado con orgullo, y recogiendo el bolsillo, salió despues de haber dado las gracias.

Don Alonso, absorto en una sola idea, nada advirtió, y levantándose para dar algunos pasos á lo largo de la sala exclamó luego con acento triste:

—¡Mi hijo.... es verdad.... Dios mio!....

Sentóse al cabo de algunos instantes: su frente se ardia, y una lucha interior trastornaba su cabeza. Iba á mancillar cobardemente la purísima honra del mejor de sus vasallos, del mas valiente de sus capitanes, que quizá en aquel momento derramaba su sangre por él. Empero ante estas re-

flexiones se representaba el recuerdo de doña Maria con toda la seduccion de su belleza, y la materia, sobreponiéndose al espíritu, ahogaba la razon y daba al crímen tan irresistibles atractivos cuantos tenia la muger ocasion del desvario. Dos ó tres veces estuvo á punto de abandonar su empresa: una de ellas se levantó al parecer del todo decidido, pero al acercarse á la puerta, abrióse de par en par, y doña Maria Coronel entró, á la vez que echaba á la espalda su negro manto como para dejar mas libres sus movimientos.

Paróse el rey; ya no era tiempo de retroceder, el amor propio habia venido á acallar todos los demas sentimientos.

Doña Maria esparció una escrutadora mirada por el aposento, luego la fijó en el rey y quedó sorprendida; despues volvió atrás su rostro como en busca de su conductora, pero esta habia desaparecido y la puerta estaba cerrada; el asombro se pintó en su semblante y la duda enmudeció su lengua.

—Estais á mi lado, señora, y nada temais, la dijo el rey con dulce tono y alargándole la mano para conducirla al divan.

—Perdonad, señor.... ¿Y mi esposo? dijo doña Maria, yendo maquinalmente hácia el asiento que don Alonso la ofrecia.

—Sentaos, hermosa señora, ya le vereis.

Sentóse doña Maria. Contempló el rey sus grandes ojos azules, dulces y espresivos; sus dorados cabellos; su nacarado cútis y las perlas de su boca. No era la esposa de don Alonso Perez de Guzman una de esas mugeres cuyas facciones analizadas presentan un tipo de perfeccion que se admira con entusiasmo, pero su conjunto tenia ese irresistible atractivo que no se puede decir dónde está ni en qué consiste, pero que enciende el corazon y arrebata el pensamiento.

—Me han dicho que está herido, continuó doña Maria.

—Está bueno, segun mis últimas noticias.

—¿Pues qué, no está aquí? replicó sorprendida la dama.

—No tengais cuidado, señora, que aunque se encuentra ausente vuestro esposo no falta quien vele por vos. ¡Ah, si

pudiese trocar mi corona por el señorío de San Lúcar, con tal de merecer uno solo de esos recuerdos!

Estas palabras hicieron conocer á doña Maria el lazo en que habia caido, y tuvo necesidad de recurrir á todas sus fuerzas. Bajó un momento la cabeza, quedó pensativa, y luego irguiendo la frente y dando á su rostro toda la majestad del Tonante, dijo:

—¡Señor!...

—¡Oh, por piedad! interrumpió don Alonso, ¡por piedad!...

—¡Por piedad!.... los reyes no saben pronunciar esa palabra.

—Ante vos, señora, y para alcanzar una mirada vuestra...

—Satisfaced, interrumpió doña María, vuestro capricho á la fuerza con la que de monarca teneis, ó alejaos, yo os lo mando, si ante mí no sois mas que un hombre.

—¡Hombre! sér débil á quien dominan vuestras miradas, á quien trastorna vuestro aliento. Me falta el valor para la violencia, no tengo fuerzas para alejarme. Mi amor solo se satisface con amor y no con otros goces se contenta.

—¡Ni rey que manda, ni hombre que obedece, ni aun niño que se amedrenta!... ¿Quién, pues, me tendió este lazo? Haceis que me traigan aquí engañada, fingiendo que me llama mi esposo, diciéndome que está herido, escitando así mis mas caros sentimientos y arrastrándome con la fuerza de mis mas sagrados deberes; y al entrar en esta impura manida... ¡Ah!.... permitidme que calle, porque la vergüenza sale á mi rostro al dar al rey Sabio una leccion.

—¡Ah, señora! ¿Qué mal os hice para que os mostreis tan cruel? Intentais ajar mi dignidad de rey, mi orgullo de hombre para vengar una ofensa que no os hice. ¿Es, por ventura, un crímen mi pasion? Y aun siéndolo ¿la infundí yo en mi alma? ¿Está tampoco en mi mano contrarestar sus afectos? Si es delito mi amor, acusad á vuestros ojos....

—Basta, señor, porque escuchándoos estoy y aun no puedo creer que salen de vuestra boca esas palabras. ¡En qué me

ofendisteis!... Si don Alonso Perez de Guzman llegase inesperadamente á Toledo y sorprendiese á su esposa fuera de su casa al lado de otro hombre, á estas horas y en tal sitio ¿qué pruebas alegaria yo en favor de mi inocencia? Sin testigos he sido engañada por la infame muger que me ha traido aquí; ninguno de mis criados sabe el objeto de mi salida, que á todos estrañará.... ¿Bastaria mi palabra al esposo ofendido? Preguntad el mal á que me esponeis.

—Son temores vanos los que os hacen ofendida; vuestro esposo, señora, no puede llegar hoy á Toledo.

—¿Sabies, señor, que el solo hecho de pedirme correspondencia á vuestro amor ofende mi virtud? ¿Son estos, por ventura, temores vanos de lo que puede acontecer, ó realidades que como tales sucedieron?.... Basta, señor, basta; evitadme, os repito, el dar al rey Sabio una leccion.

—¡Oh, decid cuanto querais!... Harta, señora, es mi desdicha. ¿Creeis que han de atormentarme mas vuestras palabras que mi pasion?... Tres años hace que sufro de una manera horrible, que la luz de vuestros ojos es mi única luz, que vuestro recuerdo es mi sola ilusion. Ni me importa mi corona, ni me espanta la guerra, ni me halaga la paz: todos mis sentimientos están reconcentrados en uno, vos, solo vos, y el pecho se me abrasa y gime el corazon hecho pedazos.... ¡Por piedad! hombre, rey ó débil niño, una palabra no mas.

Y sus encendidos ojos se fijaron con avidez en doña María, y entre sus convulsivas manos estrechó las de la dama intentando estampar en ellas sus abrasados labios.

Radiante de magestad, imponente y lanzando sobre don Alonso una mirada de desprecio, levantóse súbita la esposa del señor de San Lúcar, y esclamó con acento grave:

—¡Apartaos!

Y se dirigió pausadamente hácia la puerta.

Esta se abrió, y en su dintel apareció un hombre como aparece una sombra: doña María dió un agudo grito y cayó en tierra, mientras que el rey, helado de estupor, murmuraba con acento de sorpresa:

—¡Guzman.... don Alonso!...

Era efectivamente el esposo de doña María. La noble dama no pudo soportar la presencia del hombre que tenia derecho á juzgarla llamándola criminal y al que no podia probar su inocencia.

Don Alonso Perez de Guzman permaneció inmóvil, fija la vista en el cuadro que tenia delante, y sin pronunciar una palabra.

Era Guzman de elevada estatura. Su ancha frente estaba rodeada dn negros cabellos que caian descuidadamente sobre la gola de su acerada armadura. Sus grandes ojos negros y vivos, tenian una espresion en estremo severa, y la constante costumbre de fruncir el ceño habia hecho una arruga entre sus arqueadas cejas. Una espesa barba, negra y brillante, cubria el moreno cútis de sus megillas, y bajo su bigote se escondian dos hileras de blanquísimos dientes. Todas sus formas eran robustas, pronunciadas y denotaban el frecuente ejercicio de sus miembros y la ventaja de sus fuerzas.

Estaba en aquellos momentos imponente; parecia mas elevada su estatura, y la espresion de su rostro hubiera hecho temblar á cualquiera que no fuese el rey.

El profundo silencio que reinaba duró algunos instantes, y comprendiendo don Alonso X que no era conveniente prolongar aquella escena, hizo un violento esfuerzo, lo olvidó todo menos que era el monarca, y dijo con acento breve:

—¿Qué buscais?

—Mi honra, contestó el caballero, dejando escapar centellas de sus ojos.

—Está en el campo de batalla, escondida en el pecho de los enemigos, id á sacarla con los hierros de vuestra lanza, replicó el rey con tono de autoridad.

—Allí está la del rey, la de sus mesnadas, la defendí á costa de mi sangre; y el rey mientras, me roba la mia, porque la mia está aquí, solo aquí. ¿Quién es esa muger? Esa muger es la mia, es en su pecho donde está mi honra, y vos sois un hombre, solo un hombre que intenta arrancar

esa honra, no á costa de sangre, sino con la intriga, la....

—Yo soy el rey, interrumpió don Alonso X, levantando la cabeza y queriendo salir.

Los ojos de Guzman se inyectaron de sangre, crugiendo sus dientes: y poniéndose delante de la puerta exclamó con acento iracundo:

—¡Atrás!

—¿Quién se me pone delante? ¡Paso al rey! gritó don Alonso cuyas megillas estaban encendidas por el orgullo.

—Yo, solo yo, el esposo ofendido que pide cuentas al seductor.....

—No provoqueis mi enojo, don Alonso; tened la lengua y pensad que mañana puedo hacer que ruede vuestra cabeza.

—¡Mi cabeza, señor! ¡Mi cabeza cuando en cien ocasiones la he puesto bajo la espada del enemigo por defender esa corona que ahora quiere humillarme!... Un Guzman no tiene miedo, y estima en tanto su honra, que no hay vida ni hay nada que la iguale. ¡Necia amenaza la de la muerte para quien la busca cada dia lleno de gozo y desnudo de ambicion! Ante los ojos de Dios, ante la conciencia, solo hay aquí dos hombres iguales, porque vos, al intentar este infame paso, habeis dejado la corona, y os habeis rebajado hasta quedar á mi altura. Uno de estos dos hombres es el ofensor y otro el ofendido. ¿Tengo derecho á pediros cuenta de la ofensa? Decidlo vos, cuya rectitud os da tan alta fama; vos que respetais tanto los fueros de la justicia que hasta en las querellas de vuestros rebeldes vasallos habeis podido someteros, como de igual á igual, á un juicio en que otros tambien vasallos vuestros, hubieran debido pronunciar el fallo..... ¡Oh! contestad, probadme que no habeis cometido una villanía....

—¡Silencio, miserable! exclamó el rey fuera de sí y poniendo la diestra en la empuñadura de su espada. Silencio: hablais á vuestro señor, y sino teneis la lengua sabré yo mismo cortarla. Paso, paso al rey de Castilla....

—¡Paso! exclamó don Alonso dejando escapar una estridente carcajada que hizo estremecer al rey. ¡Paso al rey!...

¡Ah!.... continuó á la vez que todos sus miembros se contraian. ¡El rey!.... No sois el rey, sois un seductor miserable, el ladron de mi honra.....

Alonso X dió un rugido espantoso, y chispeando sus pupilas y sacando su espada se arrojó ciego de cólera sobre Guzman que le recibió valerosamente con la punta de su pesado acero.

Trabóse una lucha horrible; aquellos dos hombres ébrios de furor, se asestaban tremendos golpes y parecian cuidarse mas de herir á su contrario que de defenderse.

Colocado el rey de cara al espejo de que hemos hecho mencion, tenia enfrente á su adversario y á su derecha á doña María que aun no daba señales de vida. En el fondo del espejo se retrataba la encarnizada pelea que debia concluir con la vida de uno de los combatientes. Nadie habia que pudiese poner fin á aquella sangrienta escena; ninguna voz amiga que templase el ardor de aquellos hombres; solo la ira y la sed de venganza dominaba sus corazones.

Empero pocos momentos se pasaron; la brillante superficie del espejo se iluminó como por encanto, y apareció en su fondo la figura de una muger hermosa, tan hermosa como no puede describirse. Estaba de pié, y su brazo izquierdo rodeaba el cuello de un hermoso niño, rubio y de rostro angelical, que apenas tendria unos ocho años, mientras que su brazo derecho, estendido hácia adelante, parecia querer atajar los mortíferos golpes de los aceros. El rostro de aquella muger era de nacarada blancura: su negra cabellera, sedosa y brillante, caia en desordenados rizos sobre su nevada espalda y su alabastrino pecho, levemente agitado. Una túnica negra, larga hasta descansar en el pavimento, cubria con sus anchos pliegues su esbelto talle y hacia mas imponente la espresion triste y afanosa de su semblante pálido. Estaba su ancha frente contraida y sus hermosos ojos tenian fija una mirada indefinible en el rey. Entreabrióse su hechicera boca, y un acento sonoro y prolongado dijo:

—¡Don Alonso!...

El rey se estremeció, sintió helársele la sangre, dirigió involuntariamente la vista al espejo, vió la aparicion, contempló por un segundo al hermoso niño que, abrazado fuertemente á la muger, abria con espanto sus preciosos ojos azules y fijaba en los combatientes una mirada de terror, y sin ser dueño de sí, oscurecióse su vista, escapóse la espada de sus manos y quedó mudo é inmóvil.

Guzman, entretanto, miraba atónito al rey, y sin comprender la causa de tan repentino cambio, buscó con la mirada el punto en que tenia fija la suya Alonso X, y quedó tambien inmóvil al descubrir la aparicion, pudiendo apenas pronunciar:

—¡Doña Ines!...

Despues de algunos instantes dejó escapar el rey un hondo suspiro, pasó las manos por su frente inundada de frio sudor, y mirando enderredor suyo como quien quiere reconocer el sitio en donde se halla, dió algunos pasos vacilantes y volvió á quedar inmóvil. Pasaron nuevamente algunos segundos, y sacudiendo la cabeza como quien sale de un profundo sueño, se dirigió á la puerta, la abrió violentamente, y salió precipitado sin cuidarse de la capa ni el sombrero.

Guzman contempló mudo y estupefacto esta escena estraña: vió salir al rey sin acertar á impedírselo, y cuando volvió los ojos al espejo en busca de la aparicion, solo vió el retrato de su misma persona, con el rostro pálido y desencajado. Un leve gemido llamó su atencion, y entonces pudo reparar que su esposa, tendida en el frio pavimento, empezaba á dar señales de vida. . . . .

. . . .

Al dia siguiente escribia don Alonso Perez de Guzman al rey, desnaturalizándose de Castilla, y emprendia, en union de su esposa y de su hijo, su viaje para Marruecos.

PARTE PRIMERA.

DON ALONSO EL SABIO.



CAPITULO PRIMERO.

Donde el lector volverá á ver al rey Don Alonso, mas viejo, mas triste y menos enamorado.

La noche del veinte de Enero de 1282 estaba oscura, fria y lluviosa.

Eran las once y por las calles de la ciudad de Sevilla no atravesaba una sola persona.

El silencio que reinaba se hacia tanto mas imponente cuanto mas inesperado era el chirrido de alguna enmohecida veleta que impulsada por el viente giraba pausadamente, ó mas prolongado era el lúgubre canto de alguna lechuza; ó el «¡alerta!» que resonaba en la muralla, y que repitiéndose por iguales intervalos; en diversos tonos, parecia llevado en alas de un ser invisible que daba una vuelta á la poblacion é iba á espirar en el mismo

punto de donde saliera. Alguna moribunda luz, mas triste que la misma oscuridad, intentaba en vano iluminar la tosca imágen de algun santo embutida en una maciza pared. Los elevados campanarios, que se levantaban como gigantescas sombras, parecian esconder sus cúpulas en el negro horizonte, que para la vista mas ejercitada no distaba mas de la tierra que la altura de los edificios. Fangosos arroyos, alimentados por la espesa lluvia, corrian por las estrechísimas y tortuosas calles, invadiendo algunas en toda su estension. Era, en fin, una noche capaz de amedrentar al mas atrevido enamorado aunque fuese en busca de algo mas que juramentos y promesas: una de esas noches en que á cada paso se tropieza ó se hunde el pié en un súcio charco, sin encontrar mas agarradero ni abrigo que una esclamacion ó una gruesa gota de agua medio helada que cae sobre la punta de la nariz ó en un ojo; una de esas noches en que el hombre de mas valor se para á cada momento, escucha y pondria mano á la tizona si en nuestros tiempos la espada fuese tan amiga é inseparable compañera nuestra como los malos pensamientos.

Y aunque ni nosotros ni ninguno de nuestros lectores (y no se ofendan), se hubiera atrevido á cruzar aquella noche las calles de Sevilla, donde solo hubiera podido encontrar agua, vientos, tropezones y alguna estocada, no faltaron, sin embargo, dos hombres que se disponian á salir sin pensar en ninguno de estos inconvenientes.

Hacia mas de una hora que el rey don Alonso habia despedido á dos ó tres de sus pocos adictos que le acompañaban aquella noche, y se encontraba sentado en una espaciosa habitacion, junto á una gran chimenea y hablando con un hombre que permanecia de pié. No presentaba ya el rey el aspecto que cuando le vimos aguardando á doña María Coronel. Los seis años que habian transcurrido habian marcado en su frente profundas arrugas, habian envejecido notablemente su rostro y apagado el brillo de sus centellantes miradas; la enerjía de sus maneras habia desaparecido, y notábase fácilmente la enervacion de sus miembros.

El hombre que estaba á su lado tendria treinta años: era alto, robusto y bien formado, de tez morena y espesa barba, negra y brillante. Pintábase en sus ojos el atrevimiento, en sus gruesos lábios, la franqueza, y en sus maneras la mas noble arrogancia. Su frente era espaciosa, y su cabeza, siempre erguida, le daba un aspecto digno de los caballeros de aquella época. Y sin embargo, aquel hombre, no era ningun señor, y aun se le hubiera llamado plebeyo si el rey don Alonso no le hubiera otorgado merced de hijo-dalgo de Castilla, distinguiéndole ademas con su confianza. Nadie sabia el pais donde habia nacido ni donde viviera antes de venir á España: en vano la curiosidad de la córte se habia valido de todos los medios para averiguar su historia, siquiera su nombre; llamábase Pelayo y no tenia otro apellido que el sobre nombre de *Duro*, que le habia dado su admirable fuerza y el no habérsele visto nunca fatigado. Tratábale el rey con sumo cariño y tuteábale afectuosamente.

En aquellos momentos hablaba don Alonso con pausado tono é interrumpiéndose alguna vez por breves instantes de silencio.

—Ya veo que no estamos de acuerdo sobre este punto, decia. Pero, á pesar de la fuerza de tus razones, los hechos han venido á demostrarme lo contrario. Oye, Pelayo; siendo yo muy niño, habia en Castilla una famosa griega que se preciaba de leer el porvenir en el gran libro de Dios: quiso mi buena madre consultar su sabiduría haciéndome objeto de su deseo, y la terrible maga predijo entre otras cosas que yo seria despojado de mi corona por mi propia sangre. Receléme de mis parientes y obré de modo que ningun plan pudíesen poner en ejecucion contra mí, y sin embargo, la única persona de quien nunca me guardé, mi hijo, levanta el estandarte de la rebelion y se apodera de mi reino. Le he combatido con las armas de mis soldados y me ha vencido; he apelado á las de la Iglesia y ha tenido la habilidad y la fortuna de hacer bajar su terrible brazo; he recurrido al voto de mis pueblos, y él, haciendo alarde de su influencia, conve-

ca á la vez córtes y acuden á su voz para aclamarle por rey; todos me abandonan, me falta el dinero y pronto se cumplirá la prediccion de la griega. Este es un hecho, Pelayo, y contra los hechos no hay razones. ¿Qué hacer? El estudio ha consumido la mayor parte de mi vida, y he querido aprovecharlo buscando en las estrellas mi destino: allí he leido muchas veces los sucesos futuros y nunca me han engañado: consulté, y la prediccion de la griega vino á confirmarme mis temores. ¿Y estrañas que quiera oir por última vez la suerte que me espera en los postrimeros dias de mi vida? No, Pelayo: si esa muger me anuncia, como los astros que consulté, que mi hijo ha de arrebatarme hasta el último floron de mi corona, quiero combatir sobre mi trono, que nadie pueda pisar uno solo de sus escalones sin haberlos teñido antes con mi sangre.

Si, Pelayo, guerra, guerra hasta exhalar el último suspiro: quiero morir con la corona que me dejó mi padre; quiero que me la quiten con mi cabeza.

Los ojos del rey brillaban, dejando ver el ardor que en aquellos momentos le animaba: apretó convulsivamente los puños, é incorporándose con energía acudió á su alma y á sus miembros todo el valor y toda la fuerza que en sus pasados años le habian hecho un campeon temible. Empero bien pronto pasó aquel rayo de exaltacion, y otros semtimientos tornaron á agoviarle.

—¡Cuánta ingratitud, Pelayo! prosiguió con acento conmovido. ¡Cuánta ingratitud de quien tanto me debe! Mi hijo Sancho, por quien he hecho tantos sacrificios, me paga mis afanes ultrajando mi vejéz y conmoviendo mis reinos para robarme la corona como roba un bandido un puñado de oro. Por él desheredé injustamente á mi nieto don Alonso de la Cerda, y he tenido que sostener una lucha contínua con la Francia y con los principales nobles de mi reino: por él se perdió un ejército florido y numeroso delante de Algeciras, porque el dinero que debia haber servido para mantener á mis soldados le gastó en conspirar contra mí: por él se vé,

en fin, mi reino dividido y la sangre corre en horrible guerra de cristianos contra cristianos. El preferido de mi corazon.... ¡Cuánta ingratitud!... Y á pesar de todo, Pelayo, no puedo aborrecerlo; si viniera á mí, despues de lo que ha hecho, no tendria valor para rechazarlo, le abriria los brazos como los abre un padre.... ¡ah!... esto lo puedo decir delante de tí.... ¡hijo mio!... fué siempre mi orgullo.

¡Pobre rey!... A sus ojos asomaron dos lágrimas que limpió al momento su mano, escondiendo el rostro como si hubiese tenido vergüenza de su debilidad.

—Siempre lo mismo, señor, contestó Pelayo, siempre lo mismo. Pensad que antes que padre sois rey, y el honor de vuestro trono es primero que el afecto de vuestro corazon.

—Lo sé, Pelayo, lo sé, y por eso ahogo los sentimientos de mi alma: solo tú los conoces. Por eso me muestro inflexible y quiero saber el fin que me aguarda. Hé ahí el afan con que consulté á las estrellas, y el que esta noche me pondrá segunda vez delante de esa bruja.

—En vano intento convenceros, señor; y pues sea cualquiera el anuncio de esa muger, hemos de defender vuestra corona hasta morir, cúmplase vuestra voluntad. Me dice, empero, el corazon, que ha de seros fatal esta entrevista.

—¿No combatias las ideas superticiosas?

—Es que el misterio que cubre la vida de esa muger me espanta. Donde quiera que vais, allí está: siempre tiene dispuesta una casa como si con mucha anticipacion la hubiesen preparado: nadie la vé cuando la busca, y se presenta cuando no quieren verla: es en apariencia miserable, y reparte generosamente monedas de oro y plata á los pobres, cuya despreocupacion les dá ánimos para acercarse á ella. ¿Quién es? ¿de dónde viene? ¿qué busca?

—Tu vida tambien, Pelayo, la cubre un misterio que nadie ha podido penetrar, y sin embargo....

—Es verdad, señor, pero si nadie conoce mis acciones de ayer puede todo el mundo apreciar al menos las de hoy.

Pasaron algunos momentos de silencio.

—Pelayo, dijo el rey despues de dejar salir un hondo suspiro, ¿qué hora es?

—Las once y media, señor.

—Las once y media, y á las doce....

—Deberíamos estar allí.

—¿Estais resuelto?

—Completamente.

Levantóse el rey y envolviéndose en una ancha capa, salió de su habitacion seguido de su favorito que llevaba una lámpara. Bajaron una estrecha escalera, atravesaron un patio, é internándose en un tortuoso pasillo, llegaron al fin á una pequeña puerta. Abrióla Pelayo despues de apagar la luz, y ambos salieron, oculto el rostro, el acero desnudo y el oido atento.

Continuaba la lluvia, y la oscuridad y el silencio de la noche, estremecieron el corazon de aquellos dos hombres tan animosos.

—¿Oyes cantar las lechuzas, crujir las veletas y silvar el viento? preguntó el rey procurando dominar el terror de que estaba poseido. Pues esta noche me parece que esos tristes ecos son palabras que comprendo perfectamente.

—Es vuestro dolor el que os habla: cuando el alma apenada gime, hasta la luz del sol parece velada á nuestros ojos.

Un suspiro del rey se confundió con el helado cierzo, y solo el crujir de las gruesas botas sobre la mojada arena se oyó por largo rato.

Así continuaron, dejando atrás calles y calles, hasta que parándose al fin delante de una casa, cuya puerta era el único agujero que en sus paredes se veia, dijo Pelayo:

—Señor, si mi último ruego puede....

—No, interrumpió el rey con sequedad.

—Ya sabeis que no me permiten entrar con vos.

—Nunca conocí el miedo.

—Lo sé, señor, pero si os tienden un lazo.... si esta bruja está vendida á vuestro hijo....

—Si así está escrito, en vano intentaremos trocar el destino.

—V. A. lo manda, señor, repuso respetuosamonte Pelayo.

—Llama....

El favorito dió tres golpes en la puerta de la casa misteriosa, abrióse en seguida sin que nadie se dejase ver, y entrando el rey cerróse de nuevo y silenciosamente.

Pelayo el Duro se dispuso á aguardar en el hueco de una puerta de la casa de enfrente, un tanto al abrigo de la lluvia por un ancho balcon que la cubria.

Se oyó entonces mas triste y prolongado que antes el canto de la lechuza; el viento hizo estremecer las apolilladas maderas de algunas moriscas ventanas, y todo volvió á quedar en silencio.



CAPITULO II.

La vieja hechicera y la hechicera jóven.



Cuando el rey hubo entrado en la casa misteriosa se encontró á óscuras, y sintió que le asian por una muñeca, llevándole de este modo y sin que nadie le dijese una palabra. Su primer impulso fue preguntar, y luego echar mano á la daga, pero reflexionando que ni lo uno ni lo otro habia de servirle, si es que estaba en poder de sus enemigos, se dejó conducir sin hacer la menor resistencia y resuelto á llevar hasta el fin la comenzada aventura.

Largo rato anduvo guiado por su invisible conductor, y torciendo á derecha é izquierda, hasta que una voz apenas

perceptible le dijo, «cuidado,» y luego notó que bajaba una escalera resbaladiza y pendiente. Al cabo de algunos instantes sintió que la atmósfera era húmeda y mas fria, y que la escalera habia concluido; pero su acompañante, que parecia caminar á la luz del sol, segun lo seguro de sus pasos, siguió conduciéndole hasta volver á repetir «cuidado» y hacerle bajar otros cuantos escalones mas húmedos que los primeros, y llevarle por último á un sitio en que, dejándole solo, desapareció sin que se sintiesen sus pasos.

Quedó don Alonso inmóvil por algunos instantes; luego, con los brazos estendidos, dió algunos pasos por ver si encontraba pared ó algun objeto que le guiase, pero nada tocó y paróse de nuevo, temeroso de caer en algun precipicio. Escuchó entonces, pero en vano, porque el mas profundo silencio reinaba en aquel oscuro recinto: imponente silencio, mas aterrador que el lúgubre canto de la lechuza y el silbido del vendabal que antes le habian estremecido. Una atmósfera helada envolvia su cuerpo, cuya sangre parecia congelarse tambien. La fuerza de sus miembros disminuia, amenguábase la de su razon, y el miedo, ó mejor dicho el pavor, estremecióle por primera vez en su vida. Parecióle aquel lugar el pacífico recinto de una tumba donde se le encerraba en los momentos de su agonía, y ya iba á exhalar un grito de espanto, cuando de repente, una vivísima luz hirió sus ojos.

El lugar en que se hallaba era una espaciosa habitacion subterránea, de abovedado techo formado por una maciza rosca de ladrillo, atravesado en su centro por un agujero redondo de dos pies de diámetro, y por el cual salia una cadena de hierro á cuya estremidad estaba sujeta una lámpara de caprichosa forma. Las paredes de aquella habitacion, ennegrecidas por el tiempo, estaban desnudas, y solo en una de ellas, y descansando en el húmedo piso, se veia el magnífico espejo que ya conocen nuestros lectores: enfrente se encontraba tambien el diván en que seis años antes intentára el rey robar al señor de San Lúcar su mejor tesoro. Una maciza

mesa de encina, tosca y mugrienta, estaba colocada en medio de la habitacion, precisamente debajo de la lámpara, y sus gruesos tablones sostenian varios libros, cajas é instrumentos amontonados ó esparcidos con el mayor desórden.

Don Alonso estendió una mirada investigadora endereedor de sí, y ni vió á persona alguna ni pudo encontrar la puerta por donde habia entrado. Dió algunos pasos vacilantes, se acercó maquinalmente al espejo, y sintió que el corazon le palpitaba con violencia. Volvióse entonces hácia el lado opuesto y pasó las manos por su frente bañada en frio sudor, quedando luego como abismado en recuerdos tristes que le hicieron exhalar un gemido.

—¿Te atormentan los recuerdos? dijo entonces una voz gangosa que sonó á espaldas del rey.

Este hizo un brusco movimiento, volvióse y sus espantados ojos vieron á la hechicera, súcia, andrajosa y horrible como siempre, y cubierta con su negro manto.

—¿Qué quieres? la dijo don Alonso con acento ahogado.

—Vienes á buscarme, sabes que te espero y me preguntas qué quiero.... Tu razon está turbada por el miedo.

—¡El miedo!... ¡ah!... ¡no!...

Y haciendo un violento esfuerzo intentó el rey levantar la cabeza y dar seguridad á sus palabras.

—La bruja, por toda contestacion, dejó escapar una irónica carcajada y fué á colocarse junto á la mesa y dando frente al diván.

—¡Pobre rey! dijo á don Alonso: en vano te esfuerzas para aparecer tranquilo. Siéntate: tengo que hablarte mucho: esos cojines son dignos de tu noble persona; no los tienes mas ricos en tu palacio. Seis años hace que nadie descansa en ellos, pues como habias de volver á visitarme los he reservado para tí.

—¿Sabes á lo que he venido? preguntó don Alonso cada vez mas turbado.

—Sí, lo sé. Has venido á que te diga la suerte que te espera.

—Pues bien, repuso el rey procurando dominar su emocion, veamos lo que alcanza tu ciencia.

—Antes habré de recordarte algunos sucesos.

—¿Para qué? Nada he olvidado y es por consiguiente inútil que evoques recuerdos. Quiero saber el porvenir y no el pasado: por ello te daré oro, todo el que quieras, todo el que poseo.

—¡Oro!... poco tienes para pagarme.... No, no me darás nada, porque nada quiero sino anunciarte lo que te espera y darte un consejo....

—Acaba, acaba, bruja infernal, quiero saber mi porvenir y te pagaré á pesar tuyo.

—¡A pesar mio!... El oro que dejes aquí lo encontrarás en tu palacio cuando vuelvas.... no intentes pagarme. Descansa, rey, descansa.

Don Alonso estaba aturdido: sentia abrasada su frente por la calentura; el corazon le palpitaba con violencia, y su cuerpo se estremecia á impulsos de un convulsivo temblor. ¿Qué sucedia á aquel espíritu fuerte y elevado? Sin duda la conciencia le atormentaba con recuerdos harto dolorosos, como atormenta cuando se aproxima el fin de la vida. ¡Pobre rey, mas digno de compasion que de censura! Tan sábio, noble y generoso, tan recto y sincero amante de la justicia, no pudo su sabiduría ni su rectitud evitar la ceguedad que algunas veces le igualára al mas ignorante y al mas injusto.

En los momentos en que lo presentamos á nuestros lectores, aquel hombre arrogante, tan arrogante que no ha tenido igual, se encontraba débil, no acertaba á comprender lo que le sucedia, y un solo gesto de la muger que tenia delante le hubiese hecho temblar.

La bruja le contemplaba serena, al parecer, y sin embargo, un frio observador hubiese advertido que sus harapos se agitaban levemente como si temblasen sus miembros. Entre aquella muger y don Alonso habia un misterio terrible, como ya habrán comprendido nuestros lectores.

—Habla, dijo el rey despues de algunos instantes de

silencio; habla, que la atmósfera que me rodea fatiga mi pecho.

—Oye, rey de Castilla y de Leon, constestó la bruja con pausado tono, oye y guarda mis palabras en tu memoria por que valen mucho. Has sido sábio y no acertastes á gobernar contentando á tu pueblo; has sido generoso y magnánimo, y tu generosidad misma llenó á Castilla de ambiciosos enemigos, que te pagaron con negra ingratitud; has sido justo y á pesar de tu justicia desheredastes á tu nieto don Alonso, mandastes ahogar al infante don Fadrique, quemar al señor de los Cameros y....

—Basta, basta.... ¡oh!... basta, esclamó el rey; lo sé, todo lo sé, mi porvenir, mi porvenir.

—Dios es justo, rey don Alonso, y cuando quitastes la corona á tu nieto te sentenció á verte privado de la tuya.

Don Alonso levantó su cabeza, sacudiòla violentamente, y en aquel supremo esfuerzo miró con ojos centellantes á la bruja.

—¡Calla! la dijo con imperioso tono.

—¡Callar en estos momentos en que todo lo puedo decir!... ¡oh!... imposible.

—¿No ves muger maldecida, que estás sola conmigo y que puedo hacerte pedazos? prosiguió el rey impulsado por el mismo acceso de furor.

—¿Y quién te sacaria de aquí? Hiere, pues.

El rey conoció que nada podia hacer que no fuese en contra suya, y apretando los puños en un último esfuerzo, sintióse luego mas débil que antes.

—¿Te complaces en atormentarme? dijo con voz casi desfallecida.

—¡Cuánto mas horribles han sido y son los tormentos que causas á víctimas inocentes! Hubo un tiempo en que tus palabras, dulces y llenas de pasion, trastornaron el espíritu de una cándida niña: sedujéronla tus engaños....

—¡Inés!... ¡Por Dios!...

—Sí, Inés, la pura Inés tiene en el hijo de sus entrañas el

recuerdo vivo de tu falsedad: la pobre Inés abandonada por tí que habias manchado el limpio honor de sus abuelos; la desdichada Inés, cuyos ojos, siempre centellantes de alegría, ha muchos años que son abundantes fuentes del llanto de su dolor.

Don Alonso se pasó las manos por la frente que sentia como oprimida por un anillo de hierro que la abrasaba.

—¡Inés! prosiguió la bruja con acento conmovido. Inés, por tí seducida, por tí abandonada, para quien no has tenido compasion, ni aun para su inocente hijo, que es tu hijo tambien.... Dios es justo, rey don Alonso....

—¡Inés!... ¡oh!... Calla, calla.... murmuró don Alonso que se sentia desfallecer. ¡Mi hijo!...

—Que vive, que te aborrece y....

—¡Oh!... ¡Vive!... Calla.... calla.... repitió el rey.

Y tuvo necesidad de apoyarse en la pared, porque le faltaron las fuerzas.

La emocion de la hechicera era cada vez mas visible, y en aquellos momentos padecia quizás tanto como don Alonso.

—Una noche, prosiguió la bruja, cuando el silencio....

El rey la interrumpió con un grito que hubiera sido difícil calificar de cólera ò de terror.

—¡Mi porvenir! dijo con breve acento. Mi porvenir, ó me quitaré la vida sino puedo hacer otra cosa para no escucharte.

—¿Tu porvenir? Repitió la hechicera con voz sombría. ¿Lo quieres? Pues bien, ya el reino de Leon es de tu hijo y no volverá á tí, y en el de Castilla poco te resta. Morirás sin tu corona, y solo un medio tienes de salvacion; reconoce al hijo de doña Inés que hoy pelea en las filas de don Sancho....

—¡Tambien él!...

—Sí, tambien él, á quien no conoces, y puedes matar ó te matará en el campo de batalla.

—¡Imposible, imposible! gritó el rey á la vez que se retorcia los brazos.

La lámpara despidió en aquellos momentos un color rojizo, y don Alonso sintió su cabeza trastornada.

—Piénsalo bien, repitió la hechicera con lúgubre acento.

Y en aquel instante quedó de nuevo á oscuras la habitacion. El rey sintió que le faltaban del todo las fuerzas, quiso pedir socorro, mas sus lábios se abrieron sin poder pronunciar una palabra, y en su lastimoso aturdimiento, dió algunos pasos, y cayó sin sentido en el lujoso diván.

Una horrorosa fiebre se habia apoderado de él, y en medio de su letàrgico sueño, mil visiones espantosas vinieron á atormentarle mas y mas. Representóse en su estraviada imaginacion la imágen de doña Inés de Carbajal, pura é inocente como la habia conocido, y luego vióla abandonada, llorosa, y sin mas consuelo que el de su hijo á quien inspiraba todo el ódio posible hácia su padre. Renovóse el recuerdo de la misma doña Inés cuando aparecida en el espejo detuvo los golpes que su enojo descargaba sobre Guzman, y por último creyóse vencido en campal batalla por su propio hijo que se disponia á hundir un puñal en su corazon.

Aquel agitado sueño, ó mas bien letargo, le atormentó cerca de una hora, al cabo de la cual recobró el uso de sus sentidos, si bien tenia algo perturbada aun su razon. Abrió los ojos, pasóse la mano por su abrasada frente, y encontrándose en la misma oscuridad, esclamó con débil acento.

—¡Dios mio!... ¿Qué me sucede?... tengo frio... ¡Ah!... Se me arde la cabeza... tengo frio... ¿Me dejaran morir aquí?

Estendió la mirada y vió que por el misterioso espejo se trasparentaba un débil resplandor: incorporóse con ansiedad, miró por algunos instantes, y dió un grito de desesperacion y de terror. Entonces, como si no hubiese perdido nada de sus fuerzas, se levantó y quiso acercarse al espejo, pero no tuvo valor para llegar hasta él.

—¡Dios mio!... ¿Es un sueño?... ¡Ah!...

Y quedó inmóvil.

Su respiracion era agitada, y podian contarse las violentas palpitaciones de su corazon. ¿Qué habia visto?

El espejo se habia tornado trasparente y veíase tras él una espaciosa habitacion amueblada con toda la riqueza y gusto que puede pintarse la fantasía. Estaba iluminada por una hermosa lámpara de plata que pendia del elevado techo, pero cuya luz, velada por un globo de blanco mate, no esparcia mas que un ténue resplandor que hacia aquel lugar mas misterioso y lleno de encanto. En el sitio mas apartado del salon, recostada en blandos almohadones, habia una muger vestida de negro. Era la misma que apareció en el espejo la noche en que Guzman sorprendió al rey en casa de la hechicera. En su rostro se pintaba el dolor que sin duda le causaba la conversacion que tenia con un hombre que se hallaba junto á ella, porque sus gestos denotaban que muchas de sus frases no eran sino esclamaciones hijas de amargos sentimientos. El hombre que estaba á su lado era Pelayo el Duro ó mucho se le parecia. Por intervalos aparecia contraido su semblante como si fuese presa de un arrebato de ira, y otras veces la desesperacion ó el abatimiento se pintaban claramente en sus movimientos todos.

Don Alonso, despues de algunos instantes, se pasó las manos por los ojos como si quisiera convencerse de que no dormia ó ayudarse á despertar, y luego con acento indefinible, dijo:

—Es ella.... sí.... ella.... y Pelayo.... ¡oh!... no puede ser.... Pelayo.... Los veo, estoy despierto.... hablan.... ¿Dónde estoy?

Quiso luego acercarse al espejo, dió un paso, pero retrocedió.

—¡Dios mio, Dios mio! esclamó.

Y volvió á quedar inmóvil, con la mirada fija y las manos sobre el corazon como queriendo contener sus fuertes latidos

La conversacion de aquellas dos personas seguia y parecia cada vez mas animada, hasta el punto de que en uno de los arrebatos de cólera del caballero, sacó este su puñal y lo blandió con gestos de terrible amenaza.

—¡Juran mi muerte! esclamó don Alonso aterrorizado.

Pero bien pronto el caballero dejó caer el arma, y levantando lo ojos al cielo como en ademan de pedir socorro, quedó triste y pensativo. La muger escondió su bellísimo rostro entre sus nacaradas manos, y sin duda dos raudales de lágrimas salieron de sus ojos, porque pareció enjugarlos con su pañuelo.

Entre tanto, el rey sostenia una lucha horrible; lucha que poco á poco trastornaba su razon, debilitaba su espíritu y amenguaba las escasas fuerzas de sus miembros.

Largo rato permanecieron, el caballero y la dama, sumidos en triste y profunda meditacion, hasta que la conversacion volvió á reanudarse, pero mas tranquila al parecer. Don Alonso apenas podia ya sostenerse; las violentas conmociones que en tan poco tiempo sufriera le habian puesto en un lastimoso estado, y era ya imposible que pudiese resistir los efectos de la horrorosa fiebre que le abrasaba.

Ya se doblaban sus piernas y se sentia próximo á desfallecer, cuando vió que la dama, levantándose, tendió tristemente su diestra al caballero: éste la besó, no se sabe si con respeto ó con cariño, y se dispuso á salir acompañado de ella.

—¡Se van! esclamó el rey con acento apenas perceptible. Se van.... ¡oh!... yo los seguiré.... sí.... los seguiré.... por donde penetra mi mirada penetrará mi cuerpo.

Y aquel hombre de ánimo valeroso, por un esfuerzo supremo de su misma debilidad, dió algunos pasos vacilantes hácia el espejo; pero cuando ya le tocó su mano, la luz faltó á sus ojos, dobláronse sus piernas y cayó de nuevo sin sentido.



CAPITULO III.

Quiénes eran el caballero y la dama que don Alonso vió á través del espejo, y por qué hablaban como antiguos conocidos.



Cuando un hombre va de prisa y tiene que atravesar un sitio en donde se encuentran apiñadas muchas personas, con la ayuda de sus codos camina por donde mas le place, pisando á los unos, lastimando á los otros y haciendo perder un buen lugar á muchos, y la sociedad se lo perdona con oirle decir, «con permiso de ustedes,» por mas que al uno estropee sus ricas botas de charol, al otro arranque un callo ó á la mas encopetada coqueta rompa su velo ó arrugue las cintas ó las flores de sus elegantes adornos. Todo se le dispensa á aquel que contó con

el permiso de los demas antes que se lo otorgasen, y nadie le reclama daños ni perjuicios, que á veces pueden ser muchos donde hay mugeres de cierto *estado*.

Yo, queridísimo lector, creyéndome con los mismos derechos que los atropelladores de *buena fé*, y contando con vuestro permiso antes que me lo concedais, retrocedo en el curso de mi historia, y vuelvo á nuestro Pelayo cuando quedó aguardando al rey.

Un cuarto de hora escaso haria que Pelayo el Duro aguardaba guarecido en el hueco de la puerta, cuando abriéndose la de la bruja, oyó que de la parte de adentro le llamaban. Nuestro caballero, como hombre de ánimo esforzado, no pensó en los peligros que podia correr, y creyó solamente que iban á conducirle cerca de su señor. Entró, pues, cerróse la puerta, y á oscuras le hicieron caminar, bajar una escalera y atravesar algunas habitaciones, hasta que al fin, le introdujeron en el salon que ya conocen nuestros lectores, dejándole allí solo.

Tendió Pelayo la vista enderredor suyo, admiró la riqueza que le rodeaba, y despues que pasó mas de media hora y nadie venia, sentóse algo impaciente en un ancho y cómodo sillon, mal consejero de perezosos y alivio y consuelo de estropeados.

Resuelto estaba á no aguardar mucho sin salir de allí en busca de alguna persona; pero no fué necesario que así lo ejecutase, porque transcurrido poco tiempo, presentóse á su vista una á quien no hubiera creido tan cerca de sí: era la bellísima doña Inés, la de los negros ojos y nacarado cútis, la encantadora aparicion del espejo.

El crujir de su larga túnica de seda negra, que arrastraba por el pavimento, hicieron volver la cabeza á Pelayo, y al mirarla quiso dar un grito de sorpresa, pero la voz ahogóse en su garganta.

Mudo, inmóvil, suspendido el aliento y la mirada fija, quedó nuestro caballero por algunos instantes al ver á la dama, mientras ella, parándose tambien, inclinaba la frente

como turbada y confusa, y humedecian sus pupilas, dos como gotas de cristalino rocío.

—¡Inés! pudo pronunciar al fin Pelayo, con voz que parecia salir de lo mas profundo del alma. ¿No es una vision?..:

—Sí, Inés, contestó la dama con un acento de dulce languidez, tan espresivo y simpático, que hizo latir con violencia el corazon del caballero.

—¡Inés!... no es un sueño, es la realidad.

Tendióle ella una mano que él besó con indefinible ternura, y ambos se sentaron, ansiosos de hablar y sin atreverse ninguno á romper el silencio. Algunas miradas se cruzaron, algunos suspiros se oyeron, y por fin, enjugando doña Inés el llanto que corria por sus tersas megillas, con voz de incomparable dulzura dijo.

—Os admirais, Pelayo, de verme tan inesperadamente y en este lugar, cuando, sin duda, me creíais muerta ó muy lejos de Castilla.

—Doña Inés... aun me parece... sueño, despues de diez y siete años...

—Ya habriais olvidado á la desdichada Inés, al cabo de tanto tiempo...

—Olvidarla... ¡oh!.. no, jamas. ¡Olvidarla!.. Pero, ¿Cómo os hallais aquí?.. ¿Qué ha sido de vos?.. ¿Me aclarareis hoy el misterio que en vano he intentado descubrir? ¿Podré saber ya el nombre del villano miserable que me robó la felicidad de mi vida? Hablad, doña Inés, hablad, porque el fuego de la venganza arde en mi pecho mas vivo que nunca y no estaré tranquilo sino la veo satisfecha.

—¿Para qué he de deciroslo? No satisfariais vuestra venganza, estoy segura, y esto, Pelayo, os atormentaria mas.

—¡No satisfacerla! Vos no sabeis cuán profunda es la herida que han abierto en mi pecho. Escuchad, doña Inés; permitidme que os recuerde algunos sucesos de mis pasados años de felicidad, y os convencereis de cuánto he padecido y cuan imposible es que se borre la llaga que el dolor formó en mi pecho.

—El llanto tornó á correr por las megillas de la dama, y despues de algunos momentos de reflexion, continuó Pelayo:

—En lo mas tierno de mi infancia perdí á mis padres, sin dejarme en el mundo otro amparo que un escaso patrimonio y la proteccion de mi buen tio, fraile de los dominicos de Mérida. Llevóme éste consigo á su convento, y allí pasé los primeros años de mi vida, sin ver otro mundo que el claustro, y sin mas afecciones que mi triste soledad. Las flores y los pájaros eran mis únicos amigos, los arroyos cristalinos, que gozoso saltaba, mi sola diversion, y la luna, las estrellas y las ceremonias religiosas, mis objetos de muda contemplacion en los momentos en que solo las caricias de mi madre hubieran podido hacerme feliz. Así transcurrieron los años, hasta que al cumplir yo los diez y seis, murió mi buen tio y me ví en la alternativa de salir del convento ó de abrazar la vida religiosa. Mis inclinaciones no eran las de encerrarme en un clauxtro, y opté por lo primero. Me encontraba con algunos ahorros debidos al cuidado de mi buen tio, y ansioso de conocer el mundo, de verlo todo y de una vida activa y agitada, salí de España, y corriendo estranjeras tierras, respiré el aire de la libertad como soldado aventurero del primer caudillo que aceptaba mi brazo. La naturaleza me habia dotado de fuerzas no comunes, mi alma jamas conoció el miedo, y ayudado con el ejercicio de la guerra, ninguno pudo contar tantas valerosas hazañas como yo. Cerca de dos años se pasaron, y el deseo de ver el lugar donde nací me trajo de nuevo á España, donde entré con las riquezas que me habia dado mi valor.

Aquí suspendió Pelayo por unos momentos su relacion, y un hondo suspiro salió de su pecho, mientras que doña Inés, silenciosa y triste, enjugaba el llanto que salia de sus hermosos ojos.

—Vuelto á mi patria, prosiguió el caballero, visité la tumba de mis padres, oré con fervor en el templo en que habia orado tantas veces en mi infancia, y pensé descansar algunos dias para partir luego á Toledo y ofrecer al rey mi

espada. Empero mi desdichada estrella lo quiso de otro modo; ella os condujo allí con vuestra madre, y cuando os conocí olvidé mis bèlicos proyectos. ¡Cuán presente tengo el dia en que la casualidad me puso cerca de vos! Permitidme que os refiera lo que tan bien sabeis: estos recuerdos son el consuelo único que me queda en medio de mis tristes amarguras. Era una noche de setiembre, serena y pura. El sueño no habia aun cerrado mis párpados á pesar de lo avanzado de la hora, y quise buscarlo en la lectura, cuando el sonido de las campanas de la poblacion vino á anunciarme que se habia incendiado algun edificio. Amigo de socorrer al que padecia, y deseoso siempre de vencer peligros, salí á la calle y no tardé en encontrar el sitio donde ocurria la desgracia. Era una casa á cuyos dueños no conocia; las llamas, que procedian del piso bajo, se cevaban vorazmente en sus viejas maderas, y la tenian rodeada casi en su mayor parte: muchas personas habian acudido en socorro de sus moradores, pero todos temian acercarse á aquella horrible hoguera. Solo al principio del incendio habian podido salvar á una noble anciana, que en el estado de la mas loca desesperacion, pugnaba por que la dejasen arrojarse en medio de las llamas en busca de su hija. Sus lamentos me conmovieron, admiróme su heróico valor, valor solo de madre, y poniendo la mano sobre mi pecho, y al sentir los latidos de mi corazon, me avergoncé de que ninguno la igualara en arrojo. «Yo la salvaré si aun vive,» la dije, y veloz como el rayo me lancé á la inmensa hoguera. Sin saber cómo, llegué á una habitacion cuyo piso estaba próximo á desplomarse: en uno de sus estremos, sobre un altar, habia una imágen de la Vírgen, y á sus piés, una muger encantadora, con los brazos levantados y las manos cruzadas, se veia inmóvil y muda: cubríala una blanca túnica que hacia resaltar mas el brillante negro de su desordenada cabellera. Un grito de alegría y de sorpresa se escapó de mi boca, y ya iba á adorarla como á un ángel, olvidando el peligro que corria, cuando fijando ella en mí sus espantados ojos, exhaló otro grito y cayó desma-

yada en mis brazos. Quedéme estático contemplando tanta belleza, cuando el crujir de las vigas que sostenian el piso me recordaron que una madre esperaba á su hija. Salí con ella en mis brazos; no sé si algun ángel que la protegia separaba las llamas á mi paso, pero sí es la verdad que antes de poderme dar cuenta de cómo habia sucedido, la deposité lleno de orgullo en el seno de su madre, cuya alegria le hizo perder el sentido al dirigirme una mirada de gratitud. Aquella muger erais vos.

—¡Hombre generoso!... ¿Cómo fuí tan ingrata para vos?... ¡Dios mio, Dios mio! esclamó doña Inés, cuyas megillas se cubrieron de lágrimas, bien merece mi perfidia vuestro enojo.... ¡ah!....

—Solo, aislado desde mi niñez, ni tuve padres ni hermanos, ni aun amigos á quien amar; vos fuisteis mi primera pasion; todos mis sentimientos se concentraron en uno; todas mis afecciones no fueron sino una tambien, y os amé con todo el fuego de un corazon vírgen, con todo el anheloso afan de quien nunca habia tenido otra alma que respondiera á la suya. ¡Qué felices dias aquellos! Vos no me amasteis como yo os amaba, pero la gratitud os obligó á corresponderme, al menos en la apariencia; despues lo conocí, mas entonces era yo tan dichoso, que nada comprendí sino lo que sentia. Pedí vuestra mano; yo era noble y rico, y me fué concedida. Tuvisteis necesidad de venir con vuestra madre á la corte, una enfermedad me impidió acompañaros, y cuando restablecido, al cabo de bastante tiempo, me disponia á correr en busca vuestra, recibí un pergamino escrito de vuestra mano.... ¡Oh!... sobre mi pecho lo llevo desde entonces, y es el que alimenta mi venganza.... las pocas palabras que contenia las tengo grabadas en mi memoria.... «No puedo ser vuestra, me deciais, estoy deshonrada y en mis entrañas llevo un hijo. Mi madre ha muerto de dolor. No me busqueis porque será en vano, así como el que intenteis saber el nombre del que os ha robado vuestra dicha. ¡Qué desgraciada soy! ¡Adios para siempre!» El llanto habia man-

chado la pulida piel.... ¡Inés, Inés! ¿Qué ha sido de vos? ¿Quién era ese hombre?

Y los ojos del caballero brillaron de ira.

—¡Quién era!... dijo con amargura doña Inés. ¿Le habeis buscado?

—¡Qué si le he buscado! Cuando recibí la carta solo pensé en la muerte. Salí otra vez de España, volví á mi vida aventurera, pero cuanto mas buscaba en la guerra el peligro, loco de furor, mas parecia respetar mi existencia la estrella fatal que me guiaba. Mi ceguedad era tal, tan agudo mi dolor, que aun no habia pensado en la venganza; pero cuando el cansancio del cuerpo tranquilizó mi espíritu, sentí la necesidad de saber quien era el hombre que os habia engañado, para castigar su infame proceder, porque siempre os creí víctima de una villanía. Entonces volví á Castilla, y bien pronto mi valor me dió á conocer en la córte. Protegióme el rey con la grandeza y generosidad que sabe hacerlo, y há dos años que soy una de las personas de su mayor confianza. Nadie me conocia, nadie sabe quién soy ni de dònde he venido, y aunque muchos me temen, y como favorito del rey me respetan, ni un amigo, ni un solo amigo tengo en quien depositar mi confianza: solo don Alonso conoce mi pasado y el secreto de mis amores, aun cuando ignora quien sea la muger que amargára mi existencia: os he respetado tanto, que no me he atrevido á pronunciar vuestro nombre; y así, ya comprendereis cuán imposible me ha sido averiguar lo que tanto deseaba. Empero ya estaba decidido á pedir consejo al rey y á decirle quien erais, á trueque de satisfacer mi venganza, cuando os encuentro tan inesperadamente. ¡Ah!.. en nombre del amor que os he tenido, en el de vuestra venerable madre, decidme quien es ese hombre, aclaradme este misterio, y disponed en pago de mi vida.

—Aun no sabeis todo el odio que os debe inspirar ese hombre á quien buscais.

—¿Me direis, al fin, su nombre y lo que ha sido de vos? interrumpió Pelayo con impaciencia.

—Sí, consestó doña Inés cuyos ojos brillaron por un instante. Ya sabeis qué á la muerte de mi buen padre me quedaron inmensas riquezas. Cómo me conocisteis, ya lo habeis dicho. Escuchad, pues, lo demas. Cuando vinimos á la corte, despues de dejaros enfermo, se preparaban torneos y fiestas, y mi madre quiso que yo asistiese á ellos. Como me habia criado y vivido siempre en las tierras de mi padre, sin ver mas que las sombrias paredes de nuestro castillo, ni otras personas que los humildes labriegos nuestros vasallos, el lujo de la ciudad, el galante trato de sus caballeros, y el brillo, en fin, de una córte como la nuestra, deslumbraron mis ojos y exaltaron mi espíritu, pareciendome que me habian llevado á un nuevo mundo donde se vivia soñando delicias: tal fué la impresion que en mí causára tan repentina novedad. En medio de aquel torbellino arrebatador, pero lleno de encantos, en medio de aquel sueño, por que ya os he dicho que soñaba, fijáronse mis ojos en un hombre cuyas miradas de fuego habian penetrado hasta lo mas profundo de mi corazon. ¿A qué referiros detalles cuyo recuerdo me martiriza? Basteos saber que aquel hombre trastornó mi razon, consiguió que le permitiese entrar á deshora de la noche en mi casa, con ayuda de una de mis dueñas comprada á fuerza de oro, y al poco tiempo, tras amantes promesas, tras solemnes juramentos.... ¡Dios mio, Dios mio!... ¡oh!... Tened compasion de mí; compadecedme, Pelayo.... Aquel sueño pasó.... llevaba un hijo en mis entrañas.... ¡oh!...

Levantó doña Inés la cabeza, sus ojos brillaron y todo su cuerpo tembló á impulso de la nerviosa fiebre que en aquellos momentos la animaba.

Pelayo tenia fija en ella una mirada penetrante, apretaba convulsivamente los puños, y esperaba con impaciencia el fin de aquella relacion.

—¿Sabeis lo que hizo aquel hombre? prosiguió doña Inés cada vez mas exaltada. Olvidó su promesa y sus juramentos; se mostró indiferente á mis súplicas, altivo y hasta cruel.... ¡oh!... me abandonó.... vió morir á mi madre.... me vió

perdida, sin amparo, sin honra.... ¡el villano!... y hasta su propio hijo ha sido rechazado por su alevoso proceder.... «Matadme, le dije al fin, pero dadle un padre á vuestro hijo, á mi hijo»..... Su orgulloso desprecio fué la contestacion dada á una madre, á una muger que tanto le habia sacrificado..... ¡ah!...

Doña Ines se pasó las manos por su abrasada frente; echó atrás sus cabellos como si le estorbaran, y retorciéndose los brazos y moviéndose sin concierto como si estuviese incómoda en todas las posturas, lanzó enderredor suyo una terrible mirada.

El caballero, entre tanto, habia llevado maquinalmente la diestra á la empuñadura de su daga, y apretándola con toda la prodigiosa fuerza de que estaba dotado, esclamó con acento sombrío:

—¡Su nombre, su nombre!

—¡Su nombre! repitió la dama. ¿Me vengareis?

—Sí, os vengaré, os vengaré aunque el infierno le defienda.

—¡Oh!... no me vengareis, lo sé....

—Sí, os vengaré á fé de caballero....

—¿Lo jurais?

—Lo juro.

Y su puñal brilló fuera de la vaina.

—Don Alonso X, rey de Castilla, dijo doña Ines con feroz alegría.

—¡Ah!...

Escapóse el arma de las manos de Pelayo, que al oir el nombre del rey quedó abatido y sin movimiento.

Un silencio profundo, interrumpido de vez en cuando por los sollozos de doña Ines, siguióse á la escena de agitacion que acabamos de describrir.

Pelayo el Duro, triste, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y como abismado en hondas meditaciones, era presa de una lucha horrible y que parecia desgarrarle fibra á fibra el corazon. Aquel hombre tan animoso, tan intrépido que nun-

ca habia encontrado nada que le arredrase, tan resuelto para lanzarse hasta con alegría en medio de los mayores peligros, se encontraba cobarde y débil al pensar la situacion en que acababa de colocarle su ardimiento, y el recuerdo no extinguido aun de su antigua pasion. Como caballero de una época de galanteria exagerada, no vió que pudiera haber inconveniente en tomar la defensa y la venganza del agravio hecho á una muger, y sus lábios pronunciaron un juramento que era preciso cumplir; como amante ofendido, atormentado por una herida no curada aun, la herida de los celos que trastorna la razon, no pensó tampoco, en su sed de ciega venganza, que hubiera nada que pudiera oponerse entre su acero y el hombre que le habia robado su mejor tesoro. Empero habia jurado tambien, con el corazon tranquilo, fria la razon é impulsado por la gratitud, defender al rey, velar por su vida y su reposo en pago de los muchos beneficios que le habia hecho, de la sincera amistad, del cariño que le profesaba. Dos juramentos tan contrarios, hechos tan espontáneamente, con tan tenáz deseo y firme voluntad de cumplirlos, como hijos de sentimientos, que aunque opuestos, estaban arraigados en lo mas profundo de su alma, ponian al noble caballero en la mas penosa situacion. Agolpábanse á su imaginacion mil ideas, tan distintas unas de otras que hubieran acabado por trastornar su razon si un espíritu mas débil le animase. ¡Lucha horrible! La gratitud y los celos; la amistad y el amor; el rey, sagrado é inviolable, y una muger encantadora y querida con frenesí. Sentia Pelayo ardérsele la frente por la que corrian gruesas gotas de frio sudor, y le atormentaban los violentos y desiguales latidos de sus sienes. Apenas podia respirar: tenia oprimido el pecho, secos los lábios, y sus miembros contraidos.

Doña Ines, entre tanto, llorosa y el rostro oculto entre sus manos, padecia tambien horriblemente. Luchaba tambien en ella su antigua pasion por el rey y su orgullo de muger. Su amor de madre no podia aceptar la idea de que su hijo tuviese que bajar la frente sin poder decir el nombre de su padre, y

esta sola consideracion la exaltaba hasta el punto de dominar todos sus sentimientos y sentir el deseo de la venganza. A fuerza de meditar dia y noche en lo mismo, se habia apoderado de su corazon esta sola idea, que las dominaba todas, y casi se habia convertido en una monomanía contra la que no habia consideracion capaz á contrarestarla. Y hé ahí por qué, arrastrada por su constante deseo, habia perseguido á don Alonso, desfigurando su esterior y apareciendo la vieja hechicera tan incomprensible y temida. Habia referido á su hijo la historia de sus amores, pero no le habia dicho el nombre de su padre, aunque procuró imbuirle siempre ideas que le hiciesen abrazar el partido opuesto al rey, á quien siempre le habia presentado bajo el mas detestable aspecto, costándole poco ó ningun trabajo que, como otros muchos, en aquella época de revueltas, estuviese siempre de la parte de los descontentos.

Como hemos dicho, padecia mucho en aquellos momentos. Interrumpidos estremecimientos la agitaban; crispábanse sus nacaradas manos, y su corazon latia con violencia. ¡Pobre muger!

Ambos permanecieron así largo rato, hasta que una exclamacion de la dama interrumpió tan triste silencio.

—¡Dios mio! pronunció con lánguido acento, ¿cuándo dejaré de padecer? Perdonadme, Pelayo, perdonadme....

—¡Perdonaros! contestó él con la debilidad de quien ha agotado todas sus fuerzas. ¿De qué os he de perdonar? Si juré venganza, me impulsó á ello la pasion con que os amé, y los celos que me devoran ha tantos años. Os he preguntado, os he rogado que me dijeseis quien era ese hombre..... Culpad á mi estrella, señora. Me habeis exijido un juramento contrario á otro que hice ya; acaso obrasteis á sabiendas con estudiada malicia.... cuando perdí vuestro amor hice ese mismo juramento; no he hecho mas que repetirlo.... Por eso os digo que culpeis á mi estrella.

—Sí, pero tal vez sin mi revelacion, el tiempo hubiera

*

estinguido vuestra sed de venganza, y ahora ya es imposible, y vuestro tormento mayor.

—Mal me conoceis, señora, dijo Pelayo con amargura, jamás se hubiera cerrado mi herida.

—Pero ignorabais que fuese el hombre que tan cerca teniais, el que tanto amabais, el objeto de vuestro furor. Es muy duro de cumplir ese juramento.... ¡ah!... No, no le lleveis á cabo: haced, con vuestra poderosa influencia, que don Alonso reconozca á mi hijo, y estoy satisfecha, nada mas deseo: acabaré en un cláuxtro mis dias, y luego iré á pedir á mi madre perdon por mis locos desvaríos, causa de su muerte. ¿Lo hareis? prosiguió, juntando las manos y en tono de la mas encarecida súplica. Hacedlo, sí, hacedlo, os lo ruega Ines, os lo ruega una muger desgraciada, á quien no queda en este mundo mas que llanto y dolor, y la triste esperanza del sepulcro.... ¡oh!...

—¿Qué os he de decir? ¿Se yo, por ventura, lo que haré? Dos juramentos contrarios tengo que cumplir, y por ninguno de ambos caminos me atrevo á marchar; si me abrís un tercero, será mayor mi indecision.... No sé, señora, no sé, porque me vuelvo loco.... no he nacido para el mal.... acaso haré lo que me pedís, mas, ¿podré conseguirlo?

Doña Inés movió tristemente la cabeza.

—Teneis razon, dijo; es mucha felicidad para mí.

Y luego se levantó haciendo un penoso esfuerzo. Imitóla Pelayo, y un triste suspiro se escapó de su boca.

—Segun veo, señora, conoceis á la dueña de esta casa: haced que el rey salga ileso, aun cuando mañana haya yo de cebar en él mis iras.

—En su palacio le encontrareis.

—¿Estais segura de que así lo conseguireis de esa maldecida vieja?

—Sí.... estoy segura.... ¿Quereis saber quién es esa muger? Algo os puede interesar.

—El misterio que la cubre ha escitado siempre mi curiosidad.

—Juradme no revelar á nadie este secreto.

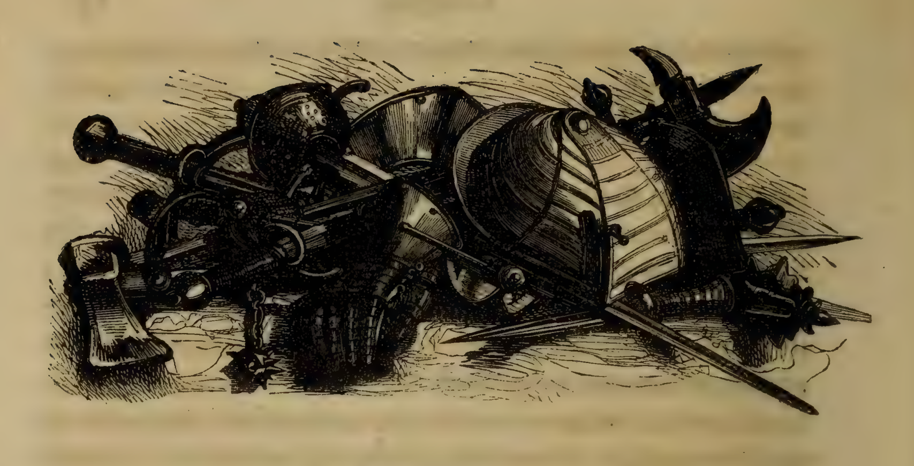
—Os lo juro.

—La bruja es doña Inés de Carvajal....

—¡Vos!...

Alargó la dama al caballero una de sus manos, besóla este y despues salió, conducido por ella, caminando por distintas habitaciones hasta encontrarse en la calle.

Allí descubrió su cabeza, respiró con avidez el áire frio de aquella nebulosa noche, y aturdido aun, se dirigió con vacilantes pasos al palacio del rey.



CAPITULO IV.

Cómo encontró Pelayo el Duro al rey don Alonso, y de los mensages que éste recibió.



CAMINABA Pelayo sin sentir el intenso frio de la madrugada ni la lluvia que aun caia con bastante espesor. Su cabeza, abrasada por la calentura, estaba trastornada, y sentia esa pesadez que produce un agitado sueño. Ni podia darse cuenta de los sucesos anteriores, ni acertaba á tomar un partido, y casi dirigia maquinalmente sus vacilantes pasos: tal era el trastorno causado en su ser por la penosa lucha que habia sostenido; tal era el dolor que habia producido la llaga de sus amores y sus celos, renovados con el relato de doña Inés. A veces llevaba las manos á su pecho, oprimiéndole con violencia y como si intentase arrancarse el corazon, y ya quedaba abatido ó con terrible ademan ponia la diestra en su pesado acero y deja-

ba escapar de su boca amenazas terribles aun contra su propia existencia. ¿Podria contenerse á vista del rey? ¿Estaba seguro de no echarle en cara, con la franqueza propia de su carácter, toda la fealdad de su conducta para con doña Ines? Si ella, liviana y culpable, merecia la mas severa censura por haberse dejado arrastrar de su ardiente pasion, no por eso don Alonso, despues de haberla obligado con sus ruegos y sus seducciones, y abusando del ascendiente que sobre ella tenia, debió abandonarla una vez satisfecho su capricho, dejándola sola al lado de su madre, que al espirar le negaba inflexible su último beso, y con el hijo, sello de su deshonra, pero animada prueba del sacrificio que habia hecho aquella infeliz muger.

Estas y otras muchas reflexiones se agolpaban á la imaginacion del caballero mientras se aproximaba al palacio de Don Alonso, cuando ya cerca de él, llamóle la atencion la radiante luz que despedian algunas antorchas con que caminaban varios hombres en la misma direccion que él.

—¿Quién va tan acompañado á esta hora? dijo para sí el caballero.

Y apretando el paso pudo alcanzar la comitiva cuando se paraba á la puerta del palacio.

Este incidente le distrajo de sus tristes pensamientos y calmó algun tanto la efervescencia de sus ideas, por lo que mas tranquilo llegó á uno de aquellos hombres, y viendo que rodeaban una lujosa litera, le preguntó:

—¿A quién acompañais?

—A S. A., contestó el otro, y volvió la espalda.

—¡Al rey! esclamó Pelayo.

Luego se acercó á la litera y vió que de ella salia don Alonso ayudado de un arquero. A la luz de la antorcha se veia su sostro pálido y desencajado, sus ojos hundidos y su mirada incierta. Pelayo no pudo contener una exclamacion que hizo volver la cabeza al rey, quien á su vez mostróse sorprendido, por lo que tambien tenia de desfigurado el rostro del caballero.

En honor á los sentimientos de éste, debemos decir que en aquellos momentos, solo se acordó de la amistad y gratitud que debia al soberano, y el pesar oprimió su corazon.

Apoyado en el brazo de Pelayo, llegó don Alonso hasta su cámara, y dejándose caer pesadamente en el ancho sillon que algunas horas antes habia ocupado, miró tristemente á su favorito que apenas podia tampoco sostenerse. ¡Qué diversos sentimientos tenian á aquellos hombres en semejante estado! Abatido el uno por el dolor de los recuerdos y el pesar de su crítica situacion como padre y como rey, contemplaba á su fiel vasallo con ternura y como queriendo buscar en él el consuelo que le negaba su negra fortuna, mientras el otro, luchando entre el coraje y la amistad, miraba al rey como queriendo penetrar con la vista en el fondo de su corazon, y convencerse de si era posible que aquella alma tan generosa y noble, hubiese podido obrar tan villanamente con la desdichada doña Ines.

Siguióse un largo silencio. Aguardaba don Alonso á que Pelayo le preguntase la causa de su estado y cómo habia vuelto con tal acompañamiento, mientras que el favorito, absorto en una sola idea, esperaba tambien á que el rey le contase lo que le habia sucedido y le hablase de la hechicera, de doña Inés, y en fin, de sus antiguos amores, como si sobre esto le hubiese hecho alguna pregunta.

Por fin, don Alonso, despues de hacer un penoso esfuerzo y exhalar un triste suspiro, exclamó:

—¡Qué noche, Dios mio! ¿Y nada me preguntas, prosiguió despues de una breve páusa, de lo que me ha sucedido?

—Por el contrario, señor, esperaba á que vos me preguntáseis á mí el motivo por qué no me habeis encontrado á la salida de esa maldita casa.

—¿Qué, no me has acompañado?

—¿Acaso, no lo sabeis?

—No, pero dejarás de admirarte cuando sepas que salí de allí sin sentido, y que solo despues de algun rato me lo hizo

recobrar el aire fresco de la noche. ¿Con que no has vuelto á verme hasta mi llegada aquí?... ¡Ah!...

Por su mente cruzó una idea: ¿sería efectivamente Pelayo el hombre que vió á través del espejo?

—Dí, prosiguió con afán, ¿qué ha sido entonces de tí, mientras yo consultaba á la bruja?

—Perdonad, señor, contestó Pelayo con visible agitacion, perdonad si antes de contestaros os interrogo, porque tengo un vivo interés en saber lo que os ha sucedido. ¿Cuál ha sido el resultado de vuestra consulta? Malo, sin duda; en vuestro rostro se pinta lo que habeis sufrido, que debe haber sido mucho, porque segun decís perdisteis el conocimiento.

—Mucho denota tambien tu semblante; parece alterada tu salud, y aunque tengo razones poderosas para desear saber lo que pudo acontecerte, satisfaré en dos palabras tu curiosidad.

—Teneis poderosas razones.... repitió Pelayo algo pensativo.

—La contestacion de esa bruja, prosiguió el rey, se ha reducido á decirme que ya no es mio el reino de Leon; tiene mejores emisarios sin duda que yo, pues las últimas noticias no fueron tan desesperadas. Luego me ha anunciado que moriré sin mi corona, y me ha echado en cara la injusticia de haber desheredado á mi nieto don Alonso. Ya ves que no son cosas agradables, y ademas, no sé lo que esta noche pasaba por mí, que sus palabras me han causado un efecto terrible, y hasta....

El rey se detuvo y miró á todos lados como temeroso de que le escuchasen, y luego prosiguió, bajando la voz:

—Hasta he tenido miedo.... pero un miedo que me hizo perder el sentido.

Pelayo se estremeció.

—¡Miedo vos! dijo. Vos, tan animoso....

—Sí, Pelayo, he tenido miedo, porque esa maldita muger, á quien mandaré quemar, me ha recordado la vision

del espejo.... ya sabes.... y luego.... he visto otra vez la misma vision.... en el mismo espejo, pero.... Superticiones, superticiones.... Y nada mas, nada mas.... Pero ¿qué ha sido de tí?

—¿Con que habeis vuelto á ver la vision, la muger aquella, la misma? ¿No os habeis equivocado? preguntó con ansiedad el caballero.

—No.... Pero ¿qué ha sido de tí? volvió á preguntar don Alonso, como queriendo desechar el recuerdo de doña Inés.

Pelayo pareció quedar algo pensativo, y luego, á la vez que sus ojos se animaban, contestó:

—Yo tambien he visto á la hechicera.

—¿A la hechicera? repitió admirado el rey.

—Sí, señor, la he visto, y no menos que vos he sufrido esta noche.

—Habla, Pelayo, habla, dijo el rey, cuyas megillas se pusieron rojas.

—Hacia largo rato que esperaba, cuando se abrió de nuevo la puerta por donde habiais entrado, y oí que me llamaban por mi nombre. Creyendo que venian de vuestra parte, acudí, y me condujeron delante de la bruja.

—¡Delante de la bruja! si estaba conmigo.

—No sé, quizás con su misterioso poder se convertiria en dos. Lo cierto es que hablé con ella.

—Y qué te dijo?

—¡Ah, señor! contestó Pelayo, dominando con dificultad un acceso de ira. Ya sé quien es el hombre que tanto he buscado, el que me arrebató la paz del alma, el que sedujo á la muger de quien os tengo hablado tantas veces.

—¡Te lo ha dicho la hechicera?... ¿No te ha hablado de otra cosa?

—Solo de eso, señor, pero lo he sabido todo.... ¡oh!...

—¿Y quieres ser vengado? ¿Está ese hombre en Sevilla? preguntó el rey.

—En Sevilla está, y aunque su villania merece un ejemplar castigo, quiero vengar la ofensa por mí.



¡Me has engañado!.... ¡Me vendias!... ¡Miserable!...

—Di su nombre, y dentro de dos horas estará colgada su cabeza en la torre mas alta de la ciudad.

—¡En la torre mas alta de la ciudad!... es tan elevada su alcurnia, que estoy seguro de que no os atreveriais á intentarlo....

—Si mi poder ha menguado, interrumpió don Alonso, soy todavía el rey y el ánimo no me falta, por mas que en ciertos momentos, como esta noche, tiemble delante de una muger.

—Lo sé, señor, pero creedme: por lo demás, ya os he dicho que quiero tomar la venganza por mi mano.... lo he jurado así en pago de las revelaciones que me han hecho.

—¿Necesitas, al menos, mi ayuda?

—Tal vez....

—Dices, prosiguió el rey con marcada curiosidad, que te han hecho revelaciones....

—Sí, sé todo lo que ha sucedido á la muger á quien tanto amé.

—¿Y estás seguro de que no te han engañado?

—Tengo pruebas tan positivas....

—Bien, pero no refieres lo ocurrido....

—Os lo diré, señor, en pocas palabras, y vos opinareis como mas imparcial, el castigo que merece el culpable.

Pelayo apretó los puños y procuró dominar su corage, mientras el rey, atento á las palabras de su favorito, sentia una viva curiosidad y un secreto temor que le inquietaban demasiado.

—Cuando fué á Toledo mi antigua dama, prosiguió con pausado tono el caballero, un noble, muy noble, solicitó sus favores, y á fuerza de promesas y juramentos consiguió lo que ella nunca debiera otorgar. Ciega por la pasion, alucinada por las promesas, sacrificó á aquel hombre su honra, confiada en que al menos obtendria la recompensa de ser siempre amada, amparada y defendida por él, á quien creyó leal y digno del título que llevaba. Empero aquel hombre... ¡oh!... ¿sabeis como pagó el sacrificio de aquella desdichada

muger, niña inocente, y tanto, cuya candidez fué su perdicion? Abandonóla cruelmente al enojo de su madre, que al morir de dolor, la rechazaba de su lado, dejándola sola en el mundo y próxima á ser madre de un hijo, fruto de su lamentable estravío.

El rey abrió desmesuradamente los ojos, y fijó en Pelayo una mirada tan penetrante y afanosa, que por sí sola decia lo que pasaba en su interior. El caballero resistió tenazmente aquella mirada, mientras hacia saltar la sangre de sus lábios á fuerza de morderlos.

—¿Dices que llevaba un titulo? preguntó don Alonso despues de una breve pausa. ¿Quién es? Su nombre, Pelayo, su nombre....

El caballero, como sino hubiese comprendido la pregunta del rey, prosiguió:

—Luego, esa muger....

—Bien, interrumpio don Alonso, pero su nombre, y el de la dama, que aun ignoro quien sea...

—La dama es tambien de noble estirpe, y se llama doña Inés de Caravajal.

—¡Doña Inés! esclamó el rey, mientras que se dilataban sus pupilas, palidecia su rostro, y estendiendo los brazos hácia adelante quedaba inmóvil como una estátua.

—¿Os sentís indispuesto? le preguntó Pelayo con irónico afán.

Despues de algunos instantes, hizo don Alonso un esfuerzo para aparecer tranquilo, y contestó:

—No, me siento bien.... Conocí á esa dama.... ¡Y sabes, dices, el nombre del caballero?

—Ya os he dicho que sí, y que necesitaré quizás vuestra ayuda para castigarle....

—¡Mi ayuda!... ¿Estás seguro de que no te han engañado?

—Asi lo creo, señor, y á no estarlo no me atreveria á pediros que tomeis parte en la empresa si mis fuerzas son pocas.

El rey creyó de buena fé que su favorito habia sido en-

gañado por la hechicera, suponiendo que otro fuese el seductor de doña Inés; pero despues de algunos momentos de reflexion, vino á su memoria la escena que habia visto á traves del espejo, y de nuevo intranquilo, dijo á Pelayo:

—¿Y esas revelaciones te las ha hecho la misma bruja?...

—Sí, señor.

—No comprendo qué interés pueda tener esa vieja.... y luego.... mientras estuvo conmigo habló contigo tambien... Aqui hay un misterio que casi no me atrevo á averiguar. Es tan estraordinario lo que sucede en casa de esa muger....

Don Alonso quedó como pensativo, y luego, como resuelto á averiguarlo todo, prosiguió:

—Ya te he dicho que hace algunos años una aventura de amores me llevó á casa de esa bruja, y cuando sorprendidó por el esposo de la dama me disponia á defender mi vida, apareció en el espejo maravilloso una muger á quien yo habia querido mucho, y detuvo con su presencia nuestros golpes. Aquella vision ha vuelto ha presentarse esta noche, segun te he dicho; pero lo mas estraordinario, y que aun no sabes, es que á través de ese mismo espejo he visto una escena que la creí mera ilusion producida por la calentura.

Pelayo escuchaba con religiosa atencion, pero estaba violento y se movia sin cesar, porque representaba un papel ageno de su carácter.

—He visto, continuó don Alonso, un espacioso salon adornado con rica magnificencia, y en él, sentada y vestida de negro á la dama de quien me has hablado.... á doña Inés de Carvajal....

—¿La habeis visto? preguntó admirado el caballero.

—Sí, la he visto, pero lo mas estraño es que no estaba sola, y la persona con quien hablaba era, ó me pareció ser...

—¿Quién? dijo Pelayo con impaciente curiosidad.

—Tú.

—¡Yo! repitió el caballero, mas admirado aun de lo que ya estaba.

—Sí, tú, que conversabas con ella, tú, que en un mo-

mento de exaltacion empuñastes la daga, blandiéndola con ademan terrible....

Pelayo puso involuntariamente la diestra en su cintura, y el rey fijó tambien la vista en ella, y al ver que el arma faltaba de su sitio, prosiguió con acento exaltado, y á la vez que se levantaba de su asiento:

—Sí, la daga se escapó luego de su mano, salió sin recojerla.... tú no la tienes.... ¡Ah! no era un sueño, jurabas mi muerte... ¡Me has engañado!... ¡Me vendias!... ¡Miserable!...

El caballero quedó como petrificado y sin acertar á decir una palabra: tal era la turbacion que aquel repentino cambio le habia causado.

El rey, en su acceso de ira, prosiguió:

—Era la bruja, solo la bruja, ella misma quien te habia hablado de doña Inés, de su seductor.... ¡Mientes como un villano!

—¡Qué miento!... ¡oh!... dijo al fin Pelayo, cuyos ojos aparecieron brillantes como dos áscuas. ¡Qué miento!... Solo hable con la bruja, con la misma que vos habeis hablado....

—¡Mientes! repitió el rey fuera de sí. Yo te he visto al lado de doña Inés. ¿Y aun tendrás valor para decir que no era ella? ¿Te atreverás todavía á repetirme que era la bruja?

—Era....

Pelayo se contuvo: esclavo de su tercer juramento, se resolvió á todo antes que á decir al rey que doña Inés y la hechicera no eran sino una sola persona.

—Sella el lábio, gritó don Alonso. Jurabas mi muerte; jurabas hundir en mi pecho la daga misma, regalo mio, que puse en tus manos como prenda de mi afecto y sobre la que jurastes tambien defender mi vida.... ¡Ah!... Otro ingrato.... Pero no, no quedará impune tu crímen; tu castigo será tan grande como el cariño que te profesé, y haré que se tornen en horribles tormentos los favores que tan generosamente te he prodigado.

Pelayo sintió que se le agolpaba á la cabeza toda su san-

gre, y no pudiendo contenerse, esclamó con su ruda franqueza:

—¡Yo ingrato, yo miserable!... ¡Ah!... ¿Habeis olvidado vuestra conducta con la desdichada doña Inés? ¡Yo villano!...

—¿Y por qué, le interrumpió el rey, me has ocultado que has visto á doña Inés? ¿Por qué jurabas mi muerte antes de saber de mi boca, si era yo tan culpable como me han hecho aparecer? Has mentido para seguir engañándome y llevar mejor á cabo tu infame obra, para cumplir tu sangrienta promesa.... En vano intentarás disculparte, porque los hechos hablan mas alto que tus razones.

El caballero, ciego ya de furor, llevó involuntariamente la mano á su espada.

—¿Quieres matarme? esclamó el rey al ver el movimiento de Pelayo.

Y luego, abriendo una puerta, gritó:

—¡Ola, mis arqueros!

Instantáneamente entraron en la habitacion dos soldados con las espadas desnudas.

—Prended á ese hombre, les dijo don Alonso.

—¡Me llamo el Duro, y sois pocos! esclamó el caballero lanzándose sobre los guardias.

Ebrio de coraje, inyectados de sangre sus rasgados ojos, y haciendo rechinar sus dientes, arremetió Pelayo dando tajos certeros con su espada, mientras que con la mano izquierda levantaba un pesado sillon, con cuyo primer golpe puso por tierra á uno de sus contrarios.

Salió el rey fuera de la cámara, gritando:

—¡Aquí, mis arqueros!

Pero cuando volvió con numerosa ayuda, encontró al segundo guardia revolcándose en su sangre, y vió que Pelayo el Duro habia desaparecido, sin duda por una puerta secreta que solo ambos conocian, y de la que se sirvió para ponerse fuera del alcance de sus perseguidores.

—¡Buscadle, buscadle; muerto ó vivo, el que me lo presente tendrá cuanto quiera!

Los mas atrevidos salieron en su busca, y entre tanto el rey dió órden para que fuesen á casa de la hechicera, rodeasen el edificio, le registrasen todo, y prendiesen á la maldita bruja para quemarla aquel mismo dia,

—Encontrareis, decia don Alonso, una habitacion subterránea donde hay un grande espejo: rompedle, y detrás vereis una puerta por donde se va á un salon adornado con estraordinaria riqueza: mirad si hay una daga en el suelo y traedla tambien.

Salió el gefe de su guardia con gran número de soldados para ejecutar esta órden, y don Alonso volvió á quedar solo en su cámara.

Empezaba á amanecer.

Dejóse caer el monarca en un sillon, y rendido de fatiga su espíritu y su cuerpo, tras amargas reflexiones y recuerdos tristes, quedó profundamente dormido.

Transcurrieron algunas horas, y ya el sol, dejando caer sobre la tierra sus hilos de oro, habia disipado las negras masas de nubes de la noche anterior: estaba el dia sereno y puro, y parecia mas risueño el cielo á vista de las señales que habia dejado en la tierra la pasada tempestad. ¡Cómo brilla el sol cuando sus luces rielan en los arroyos que acaba de formar una espesa lluvia!

Ya habia vuelto con su comitiva, cabizbajo y triste, el gefe de los arqueros, y esperaba á que el rey despertase para darle cuenta de su comision, aunque temeroso de participarle el mal éxito que habia tenido.

Tambien habian llegado al palacio algunos emisarios venidos del reino de Leon, y como el gefe de la guardia de S. A., pensativos y mal humorados, aguardaban tambien para dar á don Alonso las tristes noticias de que eran portadores, por mas que hubiesen preferido no cumplir esta parte de su comision.

Todo era, en fin, tristeza aquel dia en el alcazar real, y hasta los mismos cortesanos que esperaban en sus salones para saludar al rey, noticiosos del pasado suceso con Pelayo

el Duro, temian el mal humor del monarca; aunque por otra parte se sintiesen gozosos con la caida del favorito.

Al fin despertó Alonso X, y entonces sintió mas que nunca los efectos de cuanto habia sufrido la noche anterior. Parecia que sus miembros estaban quebrantados por una larga fatiga, y sentia aun trastornada su cabeza como sino hubiese acabado de sacudir el pesado sueño en que habia estado sumido. Pasóse las manos por la frente como queriendo desvanecer el dolor que le atormentaba, y despues de contemplar por algunos momentos la luz del sol, dijo con acento apagado y triste:

—¡Cuanto he sufrido! ¿Y no ha sido todo un horrible sueño, Dios mio?... ¡Ah!... Pocas fuerzas me restan; conozco que se acaba mi vida.... Pelayo.... aun no puedo creerlo.... Pelayo traidor.... No, la pasion, los celos.... Pero la gratitud debia sobreponerse á todo.... ¡Otro ingrato!...

De su pecho salió un suspiro que parecia arrancado del alma.

—Y ahora, pobre rey, prosiguió con amargura, tienes que presentarte á esa turba de cortesanos ambiciosos, con el semblante risueño, alta la frente y aparentando que estás tranquilo y no temes nada, que tu espíritu es tan elevado que se sobrepone á todas esas pequeñeces del mundo, que desprecias al que es ingrato, y.... ¡Dios mio!... Todo fingimiento, todo falsas apariencias....

Quedó pensativo, y al cabo de algunos instantes llamó á su ayuda de cámara:

—¿Han vuelto mis arqueros? le preguntó.

—Sí, señor, y tambien aguardan algunos enviados del reino de Leon, que tienen encargo de comunicar á V. A. noticias importantes.

—Que me den cuenta de lo ocurrido en casa de la bruja. Emisarios de Leon.... ¡ah!... sin duda vienen á confirmar lo que me ha dicho esa maldita hechicera, prosiguió el rey despues que hubo quedado solo.

El gefe de los arqueros, pálido y triste, entró en la cámara:

—Supongo, le dijo el rey, que ya estará á buen recaudo esa condenada vieja.

—Señor, contestó con tono vacilante el soldado, tengo el sentimiento de anunciar á V. A....

—Qué, ¿se os ha escapado?

—Si yo hubiese llegado á verla....

—¿No la habeis encontrado?

—No señor.

—¿Y la daga?

—Tampoco....

—¡Tampoco! Decid todo lo que haya ocurrido.

—Bien poco, señor. Despues de haber cercado la casa y llamar inútilmente á su puerta, determiné echarla abajo. Entramos, no sin algun miedo de algunos supersticiosos, y.... en vano lo hemos recorrido todo; ni hemos encontrado á nadie, ni tampoco ha sido posible dar con la habitacion subterránea del espejo, ni el salon. No ha quedado rincon que no se registre, ni mueble, aunque bien pocos habia, que no se levante: únicamente hemos hallado sobre una mesa este pergamino doblado y sellado, y sobre el cual se lee: *Para el rey*.

El soldado entregó á don Alonso un pergamino cuidadosamente cerrado, y éste lo tomó con mano trémula y sin poder dominar la emocion que sentia.

—¡Se me ha escapado!... Alejaos, alejaos.... Que entren... no.... dentro de algunos momentos que entren los enviados de Leon....

Cuando quedó el rey solo, soltó el pergamino como si le abrasase los dedos, fijó una mirada de espanto en la letra del sobrescrito, y despues que pasaron algunos momentos volvió á tomarlo resueltamente.

—Es preciso.... apuremos, dijo con sorda voz. Su letra...

Rompió el sello y leyó con acento entrecortado lo siguiente:

«Hace diez y seis años, rey don Alonso, que mis tristes quejas no han llegado hasta vos, aunque en ese tiempo no

ha faltado quien os recuerde mi nombre, y habeis sufrido el martirio de ver dos veces mi olvidada imágen. Hace diez y seis años que, destrozado el corazon por los desengaños de vuestra falsedad, cesé de suplicaros porque creí inútil todo ruego, y ajado mi orgullo de muger, lastimados cruelmente mis sentimiontos dè madre, solo pensé en la venganza del crímen que me habia hecho lastimosa víctima de mi propia generosidad. Nadie mejor que vos podreis comprender toda la amargura de mi dolor, vos, que habeis recibido tan duros desengaños, y que habeis visto convertirse los beneficios que habeis prodigado á vuestros vasallos con mano liberal en negras traiciones y cobardes armas, que han puesto muchas veces en peligro vuestra vida y el sosiego de vuestros reinos. ¿Qué habeis dicho, y que habeis sentido despues de recibir uno tras otro tantos desengaños? Preguntadlo á vuestra memoria y á vuestro corazon, y así escusaré el deciros lo que he sufrido.»

Interrumpió don Alonso la lectura para pasarse una mano por la frente y ponerla luego sobre su corazon que latia con violencia.

«En dias para mí mas dichosos, creí haber alcanzado la mayor felicidad al conoceros, y esa felicidad no tuvo límites cuando embriagada de amor, y viendoos postrado á mis pies, me arrojé en los vuestros, olvidando á mi anciana madre, al hombre que tan generosamente me habia salvado la vida, al mundo entero, en fin, porque en aquellos momentos solo os veia á vos, nada escuchaba mas que vuestras súplicas, vuestras amantes promesas, ni sentia mas que el fuego de mi pasion que parecia abrasarme el pecho. ¡Triste de mí! Subyugada mi razon no pensé en mis deberes, y llena de confianza en los juramentos del primer noble de Castilla, creí, que si bien el mundo me llamaria liviana y señalaria con desprecio mi manchada frente, poseeria en cambio vuestro amor, y vuestro brazo poderoso ampararia y defenderia mi debilidad. ¡Pobre insensata!

»Llegó un dia en que sentí que llevaba en mis entrañas

un hijo, y á pesar de que esto acabaria de poner de manifiesto y probar mi crímen, ¿lo creeréis? el gozo de la madre acalló la vergüenza de la muger, y por mas que el miedo se apoderó de mi alma, me sentí mas felíz que llena de terror.

»Aquel hijo era vuestro, y habia costado á la muger que os lo daba un sacrificio que vos no podeis comprender. Mi inesperta credulidad pensó, que si era posible que el amante desconociese el sacrificio, y muerta su pasion, olvidase á la muger, nunca el padre olvidaria á su hijo. El amante dejó de serlo, y la madre entonces suplicó hasta de rodillas, suplicó en su nombre y en el de su hijo.... ¡Vana súplica!...

»Entonces desperté del sueño fatal que habia causado mi desdicha, y solo encontré la sociedad, que severa me apartaba de su seno, y á mi madre que, transida de dolor, y en los postrimeros instantes de su agonia me negaba su último beso porque habia manchado el nombre de mi padre!...»

Aquí se notaban las señales del llanto que habia regado el pergamino al escribir estas últimas palabras. Don Alonso, pálido y agitado, dejó caer la carta, pero pasados algunos momentos, su trémula mano la volvió á coger, decidido en su turbacion á concluir su lectura.

«Quité la esperanza, arranqué todas las ilusiones del hombre á quien debia la vida, y me oculté á los ojos del mundo. ¿Cuánto no habré padecido?...

»Nuestro hijo vive, don Alonso; nuestro hijo, de noble sangre, tiene que bajar la frente porque no puede decir quién es su padre.... Por última vez os pido compasion, no para mí, sino para vuestro hijo: si en los últimos dias de vuestra vida no le rechazais, mi sed de venganza está satisfecha, os dejo para siempre en paz.... Meditadlo bien, don Alonso, y no olvideis lo que os ha dicho la hechicera. Vuestro hijo, que ignora quién sea su padre, está en las filas de don Sancho; ha hecho mas en favor del rebelde que sus hermanos todos; es ingenioso y valiente sin igual, y puede hacer tanto en vuestro favor que asegure vuestra corona. Ya os dijo la hechicera que no era vuestro el reino de Leon; quizás lo juz-

gasteis patraña, pero cuando haya llegado á vuestras manos este escrito, ya tendreis la noticia de tan lastimosa pérdida... Reconoced á vuestro hijo ó será, como todos sus hermanos, vuestro enemigo mas cruel y mas poderoso.... reconocedle ó morireis sin vuestra corona....»

Don Alonso arrojó el pergamino al fuego de la chimenea, y exclamó fuera de sí:

—¡Reconocerle!... Jamás: que vea el mundo en él un enemigo mio, pero no otro hijo desnaturalizado. ¡Mi corona, morir sin mi corona! prosiguió exaltado. ¡Morir sin mi corona, si me dejan la espada! ¡Imposible! La defenderé hasta exhalar el postrimer aliento, y solo podrán arrancarla de mis sienes cuando el frio de la muerte las haya helado.

Agitado y chispeantes los ojos de furor, levantóse y recorrió á largos pasos la cámara.

—Pocos son mis vasallos leales, pero valientes y decididos; viejo soy, pero mis alientos tales, que nada pudieron los años en ellos.... Nó, no quiero otro hijo que me llame padre á la vez que enristre su lanza contra mi pecho; prefiero un enemigo mas que me apellide adversario, aunque atraviese mi corazon con su daga.... Perdido el reino de Leon y parte del de Castilla.... no importa.... ¡Rey don Alonso, te llaman el Sábio y el Grande; prueba ante los ojos de tus vasallos que eres digno de tal renombre!

En seguida sentóse en un ancho sillon, hizo un esfuerzo con que dominó cuanto sentia, y en su rostro, antes pálido, se reflejó una imponente magestad.

—Que pasen mis cortesanos y los mensageros de Leon, gritó con voz firme y sonora.

Poco despues la cámara real estaba llena de caballeros que lucian ricos trages, escepto dos, que cubiertos de pesadas armaduras y llenos de lodo hasta las rodillas, aguardaban silenciosos á que el rey les preguntase. Eran los mensageros llegados de Leon.

Don Alonso dirigió á todos amables saludos, y despues de haber conversado de cosas indiferentes con los mas prin-

cipales, y viendo que los llegados de Leon denotaban en su semblante estrañar que naba les hubiese preguntado, como si viniesen á traer noticias de poca ó ninguna importancia, les dijo:

—Ya sé que las principales ciudades y villas del reino de Leon se han alzado por el infante don Sancho; vosotros me traereis, tal vez, mejores noticias.

Ninguno de los dos mensageros pudo contestar al rey, porque quedaron estupefactos al ver que habia recibido nuevas con anticipacion á las que ellos traian. Los cortesanos, por su parte, se miraron llenos de asombro: la tranquilidad del monarca y su aparente sangre fria, despues de tamaño doscalabro, eran incomprensibles.

—Señor, dijo uno de los mensajeros, me admira la rapidez con que ha recibido V. A. la noticia: he reventado cinco caballos.

—Yo he dejado cuatro tendidos en el camino, añadió el otro, y tampoco he podido llegar á tiempo.

—Sois fieles servidores, lo sé, y habeis hecho cuanto puede hacer un hombre: si otra persona ha corrido mas que vosotros, no por eso considero menos meritorio vuestro servicio. ¿Hay, pues, alguna otra novedad?

—Ninguna, señor.

—Bien, retiraos á descansar, que bien lo habreis menester, y mas tarde entraremos en pormenores de este asunto.

Salieron los mensageros, y un profundo silencio reinó en la habitacion.

—Parace, mis buenos caballeros, dijo don Alonso, que estais tristes en demasia. Vos, valiente Hernan, siempre alegre y bullicioso, habeis trocado vuestra faz risueña y burlona por un aire tan melancólico y compungido, que me dais lástima. ¿Os aqueja algun dolor?

—Mucha es la bondad de V. A. en fijar su atencion en mí, contestó el interpelado. Nada tengo, señor, mas que el sentimiento que naturalmente me causan las nuevas que se han recibido de Leon.

—Pensad bien que con la tristeza no sometereis á los fieros leoneses: mas útil es para estos casos el semblante adusto, la cota sobre el pecho y la lanza en el ristre. ¿Qué os parece á vos, buen Gomez, de lo que sucede? continuó el rey dirigiéndose á un caballero que llevaba la cruz de la órden de Calatraba.

—Triste es la noticia, señor, pero en mi concepto, como no hemos de sitiar una por una todas las ciudades que se rebelen, sino atacar la cabeza, creo que estamos en la misma situacion que antes, porque si se logra someter á don Sancho, trocarán castellanos y leoneses sus gritos de rebelion en lamentos y súplicas para que los perdone la piedad de V. A. Por lo demás, ¿á qué buen vasallo no causará pena la conducta de algunas ciudades y la de tantos nobles, que desmintiendo el honor de sus antepasados, osan atentar contra el trono de V. A?

—No ha de abatirnos el infortunio, repuso don Alonso: la adversidad es un enemigo ante el cual no se debe cometer la cobardía de huir ó de dejarse vencer sin haberse defendido, luchando con todas las fuerzas del alma y del cuerpo, porque ¿quién nos dice, que si somos constantes en la lucha no llegaremos á alcanzar la victoria? El tiempo y la voluntad. Hé ahí dos armas poderosas que el hombre tiene, y de las que pocos saben aprovecharse. Si al entrar en batalla no venceis al primer encuentro, ¿volvereis por eso las riendas y dejareis el campo á vuestros enemigos? Lo que ayer fué contrario hoy es favorable: todo cambia. Mirad, prosiguió acercándose á la ventana, anoche ese cielo estaba cubierto de nubes y presentaba á nuestros ojos un horizonte negro y surcado por el fuego del rayo destructor; ni una estrella, ni una sola estrella se descubria: hoy, su puro y trasparente azul encanta nuestras miradas tanto como ayer las horrorizó, y por las estrellas, que en vano buscamos, brilla esplendente ese sol cuyos ardientes rayos lastima nuestros ojos. ¿Esperábais tan claro dia tras noche tan oscura y tormentosa?

Paseó don Alonso por sus cortesanos una mirada tran-

quila, pero en la que se reflejaba el entusiasmo de la inspiracion, y todas las cabezas se doblaron involuntariamente ante aquel hombre grande, no comprendido por su siglo y merecedor de un pueblo mas civilizado.

—Solo quiero que me imiteis, prosiguió; sed mas grandes cuanto menos afortunados, y que el dolor de las desgracias no amengüe vuestro valor: ninguno de vosotros ha sufrido tan amargos desengaños como yo, y sin embargo, me veis animoso. Valor, pues, amigos mios, estamos en el trance decisivo de nuestra suerte; no pensemos en lo que puede perderse, sino en recuperar lo ya perdido. Dividido el reino por lastimosas discordias, estamos espuestos á que los enemigos de la religion se aprovechen de nuestras rencillas para arrebatarnos las gloriosas conquistas de nuestros abuelos, hechas á costa de tanta sangre. El infante don Sancho hace pactos con los infieles para combatir á su padre, y no prevee en su estravío que los que hoy se le unen con el nombre de aliados, le aniquilarán mañana como enemigos, poniendo en su garganta la argolla de la esclavitud. Han sido estériles todos los medios pacíficos y conciliadores que hemos puesto en juego para contener la rebelion. Mi hijo, desoyendo la voz autorizada de su rey y el cariñoso llamamiento de su padre, persiste en su temerario proceder y se muestra cada dia mas insolente y audaz. Nada nos queda ya que hacer despues de tanto sufrir: es, pues, preciso que yo, ahogando en lo mas profundo de mi pecho mis sentimientos de padre, castigue como rey tanta demasia y evite á mis pueblos los males que le esperan si me muestro débil y compasivo.

Hubo un instante de religioso silencio, durante el cual, don Alonso, irguiendo su altiva y noble frente, y estendiendo una magestuosa mirada en su alrededor, prosiguió con acento firme:

—Valientes castellanos, ¿estais dispuestos á sacrificar vuestras vidas en pró del sosiego y bienestar de nuestros reinos?

—Sí, pronunciaron todos como una sola voz.

—¿Jurais prestarme vuestra leal ayuda hasta el completo

castigo de los rebeldes, desde los infantes mis hijos al último villano?

—Lo juramos, repitieron, á la vez que brillaron sus ojos.

—Vosotros no sabreis desmentir vuestra nobleza: preparaos, pues, á la lucha. Nos falta el oro y gente de guerra; yo buscaré el medio de que tengamos lo uno y lo otro. Echareis de menos en nuestras jornadas á un compañero valiente y atrevido: ya no está con nosotros. Declaro traidor á su rey á Pelayo el Duro; su vida pertenece al que la quiera. Hoy se pregonará su cabeza en Sevilla.

Todos guardaron el mas profundo silencio. El rey prosiguió:

—Ha querido atentar contra mi vida: estaba en relaciones con los rebeldes.

—¡Con los rebeldes! repitieron algunos con tono de admiracion.

—¿Os sorprende? No á mí. Otra de las serpientes que he criado en mi pecho para que sus venenosos dientes se claven en mi corazon. Otro ingrato mas. ¿No lo han sido tambien mis hijos? ¿Qué os admira? ¡La ingratitud! ¿Por qué son los hombres ingratos? prosiguió con acalorado acento don Alonso. Dios ha dado á la criatura los medios para que se defienda de las maldades de sus contrarios, para precaver todos los golpes que le preparen, y no puede prevenir la ingratitud, porque siempre se recibe de la persona de quien mas se confia.

—Señor, dijo el llamado Hernan, ese es uno de tantos defectos de la pobre raza humana, y quitarla sus defectos seria hacerla perfecta, es decir, igual á Dios.

—Sí, pero hay defectos que no debieran tener los hombres; todos se compensan con otras tantas buenas cualidades, pero el de la ingratitud no tiene compensacion.

Al decir esto el rey, sintió ya que su imaginacion vasta y fecunda se remontaba fuera de los límites que tiene marcados el hombre de inteligencia comun: aquella alma impresionable hasta el estremo, se dejaba arrebatar fácilmente

á la primera idea sublime, á la primera de esas sensaciones no comunes á todos, reservadas á séres privilegiados.

Luego, en el calor de su natural orgullo, con el acento de seguridad de su sabiduría y de su amor propio, continuó:

—¿Por qué el hombre, en medio de su imperfeccion, no ha de ser menos ruin? ¡Si el Supremo volviese á crear la humana raza y atendiera mis observaciones, cuánto ganaria el mundo con su nueva poblacion!

Estas arrogantes palabras hicieron estremecer á los cortesanos que bajaron la vista como llenos de vergüenza, y en el mismo instante, y cuando don Alonso se disponia á continuar en su orgulloso arrebato, anublóse repentinamente el sol, brilló la azulada luz de un relámpago, y el horrible tableteo del trueno les hizo á todos caer involuntariamente de rodillas como movidos por un oculto resorte, y exclamar, á la vez que se cubrian el rostro con las manos:

—¡Perdon, Dios mio! (1)

Al espantoso ruido del trueno, siguió el de un crujido como el que produce la rotura de las vigas de un techo cuando va á desplomarse.

Don Alonso, de rodillas, consternado como sus nobles, se creyó en el último momento de su vida. Al cabo de algunos momentos fueron levantándose silenciosos y tristes, y pudieron reparar que el rayo, despues de entrar por una ventana, habia atravesado el pavimento, yendo á perderse en los cimientos del edificio.

Nadie se atrevió á romper el silencio. El rey, poseido de vergüenza, no osó mirar á ninguno de los cortesanos, y sin despedirlos, sin decirles una sola palabra, salió con vacilantes pasos de la habitacion, dejándolos atónitos.

Poco á poco se fueron retirando, y á la media hora no se hablaba en Sevilla de otra cosa que de aquel ejemplar suceso.

---

(1) Véanse las Crónicas.



CAPITULO V.

Se presentan nuevos personages.

El cielo estaba despejado; serena la atmósfera, y ese inmenso globo de fuego llamado sol, vida y encanto del mundo, derramaba sobre la tierra sus innumerables rayos de luz. La campiña parecia sonreir, y elevar sus cumbres, las montañas como si quisiesen acercarse al astro de la vida, mientras los agudos campanarios de góticas iglesias, y las redondas cúpulas de moriscos palacios, brillaban cual azulados espejos, y como pretendiendo dar envidia á las macizas moles de piedra ó dura argamasa que formaban los torreones, siempre imponentes y sombríos, sin otra señal esterior que algunos estrechos agujeros ó tortuosas grietas en cuyo interior era eterna la oscuridad.

*

Los habitantes de la ciudad de Córdoba, antiguo emporio de las ciencias, señora de las artes y orgullo de las medias lunas, se agitaban en sus estrechas calles, llenando el espacio con ese contínuo rumor que se percibe en las grandes poblaciones. Coronaban algunos puntos de sus murallas numerosos guerreros cubiertos de brillantes armaduras, y veíanse correr por su vega, en todas direcciones, grupos de gallardos ginetes, cuyo orgullo era su fuerza y su destreza, y cuya vanidad consistia en el temple de sus armas y en los brios de su cabalgadura.

Casi toda la ciudad estaba ocupada por gente de guerra, pues en ella tenia su asiento el rebelde infante don Sancho. Seguíale un ejèrcito numeroso, y á pesar de sus escrúpulos que no le dejaban tomar el título de rey en vida de su padre, una corte aduladora y llena de ambiciosos le rodeaba donde quiera.

Eran las once de la mañana, y don Sancho habia oido ya misa despues de ordenar que se quitase la vida á cuantos sacerdotes se arriesgasen á publicar la excomunion que lanzara el Papa contra los que no obedeciesen al rey don Alonso. Estaba en su palacio con la conciencia tranquila, dormido el remordimiento y la ambicion despierta.

La habitacion donde se hallaba, aunque reformada no hacia mucho tiempo, conservaba el carácter de las construciones moriscas. Sus techos de ricos incrustados y sus paredes donde aun se dibujaban algunos preciosos adornos, aunque pocos, decian que no era aquella obra de cristianos. Grân número de pesados sillones colocados con simetría, y una maciza mesa con adornos de plata, constituian el mueblaje del salon.

El infante don Sancho era de mediana estatura, pero robusto y fuerte; de torba mirada y semblante adusto. Su nariz aguileña, sus megillas algo hundidas, y sus ojos estremadamente abiertos, le daban una espresion de atrevimiento y audacia no comun. Sus movimientos eran rápidos hasta tocar en convulsivos, y la viveza de sus palabras, co-

mo la de su imaginacion, tenia la virtud de comunicar á los otros el entusiasmo de que él estaba poseido. Ardiente, intrépido en el campo de batalla hasta tocar en temerario, nadie á su lado era cobarde, siquiera sintiese un rayo de vergüenza ó de amor propio. Con razon se le llamaba el *Bravo* porque su bravura no conoció igual en aquel tiempo.

Estaba en aquellos momentos sentado junto á uno de los dos anchos balcones que daban luz á la habitacion. Vestia una túnica de lana azul, ceñida por un rico cinturon de oro, del que pendia un puñal, obra admirable del mejor artista de Fez. La sombra proyectada por las maderas del balcon oscurecia su ancha frente y daba mas severidad á su mirada penetrante y dura.

En pié, y mas cerca del balcon, se hallaba un hermoso jóven que apenas tendria diez y siete años. Esbelto y de formas delicadas, no se comprendia cómo pudiese sostener la pesada cota que cubria todo su cuerpo, y en la que, á pesar de su espesor, se dibujaban los contornos de su talle, que hubiera envidiado cualquiera muger. Sus azules ojos, grandes y espresivos, derramaban enderedor de sí miradas llenas de dulce languidez. Sus preciosos lábios, cuyo rojo color contrastaba admirablemente con la blancura de su cútis, estaban entreabiertos con una espresion singular, difícil de calificar de desdeñosa ó altiva, ó hija de la candidez de sus pocos años. Un rayo de sol iluminaba su noble cabeza y hacia brillar tanto como el mismo sol los dorados cabellos de aquel terrenal querubin, cuya ancha frente parecia en aquellos momentos rodeada de una aureola de celeste luz. Despojado de su guerrero atavio y cubierto con una blanca y ligera túnica, se le hubiera tomado por un ángel que venia á la tierra para hacer que don Sancho, arrepentido de su estravio, arrojase lejos de sí el acero que esgrimia contra su noble y anciano padre. Y sin embargo, aquel en apariencia celestial querub, no era mas que un hombre, de cuyo costado izquierdo pendia una larga espada, de su cintura un afilado puñal, y que segun se contaba, á

nadie cedia en valor ni arrojo, y á todos aventajaba en la pelea y en el consejo. Referíanse maravillas de la admirable fuerza de sus miembros, tanto mas sorprendentes cuanto mas se contemplaban sus delicadas formas de niño.

¿Quién era? Apenas él mismo lo sabia, y los demas lo ignoraban completamente. Llamábase Rodrigo; decia que su pátria era Castilla y su cuna Toledo. Si le preguntaban por su padre, se anublaba su frente con una espresion sombría, y no contestaba; y si le hablaban de su madre, se humedecia el limpio cristal de sus azules ojos y una lágrima rodaba por sus mejillas. Hacia un año que se habia presentado al servicio del infante; no admitia retribucion alguna; despues de la victoria despreciaba el botin, y sin embargo, derramaba oro por do quiera, con la esplendidez digna de un rey. Por todos conceptos, aquella hermosa criatura era digna de una especial atencion, y escitaba la curiosidad de cuantos le conocian.

—Bien, Rodrigo, bien, decia el infante; me has prestado un importante servicio, muy importante, y puedes contar otorgada la recompesa que me pidas.

—¡Recompensa! contestó el doncel con voz de incomparable dulzura. ¡Recompensa!.... ¡ah!... si me pudieseis dar lo que deseo no bastaria toda mi sangre para agradecéroslo.

—No será el oro lo que deseas, por que tú lo das y no lo tomas. No conozco tu pasado; el misterio que lo cubre me hace sospechar que eres plebeyo.... ¿Quieres ser noble?....

Los ojos del mancebo se iluminaron.

—¡Noble! repitió. Sí, quiero ser noble, pero no por vuestra voluntad, sino por....

—¿Por tu cuna? Si nacistes hijo de un villano....

— Mi padre es noble, y tanto, que ninguno iguala á su esclarecida estirpe.

—Eres hijo de un noble.... entonces.... ¿quién es tu padre?

Un vivo carmin cubrió las frescas megillas de Rodrigo,

marcóse una ligera arruga entre sus arqueadas cejas, y despues de algunos momentos de silencio, dijo:

—Pues bien, lo sabreis todo.... lo que yo sé, pero que en vos quede sepultado mi secreto. Yo os serviré toda mi vida, vos me ayudareis á aliviar mi desgracia....

—Con todas mis fuerzas, con todo lo que valgo.

—¡Ah!.... si algun dia me dijeseis, «ese es tu padre» os amaria mas que á él mismo......

—Habla.

—Hace diez y siete años, prosiguió Rodrigo con sombrio acento, que mi noble madre fué víctima de las seducciones de un caballero, que faltando á la fé jurada, la abandonó cruelmente. Yo soy el fruto de aquel fatal estravio. Cuando vine al mundo, rogó en vano mi madre á su antiguo amante que diese un nombre á su hijo. Nada consiguieron sus tiernas súplicas, mostróse indiferente á todo; vió con frialdad morir de dolor á la madre de la que le habia sacrificado su honra, y miró con desden al hijo de su pasion. ¡Oh! los nobles castellanos, los modelos de hidalguía..... Solo en el mundo, sin padre, sin honor, consagróme mi madre todo su cariño, un cariño sin límites, y su dolor no tuvo igual, cuando, perdida la esperanza, pensó en el triste porvenir que aguardaba á su hijo, teniendo que bajar la frente hasta delante del último villano, porque no podia decir quien era su padre. Tal es su triste situacion: hace diez y seis años, que encerrada y sin casi ver la luz del dia, llora sin cesar: se marchita su sin igual belleza, se aniquila su ser, y yo, desdichado de mí, tras el sufrimiento que me causa mi vergüenza, me despedaza el corazon el de no poderla dar ningun consuelo. A mi vez, mis súplicas han sido vanas para hacer que mi madre me revele el nombre del que me dió el ser; solo me ha dicho que es uno de los mas poderosos nobles de Castilla, y nada mas. Esa es, pues, mi desgracia, señor, y el que la remedie diciéndome, «ahí tienes á tu padre,» me habrá dado mas que la vida. Pero imposible... ¡ah!.. es imposible....

—¡Imposible!.... no; yo lo sabré y haré tambien que te reconozca por hijo suyo....¿Quién es tu madre?

—Mi madre, señor, es una muger, cuya hermosura no tiene igual.... su nombre.... lo ignoro.... me lo ha ocultado siempre, sin duda temiendo la indiscrecion propia de mi corta edad. Vos no acertais á comprender cómo puede suceder esto, y sin duda me preguntareis de qué medios puede valerse una madre para ocultar su nombre á su hijo, y cómo evita el que éste lo averigüe. Una vez intenté saberlo, y ojalá que semejante idea jamas me hubiese venido á las mientes. Despues de algunos momentos de lucha interior, entre si debia ó no desobedecer la prohibicion de mi madre, decidíme, y en saliendo á la calle, pregunté á un anciano que acertó á pasar por allí: «¿Sabeis decirme el nombre de la persona que habita esa casa?» Miróme entonces con asombro, hizo la señal de la cruz, y por toda respuesta me volvió la espalda, alejándose con mas ligereza de la que le permitia su edad. Estupefacto y sin acertar á comprender lo que acababa de sucederme, se aumentó con tan estraño caso mi curiosidad, y dirijime entonces á un jóven de noble presencia. Repetí mi pregunta, contemplóme por algunos instantes con el asombro del anciano, pero al fin me dijo; «Temprano, gallardo doncel, llamais á la puerta del infierno: si nunca entrasteis ahí, volved atrás vuestros pasos.» Entonces sentí trastornado mi ser, y casi perdida la razon, detuve al caballero, volviendo á preguntarle «¿Quereis decirme quien habita esta casa?» «No os comprendo, esplicadme vuestras palabras....» «¿Acaso os lo sé esplicar? repuso. No sé quien la habita, ni nadie lo sabe: diz que en ella se alberga un espíritu infernal, una bruja, y por eso todos conocen ese edificio con el nombre del Nido de la Hechicera.» ¿Os podré decir lo que por mí pasó? Cuando salí de mi aturdimiento habia desaparecido el noble jóven. «¡Desgraciado de tí si intentas averiguar mi nombre!» me habia dicho mi madre: acordéme de estas palabras y creí que lo que me habia sucedido era un castigo de la Providencia por inobediente.

Cruzó Rodrigo los brazos, inclinó su cabeza sobre el pecho y una lágrima fué á perderse entre los acerados anillos de su pesada cota.

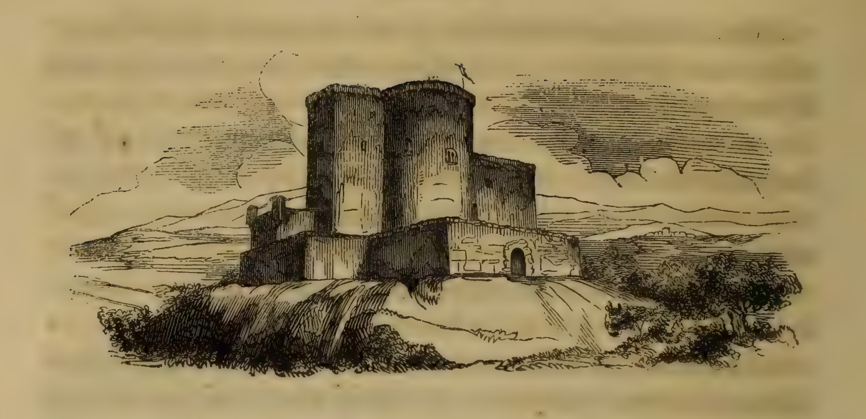
—Con que tu madre habita, dijo don Sancho, en el Nido de la Hechicera.... Yo sabré su nombre y el de su amante.... antes de una semana tendrás padre ó yo no seré quien soy. Ahora comprendo....

Meditó don Sancho algunos instantes, y luego dijo al doncel:

—Prepárate para marchar á Sevilla dentro de media hora. Llevarás un mensaje reservado para Mendo: has de volver con él y otra persona á quien no deberás dirijir la palabra en todo el camino....

—Bien, señor.

Levantóse don Sancho, salió de la habitacion, y el doncel quedó solo.



CAPITULO VI.

La corona de un rey y el corazon de un vasallo.



Seis años hacia que don Alonso Perez de Guzman, abandonando la madre pátria, habia entrado al servicio del emperador de Marruecos. Su valor, sus virtudes y la nobleza de su cuna fueron títulos mas que suficientes para que aquel monarca le hiciese una acogida lisongera, y se envaneciese de contar entre los suyos á uno de los mas temibles capitanes de la cristiandad. Don Alonso no desmintió su pasado: caballero leal, soldado valiente y acertado consejero, ganóse en pocos meses la confianza de su nuevo señor, y no tardó en ser su primer favorito, y en verse recompensado con la generosa largueza propia de Aben-Jucef.

Aunque ocupado don Alonso en las guerras que el marroquí sostenia con sus vecinos, no habia dejado un solo dia de acordarse de su querida pátria, madre que jamás se olvida, y su corazon padecia al pensar en los disturbios que la ajitaban y el desgraciado fin que tendrian. Cien veces sintióse impulsado á volver á Castilla y ofrecer al rey su apoyo, pero detúvole siempre la idea de que quien tan mal habia pagado sus anteriores servicios, apreciase en menos los que aun no le habia prestado; y tal vez recibiria con frialdad al que, olvidando la mayor de las ofensas, iba á rendir homenage á su mismo enemigo. Esponerse á semejante desengaño no era prudente, y su sola hipótesis hacia que se rebelase contra semejante idea la severa dignidad del noble caballero.

Absorto en estas ideas, paseábase una mañana en su aposento. Parábase de vez en cuando y miraba distraido los lujosos divanes de seda y oro que adornaban la habitacion, ó la magnífica lámpara que pendia del calado techo. Aquellas riquezas, todo lo que poseia, eran dádivas del generoso Aben-Jucef, á quien habia servido con su cabeza y con su espada, pero á quien no habia dedicado un lugar en su corazon. Sus tristes recuerdos, sus tierras, sus castillos, sus vasallos perdidos, era la obra de don Alonso X, á quien habia servido con su cabeza y con su espada, y á quien habia levantado un altar en su noble corazon. ¡Comparacion tristísima!

—¿Y por qué, decia, me interesa la suerte de ese hombre á quien debo mi ruina y á quien ha faltado poco para que le deba mi deshonra? No es él, no, es mi pátria, mi Castilla. ¡Mi Castilla, la de los nobles infanzones, la del pueblo sin rival!... Esa es la que conmueve mi corazon. La veo despedazarse, aniquilarse, y no estoy allí para poner mi brazo de parte de la justicia. ¡Y tú don Alonso, á quien con tanta razon llaman el Sábio, no has llegado á conocer todavia la fealdad de la accion que cometistes contra mí! Eras mi rey y contra tí esgrimí mi acero, es verdad, pero yo no asesté contra tu pecho sino golpes que quitan la vida, mientras que los tuyos manchaban la honra. Una indicacion, una sola indicacion hecha

por medio de cualquier noble castellano, hubiera sido bastante para que yo abandonase estas riquezas volando á su lado á dar mi vida por su trono.... ni aun eso; sepa yo que no he de recibir un nuevo desengaño y todo lo olvido, todo, hasta que solo la casualidad pudo hacerme ver que mi esposa no era culpable....¡ah!...

Sus tostadas mejillas se cubrieron de un subido earmin, y por su ancha frente corrieron algunas gotas de sudor.

—¡Díos mio, velad por mi pátria, protejed la justicia! exclamó á la vez que como fatigado se dejaba caer en un mullido cojin.

Apoyó la cabeza entre las manos y quedó sumido en profundas meditaciones.

Al cabo de algunos instantes, abrióse una puerta, y un criado entró.

—¿Que quieres? le preguntó don Alonso como enojado de que le hubiesen interrumpido el curso de sus acaloradas ideas.

—Señor, perdonad si vengo sin que me llameis, pero no podia dilatarse el asunto que me ha traido.

—Habla.

—Acaba de llegar con numeroso acompañamiento, un caballero cristiano que dice ser embajador del rey de Castilla, y pide hablar con vos al instante.

Palideció el rostro de Guzman y no acertó á decir una palabra; tal era la impresion que le habia causado el anuncio de aquella visita, tan inesperada por mas de un concepto.

—Que entre, dijo al fin.

Salió el criado y luego apareció en el dintel de la puerta un caballero armado de todas armas, y sobre cuyo pecho se veia la cruz de la órden de Santiago.

—¡Don Pedro de Asurez! esclamó don Alonso al verle.

Y ambos se abrazaron como antiguos amigos.

Siguiéronse los mútuos cumplimientos y preguntas consiguientes á una larga ausencia, pasados los cuales, don Pedro hizo presente el objeto de su venida.

—A vos, decia el recien llegado, que sabeis el motivo de vuestra expatriacion, os estrañará mucho, tal vez, que don Alonso os envie este mensaje: yo, como todos, no vemos en ello otra cosa sino que el rey ha olvidado el enojo que pudiera tener contra vos, y solo se acuerda de que siempre habeis sido un vasallo leal, un guerrero valiente. Hay en el escrito que os entrego frases que vos podreis comprender; yo, al menos, no alcanzo su significado. Creo que de él quedareis satisfecho, por agravido que os juzgueis,

—Debe el rey verse en grande apuro, dijo Guzman con amargura.

—Grande es por cierto, don Alonso. El reino se ha declarado casi todo en favor del infante, y aunque en un principio creimos vencerle fácilmente, ahora parece imposible si no contamos con poderosa ayuda.

—Así lo creo, repuso don Alonso. Veamos.

Y desdoblando el pergamino que le habia entregado don Pedro de Asurez, leyó lo siguiente:

«Seis años hace que os alejásteis de Castilla, y si tristes recuerdos llevasteis de ella, harto dolor dejó vuestra memoria. Si Dios no hubiera dado al hombre conciencia, seria mentido su arrepentimiento cuando lo aparentase; pero el tormento de aquella hace brotar este de la razon, y puede tenerse por mas espiada la falta con el arrepentimiento que con el castigo. Digno es de aprecio el que pecó por locura y se arrepiente por virtud; que aquel que en un momento de estravio fué delicuente no ha de igualarse al criminal por costumbre y propio convencimiento.

«Básteos lo dicho, don Alonso, que para vos no ha menester el desgraciado mas que su desgracia.

«En las tinieblas de una noche, para todos fatal, visteis á mis pies un tesoro de inestimable riqueza; hoy teneis á los vuestros otro de gran valor; amparadlo como al primero y añadireis un título mas á los que de generoso habeis conquistado.»

Tanta humillacion de parte del hombre mas altivo y arro-

gante de su siglo, conmovieron de tal modo el ánimo de Guzman que hubo de suspender por algunos instantes la lectura de la carta. El recuerdo del ultraje recibido ó la compasion que le inspiraba la desgracia del rey, producian en su espíritu tan opuestas sensaciones, que le hubiera sido imposible decir en aquel momento de qué parte se inclinaba su razon ó á qué punto le encaminaban sus contrarios impulsos.

Agitado su cuerpo, acalorada su mente, fijó de nuevo la vista en el pergamino, y leyó:

«Sé que vuestras virtudes os han hecho dueño del favor de Aben-Jucef; emplead, pues, en el mio lo que valeis. Mi situacion es triste, mis fuerzas pocas: rey sin fortuna y padre desdichado, sufre mi corazon tales tormentos que en vano las palabras intentarian hacerlos comprender.

«El bueno y leal Pedro de Asurez os pondrá al corriente de cuanto pasa en Castilla y os hará ver la necesidad en que estoy de buscar recursos á toda costa. Si podeis conseguir que ese monarca me preste sesenta mil doblas de oro, me hareis un servicio que jamás podré pagaros. Para su seguridad le envio en prenda mi corona.... ¿Habrá quién comprenda este último sacrificio?»

—¡Mi corazon! exclamó Guzman como contestando al rey.

Y levantándose de su asiento, recorrió á largos pasos la habitacion.

El de Santiago le miraba sin acertar á comprender el por qué habia causado tan notable efecto aquella carta, que en su concepto no podia hacer mas que lisonjear en mayor ó menor grado el amor propio de su amigo. Contemplábale atónito y sin atreverse á romper el silencio, porque no sabia si el pesar de la triste situacion del rey ó el recuerdo de envejecidos rencores habian producido en don Alonso Perez de Guzman aquella agitacion.

Por fin este, despues de haber procurado dominar sus encontradas emociones, dijo:

—Perdonad, querido amigo, si arrebatado por el dolor perdí la compostura; si solo mi persona peligrase, me viérais

sereno; pero el trono y la vida de mi rey estan amenazados de inminente riesgo, y leal vasallo, castellano celoso, la pena embarga mi corazon y atormenta mi pecho. Seis años há que lejos de Castilla sufro en silencio el dolor de verme fuera de mi pátria, y de que ruines ambiciones carcoman lentamente los cimientos de su independencia, levantados con cristiana sangre. Ni mi brazo ha podido ayudar al débil y al bueno, ni mi boca exhalar una queja. Agoviado por los favores de Aben Jucef, prisionero en mis riquezas, he contado una por una todas las horas, tan perezosas en el pasar como amargas en hacerme sufrir, y ni solo una he tenido de tranquila calma. Eran los dias de desvelo, de agitacion las noches, y uno tras otro pesar, ni daban tregua á mi hondo sufrimiento ni prestaban á la vida otro atractivo que el del fin y eterno descanso. Si he conservado la existencia, si á propósito no he buscado la muerte, solo me ha detenido el temor de Dios y el cariño de mi esposa y de mi tierno hijo.

—Desechad, don Alonso, esos recuerdos: si el veros lejos de vuestra pátria os causaba dolor, volved á ella que vuestro rey y vuestros amigos estan impacientes por abrazaros: si el no poder tomar parte en la defensa de la justa causa de don Alonso X os daba enojos, desnudad vuestro terrible acero y corramos á esterminar á los rebeldes. Despachad cuanto antes vuestra delicada comision y partamos.

—Sí, dijo, Guzman, partamos que es nuestro deber. Tendrá el rey lo que desea ó he de valer yo poco en la corte de Marruecos.

—Voy á poner en vuestras manos la corona real de Castilla; vos no olvidareis que la ciñó el santo Fernando y el grande Alonso....

—Don Pedro de Asurez, me llamo Guzman.

Don Pedro se acercó á la puerta y llamó. Dos pages entraron, conduciendo con gran reverencia una preciosa caja de ébano, la colocaron en medio de la habitacion y volvieron á retirarse.

—Concluid la lectura de esa carta. Tomad esta llave.... sois Guzman.

Don Alonso tomó la llavecita que su amigo le entregaba, apretóle la mano y le despidió con una espresiva reverencia.

Cuando hubo quedado solo miró á su alrededor, pasóse las manos por la frente y exclamó con ahogado acento:

—Valor, corazon: la vida es un largo sacrificio que hay que consumar de grado ó por fuerza; y ¡ay de aquel á quien el ánimo le falta!

Entonces acercóse á la caja, y abriéndola, sintió sus ojos deslumbrados por los reflejos que de su interior salian. Cruzó los brazos sobre su ancho pecho, inclinó la frente, contempló la rica joya y con pausado tono vertió de su boca tristes palabras.

—Símbolo de la grandeza, emblema del poder, aureola que cubres de magestad lo mismo la nobleza que la villania, la justicia que la arbitrariedad, la razon que el capricho, tus vivos reflejos abrasaron un dia mi frente, y dando á la infamia autoridad, escudo á la traicion, intentaron humillar mi noble altivez y manchar la pureza de mi nombre. Arrogante y loco, el hombre en cuyas sienes te posabas, mostróme tus rayos para enmudecer mi lengua y contener mis brios. Vida, amistad, honor, todo lo tuvo en poco ante la grandeza de tus ricos florones, y haciendo ley de su estravio, quiso con tu nombre ennoblecer su villania. Símbolo de la grandeza, emblema del poder, tan alta entonces y ahora á las plantas del que quisistes ultrajar.... Altiva aquella noche, humilde esta mañana.... ¡Miseria, vanidad!... ¿Qué eres pues?... Pedazo de metal pulido por la mano del artista y convertido en idea por la pequeñez de hombre!... Sí...y yo tambien soy pequeño, pequeño como todos, porque aun mirándote á mis pies me siento subyugado por el influjo de tu nombre. ¡Pobre corona! ¿qué quieres del hombre á quien heriste en lo mas delicado de su alma? ¿Buscas mi apoyo? ¿Te derrumba tu propio peso ó es que la mano de Dios te arranca de la cabeza de un anciano, sin fuerzas ya, porque este arrancó la suya de las

sienes de un niño, sin fuerzas aun?... ¡Terrible ley de espiacion!... ¡ah!...

Calló Guzman por algunos momentos, y entretanto siguió con la mirada fija en la corona. Un hondo suspiro salió de su pecho, animóse el brillo de su penetrante mirada y prosiguió:

—Esplendente corona que ceñistes las venerables cabezas de los conquistadores de Toledo y de Sevilla, que fuistes el terror de los infieles y el orgullo de los cristianos, ya no eres respetada ni temida, y humilde y vergonzante vienes á mendigar un puñado de oro, de menos valor que el propio tuyo, á los que en otro tiempo te lo ofrecian puestos de hinojos y para que les concedieras la gracia de ser tus esclavos. Y yo he de llevar á cabo tan penosa obra.....¡ah!... Fuerzas, Dios mio!...

Pasóse Guzman las manos por su abrasada frente, comprimió luego su pecho como para contener los latidos de su corazon, y dejándose caer en un divan, dijo levantando al cielo sus ojos:

—¡Dios de bondad, misericordia! ¡Protejed mi desdichada pátria, perdonad al que pecó!... Y tú, rey don Alonso, cuánto has debido sufrir: cuánto habrá padecido tu grandeza de monarca, tu altivez de caballero y tu orgullo de castellano. Tú, sábio, poderoso y arrogante, demandando ayuda á tu fugitivo y pobre vasallo; pidiendo humildemente perdon al que ofendistes teniéndolo en tan poco.... ¡Cuánto has debido sufrir, cuánto te habrá costado este sacrificio!... ¡ah!... tú me enseñas á bajar la frente.... Pues bien, yo te lo perdono todo, todo lo olvido, que á generoso y noble nadie escede á un Guzman. ¿Quién soy? Un castellano, y es mi deber morir por mi rey, sacrificarme por mi pátria. ¡Sí, todo por mi pátria! Rey don Alonso, te ayudaré como leal y bueno, y el oro y los soldados te sobrarán para tu justa empresa. El tesoro de Aben-Jucef y sus jinetes sin número, irán á Castilla, y yo haré que obedientes á tu voz, vuelvan la paz á tus pueblos y la autoridad á tu nombre. ¡Has puesto á mis pies tu corona de rey, y yo pongo á los tuyos mi corazon de vasallo!



CAPITULO VII.

De cómo al jóven Rodrigo le costó una herida en el corazon el sorprender un secreto de Estado



Caballero sobre un negro potro de árabe raza, marchaba el hijo de doña Ines camino de Sevilla, dando tormento á la imaginacion por adivinar el contenido de la carta que llevaba, y las razones que tendria don Sancho para prometerle con tanta seguridad que le daria á conocer su padre. Cabizbajo y triste, con el corazon oprimido y acalorada la mente, no se cuidaba de su cabalgadura, que á no ser por sus brios y por la costumbre de andar á buen paso, se hubiera aprovechado de la distraccion de su dueño para no fatigarse con una rápida marcha.

Tres horas hacia que los sombríos muros de Córdoba se

habian ocultado á la vista de nuestro doncel, y buen trecho llevaba andado, cuando tomó un angosto sendero fuera del camino, sin duda por abreviar este, y volviendo de su distraccion, clavó sus largos acicates en el vientre del bruto, obligándole á tomar un galope que le hacía avanzar mucho terreno.

Un espeso bosque de encinas veíase á su izquierda, y á su derecha, algunos montes poco elevados seguian la direccion del camino, quedando asi este oculto entre aquellas dos murallas de tan distinta materia. Sobre una de aquellas alturas, de fácil ascencion, distinguíanse las ruinas de un antiguo castillo de obra romana, y cuyo objeto no se comprendia en posicion de tan poca defensa. Solo algunos trozos de gruesas murallas quedaban en pié y rodeados de montones de piedras labradas.

—Muchas veces, murmuró Rodrigo, he contemplado desde allí las redondas copas de estas encinas y los torreones del castillo del conde don Bernardo que se ve á la otra parte, mientras reparaba mis fuerzas con un trozo de cabrito asado ó de jamon. Es el mejor sitio que puede encontrarse para comer en medio de un camino, y como ya lo conozco, casi estoy tentado por no aguardar mas para tomar un bocado, porque si lo pienso bien, he de detenerme al fin antes de llegar á Sevilla, y la tarde avanza y el apetito me aguijonea, como yo á mi valiente potro.

Efectivamente, nuestro doncel hizo apretar el paso á su ligera cabalgadura, y volviendo la rienda, subió en pocos momentos á la cumbre del montecillo y se dirigió hácia las ruinas de la antigua fortaleza. Una como exclamacion llegó entonces á sus oidos, y mirando al sitio de donde saliera creyó ver una sombra blanca que se ocultó detras de uno de los muros, y un bulto negro que parecia un hombre sentado al pié de él sobre una enorme piedra. Fijó entonces la vista con mas atencion en aquel punto, á la vez que se acercaba, y convencióse de que no se habia equivocado, pues un hombre se hallaba en él y parecia muy embebido en en-

gullir una tras otra las frutas secas y el pan que tenia á su lado. Era un anciano de luenga barba, blanca como la nieve, de ojos, negros cuyo brillo no habia apagado la edad, y de facciones que en su juventud deberian haber sido hermosas. Era adusta la espresion de su semblante, enjuto su cuerpo, de elevada estatura, y el negro traje que le cubria, á usanza de la raza hebrea, le hacia presentar un aspecto casi imponente.

Detuvo Rodrigo el paso de su caballo, y quedando algunos momentos pensativo, se preguntó:

—¿Quién será ese perro? ¿Irá á Sevilla ó á Córdoba? ¿Será algun espia de don Sancho ó de don Alonso? Es de mala raza y no me fio de él. Preciso es averiguar quien és: estos condenados no se esponen á caminar en el tiempo que corremos como no les mueva un motivo de mucho interés. El es mas viejo que yo, será mas astuto y sabrá mentir con mas apariencias de verdad; pero yo soy mas fuerte, y en último caso mi daga le interrogará con mejor éxito que mi lengua.

En aquella época era lo mas natural hacerse estas preguntas cuando se encontraba á cualquiera en un camino, porque precisamente, ó habia de ser un amigo á quien se pudiese prestar alguna ayuda, ó un mortal enemigo á quien era forzoso retar para concluir con él. Todos los hombres estaban comprometidos por uno de los dos bandos, el del rey ó el del infante, siendo su lógica su destreza en manejar las armas, y sus razones la fuerza de su brazo. Una estocada decidia la cuestion, y el que tenia la suerte de quedar vivo, se iba tan satisfecho como si hubiese convencido á su contrario persuadiéndole con tranquilas palabras. La muerte de un enemigo político no la consideraba el homicida como un crímen, asi como en nuestros tiempos no se mira sino como una desgracia que lamenta por hipocresia el vencedor. Cuando un hombre caminaba, al divisar un bulto, lo primero que se le ocurria era afirmarse sobre los estrivos, requerir el acero y pensar de qué modo averiguaria quien era la persona con quien iba á encontrarse, por qué marchaba en direccion opuesta á él

ó le llevaba ventaja en el camino, y por último, á qué bando pertenecia.

Así pues, Rodrigo pensó en el mejor medio para salir bien con su empresa, y sin acordarse mas de la sombra blanca que le pareció haber visto, apeóse de su bridon y fué á sentarse cerca del anciano.

No hizo este el menor movimiento; continuó su frugal comida como si no se hubiese apercibido de la llegada del jóven, y guardó silencio hasta que tuvo que contestar al saludo que este le dirijió con mas cortesania de la que acostumbraba á usar cuando se hablaba con un judio.

—Estais solo, le dijo, yo tambien, y me parece que lo mejor seria, para que ambos tuviésemos la comida mas agradable, hacer de las dos una. Os puedo ofrecer la mitad de un gallo asado, si lo aceptais empecemos.

Y sacando de un morral un cuerno lleno de vino y un dorado pollo, los mostró al hebreo, que contestó:

—Gracias, señor mio, por tanta bondad, pero es sábado y mi religion no me permite comerlo todo.

—¿Ni un trago de este vino?

—Menos.

—Pues entonces á vuestra salud, dijo el doncel al mismo tiempo que empinaba el cuerno.

—Gracias, señor, volvió á repetir humildemente el judio, mientras miraba con ojo penetrante al jóven.

—Decìs, buen viejo, que vuestra religion no os permite comer los sábados de todo, está bien, yo respeto vuestros escrúpulos porque me gusta que cada uno tenga las creencias que mas le agraden.

El judio no contestó una palabra, pero miró disimuladamente á Rodrigo, quien sin haber contado con semejante silencio, pensaba ahora que si el viejo no hablaba seria muy dificil sacar nada en limpio sin hacerse sospechoso.

—¿Y hácia donde caminais, buen hombre? porque si es que os dirijis al mismo punto que yo, podremos ir juntos y

así el tiempo se hará menos enojoso: soy enemigo de la soledad y del silencio.

El anciano tosió dos ó tres veces, sin duda por dar tiempo á pensar la respuesta, y luego dijo:

—Tal vez no pueda yo tener esa honra, señor mio, por que si nuestro camino es opuesto, habremos de separarnos, mal que nos pese andar á solas. Vos quizás ireis hácia Córdoba....

Pensó entonces Rodrigo que iba á Sevilla el hebreo, y cojido en el lazo que este le habia tendido, le interrumpió:

—Nó, nó, voy á Sevilla; ya veis....

—Sí, ya veo que es completamente opuesto nuestro camino.

—Cómo, ¿vais á Córdoba? preguntó vivamente el jóven.

—Vengo de la parte de Sevilla, contestó el viejo, acompañando sus palabras con una dulce sonrisa y un movimiento de cabeza respetuoso.

Quedó desconcertado el doncel, pero su curiosidad se aumentó.

—Eso es otra cosa: venís de la parte de Sevilla, dijo, á la vez que arrojaba un hueso despues de haber trasladado á su estómago la carne que lo cubria. ¿Vivís en la ciudad?

—Vengo de recorrer algunos pueblos vecinos.

—Este perro no contestará nunca á derechas, dijo para sí Rodrigo.

Y luego añadió en voz alta:

—Ya comprendo: soís sin duda, encargado del rey don Alonso para cobrar los tributos.... porque supongo que no sereis vasallo del rebelde infante....

—Yo, señor, soy vasallo del que manda, por que nací para obedecer.

Las contestaciones del judio dejaban cada vez mas perplejo á nuestro doncel, que ya no sabia cómo preguntar para obtener una contestacion categórica.

El semblante del anciano nada espresaba; como un rostro de piedra, el suyo no tenia la menor alteracion, pues hasta sus brillantes ojos permanecian inmóviles, con la mirada fija,

al parecer, en la tierra, aunque, sin embargo, no perdia un solo gesto de su interlocutor.

—Pero reconocereis como legítimo á uno de los que se disputan la corona, ¿no es verdad?

—¿De qué me serviria reconocer en mi interior al uno ú al otro? Si estoy en Sevilla he de obedecer por fuerza á don Alonso; si en Córdoba, á don Sancho.

—Bien, pero en vuestro juicio, la razon no estará á la vez de parte de los dos, y con mas gusto obedecereis al que creais con legítimo derecho.

—Para nosotros, perros como nos llamais los cristianos, todos tienen la facultad legítima de ser nuestros señores, hasta el último villano. Vuestras leyes nos imponen todos los deberes y no nos dan ningun derecho: las aceptamos gustosos como son, y al sometèrnos voluntariamente á ellas, ni nos creemos autorizados para quejarnos, ni nos compete examinar los derechos de ninguno de los que nos consideran como estraños para todo.

Calló el doncel convencido de que seria inútil continuar su interrogatorio, á menos que exigiese por la fuerza una contestacion terminante. ¿Y podria adelantar algo? Quizás nó. Resolvióse, pues, á guardar silencio y á esperar á que el anciano continuase su camino para seguirle, y si le habia engañado hacerle pagar cara su mentira.

En vano aguardó: el judio, inmóvil en su asiento, no daba señales de querer abandonarlo. Pasóse así cerca de media hora, y como el tiempo urgia á nuestro jóven, comenzó á perder la paciencia.

—Yo te desafiaria á fuerzas, pero tú á calma, dijo para sí. Tuya es entonces la partida, perro. Veremos quien de los dos es mas astuto. Haré como que me marcho, me emboscaré entre las encinas del camino, y desde allí veré hácia donde se dirige.

Levantóse, ató su morral á la grupa de su caballo, y dijo luego al judio:

—Vaya, una vez que no puede ser otra cosa, iremos juntos

hasta encontrar el camino. La tarde avanza, el sol dejará muy pronto de alumbrarnos, y estos sitios son peligrosos.

—Gracias, señor, gracias por tanta honra, pero á esta hora precisamente me manda mi religion orar. Buena estrella os guie: yo nada temo, porque para mí son peligrosos todos los parajes.

Y mientras decia estas palabras recojió el resto de su comida, guardólo en un saco, y colocándolo á sus pies, se dispuso á ponerse de rodillas.

El movimiento que naturalmente hizo al inclinarse, dejó abrir su negra túnica, y Rodrigo vió que debajo de ella ocultaba un abultado rollo de pergaminos. Fijó entonces una penetrante mirada en el hebreo, y decidido á salir á toda costa de sus dudas, acercóse á él resueltamente y á tiempo que acababa de descansar sus dos flacas rodillas en la tierra.

—Si en algo tienes la vida, le dijo con tono amenazador, contesta, pero contesta terminantemente y con pocas palabras.

Mirólo el viejo con espantados ojos, y luego dijo con valbuciente voz:

—Señor, señor mio ¿en qué os ofendí?

El hermoso rostro del doncel apareció en aquellos momentos como el del ángel vengador: de incomparable belleza pero á la vez severo é imponente.

—No te mando preguntar, sino que me contestes, prosiguió: ya sabes que te va en ello la vida. ¿Qué pergaminos llevas ocultos en el pecho?

—¡Señor, compasion!..

—Habla, miserable, habla, ¿para quien son esos pergaminos?

—Son mios.....

—Mientes, esclamó el jóven á la vez que llevó su mano donde se ocultaba el rollo.

Asió de él el judío y quiso evitar que se lo quitase, pero Rodrigo, cogiéndole por la garganta con su mano izquierda,

levantó la diestra, armada de su puñal, sobre la cabeza del anciano.

Este dejó caer los pergaminos, y levantando cruzadas sus huesosas manos en ademan de la mas humilde súplica, pronunció con ahogado acento:

—¡Por vuestro Dios, por vuestra madre!...

—¿A dónde vas, de quien eres espía? Habla.

—¡Por compasion!...

El semblante del jóven apareció terrible; sus hermosos ojos brillaron de ira, y con voz de trueno exclamó:

—¡Pues que lo quieres, moriras!

Y al descargar el golpe homicida, sintió asido su brazo, y un grito de espanto hirió sus oidos. Vuelve entonces veloz su cabeza, creyendo encontrar un nuevo enemigo, y su centellante mirada se cruza con la de una muger tan bella como no puede concebirse. A su vez un grito salió de su boca, escapóse de su mano la daga, y quedó inmóvil.

El hebreo levantóse sin atreverse á recoger los pergaminos, llevóse tras sí á la muger, y ambos desaparecieron.

Cuenta la historía que el helado cierzo de la noche llevó en sus negras alas un tierno suspiro del doncel, y que entre las arenas del camino de Córdoba, se perdió una amorosa lágrima de la judia Esther.



CAPITULO VIII

De cómo la hechicera abrió con una palabra la ferrada puerta de una prision.



Dos veces la luna se habia dejado ver en el horizonte, y otras tantas el sol la habia obligado á retirarse avergonzada, desde que dejamos al hijo de doña Ines en las ruinas del castillo, turbado y confuso y sin saber darse cuenta de lo que acababa de sucederle.

Serian las siete de la mañana y el rey don Alonso se hallaba en un espacioso salon ricamente amueblado. Vuelto de espaldas á una gran chimenea, frotábase las manos y con semblante adusto escuchaba las palabras de un soldado que, enfrente de él y en actitud respetuosa, aparentaba estar muy

satisfecho por la honra que le dispensaba su señor dirijiéndole una tras otra pregunta.

—Refiéreme hasta los mas insignificantes pormenores del suceso, decia el rey, porque ha llegado á darse tal importancia á esa maldita bruja, que todo lo que tiene relacion con ella es interesante.

—Como decia á V. A., viniendo con mis tres compañeros para la ciudad encontramos á dos hombres que salian de ella, llevando en medio á la vieja. Iban los tres en buenos caballos y caminaban aprisa. Yo habia visto muchas veces á la hechicera, y aunque tapada entonces con un largo velo, conocíla bien pronto por su ropaje. Uno de los acompañantes llevaba el rostro cubierto con la celada; el otro, que era el jóven que con ella está, dejaba ver su cara barbilampiña y parecia no cuidarse de los que llevaba al lado. Al punto se me vinieron á la memoria las cien doblas que V. A. tiene ofrecidas por la bruja, y comunicando el pensamiento á mis compañeros, y haciéndoles ver el buen negocio que se nos presentaba, aceptaron y convinimos el modo de ganarnos tan lucida cantidad. Todo salió á las mil maravillas: llegamos á ellos, rodeámoslos, sacaron las espadas y nosotros tambien: Pedro y Fernando se apoderaron de la muger; Lúcas y yo acometimos á sus guardadores. La pelea fué sangrienta: yo no sé lo que entre Lúcas y el encubierto sucederia porque apenas tenia fuerzas y tiempo para defenderme de mi contrario. Aquel niño, que mas que otra cosa parecia una dama disfrazada, es el campeon mas fuerte y valeroso que he encontrado en toda mi vida. No hizo mas que dar un grito de rabia, frunció el ceño, y, habré de confesarlo, señor, sus golpes fueron tales, tan rápidos y terribles, que me llegaron á aturdir. Un violento tajo hendió el duro cráneo de mi yegua é hizo que la espada del rapaz volase hecha pedazos. Cayó el pobre animal, yo tuve la suerte de quedar en pié, pero antes de dar lugar á que me moviese, acercóseme el muchacho, y asiéndome por la garganta me levantó como si fuese una pluma. Brilló entonces su puñal cerca de mi pecho, y ya me

contaba en el otro mundo, cuando Fernando, viéndome en aprieto tal, acercósele por la espalda y descargó sobre él tan furioso golpe que le hizo caer en tierra sin sentido. Respiré entonces, miré en torno mio, y pude ver que el encubierto yacía sin vida. Maniatamos al jóven, que pronto recobró el sentido, y acompañados de la bruja, que tambien cayera sin él, al ver tendido y como muerto á su rubio acompañante, nos encaminamos á la ciudad, llenos de gozo por haber podido servir á V. A. y por el bien que de ello nos resultaba.

—De modo, que la hechicera, con todo el poder que le suponen, no tuvo el bastante para hacer ir en su ayuda á Satanas.

—¿Qué mas Satanas que el mancebo, señor? En tan poca edad y cuerpo tan ruin; solo el diablo puede poner tan estraordinarias fuerzas, tanta destreza y tanto valor. Si V. A. lo hubiese visto, con aquel rostro y aquellos brazos de muger, levantar una pesada tizona y descargar tajos sin número, no hubiera dicho sino que el mismo Lucifer habia tenido el capricho de convertirse en hermoso mancebo para inspirar confianza á su enemigo y vencerle con mas facilidad.

—Pero al fin él fué el vencido....

—Gracias á la ayuda de Fernando: sino, ¿de qué me hubieran servido mis veinte años de guerra con los moros? De nada: un niño habria podido hacer en un instante lo que el intentar costó la vida á los mas bravos soldados de los hijos de Mahoma.

—Es decir, que no te atreverias á pelear segunda vez con él...

—Señor, me atreveria por que no tengo miedo, pero llevaria la seguridad de ser vencido.

—Quiero ver á ese mancebo; tanto has escitado mi curiosidad. ¿Está encerrado, segun dices, con la bruja?

—Ambos se encuentran en la habitacion que está debajo de la que ocupa la guardia de V. A. Es lo mas seguro del alcazar: solo un pequeño agujero le da luz, y aunque tiene gruesas barras de hierro, como comunica con la calle y las

precauciones no estan demas tratándose de gente que tiene relaciones con el diablo, se ha colocado un arquero por la parte de afuera.

—Está bien. Vamos allá que quiero ser yo mismo el que notifique su sentencia á la bruja.

Salió don Alonso seguido del soldado, bajó una escalera, atravesó un ancho patio, internóse en una galeria, y bajando otra escalera, entró en un pasillo en que se veian varias puertas de otras tantas habitaciones subterráneas. Caminó á lo largo de él por buen rato, silencioso y pensativo, y mas temeroso quizás de ponerse delante de la bruja, que esta de verlo para anunciarle que debia ser quemada en la plaza pública aquel mismo dia. Recordaba á su pesar la última escena del espejo, y sin saber por qué, le palpitaba el corazon con mas fuerzá á medida que se acercaba á la muger que con tanta facilidad le habia infundido miedo y le habia hecho caer á sus pies sin sentido. No se encontraba en la prision ningun espejo de mágica rareza, ni habia ninguna lámpara maravillosa que se encendiese ó apagase ni cambiara el color de su luz como por encanto, pero estaba allí la inexorable vieja con su gangosa voz para decir verdades terribles y evocar recuerdos. Una mordaza la hubiera hecho callar, pero aun era poco, por que su presencia y su forzado silencio dirian mas que su lengua. Ademas, don Alonso queria saber de donde habia salido aquella hija de Satanás, queria averiguar las relaciones que le unian á doña Ines y el motivo por qué se interesaba tanto en su suerte, y si la vieja no hablaba era imposible conseguirlo. Tenia pues, que resolverse á escuchar sus terribles palabras, sus recuerdos, sus augurios, sus sarcasmos, y aun así no tenia tampoco seguridad de adelantar un solo punto en sus deseos, porque era muy posible que la hechicera de todo hablase menos de lo que se queria.

Estos pensamientos llevaban tan distraido á don Alonso, que pasó por delante de la puerta de la prision sin reparar en los arqueros que la guardaban, siguiendo maquinalmente adelante como si aun no hubiese llegado, y así anduviera has-

ta dar con el fin del oscuro pasillo, si el soldado que le acompañaba no le sacase de su distraccion, mostrándole la puerta por donde debia entrar.

Mandó abrirla el rey, y despues de haber hecho un esfuerzo para dominar su agitacion, entró solo en el húmedo recinto que ocupaban los prisioneros.

Por una estrecha abertura que casi tocaba al abovedado techo de aquella lóbrega habitacion, penetraban algunos ténues rayos de luz que solo alumbraban una escasa parte de ella. En uno de sus estremos, y sobre los dobleces de su capa de camino, dormia profundamente el hijo de doña Ines, y aparecia su semblante tan lleno de tranquilidad, como si en aquellos momentos descansara en blanda cama, y al abrigo de todo peligro. Un rayo de sol heria su hermoso rostro y hacia brillar algunos bucles de su dorada cabellera, mientras el resto de su cuerpo perdia sus delicadas formas entre la oscuridad.

Cerca del improvisado lecho y sentada sobre una piedra, contemplaba la bruja á Rodrigo sin perder una sola de las palpitaciones de su corazon, y una lágrima de indefinible ternura, lágrima de madre, rodaba por sus desfiguradas facciones é iba á perderse entre el miserable ropaje que la cubria.

Al poner don Alonso el pié en el aposento, contempló aquellas dos figuras de apariencia tan distinta, y aunque no pudo distinguir el llanto de la vieja, llamóle sin embargo, la atencion el afanoso cuidado con que miraba al doncel, absorviéndole hasta tal punto toda su atencion, que no habia oido el ruido que al abrirse hizo la pesada puerta.

Acercóse entonces con cuidado, pero el crujir de sus gruesas botas sacó de su maternal éxtasis á la muger, y fijando una penetrante mirada en don Alonso, dejó escapar una estridente carcajada que se repitió en las bóvedas del oscuro calabozo.

Quedó turbado el rey y no pudo pronunciar una palabra, siguiéndose algunos momentos de silencio que al fin rompió la bruja.

—Confuso estais, don Alonso, dijo, y es estraño que tal os suceda delante de una pobre muger cuya vida pende solo de una palabra vuestra. ¿Temeis algo? Sin duda, pero perded el miedo que es impropio en este instante cuando me teneis aprisionada.

—Ten la lengua, vieja maldita, ó haré que el verdugo te la arranque. Si te pregunto, contesta; si me ves callar, calla; que estas delante de tu señor.

—¿Venis á preguntarme? ya lo sabia, y podeis creerme, os esperaba.

—No hagas alarde de tu sabiduria ni de tu poder, que á pesar de ser tanto de nada te ha servido paro evitar caer en mis manos.

—Me servirá para abrir esa puerta y salir en presencia tuya sin que te atrevas á detenerme. Me dejé prender por que no me convenia seguir el camino que llevaba, y por que teniendo necesidad de hablarte, ninguna ocasion mejor que la de ser conducida á tu presencia, habitar bajo el mismo techo que habitas y darte yo la audiencia que en vano hubiera solicitado de tí.

Queria don Alonso concluir aquella entrevista, que apenas comenzada, le iba siendo enojosa, y decidido á gastar pocas palabras, dió nuevo giro á la conversacion, sin contestar á la bruja, y diciéndole:

—Estás en mi poder, soy dueño de tu vida y nada podrán para salvarte tus hechizos. Contesta á mis preguntas y seré clemente; y no olvides que si de grado no quieres hablar, hay tormentos y verdugos que te arranquen una palabra por cada miembro que te destrocen.

—Eso es lo que queda en Castilla, verdugos y tormentos. En los últimos dias de tu vida, cuando te ves perdido y abandonado de todos, la rábia, el despecho, te ha convertido en cruel, y piensas que el verdugo podrá con el filo de su hacha darte la fortuna que te negara tu estrella, asegurarte en el trono de que te arrojan tus enemigos, y afirmar tu corona..... ¡ah!... no... tu corona está ahora mismo á los pies de los in-

fieles, de los mismos infieles pue se postraban humildes á los de tu padre el conquistador de esta ciudad.

—¡Miserable! esclamó el rey lanzándose hacia la bruja.

—Respeta mi vida que de otro modo nada sabrás de lo que deseas averiguar, dijo ésta con irónico acento.

Detuvose don Alonso y empezó á convencerse de que era muy poco ante aquella muger.

—¿Quién te ha hablado de mi corona?

—¿Quién?... Nadie, yo lo se todo sin que me lo digan: y ademas ¿qué te importa el cómo ha llegado á mi noticia secreto de tanta importancia? ¡Con cuánto placer habrá visto Guzman á sus plantas la corona del hombre que despues de querer manchar su limpia honra le llamó villano!

El rey quedó atónito al oir, á la hechicera, empezando á creer si le habria hecho traicion don Pedro de Asurez ó si el mensaje de que era portador el judio habria caido en manos de sus enemigos. Fuese lo uno ú lo otro, aquella muger debia tener mas importancia de lo que él la habia dado hasta entonces, y esta era una razon mas para que quisiese saber á toda costa quien era, con qué medios contaba y á qué fin entre sus intrigas políticas y sus importantes revelaciones, mezclaba siempre el recuerdo de doña Ines de Carbajal. Ella, sin embargo, no parecia dispuesta á satisfacerle, pero en último caso, cumpliendo don Alonso con su amenaza, el tormento la obligaria á decir lo que ocultaba tan cuidadosamente.

—Bien, bien, dijo el rey con turbado acento; peor para tí, maldita vieja, si posees secretos de tanta importancia, no te los habrá revelado Satanas, que aunque el vulgo te juzga una hechicera, yo te tomo por una espía. Dime como has averiguado lo que acabas de decirme, como pudistes saber antes que yo que el reino de Leon se levantaba por el rebelde infante, y de órden de quien te ocupas en perseguirme y ultrajarme. No olvides que hay tormentos y verdugos.

—¡Tormentos y verdugos! repitió la bruja con tono de lástima. ¡Pobre rey! Siempre lo mismo; no te quedan mas

recursos que esos en la agonía de tu poder y de tu vida.... Tus amenazas me dan compasion. Sin duda crees que soy una de esas desdichadas mugeres que alucinan al vulgo con sus patrañas, y que tan débiles como nécias no tienen valor para resistir los bárbaros tormentos de la que llamais justicia, y al primer dolor confiesan las faltas que han cometido y las que no han pensado cometer; declarándose criminales y sentenciándose á sí propias á ser quemadas entre los silvidos y las maldiciones de un pueblo inhumano y brutal.... Te engañas, rey de Castilla, esas hogueras no se encenderán para mí porque á pesar de la crueldad que te embriaga en tu agonía, no tendrás valor para quemarme ni para hacer que me atormenten; y aun si tanta fuese tu sed de venganza y de sangre, yo sabria espirar en el tormento y consumirme en la hoguera, mudo el lábio, la frente erguida y desgarrando tu conciencia con mi última mirada. ¿Quieres que conteste á tus preguntas? Bien, lo haré por que es muy sencillo y claro cuanto con tanto afan deseas saber. Si supe antes que tú la rebeldía de los leoneses, es por que tengo mejores emisarios que los tuyos, y si sé que has enviado á Marruecos tu corona es porque no eres bastante cáuto en asuntos de tanta importancia. Quieres que te diga quien soy y de órden de quien te persigo.... Soy una muger cuyo corazon está seco de llorar las amargas lágrimas que arrancara tu indigno proceder; te persigo por que quiero vengarme, nadie me impulsa á ello. ¿Quieres saber mas?

Quedó el rey mas confuso aun con la contestacion de la bruja, exaltando su mente la aglomeracion de muchas y diversas ideas.

—Una muger á quien yo he hecho llorar, dijo; que me persigues para vengarte... Patrañas, nunca te he hecho ni bien ni mal, no sé de donde has venido.... ¿Quién eres, miserable, dí, quien eres, tu nombre, tu pátria, tus padres? ¿Qué males te ocasioné?... ¡Ah!... tú apuras mi paciencia, condenada infame.... Pero te engañas á tí misma al creer que puedes engañarme.... Dices que el tormento no te hará ha-

blar... ¡Pobre muger!... Aun no has sentido desgarrar tus carnes fibra á fibra, retorcer tus miembros, ni abrasarte la sed.... Hablarás, sí, hablarás mal que te pese, y como todos las de tu satánica raza, pronunciarás tu sentencia, y los gritos de tu agonía se mezclarán con los silvidos y las imprecaciones del populacho, y tu última mirada demandará compasion al rey de Castilla.

Don Alonso, fuera de sí, cogió á la vieja por un brazo sacudiéndola con violencia.

—Criatura miserable, prosiguió, á quien puedo convertir en menudo polvo, cuyas cenizas se habrá llevado el viento antes que acabe el dia, yo sabré castigar tus crímenes! Quieres el tormento.... pues bien, serás atormentada como niguna lo ha sido.

—Ya lo fuí, don Alonso, y tanto, que mas es imposible serlo: tú fuistes el juez y el verdugo. ¡Vanas amenazas! ¿Qué has de hacer conmigo despues de lo que tienes hecho? ¿Privarme de la vida? Bendita la mano que me alivie de tan pesada carga. Solo la esperanza de la muerte conservo, perdí las demas, y con la esperanza perdida, vivir, no es vivir, es agonizar largo tiempo, es sentir hora tras hora la helada mano de la muerte sobre el pecho helar tambien el corazon con desgarradora lentitud.... ¡Dichoso el que puede abreviar su agonia cuando ya no le queda otro camino que el de la eternidad!

—¿Y al llamar á sus puertas piensas aun en venganzas?

—Tú pisas ya sus umbrales y eres vengativo como nunca lo fuistes, cruel como nadie te conoció.

Quedó meditabundo y silencioso el rey, sentia abrasada su cabeza, y convencido de que le era imposible hablar con aquella muger sin que se turbase su razon, queria alejarse de aquel sitio á la vez que su curiosidad y su coraje le retenian en él. ¿Qué hacer? Nada le era mas fácil que acabar con la bruja; podia aniquilarla con una sola palabra, pero la muerte se llevaria sus secretos. Por otra parte, nada adelantaba con dejarla vivir, porque no averiguaba cosa algúna y solo conseguia verse humillado. A nada se resolvia, y cuando mas

pensaba la resolucion que debería tomar, mas se embrollaban sus ideas, mas se acaloraba su exaltada mente y menos encontraba un médio para salir de su embarazosa situacion.

La hechicera, como si adivinase sus pensamientos, dijo al cabo de algunos instantes:

—Quieres acabar conmigo y no te atreves: piensas dejarme la vida para interrogarme, y temes mis palabras. ¿Quieres que te resuelva tus dudas? ¿Quieres que te aconseje lo que debes hacer para que no te atormente mi presencia ni mis palabras, para que me convierta de enemiga en esclava tuya, para que en la hora cercana de tu agonía entregues tu alma á Dios con la conciencia tranquila? Si quieres escuchar mis consejos, si has de seguirlos, habla.

—¿Tus consejos? dijo el rey como el que huyendo de un peligro se guárece en cualquiera parte. Si, dame un consejo.

—¿Has olvidado, prosiguió la hechicera, á doña Ines de Carvajal?

—¡Oh, calla! interrumpió don Alonso con espanto. Calla, ¿lo entiendes? no pronuncies ese nombre. ¡Siempre lo mismo!... ¿Qué interes te mueve en favor de doña Ines? ¿Eres la sombra de su madre?... ¡oh!

—¿Qué te importa la razon que yo pueda tener para hablarte siempre de aquella infeliz criatura? Si quiero inclinarte á la justicia, al cumplimiento de una buena accion, sea cualquiera la causa que me mueva, mi proceder no necesita otras esplicaciones. No quieres que te recuerde á doña Ines.... ¿la has olvidado acaso? Si así ha sucedido, no hay en la tierra castigo bastante para tí; si algun recuerdo conservas de sus sacrificios, de su nombre siquiera, nada debe importarte que yo lo repita.

—¡Pluguiese al cielo que se hubiese borrado de mi memoria!

—¿Te grita la conciencia? A esa, rey de Castilla, no se la puede hacer callar con mordazas como á mí, no se la puede quemar ignominiosamente para dar al viento con sus cenizas sus repetidas voces.... La conciencia habla mientras el cuer-

po siente, de dia, de noche, despierto ó dormido, y son mayores sus tormentos cuanto mas cerca está la agonía. Llévame á una hoguera y reduce á polvo mis miembros; habrá una lengua menos que se mueva para estremecerte, pero tendras en tu alma un remordimiento mas, añadiras una mancha de sangre á tus manos que el Eterno te dió para limpiar las lágrimas del desvalido, y cuando entregues tu alma estaran en ella escritos tus pecados con caracteres que solo borra el fuego del purgatorio ó ennegrece y señala mas el del infierno.

—¡Oh! si las amenazas nada valen para tí, muevate al menos la compasion....

—Dame el ejemplo:

—¿Quién eres, muger incomprensible? ¿Quién te ha dado ese poder con que me abates y me trastornas haciéndome perder la razon? Te tengo en mis manos, es mia tu vida, y sin embargo, ni te la quito ni aun sé como pronunciar tu sentencia. Quiero alejarme y no puedo; me acerco á tí y me horroriza tu presencia....¡Ah!...¡Dios mio!...¿Quién eres? Ya lo ves, confieso mi debilidad, yó el monarca arrogante, el que ha sido siempre bastante grande para tener en la faz tanta calma como borrascas en el corazon.... ¡oh!... se arde mi frente y se anuda mi lengua....

Quedó abatido, y sin duda, ha haberlo permitido la claridad de la habitacion, se hubiese visto su rostro pálido y desencajado.

—¡Quien soy!... El eco de Dios, la voz de la justicia....Por eso te sientes abatido y pequeño: no te humilla mi presencia, es que la verdad es mas grande que tú.

—Ó eres un demonio que quieres aparecer como ángel de la justicia, ó un ángel que te gozas en mis tormentos con la infernal alegria de un demonio: no eres criatura, nó.

—¡Desdichado! Tan turbada está tu razon que te desconocerias á ti mismo. Escucha mis palabras, toma mis consejos, y entonces te encontraras verdaderamente grande, y veras á tus plantas á la que ahora puede hacerte caer á las suyas.

—Turbada está mi razon, dices bien, ¿mas para qué la tur-

bas? Me ofreces un consejo y me hablas de doña Ines de Carbajal. Vas á pedirme como en otra ocasion, que reconozca á su hijo: el rey dijo que nó, y jamas será. Tu súplica es vana....

—Te aconsejo y no te suplico.

—Ni súplica ni consejo: nada conseguiras.

—No lo esperaba, pero creia de mi deber insistir en ello. Las lágrimas de una muger hermosa á quien amabas ó finjias amar no pudieron ablandar tu corazon: ¿cómo, pues la miserable bruja habia de conseguirlo?

—¿Tanto te interesa doña Ines? dijo don Alonso, creyendo haber encontrado un médio para saber cuanto queria.

—¿Lo dudas?

—Pues bien, yo haré noble al hijo de doña Ines, yo le daré riquezas, tierras y castillos, pero contestame con la claridad que deseo á mis preguntas.

—¿Has olvidado que doña Ines es rica? Lo que ella quiere para su hijo es un padre; el oro le sobra. Una madre no vende por nada el nombre de su hijo, un hijo por nada trueca su estirpe y el nombre de sus abuelos. ¡Y ofreces oro, pobre rey, cuando vas á mendigarlo á los enemigos de tu Dios! La vanidad te ciega, sin que haya podido amenguarla el rayo que el Omnipotente lanzó sobre tu cabeza,... ¡ah!... ¡Sella ese impuro lábio manchado por la blasfemia!

—¡Calla, calla, maldecida muger! ¿No hay poder contra tí? ¿No habré de verme libre de tu obstinada persecucion?

Agitado por su impotente rábia, trastornado por las emociones que le habian hecho esperimentar las palabras de la hechicera, pasóse don Alonso las manós por la frente, y luego exclamó en el último grado de su coraje:

—Sí, yo sabré vengarme de lo que me has hecho sufrir y librarme de tus persecuciones. Volverás á verme dentro de poco, pero seguido del verdugo que te atormentará en mi presencia y acabará con tu vida.

Y una carcajada de la bruja armonizó con el ruido de los apresurados pasos del rey, que salió del aposento con los ojos encendidos y fatigado el pecho.

Aguardábale el mismo soldado que le habia acompañado antes, y dióle órden para que inmediatamente se presentase el verdugo.

Sin saber casi á donde iba, dirijióse luego á su habitacion, abrió las ventanas por las que penetró un aire frio como el hielo, y dejándose caer en un sillon, quedó sumido en dolorosas meditaciones.

Refrescóse al fin su cabeza, y ya mas sereno fuése disipando el terror y la turbacion que le causara la presencia de la bruja; pero en cambio, aumentáronse sus deseos de venganza, y las crueldades sugeridas por su debilidad y que le señalaron en los últimos dias de su vida, viólas de nuevo como de indispensable proceder en su crítica situacion.

Tal es la flaqueza humana. Aquel hombre sábio y de ánimo clemente, cuando se vió rodeado de peligros, creyó que el mayor número de víctimas daria mayor seguridad á su trono, y en vez de buscar con la política partidarios, defensores con las dávidas, ahuyentó amigos con la crueldad y perdió soldados con su falta de tino. El infante don Sancho aumentaba el número de sus adictos con el de sus generosas acciones, y su padre los alejaba con su proceder. Era opuesta la política que seguian: obraba el *Bravo* con sabiduría, y el *Sábio* con dureza. No parecia sino que cansados ambos de sus cualidades las habian trocado.

¿Cómo los hombres de tan privilegiado talento obran con tal torpeza en los trances mas apurados de su vida? ¿Es que las pasiones turban el entendimiento?

Un criado se presentó, avisándole que el verdugo le esperaba.

Levantóse don Alonso y salió de la habitacion, encontrando á un hombre de robustas formas.

—Sígueme, le dijo.

Y bajando silencioso la escalera, llegó á la puerta de la prision. Allí se detuvo algunos momentos: solo el haberse aproximado á donde estaba la bruja, produjo ya en él una

conmocion que no podia dominar á pesar de sus violentos esfuerzos.

—Voy á quitar la vida á esa muger sin adelantar nada con ello..., ¡Bah! se engaña á sí misma: cree que resistirá al tormento.... nó, hablará, hablará.

Abrióse la puerta y entró, al parecer resueltamente, seguido del verdugo.

—Cumplo mi promesa, aquí me tienes, dijo con forzada serenidad.

Al concluir estas palabras buscó con mirada ardiente á la bruja, pero esta habia desaparecido.

Junto al doncel, completamente olvidado por don Alonso, hallabáse una muger de encantadora belleza. De sus negros ojos brotaba una lágrima que fué á perderse entre la rúbia cabellera del dormido mancebo.

Un grito de horrible sorpresa salió de los labios del rey, y poco faltó para que fuese á dar con su cuerpo en el humedo piso.

Aquel grito sacó de su pesado sueño al jóven, que al ver á su madre en lugar de la vieja, dejó escapar una exclamacion de filial ternura.

Cuatro personas se encontraban allí reunidas, y diversas emociones conmovian sus almas. Absorvia los pensamientos de doña Inés el cariño de su hijo, y perdida del todo la esperanza, lloraba silenciosa su desdicha. Atónito el rey, fijaba alternativamente estrañas miradas en su antigua querida y en los despojos de su disfraz que estaban amontonados cerca de ella. Rodrigo contemplaba á su madre y parecia interrogarla con la vista para que le dijese cómo se habia verificado aquel cambio de personas. El verdugo, impasible y sin comprender nada de lo que veia, aguardaba una palabra del rey para ejercer sus sangrientas funciones, y pensaba que el tiempo perdido haria retardar el momento de coger el fruto de su trabajo.

Dos corazones palpitaban con violencia, los otros dos permanecian tranquilos.

El dolor embargaba el alma de doña Inés; la sorpresa, el coraje y el espanto atormentaban la de don Alonso; al mirar á su madre sentíase embriagado de alegría el hermoso doncel; y el verdugo se regocijaba con la idea de que no estaria ocioso su brazo.

Dominaba á doña Ines mas que nunca en aquellos momentos, la idea de que su hijo no llegaria á saber quien era su padre, idea que, como ya hemos dicho, habia llegado á producir en su ardiente imaginacion una verdadera monomanía. Esta idea le sugeria todos sus pensamientos, dirijia todas sus acciones, causaba todas sus amarguras, arrancaba á sus ojos todas sus dolorosas lágrimas y era, en fin, la causa de cuanto padecia. ¡Pobre muger, cuyo maternal cariño, casi convertido en locura, era su mayor tormento en vez de ser su mas agradable deleite! El mas terrible castigo que Dios puede imponer en este mundo por el estravío de una pasion, es convertir la misma felicidad del amor en la mas cruel amargura, y hacer que la causa de la dicha de la madre virtuosa no sea sino ocasion de amarga desdicha para la madre liviana. Ser infeliz con lo que son felices los demas es el mas horrible de los tormentos.

Ante el dolor de aquella desdichada muger, estaban los hondos sufrimientos de don Alonso, mas digno de compasion que de censura. Acumulábanse en aquellos momentos en su imaginacion todas sus injusticias de monarca y todas sus culpas de hombre, sin que viniese á consolarle el recuerdo de ninguna de sus acciones buenas. Representábasele encadenado su inocente nieto, desheredado de una corona que le pertenecia; pareciale ver el fuego de la hoguera en que fué quemado el noble don Simon Ruiz, señor de los Cameros; resonaba en sus oidos el estertor de la muerte del infante don Fadrique, inhumanamente ahogado, y la presencia de doña Ines traia á su memoria el abandono en que la habia dejado, las lágrimas que le habia hecho verter y los falsos juramentos de amor con que la habia arrastrado al mayor de los estravios de una pasion. Empero por lo mismo que tantos

eran los recuerdos de sus faltas y tan agudos los tormentos de su conciencia, desesperábase frenético de furor ó se sentia anonadado por el miedo, sin que tan amargas alternativas diesen lugar al arrepentimiento, porque la razon estaba dominada, suspendido el juicio.

Rodrigo miraba con tranquila sorpresa aquella escena estraña. No comprendia la turbacion del rey ante dos criminales que iban á ser entregados al verdugo, y no encontraba fácil esplicacion á la presencia de su madre en lugar de aquella asquerosa y repugnante vieja que con Mendo acompañaba á Córdoba por órden de don Sancho. Pero rodeado de misterios desde que tenia uso de razon, habíase acostumbrado ya á todo lo maravilloso, y fácilmente, el placer de ver á su madre cuando próximo ámorir á manos del verdugo se creia lejos de ella para siempre, hacíale olvidar todo lo que presenciaba, dejándose llevar en brazos de su filial contento. Por eso estaba tranquilo y miraba con indiferencia lo que le rodeaba. Ya no temia morir como antes de dormirse sobre su capa. Aunque lanzado al mundo demasiado jóven, conservaba aun las ricas ilusiones de la infancia, y creia que nada malo podia sucederle al lado de su madre. Mirábala cerca de sí, acababa de soñar con los negros ojos de la júdia, y era imposible que se acordase de que estaba preso en un calabozo y de que el rey no perdonaba la vida á ningun partidario del infante. ¡Las ilusiones de la juventud! ¡Rico tesoro que roba la mano del tiempo, llenando el vacío que deja con las realidades y los desengañosde la madura edad!

Largo rato permanecieron silenciosos.

Miraba el rey á doña Ines y esta á su hijo que le devolvia miradas por miradas, mientras que el verdugo los contemplaba á todos con desdeñosa indiferencia.

Al fin don Alonso exclamó:

—¡Doña Ines!...

—Don Alonso, estais viendo por última vez á doña Ines de Carbajal. ¿Quereis tomar los consejos de la hechicera?

—Idos, señora.... salid.... No sé lo que haria dentro de un momento.... por vuestra vida, salid....

—Ya os dije que se abririan á mi paso las puertas de esta prision, repuso doña Ines.

Y asiendo á su hijo de una mano le llevó tras sí.

—¡Oh, no! exclamó el rey. Ese jóven es mi prisionero, me pertenece. Salid sola; harto habeis conseguido.

—¡Separarme de mi madre! dijo el doncel. No sois bastante para ello.

—¡Vuestra madre! exclamó el rey con acento ahogado.

—Este es mi hijo, ¿lo entendeis? y vos, don Alonso....

—¡Ah!...

—Vos no le estorbareis la salida.

—Paso, arqueros, paso, dijo el rey con ronca voz apenas perceptible.

Doña Ines y Rodrigo desaparecieron.

El cuerpo del rey vaciló, y los robustos brazos del verdugo, destinados á atormentar á la hechicera, sostuvieron al sábio don Alonso el décimo por algunos instantes, hasta que fué saliendo de su turbacion.



CAPITULO IX.

De cómo las armonías de un arpa sirvieron de escalones al jóven Rodrigo para trepar los muros de un jardin.



Dos dias despues de la escena que acabamos de referir, y cuando el crepúsculo de la tarde abria las puertas á la negra noche, atravesaba lentamente las estrechas calles de Córdoba un hombre embozado hasta los ojos en su ancha capa. A los últimos reflejos de la luz del dia brillaba el acerado casco que cubria su cabeza, y absorto, sin duda, por ideas que le debian tener muy preocupado, tropezaba alguna vez con el menor obstáculo y sus acicates ó el hierro de las mayas que cubrian sus piernas, producian un ruido breve y agudo que le sacaba por un instante de su distraccion, volviendo de nuevo á ella:

Parecia que ningun objeto le hacía recorrer tan pausadamente la ciudad, por que ninguna direccion fija llevaban sus inciertos pasos. Ya tomaba indiferentemente la vuelta de una ú otra calle, volvia á deshacer el camino andado, ó se paraba y luego seguia por donde no habia querido tomar momentos antes.

Entre los pliegues del embozo de su capa solia ahogarse un murmullo producido por algunas palabras qne era imposible comprender, y algun hondo suspiro, que parecia arrancado de lo profundo de su pecho, mezclábase de vez en cuando al sordo crujido de sus lentas pisadas.

Largo rato anduvo de esta manera, y ya la noche comenzaba á cerrar, cuando, sin duda fatigado de su estraño paseo, detúvose cerca de un edificio bastante grande. Distraido miraba á algunos caballeros ó villanos que á la sazon entraban ó salian en él, como si diese descanso á su imaginacion con observar la estatura de cada cual y corregir para sus adentros los defectos del traje que llevaban ó la forma de su armadura. Sucede muchas veces, que tras una larga meditacion el ánimo se divierte contemplando los objetos mas comunes y sencillos, los que mas vistos se tienen, tal vez nuestro mismo traje, el mueble que mas se usa ó el rostro de una persona cualquiera, haciendo observaciones pueriles y aun disparatadas.

De pronto aquel hombre, hasta entonces tan indiferente y distraido, estremecióse rápidamente, recató mas aun su rostro, y por encima del embozo de su capa se vieron brillar sus pupilas. Casi nos atrevemos á decir que le costó trabajo ahogar un grito de sorpresa, pero no lo damos por cierto por que no pasa de ser una sospecha sin razon en que fundarla.

Despues, caminando cuidadosamente para hacer el menor ruido posible con sus pasos, siguió calle arriba tras un hombre cuyo trage le daba á conocer por uno de tantos judios como habitaban en nuestras antiguas poblaciones.

Atravesó el hebreo muchas calles sin advertir que lo seguian, y el de la capa, entre tanto, buscando los sitios mas

oscuros de las calles por donde pasaban, no le perdia de vista y arreglaba á los de aquel sus ligeros pasos.

Paróse al fin el primero delante de una casa, de la que nos vemos precisados á hacer una lijera descripcion, é introdujo una llave en la cerradura de la puerta.

Era aquel edificio de apariencia pobre y de morisca construccion. Dos ventanas cerradas con celosías y la puerta que habria el judio, era cuanto se veia en sus negras paredes. A la derecha, la tapia medio ruinosa de un jardin permitia que se distinguiesen las elevadas copas de algunos árboles. Y hemos dicho jardin sin tener en cuenta que, penetrando en su interior, era mas bien un bosque de malezas que apenas dejaban algun estrecho camino para recorrerle. Para entrar en la casa desde este jardin, bosque ó prado, habia que subir una escalerita pegada á una de las paredes del edificio, y á cubierto del sol por un espeso emparrado que entonces solo presentaba un desigual tejido de nudosos troncos.

Penetró el hebreo, y su perseguidor, despues de examinar atentamente, y cuanto se lo permitió la oscuridad de la noche, el esterior de la casa, fué á ocultarse en el hueco de una puerta de la de enfrente, y allí esperó, casi, puede decirse, sin saber qué.

Transcurrió cerca de una hora, y aunque el frio era intenso y el paraje bastante solitario para aburrir á cualquiera, continuó el embozado en su puesto, inmóvil y con la mirada fija en la posada del judio. Sin duda aquella muda contemplacion debia serle muy grata, por que parecia no sentir como pasaba el tiempo, y algunos suspiros de la mas dulce espansion salian de su boca y se perdian en el espacio.

El chirrido de la cerradura oyóse otra vez, tornóse á abrir la puerta, y el judio salió desapareciendo entre la oscuridad de la calle. Movióse nuestro héroe como para seguirle, pero deteniéndose luego, volvió á su escondite y á su inmovilidad, murmurando en voz baja:

—Nó, primero ella.

Al cabo de algunos instantes, los dulcísimos acordes de

un arpa llegaron á sus oidos, y estremeciéndose violentamente, salió del hueco de la puerta como impulsado por las vibraciones del armónico instrumento. Una exclamacion de grata sorpresa se escapó de su boca, y suspendida la respiracion, el oido atento y agitada el alma, quedó como clavado en la tierra.

Los sonidos del arpa salian de la habitacion del hebreo por la parte que daba al jardin. Sus dulces vibraciones espresaban la mayor ternura, y penetrando en lo mas profundo del alma de nuestro caballero, le pareció sentirse arrebatado á las regiones fantásticas que sueña el primer amor con todos sus encantadores misterios. Poco á poco, y á medida que su corazon palpitaba con mas fuerza, sintióse mas conmovido. Turbóse al fin todo su ser, acaloróse su mente con un solo recuerdo, y sin saber lo que hacia, con lentos pasos, fuese acercando á la tapia del jardin, estendidos los brazos adelante como el ciego que busca un objeto. Brillaban sus pupilas en medio de la oscuridad de aquella noche, y sin embargo nada descubria su mirada. Sus manos tocaron al muro por una de sus partes mas ruinosas, y volvió á quedar inmóvil.

La armonía era cada vez mas dulce, mas tierna, mas lánguida. Sus notas parecian ecos celestiales destinados á enternecer el alma de los que no se commueven con ningun sentimiento, de los que no esperimentan otras emociones que las producidas por la ferocidad. Tal era la virtud que parecian tener aquellos acordes, segun eran de dulcísimos y gratos.

El arrobamiento del caballero llegó á su último grado: ni sabia ya donde estaba ni á donde iba. Subyugado enteramente por el encanto de la blanda música, sentíase arrastrado por sus mágicos ecos y parecíale que se elevaba con ellos en el inmenso espacio.

En aquel estado de completo éxtasis, puso una mano sobre la parte mas baja del muro, luego apoyó un pié en una de sus concavidades, y levantándose suavemente, la fué escalando sin advertirlo hasta que se encontró sobre él, mirando

atento los ténues rayos de luz que se veian á través de la celosia de una estrecha ventana.

Vuelto en sí entonces, dirijió alternativamente algunas miradas á la calle y al interior del jardin, y despues de preguntarse si le seria permitido penetrar en él, creyó no debia tener escrúpulo, por que mejor y con mas sosiego oiria desde allí la música sin esponerse á que nadie le observase. De un brinco se puso á la parte de adentro, y aunque con la intencion de no pasar del sitio en que habia caido, bien pronto volvió á su pensativo arrobamiento, al éxtasis que colocaba su mente tan lejos de la tierra y tan cerca del cielo, y paso entre paso llegó hasta la escalera, subió, parándose en cada uno de sus escalones, y se detuvo junto á la puerta que daba entrada á la casa.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho y casi cerrados los ojos, permaneció nuestro atrevido enamorado escuchando aquellos melodiosos sones que hacian latir con violencia su corazon. En cada nota encontraba una palabra, en cada eco un canto de amor, y el áire que llevaba suavemente en sus invisibles alas aquellas tiernas armonias, parecíale embalsamado por el perfume de los dedos que herian las sonoras cuerdas. Todo era amor para él. Amor abrasaba su pecho; soñaba amor tambien, y en aquel supremo instante hubiera sido imposible hacerle esperimentar otro sentimiento.

¡Horas de locura, y de locura tan verdadera que la razon está dominada por un solo sentimiento, por una sola emocion, por una idea no mas! ¡Bellísimas horas, cuan dulces y llenas de encanto sois! ¡Cuanta sublimidad encierran vuestros misterios! ¡Mágicos misterios que el hombre no sabe apreciar! Su mano rompe el rosado velo que los cubre, y.... ¡ay!... desaparecen para no volver. Seducido por el transparente color de la copa de limitados placeres, quiere apurarla de una vez porque así cree aumentar sus goces; tocan sus labios el celestial licor, y al beber su última gota, satisfecho y cansado arroja lejos de sí el codiciado vaso que tanto le sedujo. Ya no hay misterios; rompióse el limpio cristal como mundano

barro; sabe que abate, hastia el nectar que contiene, y cuando lleva otra vez á sus labios la copa, se embriaga y goza con el sentimiento, pero no con la emocion. El débil rayo de luz que se escapa por la estrecha abertura de un balcon, en medio del silencio de la noche, conmueve al hombre en los primeros dias de sus pasiones mas que el ardiente beso, que tras otros muchos, recibe luego de la muger para sus ojos mas bella.

Locura es el amor en los primeros años; mas ¡ay! cuantos en la madura edad tornarian á su pasada juventud, rica de ilusiones, para no curar su locura con la receta del desengaño.

A los diez y siete años un corazon vírgen palpitaba impulsado por la primera pasion bajo los pliegues de la capa del aventurero amante; y si cien corazones tuviera no bastaran á contener su amor, ni cien siglos á borrarlo, por mas que en un segundo fuera impreso.

El compas de la armonia que le habia arrastrado hasta allí era cada vez mas pausado y mas lentos y melancólicos los sonidos. Sonó al fin la última nota, y al espirar en el espacio siguió su dulcísimo eco un tierno suspiro del amante, uno de esos suspiros que parecen arrancados del alma y que la dejan tan dolorida como si se hubiesen llevado una parte de ella.

Su calenturienta frente se inclinó como agoviada por un escesivo peso, y fué á caer sobre la estrecha puerta, que mal asegurada, sin duda por un descuido, se abrió de repente.

Una luz hirió sus ojos, y sus oidos un grito de espanto.

Desperto entonces de su mentido sueño, fijó su mirada, y retrocedió un paso volviendo á quedar inmóvil.

La luz que habia en la habitacion iluminó su rostro, descubierto ya, y entonces pudieron verse sus ojos azules, sus blancas megillas y el oro de su blonda cabellera.

No necesitaremos decir que era el hijo de doña Ines.

En frente, y aun sujetando con sus manos el arpa, se veia á la misma muger de incomparables hechizos que habia

contenido el brazo del mancebo cuando iba á sepultar su daga en el pecho del judio.

Un momento de lucha interior mantuvo quieto á Rodrigo, pero luego, entreabriendo sus lábios como si quisiera hablar, penetró con vacilantes pasos en la estancia y fué á caer á los piés de la doncella, sin pronunciar una palabra.

Rodó al suelo el arpa y reinó un profundo silencio.

Justo es que hasta donde nuestra pluma alcance, demos siquiera una débil idea de aquella muger.

Sus negros ojos, grandes y rodeados de negras pestañas, dejaban escapar el fuego de sus ardientes pupilas al abrirse bajo sus arqueadas cejas y mirar con la espresion mas lánguida y arrebatadora. Sus purpúreos lábios parecian guarnecidos de perlas segun era de trasparente la blancura del marfil de su boca, delineada con admirable perfeccion. Su nariz delgada, un tanto aguileña, pero de purísimo perfil, y el color ligeramente moreno de sus tersas mejillas, daban á su rostro una espresion de esas que fascinan, que arrebatan y hacen brotar fuego del corazon de los hombres. Era imposible ver á aquella muger y no sentirse subyugado por su belleza: ninguno hubiera podido resistir su penetrante mirada sin sentirse abrasado por la pasion y ofrecer en su frenesí toda su vida por una hora de contemplacion de tantos hechizos. Altiva y dulce á la vez, la espresion de su semblante tenia la virtud de imponer respeto y de inspirar amor.

Vestia el traje usado entonces por su raza. El blanco turbante que rodeaba su hermosa frente, y del que se sujetaba un largo velo, la hacia aparecer aun mas bella. Una túnica de lana, blanca tambien, ceñida por una faja azul, dibujaba su talle esbelto y de admirables formas.

—¡Por compasion! esclamó al fin el doncel.

—¡Por compasion! repitió con voz dulcísima, pero trémula, la judia. ¡Tenedla de mí! Levantaos.

Alzóse el doncel, miró á la dama con indefinible ternura, y luego dijo con todo el ardimiento de su pasion:

—Me mirais con espanto, señora. ¿Temeis por ventura al-

go de mí? ¡Ah! tranquilizaos. Ni vine aquí por mi voluntad, ni intencion alguna de ofenderos cabe en mí. Trájome mi estrella, no sé si por mi bien ó por mi mal: vos os aparecísteis á mi presencia para evitar el sangriento golpe que debia acabar la vida de un anciano, y herido mi corazon y salvo el suyo, no supe entonces decirme si erais un ángel ó una criatura. Allí os condujo vuestra estrella para hacer un bien; aquí me trajo la mia y no para causaros mal. Ni me buscasteis ni os busqué; fué nuestro destino.... Un instante se fijaron en mí vuestros negros ojos, y aquella rápida mirada encendió en mi pecho la hoguera que consume mi pobre corazon. En vos pensé de dia, con vos soñé de noche; vuestra imágen fielmente retratada en mi memoria, no se aparta de ella un momento y aviva cada vez mas el fuego de mi pasion.

—Yo no puedo amaros, contestó turbada la judia. Si en algo me estimais, salid y no me deis con vuestro amor mi perdicion.

—¡Salir! Si pudiera mover los piés de este sitio, si para ello bastase mi voluntad, habria huido ya tan lejos de vos que jamás os pudiese volver á encontrar. Infúndeme miedo mi pasion, por que tal me siento, que me parece imposible vivir mucho, si tanto he de seguir amándoos. No podeis corresponderme.... ¡ah!...

Los celos encendieron las mejillas del doncel.

—Sín duda, señora, mas dichoso que yo, otro hombre....

—Presto juzgásteis, interrumpió la dama con triste acento.

—¿Entonces?... ¡ah!... lo comprendo todo: yo solo os amo mientras que vos me mirais con indiferencia.

—¡Callad, por compasion, callad que no puedo escucharos!

—¡Cómo atormenta el amor ageno cuando uno tiene tranquilo el corazon! prosiguió Rodrigo.

Dos lágrimas brotaron de los ojos de la judia, y mientras rodaban por sus frescas mejillas, dijo:

—Sí, el amor de otro atormenta horriblemente cuando uno

ama tambien, y Dios y el mundo abren un abismo entre ambos corazones.

Estas palabras recordaron á Rodrigo que su religion lo separaba de aquella muger. Un grito desgarrador salió de su boca, y quedó como agoviado bajo un enorme peso.

—Nuestro amor es un crímen, prosiguió la judia. Nos separa el imposible, y contra el imposible es loco empeño luchar.

—¿Pero me amais? preguntó con ansiedad el mancebo.

—¿De qué os sirve saber si os amo? Mayor será vuestro tormento si viéndoos correspondido os veis tambien separado del objeto de vuestra pasion. Esto os haria sufrir por vos y por mí; sufrid solo por vos y no os procureis el desconsuelo de saber que yo padezco vuestros mismos dolores.

El llanto corria abundantemente por las mejillas de la dama.

—Harto me dicen esas lágrimas. Perdonad mi desvarío, mi loca presuncion, pero vos teneis la desgracia de amarme.

—¿Para qué me lo habeis preguntado? Salvé á mi anciano padre de la muerte y, como vos, al evitar el golpe que debia herir su pecho.... .

Detúvose por que el rubor ahogó las palabras en su garganta y coloró su frente.

—¡Sí, sí, me amais! exclamó Rodrigo arrojándose á los piés de la judia. Me amais, y ya que jamás os pueda llamar mia, goce al menos del encanto de vuestra presencia, del dulce consuelo de vuestras palabras. Puedo mirar vuestros ojos de fuego y deleitarme con sus hechizos; sin desearlos, puedo al menos contemplar vuestros lábios rojos y ver como se mueven para decirme palabras de amor....

—¡Desdichados de nosotros! Ni podemos mirarnos sin pecar ni al mirarnos pueden ser puros nuestros pensamientos, por que la pasion los mancha. No infundimos en nuestro pecho la pasion, pero es deber nuestro ahogarla aun á costa de la vida. ¡Cómo procuramos engañarnos! ¿Podríamos contener dia tras dia los impulsos de nuestra pasion cerca el uno del

otro? Nó, nó, mis fuerzas son pocas, es preciso separarnos para siempre....

—¡Separarnos! repitió el doncel con amargura. Sí, teneis razon, es preciso separarnos, por que como habeis dicho el imposible está entre nuestros corazones. Renunciar á la persona amada cuando su pasion responde á la nuestra.... ¡Ah! es horrible.

—Vos al menos tendréis el consuelo de olvidar entre el estruendo de las batallas mi nombre y vuestro amor, y aun recordándolo desahogareis en terribles golpes las penas de vuestra alma; pero yo, pobre muger, aislada del mundo, y por mi religion despreciada, entre las sombrías paredes de esta habitacion, bajo el peso de la severa mirada de mi padre, y con el remordimiento del pecado por que no os olvidé, iré exhalando lentamente la vida tras los ecos de mi arpa, cuyas vibraciones me recordarán vuestra aparicion en esta noche.

—¡Morir vos! ¡ah! nó, vos no podeis morir ahora: dejad de amarme pero....

La judia puso una mano sobre su corazon y dijo:

—Siento aquí la mano de la muerte que por arrancarme mi amor me arracará la vida.

Iba á contestar el doncel cuando se percibió un leve ruido hácia el lado de la calle.

—¡Mi padre sube! exclamó la judia. Salid, salid.

Y su tersa mano ayudó á levantar á Rodrigo, que dejándose llevar por ella llegó á la puerta del jardin.

—A Dios, dijo con voz ahogada. A Dios....

—Olvida á la judia Esther, contestó al mismo tiempo que enjugaba un raudal de lágrimas.

—Olvida á Rodrigo, repitió este á la vez que arrebatado y loco estampó un ardiente beso en la mano de Esther.

Luego atravesó el jardin, trepó la ruinosa tapia y corrió como desesperado por las solitarias calles de la ciudad.

———



CAPITULO X.

De la conversacion que el infante don Sancho tuvo con Rodrigo.



Al dia siguiente y á una hora bastante avanzada de la mañana, despertóse el doncel tras un pesado sueño que mas que descanso habia dado mayor fatiga á su cuerpo y á su espíritu. La imágen de Esther no le habia abandonado en toda la noche, y sus lábios sentian aun el fuego en que se encendieron al estampar, frenético de amor, el beso que en su tierna despedida habia crujido bajo el nudoso emparrado de la escalera. Los dulces ecos del arpa herian aun sus oidos, y su corazon no habia podido tranquilizarse, latiendo todavia con la misma violencia que la noche anterior.

Estaba pálido en estremo el rostro del doncel, y sus miradas lánguidas y el cerco amoratado que rodeaba sus ojos,

daban á su semblante una espresion de profunda tristeza.

Despues de haberse vestido con toda la lentitud y poco cuidado del que ha perdido sus fuerzas y sufre un amargo dolor, fué en busca de su madre, y estampando un ósculo de respeto y de cariño en su blanca frente, la dijo algunas dulces palabras y salió para encaminarse al palacio de don Sancho.

—Alguna nueva pena atormenta á mi hijo, murmuró doña Ines luego que hubo examinado con la atencion de una madre el pálido rostro del mancebo y le vió alejarse con tardíos pasos.

Este atravesó distraido algunas calles, y cuando hubo entrado en la posada de don Sancho, dirijióse al aposento en que le dimos á conocer á nuestros lectores.

Hallábase el infante con la cabeza apoyada en una de sus manos y descansando el codo sobre la maciza mesa de adornos de plata. Al ver al jóven, sonrióse levemente y le dijo en tono de amistosa reconvencion:

—Perezoso anduvísteis por vida mia, flor de los donceles de Castilla. O es que olvidas tus hábitos de incansable actividad, ó alguna amorosa aventura te hizo pasar en vela toda la noche y te has visto precisado á dormir de dia.

Estas últimas palabras tornaron por un instante rojas las pálidas mejillas del mancebo.

—Poco he dormido, señor, porque he tenido que ocuparme en vuestro servicio.

—Gracias, Rodrigo; eres el mejor de mis servidores, y siento no poder recompensarte para que conocieses por mi largueza en cuanto te estimo.

—Ya os he dicho, que ahora menos que nunca podeis hacer nada por mí. Tuve por espacio de algunas horas esperanza de que me diéseis á conocer á mi padre, pero ya es imposible.

—No del todo con tal de que me ayudes, repuso el infante. Ya que una casualidad te hizo conocer el nombre de tu madre, dímelo, que en eso fundaba mi esperanza.

—Me lo ha prohibido, señor, y para hacerlo así tendrá poderosas razones. Si la desobedezco la causaré un nuevo disgusto, y ¡llora tanto!...

—¡Pobre mancebo! ¿Quién diría, al verte tan terrible en las batallas, que tanta ternura encierra tu corazon?

—Es mi madre, y ademas, á nadie he tenido ocasion de querer sino á ella.

—No alcanzo la razon que pueda tener, prosiguió don Sancho, para ocultar tan cuidadosamente quien sea, y mucho menos el por qué, consistiendo su desgracia en que su antiguo amante no te haya dado su nombre, no ayuda á conseguirlo cuando solo le costaria pronunciar el suyo. ¡Si tuviéramos en nuestro poder á la hechicera!... Rodrigo, es menester que averigües lo que ha sido de ella.

—¿De qué modo? Es imposible saber en donde pára una muger que desaparece de tan estraña manera.

—¿Estás seguro de no haberte equivocado?

—Lo prueba la muerte de Mendo, y ya me conoceis lo bastante para no creer que el miedo me hizo ver prisiones. Ademas, con mi madre vine á Córdoba y ya os dije que á mi llegada á Sevilla no la encontré en su misteriosa casa. Si mucho pienso en lo sucedido habré de volverme loco.

—Ruega á tu madre que te permita decirme su nombre, y ten confianza.

—Pues bien, señor, mi madre me ha dicho que si sabeis su nombre sereis vos el que con mas cuidado procurareis que yo ignore toda mi vida el de mi padre. «Séle fiel, añadió, defiende su causa, y cuando te acuerdes de tu desdicha, ten presente que á nadie le interesa tu felicidad mas que á mí.»

Quedó atónito el infante sin acertar á esplicarse lo que acababa de oir, y despues de mirar por algunos instantes al jóven, contestó.

—Razon tienes, Rodrigo, al decir que si mucho se piensa en esto puede trastornarse el juicio. Dejémoslo, pues, pero á fé de caballero yo te juro que si algun dia puedo averiguar el nombre de tu padre, lo sabrás de mi boca y á despecho de la opinion de tu madre.

—Os creo, señor.

—Me dijiste que te habias ocupado en mi servicio, y supongo que me traerás importantes nuevas, pues las tuyas siempre lo son.

El doncel sacó los pergaminos que habia quitado al judio, y los entregó á don Sancho.

—Tomad, señor, le dijo. Estos importantes pergaminos se los arranqué por la fuerza al que los llevaba, antes de que llegasen á su destino. No os los he entregado antes por que queria añadir algunas averiguaciones mas que ya tengo hechas. Están en mi poder desde el dia en que fui á Sevilla, en cuyo camino los adquirí.

—¿Quién los llevaba?

—Ignoro su nombre; y ya seria difícil averiguarlo porque le costó la vida al mensagero. Villano parecia en sus maneras y palabras, y aunque de refinada astucia, dejaba sin embargo ver su humilde condicion.

Desdobló el infante los pergaminos y vió que eran varias cartas dirijidas, á caballeros que le servian, por el rey don Alonso. En una de ellas participaba la peticion que habia hecho á Abén-Jucef.

Con la lectura de tan importantes documentos, palideció el rostro de don Sancho, y una exclamacion de ira salió de su boca.

—¡Vive Dios que he de hacer un ejemplar castigo en los traidores! ¡Villanos miserables! Rodrigo, toma los soldados que quieras de mi guardia y que dentro de un cuarto de hora se hallen presos.

—Calmaos, señor, y pensad que con prenderlos no nos quitamos mas que una parte de nuestros enemigos, y es preciso acabar con todos ellos. Ya sabemos quienes son los principales, su traicion nos es conocida y no nos pueden sorprender. Dejémosles obrar, y cuando sepamos quienes son los que les ayudan, los esterminaremos de un solo golpe.

—Y ¿cómo saber eso? preguntó don Sancho con su natural impaciencia.

—¿No soy vuestro servidor?

—Razon tienes, Rodrigo; pero cuida de no equivocarte. ¿Qué quieres hacer?

—Cogerlos á todos juntos en una de sus reuniones.

—Es verdad; pero ¿dónde se reunen?

—Eso es lo que yo quise averiguar, y ya lo sé.

—Rodrigo, dijo el infante levantándose, pídeme una gracia, cualquiera que sea; no estaré tranquilo si alguna vez no te recompenso.

—Gracia.... no me la concedereis.

—¿Es de tanta importancia?

—De mucha para mí y de bastante para vos.

—¿Estás seguro de que no he de concedértela?

—Casi seguro.

—Quiero que alguna vez te equivoques.

—Me alegraria, señor, pero lo dudo.

—Sea cual fuere esa gracia la tienes concedida.

—Quiero el perdon de la vida de uno de los culpables, si está con ellos al aprisionarlos.

—Rodrigo....

—Señor, ya vísteis cuán acertado anduve al pensar que no me la otorgariais.

—Yo siempre cumplo mis palabras; pero dime su nombre,

—Lo ignoro.

—¿Que lo ignoras?

—Os lo juro.

—¿Y cómo te interesas tanto por un hombre á quien casi no conoces, puesto que no sabes cómo se llama?

—Es una historia que yo sé, pero que no acertaria á contar.

—No te comprendo.

—Yo tampoco á mi madre.

—Tan misterioso como ella.

—Soy su hijo.

—Guarda tu secreto, Rodrigo, y que la gracia sea completa.

—Os debo mucho, señor.

—Tú cuidarás de que ese traidor que queda sin castigo,

ese enemigo, que lo es tuyo al serlo mio, no pague mi clemencia con nuevas traiciones.

—No es enemigo vuestro ni amigo de nadie. Es un puñal de finísimo temple que lo esgrime el que lo compra, y por un puñado de oro hará mas en vuestro servicio que ha hecho en el de vuestro padre.

—Ahora comprendo una parte del motivo que te ha impulsado á pedirme su perdon.

Guardó el infante silencio por algunos instantes y luego prosiguió.

—¿Cuándo crees que podrás aprisionar á esa canalla?

—Tal vez esta noche.

—Me alegraria por que necesito de tí.

—Mandad.

—Quiero que vayas á Marruecos, que averigües lo que determine Aben-Jucef, y que vuelvas antes que lleguen los socorros de gente ó de dinero que de seguro enviará.

—Lo sabreis.

—Esta noche te espero.

Salió el jóven, y mientras bajaba la ancha escalera de mármol del palacio, decia en voz baja:

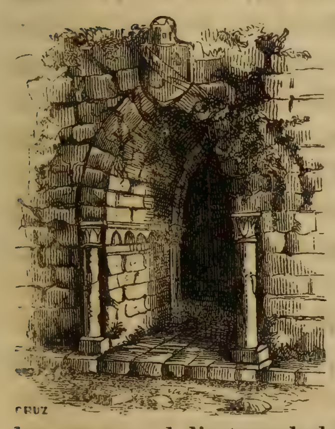
—Esther, he salvado á tu padre. Tú atajastes el golpe que yo amagaba sobre su pecho; yo he detenido el hacha que el verdugo amagaba sobre su cabeza.... Pero no, has sido tú tambien ahora la que le salvas la vida....

Se puso una mano sobre el corazon, y sintió que latia con violencia.



CAPITULO XI.

Donde se da cuenta del recibimiento que el rey Jacob-Aben-Jucef hizo á don Alonso el Sabio, y de la conferencia que tuvieron.



Acababa el sol de disipar la húmeda niebla de la mañana, y sus lucientes rayos caian como una lluvia de oro sobre la fértil llanura que se estiende al pié de la antigua villa de Zahara. La atmósfera estaba serena, el dia templado, y el transparente azul del hermoso cielo de Andalucía parecia mas puro y risueño que nunca. Cerníase magestuosamente sobre la tierra el águila rapante, escondiendo entre sus espesas plumas las afiladas garras prontas á aprisionar al manso corderillo ó á la débil paloma; numerosas bandadas de pintados gilgueros atravesaban velozmente el espacio, dejando tras sí el eco de sus agudos pitidos que se mezclaba con el ronco graznar del grajo volador; los

puntiagudos riscos repetian de vez en cuando el ladrido del perro fiel que guardaba el rebaño en la colina, y el manso susurro de los cristalinos arroyos, y el monótono ruido de las espumosas cascadas que se despeñaban de roca en roca, completaban la inimitable voz de la naturaleza, dormida y silenciosa cuando muestra la casta luna su nacarada faz, y alegre cuando despierta herida por la ardiente mirada del dorado Apolo.

El marcial y conmovedor sonido de mil instrumentos de guerra poblaba el espacio y confundíase con el canto de las aves, el eco del torrente y el murmurio de los plateados arroyos. Los ecos de los clarines se multiplicaban en el estenso valle, y llegando á los escabrosos riscos, parecian detenerse en cada una de sus puntas y repetir sus agudos sones hasta llegar á la cumbre y perderse lánguidamente en el espacio. La multitud de voces humanas formaba un contínuo rumor semejante al ruido de las olas cuando parecen correr ligeras haciendo azulados escalones que se suceden rápidamente á impulsos de un viento suave, y el alegre relincho del guerrero bruto armonizaba alguna vez con el chis-chas de las armas y armaduras, cuyo metálico sonido se percibia bien distintamente entre el eco de las voces y el de los bélicos instrumentos.

Desde la cima de un monte hubiera podido contemplarse un cuadro sorprendentemente bello.

Del un lado de la llanura alzábanse vistosas tiendas de variados colores adornadas de cintas que agitaba el viento, y de franjas de plata y oro que el sol hacia brillar. Sobre sus puntiagudas cubiertas se divisaban los afilados estremos de las árabes medias lunas, y el hierro de alguna pesada lanza veíase sobresalir por encima de sus paredes de seda. Los acerados cascos, los relucientes petos, las flexibles mallas y los pesados arneses, despedian rayos de viva luz, al recibir la del sol, y hacian aparecer á los hombres y á los caballos movibles masas de espejos adornados de bandas de todos colores, obra de hábiles manos, recuerdos de tierno amor. Aquellas

pulidas superficies de bien templado acero se agitaban en bellísimo desórden, iban, venian, subian, bajaban, confundíanse las unas con las otras, apagábanse sus destellos ó relumbraban con mas viveza, y formando caprichosos laberintos, desiguales grupos y tortuosas hileras, presentaban un cuadro, como dijimos, sorprendentemente bello, entusiasmador y que comunicaba ardimiento y el deseo irresistible de formar parte de él. En el punto mas elevado de la llanura y entre la multitud de tiendas, levantábase una que no pódia confundirse con las demas: tal era la profusion de sus adornos, tan ricos los brocados que la formaban, tan magnífico su conjunto. Estaba en medio de un espacioso recinto cerrado por una fuerte estacada de afiladas puntas, suficientes, por lo menos, á favor de su altura, para evitar el paso á la caballería. El espacio que carecia de este cercado para dejar paso á la tienda, lo atravesaba una gruesa cadena de hierro, cuyos estremos no se desenganchaban sino por órden superior. Penetrar allí sin el competente permiso era un crímen que costaba la cabeza, bien que era imposible traspasar los marcados límites sin que el acero de sus centinelas no traspasase antes el pecho del delincuente.

Aquella tienda era la del magnífico señor, poderoso rey de Marruecos Jacob-Aben-Jucef.

En lontananza, y de la opuesta parte, una nube de polvo se elevaba al cielo disipándose gradualmente; y como brilla la tortuosa corriente de un cristalino rio, así brillaba entre el polvo la compacta masa, formando desigual hilera, de otro ejército que caminaba en direccion al campo musulman.

Cuando de este se divisó la gente de guerra, y algunas avanzadas llegaron con carrera veloz á dar aviso, multiplicóse mas y mas el son de los clarines, agitóse mas ligera la numerosa hueste marroquí, y músicas, voces, ruido de armas y carreras de caballos formaron estrepitosa confusion y levantaron otra nube de blanco polvo.

Fuése aproximando el nuevo ejército: tras el brillo de sus armaduras distinguiéronse sus pendones; viéronse luego ca-

minar separadamente sus diversos grupos y agitarse sus vistosos penachos entre los hierros de sus lanzas, pudiendo al fin contarse uno por uno los ginetes y observar el galope de sus caballos.

Agrupáronse entonces muchos guerreros á la tienda real, quitóse la cadena, y Jacob-Aben-Jucef, acompañado de sus merines y de muchos caballeros jóvenes y ancianos, ricamente vestidos, se adelantó hasta salir de la estacada y paróse á alguna distancia de ella. Guardando el lugar que segun su clase correspondia á cada uno, agrupáronse á sus costados y detras de él los nobles de su corte y aguardaron en respetuosa actitud las órdenes de su señor.

Era Aben-Jucef de elevada estatura y grave continente. Negros sus ojos, su frente espaciosa y morena la tez de su rostro poblado de espesa barba. Su penetrante mirada revelaba inteligencia, y sus ademanes llevaban un sello de enérgica autoridad grave é imponente.

Cuando hubo examinado el órden de su ejército que formaba ya dilatadas filas con su numerosa caballería, volvió, aunque muy poco y orgullosamente la cabeza, y dijo con voz sonora:

—Mis merines se adelantarán á pié y en actitud respetuosa hasta encontrar al muy noble y sábio rey don Alonso de Castilla y de Leon; le besarán el pié en señal de humilde homenaje, y le acompañarán, con la ceremonia debida á su alto rango, hasta que llegue á mí.

Algunos de aquellos nobles, cuyos largos jáiques de seda y oro les daban un aspecto de autoridad fácil de conocer, salieron del grupo de los cortesanos, y despues de haber hecho algunas reverencias á su señor, caminaron en ordenada hilera, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada hácia adelante.

Aben-Jucef levantó una mano sobre su cabeza, é instantáneamente el son de los bélicos clarines y tambores, y los gratos ecos de las dulzainas poblaron de nuevo el espacio.

Adelantábase el ejército cristiano al compas del toque de



Jacob-Aben-Jucef recibe á don Alonso el Sabio.

sus trompetas: ya se acercaba al poderoso muslin, y pudieron entonces distinguirse con claridad sus lucidos escuadrones. A bastante distancia de una reducida descubierta, iba el grueso de la tropa, á cuyo frente y sobre un nevado corcel, casi cubierto de escamas de acero con incrustados de oro, venia el rey don Alonso X, descubierto el rostro en señal de paz. Una brillante armadura, incrustada tambien de oro, cubria todo su cuerpo, y un rico cinturon, regalo del rey de Granada, sostenia el pesado acero que tanto renombre de temido habia conquistado con su afilada punta. Un águila de oro coronaba su templado casco, y de su cincelada cola salia un manojo de blanquísimas plumas, largas y flexibles que azotaban el bruñido acero del espaldar con sus blandas ondulaciones.

Una leve sonrisa vagaba por sus labios sin amenguar un punto la magestuosa espresion de su semblante. A medida que cruzaba por entre los numerosos escuadrones marroquíes fijábanse con ávida curiosidad todas las miradas en él. Tal era su fama de sábio, de valiente y de noble, que el conocerle se tenia por fortuna.

Los merines cumplieron las órdenes que tenian, y llegando con actitud humilde á don Alonso, despues de hacer muchas y profundas reverencias, besaron el regio pié, por mas que el monarca quisiera evitarlo con amable dignidad.

Seguido de los nobles musulmanes llegó por fin á la tienda de Aben-Jucef, y apeándose de su cabalgadura, siempre servido de los merines, dijo:

—Dios conserve la vida del noble y valiente rey Jacob-Aben-Jucef, generoso entre los generosos.

—Allah guarde la del sábio, grande y magnífico don Alonso de Castilla y de Leon, contestó el musulman, adelantándose hácia el cristiano.

Abrazáronse ambos reyes, y despues de algunas palabras lisongeras, se dirigieron, enlazadas las manos, al interior de la tienda de Aben-Jucef.

¡Cuánta riqueza se encerraba en aquel estrecho recinto! Sus paredes de fino brocado de oro deslumbraban la vista

con su brillo. Mullidos cojines de seda azul, guarnecidos de anchas franjas, y largos flecos del mismo metal estaban colocados al rededor. Al frente se levantaban dos estrados cubiertos de la misma tela, pero con tal profusion de bellísimos adornos, que apenas podian distinguirse sino solo estos. Hallábanse bajo anchas cortinas que pendian del techo, y que recogidas á su mitad por gruesos cordones de oro, arrastraban con ellos el ancho fleco y los pesados borlones de sus estremidades sobre grandes pieles de leon con dientes y garras de oro. Otras muchas pieles de tigre alfombraban el resto de la tienda, en la que se respiraba un perfume suave y delicioso. El uno de los estrados, colocados á la derecha, era de mas elevacion que el otro.

Invitó Aben-Jucef al rey don Alonso á sentarse en él, pero resistióse este á recibir el alto honor de ocupar el sitio de preferencia delante del que acudia á prestarle auxilio tan generosamente, que no se habia contentado con darle el dinero que le pidiera, sino que venia él mismo con lo mas escojido de su valiente ejército á socorrerle.

—Señor, dijo Aben-Jucef, no es razon que tú y yo tengamos iguales asientos, por que tú eres rey de abinicio, y yo desde ahora, que Allah me lo dió por su merced. Yo en mi linaje soy el primero que ocupa el trono, y en tu persona se veneran tantos antecesores coronados como se cuentan abuelos.

—Dios no da honra, contestó don Alonso, ni nobleza ni reino sino ó quien lo merece, y así te lo dió.

Ninguno de los dos quisiera ceder en la cortesía; pero venció el marroquí con el respeto de sus palabras y las súplicas de su amistad.

Pasados tan lisongeros cumplimientos entraron á conferenciar sobre sus importantes asuntos.

—Antes que padre eres rey, decia Aben-Jucef. Se ve despreciada tu autoridad, y tu nombre venerable sin prestigio: divididos lastimosamente tus reinos por bastardas ambiciones de los que mas te deben; talados los campos por los

mismos que han de comer sus frutos, y debilitando con luchas intestinas, las fuerzas que debieran emplearse contra los que quisiesen atacar vuestra independencia. Tal es el estado en que te hallas, y el lastimoso de tus reinos. Si el amor del padre se sobrepone á los deberes del rey, te perderás y perderás á tus vasallos.

—Lo sé, rey Jacob, y estoy dispuesto á cumplir con mis deberes de monarca y á ser padre de mis pueblos antes que de mis hijos. Pero agotados mis recursos, cercado de ingratos traidores, no quedando apenas tierra obediente á mi autoridad, he tenido que demandar tu poderosa ayuda.

—Tuyo es mi ejército y tuyo mi trono, contestó Aben-Jucef. Te ayudaré como leal y bueno por que tu causa es justa: te ayudaré por que admiro tu sabiduría y respeto tus virtudes. Nada he recibido de tí, nada espero, y esta es la ocasion primera en que tus palabras se cruzan con las mias; pero no sé si tus nobles prendas, si la fama que goza tu nombre ú otro sentimiento oculto me han hecho profesarte siempre un afecto que parece nacido de antigua amistad.

Aben-Jucef decia la verdad á don Alonso: sin saber por qué le profesaba un cariño tan tierno y profundo como luego lo demostró con sus desinteresadas acciones.

—Grande me pintas, mas pequeño me reconozco ante alma tan noble, tan generoso corazon como el tuyo. El cielo inspire á mi rebelde hijo y véale yo de su desobediencia arrepentido antes que castigado. Los últimos dias de mi vida serian tranquilos y felices con tal suceso, como son dichosos estos instantes al ver que siquiera existe un hombre en cuya amistad puedo tener tranquila confianza.

—Descansa en ella; tus órdenes aguardo.

—Oye mi opinion, y si bien te pareciese mi plan, no perdamos un solo momento.

—Habla, don Alonso; la justicia pide el castigo de los delincuentes.

—Como la rebeldía de mis pueblos ha sido promovida por las maquinaciones de mis hijos, y no por que les haya impul-

sado el ódio á mi persona ni el deseo de remediar desafueros que nunca cometí, basta reducir á la obediencia á don Sancho y castigar á los nobles que le siguen para que todo quede en paz. Tiene el infante su asiento en Córdoba, y desde allí dirije el movimiento con su incansable actividad: no cuenta á su devocion plaza tan fuerte ni tan bien situada, y opino por que, poniéndonos sobre ella, la reduzcamos bien á bien ó mal á mal. Conseguido esto, todas las demas villas y castillos que se alzaron por el rebelde nos prestarán obediencia. A nuestro paso encontraremos los principales lugares de aquella comarca y en ellos podremos dar á nuestra valiente tropa entretenimiento que la anime con la pelea, y botin que la estimule con sus despojos. Si Dios nos ayuda venceremos. Ninguna promesa te hago por que sé que nada quieres; pero si alcanzamos buen éxito en nuestra empresa, tuya será la parte que mas te plazca, por que á tí se habrá debido la victoria.

—Como quien eres piensas, contestó Aben-Jucef. Tan acertado me parece tu plan, que solo me resta preguntarte cuando quieres que emprendamos la marcha.

—Pronto estoy cuando lo dispongas.

—Hoy mismo, cuando llegue el sol á la mitad de su carrera, rezarán mis soldados la oracion de mediodia, y protegidos por la justicia de nuestra causa, lanzaremos nuestros ginetes en pos de la rebeldía de tus ambiciosos vasallos.

Animóse la mirada de don Alonso y todo su cuerpo se agitó. Habia sentido renacer sus fuerzas con el entusiasmo del moro.

—Me verán, me verán, dijo con sorda voz. Me verán en el campo blandir la lanza, y temblarán porque mis brios no han menguado. No daré tregua, no tendré compasion ni para propios ni estraños, y los que tan villanamente han pagado mis favores, no se alzarán otra vez contra su rey, por que antes se alzará sobre su cabeza el hacha del verdugo. ¡Don Pedro Manriquez, don Nuño de Lara, don Ramiro Diaz, el monarca que os estrechó tantas veces la mano con cariño, os apretará la garganta con justa ira! ¡Todos traidores!... ¡Villanos, misera-

bles, que encontraron buenas todas las humillaciones para pedirme tierras y castillos, para gastar de mi tesoro mas que yo.... la esperiencia os convencerá de que soy rey lo mismo para hacer mercedes que escarmientos, y que si vuestra ambicion, ruin y baja, os hizo doblar la frente ante mi persona, tambien mi autoridad os hará hincar la rodilla ante el verdugo! Partamos, pues, noble Jacob: no perdonemos vida enemiga, y nuestro terrible enojo sirva de ejemplo. ¡Arrasemos villas y castillos, y queden sepultados en sus ruinas los rebeldes para que sus cráneos sirvan de cimientos á las nuevas poblaciones que enriqueceré con los despojos de los traidores!

—Partamos, don Alonso. Mi lanza irá delante de todas.

Dijo Aben-Jucef, y levantándose estrechó fuertemente la mano trémula de coraje del rey don Alonso.

—Voy, prosiguió, á recorrer mi campo y á dar las órdenes necesarias para que todo esté pronto al mediodia. Descansad entre tanto.

—El cielo os guie.

Quedó el cristiano solo, y entonces dirijió por toda la tienda una mirada escrutadora, pintándose luego la estrañeza en su semblante, sin duda al no ver lo que buscaba.

—Creí que hubiera sido la primera persona que á mi llegada se me hubiese presentado, murmuró.

Pero apenas habia pronunciado estas palabras, cuando un hombre de elevada estatura y marcial continente, que iba armado de piés á cabeza, apareció á la puerta. Era don Alonso Perez de Guzman que aguardaba respetuosamente á que se le diese licencia para entrar.

Apesar de que el rey estaba pensando en él, lo miró con sorpresa y palideció su rostro. Guzman hizo una profunda reverencia y permaneció mudo, inmovil y al parecer tranquilo.

Transcurrió un momento durante el cual una borrasca desgarradora conmovió las almas de aquellos hombres.

Quisiera el rey tender los brazos al señor de San Lúcar para demostrarle su gratitud por el importante servicio que le habia prestado, haciendo que Aben-Jucef viniese en su ayuda

con tan poderoso ejército; pero un resto de su orgullo de monarca le detenia, y conoció que habia de costarle mayor sacrificio una palabra benévola y amistosa cara á cara, que todas las humillaciones del mensaje de que habia sido portador don Pedro de Asurez.

Guzman tambien, satisfecho y conmovido con la carta del rey, hubiera querido postrarse humilde á sus plantas para pagar bondades con respeto, pero el recuerdo de la noche en que se habia intentado manchar su honor, y en que llegaron á sus oidos las palabras villano y miserable, revelaba en su espíritu su noble dignidad y le hacia erguir involuntariamente la cabeza con orgullo. Desaparecia entonces el generoso sentimiento de ayudar al débil, de sostener la causa de la justicia, y aun casi se borraba el entusiasmo del castellano leal, que sin tener otras consideraciones que el bien de su pátria muere por ella.

Una sola palabra, un solo gesto por parte de cualquiera de aquellos dos hombres, hubiera bastado á separarlos en aquel instante para siempre ó á que estrechando sus nobles pechos se jurasen eterna amistad de todo corazon. Un átomo mas de orgullo, un átomo mas de gratitud en un momento dado, debia decidir; la balanza inclinada alternativamente por el bien y el mal, quedaria fija con un leve soplo.

Triunfaron los buenos sentimientos.

—¡Guzman! exclamó el rey levantándose al fin de su asiento y estendiendo hácia adelante los brazos.

Guzman no contestó: arrojóse á los piés del rey y quedó silencioso.

—¡A mis brazos, don Alonso! prosiguió el monarca.

El abrazo de síncera amistad, dudoso un momento antes, unió por fin hasta la muerte á aquellos dos corazones.

—¿Por qué no habeis entrado antes?

—Señor, he querido dejaros tratar libremente vuestros asuntos; ya habeis concluido, y vengo á recibir vuestras órdenes.

—Os debo mucho....

—Un rey, señor, no debe nunca á sus vasallos. Ya me habeis dicho, con la honra que acabais de dispensarme, mas de lo que vuestras palabras pudieran espresar.

El rey estrechó la mano de Guzman.

—¿Ignorais lo que he tratado con Aben-Jucef?

—Nada sé, señor.

—Pues bien, voy á poneros al corriente de todo, á ver si encontrais acertado nuestro plan: vuestros consejos son prudentes.

—Me hónrais, señor.

—Hemos determinado ponernos en marcha al mediodia, dirijiéndonos á Córdoba, principal asiento del rebelde infante, castigando á nuestro paso por las villas comarcanas á los que las defienden. Si entramos victoriosos en Córdoba, como no lo dudo teniendo tan numeroso ejército, podemos contar sofocada la rebelion.

—Dios nos proteja y venceremos; pero ya que me pedis un consejo, os diré que somos de parecer contrario. Si entramos en Córdoba, el infante se defenderá en otras poblaciones, y de villa en villa, de ciudad en ciudad, pasaremos mucho tiempo tras él sin couseguir ser completamente vencedores.

—Ninguna ciudad tiene la importancia de Córdoba.

—Pensad, señor, que España está llena de fortalezas, que donde quiera hay murallas, y que en teniendo soldados, fácil es resistir. Yo reduciria las demas poblaciones, castigaria á los magnates que en ellas dirijen el movimiento, y una vez aislado, ó casi aislado el infante, poco habia de costar acabarlo todo. En Córdoba teneis que luchar, no solo con don Sancho, sino con el pueblo todo que ya está interesado en defenderse: caso de que tomemos la ciudad, que bien guardada es cosa que se acerca á lo imposible, tendreis que dejar en ella una buena parte del ejército para evitar que se rebelen segunda vez, y esto disminuiria nuestras fuerzas, sin contar la jente que se ha de perder en el asalto. En las demas poblaciones no hay neeesidad de eso: son de poca importancia, y si hacen resistencia será por obedecer á los nobles que las

obligan á levantarse: como castigando á estos, es decir, colgando su cabeza de un torreon, desaparece la causa, podemos abandonarlas sin cuidado de que se atrevan á otra tentativa.

El rey habia escuchado con religiosa atencion.

—Prudente estais, don Alonso, le dijo, y veo que como siempre, sois hombre de razon madura. Tengo sin embargo, la conviccion de que si los rebeldes se quedan sin Córdoba no intentarán probar de nuevo la fortuna. Ademas, es fácil que don Sancho caiga en mi poder, y entonces, ya conoceis que nada deberemos temer ni de Córdoba ni de otra ciudad.

—Señor, sea cualquiera vuestro plan, moriré á vuestro lado defendiendo vuestros derechos: para eso vine á Castilla. Decis que debemos partir al mediodia.... pronto estaré, y para no perder un instante, voy á reunirme á Aben-Jucef á fin de ayudarle á comunicar las órdenes necesarias. Concededme vuestra vénia para retirarme.

—Tenemos mucho que hablar, don Alonso; ireis á mi lado durante el camino.

—No me separaré de vos.

—El cielo os guarde.

Tendió el rey una mano á Guzman; este la besó con respeto y se alejó.

Cuando hubo salido de la tienda siguióle á corta distancia un caballero cuyo rostro era imposible ver por llevarlo cubierto con la celada. Entre la multitud de soldados que cruzaban en todas direcciones, no llamó el desconocido la atencion de don Alonso, y continuó su camino, parándose de vez en cuando junto á algunos grupos para noticiarles la marcha á Córdoba. El de la celada parecia fijar toda su atencion en las palabras de Guzman, y cuando vió que siempre eran las mismas, y que nada sabria sino lo que ya habia escuchado, dejó de seguirle, y atravesando con paso ligero la llanura, dió la vuelta á un montecillo, tomó un estrecho sendero que conducia á un bosque de castaños, é internándose en él, llegó á donde un caballo estaba, atada á un árbol la rienda y terciada sobre la silla una ancha capa.

Echóla sobre sus hombros el caballero, levantó la celada, y despues de haber desatado la brida, montó ligero, salió á un tortuoso camino, y con la punta de sus largos acicates hizo comprender á su cabalgadura que habia necesidad de correr.

Partió el bruto veloz, y al compas de sus rápidas pisadas, murmuraba él jóven Rodrigo :

—A Córdoba..... yo corro mas que vosotros..... Tal vez don Sancho esté camino de Badajoz..... No importa ; mi potro corre solo mas que pueden correr juntos los caballos de Aben-Jucef y de don Alonso. A Córdoba..... parece que no saben quien la defiende..... creerán sorprendernos..... tengo una ballesta que mata desde muy lejos..... Adelante, adelante.

Y envuelto en una nube de polvo se perdió de vista.



CAPITULO XII.

Donde se trata de muchas cosas que podrá ver el lector.



Muchos y muy grandes peligros habian cercado á don Sancho, poniéndole en gran aprieto en pocos dias.

Los infantes don Juan y don Pedro, don Lope Diaz de Haro y otros señores, creyeron que mas podia valerles emplear su influencia en su provecho, y trabajando activamente, consiguieron levantar los ánimos en muchas ciudades y villas de importancia. No contentos con las mercedes de don Alonso, cuando le servian, ni de su hijo, cuando le ayudaban, aspiró cada cual á una corona, como si todos tuviesen derecho á un pedazo de la que se arrancaba de las sienes del anciano rey.

Solo la incansable actividad de don Sancho, los recursos

de habilidad de su viva imaginacion, y su arrojo á toda prueba, hubieran podido resistir los continuados y opuestos ataques que recibia su ilegítima y mal asegurada autoridad. Pero constante en su propósito, infatigable, encontrábase en todas partes, castigaba á los unos, halagaba á los otros, peleaba como un soldado invencible ó mandaba como un rey severo. Habíasele rebelado Badajoz; marchó sobre ella, y antes de que hubiese podido reducirla, le llegaron avisos de que Toro, Zamora, Benavente, Villalpando y Mayorga tomaban la voz del infante don Juan; Salamanca, Ciudad-Rodrigo y todas las villas del contorno, la del infante don Pedro, mientras don Lope Diaz de Haro inquietaba el resto de Castilla. En tan apurada situacion, nuevos avisos le noticiaron que Aben-Jucef habia entrado en España y se unia con su padre, y cuando pensaba cómo vencer tantos peligros, sin saber qué resolucion tomar, la nueva de que su padre y el rey de Marruecos marchaban hácia Córdoba, le obligó á ponerse en camino al momento para defender esta ciudad, en donde entró antes de que llegasen sus enemigos.

Los ejércitos aliados cercaban ya la poblacion. El del rey don Alonso estendíase por toda la llanura desde donde podia estrechar muy de cerca la ciudad, mientras el de Aben-Jucef, la combatia desde los Visos, altura que si bien no la dominaba, estaba por lo menos á tanta elevacion como sus muros. Veíanse sus alrededores cubiertos de soldados: las máquinas de guerra estaban preparadas ya para su obra de destruccion, y la hora del combate se aguardaba con impaciencia. Los sembrados de aquella fértil campiña habian perecido bajo el duro pisoteo de la caballería ó incendiados por la ciega embriaguez de corage de los sitiadores. No se veian mas que cascos y turbantes; tiendas de campaña y caballos: ni una planta cuyo verdor recordase la feracidad de aquella tierra; ni una choza á cuya entrada el rústico pastor entonase sus lánguidos y espresivos cantares. Todo habia desaparecido: la mano del hombre, degradado por la pasion de la venganza, por la criminal sed del homicidio, lo habia destruido to-

do, todo lo habia asolado con el mismo placer que una fiera, atormentada por el hambre, despedaza y devora su presa, saboreando con horrible contento la sangre, aun caliente, que tiñe sus fauces.

No presentaba el ejército sitiador el cuadro magnífico y bello que en los campos de Zahara: no brillaba el sol con la pureza que en aquel sereno dia; el cielo estaba encapotado por espesas nubes, y soplaba un aire húmedo y frio: los gilgueros no regalaban sus dulces trinos á las perfumadas flores, ni la cándida paloma cruzaba el espacio en numerosas bandadas; solo algunas de negros grajos veíanse atravesar pausadamente, anunciando con sus tristes graznidos el festin que debia proporcionarles la mortífera lucha que se preparaba.

El eco de los clarines, mas que de entusiasmo, llenaba de terror, y los sonidos de la grata dulzaina hacian brotar el llanto de los ojos y preguntar el juicio al corazon si era tan perverso que pudiera celebrar con alegres armonias la destruccion de sus semejantes.

La ciudad presentaba tambien un aspecto estraño. Cruzaban en todas direcciones sus estrechas y tortuosas calles multitud de hidalgos y plebeyos cubiertos con pesadas armaduras que rechinaban al compas de sus pasos ó producian un sonido breve al chocarse los unos con los otros. Este montaba un brioso caballo; caminaba aquel á pie; el otro acababa de abrochar las correas de su armadura al salir de su casa y dar el á Dios, tal vez postrero, á su muger ó á sus decrépitos padres; cual, con la partesana al hombro, juraba hacerla mil pedazos contra el cráneo de los perros alarbes que auxiliaban á sus enemigos.

Corrian hácia las murallas multitud de soldados llamados á sus puestos por el toque de las trompetas, y veíanse asomar por las almenas de los macizos torreones brillantes cascos, estremos de ballestas ó hierros de lanza.

Este movimiento duró mas de una hora, y al fin, cesando gradualmente, fueron quedando desiertas las calles y si-

lenciosas las casas. Cada cual estaba en su puesto y solo se aguardaba la arremetida del enemigo para rechazarle y destruirle.

El infante don Sancho habia recorrido toda la ciudad, habia visitado todas las torres, habia inspeccionado toda la muralla. Podria decirse que su presencia y sus palabras habian multiplicado sus soldados, segun el entusiasmo y el valor que con ellas habia infundido en sus almas.

Un momento hacia que habia llegado á su palacio seguido de numerosa comitiva, y descansaba en un espacioso salon adornado de ricos muebles. Llevaba una armadura cuya superficie estaba casi toda cubierta por preciosos adornos de oro. Un casco sin celada, tambien de gran valor, resguardaba su cabeza, y de una gruesa cadena de oro pendia la espada que poco tiempo antes habia cortado tantas cabezas al ejército de Aben-Jucef que ahora le sitiaba.

El hermoso Rodrigo, cubierto con su pesada cota, y llevando tambien un casco sin celada, se encontraba cerca del infante ocupando el mismo lugar que si fuera un noble. Adusto el ceño, encendidas sus blancas y tersas megillas, y dura la mirada de sus hermosos ojos azules, aparecia en su semblante de niño la bravura del hombre y revelaba el ardimiento de su jóven corazon.

La elevada bóveda del salon repetia en aquellos momentos la voz sonora del infante, á quien escuchaban sus cortesanos con profunda atencion.

—Terrible es la prueba á que me pone la fortuna, decia. Mi padre y señor, rey de Castilla, cuya vida conserve el cielo, es hoy para mí tan respetable y sagrado como si viniese á estrecharme contra su noble corazon. Mis armas no se levantarán contra los suyos si no me obliga á ello la necesidad de la defensa, y parece que quiere el cielo que suceda así. Como mi pecho no está libre de los golpes de los enemigos, y puedo morir en el encuentro que se prepara, quiero hacer ante vosotros una solemne declaracion, y tomo al cielo por testigo de que mis palabras serán la espresion verdadera de mis senti-

mientos. No me he rebelado contra la autoridad de mi padre por arrancar de sus respetables sienes la corona, antes que la desgracia de su muerte la ponga en las mias: no ha sido la impaciencia de abreviar el tiempo de verme dueño de Castilla, ni la loca ambicion de ser rey, de ejercer la suprema autoridad, me ha impulsado: solo he querido defender mis derechos, los derechos que me dió don Alonso X como padre y como monarca, los que me confirmaron las ciudades y villas de nuestros reinos como soberanas árbitras de sus destinos. La voluntad de mi padre quiso que yo heredase su corona, y las cortes aprobaron esta determinacion, teniendo en cuenta poderosas razones que todos conoceis. La idea de reinar estaba lejos de mí, tan lejos como el deseo de perder al autor de mis dias. Pero la inconstancia, mala consejera de voluntades, sugirió la sorda intriga á los partidarios de don Alonso de la Cerda, y dejándose mi padre llevar de sus amaños, trazó callado plan que debia quitarme la corona para darla á su nieto. No fué tanto el disimulo que de ello no me apercibiese, y agraviado con tal injusticia, obligóme la fuerza y la razon de mi derecho á protestar contra su validez. Recurrí al voto de mis pueblos y me confirmáron lo que ya me otorgaran, y enojado de ello mi padre, puso contra mí el poder de su autoridad. Mi situacion es, pues, crítica y penosa: ó renuncio cobardemente á mis legítimos derechos, ó tengo que defenderlos del mismo modo que me los quieren arrebatar. Ni como infante de Castilla, ni como simple caballero, puedo obtar por el primero de estos dos caminos; réstame el segundo, mal que pese á mi corazon. Si, como os he dicho, sucumbo en la lucha, haced que se repita por toda España lo que acabo de declarar, y que no se manche mi memoria con el epíteto de parricida y traidor.

Calló don Sancho por algunos instantes, y despues de haber tomado nuevo aliento, animóse su mirada que esparció viva y penetrante sobre los cortesanos, y levantando la cabeza, prosiguió:

—Nobles castellanos, nuestros enemigos quieren la lucha

y nos persiguen sin que nosotros los provoquemos; seamos prudentes, pero no cobardes. En su sed de venganza llaman en su auxilio á los enemigos de nuestra fé: si conocen su error y se retiran, dejadlos marchar tranquilamente y saludad respetuosos los pendones de mi padre, por que son los pendones gloriosos de Castilla; si ciegos nos acometen, defendeos de los cristianos y esterminad las medias lunas; probad al arrogante Aben-Jucef que no han menguado los brios ni el valor de los que los vencieron en los campos de Granada, haciéndoles huir llenos de espanto y de vergüenza. Contad sus cadáveres por vuestros golpes, y vuestros laureles por vuestras heridas. No haya tregua; destruya el brazo mientras palpite el corazon, y cortad vosotros mismos vuestros piés si el menguado pavor intenta volverlos atras.

Una especie de rugido prolongado y terrible salió del grupo de los cortesanos. Don Sancho prosiguió con esforzada calma.:

—Mis buenos amigos, dejadme un momento solo: quiero hablar á mi esposa mientras la hora del combate llega. Vuestro entusiasmo y vuestra lealtad quedan grabados en mi corazon.

Iban á salir los cortesanos, cuando llegó á sus oidos el repetido son de las trompetas, y poblóse el aire con los ecos de millares de gritos. Algunos soldados entraron precipitadamente en el salon, con el semblante pálido y la respiracion agitada.

—Señor, exclamaron, los enemigos se acercan para dar el asalto.

—¿Y así temblais? les interrumpió el infante con serenidad. A vuestros puestos, que todo será morir y eso es bien poco.

Un nuevo personage apareció. Era doña María, la esposa de don Sancho. Miróla este con ternura; contempló por un instante sus grandes ojos pardos en cuyo cristal brillaba una lágrima, y besando cariñosamente una de sus mórbidas y blancas manos, dióla un á Dios espresivo y conmovedor.

—Cumplid con vuestro deber como quien sois, dijo ella; yo rogaré al Eterno por vuestra vida.

—¡A la muralla! gritó el infante con atronadora voz y dejando escapar centellas de sus ojos.

Siguiéronle todos con los aceros desnudos, y cuando hubieron salido á la calle, siguióle tambien desde un balcon la mirada de doña María que se fijaba afanosa y alternativamente en dos de aquellos hombres: en su esposo y en Rodrigo: Luego que los perdió de vista, enjugó el raudal de lágrimas que corria por sus pálidas mejillas, y exclamó con ahogado acento y poniendo una mano sobre su agitado pecho.

—Tú tambien luchas, pobre corazon: tú tambien recibes heridas para las que no hay bálsamo eficaz; sufre y muere sin exhalar una queja, que es tu juez inexorable el deber, y tu verdugo tu propia pasion.

Y yendo á encerrarse sola en su aposento, arrodillóse ante una imágen de la santa vírgen, y oró con fervor.



CAPITULO XIII.

El Asalto.



El infante don Sancho, caballero en un fogoso corcel de negro pelo, y seguido de sus nobles, recorria de nuevo la ciudad, tomando rápidamente acertadas medidas, dando una tras otra órden, y animando con breves pero enérgicos discursos á los soldados.

Las murallas de la poblacion parecian coronadas por un segundo baluarte de acero, segun eran de numerosos sus defensores.

El ejército sitiador, rodeándola en casi toda su circunferencia, marchaba con órden, acercándose á sus muros, y

haciendo adelantar pausadamente las colosales máquinas de guerra que debian destruir con sus terribles golpes las macizas puertas forradas de hierro de la ciudad.

La gritería de los soldados enemigos era atronadora y casi ahogaba los agudos sones de los bélicos instrumentos. Aquellas grandes masas de hombres vestidos de acero, armados de lanzas, ballestas, y cortantes hachas, y cuyo furioso entusiasmo producia el grito amenazador, compuesto de tantos gritos, que llenaba el espacio, hubiera hecho estremecer de terror á otros que no fueran los defensores de Córdoba, para los que no presentaba un espectáculo nuevo la vista del cuadro que tenian delante. Aguardaban, pues, con toda la serenidad que cabe en humanos pechos, y aunque se agitaban convulsivamente sus nervudas manos, más el coraje que el temor las hacia temblar, y la impaciencia, no el miedo, inquietaba sus corazones. Fijaban sus miradas en sus enemigos y luego contemplaban con placer las enormes piedras que tenian preparadas para arrojarlas sobre ellos.

Continuaban acercándose los sitiadores, y cuando habia disminuido bastante la distancia de ambos ejércitos, hicieron las roncas trompetas de la plaza una señal, y la fila de soldados que se señoreaba sobre sus muros, ocultóse detras de ellos.

Reinó entonces un silencio profundo en la ciudad, que mirada desde su esterior hubiera parecido inhabitada, si el atrevimiento de dos caballeros no les hubiese hecho colocarse sobre las almenas de una de las torres de la alcazaba, poniendo en descubierto sus personas para casi todo el campo enemigo. Era don Sancho y su doncel Rodrigo que querian gozar de aquel imponente espectáculo como si se tratase de una corrida de cañas.

Pasearon sus miradas serenas por toda la estension que alcanzaban. Vieron bullir á sus piés tantos millares de hombres, como un inmenso hormiguero de plata, y recrearon su oido con el son de sus clarines y su espantosa gritería. El entusiasmo dilató sus pechos é hizo latir con violencia sus ardientes corazones.

—¿Sabes, Rodrigo, dijo el infante, que parece imposible que un ejército tan numeroso y valiente no tome al primer encuentro la ciudad? Y sin embargo, se estrellarán sus escuadrones contra estos muros, y perecerán aplastados por las piedras ó abrasados por los hirvientes líquidos que les arrojemos, sin contar el filo de nuestras espadas ni el peso de nuestras mazas.

—Y se estrellarán, señor, por que Dios no puede protejer á esos perros. Ya los habeis vencido otras veces en campo abierto, y ahora, detras de nuestras murallas, acabaremos con ellos mas fácilmente.

—Pelearemos juntos, Rodrigo, repuso don Sancho mirando al doncel con la cariñosa ternura de un padre.

—Sí, juntos, contestó este con ardor; pero no me privareis de que el primer moro que hoy perezca lo derribe yo.

—Veamos, pues, ya que tan hábil eres en manejar tu ballesta: á tiro se ponen ya por esta parte.

El jóven cojió una pesada ballesta que habia á sus piés, y haciendo la punteria, dijo:

—¿Veis aquel caballero, que sobre un corcel blanco como la nieve, se adelanta mas que todos y blande su lanzon? Pues pronto su hermosa cabalgadura quedará libre del peso que lleva.

Partió el dardo, y un ginete enemigo que montaba una briosa yegua, vaciló algunos instantes y cayó al suelo sin vida. Esto produjo el efecto de una señal; una nube de saetas pasaron silvando por encima de las cabezas de nuestros héroes, y de todos los puntos de la muralla salieron entonces infinitas de ellas.

Los ejércitos sitiadores apresuraron su marcha, y pasando por encima de los cuerpos de los moribundos, avanzaron con atronadora gritería y llegaron en breve al pié de las murallas.

El combate se hizo entonces horrible: multitud de enormes piedras caian desde lo alto de los torreones, aplastando á cuantos se encontraban demasiado cerca de ellos. Sobre

sus cabezas caian gruesos chorros de aceite hirviendo y plomo derretido, que arrancaban á las abrasadas víctimas ayes de tan lastimero dolor ó concentrada rabia como no es posible significarlos. Su valor no cedia por esto: el lugar que dejaba libre un soldado al perder la vida, se veia inmediatamente ocupado por otro: nada les hacia retroceder; ni la vista de sus compañeros horriblemente mutilados, ni los lamentos de su dolorosa agonía, ni los peligros que amenazaban aniquilarlos. Ebrios de furor, ciegos por el coraje, arrojábanse á la muerte, y sirviéndose de los que yacian en tierra como de escalones, colocábanse á la mayor altura posible para lanzar al borde de los muros gruesas cuerdas rematadas de garfios, y subir con su ayuda á pelear cuerpo á cuerpo.

Las máquinas de guerra hacian entre tanto su oficio, y habian quebrantado por algunas partes la muralla, derribando grandes trozos de ella; pero en cada abertura aparecian cien defensores cuyos pechos sustituian sin desventaja el demolido lienzo.

El combate era cada vez mas sangriento. En muchos puntos, los soldados enemigos á traves de todos los peligraos que ofrecia su difícil ascension, habian logrado colocarse sobre las almenas.

Ya no se distinguian ni sitiados ni sitiadores. Todo era confusion, gritos y juramentos de coraje, estruendo de armas, lamentos de dolor, ayes de agonía y bárbaras imprecaciones.

Cada vez que un brazo se levantaba, una vida concluia: al ruido seco y metálico de cada golpe, respondia el estertor de muerte de un sér. Todas las manos estaban teñidas de sangre, sangre pisaban todos los piés, y de sangre estaban salpicadas todas las armaduras. Antes que uno sacase el puñal que acababa de hundir en el pecho de su enemigo, aplastábale otro el cráneo y le dejaba tendido sobre su misma víctima. La atroz carnicería parecia imflamar el valor de los combatientes.

Despues de dos horas de lucha, los soldados de Aben-Jucef lograron derribar una buena parte de muralla cerca de

una torre, reduciéndola á unos doce piés de altura, y aunque el ancho foso que cercaba el torreon, les presentaba todavia dificultad, lograron salvarlo con la ayuda de unos maderos, y se lanzaron á la ancha brecha, creyendo la victoria segura. No encontraron indefensa la entrada, porque acudieron á ella muchos cristianos, pero no eran tantos estos, que el crecido número de árabes no pudiese arrollarlos en breves instantes. No pocos murieron en la acometida, pero animados con que al fin vencerian, cargaron mas y mas con ánimo resuelto.

Ya flaqueaba la defensa, y los marroquíes daban el grito de victoria, cuando presentóse en la brecha un nuevo combatiente. Era un capuchino, de luenga barba negra, ojos centellantes, morena tez y continente marcial, mal avenida la espresion dura y resuelta de su semblante con la humildad de su vestido. En su brazo izquierdo llevaba liada una larga cuerda de cáñamo, rematada de cuádruples ganchos de hierro, y sugeto al cordon que ceñia su hábito, brillaba un afilado puñal. Si llevaba cota ó armadura, no se podia saber; su cabeza al menos, no estaba cubierta sino por su ancha capucha. Al subir á la muralla gritó con voz de trueno.

—¡Atrás, canalla!

Y levantando sobre su cabeza una piedra enorme, que á otro cualquiera le hubiese sido difícil mover solamente, la arrojó contra el pecho del que tenia mas cerca. Al recibir golpe tan terrible el marroquí, dejó escapar por la boca gran cantidad de sangre, y cayó, arrastrando tras sí á otro. El pié del capuchino, puesto sobre la garganta del segundo, fué bastante á estrangularle, mientras que recojia la piedra y de nuevo la lanzaba á otro enemigo. La sorpresa primero, y el terror despues, hizo vacilar á los moriscos, y aprovechándose el fraile de tan preciosos momentos, arrojó sobre ellos piedra tras piedra, obligándoles al fin á bajar á la otra parte de la muralla.

El primer instante de sorpresa pasó, y reforzados con mayor número los enemigos, se dispusieron á trepar nuevamen-

te á la brecha. Entonces oyóse por encima de la cabeza del capuchino una voz que decia:

—¡Animo, aquí estoy!

Y de la parte opuesta, y desde mayor altura, otra que gritaba:

—¡Animo, Rodrigo, ánimo, buen padre, allá voy!

Descolgóse entonces á la brecha el hijo de doña Ines, seguido de algunos soldados, y de lo alto de la torre desapareció el infante, que era el segundo que habia gritado, y que sin duda corria tambien á socorrerlos.

El fraile miró al doncel, y mientras desliaba la cuerda que tenia en el brazo dijo:

—Aparta, hermoso niño; tu valor te engaña, no son tus brazos tan fuertes como tu corazon.

Y dejando caer el ferrado estremo de la cuerda sobre los sitiadores, enganchóse su cuádruple garfio en la gola de un morisco. Subiólo el fraile con aparente facilidad y á la vez que gritaba:

—¡Venid, perros! No me pesa de que subais porque me evitareis así el trabajo de hacerlo yo.

Y ya al alcance de su brazo el prisionero, iba á hundir el puñal en su garganta, cuando Rodrigo, asiéndole rápidamente, descolgóle de los garfios y lo arrojó con violencia al foso, con la misma facilidad que si hubiese sido un ligero fardo.

—¡Niño! exclamó el capuchino mirando con admiracion al doncel. ¿Qué tienes mas fuerte, el brazo ó el corazon? Toma otro.

Dejó caer de nuevo la cuerda, y entre tanto el jóven, levantando la piedra de que antes se habia servido el fraile, la echó sobre los sitiadores á la vez que una sonrisa de satisfaccion vagó por sus ladios. Los soldados que le seguian no estaban tampoco ociosos.

El segundo prisionero se encontraba ya arriba, pero mas sereno, mas diestro ó mas desesperado, abrazóse al cuello del doncel.

—¡Miserable! esclamó el capuchino á la vez que le dejaba sin vida clavándole su puñal.

Pero en las agonias de la muerte luchó con estraordinaria fuerza, y arrastrando consigo al jóven, cayeron juntos á la parte esterior de la muralla.

Con ligereza indecible levantóse el doncel, y blandiendo su puñal, única arma que tenia, se dispuso á hacer frente á un peloton de moriscos que le cercaron.

El fraile dejó escapar un rujido terrible de cólera, y velóz como el pensamiento, arrojóse en su socorro. Siguiéronle los pocos soldados que habia entonces allí, y que no llegarian á veinte, y un combate desigual trabóse en seguida.

—¡A mí todos, perros condenados! gritaba el capuchino, levantando una pesada maza de que habia despojado á un muerto.

Rodrigo pudo recojer un hacha, y confiado en sus fuerzas y en su valor, miró desdeñosamente á sus enemigos, y aun una sonrisa provocativa vagó por sus labios.

Era sangrienta y horrible la pelea. Los castellanos se defendian bizarramente, causando bastante pérdida á los marroquíes; pero como estos eran muchos y tenian á su espalda un ejército que no cesaba de enviarles ayuda, su número aumentaba en vez de disminuir.

El fraile y Rodrigo estaban cerca el uno del otro. Haciendo girar con rapidez sus pesadas armas, tenian siempre delante un espacio de terreno despejado, y en el que no osaba poner la planta un enemigo sin perder la vida.

Aunque á costa de mucha sangre mora, disminuian bastante los cristianos, y pudiera decirse que el combate estaba casi reducido á nuestros dos héroes, porque tambien sobre ellos cargaban mas reciamente.

El doncel era digno de contemplacion en aquellos momentos. Su rostro de ángel, tan bello y puro, aparecia contraido ligeramente, pero sin perder su cándida tranquilidad. Miraban sus azules ojos los arroyos de sangre como si fuesen de aguas cristalinas, y al dividir un cráneo con su hacha, ad-

vertíase solamente una pequeña arruga entre sus arqueadas cejas de oro, que luego desaparecia para dar lugar á una sonrisa de triunfo, mientras su boca vertia una nueva provocacion. Su delicado brazo hacia girar el hacha sobre su cabeza con la misma facilidad que si fuese una ligera caña, y no descargaba un golpe que no tendiese un cuerpo en tierra.

El semblante del capuchino estaba siempre igual, sañudo y sin que se revelase ni alegria, cuando llevaba ventaja en la pelea, ni temor cuando le acosaban muchos enemigos. Sus ojos brillaban como dos luces.

Cuando habian perecido mas de la mitad de los cristianos, y era ya imposible sostenerse por ser tantos los moros que solo con su crecido número podian arrollarlos, presentóse el infante en la brecha, y blandiendo iracundo un hacha, gritó con voz atronadora y á la vez que, seguido de muchos soldados, se arrojaba en socorro de los suyos:

—¡A mí, á mí! A mí todos, todo mi ejército! ¡Perros, miserables!

Y dando certeros golpes, consiguió hacer perder algun terreno á los enemigos.

—¡No toqueis á mi doncel, vive Dios! prosiguió. No le toqueis, ¡villanos, cobardes!

Sitiados y sitiadores parecian mas empeñados en vencer allí, que en tomar ó defender la plaza, y corria solo en aquel sitio tanta sangre como en toda la muralla, donde aun se combatia sin ventaja de ninguno de los dos bandos.

Sucesivamente iban acudiendo soldados de dentro de la ciudad. La carnicería era atroz. En medio de todos levantábase la puntiaguda capucha del fraile, que entre el brillo de los cascos se distinguia perfectamente. Ya aplastaba el cráneo de un enemigo con su pesada maza, ó ya sus robustos brazos le arrojaban al foso. Su pardo hábito parecia invulnerable, pues ninguna herida recibia; tan hábilmente evitaba los contrarios golpes, como los asestaba con pasmosa certeza. Ni corria una gota de sudor por su frente, ni parecia fatigado.

Sobre un brioso corcel de raza pura árabe, negro como

la noche, llegó en socorro de los enemigos un caballero, seguido de algunos pajes y soldados. Tendió una rápida mirada sobre los combatientes, y apeándose de su cabalgadura, salvó con los suyos el foso, gritando:

—¡No toqueis al infante, pero esterminad á los otros!

—¡No toqueis á mi doncel! gritó don Sancho, queriendo hacer frente al recien venido.

Rodrigo debió conocerlo por sus armas, porque esclamó, interponiéndose entre ambos:

—¡A mí, Guzman! ¡á mí, don Alonso el valeroso!

—¡Aparta, niño! le contestó Guzman!

—¡Niño! dijo este, haciendo rechinar las perlas de su boca. ¡Prueba la fuerza de mi brazo!

Y asestó un golpe terrible á don Alonso, que trabajosamente pudo este evitar.

—Pues lo quieres, toma, dijo.

Su larga espada cayó sobre la cabeza del doncel, que habiendo parado mal el tajo, no hizo mas que quitarle alguna fuerza; pero fué la suficiente, sin embargo, para que el filo penetrase en la cabeza y le hiciese una herida.

Soltóse el hacha de la mano del doncel, y cubierto el rostro de sangre, cayó en tierra. Don Sancho y el capuchino dejaron escapar un rujido espantoso.

—¡Aqui todo mi ejército, aunque se pierda la ciudad! gritó el bravo infante fuera de sí.

Sonaron muchos clarines, oyéronse muchas voces, y gran número de soldados salió de la poblacion.

Peleábase ya de la una y de la otra parte del foso, y aquello era una verdadera batalla.

El judio á quien ya conocemos apareció entonces, y como si caminase por entre pacífica gente, llegó hasta donde estaba Rodrigo tendido á los piés de don Sancho.

—Rodead á mi doncel; que nadie le toque por si aún vive, dijo el infante.

Muchos soldados, á costa de sus vidas, despejaron un es-

pacio de terreno, en que quedó el judío reconociendo la herida del jóven.

—Vive, dijo con calma. Me ha salvado, y lo salvaré.

Avanzaba la tarde, y la sangre corria. De pronto notóse algun desórden en las filas de los enemigos, y los gritos de «¡victoria por don Sancho!» resonaron por toda la muralla. Los sitiadores comprendieron entonces que era peligroso permanecer allí, y emprendieron ligera retirada hácia su campo: don Alonso Perez de Guzman fué el último que volvió la espalda.

Siguiólos el infante con su incansable ardimiento; pero el capuchino le detuvo.

—Sed bravo, mas no imprudente, le dijo.

—Han matado á mi doncel, y quiero vengarlo.

—Vuestro doncel necesita ahora otros auxilios mas eficaces que la venganza.

—Acercáronse entonces al sitio en que habia caido el hijo de doña Inés, y vieron que los esfuerzos de los soldados no habian sido suficientes á evitar el que hiriesen tambien al judío. Al ver este al infante, le dijo con desfallecida voz:

—Vuestro doncel vive, pero moriré..... Llevadme..... socorredme.... socorrednos á los dos por.... que... me salvó...

No pudo continuar: la sangre que habia perdido por una herida que tenia en el pecho, le quitò las fuerzas y el sentido.

Mandó el infante que entrasen á los heridos en la plaza, y el capuchino dijo á los que les conducian:

—A mi convento: está cerca.

—No: á mi palacio, repuso don Sancho.

—Pueden espirar en el camino; por lo menos, el judío no podrá llegar.

—Quedaos con él.

Caminaron con Rodrigo hàcia la posada de don Sancho; el fraile llegó á la puerta de su convento, y un nuevo incidente detuvo su marcha. Algunos religiosos, llevados de un exagerado celo quisieron impedir que entrase el judio. No basta-

ron las súplicas del capuchino á convencerles, y cansado ya, dijo frunciendo el ceño:

—¡Paso, hermanos, á un moribundo!

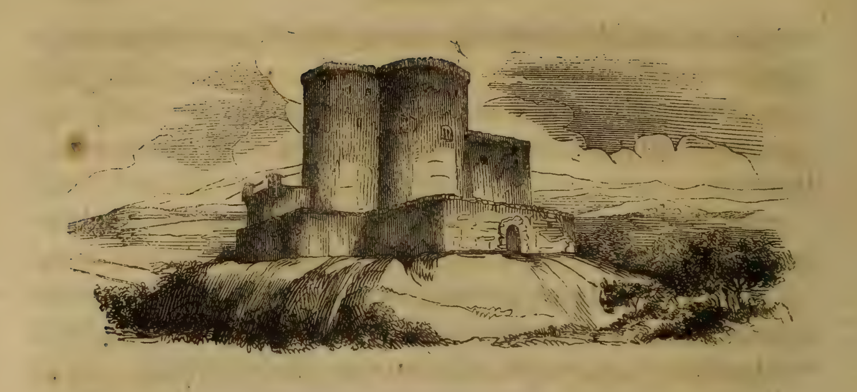
—Su religion le cierra las puertas de esta casa, contestaron.

—La caridad manda abrirlas.... ¡Paso, paso, en nombre de Jesucristo!

Sus robustos puños se hicieron lugar, y los frailes, temerosos de que los soldados que conducian al herido, perdiesen tambien la paciencia, dejaron espedita la entrada.

Habia cesado ya completamente el ruido de las armas. Despejábase el cielo, y llegando la noche, el fulgor de una clara luna hizo brillar innumerables pedazos de acero sumergidos en grandes charcos de sangre.

Un silencio profundo reinó en toda la ciudad. El lúgubre canto de la lechuza armonizó con las lágrimas de millares de huérfanos, y la sombra de la muerte, teñida su larga guadaña en sangre, atravesó el espacio agitando sus negras alas.



CAPITULO XIV

De cómo se encontraron tres personas cuando menos lo esperaban.



Serian próximamente las nueve de la noche.

Tendido en blanco lecho, y medio oculto por la sombra que proyectaban los anchos pliegues deuna cortina de seda azul, estaba el hijo de doña Ines, con la cabeza abrasada por la calentura, y dolorido el cuerpo por el cansancio de aquel triste dia. Tenia el rostro en estremo pálido; era su respiracion agitada y trabajosa, y alguna vez sus miembros solian estremecerse, como si un gran peso fatigase sus débiles fuerzas. El claro azul de sus hermosos ojos estaba empañado, y sus miradas, inciertas y vacilantes, se fijaban ávidamente en un objeto cualquiera, ó vagaban en todos sentidos estraviadamente. Salian de

su boca entrecortadas frases, palabras inconexas y algun otro gemido leve, tras el que solia quedar abatido y silencioso. Parecia no comprender ni oir lo que se hablaba cerca de él, así como tampoco daba señales de conocer á las personas que tenia á su lado.

El infante don Sancho estaba sentado junto al lecho, y á poca distancia se hallaba su noble esposa, que con el permiso debido habia querido honrar al doncel con su visita, ya que era tan leal y valiente servidor.

Un hombre anciano vestido de largo ropaje de lana negra que hacia mas triste de lo que era su demacrado rostro y flaco cuerpo, estaba en pié y observaba atentanente al enfermo.Despues de un rato de exámen, y cuando creyó que su presencia no era necesaria, dijo á don Sancho:

—Señor, repito á V. A. lo que tuve la honra de decirle cuando curé al paciente: que creo poder salvarle la vida. La fiebre aumentará todavia, pero luego se calmará con el medicamento que le dejo preparado.

—Cúrale y tendras oro, contestó el infante. El te pagará como rico y generoso que es, y yo como quien estima en mucho su vida.

—Gracias, señor. Si V. A. me da su permiso, me retiraré: hasta mañana nada puedo añadir.

—Vete.

Salió el hombre, y cuando el infante se disponia á llamar para dar órden de que cuidasen de Rodrigo, un criado se presentó.

—¿Qué quieres? le pregunto don Sancho.

—Señor, una tapada que se llama madre del doncel de V. A., pide entrar. Dice que hace poco mandó á pedir á V. A, noticias de su hijo, y que habiéndole contestado que estaba herido, quiere verlo al instante.

—¡Su madre!... Que entre, que entre, respondió el infante.

Y luego añadió para sí:

—Ahora sabré quien es.

Una muger vestida de negro, envuelta en un ancho al-

bornoz de seda, y cubierto el rostro con un espeso velo, penetró en la estancia y se precipitó al lecho del jóven, sin detenerse á saludar á las régias personas que le acompañaban.

—¡Hijo mio! exclamó con el doloroso é inimitable acento de una madre.

Tras aquella exclamacion, tristes sollozos y hondos suspiros salieron de su agitado pecho. Viósela estremecerse, y luego, levantando cuidadosamente su espeso velo, sin dejar ver mas que su hechicera boca, estampó en la frente de su hijo un beso de tan inmensa ternura, que solo puede concebirlo el que lo siente.

Cuando don Sancho creyó que iba á ver el rostro de la tapada, ocultólo esta otra vez; y aunque era mucha su curiosidad, no se atrevió, sin embargo, á interrumpir aquella mu da escena tan respetable y tan tiernamente sublime. Mantúvose, pues, silencioso y á alguna distancia del lecho, y como su esposa, conmovido por el cuadro que tenia delante.

—¡Hijo mio! repitió doña Ines. ¿No me oyes? ¿No oyes á tu madre?

—¡Ella! murmuró Rodrigo con apagada voz.

—¡Ella!... sí, ella, tu madre.... Mas nó, no me ves en tu delirio, porque me llamarias como siempre.... ¡Ella!... ¡Ah!... ¡Pobre hijo mio! ya no ocupo sola tu corazon; tú guardas para mí el primer secreto de tu vida.... ¡Ella!... Há muchos dias que tu semblante me lo ha revelado, que tus ojos me lo han dicho á despecho de tu voluntad.... Tú has recibido una herida en el corazon, mas peligrosa que la que te tiene postrado aquí.... ¡Pobre hijo mio!...

Al oir estas palabras, agitóse levemente doña María, y á la luz de la lámpara de plata que hemos olvidado decir pendia del techo, viéronse enrojecer sus mejillas. Toda su atencion fijóse entonces en doña Ines, y no perdia una sola de las cortas frases de Rodrigo.

—¿Con que ama á una muger? preguntó entonces don Sancho.

—¡Ah, perdonad, señor! Ni mis ojos os vieron al entrar

aquí, ni advertí vuestra presencia. Tal es mi turbacion, mi dolor tan agudo. ¿Vos habeis estado con él en la pelea, no es verdad?

—A su lado.

—¿Conocísteis, por ventura, al que lo ha herido?

Don Sancho creyó oportuno no decir la verdad.

—Un soldado de Aben-Jucef.... El que ha salvado la vida á vuestro hijo lo vengó.

—¡El que le ha salvado la vida!... ¿Es decir, que estuvo en mayor peligro antes del que le acarreó esta desgracia? preguntó con afan doña Ines. ¿Y quién es su salvador?

—Un fraile.

—¡Un fraile!

—Un capuchino que se apareció en las murallas, y que como un gigante invencible ha matado mas moros que todos mis soldados juntos. Con el afan de la pelea primero, y con el cuidado de Rodrigo despues, ni puse mi atencion en mirar su rostro, que ocultaba con su ancha capucha, ni pensé en preguntarle luego su nombre ni el convento á que pertenecia. Lo que puedo deciros es que solo conozco á un hombre tan incansable y valiente. Brillaban sus negros ojos, callaba su lengua, y sereno como si nada hiciese, agitaba con su brazo de hierro una maza que recogió al acaso, y descargaba tan rápidos y certeros golpes que nadie osaba ponérsele delante.

—Yo sabré encontrarle.

—Pero decidme, señora, habeis manifestado sospechas de que vuestro hijo ama; ¿teneis razones para creerlo?

—El corazon de una madre no se engaña nunca; veo que para vos ha guardado tambien el secreto.

—¿Y no adivinais quién sea la muger que ha cautivado su tierno corazon? preguntó doña María con alguna timidez.

—Tu arpa.... murmuró Rodrigo.

Todos escucharon.

—Tu arpa.... repitió. Viene.... á Dios.... Un beso....

El corazon de doña María palpitó con violencia.

—Hermosa.... Un hacha.... muera.... Guzman....

—¡Guzman! repitió doña Ines.

El jóven prosiguió en su delirio:

—El foso.... Te amo.... A Dios.... Esther....

—¡Esther! repitieron la madre y la infanta.

El rostro de esta se tornó pálido, y tuvo necesidad de reunir todas sus fuerzas para no perder el sentido. Los celos hicieron subir toda su sangre á su cabeza: sintió abrasada su frente, y un grito desgarrador se hubiera escapadô de su boca, si la presencia de su esposo y de doña Ines no le obligasen á reprimirlo trabajosamente. Al tormento de su amor sin esperanza unióse el de los celos, y celos que, como su pasion, tenia que ahogar en lo mas profundo de su alma sin poder encontrar ni aun el alivio de comunicar sus duras penas á un corazon amigo. Como esposa y como muger tenia que llorar en silencio y aparentar alegre semblante cuando mas triste estaba el alma. Ni era correspondida ni tenia el derecho de quejarse por que le robaban el objeto de su amor, ni podia dirigir á este una palabra cariñosa ni escucharlas aunque las oyese de sus labios.

—Esther, dijo el infante despues de haber meditado algunos momentos. Es nombre de una judía, y no conozco á ninguna.... ¡Ah!...

Por su mente atravesó una sospecha. Las palabras que el hebreo pronunció cuando reconocia la herida de Rodrigo, vinieron á su memoria, y de ellos coligió que aquel era el hombre para quien el doncel le habia pedido el perdon, y que sin duda lo hizo impulsado por la pasion que profesaba á alguna hija suya.

—Yo sabré pronto quien es esa Esther.... Escuchemos, añadió don Sancho.

—Esther, repetia Rodrigo. Esther.... Madre.... madre mia.... la amo.... mucho....

—¡La ama.... mucho!... esclamó la infanta con acento ahogado.

Y luego, dominando su emocion,

—Ya lo veis, señora, eran fundadas vuestras sospechas.

—Yo lo sabré todo, repitió el infante.

Levantóse para dirigirse á la puerta, pero la presencia de un criado le detuvo.

—Señor, dijo, un reverendo capuchino desea saber el estado en que se encuentra el doncel de V. A.

—La Providencia lo envia. Que entre.

Poco despues el bravo capuchino de la muralla se presentó. Cubierta su cabeza con la ancha capucha, apenas dejaba ver mas que sus centellantes ojos negros. Despues que hubo dado algunos pasos en la habitacion, hizo una profunda reverencia.

—Mucho os interesais por este jóven, le dijo el infante. Gracias á Dios, su herida no ofrece peligro. Acertado estuvísteis en venir, por que iba á mandar que os buscasen. Ya comprendereis que despues de lo que habeis hecho hoy, debia yo tener vivos deseos de saber quien erais.

—Un humilde lego, señor: y aunque mal cuadre la espada á mi sayal, lo que he hecho hoy lo haré siempre que vea luchar cristianos contra infieles. Si los que asaltaron por aquella parte la muralla hubiesen profesado nuestra santa religion, solo hubiera rogado al Eterno que abreviase la sangrienta lucha, y hubiese dejado á su voluntad suprema la victoria; pero no siendo asi, mi brazo ayuda al que adora á mi Dios.

Agitáronse los pliegues del albornoz de doña Ines al oir hablar al capuchino, y dió involuntariamente un paso hácia él. Don Sancho y su esposa observaron aquel movimieto sin comprender la causa que lo producia.

—¿Con que vos sois el salvador de mi hijo?

Estremecióse visiblemente á vez el capuchino, y haciendo un ademan de sorpresa, clavó su mirada penetrante en la madre de Rodrigo. El infante miró alternativamente al uno y á la otra.

—¿Y vos, señora, repuso el fraile con acento conmovido, sois la madre de ese jóven hermoso como un ángel y terrible como un demonio?

—Sí, soy su madre.....

—¿Còmo os llamais?....

—¿Cuál es vuestro nombre?.....

—Lo olvidé al vestir este sayal.

—Y yo al separarme del mundo.

—¡Doña Ines! esclamó el capuchino con voz ahogada.

—¿Qué haceis? gritó ella con espanto. ¡Silencio, Pelayo!

—¡Doña Ines de Carbajal! prosiguió sin escucharla.

—¡Desgraciado! esclamó la infeliz madre echando atrás su espeso velo y dejando ver su rostro pálido é innundado de lágrimas.

—¡Doña Ines de Carbajal! repitió el infante abriendo estremadamente sus ojos. ¡Mi hermano!...

El fraile echó á la espalda su capucha.

Doña María exhaló un grito, murmurando luego:

—Su hermano...

Mientras que su esposo, doña lnes y Pelayo, mezclaban con las inconexas palabras de Rodrigo, breves esclamaciones.

—¡Mi hermano!....

—¡Pelayo!

—¡Su hijo!....

—¡Esther....te adoro!...

Hubo algunos momentos de silencio en que todos se contemplaron con sorpresa, mientras que sentian atormentadas sus almas por diversas emociones.

Los pardos ojos de doña María estaban preñados de lágrimas: vertíanlas abundantes los negros de doña Ines, y con los rostros pálidos y contraidos el infante y Pelayo el Duro, parecian dos estatuas, segun estaban de inmóviles.

Ninguno se atrevia á romper el silencio; todos querian preguntar, satisfacer dudas y desahogar su dolor; pero ni encontraban palabras con que hacerlo, ni hubiera bastado á cada cual su lengua para espresar á la vez las diversas ideas que se agolpaban á su imaginacion.

Un oido delicado hubiera podido percibir las violentas palpitaciones que agitaban aquellos pechos, porque su respira-

cion agitada y desigual se notaba fácilmente.

A la vez, por fin, viéronse mover todos los labios para hablar, pero ninguna palabra se articuló, porque abriéndose la puerta volvió á aparecer el criado.

—¿Qué buscas? le preguntó bruscamente el infante.

—Señor, dijo, perdone V. A., pero acaba de llegar una mujer, que á juzgar por su traje es judía, y son tan encarecidos los ruegos que entre sus lágrimas hace por ver á V. A., y tal su obstinacion en permanecer á la puerta, que me he visto obligado á entrar....

—¿Una judía? interrumpió don Sancho. Que entre.

Doña Ines volvió á ocultar su rostro y Pelayo subió su capucha. Todos menos este, miraban á la puerta de la habitacion, pareciéndoles largo el tiempo que tardaba en llegar la recien venida. Apareció esta á pocos momentos, con el rostro velado, y dirigiéndose al infante, cayó á sus piés llorando.

—¡Perdon, señor! esclamó. ¡Perdon si una miserable se atreve á penetrar en vuestra morada!

—Levantaos, señora, la dijo el infante con una distincion que no acostumbraba á usarse con los judíos. Tranquilizaos; mis puertas no se cierran á la desgracia. Enjugad el llanto y decidme lo que os aqueja.

—Señor, tras un dia de dolor en que mi anciano padre no ha vuelto á nuestra casa, le he esperado en vano lo que va de esta noche, y sin saber si le ha sucedido alguna desgracia en la lucha de hoy, la impaciencia me hizo salir á la calle en su busca, sin pensar en que me seria imposible encontrarle y en que me esponia á ser el blanco de algun abuso, por que mi religion daria á todos derecho para no respetarme. Así ha sucedido, y escuso referir cuanto se ha aumentado mi dolor con los brutales tratamientos de algunos soldados, cuya embriaguez les hace cometer toda clase de escesos. Rendida de cansancio, perdida en la ciudad que no conozco, me sentia ya próxima á desfallecer, cuando la casualidad me trajo delante de vuestro palacio. Entonces, rogué á los arqueros que lo

guardan, y tantas mis lágrimas fueron, que he podido conseguir llegar hasta vos. ¡Por lo que mas ameis, señor, decidme si sabeis algo de mi anciano padre!

Los sollozos ahogaron su voz y no pudo proseguir.

Durante el corto silencio que se siguió, el herido doncel murmuró algunas palabras.

—Su arpa.... tu religion.... Esther.... Esther....

—¿Quién me conoce aquí? preguntó vivamente la judia, volviendo la cabeza hácia el lecho de Rodrigo.

—Un hombre, dijo el infante, que ha recibido una herida en el combate y os llama en el delirio de su calentura. Ved si le conoceis.

Aproximóse Esther á la cama del jóven. Todas las miradas se fijaron en ella aguardando el resultado que produjese aquel encuentro.

Apenas la jóven conoció á Rodrigo, exhaló un grito penetrante, estendió los brazos y cayó sin sentido sobre el pavimento de mármol del salon.

Pelayo la recogió en sus brazos, y doña María, descubriéndola el rostro con su mano trémula, dijo:

—Este velo la ahoga....

—¡Qué hermosa es! esclamó doña Ines.

—¡Muy hermosa! repuso la infanta.

Y queriendo exhalar un suspiro que no pudo salir de su boca, cayó en un sitial, falta tambien de conocimiento.

Don Sancho hizo venir á algunos criados y á las damas de su esposa, y mientras esta era conducida á su habitacion se preparaba una litera en que el capuchino y Esther debian ir al convento en busca del judio.

Doña Ines, muda y aterrada, permanecia al lado de su hijo, y el infante, aturdido aun, con la cabeza ardiente y turbada la razon, ni sabia darse cuenta de lo que pasaba, ni si debia salir del aposento ó permanecer al lado de su hermano.

Muchas veces midió con largos y desiguales pasos el an-

¡Muy hermosa! repuso la infanta.

cho salon, y al fin, trastornado, loco por la multitud de ideas contrarias que se agolpaban á su mente, abandonó la estancia, llamó á sus pajes y escuderos, y salió á recorrer las torres y murallas de la ciudad.



CAPITULO XV

Donde se dá cuenta de la revelacion del infante don Sancho y de las intrigas de sus parciales.



Veinte dias estuvo el ejército sitiador en Córdoba, y derrotado cuantas veces intentó tomar la ciudad, hubo de retirarse despues de talar los campos vecinos, concluyendo al fin por salir de España Aben-Jucef, volviéndose á Sevilla el rey don Alonso.

Nuevas rebeliones de algunas villas y señores, causadas por los infantes don Pedro y don Juan, siempre ambiciosos de una corona, obligaron á don Sancho á ponerse en movimiento, pasando rápidamente de un punto á otro, sin dar á su cuerpo ni á su espíritu descanso.

Mientras tanto, su esposa y doña Beatriz, reina viuda de Portugal, pesarosas del estado deplorable de los reinos, y con deseo de ver terminadas las diferencias, harto tristes, entre padre é hijo, ponian en juego cuantos recursos les sugerian sus laudables fines, y á toda costa procuraban la paz.

Inútiles fueron todos sus afanes: la intriga de los nobles parciales de don Sancho, hacia fracasar todos los proyectos y cada dia se empeoraba la situacion de la una y de la otra parte.

El rey don Alonso habia declarado solemnemente, ante los principales señores y prelados de Castilla, rebelde, traidor y parricida á su hijo, y habia otorgado nuevo testamento, desheredándole y dividiendo los reinos en tantas porciones cuantos eran los demas hijos. El infante, firme en su propósito, sometia pueblo tras pueblo, señor tras señor, y parecia mas resuelto y valeroso cuantos mas inconvenientes encontraba.

Empero tantas fatigas hubieron al fin de quebrantar su robusta salud, y cuando despues de repetidas y precipitadas marchas, casi se encontraba dispuesto á tener una entrevista con su padre, una grave enfermedad postróle en Salamanca.

Este incidente hizo fracasar otra vez los proyectos de su esposa y de doña Beatriz, que no viendo esperanzas, recurrieron á un nuevo medio. Don Alonso Perez de Guzman, aunque partidario del rey, era muy estimado del infante, y tan considerado de él, que á nadie permitia que le nombrase sin respeto: «Tan leal servidor como es de mi padre, decia, lo será mio. No está con mis contrarios por ofenderme á mí, sino por defender á su rey como buen vasallo.» Un mensage enviado al señor de San Lúcar puso en juego un nuevo resorte, y el noble castellano, aceptando la mision que se le confiaba, dispúsose á emplear todo su talento y su influencia en pró de tan laudable fin.

Tal era el estado de las cosas cuando el infante fué acometido de su peligrosa enfermedad.

Estamos en Salamanca.

Era el mediodia. El frio era intenso aunque algun tanto templado por un hermoso sol, cuyos rayos intentaban vanamente penetrar por el espeso tejido de una cortina de seda verde que cubria la ancha ventana de la habitacion en que se encontraba don Sancho.

Descansaba su débil cuerpo en una cama bajo ricas colgaduras. Tenia pálido el rostro, que habia enflaquecido en pocas horas. Un cerco amoratado rodeaba sus grandes ojos, y sus labios blanquecinos estaban secos y abrasados por la fiebre. El brillo de sus pupilas estaba empañado, y su voz era poco sonora é insegura.

Sentado junto al lecho apoyando la megilla en la diestra, y el codo en el brazo de su ancho sillon, estaba Rodrigo, pálido tambien, pero ya con semblante de quien ha recobrado la salud. Curado de su herida habia emprendido su marcha para encontrar al infante, y justamente llegó cuando este se vió acometido de su enfermedad.

Durante la del doncel, habia padecido mucho el espíritu de don Sancho, sin haber podido resolverse á revelar aun á Rodrigo el secreto de su nacimiento ni á ocultárselo para siempre. Su conveniencia y los ruegos de doña Ines le aconsejaban callar; pero el deber de la palabra que habia empeñado, y los buenos impulsos de su corazon, movíanle á no guardar silencio. Hasta entonces, el estado de su nuevo hermano, le habia dejado tiempo para meditar, pero una vez fuera de peligro, era preciso resolverse. Quizás se hubiera decidido por no decirle nada, pero cercano á la muerte y á dar al Eterno cuenta de sus acciones, temió la responsabilidad de esta, y resolvióse á cumplir su deber.

Hacia algunos momentos que la calentura era menos intensa, y queriendo aprovecharlos, dirijió al doncel una mirada triste, y luego con débil voz y pausadas palabras, le dijo:

—Rodrigo.

Tornó este con viveza sus azules ojos hácia don Sancho, y contestóle:

—¿Qué mandais, señor?

—Señor....Ya no debes llamarme así; hace un mes que he dejado de serlo tuyo.

Pensó el doncel que la fiebre estraviaba la razon del infante.

—Bien, señor ó amigo, si tanto me honrais, os suplico que procureis dar descanso á vuestra mente.

—Mas que amigo todavia.

—¡Mas que amigo!... Como os plazca, pero descansad, os lo repito, por que ha prohibido el médico que hableis.

—El médico solo sabe lo que le conviene al cuerpo, pero no al alma. Es preciso que te hable, y mucho, por que tengo que decirte cosas del mayor interés para tí.

—No hay nada que me interese como vuestra salud.

—Te engañas, Rodrigo, hay cosas que te interesan tanto por lo menos.

—¡Oh! todo lo que tengais que decirme, por mucho que en ello me vaya, no importa, si al hablar ha de agravarse vuestro estado.

—Tengo que revelarte un secreto.

—Aunque fuera el del nombre de mi padre, es poco comparado con vuestra salud, Callad, pues.

—Aunque fuera el del nombre de tu padre.... ¡Qué corazon tan noble tienes! Digno eres de la sangre que corre por tus venas.

—Delira, murmuró en voz baja el doncel.

—No deliro, no.

—Señor, repitió Rodrigo con tono suplicante, concededme la gracia de permanecer tranquilo; tiempo tendreis de revelarme vuestro secreto.

—Nó; mi vida acaba, lo conozco, y tal vez estos momentos sean los últimos que me resten con fuerza para hablarte. En vano me pides que permanezca silencioso: guardo un secreto que me pesa mucho, y no estaria tranquila mi conciencia si no te lo revelase.

—Ya os escucho, señor, respondió el jóven, viendo que eran inútiles sus ruegos.

—Antes, repuso don Sancho con fatigado acento, dime si has vuelto á ver á la judía. Todo lo que te atañe me interesa tanto, que no moriria tranquilo sin saber qué esperanzas tienes de felicidad ó de desgracia.

—Señor, he visto á Esther en el convento donde aun permanece su padre curándose la herida que recibió por mí. Esperanzas, las tengo en Dios si quiere iluminar su alma para que reniegue de sus creencias. A instancias del terrible capuchino, un santo baron de su mismo convento, la dirije todos los dias elocuentes exhortaciones para hacerle entrar en el camino de la salvacion eterna; si lo consigue, Esther será mia; sinó, con mi sangre en el campo de batalla, saldrá de mi pecho la pasion que me atormenta.

—¡Pobre Rodrigo!... Yo rogaré al Eterno por tu felicidad·

—Gracias, señor, pero tranquilizaos ahora.

—Todavía nó, me falta decirte mi secreto.

—Sed, al menos, breve.

—Lo seré. Oye, Rodrigo. Te he querido como se quiere á un hermano, á un hijo, porque eres noble y generoso, porque eres mas grande que todos esos señores que se me han vendido, que me sirven porque les colmo de riquezas, y que mañana se declararán contra mí si otro pone mas precio á sus espadas. Tu eres desinteresado y valiente, y sin pedir ni querer recompensa, has hecho mas en favor de mi causa, que todos ellos. Sin saber como pagar tus señalados servicios, tus heróicas acciones y tu lealtad sin ejemplo, quise encargarme de hacerte el mas señalado favor que para tí podia imaginarse. Padecias por que tu madre era desgraciada; sufria tu amor propio porque no sabias quien era tu padre, y luchando en vano contra tu mala estrella, habias perdido la esperanza de enjugar el llanto de tu noble madre y de encontrar al que te diera el sér.

Un triste suspiro salió del pecho del jóven, y una lágrima asomó á sus azules ojos.

Don Sancho se interrumpió para tomar aliento, y prosiguió:

—Regocijábase mi alma solo al pensar que algun dia pudiera yo decirte el nombre de tu padre, y hubiera tenido envidia de que otro, mas afortunado que yo, te lo diera á conocer· queria compartir con tu madre todas tus afecciones, y me atormentaba la idea de que la gratitud diese á cualquier otro nada de ellas. El dia en que la obstinacion de tu madre en ocultar su nombre me quitó casi del todo la esperanza de realizar tan halagüeño deseo, fué para mí de triste amargura. Pero el cielo, viniendo en mi ayuda, hizo que una desgracia, que en mi pequeñez de humano me hizo blasfemar, dudando de la justicia de Dios, me aclarase el misterio tan buscado....

—¿Y sabeis quién es mi padre? preguntó vivamente Rodrigo, estremeciéndose como si le hubiesen tocado una fibra del corazon con la punta de una aguja.

—Lo sé, Rodrigo, contestó el infante, haciendo un penoso esfuerzo, por que la fiebre se aumentaba con rapidez.

—¿Vive?... ¿Está cerca de mí?... ¿Me conoce?... ¿Cómo se llama?...

—¡Qué tranquilo moriré!... Serás feliz.... Por que yo moriré.... Siento acabarse mi vida....

Quiso pasarse una mano por su abrasada frente, pero no pudo. Tornábase su rostro de pálido en amarillo, y su mirada se hacia mas vaga cada vez.

—¡Por compasion, señor! ¡Decidme el nombre de mi padre, no mas que el nombre y luego pediré al Omnipotente que aleje la muerte de vuestra cabeza y la haga caer sobre la mia!

—Rodrigo.... me siento muy malo.... me falta el aliento.... me ahogo....

Hizo un esfuerzo, salió de su boca un leve gemido, y volvió á quedar inmóvil.

—¡Su nombre, por vuestra salvacion! esclamó el doncel con tono desesperado y acercándose al infante como si quisiese con su aliento prolongarle la vida.

—Tu mano.... Rodrigo....

—¡Su nombre, señor!...

—¿Su nombre?... ¡Ah!... sí... te lo diré.... Me ahogo....

—¡Dios mio, Dios mio! repitió el jóven elevando al cielo una mirada suplicante.

—Su nombre.... Oye, Rodrigo.... tu padre.... es....

En aquel momento se abrió la puerta, y doña Ines de Carbajal apareció con el semblante adusto, altivala mirada.

—¡Silencio! exclamó acercándose á la cama del moribundo.

—Doña Ines, dijo este.

—¡Mi madre!... ¡Oh!...

Un segundo personage entró. Era el capuchino, cuyos ojos brillaban mas que nunca.

Don Sancho se revolvió trabajosamente, y despues de mirar con espantados ojos á doña Ines, dijo:

—Sí.... lo sabrá.... se lo prometí.... me ahogo.....

—¡Madre mia! exclamó el doncel cayendo de rodillas. ¡Dejadle proseguir ó hablad vos!

El capuchino, con los brazos cruzados sobre el pecho contemplaba mudo aquella escena.

—Tu padre, prosiguió don Sancho con voz apenas perceptible, tu padre, es....

—¡Silencio! gritó doña Ines.

Y una de sus manos se puso sobre la boca del infante.

Este hizo un penoso esfuerzo, en el interior de su pecho resonó un ronco gemido, cerró los ojos, y quedó inmóvil.

—¿Qué haceis? preguntó la sonora voz de Pelayo.

Doña Ines, sin contestar, asió de una muñeca á su hijo, levantólo, y le dijo, señalando al infante:

—Don Sancho ha muerto.

—¡Muerto! exclamó el jóven.

Y arrojándose sobre el lecho percibió el aliento agitado del paciente.

—¡Oh, nó! ¡Vive, respira!

—Don Sancho, repitió doña Ines, ha muerto. Tú, su doncel mas querido, corre, vuela á Sevilla, y da la noticia á don Alonso Perez de Guzman, el caballero mas allegado al rey.

Rodrigo miró atónito á su madre.

—Tu caballo está ensillado, prosiguió esta. Cuando Guzman sepa la muerte del infante, no vendrá á Salamanca, y el padre y el hijo jamas se avendrán.

—Eso es una intriga horrible, señora, dijo con tono severo Pelayo.

—Rodrigo, los momentos son preciosos. Y vos, Pelayo, acordaos de que el rey don Alonso X estrechó en sus brazos, loco de amor, á la muger que adorábais, y de que estampó en sus labios tantos ardientes besos que solo vuestros celos pudieran contarlos.

Estremecióse Pelayo, frunció el ceño y se oyeron rechinar sus dientes.

—A Sevilla, Rodrigo, repitió doña Ines con imperioso tono.

Salió maquinalmente el jóven, y mientras las herraduras de su brioso potro quebrantaban los guijarros del camino de Sevilla, doña Ines decia á su antiguo amante:

—Es preciso salvar á don Sancho, y no confio en la ciencia de sus médicos: solo Jonadab puede darle la vida, si es que Dios no ha dispuesto llamarlo á sí. ¿Puede venir á Salamanca?

—Está fuera de peligro y en su casa: tal vez le permitan sus fuerzas hacer el viaje.

—Pues vos, á Córdoba.

—Vendrá Jonadab.

Salieron tambien Pelayo y doña Ines. Despojado de sus hábitos se encaminó á Córdoba el fraile, y la madre de Rodrigo llamó á los criados y médicos del infante para que entrasen á cuidar de él.



CAPITULO XVI.

De como Guzman llevó al rey la nueva de que el infante no le incomodaria mas.



Habia hecho Rodrigo su viage desde Salamanca á Sevilla con la rapidez que acostumbraba siempre á caminar, y mientras á la caida de la tarde entraba cubierto de lodo, y ensangrentados sus largos acicates, por una de las puertas de la ciudad ganada por el santo rey, don Alonso el Sábio, sentado en un sillon adornado con remates de plata, y cerca de una gran chimenea de bien labrado pedernal, conversaba con el señor de San Lúcar.

El cuerpo del rey habia enflaquecido en pocos dias; su

frente estaba surcada de numerosas arrugas, y sus pálidas mejillas, su macilento semblante y la tristeza de sus miradas, no dejaban duda de que mucho habia sufrido su espíritu, así como anunciaba claramente la lentitud y poca energía de sus movimientos y la debilidad de su voz, que se aproximaba el fin de su vida con agigantados pasos.

Mirábale Guzman con espresion dolorida y afanoso cuidado, notándose cuanta amargura le causaban las desgracias de su señor.

—Ya veis, don Alonso, le decia el rey, que si pierdo la esperanza, razon tengo, por que no he tentado la fortuna por ningun camino en que no me haya sido adversa. Nada me queda que hacer, y la conciencia no me remuerde por haber dejado de cumplir mis deberes de monarca. Despues de la derrota que hemos sufrido delante de los muros de Córdoba, nuestros enemigos han logrado tambien con ruines intrigas romper los lazos de buena amistad que me unian con Aben-Jucef, y hacer que corresponda á su generosa conducta con la desconfianza y el desvío. La trama ha sido urdida con tanta habilidad, que ni yo, ni vos ni nadie la ha conocido hasta despues que el daño estaba hecho. Ya estoy solo: ni tengo soldados, ni dineros, ni parciales, ni mas que un puñado de nobles que, como vos, me sirven con lealtad; pero esto no es bastante contra ejércitos numerosos. Nada me resta, pues, ni aun las fuerzas de mi cuerpo que se disminuyen cada dia, sintiéndome tan débil que ni aun manejar mi caballo de batalla podria quizás.

—Nos queda el camino de la reconciliacion, señor. Tal vez dando al infante seguridades de que no se le perjudicará á vuestra muerte en los derechos que alega, reconozca nuevamente vuestra autoridad de rey y de padre, y pase á vuestro lado, como buen hijo, los dias que os restan de vida, que el Señor prolongue. Estoy seguro de que recobrariais las fuerzas con el abrazo que diéseis á vuestro hijo, y que vuestra existencia contaria entonces dobles años de los que, en el estado en que os hallais, puede atravesar ahora.

—Razon teneis, don Alonso; mas ¿quién hará á don Sancho entrar en esa via de concordia? Inútiles han sido los esfuerzos de su esposa y de doña Beatriz, y parece que la fatalidad viene siempre á desbaratar sus planes cuando tocan el término deseado. Ultimamente mi hijo se habia decidido, despues de allanar mil inconvenientes, á tener conmigo una entrevista, y hé aquí que la enfermedad que repentinamente le ha postrado con peligro de su vida, hace vanos, por centésima vez, los buenos oficios de doña María.

—La enfermedad de don Sancho, tan peligrosa como la pintan, debe ser larga, y diferir para cuando sane la entrevista es esponernos á que nuevos inconvenientes la impidan. Por otra parte, en su estado, próximo tal vez á la muerte, los sentimientos se escitan con mas facilidad y hay mayores probabilidades de que escuche los consejos de pacíficos mediadores. Si una persona, tan interesada en vuestro bien como en el suyo, le hablase ahora, quizás se adelantaria tanto, que cuando os viéseis, solo quedara á vuestra completa tranquilidad un abrazo da reconciliacion.

—¿Y quién ha de ser esa persona, que á la par que leal para mí sea aceptable como nada sospechosa para mi hijo? ¿Quién y con qué títulos tomará parte en la cuestion?

—Esa persona, señor, puedo yo serla. De mi lealtad para vos no os cabe duda, y en cuanto al infante, casi tengo completa seguridad de que ha de recibirme bien. Los títulos con que tome parte en la cuestion han de ser las invitaciones de la infanta doña María: esto no tenemos que buscarlo: de ello precisamente he venido á hablaros esta noche. Ayer recibí un mensaje en que se me pedia marchar á Salamanca: nada os he dicho de él hasta hoy por que he querido meditar antes sobre tan grave negocio. Si me dais vuestra licencia, esta misma noche partiré, y con la ayuda de Dios y mi buena voluntad, me prometo ser mas feliz en esta empresa que doña Beatriz y doña María.

—¿Con que os han escrito?... ¡Ah, don Alonso! ¿De quién sino de vos podrian valerse para este asunto? Mi corazon se

anima con un rayo de esperanza. Sois leal, sabio y prudente, y si nada conseguís es inútil que otros trabajen. Don Alonso, marchad á Salamanca, corred, volad; no es ya la corona, la autoridad, lo que me importa; es mi dignidad de rey, mi amor de padre. Corred, corred; mi hijo está en peligro: si muere, no le sobreviviré mucho tiempo, pero que tenga el consuelo de ver que deja este mundo arrepentido de sus faltas y como buen hijo. Si vive.... ¡ah!... si vive, mi existencia se prolongará, renacerán mis fuerzas... ¡Corred, don Alonso, soy padre!..

El llanto empañó sus ojos, y atormentó su alma la idea de que todos los males que sufria Castilla reconocian por causa la debilidad de su carácter, su incostancia misma. Si habia de arrepentirse de desheredar á su nieto, no debió dar nunca á su hijo ni aun esparanza de ceñir la corona. Si ya lo hizo, si hasta pidió á la nacion representada en las Cortes, que nombrasen heredero á don Sancho, debió sostener su injusticia, por que ademas de ser irreparable en el estado en que el reino se encontraba, no debia producir, el querer despojar al infante de su derecho, sino una guerra como la que costó mas sangre que la conquista de muchas poblaciones de importancia que tenian en su poder los moros.

—No quiero perder un momento, dijo Guzman conmovido. Todo lo tengo preparado para mi marcha y solo espero vuestras instrucciones.

—Vos no habeis menester instrucciones, don Alonso. El cielo os proteja.

Apretó el rey la mano á su favorito, y este salió, dirigiéndose á su casa.

Cuando hubo entrado en ella le anunciaron que un mancebo de arrogante apostura, y que decia ser portador de un mensaje de la mas alta importancia, le aguardaba hacia ya mas de media hora.

—¿Ha dicho su nombbre?

—No, señor.

Don Alonso abrió la puerta de su habitacion y se encontró frente á frente con Rodrigo.

Por muy corto que fuera el combate que ambos sostuvieron bajo los muros de Córdoba, y por mas que en aquellos momentos lo que menos reparasen fuese la persona, no era la fisonomía del doncel de las que pronto se olvidaban, porque su belleza y su juventud hacian fijar la atencion del mas indiferente, con doble motivo, en momentos como los de la pelea, en que debia llamarla el raro contraste que formaba su angelical esterior con su denodada bravura y poco comunes fuerzas. Tal habia chocado á don Alonso Perez de Guzman, cuando le llamó niño, y quiso volverle la espalda con mas lástima que desprecio, contemplándole admirado y no sañudo. Asi, pues, conociólo al primer golpe de vista, y no sabiendo si atribuir su presencia al deseo de vengar un agravio mal comprendido, paróse y aguardó las palabras del jóven sin mostrar en su semblante sentimiento alguno.

Este pareció comprender las dudas de Guzman, y dando á su rostro una espresion de triste calma, le dijo:

—No viene á buscaros, D. Alonso, el enemigo, que bajo los muros de Córdoba os quiso probar que á ninguno cedia su brazo: condújome aqui mi mala estrella como triste mensagero, y tal es mi dolor, que si como entonces, se levantase vuestra espada sobre mi cabeza, no evitaría mi mano el golpe, por que mas contento me diera la muerte con su reposo que la vida con mi honda pena.

Si admirado quedó Guzman cuando vió al jóven descargando mortíferos tajos con su hacha, llamáronle mas la atencion sus palabras discretas y el dulce tono con que fueron pronunciadas. Ansioso de saber las nuevas que traia, invitóle á sentarse, dándole el ejemplo, y con afable tono y singular cortesía le contestó:

—Noble mancebo....

—Me llamo Rodrigo y nada mas, interrumpió el doncel levantando con orgullo la cabeza: ignoro quien sea mi padre.

Pasaba don Alonso de sorpresa á sorpresa.

—Noble mancebo, os repito, porque noble es quien tiene un alma como la vuestra, con gusto escucharé vuestras pala.

bras. Pésame haberos visto solo dos veces, la una como enemigo á quien mi propia defensa me obligó á herir, y la otra como portador de nuevas tan tristes que os hacen pesada la vida. Hablad, pues; mi ansiedad es grande. ¿Quién os envia?

—La muerte, señor.

—¡La muerte! esplicaos.

—Mi noble señor, el bravo sin igual D. Sancho de Castilla, heredero del trono, ha entregado su alma á Dios.

Miró D. Alonso á Rodrigo con espantados ojos, y despues de algunos instantes de profundo silencio en que la sorpresa y el dolor se pintaron sucesivamente en el semblante del señor de San Lúcar, esclamó con ahogado acento:

—¡Muerto!.... ¡Oh!...

—Yo fuí su doncel mas querido y á mí me ha tocado traer esta noticia mientras se da al rey con las formalidades que requiere tan estraordinario acontecimiento. Hace cuatro dias que á la hora de sextas dejó de existir, y he volado, regando con mis lágrimas el camino. No me he presentado al rey por que no venia autorizado competentemente para ello; pero como para dar á un padre la triste nueva de que ha muerto su hijo, no debe aguardarse á tales ceremonias, que con el tiempo se cumplirán como es debido, vengo en busca vuestra y obedezco así las órdenes que me han dado, haciéndoos sabedor de lo que sucede.

—¿Traeis algun escrito? preguntó Guzman ya mas sereno.

—Ninguno, don Alonso. La noble infanta, en el intenso dolor de su temprana viudez, solo tuvo tiempo para decirme: «Sois el mas activo y fiel de nuestros servidores; corred, corred y decid á don Alonso Perez de Guzman que soy la mas infeliz de las mugeres. Ya le escribí, doña Beatriz tambien, lo haré al rey, y un noble llevará el mensaje.» Monté, partí, y aquí estoy.

—¡Pobre Castilla! dijo Guzman. ¿Cuántos se arrojarán ahora sobre tu vacilante trono? Con tantos bandos como ambiciosos, con tantos ambiciosos como señores, ¿qué suerte te espera?

—Sangre y lágrimas, contestó tristemente Rodrigo. Ahora comprendereis mi dolor. He perdido al que me amaba como un padre, y veo á mi patria amenazada de todos los horrores de una guerra que nos aniquilará.

—Mancebo, dijo Don Alonso con energia ¿de quién será vuestro brazo? ¿del que os lo pague?

—Nó, contestó orgullosamente el doncel. Soy bastante rico para socorrer á mis señores en sus apuros. No he servido á don Sancho por el interés, sino porque he creido que se cometia una injusticia atacando los derechos que le habia reconocido al rey su padre y las Córtes. Mi brazo será de aquel á quien asista la justicia y la razon. Muerto el infante, serviré á don Alonso X como he servido á su hijo.

—¡Teneis un corazon noble! exclamó Guzman alargando su diestra al jóven. ¿Os quedais en Sevilla?

—Nó: esta misma noche parto para Salamanca; doña María puede necesitar de mí. Luego, segun el giro que tomen las cosas, obraré.

—Id, pues, y decid de mi parte á la noble infanta, que si no viene á Sevilla iré mas tarde á darle los consuelos de la amistad, puesto que ya es inútil mi marcha. Mientras caminais hácia Salamanca yo daré la triste nueva al rey.... ¡Pobre padre!...

Levantóse Rodrigo, y apretando la mano que le daba el señor de San Lúcar, le dijo:

—Don Alonso, hemos peleado como enemigos, me heristeis en buena ley, y ningun rencor os guardo. Si llega un dia en que nos encontremos, como en Córdoba, en opuestos bandos, volveremos á probar el filo de nuestras espadas; si por el contrario, la misma causa defendemos, pelearemos juntos, y aunque niño, me esforzaré por imitaros; pero siempre y en todas ocasiones, el huérfano Rodrigo admirará vuestra hidalguía y vuestro valor sin segundo.

—El cielo os guie, mancebo, para que tanta grandeza y bravura la empleeis en pró de la justicia y en bien de vuestra patria.

Partió el doncel, y don Alonso, después de haber dado algunos paseos por la habitacion, meditabundo y triste, salió de su casa y se encaminó al palacio del rey.

No habia pensado siquiera Guzman que podia haber sido víctima do un engaño. Su hidalga franqueza, su noble proceder no le daban lugar á sospechas de tan ruines intrigas que no creia posibles, sino despues que un desengaño se las daba á conocer. La presencia interesante de Rodrigo, la espresion angelical de su rostro y la nobleza que en él se revelaba, absorvieron, por otra parte, de tal manera la atencion del caballero, que entre la sorpresa de la noticia que recibia y la admiracion de que se sentia poseido, no tuvo lugar su imaginacion para concebir una sospecha que en otro caso hubiera venido á las mientes con suma facilidad.

Meditabundo y triste, como hemos dicho, pensaba don Alonso cómo participar al rey la fatal nueva, y embebido en tales meditaciones, ni sentia el frio del viento que soplaba, ni la menuda lluvia que mojaba su rostro.

Así llegó al palacio. Algunos nobles rodeaban al rey, y este, al ver á Guzman, le dijo con sorpresa:

—¿Qué ocurre, don Alonso? No os esperaba.

—Señor, tengo que comunicaros un asunto de la mas alta importancia y que exige una gran reserva.

—Caballeros, dijo el monarca volviéndose hácia sus cortesanos, dejadnos solos.

Salieron los nobles.

—¿Qué ocurre, don Aonso? ¿Por qué no habeis marchado? Hablad; el corazon me dice que una nueva desgracia os trae.

Guzman, despues de haber buscado en su imaginacion palabras con que decir al rey lo que acababa de saber, sin encontrar en su visible turbacion una frase oportuna, contestó con vacilante tono:

—Señor.... os traigo una nueva.... mala es en verdad..... acabo de recibirla y tal vez juzgueis oportuno que detenga mi marcha....

—Esplicaos, esplicaos, dijo el rey agitado en estremo.

Hablad sin rebozo; mi corazon está acostumbrado á no temblar y á sufrir.

—Hay momentos en la vida, señor, repuso el de San Lúcar con pausado tono, en que el corazon tiembla á despecho de la voluntad, en que la voluntad se amengua á despecho de la valentía del corazon, en que el alma no tiene en su amargura mas refugio que la resignacion, y esta huye ante la fuerza de los dolores del alma. En tales momentos no basta la costumbre de sufrir, esta solo sirve entonces para dominar la desesperacion y para dar al rostro una falsa sonrisa que atormenta mas que el dolor mismo; pero en cambio la pena abre nueva herida sobre tantas otras que sin haberse aun cicatrizado, desgarran lentamente el corazon.

—¿Y qué importa don Alonso, un golpe mas? Mi vida se acaba, tan poco le resta, que difícil será abreviar su término. ¿Qué importa que sufra el corazon á despecho de la voluntad, que la resignacion no venga en mi ayuda? Todo será un golpe mas, un nuevo dolor, el tormento de otra pena... ¿No debo apurar hasta las heces la amarga copa de la vida? ¿No me impuso el Eterno ese sacrificio, como á todos los hombres, al animar mi cuerpo en este mundo? Don Alonso, hablad; vuestro rey os lo manda, vuestro amigo os lo suplica.

—Resuelto vine á hablaros, señor; pero en vano busco palabras.

—Hablad os digo. ¿Se ha perdido todo? ¿No me queda ya mas que el estrecho recinto de Sevilla? ¿Alguna nueva traicion la ha entregado tambien á mis enemigos?... ¿Qué es eso, tampoco?... Nada. Me queda mi trono, y sentado en él sabré morir.

—Por el contrario, señor, ya sabeis que algunas ciudades se han alzado contra vuestro hijo. Las nuevas que traigo no debian entristecer al rey, pero son fatales para el padre.

—¿Qué sabes? preguntó don Alonso X dando un paso hácia Guzman.

—He recibido un mensage de Salamanca, donde el infante estaba gravemente enfermo.

—Estaba, repitió el rey con balbuciente voz. Estaba.... Esplicaos....

—Estaba, señor, repuso Guzman con voz apenas perceptible, por que hace cuatro dias que su enfermedad....

—¡Oh!... Callaos.... mi hijo ha muerto!...

Y cayendo desplomado sobre su sillon, salió de su pecho un gemido y sus pálidas megillas se cubrieron de lágrimas.

Reinó entonces un silencio profundo. El rey, inmóvil y con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecia un cuerpo sin vida, si abundantes lágrimas no regasen la larga túnica de brocado que vestia. Guzman, apoyado en la chimenea, tenia fija la vista en el suelo, y mientras su pecho se movia á impulsos de una violenta agitacion, su rostro palidecia gradualmente.

Largo rato permanecieron de aquella manera, y al fin, levantando el rey la cabeza con lentitud, dijo con voz ahogada:

—Guzman, este será el último golpe.... yo tambien moriré dentro de poco....

El señor de San Lúcar hizo un esfuerzo como para dominar su emocion, y contestóle con acento sombrio.

—El rey tiene que cumplir todavia deberes muy sagrados antes que el padre se deje abatir por el dolor.

El desgraciado monarca movió tristemente la cabeza.

—Razon teneis, dijo. Mirad.

Y su rostro se contrajo por una sonrisa que debió apresurar los dias de su existencia,

—Que entren mis cortesanos, añadió; quiero despedirlos como siempre.... Respiro con mucha dificultad.... Que entren, que entren.

—¿La muerte de don Sancho será un secreto por ahora?

—Sí, Guzman.

Media hora despues se acostaba el rey, habiendo recibido los saludos de sus cortesanos, y poco mas tarde los médicos acudian á su habitacion por que se sentia bastante indispuesto.

—¿Qué opinais? le preguntó Guzman á uno de los doctores.

—S. A. no tiene cura.



CAPITUL XVII.

De cómo Rodrigo, persistiendo en su idea de averiguar quien era su padre, lo consiguió.

Casi desesperado y maldiciendo su destino habia salido de Salamanca el hijo de doña Ines, y tambien agitado y medio loco habia abandonado á Sevilla, despues de haberle costado un gran esfuerzo engañar al señor de San Lúcar. Pero su madre lo habia dispuesto así, y dominado por la influencia que esta ejercia sobre su ánimo, influencia que en vano habia querido alguna vez contrarestar, obedeció como una máquina.

Mucho corrió desde Salamanca á Sevilla, pero desde Sevilla á Salamanca reventó su fogoso potro, y cuando llegó á las puertas de la ciudad al toque de oraciones, y la punta de

sus largos acicates solo hacian tomar al corcel un trote desigual y pesado, soltó de sus manos la riendo, y quitándose el brillante casco como si quisiese refrescar su cabeza, exclamó con ímpetu:

—¡Nadie me hará retroceder!

Y despues de algunos instantes, sin advertir que su cabalgadura se tambaleaba próximo á caer, siguió diciendo:

—El infante sabe quien es mi padre y yo lo ignoro.... ¿por qué no he de saberlo tambien? Me rechazará al decirle yo, «aqui está vuestro hijo;» en horabuena, pero lo conoceré. ¿Con qué derecho se me evita saber su nombre?... He llevado la noticia de la muerte de don Sancho y quizás á estas horas la criminal mentira sea una terrible verdad. Si ha muerto durante mi ausencia, no tengo ya esperanza, por que mi madre jamás me revelará este secreto: si vive, entonces....¡ah! si vive.... mi madre estorbará que me lo diga...,

Quedó pensativo, hizo un esfuerzo su voluntad, y poniéndose otra vez su casco, y apretando los puños, exclamó:

—¡A todo estoy resuelto! Tal vez mi madre esté ohora en nuestra casa.... veré primero al infante y le recordaré su juramento.

Entonces quiso obligar á su caballo á marchar al galope, pero no pudo conseguirlo.

—¡Pobre animal! prosiguió el doncel.

Echó pié á tierra, y el noble bruto cayó para no volver á levantarse.

Siguió el jóven á pié su camino mientras que un volcan parecia abrasarle la cabeza. Dos ó tres veces estuvo á punto de retroceder, temeroso de enojar á su madre y de hacerla mas desgraciada; pero el vehemente deseo de saber el nombre de su padre, dióle ánimo para no desistir de su proyecto.

Palpitante el pecho de dolorosa emocion, llegó á la posada de don Sancho, y al pisar el humbral, detúvose nuevamente.

—No es un crimen ssber el nombre de su padre, murmuró.

Y dirigiéndose al primer arquero que encontró en el

zaguan, preguntóle con el tono de quien teme saber lo que desea:

—¿Cómo está don Sancho?

—Hace tres dias que está muy aliviado; pero su mejoría dicen que es notable desde esta mañana que tamó el primer medicamento preparado porel judio.

—¿Por qué judio?

—¡Vos no lo sabeis! Cualquiera diria que sois estraño á esta casa. Esta mañana llegó un judio á quien llaman Jonadab...

—¡Jonadab! interrumpió el doncel. ¿Vino solo?

—Sí, porque el caballero que fué á buscarlo no pudo seguirle despues de reventar cinco caballos, mientras que el hebreo, sobre una mula negra como su alma, llegó tres horas antes que su guia.

—Bien, bien, ¿pero no le acompañaba otra persona?

—Nó.

Rodrigo no escuchó mas, y subió rápidamente hasta el aposento del infente. Este, al verle, se revolvió en su lecho, y un grito de sorpresa salió de sus blanquecinos labios. Hallábase el judio á su cabecera, y tambien dejó escapar una exclamacion.

Advirtióse luego en el semblante de don Sancho alguna turbacion, de cuya causa quizás él mismo no hubiera podido darse cuenta, y mas creció cuando los labios del doncel se estamparon respetuosamente en una de sus débiles manos.

—¡Rodrigo! dijo con débil voz.

—Señor, el cielo ha escuchado mis súplicas, y os vuelvo á ver ya fuera de peligro. ¡Cuanto he sufrido durante mi ausencia!... ¿Está en palacio mi madre? preguntó con inquietud el jóven y como dominado por una sola idea.

—¿No la has visto? dijo el infante, clavando en el doncel una mirada ardiente.

—No, señor.

—¿Vuelves ahora del viage que me han dicho has hecho á Sevilla?

—En este momento, señor, y quisiera hablaros de un asunto...

—Retírate, Jonadab, repuso el infante.

—Salió el judío y un profundo silencio reinó. Ninguno sabia cómo romperlo.

—Señor, dijo al fin Rodrigo tímidamente, me alejaron de vos....

—Sí, te alejaron.... Recuerdo como un sueño pesado el último dia que te ví....

—Y que vísteis á mi madre....

—Despues me ha hablado y....

—¿Qué, señor, habeis desistido?

—Rodrigo, penosa es mi situacion....

—¡Ah!... ¡mi madre ha tenido bastante influencia para haceros olvidar un juramento que hicísteis con todo vuestro corazon! exclamó el doncel, olvidándose de que hablaba á su soberano.

—Rodrigo....

—¡Perdonadme, estoy loco!.... ¡Fatal estrella la mia! Y tras su acento de triste y dolorosa desesperacion, dos lágrimas brotaron de sus hermosos ojos.

—¡Pobre Rodrigo! murmuró el infante.

—Desdichado direis, señor.

Contemplóle don Sancho con ternura y sintió conmovido su corazon al considerar el sufrimiento horrible que producia aquel llanto. Las razones y los ruegos de doña Ines, y su conveniencia por otra parte, habíanle casi resuelto á no revelar á Rodrigo el nombre de su padre; pero aun vacilaba ante estas consideraciones porque la conciencia le remordia siendo perjuro. Tenia una palabra empeñada y un deber que cumplir; como caballero y como cristiano obligábale su compromiso y su buen deseo; como infante deteníale su propio interés, porque no sabia hasta qué punto querria hacer valer el jóven sus derechos de hijo del rey. Este no le habia reconocido, pero viejo y enfermo, cerca ya de la muerte, podia en sus últimos instantes hacerlo para descargar el peso de su conciencia, así como á don Sancho, cuando vió próximo el fin de su vida, nada le hubiera detenido para revelar el secreto.

Pasóse largo rato sin que ninguno hablase, sufriendo el doncel horribles tormentos, y acalorando su debilitada cabeza el infante, con la indecision que en él producia la conveniencia y el deber. Pasó el primero las manos por su frente; oprimió las aceradas mallas de su cota, haciendo crujir sus sonrosadas uñas, y despues de volver á sus ojos el apagado brillo, dijo con gravedad:

—Señor, os ruego que me concedais vuestra licencia para cambiar mi agitada vida de soldado por la de pacífico pechero.

—Rodrigo, contestó don Sancho con admiracion, ¿estás descontento á mi lado? ¿Por qué quieres abandonar mi servicio?

—¿Quereis que os diga la verdad, ó que os dé una escusa que vos creais en apariencia?

—La verdad, la verdad como tu sabes decirla.

—Pues bien, señor, quiero dejar vuestro servicio por que en mi opinion estoy mal recompensado.

—¡Mal recompensado!

—Os he servido, prosiguió con ardor el jóven, con todo el desinterés de un corazon generoso y leal; una sola cosa os he pedido en pago de todo....

—¡Rodrigo! interrumpió el infante.

—Señor, me habeis mandado decir la verdad, y una vez que he comenzado no puedo dejar de concluir. Cuando lo que pedí no os costaba mas que una promesa....

—¡Rodrigo! volvió á decir don Sancho con tono severo. Como vasallo me ofendes, como amigo eres injusto y poco generoso.

—Lo sé, señor, soy vuestro vasallo y por eso no os pido cuentas; que si no os llamaseis don Sancho de Castilla, habiais de probarme con razones la falta de la mia ó....

—¡Calla, Rodrigo, calla! Mi cariño no quiere dar lugar á que escites mi enojo, porque habria de castigarte mi autoridad atormentando mi corazon. ¿Quién te ha dicho, impetuoso mancebo, que no cumpliré mi palabra?

Un rayo de alegria brilló en los ojos del doncel, que poniéndose las manos sobre el pecho esforzóse para no perder el sentido á impulsos de una violenta emocion de júbilo. Cayó de rodillas, y estendiéndo los brazos con ademan suplicante, exclamó:

—¡Perdon! He dudado de vos!... ¡Perdon, soy muy desgraciado y el dolor me enloquece!

No era posible á don Sancho retroceder. Su rostro palideció mas aun de lo que estaba ya, y elevando al cielo una mirada como la que Abrahan debió dirijir al levantar el cuchillo sobre su hijo, contestó con pausado acento:

—Rodrigo, juré decirte el nombre de tu padre y yo sé cumplir mis juramentos.

En aquel instante entreabióse silenciosamente la puerta y una sombra negra y dos como fosfóricas y pequeñas luces aparecieron, quedando fijas é inmóviles. Nada advirtieron los hermanos en su exaltacion, y embebidos como estaban en mirarse el uno al otro.

—¡Ah, señor, con qué os pagaré!

—El secreto de que voy á hacerte dueño puede ser el principio de tu ingratitud: generosamente lo confio á tu nobleza, si de él abusas el cielo castigará tu proceder.

Rodrigo miró al infante como quien no acierta á comprender lo que oye, pero no se atrevió á interrumpirle.

—Tu padre es....

Detúvose don Sancho por que sintió turbada su lengua y agitado su corazon.

—¡Hablad, señor, me desgarrais el alma!

—¡Tu padre es el mio!

Un grito penetrante salió de lo profundo del pecho del doncel, y arrojándose sobre el lecho de su hermano, quedó inmóvil.

Ahogados sollozos se percibieron, y la agitada respiracion de aquellos dos hombres, fué el único ruido que interumpiò el silencio religioso é imponente que reinó por largo espacio.

Al fin Rodrigo, enderezándose pausadamente, pudo exclamar:

—¡Hermano mio!

—Sí, tu hermano, dijo el infante con voz desfallecida; eres hijo del rey don Alonso X.

Y luego, al moverse como para variar de postura, hizo una exclamacion de sorpresa y quedó con la mirada fija.

El doncel volvió la cabeza hácia su espalda y luego la inclinó subyugado por el brillo de los ojos del capuchino que se hallaba junto á él.

Inmóviles y mudos aquellos tres hombres de hierro, ahogaban en sus almas con heróico valor los horribles dolores que los atormentaban en instantes tan solemnes.

Esperaba con ansiedad don Sancho el resultado que debia producir la revelacion que acababa de hacer. Fija en Rodrigo una mirada afanosa parecia querer penetrar en lo mas profundo de su corazon para ver sus sentimientos. Algunas gotas de frio sudor inundaban su calenturienta frente, y con la boca entreabierta y el oido atento contaba los segundos que transcurrian como si aguardase su sentencia de vida ó muerte.

Preguntábase entre tanto el jóven si era el dolor ó la alegria lo que mas le tenian tan abatido, pues si aquella le trastornó de puro contento, este, por otras consideraciones, le desgarraba el alma. Debia á don Sancho una síncera amistad, y perjudicarle en lo mas mínimo lo consideraba un horrible crímen. Por él sabia quien era su padre; habíaselo revelado por hacerle un bien y no para acarrearse un mal, y no era justo convertir su lealtad generosa en arma para herir con reprobada alevosía. Empero tener un padre y decir que no se le conoce; tener derecho á un nombre ilustre y llamarse simplemente Rodrigo; poder ocupar un puesto distinguido y ser mirado con mas desprecio que el último villano, era demasiado sacrificio á la amistad. ¿Y á quién debia el padre, el nombre distinguido? ¿Quién le habia hecho conocer que tenia derecho á ser respetado de la sociedad por su noble alcurnia? Al infante. ¿Merecia el que tanto le daba ser pagado con ingratitud? La lucha era horrible.

Pelayo comprendia la amargura de los dos hermanos, y aguardaba el resultado de aquella situacion, para ponerse de parte del uno ó del otro. Padecia tambien porque en semejante circunstancia el tormento de los celos oprimia su corazon mas vivamente que nunca. Cubierta la cabeza con su ancha capucha que le ocultaba tambien la mayor parte del rostro tenia clavada en Rodrigo su mirada de fuego, mirada que no dejó alzar la frente al doncel en largo rato.

¿Quién debia hablar primero? Creia cada cual que debia escuchar antes á los otros, y de esta manera se prolongaba tan penosa sitiacion.

Por fin el hijo de doña Ines levantando lentamente la cabeza, moviéndola como para sacudir la ardiente venda que parecia oprimirla, y suspirando con fuerza como para ensanchar su pecho, dijo con voz ahogada y solemne tono:

—No desmentiré la nobleza de mi sangre. La negra ingratitud no encontrará abrigo en mi pecho. Desde hoy no se levantará mi brazo contra la autoridad de mi padre, y quedará guardado mas cuidadosamente este secreto en mi corazon que lo ha estado en el de mi desdichada madre.... ¡Madre mia, ahora lo comprendo todo! ¡No castigue el cielo tu sed de venganza! ¡Mi hidalgo proceder borrará tus culpas!... ¡fuerzas, Dios mio!

—¡Rodrigo! exclamó el infante, tendiéndole los brazos.

—¡Hermano mio!... Permíteme que te dé este nombre por última vez.

—¡Siempre, siempre!...

—Cuando nadie lo escuche....

—Hidalgo es tu proceder.... Hidalgo has de llamarte desde hoy.

Entreabrió Pelayo lo boca para hablar, pero un leve roce que se percibió junto á la puerta le detuvo.

Doña Ines entró.

Pronto su penetrante mirada notó la turbacion que habia causado con su presencia, y sin saber la causa, y estrañando á la vez que su hijo al volver de Sevilla

no le hubiese dedicado su primer saludo, preguntóle.
—¿Cuándo has venido?
Doña Ines tuvo necesidad de repetir su interrogacion, por que tan turbado se hallaba su hijo, que no acertó á contestarle.
—¿No hay un beso para tu madre?
El jóven se arrojó á su cuello y exclamó:
—¡Madre mia!... ¡Perdon, madre mia!
—¡Perdon! repitió doña Ines fingiéndose mas admirada de lo que estaba. ¿En qué me has ofendido? Si vinístes primero á ver á don Sancho has cumplido con tu deber: es tu señor y su vida estaba en peligro. ¿Cómo ha quedado el rey don Alonso?
—Bien, madre mia, contestó Rodrigo mas turbado aun con la frialdad de su madre.
—¿A qué hora salistes de Sevilla?
—Poco despues de anochecido.
—A las doce corria tras de tí un mensagero que trae nuevas tristes á doña Maria.
—¿Qué sucede? preguntó el infante incorporándose en su lecho.
—Vuestro padre, señor, prosiguió doña Ines, se halla gravemente enfermo; peligra su vida.
—¡Se muere mi padre! exclamó Rodrigo sin poderse contener.
Don Sancho se dejó caer en el lecho y exhaló un gemido.
—¡Qué habeis hecho, desgraciado! gritó doña Ines dirijiéndose al infante. ¿No sabeis que será mas amarga la vida de este pobre niño sabiendo el nombre de su padre y teniendo que callarlo, que ignorándolo y con la esperanza de llegar á saberlo?
—Madre mia, dijo Rodrigo, así lo quiere mi estrella: no soy tan débil que me deje agoviar por los pesares. Mi padre se muere y yo quiero cerrar sus ojos. Don Sancho, hermano mio, yo le pediré su bendicion para tí.
Y como el que privado de la libertad sale de estrecho en-

cierro tras largos años, así el doncel, agitado violentamente por su emocion, salió con rapidez del aposento.

—¿A dónde vas infeliz? le grito su madre intentando seguirle.

Pero la dura mano del capuchino la detuvo.

—Dejadle, señora; va á ver morir á su padre.

Un leve gemido salió de entre las colgaduras de la cama: volvióse Pelayo y doña Ines.... el infante habia perdido el conocimiento.

—Dejadme, Pelayo: necia es vuestra oposicion: nada adelantareis con detenerme ahora, por que al fin habeis de dejarme y nadie me evitará que corra á Sevilla.

—Partid, señora.... no tardaré en alcanzaros.

—¡Vos!....

—¿Olvidais que debo mucho al rey don Alonso y que se vé abandonado de todos en su agonia?

Salió doña Ines con los ojos chispeantes y agitado el corazon.

Siguióla Pelayo á la vez que enjugaba el sudor que corria por su frente, y á poco, el hebreo Joandab hacia recobrar el uso de sus sentidos al infante, mientras doña Maria murmuraba saliendo por una puerta secreta.

—¡Dios mio, gracias por las fuerzas que me habeis dado para soportar el tormento de esta dolorosa escena!



CAPITULO XVIII.

Ultimos momentos del rey don Alonso el Sábio.



La tarde del viernes 21 de abril de 1284 estaba serena, y el sol, ya cerca de su ocaso, iluminaba la parte mas elevada de los muros del alcázar real de Sevilla. Las calles, aunque mas silenciosas que otros dias, estaban mas animadas que de costumbre, pues mucha gente las cruzaba en todas direcciones, si bien apenas se dirijian la palabra los transeuntes como no fuese para preguntar lo que iba á ser de Castilla ó para participar misteriosamente la nueva de que el infante don Sancho acababa de morir.

La tristeza se revelaba en el semblante de todos: los unos por que amaban sínceramente al desgraciado rey; otros por que temian que con la muerte de este se aumentase la dis-

cordia con las pretensiones que alegarian cada uno de los infantes para dar fuerza á su derecho á la corona, por mas que la justicia solo estuviese de parte del que tenia menos probabilidades de obtenerla.

Habíase agravado la enfermedad de don Alonso, y sin recursos la ciencia para salvarle la vida, ocupóse de la salvacion del alma, y con la resignacion y serenidad del que ha sufrido mucho, esperaba solamente el instante en que comparecer ante el Eterno á dar cuenta de sus acciones. Este instante se acercaba con rapidez. A su existencia le quedaban poquísimas horas. Grano tras grano caian los que de menuda arena encerraba un reloj que el sabio rey contemplaba desde su lecho de seda y oro. El ángel de su guarda, posado sobre su cabecera, le inspiraba la fé y la resignacion y abria el libro de las buenas obras del hombre-monarca para pedir un lugar en el Paraiso. Sin duda en aquel momento rogaba tambien el santo rey Fernando III para que se perdonasen á su hijo moribundo sus pecados.

Todo era calma, llanto y silencio en aquel lugar de agonía y de dolor. Algun suspiro, algun murmullo casi imperceptible solia cruzar la estancia dando mas tristeza y mas misterio á su sombrio interior.

El rostro de Alonso X estaba pálido, y su semblante no espresaba ningun sentimiento. De sus apagados ojos salian miradas vagas, inciertas, que causaban espanto. Por su entreabierta boca se escapaba un corrompido aliento, y su pecho se movia á impulsos de una respiracion breve y precipitada. El resto de su cuerpo estaba inmóvil, y pudiera decirse que el espíritu solo animaba ya su cabeza, dejándole el uso de la razon, aunque escitada en estremo.

Ante aquella frente venerable, rodeada de blancos cabellos, y en la que se veia estampado el sello de la muerte, se sentian impulsadas á inclinarse todas las frentes. Su autoridad era mas imponente en aquellos momentos en que iba á concluir para convertirse solo en idea de lo que fué.

Rodeaban el lecho algunos nobles, entre los cuales se ha-

liaba don Alonso Perez de Guzman. Su semblante, mas que ninguno, revelaba honda pena, y hubiérase dicho que queria prolongar la vida del moribundo con su afanosa mirada.

Mas bien que voz, leve gemido salió del pecho del rey, y volviendo trabajosamente sus ojos hácia Guzman, le dijo:

—Don Alonso, quiero hablarte, hacerte un encargo antes de morir.

Miráronse los cortesanos como preguntándose lo que debian hacer, y luego salieron de la habitacion, yendo á reunirse con muchos caballeros que habia en otra inmediata.

—¿Estamos solos? volvió á decir el rey.

—Sí, señor.

—Guzman, á los sacerdotes se les confiesan los pecados á la hora de la muerte; á los amigos se les manifiestan los sentimentos.

—Hablad, si lo teneis á bien, señor, contestó Guzman conmovido.

—Ya conocistes á doña Ines de Carbajal, repuso el monarca á la vez que se estremecia.

—Sí, señor.

—No ignoras la clase de relaciones que tuve con ella....

—Lo sé.

—Pues bien, de aquel amor hubo un hijo doña Ines.....

—Lo ignoraba, señor; pero adivino lo que quereis, y creo que puedo evitaros el trabajo de que me lo digais.

—Tal vez nó, amigo mio.

—Ese hijo, señor, solo en el mundo porque su madre debe haber muerto, ha sido protejido por vos, y no quereis que le falte un apoyo....

—Aceleras mi muerte, Guzman, interrumpió el rey haciendo un gesto como si hubiese sentido un dolor muy agudo.

—¡Que acelero vuestra muerte! contestó con asombro el señor de San Lúcar.

—Sí, la aceleras, porque sin saber lo que haces, me echas en cara el abandono en que he tenido á ese hijo.

—¿Le teneis abandonado?

—Sí, pero es preciso que sepas la causa para que dés el fallo. Su madre vive....

—¡Vive doña Ines!... ¿Y dónde se oculta que nadie ha vuelto á verla?

—En Sevilla quizás, porque no ha dejado de perseguirme un solo dia. Mi hijo, pues, no está huérfano: riquezas tiene porque ya sabes que su madre posee muchas, y está por ambas partes á cubierto de todo. Ninguna proteccion le he dispensado porque doña Iues solo admitia mi nombre para su hijo, ó de otra suerte nada queria. Como nunca quise reconocerlo, porque ya comprenderás las consecuencias que esto podria traer, y porque bastantes hijos ingratos me habia dado el cielo, educólo sin darle á conocer á su padre, é inculcándole un aborrecimiento hácia mi, que solo pudo inspirárselo su sed de venganza.

—¿Estais seguro de lo que decis, señor?

—Desgraciadamente es demasiado cierto. Lo sé por la misma doña lnes; ya te he dicho que no ha cesado de perseguirme.

—¿Mas cómo?...

—Desfigurando su rostro y su cuerpo, doña Ines no era otra que la famosa hechicera....

—¡Todo lo comprendo, señor!

—Bien, Guzman. Entonces solo me resta decirte una cosa. El hijo de doña Ines, mi hijo, sirve al infante como uno de sus mas acérrimos partidarios.....

—¡Qué sospecha, Dios mio! exclamó Guzman llevando las manos á su frente. ¿Conoceis á vuestro hijo?

—¿Por qué esa pregunta?

—¿Le conoceis, señor?

—Le he visto una sola vez, pero conservo el recuerdo de su persona como si ahora lo tuviese delante.

—Decidme como es.

—¿Pero qué te ocurre?

—Decídmelo, señor, que ahora lo sabreis.

—Es rubio y su rostro parece el de un ángel segun es de hermoso.

—Ojos azules, interrumpió Guzman; de formas tan delicadas como las de una muger y que parece imposible tenga fuerzas para llevar la pesada cota con que se cubre de piés a cabeza. En el combate maneja una pesada hacha con mas vigor que un gigante y con mas destreza que el mas aguerrido caballero.

—No le he visto en el combate, pero debe ser mi hijo.... ¡Ah!... ¿Con que es valiente, es tan bravo como hermoso?... ¡Ese es mi hijo! exclamó el rey sintiendo una secreta satisfaccion que alivió por un instante los dolores de su agonia. ¿Dónde lo has visto.

—¿Sabeis su nombre? repitió el caballero.

—Se llama Rodrigo.

—Sí, sí, es el mismo.

—Esplícate, Guzman.

—Le conocí en el cerco de Córdoba: allí ví á un mancebo con rostro de ángel, segando cabezas con un hacha enorme, y.... mi acero le hirió....

—¿Ha muerto?

—Vive por vuestra desdicha. Él fué el portador de la falsa nueva de la muerte de don Sancho; él aceleró los dias de vuestra existencia.... Despues me ha jurado que es inocente.... sí, lo creo; todo es obra de doña Ines.

—¡Despues!... Esplícate.

—Hace algunos dias que volvió á Sevilla, y no se aparta de la puerta del palacio, donde, siempre que entro ó salgo me pide que le traiga á vuestra presencia. Acompáñale una muger que será su madre; va cuidadosamente tapada. Ultimamente me ha dicho que si no se le permite la entrada arrollará soldados y caballeros por que á todo se halla dispuesto por veros antes de que dejeis este mundo.

—¿Sabrá que soy su padre?

—Seguramente, señor; por que aquellos ojos que en Córdoba ví chispeantes llenando de terror á los nuestros, derraman abundante llanto cuando os nombro, y me pide que le conduzca hasta vos con tanta humildad como arrogancia usó para retarme en la pelea.

—¿Y doña Ines?...

—El negro manto con que se tapa agítase á impulsos de un prolongado temblor; pero únicamente ha hablado cuando hace dos horas entré.

—¿Qué dijo? preguntó el rey con acento cada vez mas débil.

—A mí nada, señor. Al ver que era vana la súplica de su hijo, interrumpióle, diciéndole: «Verás al rey: si dentro de tres horas no han venido á buscarte de su parte, entrarás conmigo: ya sabe don Alonso X que para mí no hay ninguna puerta cerrada.»

El rey permaneció algunos instantes silencioso, y luego prosiguió:

—Guzman, quiero ver á mi hijo.

—Señor, vuestro estado....

—Quiero verlo por que al saber que soy su padre abandona á los rebeldes y viene á postrarse á mis pies....

—Temo, señor, que sus intenciones....

—Nada temas, Guzman. ¿No dices que llora, él tan valiente, cuando pronuncia mi nombre?

—Así es.

—Un hijo que llora y se está á la puerta de la casa de su padre un dia y otro dia.... Don Alonso, yo quiero que ese hijo reciba mi bendicion.

—¿Pero y doña Ines? ¿Olvidais que viene acompañado de su madre?

—Es verdad.... doña Ines.... me causa tanto miedo su presencia....

Guzman queria evitar aquella entrevista que debia ser muy dolorosa para el rey.

—Decis que esa muger os ha perseguido, que está ciega por la venganza....

—Sí, su sed de venganza es terrible....

—Ya veis, señor, que no es prudente recibirla en estos momentos. Tal vez, abusando de vuestra debilidad, quiera satisfacer ahora sus agravios. Si el aspecto del hijo me con-

mueve por su filial ternura, no así el de la madre que me infunde sospechas. Si él viniese solo.... Señor, algun proyecto abominable tienen quizás fraguado....

Volvió á quedar silencioso el monarca. El señor de San Lúcar tenia esperanzas de convencerle.

—Ha sido mucho el amor de doña Ines, prosiguió al fin el rey, y ante la muerte cuya mano siento ya sobre mi cabeza, no puede cometer una infamia.

—Por mucho que fuera el amor que os ha tenido, por vivo el recuerdo que de su pasion conserve, pensad que mas intenso debe ser el cariño que profese á su hijo, porque al cabo es madre, y así lo prueba con el estravio que le ha causado su deseo de que reconocieseis al fruto de vuestro amor. Para una madre no hay nada mas que su hijo, y mas si en él ha reconcentrado todas sus afecciones porque se ha visto aislada.

—Esa muger, Guzman, debe haber padecido mucho.... yo la he tratado quizás con demasiado desvio ó con exagerado rigor.... no tengo mi conciencia completamente tranquila, y quisiera que me perdonase....

—Señor, el sacerdote, en nombre del Eterno, os ha perdonado ya todos vuestros pecados.

—Guzman.... no estoy tranquilo....

—Exagerais.

—Y luego, mi hijo, tan noble, tan valiente.... un hijo que llora por su padre....

—¿Quién sabe, señor, si es fingido su duelo?

—Nó, estoy seguro de que ha sido víctima de la ceguedad de su madre, y de que apenas haya sabido que soy su padre, viene á pedirme la bendicion.

—Señor, ya le habeis visto traer una nueva falsa, tener bastante habilidad para engañarme, y no solo evitar un arreglo con don Sancho, sino acelerar vuestra hora postrera.

—Entonces ignoraria que yo era su padre.

—Sin embargo, señor, le he visto fingir tan bien, que desconfio de la verdad de su dolor.

El rey intentó hacer un esfuerzo.

—Guzman, quiero ver á mi hijo, quiero que me perdone doña Ines.

—Esa entrevista es peligrosa, señor, y os suplico que desistais....

—Guzman, repuso el monarca con el acento de un niño á quien la reflexion no convence, no estoy tranquilo, será mas amarga mi agonía.

—¿Y qué adelantareis? dijo el señor de San Lúcar haciendo el último esfuerzo para disuadirle. Doña Ines insistirá en que reconozcais á su hijo; os reconvendrá con mas aspereza que nunca, y entre tanto, la hora suprema vendrá y habreis gastado estos momentos tan preciosos....

—Por Dios, repitió el rey con acento que desgarraba el alma, por Dios, mi buen amigo, es la última gracia que pido á los hombres.... ¡ah! ¿me la negareis?

—¿Y cómo hacerles entrar sin que todos murmuren al ver á una tapada y á un plebeyo á vuestra cabecera en los instantes en que debian ocuparla los ministros de Dios?

La respiracion de don Alonso X se hacia mas trabajosa. Al cabo de alguuos momentos, y como despues de haber meditado las palabras de su favorito, contestó:

—Guzman, en esta habitacion hay una puerta secreta.... creo que la conoces.... que entren por ahí.... nadie lo sabrá, pero que entren.

—¿Estais decidido?.

—Sí, sí.... no te detengas, porque me resta muy poco de vida.... me atormentan mucho unas punzadas en el pecho que parece han de concluir pronto conmigo....

—Sea, dijo Guzman: pronto se verá satisfecho vuestro deseo.

Y acercándose á la mesa apoyó un dedo sobre uno de los adornos de plata que tenia en sus estremos, y al punto se abrió una puerta que habia cerca del mueble, y cuya existencia nadie hubiera sospechado.

Quedó solo el rey.

Fijó su mirada en el reloj de arena, y con ahogada voz dijo:

—¡Cómo pasais, menudos granos, acortando mi existencia! Así con mi aliento se escapa lentamente mi vida: parece que el espíritu se reduce, amengua con el tiempo que se va para no volver.... ¡El tiempo!... ¡cuanto vale!... El tiempo es el mayor tesoro, el único quizás que el hombre posee y del que puede disponer con mas libertad, y sin embargo, ni conoce su valor, ni lo aprovecha, hasta lo mira con desprecio y.... al fin de la vida llora su pérdida, lo vé lejos de si, quiere alcanzarlo su mano.... solo toca la muerte y oye una voz que le dice, «¿Qué has hecho del tiempo?»... ¡Ah!... Cuantas horas perdidas, cuantos años que se dejaron correr tan insensatamente como deja pasar, sin aprovecharlas, las aguas de un rio el labrador cuyas mieses se agotan por la falta de lluvia.... El tiempo y el pensamiento.... ¿A donde llegaria el hombre si aprovechase estos dos recursos?...

Suspendió, fatigado, su discurso y despues de dar á su pecho descanso y exhalar un gemido arrancado por el dolor, prosiguió:

—Parece que el aire me falta.... ¡ah!... Estas punzadas me atormentan horriblemente.... parece que la muerte me carcome el pecho con su negra guadaña.... ¡Qué horrible es la muerte y que grande es Dios!... ¡Oh!... me espanta su grandeza porque ahora la concibo mas claramente que nunca.... Tengo miedo....

Nuevamente dió tregua á su cansancio, y mirando á su alrededor estremecióse.

—No llega mi hijo para verlo llorar sobre mi pecho ahora que se agita con la agonía, ni viene doña Ines á perdonarme por las lágrimas que le he hecho derramar.... Tengo miedo....

Sacó lentamente sus crispadas manos de entre la ropa que cubria el lecho, y moviendo repetidas veces sus descarnados dedos como el ciego que intenta cojer un objeto que se le escapa de entre las manos, intentó moverse y prosiguió con voz apagada:

—Parece que una sombra sin forma alguna vaga en torno mio.... ¡Qué horror!... Me han dejado solo y tengo miedo... ¿Por qué me han dejado solo?... Ni amigos, ni esposa, ni hijos.... Hijos.... Sí, va á venir mi hijo, el único que hubiera sido buen hijo mio, el único que llora porque su padre muere, y sin embargo, lo he rechazado, le he negado mi nombre.... Yo quiero bendecirlo.... que venga.... es tan hermoso.... tan valiente!... ¡Oh!... ¡mi hijo!...

Sus fuerzas parecieron agotadas. Quedó inmóvil y silencioso, y su agitada respiracion, que producia en su pecho un sordo ronquido, era el único ruido que se percibia en la estancia.

Despedia el sol sus últimos rayos, y aquel aposento parecia oscurecerse poco á poco con la sombra proyectada por las negras alas de la muerte.

¡Cómo se conmueve el hombre cuando se encuentra junto al lecho donde otro espira! ¡Cómo, por animoso que sea, mira involuntariamente á su alrededor como temeroso de que la Parca corte el hilo de su vida á la vez que el del moribundo á quien contempla! ¿Puede espresarse la emocion que produce la vista de un hombre en su agonía? ¿Quién pintará lo que se siente al ver aquellos ojos sin brillo, desvirtuado el color de sus pupilas, que apénas se mueven, que se fijan afanosamente sin percibir nada? ¿Quién podrá decir lo que estremece el contacto de aquellas manos, asidas á la ropa como si quisiese evitar que la muerte lo arrancase del lecho para llevarlo al sepulcro? ¿Qué ruido estremece cómo el estertor de la agonía?

Abrióse de nuevo la oculta puerta y entró Guzman seguido de doña Ines y de Rodrigo.

Madre é hijo se precipitaron sobre el lecho. Besó este la helada frente de su padre, y ocultó aquella el rostro en el pecho en que tantas veces habia descansado su cabeza, embriagada de amor.

El llanto de Rodrigo, que bañó las mejillas del rey, pareció darle nuevas fuerzas.

—¡Es mi hijo! exclamó. Hijo mio, yo te bendigo.... ruega á tu madre que me perdone.....

—¡Ah, señor! dijo doña Ines dejando ver su semblante triste y sus negros ojos llenos de lágrimas. ¡Llamad hijo vuestro á mi hijo y dejaré de rogar por mi salvacion para pedir por la vuestra!... Me habeis dado la vida.... ¿Es verdad que no me he equivocado, que habeis dicho hijo mio?

Y el llanto desapareció de sus ojos, y su mirada se fijó en el rey de una manera tan penetrante, que este se estremeció.

—¡Padre mio! exclamó el doncel. ¡Perdonadme, os he dado la muerte pero no sabia que erais mi padre!

—No me has dado la muerte, mi vida se acababa ya; quien me la ha quitado ha sido otro, tu hermano....

—Señor, interrumpió doña Ines, vais á dar cuenta al Eterno de vuestras acciones; no olvideis que dejais en el mundo á un hijo abandonado, sin nombre, sin apoyo....

—Sin nombre, repitió el monarca, sin nombre....

—¿Qué quereis, señora?

—Un nombre para mi hijo, un padre.

—Un nombre..... un padre.....

—Madre mia, interrumpió el jóven, yo nada quiero sino el perdon de mi padre y su bendicion. Nobleza, la alcanzará mi brazo; el nombre me lo han dado ya mis hechos. «Hidalgo te llamarás» me dijo don Sancho; Hidalgo me llamaré si así lo quiere mi padre.

—Tu eres mi hijo, solo tú.... Si, Hidalgo por que en hidalguía nadie te iguala.

Secáronse las lágrimas en los ojos de doña Ines; y su semblante descompuesto se anubló súbitamente.

—Señor, dijo con tono sombrío, si no escuchais la voz del cielo que en este instante os ilumina, por último pesar me dareis la muerte y nuestro hijo, este hijo á quien conoce vuestro corazon, quedará solo en el mundo, abandonado de todos, despreciado...

—No, no, dijo el rey. ¿Quién despreciará á mi hijo, tan noble tan valiente?

—¿Quién?... El último villano que tenga un nombre por oscuro que sea; el mas abominable criminal que pueda decir quien es su padre....

—Tengo un brazo de hierro, madre mia, y, ¡ay de aquel que me mire con desprecio!

—Tu razon se estravia, Rodrigo. No le escucheis, señor: la nobleza de su alma le hace pensar mas en su dolor que en su felicidad. Miradlo, prosiguió con tono exaltado, miradlo, don Alonso, y sentireis el corazon lleno de amargura al pensar que es desgraciado. Es tan generoso como vos, como vos tan sabio y valiente.... ¡Ese es vuestro hijo!...

—Por Dios, señora, interrumpió el rey medio ahogado por la emocion. ¿No veis que acelerais mi agonia, robándome los instantes que me restan para contemplarle?

—¡Padre mio! exclamó el doncel, cubriéndose el rostro con las manos. ¿Por qué no os conocí antes?

Guzman, separado del lecho, mudo é inmóvil, contemplaba aquella escena de dolor y sentia el pecho oprimido. No se atrevia á interrumpirla; tanto respeto le infundia aquella madre infeliz que rogaba por su hijo, aquel hijo que lloraba por su padre, y este que para siempre se despedia del fruto de su mas tierna pasion.

La mirada de doña Ines era cada vez mas estraña; daban espanto sus hermosos ojos estremadamente abiertos y moviéndose sin cesar en todos sentidos. Sus mejillas estaban pálidas, y sobre su frente contraida caian algunos mechones de su descompuesta cabellera, cuyos negros rizos hacian mas sombrio y aterrador su oscurecido semblante.

—¡Don Alonso, don Alonso! exclamó inclinándosé hácia el enfermo y como queriéndole devorar con su penetrante mirada. ¡Se acerca la hora de la expiacion; la muerte os llama; reconoced á vuestro hijo!...

—¡Madre mia, por Dios, respetad su agonía!

—Reconocerle.... vos no comprendeis....

El rey no pudo proseguir: su voz se debilitaba por instantes, su vida acababa.

—¿No reconocísteis á otros bastardos? ¡Por vuestra salvacion!...

—Ya.... no puedo.... es tarde....

—¡Pues bien, un veneno acabará tambien con mi vida apenas hayais dejado de existir, y vos dareis cuenta al Eterno de mi crímen! dijo doña Ines.

—¡Madre mia!

—¡Oh!.... nó.... no lo hareis....

—¡Os lo juro por la salvacion de mi hijo á quien tanto amo!

—¿Qué haceis, señora? dijo Guzman con severo tono.

—Si impedís que reconozca á mi hijo, vos tambien sereis responsable de mi muerte, contestó doña Ines con el acento de quien ha perdido la razon.

Guzman la miró espantado, y su hijo se acercó á ella, procurando templar su exaltacion.

—¡Rey de Castilla! prosiguió, reconoce á tu hijo ó darás cuenta á Dios de un nuevo crímen!

La respiracion del monarca era ya tan agitada, pero tan leve. que parecia imposible que pudiese vivir muchos instantes.

—Sí, Ines, dijo con voz apenas perceptible, yo quiero..... reconocerlo.... pero no queda tiempo....

—Aun sobrará, repuso doña Ines.

Y sacando de su seno un pergamino, y acercando al rey una pluma, prosiguió:

—Aquí teneis el reconocimiento de nuestro hijo, firmad, firmad....

—Sí.... y me perdonareis....

—¡ Rogaré por vos toda mi vida! Tomad, señor, tomad.

Puso la pluma en la fria mano del rey, y ayudado de su hijo lo incorporó para que pudiera firmar. Un gemido en estremo doloroso salió de los secos labios del monarca, y la pluma se escapó de su mano.

—¡Un esfuerzo mas! exclamó desesperada doña Ines.

Y volvió á darle la pluma.



Y arrancando desesperada un mechon de sus negros cabellos, contempló al rey con espantados ojos.

Abrióse la puerta secreta y apareció una sombra; fuése acercando al lecho pausadamente, y la madre y el hijo dejaron escapar un grito de espanto.

—¡Pelayo! dijeron.

—Pelayo, repitió el rey, viene á maldecirme porque.... le robé.... su amor....

—¡Firmad.... vuestro hijo está aquí!....

—Firmaré....no veo.... luz.... aire.... Dios mio....

Abrió la mano, cayó de nuevo la pluma, é inclinando la cabeza murmuró:

—Mi hijo....Pelayo....

Y quedó sin movimiento. Apenas se percibia su respiracion.

Doña Ines dió un grito penetrante, y arrancando desesperada un mechon de sus negros cabellos, contempló al rey con espantados ojos.

Pelayo dejó caer su capucha, y mientras una lágrima salia de sus ojos, dijo acercándose á don Alonso:

—Si algun mal me habeis causado yo os perdono.

Rodrigo, entre tanto, miraba á su madre con tal afan que casi se habia olvidado de que su padre espiraba.

Guzman parecia una estátua. Sentia desgarrado el corazon y no sabia qué hacer ni qué decir.

Una carcajada estridente y horrible resonó en medio de aquel silencio sepulcral, é hizo estremecer hasta el mismo moribundo. Aquella carcajada que á todos llenó de pavor, habia salido de los labios de doña Ines, que con el semblante descompuesto, estendidos los brazos, las manos crispadas y chispeantes los ojos, exclamó:

—¡Padre.... un padre para mi hijo.... firmará!.... Miradlo.... es tan hermoso.... El rey de Castilla es su padre... Mirad.... mirad escrito su nombre.... allí hay un nombre... voy por él.... para mi hijo....

—¡Está loca! exclamaron á la vez Guzman y Pelayo.

—¡Loca! repitió Rodrigo, cayendo desplomado sobre el pavimento.

Las sombras de la noche envolvieron en sus impalpables y negros pliegues aquella escena de incomparable dolor. Reinó un profundo silencio, interrumpido tan solo por el estertor de la agonía que resonaba, como en profunda concavidad, en el pecho del sabio monarca.

Pelayo cogió en sus brazos robustos á Rodrigo, y dirigiéndose á la puerta secreta, dijo á Guzman:

—Seguidme y haced salir á esa muger.

Doña Ines no opuso resistencia, y solo preguntó:

—¿A dónde vamos?

—Con vuestro hijo.

Quedó sola la estancia, hasta que á poco rato volvió á entrar el señor de San Lúcar, seguido de un sacerdote.

Media hora despues, el rey don Alonso el décimo, llamado el Sábio, habia entregado su alma á Dios, despues de perdonar á todos sus enemigos.

FIN DE LA PARTE PRIMERA.

PARTE SEGUNDA.

DON SANCHO EL BRAVO.

CAPITULO I.

Por qué los habitantes de Toledo se apiñaban en sus estrechas calles.



Las calles de la imperial Toledo estaban llenas de un inmenso gentio, y por los alrededores de la catedral apenas podia transitarse. No habia balcon ó ventana en el camino de la iglesia mayor al alcázar real por donde no asomasen mas cabezas de las que permitia su anchura. Ni los tejados se veian libres, pues muchos atrevidos plebeyos, no teniendo otro sitio, se habian colocado sobre las negras pizarras que cubrian los edificios, para ver desde allí el espectáculo que llamaba la atencion de todo el pueblo.

Veíanse en confusa mezcla los ricos trajes de mil caballeros y los súcios tabardos ó las raidas capas de los menestrales. Al lado de un balcon donde ostentaba seis ú ocho damas hermosas sus trajes de rico brocado y sus adornos de brillante pedreria, asomaban por estrecha ventana las despeinadas cabezas y atezados rostros de algunas villanas ó los torbos ceños de viejos soldados.

En vano los hidalgos que transitaban en todas direcciones pretendian abrirse paso entre la multitud con su aire de ridícula autoridad y con la empuñadura de sus largas tizonas que clavaban en la espalda de los plebeyos para obligarles á apartarse; sus fuerzas se estrellaban contra aquella masa enorme de carne y hueso, que al sentirse atropellada, ó respondia con silbidos y burlas, ó se encolerizaba olvidando la clase á que pertenecia. Mas de una puñada habia hecho brotar sangre de la ancha nariz de un campesino ó de un menestral; mas de una vez relumbró una daga sobre aquel sinnúmero de cabezas, y mil voces chillonas de medrosas mugeres pidieron socorro; provocaciones, amenazas, ayes, risas y exclamaciones, todo se mezclaba para llenar el espacio con ese rumor que produce la reunion de todos los habitantes de un pueblo, y que se asemeja al eco del lejano huracan.

El espectáculo de que todos querian disfrutar era la larga procesion de caballeros y soldados, de pajes y escuderos, que acompañaba al rey don Sancho IV y á su esposa doña Maria, que en aquellos momentos se coronaban solemnemente en la catedral.

Eran las once de la mañana.

El sol abrasador de junio hacia correr gruesas gotas de sudor por los rostros de aquella curiosa concurrencia que hubiera consentido ahogarse de calor primero que abandonar las estrechas calles donde se apiñaba.

Amigos y contrarios del rey habian accedido á presenciar la fiesta, y se agitaban de uno en otro lado, jadeantes de fatiga, por colocarse en un sitio desde donde no perdieran el mas insignificante detalle del espectáculo, como si los

arrastrase el entusiasmo mas ardiente. En casos tales la curiosidad se sobrepone á todo otro sentimiento, y mientras el corazon de un enemigo maldice á la persona que es objeto de la atencion pública, recrea su vista con el esplendor de la fiesta, y aun á costa de un sacrificio acude presuroso á presenciar el triunfo, aparente ó verdadero, de aquel á quien aborrece de todas veras.

—No parece sino que habeis comprado la calle, segun os ensanchais, decia una escuálida vieja á un hombre, flaco tambien, de rostro imberbe á pesar de sus cuarenta años, y que movia de derecha á izquierda, cual si fuese un náipe animado, su larga, delgada y curva nariz.

—Mis brazos, contestaba el hombre, son parte de mi cuerpo, y así como vos, abuela gruñona, teneis los vuestros cruzados, á mí me agrada apoyar las manos en las caderas.

—Poco me importára vuestra postura si á pesar de ser tan flaco como los palos de una horca no ocupáseis el lugar de tres panzudos señores, no dejándome mover un solo dedo. El diablo cargue con vos, que así sois de desvergonzado como de feo.

—En poco aprecias la lengua cuando así la empleais, contestó amostazado el hombre, moviendo su larga nariz como la pantera que sacude su cola para dar una embestida.

—Calle el desvergonzado sino quiere saber lo que son mis uñas.

—Haya paz que es dia de regocijo, interrumpió otro hombre que á pesar del calor se embozaba cuidadosamente en una larga capa, no dejando ver mas que sus dos ojos verdes, redondos y pequeños, pero brillantes y espresivos.

—¿Regocijo decis, buen hombre? contestó el de la nariz. Bien lo haya el que lo desea.

—Amen. Vos, sin duda, no pareceis muy contento de la fiesta, repuso el de la capa, examinando á su interlocutor.

—Me es indiferente.

—Y sin embargo, acudis á ella.

—En algo ha de pasarse el tiempo; en nada tengo que ocuparme ahora.

—Por lo visto sois soldado, y la guerra os cansó ya.

—Fuí soldado, serví á quien me pagó, quien me pagó ya no existe, y mientras encuentro nuevo acomodo, me divierto con cualquiera cosa.

—Estariais al servicio de algun noble que en las pasadas contiendas....

—Estuve....en la guerra: allí maté y comí; ahora estoy junto á vos, y aunque satisfaga vuestra curiosidad no llenaré el estómago con vuestras preguntas.

—Os equivocais, contestó el otro sin mostrarse ofendido por el tono áspero de su interlocutor.

—¿Me equivoco?... Pues bien, convertid vuestras palabras en un trozo de venado ó en una gallina bien asada. Creo que vos, lo mismo que yo, andareis buscando la entrada del bolsillo de algun conspirador que os pague vuestras estocadas si las sabeis dar. ¿Me mirais como asombrado? ¿Os llama tal vez la atencion que así diga estas palabras de manera que todos las oigan? Lo hago porque me conviene; cuantos mas sepan que busco amo, y que soy hombre que para todo sirvo, mas pronto lo encontraré. Cuando sirvo á alguno mi boca no se abre; cuando estoy libre doy suelta á mi lengua con permiso de la horca donde probablemente acabaré mis hazañas.

Soltó una carcajada estrepitosa, y su nariz se movió repetidas veces.

—Si quereis ver convertidas mis palabras en un trozo de venado y en vino añejo, seguidme, dijo el de la capa acercándose al oido del aventurero.

Este le miró con desden.

—¿No quereis creerme? pues escuchad, repuso el otro haciendo sonar bajo su capa algunas monedas.

—Estoy convencido.

—Seguidme, puesto que os es indiferente la fiesta.

Perdiéronse entre la multitud que se agitaba impaciente porque la ceremonia se prolongaba.

Al fin creció el murmullo, volviéronse hácia un lado todas las cabezas, repitió millares de veces una misma pregunta, y respondiendo á ella el eco lejano de los clarines, oyóse decir por todas partes:

—Ya salen de la catedral, ya vienen.

Efectivamente, los reyes se dirijian al alcázar. La comitiva era numerosa.

Una música, compuesta en su mayor parte de dulzainas, clarines y tambores, abria la marcha. Seguia un numeroso piquete de arqueros cubiertos con espesas cotas de malla. Despues venia gran número de hidalgos, con brillantes armaduras, de los que estaban al servicio de S. A. Luego, representados por algunos de sus mas ancianos individuos, caminaban los labradores, los panaderos, los cardadores de lana, los curtidores, los fabricantes de telas de seda, y demas industrias que tenian el privilegio de asistir á estas ceremonias. Sus trajes eran humildes, pero se notaba el esmero y la limpieza que requeria tan solemne acto. Luego, otra larga fila de soldados, con partesanas al hombro, marchaban graves y sin perder un solo compás del toque de los tambores. Detrás, igual número de peones, con pesadas mazas, marcaban tambien el paso. Seguian los nobles, acompañados de numerosos pages y escuderos, ricamente vestidos, llevando respetuosamente los escudos de armas de sus señores y sus gruesas lanzas, y escoltados por otro piquete de arqueros. A alguna distancia, los principales caballeros del servicio de la casa del rey, llevaban, sobre un ovalado escudo, cubierto con rico tapete de seda y oro, la corona real. Con la cabeza erguida, grave y tranquilo el semblante y magestuoso continente, caminaba don Sancho, cubiertos sus hombros con el manto real. Vestia una larga túnica de terciopelo negro, ceñida con un cinturon de oro del que pendia su espada cuya empuñadura estaba cubierta de pedrería. A su lado iba doña María. Sus rasgados ojos estaban empañados por una sombra de tristeza que hacia mas interesante su proverbial hermosura. Vestia tambien un largo traje negro de seda; y un cordon de

oro que rodeaba su cintura, era el único adorno que brillaba en su persona. Un page llevaba el casco de acero y oro del rey, otro su lanza de dos hierros, y su alférez el estandarte real. Don Alonso Perez de Guzman, don Lope Diaz de Haro, su hijo, y otros poderosos señores, rodeaban á las régias personas. Rodrigo, como doncel del monarca, iba entre ellos. Su rostro pálido, su semblante triste, su lánguida mirada y sus indolentes movimientos, revelaban la honda pena que sentia. Nunca, sin embargo, habia aparecido tan bello, y eso que, como el rey, solo una sencilla túnica de negro terciopelo llevaba, sin mas adorno que un cinturon de brillante cuero del mismo color con broches de oro. Seguian, por último, á los pages de lanza, dos palafreneros que llevaban del diestro el caballo de batalla de S. A., cubierto de brillantes arneses de acero incrustado de oro, y otros criados que conducian una litera de esquisito trabajo. La marcha la cerraba una fuerte escolta de peones y caballos, precedidos de otra música.

Los gritos de «¡viva el rey!» y el repique de las campanas mezclado con el eco de las músicas llenaron el espacio; agitáronse los blancos pañuelos de las damas que habia en los balcones; aumentóse la confusion y el movimiento, y vióse á todos crecer un palmo al levantarse sobre las puntas de los piés para mirar por encima de la cabeza del que cada cual tenia delante. Todos, por supuesto, quedaron lo mismo, puesto que todos crecieron por igual.

A la una entraba el rey en el alcázar, y cuando se disponia á recibir los homenajes de sus cortesanos, acercósele Rodrigo y le dijo:

—Señor, si me lo permitís, me retiraré.

—¿Te sientes indispuesto? le preguntó don Sancho con cariño.

—No es nada.... el calor.... Quisiera que me diese el aire.

—Que te acompañe un escudero.

—Gracias, señor; solo deseo vuestro permiso.

—Lo tienes.

Salió del alcázar el doncel, y atravesando la calle con toda

la celeridad que permitia la mucha gento que la llenaba, entró por otra muy estrecha, con el semblante triste y oprimido el corazon.

Entre tanto, la reina doña Maria decia para sí:

—¡Irá á verla.. . es tan hermosa!



CAPITULO II.

Vuelve á sonar el arpa de Esther.



El hijo de doña Ines atravesó muchas calles, internándose en uno de los barrios mas estrechos de la ciudad. Parábase á veces, é inclinando la cabeza parecia absorto en tristes meditaciones, y luego, ó seguia con lento paso como dudoso del camino que debia tomar, ó marchaba con rapidez, enderezando su cuerpo y apretando los puños, como si el corage le llevase á tomar venganza de un enemigo. Cualquiera que fuesen las ideas distintas que le dominaban, produciendo semejantes cambios en su aspecto nada tranquilo, es la verdad que padecia mucho en aquellos momentos.

De esta manera anduvo cerca de media hora, y parándose al fin delante de una casa de modesta apariencia, penetró en el estrecho zaguan que le daba entrada. Iba ya á levantar la mano para llamar en la maciza puerta, cuando los sonidos de un arpa llegaron á sus oidos. Paróse el doncel entonces, quedando inmóvil como una estátua, y poniendo las manos sobre su corazon, que latia con violencia, escuchó atento las gratas armonias que se perdian en el espacio.

La música era suave, conmovedora y triste. Sus bien combinadas notas penetraban en lo mas recóndito del alma, y nadie hubiera podido resistir á su encanto ni dejar de sentirse arrastrado por su lánguida dulzura.

Sintió primero Rodrigo afluir á su cabeza toda su sangre; luego un convulsivo temblor agitó por largo rato sus miembros, y por último, una lágrima brotó de sus hermosos ojos, dejando una húmeda huella en sus blancas mejillas. Aquella lágrima parecia abrasarle el rostro, y estremecióse su diestra cuando sobre ella cayó para evaporarse luego.

¡Cuántas ideas se agolparon á la mente del doncel! ¡Cuántos recuerdos atormentaron su alma sensible!

—¡Esther! murmuró con acento triste. ¡Esther, mi único consuelo y mi tormento mayor, tú eres á la vez la estrella de mi esperanza y el negro abismo en que se precipitará mi porvenir!

Tras la primera lágrima arrancó otras muchas el mas intenso dolor, y representándose en su memoria á Esther, bella como una hourí, pura y ardiente de amor, y á su desgraciada madre, loca en su mejor edad, sintió el corazon desgarrado, transida el alma de pena, y llevó las manos á su tersa frente que parecia abrasarse.

El arpa despedia sus dulces acordes, pero cada vibracion aumentaba mas y mas la tristeza del doncel, y á no derramar abundante llanto hubiéranle ahogado tan violentas emociones.

—¡Madre mia, madre mia!... Te ha perdido el amor que me tienes, y el que siento por Esther me perderá.... ¡Negra

fortuna! ¿En qué os ofendí, Dios mio, para que así me castigueis?... ¡Oh!.... ¡compadeceos de mí!

Y elevando al cielo una mirada de tiernísima súplica, apoyóse contra la puerta porque apenas podia sostenerse.

Allí permaneció inmóvil, con el rostro oculto entre las manos, sin que pueda pintarse lo que en tales momentos pasaba en su interior.

Por fin cesó la música, y como quien despierta de un profundo sueño, así Rodrigo levantó pausadamente la cabeza, pasóse las manos por sus húmedos ojos, y mirando á todas partes dijo, despues de hacer un esfuerzo como si le aquejase algun dolor:

—No puedo separarme de aquí; en vano lucho por huir de ella; una fuerza mayor que mi voluntad me arrastra á su lado.

Luego llamó de una manera particular, y una voz dulce, mas dulce que los sonidos del arpa, preguntó:

—¿Quién va?

—Rodrigo, contestó el doncel, procurando componer el semblante y dar á su voz un acento tranquilo.

Oyóse un grito de alegría, y la puerta se abrió, apareciendo Esther, tan bella, tan llena de encantos, que solo la fantasía de un poeta pudiera representársela quizás.

Oprimió Rodrigo entre las suyas las manos de la judía, y estampando en ellas un ardiente beso, exclamó:

—¡Esther!

Sus ojos brillaron, y en aquel momento lo olvidó todo. El semblante de la doncella apareció tambien radiante de alegría.

Pasaron de allí á un aposento situado en el piso bajo de la casa. Su mueblage era sencillo y aun pobre, pero cuidadosamente arreglado. Algunos sitiales y cuatro ó seis cojines de tela de lana, bordados de lo mismo, una gran mesa de nogal, un pequeño armario de antiquísima construccion, y una lámpara de bronce que pendia del elevado techo, con mas el arpa, colocada en un rincon, era todo lo que se veia allí. La habitacion recibia luz por una puerta y dos ventanas que da-

ban al jardin. La puerta tenia una gran celosía por cuyos estrechos agujeros se deslizaba el aroma de las flores del jardin, pero por donde apenas podia penetrar algun rayo de sol. Las ventanas, tambien con celosías, estaban además cubiertas por anchas cortinas carmesíes de tupida tela de lana, apareciendo mas misterioso aquel recinto por su escasa claridad. Frente á la puerta del jardin habia otra que daba paso al dormitorio de Jonadab, y por este se entraba en el de su hijo que no tenia salida alguna sino por el de su padre.

Las faenas domésticas estaban á cargo de una vieja judía que tenia el encargo de vigilar escrupulosamente á Esther, sin permitir la entrada en la casa á persona alguna; pero desde que Rodrigo habia salvado de la horca ó de la hoguera á Jonadab, tenia franca entrada á todas horas, y se habia mandado á la doméstica que le dejase en completa libertad. Habia esta hecho algunas observaciones no muy fuera del caso, pero el anciano hebreo, qne no conocia otros sentimientos nobles que el de la gratitud y el del cariño que profesaba á su hija, no tomó en consideracion las palabras de la vieja, convencido de que el mancebo, tan noble y generoso, no abusaria jamas de las ventajas de su posicion, mucho mas cuando estas ventajas se las habia dado la misma persona de quien podia abusar.

—No me habria salvado la vida para quitarme el honor, decia.

Así pues, Rodrigo, aprovechándose de la libertad que se le concedia, hacia frecuentes visitas á la casa, y en muchas de ellas hallaba sola á Esther. Como en otras ocasiones, en esta encontráronse sin testigos los amantes, pues la vieja doméstica, cumpliendo con las órdenes que tenia, no se dejaba ver, y solo se concretaba á escuchar disimuladamente si podia.

A pesar del propósito hecho por Esther y Rodrigo, y del convencimiento que tenian de cuán funesto podia serles su amor, dejáronse arrastrar por él, y olvidando, cuando estaban el uno junto al otro, de que jamas podrian unirse porque los separaba su religion, entregábanse á las gratas emociones de

28

su cariño, llegando su pasion, como era consiguiente, al último grado de su intensidad. Empero el doncel habia respetado en todas ocasiones la pureza de la judia.

Sentada esta en un sillon, y á sus piés, sobre dos cojines, el mancebo, tras una mirada de indefinible ternura, palabras mas tiernas se cruzaron.

—¿Qué seria de mí, querida Esther, si no tuviese el consuelo de estar á tu lado algunos de los momentos de las tristes horas de mi vida?

—Rodrigo, olvídate ahora de todo, da tregua á tu dolor. Ten esperanza: tras estos amargos dias, otros de dicha vendrán.

—¡Dicha! Para mí no puede haberla. Loca mi infeliz madre, mientras viva, mi tormento no puede cesar, y cuando muera, un nuevo dolor vendrá á atormentarme. Tu amor es mi única dicha ahora, pero la dicha de un sueño del que al fin habré de despertar. No puedes ser mia, y la felicidad de nuestro amor me la da mi estrella para que sea mi mayor amargura. ¿Cómo tener esperanza?

—Rodrigo, deja el porvenir para cuando llegue. ¿No te basta hoy mi amor para ser dichoso?

—Sí, Esther; cuando estoy á tu lado, tu amor solo es bastante, porque al contemplar tus ojos, al escuchar tus palabras ó al estampar en tus manos un beso, todo lo olvido; pero lejos de tí, cuando no estoy bajo la grata influencia de tus palabras, cuando no está mi alma pendiente de tus labios al escuchar tu acento, entonces recuerdo cuanto he sufrido, veo á mi madre loca, y pienso lo que me espera cuando me haya separado para siempre de tí.

—¡Separarnos! dijo la judía estremeciéndose. ¿Y por qué hemos de separarnos? ¿Quién nos impide, como ahora, estar el uno junto al otro, y consolarnos mútuamente? Te quejas de tu suerte y yo bendigo la mia. La casualidad puso en tus manos la vida de mi padre, se la salvastes generosamente, y él, agradecido, te permite entrar en su casa cuando nadie penetró nunca en ella. Nada mas ambiciono.

Una mirada ardiente, llena de pasion, fué la respuesta del jóven. Oprimió con entusiasmo las manos de la doncella, y empañáronse los ojos de esta para brillar luego mas.

—¡Qué feliz soy, Rodrigo! porque tú, ¿me amas tanto como yo te amo? ¿No es verdad?

—¡Que si te amo!... tanto, Esther, que la pasion me enloquece; y si mas fuera mi amor no podria soportarlo, me mataria. Por eso creo que te adoro cuanto el hombre puede adorar. No hay luz como la de tus ojos, no hay perfume como el de tu aliento. Cuando te veo alguna mañana, acariciado tu rostro por la brisa, en medio de las pintadas flores del jardin.....

—Rodrigo, interrumpió la jóven estremeciéndose.

Miróla este con sorpresa.

—¿Qué tienes? le preguntó.

—Nada, es una aprension.... pero.... al nombrar el jardin me has recordado.....

—¿Qué?

—Ya sabes que nada te oculto, y aun cuando será ilusion mia, sin embargo, para que disipes mis temores.....

—Acaba, Esther, repuso con afan el mancebo.

—Hace dos dias, que paseando á la caida de la tarde por el jardin, cuando ya apenas brillaban los últimos crepúsculos, levanté la cabeza y creí ver sobre la tápia una cosa que me pareció el rostro de un hombre, cuyos brillantes ojos tenian fijos en mí una mirada penetrante. Sobrecogida de terror, y sin tener bastante serenidad para examinar lo que me habia parecido ver, dí un grito y me entré aquí cerrando la puerta.

—¿Y luego?

—Luego, nada hasta ayer, que, ya mas sosegada, quise convencerme de si me habia equivocado, y á la misma hora, y procurando que mi padre no se apercibiese de nada, miré por la celosía de una de esas ventanas, y....

—¿Te habias equivocado? volvió á preguntar Rodrigo á la vez que sus ojos brillaban.

—Aun no lo sé, ó mejor dicho, no he podido convencerme, porque creo que el miedo produce esta ilusion; pero juraria que brillaban los mismos ojos y que su afanosa mirada recorria el jardin.

—¿Y permaneció allí mucho tiempo?

—No lo sé. Aun cerrada la puerta y estando en casa mi padre, apoderóse de mi tal pavor, que cerré apresuradamente la ventana y me retiré á mi dormitorio.

—Yo sabré si te has equivocado, dijo impetuosamente Rodrigo. Esta tarde me ocultaré en el zaguan de alguna casa vecina, y desde allí observaré lo que pasa. ¡Desgraciado del que se atreva á poner sus ojos en tí!

—Rodrigo, me da miedo tu arrebato. No será nada. Como siempre estoy sola mi imaginacion se estravia y es fácil que en un momento en que estuviera absorta en cualquiera idea, turbada mi vista por mi misma distraccion creyera ver lo que no existia.

—Sí, pero ayer ya estabas preparada y no pudiste engañarte.

—No estoy segura, porque lo avanzado de la hora que apenas permitia distinguir confusamente los objetos á alguna distancia, y el miedo, pudieron engañarme segunda vez.

—¡Quiera el cielo que así sea!

—Sin embargo, observa esta tarde, porque así quedarás tú satisfecho y yo tranquila.

—Lo haré. Pero dime, ¿no recuerdas si alguna vez cualquier hombre ha mostrado interesarle tu belleza?

—Despues de mi padre, creo que solo tú, don Sancho y el capuchino son los únicos hombres que me han visto el rostro. Siempre encerrada, las pocas veces que he salido iba cubierta con un espeso velo que casi no me dejaba ver el camino que seguia. Solo cuando vinimos á Toledo, sofocada por el calor en la estrechez de la litera, me descubrí, y como alguno de los que pasaban por la calle, al bajar para entrar en casa, no reparase en mi persona, ignoro como pueda haber sido: y aun de esa manera no pude tan instantáneamente interesarle.

—¿Cuánto tiempo te contemplé para adorarte? Ya sabes, Esther, que un solo momento bastó para encender mi pecho.

—Es verdad, y.... Nada mas puedo decirte: ignoro si hay quien piense en mí como no seas tú ó mi padre.

—Es preciso averiguarlo, dijo el doncel levantándose y dando algunos pasos con aire pensativo. Si quieren robarme mi amor, la única felicidad de mi vida....¡Oh!...

Apretó los puños, y sus dientes rechinaron.

—¿A qué atormentarse antes de saber si ha sido todo una ilusion?

—No, Esther, soy muy desgraciado, y de seguro mi fatal estrella no me dejará gozar mucho tiempo tanta dicha.

—Tranquilízate, Rodrigo, y ten mas confianza en la fortuna. Pocas horas faltan para convencernos de la verdad: aguarda hasta entonces para quejarte de tu suerte.

Siguióse un corto silencio, y el doncel dijo luego:

—Esther, debo abandonarte porque mi madre espera mis consuelos. Si esta noche no vuelvo, duerme tranquila, porque será señal de que nada tienes que temer. Si algun peligro te amenaza vendré á prevenirte despues de castigar al atrevido que te persigue, si es que con su vida no paga su pasion.

—No te espongas, Rodrigo.

—No tengas cuidado por mí.

—Si algo hay, y el que trepa por las tapias de tu jardin se me escapa, entraré.

—El cielo te proteja.

—A Dios, Esther, mi consuelo.

Volvió Rodrigo á besar las tersas manos de la judía, y salió.

—¡Cuánto le amo! exclamó la hechicera jóven, despues de quedar sola, con un acento de tan vehemente pasion, que sin duda en aquel instante debió sentir abrasado el pecho y trastornada la mente.

Luego se dejó caer en el sillon de que se habia levantado para despedir á su amante, y reclinando lánguidamente en su respaldo la cabeza, entreabiertos los labios y húmedos los ojos, quedó inmóvil.



CAPITULO III.

De cómo faltó poco para que la locura de doña Ines volviese tambien loco á Rodrigo..



HABITABAN doña Ines y su hijo una gran casa que casi podia llamarse palacio, segun era de sólida su construccion y de espaciosas sus habitaciones, cuya magnificencia en todos sentidos les daban un aspecto verdaderamente regio.

Aquella casa era la que en tiempos mas felices habitó doña Ines en compañía de su buena madre, y como eran muchas sus riquezas y vivian con no comun ostentacion, los salones eran suntuosos, de gran precio el mueblaje, y todo, en fin, de inusitado lujo.

Esta casa tenia comunicacion subterránea con la conocida por el *Nido de la hechicera,* pero nunca la habia visto Rodrigo porque pasó sus primeros años en la de un antiguo mayordomo de la madre de doña Ines, buen hidalgo, hombre de claro entendimiento, y que habia dado pruebas de mucho valor al lado del señor de Carbajal, mostrándole á la vez una adhesion sin límites.

Cuando doña Ines no pudo ocultar á su hijo quien era, y todo, en fin, se descubrió, conoció la casa, qne como otras muchas, fué propiedad de sus abuelos, y vino á habitarla con su madre.

El sol parecia tocar las cumbres de las montañas para ocultarse luego tras ellas y dejar que el cándido rostro de la luna se mostrase apacible á los hombres en las horas del reposo nocturno. Brillaban con inciertos y fugitivos reflejos algunas de las pulidas pizarras que cubrian los puntiagudos campanarios de la imperial ciudad. Volaban las aves en busca de sus nidos, y el celoso gallo despedia en la campiña los últimos resplandores de la tarde para recoger su *harem* y entregarse al sueño. Recogian sus rústicas herramientas los labradores, y los mas devotos cristianos se encaminaban á sus casas para rezar y bendecir su cena. Tras el movimiento y ruido de la mañana, producido por la solemne fiesta de la coronacion, la calma se sucedia. Advertíase en los semblantes de todos esa espresion de cansancio agradable que produce la agitacion de tales funciones, y satisfechos por haber presenciado un espectáculo de que rara vez gozaban, hablábase en todas partes de lo que se habia visto, repitiéndolo mil veces, y encontrando siempre á su narracion la novedad de una cosa estraña.

Y al decir que se hablaba en todas partes de la funcion, no lo hacemos en un sentido tan absoluto que no quepan escepciones, pues vamos á presentar al lector dos personas, que ni se ocupaban de la coronacion, ni mostraban en sus semblantes la satisfaccion de haber gozado del espectáculo.

Nos referimos á doña Ines y á su hijo.

Venga el lector, si quiere, á un espacioso salon de aboveda-do techo de piedra, modelo del arte por su sólida construccion y por el mérito de los preciosos relieves que le adornaban. Los muebles correspondian á la suntuosidad del edificio. Grandes sillones de ébano con remates de plata y asientos de terciopelo azul, ricos armarios de concha y nácar, y anchos cortinajes que caian en desiguales pliegues sobre el pavimento de mármol blanco, constituian el adorno de aquella estancia verdaderamente regia.

Tres anchas ventanas con celosías daban paso á los últi-mos rayos del sol. En la pared de enfrente dos puertas, y en una de las laterales otra, comunicaban con las demas habitaciones.

Reinaba el mas profundo silencio, interrumpido solo por la respiracion de doña Ines y de Rodrigo, que ocupaban dos de los anchos sillones.

El rostro de la madre estaba pálido y habia enflaquecido aunque poco. Caian sobre su hermosa frente algunos rizos de sus mal peinados cabellos. Sus ojos, estremadamente abiertos, brillaban mas que de costumbre, y sus pupilas no cesaban un instante de moverse en todas direcciones, sin fi-jar sus ardientes y penetrantes miradas en ningun objeto mas de un segundo. De vez en cuando sus labios se movian como si hablase, pero no pronunciaba una palabra, ó á lo mas un leve murmullo salia de ellos. Agitaba sin concierto sus dedos con bastante rapidez como si entretegiese los hilos de una trenza, ó cerrando los puños se la veia hacer un esfuerzo es-traordinario. Ya una sonrisa que causaba, mas que alegria, miedo, dilataba su boca, dejando ver sus blanquísimos dien-tes, ya se oscurecia su semblante, marcándose dos profundas arrugas en su entrecejo, y cerraba los ojos para abrirlos des-pues y mirar con mayor estravío. Por una contraccion de su cuello, se veia su cabeza muy cerca de los hombros, y su ta-lle, ligeramente encorvado como el que tiene miedo, no se enderezaba ni le permitia descansar sobre el respaldo del sillon. El trastorno de sus facciones, sus espantados ojos y

su errante mirada, y la espresion casi feroz de su semblante, le hacian presentar un aspecto que inspiraba á la vez terror y compasion.

Rodrigo, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados, la miraba como se pudiera mirar al ángel de nuestra guarda si lo viésemos abandonanros. Revelaba su semblante el dolor mas profundo. Largo rato permaneció en la misma postura, y luego, separando la vista de su madre, la fijó en una de las ventanas.

Despedia el sol sus últimos resplandores, y el doncel, al ver que la noche se acercaba, y que quizas correria algun peligro Esther, hizo un movimiento de impaciencia y examinó el semblante de su madre como para conocer si el momento era oportuno.

Doña Ines no habia permitido á su hijo moverse de su lado, poniéndose furiosa cuando intentaba marcharse, y temia este no poder vencer semejante manía. Como fueron inútiles sus ruegos y sus razones, pensó salir sin decirla una palabra, á ver si por este medio lo conseguia. Levantóse, pues, pero antes de que diese un solo paso, fijó su madre en él una centellante mirada, y exclamó con destemplado acento:

—¡Rodrigo, no te vayas! Me despedazará....

—Madre mia, le contestó el doncel acercándose y besándola con cariño, dejadme salir un momento, no mas que un momento y volveré á vuestro lado.

—¿Pero no lo ves?... Es como un gigante y me matará porque dice que me he vengado, y se llevará el pergamino y ya no tendrás nombre.... Ya no se parece.... nó.... ¿te acuerdas? me decia ¡te adoro!... y yo.... Nó.... tú no puedes acordarte... ¡Me amenaza, Rodrigo! me amenaza y se acerca.... defiéndeme!

Y asió con sus manos fuertemente la túnica de su hijo.

—Nada temais, madre mia; os acompañarán dos, cuatro, seis criados, todos los de la casa.

—Nó, Rodrigo, los criados son mala defensa porque se dejan vencer por el oro. Blanca abrió las puertas por el oro:

abrió esa misma, y tambien aquella por donde se va á mi dormitorio, donde entonces dormia y donde ahora duermo.... Nó; ahora no duermo porque aun no ha llegado la noche.... hace mucho tiempo que no ha llegado la noche porque yo no duermo.... ya llegará....

—Sí, llegará, pero tranquilizaos, soltad mis vestidos.

—¿Te tengo cogido?.... Sí.... no me acordaba.... voy á soltarte.... pero te irás, me abandonarás.... ¿Por qué quieres abandonar á tu madre que tanto te ama?.... Te he tenido en mis entrañas, eres mi hijo. Tú no amarás á nadie tanto como á mí, ¿no es verdad?.... Eres mi hijo.

Rodrigo sentia desgarrado el corazon, y hacia grandes esfuerzos porque el llanto no asomase á sus ojos. La pobre loca habia dicho una gran verdad: á una madre no se la abandona por nadie.

—No me iré, pero soltad.

—Siéntate aquí á mi lado para que yo pueda tenerte cojido. Tengo miedo.

—Descuidad, no me iré, me sentaré á vuestro lado, pero así no puedo.

—Quieres engañarme.

—Nó, madre mia.

—Siéntate.... Mira si puedes, aunque yo tenga entre mis manos tu vestido.

El toque de oraciones hizo al mancebo dirigir una nueva mirada á la ventana. Los muros del jardin de Esther se escalaban quizá en aquellos momentos. Difícil y angustiosa era la situacion del jóven: su amada estaba en peligro y era preciso correr en su ayuda; empero á una madre no se la abandona por nadie. Estas palabras habian quedado grabadas profundamente en su corazon, en donde luchaban dos amores, santo el uno, ardiente el otro.

—La noche ha cerrado, dijo Rodrigo con turbado acento, y voy á mandar que entren luces.

—No es menester; mis criados no necesitan esa órden porque saben cumplir con sus deberes.

—Ya veis que no entran y estamos casi á oscuras, repuso el jóven.

Y cogiendo entre las suyas las manos de su madre, intentó abrirlas para quedar libre.

—Déjame, Rodrigo, soy tu madre. ¿No sabes que las manos de un hijo no pueden luchar con las de su madre sin que el infierno las abrase despues para castigarlas?

El mancebo se estremeció.

Abrióse la puerta y dos criados entraron con dos grandes lámparas de plata, cuya luz inundó con sus resplandores el salon, volviendo á salir despues de hacer una profunda reverencia.

—¿Lo ves, Rodrigo? Ya hay luz. Los criados de doña Ines de Carbajal no son los de un hidalgüelo de aldea. Siéntate; quiero contarte lo que he soñado.... sí, porque hace poco soñaba.

Sentóse Rodrigo con aparente resignacion, pero sentia levantarse en su alma una borrasca terrible. Si su madre persistia en el empeño de no dejarle salir, ¿cómo podria ir en socorro de Esther á quien quizas se preparaba un lazo infame? ¿Y cómo atormentar á la infeliz demente contrariando con la fuerza su tenaz manía? ¿Si su hijo no la consolaba, no calmaba sus arrebatos, quien endulzaria su, mas que ninguna, triste situacion? ¿Qué le quedaba ya en el mundo?

Todas estas consideraciones atormentaban al doncel, y exaltaban su imaginacion.

—¡Dios mio, decia para sí, sacadme de esta violenta situacion! El deber no me permite separarme de mi madre, mientras que el honor y mi pasion, harto desgraciada, me llaman imperiosamente cerca de Esther. ¿Con cuánta justicia no me reconvendrá aquella de las dos á quien falte? ¿Y qué puede mi voluntad contra el imposible?

—Dime, hijo mio, prosiguió la loca, ¿guardas tú el pergamino?

—Sí, lo guardo cuidadosamente.

—¿No me engañas?

—¿Quereis verlo? contestó el doncel, creyendo que se le presentaba un medio para salir. Os lo traeré.

—Sí, tráelo, quiero verlo.

Pero al levantarse Rodrigo, le detuvo su madre.

—No te vayas, dijo. Me amenaza otra vez.

—Voy por el pergamino.

—¿El pergamino?... No te comprendo.... Sí, ya sé; pero era mas de uno. El pobre judio no pudo desempeñar su encargo; tu valor y tu astucia desbarataron el plan de don Alonso.... yo le dije que tú podias salvarle ó perderle, se burló de mí, y.... lo vencimos....

Soltó una carcajada horrible que estremeció á Rodrigo.

—No os hablo de eso, madre mia. ¿Quereis ver el pergamino donde está mi nombre?

—Sí, quisiera verlo, pero no puede ser; se lo llevó un ángel..... Míralo.... Nó, no lo mires, está allí el fantasma negro....

—Es ilusion vuestra, el pergamino lo tengo yo; voy por él.

—Nó, Rodrigo; si sales de aquí me arrancaré los ojos para no ver la sombra. Háblame del judio, de su hija... es tan hermosa!...

—¡Su hija! repitió el mancebo iluminado de súbito por una idea que creyó feliz.

—¿La has visto?

—Sí, la he visto, y en este instante la amenaza un gran peligro, y solo yo puedo salvarla.

—¡Un gran peligro! corre á defenderla, no la abandones, cumple como caballero....

Los ojos de Rodrigo brillaron de alegría.

—¡Es preciso salvarla! exclamó á la vez que intentaba levantarse.

Su madre le sujetó con fuerza.

—No te vayas.

—Peligra la vida y el honor de Esther.

—Pero si me dejas me despedazará el fantasma. ¿A quién prefieres?

—¡Por Dios, madre mia! dijo el doncel cayendo de nuevo abatido:

—¿A quién prefieres?

—Vos no os veis amenazada de ningun riesgo: estais en vuestra casa; velan por vuestra seguridad todos vuestros servidores, y Esther, tan hermosa, tan pura....

—¿Y el fantasma?.... Mira como agita los brazos.... ¡Rodrigo, Rodrigo, defiéndeme, hazle salir!...

—¡Calmaos, madre mia! ¿Quereis que vengan algunos criados para que esteis mas tranquila?

—Nó, porque ayudarian á despedazarme. Contigo no tengo miedo. ¿Quién puede aventajarte en fuerzas ni en valor? Tú no te separarás de mí porque soy tu madre y me amas mucho. ¿No es cierto que á nadie quieres como á tu madre?... Acércate y besaré tu frente.

Los helados labios de doña Ines se estamparon en la abrasada frente de su hijo, mientras que este exhalaba un suspiro y derramaba una lágrima de ternura y de dolor.

—¡Dios mio! murmuró. ¡Mi cabeza se arde, mi corazon quiere saltar del pecho!... ¡Compadeceos de mí!

—¿Qué dices, Rodrigo?

—Que os amo mucho, madre mia.

—Sí, mucho, mucho.... ¡Qué feliz soy cuando te tengo abrazado!

Y la pobre loca, con los ojos chispeantes de fanática alegría, rodeó sus brazos al cuello de su hijo y quedó inmóvil.

—¿Perderé como ella mi razon? volvió á murmurar el doncel desesperado ya.

Y efectivamente, su cabeza parecia encerrar un volcan, y su corazon palpitaba con tanta fuerza, que se notaban fácilmente sus violentos latidos en el movimiento de su pecho.

Avanzaba la noche; el cielo estaba salpicado de brillantes estrellas, y la luna parecia contemplar á los que dormian tranquilos, consolar á los que velaban llorando, y espiar á los que

convierten la noche en su dia de sangriento ó de impuro festin.

Pasóse mas de una hora de profundo silencio, durante la cual, doña Ines parecia absorta contemplando á su hijo, y este ensangrentaba sus blancas manos con sus mismas uñas á fuerza de apretar convulsivamente los puños á impulsos del despecho, del dolor y la amargura.

Cuanto padeció el alma del jóven en este tiempo, es imposible que lo hagamos comprender; solo diremos que otro espíritu mas débil hubiera sucumbido á tan horrible y desesperada lucha.

¿Qué era de Esther? ¿Dormia tranquilamente ó era víctima de alguna infame traicion? ¿No habia motivo para temer por ella? ¿Si algun peligro corria y se la podia prestar socorro, llegaria este ya tarde? Volaban los instantes en que se cometia, quizas, impunemente un crímen, y era imposible evitarlo cuando sobraba el valor, la fuerza y el deseo.

Esto pensaba el desdichado jóven y cada vez sentia mas agitado su pecho y mas trastornada su razon. Sin poder contenerse ya, exaltado por una voz secreta que le decia «¡salva á Esther!» exclamó con arrebatado acento:

—¡Madre mia, Esther me llama, vos sois generosa, no la dejeis perecer, dejadme que vaya á socorrerla.

—¿Esther? dijo la loca como quien despierta de un sueño. ¿Y qué va á sucederle?

—Peligra su honor, su vida y con ella la mia: si muere, moriré. ¡Dejadme, pues, salir, que la salve, que me salve á mí mismo!

Soltó doña Ines á Rodrigo, clavando en él una mirada penetrante.

—¡Morir tú!... Nó, imposible, me engañas. Tú no morirás ni tampoco Esther.

—¡Sí, madre mia, y vos nos matareis!

—¡Yo! exclamó la loca con sorda voz.

—¡Vos, porque no quereis dejarme partir!

—¡Oh, nó, yo nó!... ¡Vete, Rodrigo, vete, que yo lucharé con el fantasma!

—Desechad esa horrible idea.

—Vete, Rodrigo, y que entre un escudero.

El recuerdo de Esther decidió al mancebo á dejar á su madre, y levantándose y dándole un tierno beso se dirijió á una de las puertas.

—Adios, hijo mio.... ruega al cielo por mí porque ya no me verás otra vez.... ¡Huye.... quieres ahogarme!... ¡Socorredme!...

Levantóse y estendió los brazos.

—¡Ya se acerca! gritó. ¡No me despedaces!....

Y cayendo de nuevo en el sillon, asió fuertemente dos mechones de sus erizados cabellos, cerró los ojos y dejó escapar un grito de espanto, tan penetrante y prolongado, que Rodrigo no tuvo valor para abrir la puerta, y volvió casi maquinalmente en socorro de su madre.

—¡Tranquilizaos! exclamó. ¡Aquí estoy!

—Me ahoga, prosiguió doña Ines con voz comprimida; me ahoga.... me oprime el pecho....

—Tranquilizaos, madre mia; estoy á vuestro lado para defenderos.

—Ya es tarde.... me ahoga.... no puedo respirar.... sus dedos se clavan en mi garganta.... ¡Qué horror!... ¡Dios mio!... ¡Socorro.... Rodrigo!...

El doncel, loco de desesperacion, elevó al cielo una mirada entre suplicante y terrible, y exclamó con desgarrador acento:

—¡Dios mio.... compasion ó no respondo de mi existencia!

Doña Ines se estremeció tan violentamente, que á no sujetarla su hijo hubiese venido al suelo. Tras aquella sacudida repentina dejó escapar otro grito, y luego, levantando la cabeza y abriendo los ojos, una risa sardónica, que concluyó en estrepitosa y horrible carcajada, salió de su boca. Tornó á agitarse su cuerpo; repitiéronse las nerviosas risas mezcladas con gritos de espanto, y una fuerte convulsion puso en movimiento sus miembros todos.



¡Dios mio.... compasion ó no respondo de mi existencia!

Rodrigo llamó á algunos criados, pero apenas entre todos podian resistir ni contener los sacudimientos de aquel cuerpo tan débil en apariencia.

Cerca de un cuarto de hora permaneció doña Ines en aquel estado, y calmada poco á poco la escitacion, quedó al fin rendida, inmóvil y perdido el conocimiento.

Trasladáronla entonces á una mullida y lujosa cama, y el doncel, acordándose de que yendo á casa de Jonadab podia, á la vez que avisar á este para que prestase á su madre los auxilios de la ciencia, ver si Esther corria algun peligro, salió, opreso el corazon de dolor y de coraje.

—¡Esther, Esther! ¿Qué habrá sido de tí, qué será de mi madre, qué de mí? exclamaba á la vez que corria por las estrechas y tortuosas calles de la ciudad.



CAPITULO IV.

Lo que sucedia en casa de Esther mientras doña Ines y su hijo luchaban con sus distintas locuras de miedo y de amor.



La noche estaba bastante avanzada, es decir, serian las once.

En la estrecha calle donde Jonadab tenia su vivienda no penetraba el reflejo de la luna, y como ningun otro resplandor la iluminaba, la oscuridad era densa hasta el punto de no poder distinguir á una persona á diez pasos de distancia.

Cinco hombres entraron en la calle; dos conducian una litera, y los otros tres hablaban á media voz, aunque bien podian comprenderse sus palabras.

—Ya sabes, Pedro, decia el mas alto, que si te han engañado pagarás tu torpeza con el pescuezo.

—Descuidad, señor. La vieja judía no se hubiera atrevido á darme semejante chasco por la misma razon que yo no me atreveria á dároslo á vos, es decir, porque antes de que me mandaseis ahorcar la ahorcaria yo á ella. Si teneis confianza en vuestro narcótico todo está hecho.

—Por esa parte no hay cuidado, y aun si faltara á su virtud, ya sabeis que puede suplirse con una mordaza, y en último caso con un puñal; pero esto en el último apuro, cuando no hubiese otro medio. Teneis ambas cosas, buenos puños y mejores ánimos, y por consiguiente, justo es que la responsabilidad del éxito sea toda vuestra.

—Teneis razon, dijo el que hasta entonces habia callado. Por mi parte acepto esa responsabilidad, pero con una escepcion.

—¿Cuál?

—La de que no tengamos que habérnoslas con el amante.

—¿Le teneis miedo?

—No sé lo que es miedo, pero sí lo que son sus manecitas de dama y sus ojos dulces. Ya se conoce, señor, que vos no le habeis visto echar fuego por aquellos ojos y derribar hombres con aquellas manos.

—Sois dos, somos tres en caso de apuro.

—Aunque fuésemos seis. Lo conozco hace mucho tiempo, lo he visto pelear, y la última vez, en el cerco de Córdoba.... ¡vive Dios!... lo mismo levantaba los hombres y los arrojaba desde el muro al foso....

—Repito que tienes miedo.

—¿Miedo? ¡Por Satanás y el alma de mi abuela que son una misma cosa, si me encuentro con el mancebo, tal vez me mate, pero dejarle el paso libre....

—No le encontrarás.

—Tanto mejor.

En esto llegaron á la puerta de la casa del judío y se pararon.

—Vamos á ver, dijo el que recibia el tratamiento de señor, ¿ya estais bien enterados de lo que teneis que hacer?

—Sí.

—Nada de violencias si no hay una necesidad imprescindible.

—¿No entrais?

—Sí, pero por lo que pueda suceder os hago esta advertencia. Nadie la sacará en sus brazos sino yo; tú, Pedro, me acompañarás; y tú, Fernan, vigilas entre tanto al padre por si despierta, aunque no creo que suceda así.

El nombrado Pedro llamó suavemente á la puerta.

—¿Sois vos? preguntó de la parte de adentro una voz temblona.

—Sí, Pedro y el bolsillo.

Abrióse la puerta y apareció una muger como de cincuenta años, de pálido y enjuto rostro surcado de muchas arrugas, y vestida á la manera de las judías pobres, con saco pardo de lana y turbante blanco. La luz de una lámpara de hierro que llevaba en la diestra iluminó su rostro y los de Pedro y Fernan, pues el caballero lo ocultó cuidadosamente bajo el embozo de su fina capa.

Fernan era el hombre de larga y movible nariz á quien hemos visto por la mañana, y el otro el que le invitó á comer una tajada de venado.

—¿Duermen? preguntó Pedro.

—Duermen.... ¿Me jurais que no les hareis ningun mal?

—Sí.

—He seguido vuestras instrucciones y todo ha salido á medida de vuestro deseo.

—Toma, repuso Pedro entregando á la vieja un bolsillo. Esto asegura tu porvenir; vete y no vuelvas á acordarte de lo que ha sucedido, porque la mano que da oro sabe tambien dar puñaladas.

Tomó la judía el bolsillo y se estremeció. Luego, temblando y sin acertar á salir, exclamó:

—¡Qué he hecho, Dios mio!

—¿Te remuerde la conciencia, bruja? Dame esa luz y vete.

Casi sin saber lo que hacia, entregó la vieja la lámpara

á Fernan y salió de la casa con vacilantes pasos, porque sentia perder la fuerza de sus piernas.

—¿Conoces el camino de la habitacion?...

—Tengo todas las señas necesarias.

—Pues adelante, dijo el caballero.

Y su capa se agitó levemente, sin duda á impulsos de sus emociones.

Sin hacer el menor ruido, con el silencio de tres sombras, se dirigieron al salon que daba al jardin. Una vez en él, paráronse á escuchar, y convencidos de que nadie los sentia, con suaves pasos y el oido atento, atravesaron la estancia y entraron en el dormitorio de Jonadab. Sobre una mesa habia una lámpara apagada; encendiéronla y se miraron unos á otros. Mas miedo les causaba el silencio y la quietud de aquel recinto, que una lucha sangrienta que hubiesen tenido que soster cuerpo á cuerpo en medio de la calle. Todos procuraron dominarse y aparecer tranquilos.

El caballero interrogó á Pedro con una mirada, y este le contestó señalando á la puerta de la alcoba de Esther.

Jonadab dormia profundamente; su respiracion era agitada y sus ojos estaban rodeados por un amoratado círculo.

Dejó caer el embozo de su capa el caballero, y sus facciones pudieron examinarse.

Su ovalado rostro de tez ligeramente morena, estaba rodeado de una espesa barba negra, pero fina y brillante. Eran grandes sus ojos, de verde pupila y mirada altanera. Y aunque su nariz algo ancha y sus labios un poco gruesos nada tenian de hermosos, el conjunto de aquella cara no era desagradable, y la dureza de su mirada y el orgullo con que levantaba su ancha frente, infundian respeto. Contaria treinta años. Su estatura era elevada y sus maneras distinguidas. Su traje era riquísimo, de terciopelo carmesí bordado de oro, sin que dejase de ocultar por eso una bien templada cota, de que se veia parte por el cuello.

Alumbrado con una de las lámparas penetró en el dormitorio de la doncella.

Tambien dormia Esther, y, como su padre, su respiracion era agitada y un cerco amoratado rodeaba sus hermosos ojos.

¡Qué hermosa estaba en el descuido de su profundo sueño! Arrollada en parte la colcha que la cubria, dejaba ver sus mórbidos brazos desnudos y parte de su castísimo pecho, que á impulsos de su respiracion se movia levemente. Nada mas seductor, nada mas hechicero, nada que pudiese arrebatar el alma mas insensible, encender el mas helado pecho. Si la ceguedad, el estravio de una pasion pudiera justificar la violencia, nunca podria perdonarse mejor que en vista de la bellísima imágen de Esther. En aquellos momentos, ante tan sublimes encantos, era preciso no sentir para dejar de perder la razon.

Contemplóla el caballero con mirada ardiente, y sus mejillas se tiñeron de un vivo carmin. Quiso estampar un beso en su rostro, pero contúvole la fuerza de su misma pasion. ¡Contradiccion estraña! Tales suelen ser los efectos de las pasiones cuando se despiertan violentamente.

—¡Qué hermosa es! exclamó con voz ahogada. ¡Rodrigo, que feliz eres!... Tengo miedo de tocarla; es tan bella, que el alma se resiste á manchar su pureza. ¡Esther, Esther! Si hubieses recibido el bautismo, siendo la última villana te daria mi mano. Pero es imposible, nos separa la religion y tienes que ser mia por otro camino. Perdona, Esther, si el fuego que me abrasa me trae hasta tu casto lecho en las tinieblas de la noche y con el silencio de un ladron para llevarte en mis brazos. Para mí no hubo virtud, y por eso á ninguna muger respeté, pero tu hermosura me domina de una manera tal, que yo te juro que no haré ofensa á tu virtud mientras dure ese sueño que yo te procuré. Cuando despiertes..... ¡ah!... cuando despiertes te haré conocer cuanto te adoro, y si el tormento de mi pasion no te conmueve, entonces..... Esther, entonces serás mia á tu pesar, pero jamas abusaré de tu sueño.

Dilatáronse las pupilas del caballero, y entreabriendo sus

labios, exhaló un hondo suspiro. Luego se pasó las manos por la frente inundada de sudor, y llevándolas á su pecho, quedó inmóvil y mudo.

Quizá hubiera permanecido de aquella suerte largo rato, si la voz de Pedro no le hubiese sacado de su distraccion.

—¿Señor?

—¿Qué quieres?

—La noche avanza.

—Es verdad, murmuró el caballero. Esther, si fueses cristiana podrias llamarte mi esposa; pero eres judia y demasiado hermosa.

Sus trémulas manos envolvieron cuidadosamente á la doncella con la misma ropa de su cama.

—Quiero respetarla ahora ; mi goce será luego mayor.

Estremecióse Esther, pero no despertó.

El caballero la levantó en sus brazos, percibió el aliento de aquella hechicera boca, sintió, junto al suyo , las palpitaciones del corazon de su víctima, y creyendo que la emocion le quitaria las fuerzas, exclamó :

—¡Dios mio, dadme valor porque este sacrificio es inmenso!

Con su preciosa carga salió á la calle seguido de Pedro.

Esther estaba perdida si no le llegaba un socorro inesperado. Por uno de los estremos de la calle apareció un hombre que caminaba bastante aprisa: era Rodrigo.

¡Corre, vuela, se llevan á tu Esther!...

El jóven parecia presentir lo que estaba sucediendo, pues á medida que se aproximaba á la casa apretaba el paso mas y mas.

Poco trecho le faltaba que andar, pero el caballero depositaba ya en la litera á la jóven.

—Señor, un hombre se acerca.

—Daos prisa, corred por este otro lado, ya sabeis cual debe ser vuestro camino.

Suspendieron los conductores la litera y desaparecieron en medio de la oscuridad, seguidos de su señor y del otro criado.

Todo se habia perdido, Rodrigo no se apercibió de nada. Llegó á la puerta de casa de Jonadab y la encontró abierta. Un grito penetrante salió de su boca, y en el interior de la casa una imprecacion respondió á aquel grito.

Dió el mancebo un paso atras, pero luego entró hasta el salon. No vió á nadie y pasó á la alcoba del judío que seguia durmiendo: en seguida penetró en la de Esther.... Un ahullido de rabia resonó.

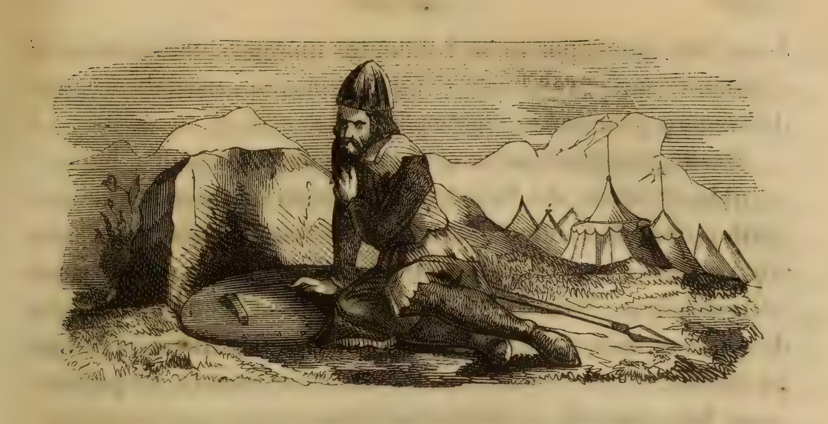
—¡Jonadab, Jonadab! ¿qué has hecho de tu hija? te la han robado!

Pero Jonadab no despertó aunque Rodrigo le sacudia con fuerza.

—¡Todo lo comprendo, le han dado un narcótico!... Esther, ¿qué será de tí? ya estarás deshonrada!... ¡Yo buscaré á tu inicuo raptor!...

Brilló su espada fuera de la vaina, dió un paso para salir, pero cayó sin sentido. No hay naturaleza que pueda resistir tantas y tan violentas emociones como las que habian agitado el alma del doncel en pocas horas.

Pasó el resto de aquella terrible noche, asomó la aurora, y Jonadab dormia y Rodrigo no habia recobrado aun el uso de sus facultades.



CAPITULO V.

Donde se da cuenta de la intriga que don Lope Diaz de Haro y el abad de Valladolid tramaban contra la reina doña Maria, y contra don Alonso Perez de Guzman.



MIENTRAS el desdichado Rodrigo se esforzaba para convencer á su madre á que le dejase salir, y en tanto que la bellísima Esther era víctima del mas abominable lazo, un noble ambicioso y un fraile avaro concertábanse para llevar á cabo otra empresa no menos infame que la del robo de la judia.

Don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, era un noble de mucho poderío y de mayores riquezas. Casado con doña Juana Alfonso, hermana de la reina, y suegro del infante don

Juan, era, pues, por todos conceptos una persona notable, y á quien desde el rey hasta el último vasallo guardaban consideracion por temor ó por respeto.

Desde que don Sancho se levantó contra su padre, habíale seguido el señor de Vizcaya, y mas por ambicion que por cariño prestóle ayuda poderosa, contribuyendo no poco con sus vasallos y con su influencia al sostenimiento de la causa de la rebelion. Proporcionóle en cambio esta conducta cuanto deseaba su insaciable ambicion, pues don Sancho, pródigo en fuerza de las circuntancias, otorgóle cuanto le pidiera, como hizo con otros muchos señores.

La ambicion de don Lope no estaba aun satisfecha: aspiraba al título de conde, á la gobernacion de los reinos, y mas todavia, á tener en su poder las principales fortalezas de Castilla para amenazar al rey cuando viese declinar su favor.

Tamaña empresa era demasiado grande para las fuerzas de un solo hombre, por grande que fuese su poderío y mucha su influencia: necesitaba ayuda y no escasa, y para conseguirla asocióse á otro hombre de no menos importancia que la suya, si bien era debida á su talento mas que á su clase ni á su poder.

Era este don Gomez Garcia de Toledo, abad de Valladolid, cuyo ingenio supo abrirse camino hasta los mas honoríficos y lucrativos puestos. Una máscara de refinada hipocresía ocultaba todas sus ideas, desfiguraba todos sus designios y hacia impenetrables sus proyectos. La astucia era en él prenda que poseia en alto grado, y la avaricia pasion que dominaba todos sus afectos.

Estaba en camunicacion con la córte de Francia, y animado con las promesas del rey Felipe, habia prometido emplear todo su valimiento y todo su saber en conseguir la separacion de doña Maria y de don Sancho para que este casase luego con una hermana de aquel rey.

Árdua por demas era tambien esta empresa, y aunque contaba para su buen éxito con el medio que le suministraba el parentesco de los regios esposos, razon que parecia sufi-

ciente para anular el matrimonio, preveia tambien todos los inconvenientes con que tendria que luchar, y buscaba como don Lope Diaz, ayuda que le diese nuevas armas.

Nadie mejor que el señor de Vizcaya podia serle útil, y como los pícaros se encuentran siempre que se buscan, ambos intrigantes no tuvieron muchas dificultades que vencer para marchar de acuerdo. Bien sabia el astuto abad de Valladolid, conocedor del mundo, que don Lope Diaz de Haro se asociaria á sus proyectos por mas que se encaminasen á la ruina de su cuñada, asi como don Lope estaba convencido de que la avaricia del fraile aceptaria todas las proposiciones que le diesen por resultado acumular riquezas.

Con estos antecedentes, pues, podemos presentarlos ya á nuestros lectores.

Eran las once de la noche ó poco menos.

En un anchuroso aposento, amueblado con lujo, y alumbrado por una gran lámpara de plata que pendia del techo, hallábase el señor de Vizcaya envuelto en ancha túnica de seda y sentado delante de una mesa en que se veian esparcidos varios pergaminos que leia con detencion.

Frisaba en los cuarenta años. Su estatura era elevada, sus formas robustas y continente altanero. Una barba negra, larga y espesa, cubria su tostado cútis bastante moreno, y bajo su ancha frente brillaban dos ojos redondos, espresivos y de penetrante mirada. Tenia algo hundidas las sienes y juntas sus espesas cejas, lo que las hacia aparecer mas largas de lo que realmente eran. Era desdeñosa la espresion de sus labios, y si en ellos vagaba alguna vez una sonrisa, mas que contento revelaba amargura.

No corto rato llevaba entretenido en la lectura, cuando despues de anunciarle la llegada de don Gomez Garcia de Toledo, se presentó este.

Si algunas arrugas de su rostro y muchas canas de sus cabellos le hacian aparecer como hombre que lleva vividos cincuenta años, lo desembarazado de sus movimientos, la viveza de su mirada y lo firme de su paso, dábanle á lo sumo

cuarenta. Mal poblada barba gris sombreaba su blanco rostro tan escaso de carne como sobrado de aguileña nariz. En sus delgados labios, encubridores de menudos dientes, vagaba constantemente una sonrisa que no hubiera podido decirse si era la espresion de una candidez seductora ó de una malicia refinada. Sus ojuelos azules, de inquieta pupila, distraian con sus rápidos movimientos la atencion del que los miraba. Era su frente espaciosa, y parecíalo mas por la pequeña calva de la parte superior de su cabeza. Enjuto de carnes, vestido como seglar, con sencillez, pero con aseo, de mediana estatura, aunque no era simpática su persona, lo ameno de su conversacion hacia agradable su compañia.

—Guárdeos el cielo, futuro conde, dijo con melífluo tono.

—Él os conserve, presunto embajador y privado de nuestra futura reina, contestó don Lope con ironia. Sentaos, don Gomez, y sin que antes de la victoria contemos con el botin, tratemos nuestros asuntos.

Sentóse el abad, y cruzando las manos, costumbre en él añeja, dispúsose á escuchar antes de decir una palabra, tambien costumbre que le habia sido de grande utilidad en mas de una ocasion.

—¿Habeis visto al rey? preguntó el señor de Vizcaya.

—Hace una hora.

—¿Habeis podido penetrar algo de sus intenciones? ¿Creeis que pueda sacarse algun partido de él?

—Nada he traslucido, aunque á decir verdad tampoco lo he intentado.

—¿No juzgais todavía oportuna la ocasion?

—Todas las ocasiones son buenas cuando saben aprovecharse.

—¿Es decir que en vuestra opinion no debemos esperar mas tiempo?

—Todavía no os he manifestado mi opinion.

—Entonces no os comprendo: estais, como siempre, misterioso. Esplicaos, pues, si gustais.

—He contestado bien claramente á todas vuestras pre-

guntas, dijo con sencillez don Gomez, y no sé como no me entendeis. ¿Habeis visto al rey? Sí. ¿Habeis penetrado algo de sus intencioues? Nó, ni he querido hacerlo....

—Eso quiere decir, interrumpió don Lope, que he andado torpe en preguntar.

—Nada de eso, amigo mio. Continuad.

El de Haro procuró dominar su impaciencia. El abad le miraba sin variar su eterna sonrisa.

—Entonces, decidme, por qué no habeis querido averiguar las intenciones del rey, y si contais con algun otro medio que favorezca nuestro plan.

—No he querido saber cuales fuesen sus intentos, porque el tiempo que en esto habia de gastarse me parece mejor empleado en imbuirle nuestras ideas. En cuanto á medios, no cuento con ningun otro hasta ahora mas que con el que ya conoceis.

—Es poco.

—Lo sé, don Lope, y por eso he aceptado vuestra ayuda y os he prometido la mia: á considerarme con bastantes fuerzas, ó á tenerlas vos, ni os hubiese dado participacion ni vos á mí. ¿No os parece que comprendo perfectamente el asunto?

Los labios del abad se separaron para hacer mas espresiva su sonrisa.

—Nada tenemos, pues, que echarnos en cara, contestó don Lope.

—Nada os he echado.

—Os habeis unido á mí, prosiguió el de Haro dando importancia á sus palabras, y no os pesará. Vuestras intenciones para conseguir la segunda parte de nuestro proyecto, son hacer de modo que el rey tenga escrúpulos por estar casado con una parienta suya.

—Hacer que tenga escrúpulos, dijo, rectificando, don Gomez, aunque no sea mas que en la apariencia, para que así los compromisos que le cerquen den algun resultado.

—Está bien. Ahora me falta deciros en lo que consiste mi ayuda.

—Os escucho.

Y don Gomez alargó la cabeza y miró fijamente á su interlocutor.

—Mientras vos, prosiguió este, haceis concebir al rey esos escrúpulos, ó que al menos lo aparente, yo le hago concebir celos, y celos no fingidos, sino que los sienta en lo mas profundo de su alma.

El abad de Valladolid no pudo dejar de que se pintase en su rostro la admiracion.

—¡Celos! dijo. Veamos, don Lope, veamos. Doña María es una muger de tan reconocida virtud, que no sé....

—Pero es tambien muy hermosa, y fácil es que alguno la galantee.

—Y muy fácil tambien que ella no lo escuche, y aun le diga á su marido lo que pasa para que este pague los galanteos con una sentencia de muerte.

Don Lope miró al fraile con aire de triunfo.

—¿Y si ella amase al galanteador? dijo.

La sonrisa de don Gomez cesó, porque en aquellos momentos sintióse disgustado porque hacia el papel de menos importancia. Empero pronto se repuso.

—¿Es una suposicion vuestra el que la reina ame á otro hombre que no sea su marido?

—Es.... una realidad.

—La reina abriga un amor criminal.... vos lo sabeis..... ¿Podria probarse?

—Difícil es, pero posible.

—Esplicaos si gustais, dijo á su vez el abad.

El señor de Vizcaya meditó algunos instantes, y luego prosiguió:

—No sé si doña Maria es correspondida en su pasion, y esta es la dificultad; pero es hermosa y reina, y por consiguiente posible hacer de modo que el favorecido la ame siquiera por vanidad, y que caigan en un lazo hábilmente tendido.

—¿No sabeis si es correspondida, pero sí á quien ama?

—Lo sé.

—Decidme su nombre y aclararé vuestras dudas.

—Su nombre.... es oscuro....

—Don Lope, entre nosotros la reserva es una traicion y á la vez un mal,

—¿Conoceis á un doncel de don Sancho, hermoso como un ángel?...

—¿Rodrigo?...

—Sí.

—La reina no es correspondida.

—¿Está enamorado de otra?

—Loco.

—¿Quién es?

—No podeis conocerla.

—Don Gomez, entre nosotros la reserva es una traicion y á la vez un mal.

El fraile sonrió maliciosamente.

—Llevais esta noche lo mejor de la partida, dijo. ¿Conoceis á una judía tan hermosa que si nunca la habeis visto no podreis concebir tanta belleza?

—No sé de quien hablais.

—Ya veis como es inútil que os lo diga.

—¿Su nombre?

—Esther.

—No la conozco. ¿Tiene padre?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Jonadab.

—¡Jonadab! lo conozco, sé que tiene una hija á quien nadie ha podido ver, y que sin embargo, todo el mundo asegura que es muy hermosa. Tal vez ese mismo misterio que la cubre le dé tan alta fama no merecida.

—Os equivocais.

—¿Vos la habeis visto?

—Sí.

—¿Es mas hermosa que la reina?

—Mas que todas las mugeres.

—Algo nos desconcierta esto, dijo pensativo don Lope.

—Mucho.

—¿Y qué haremos?

—Veamos lo que os ocurre.

—Si no podemos hacer que Rodrigo se acerque á la reina para enamorarla, lo atraeremos con cualquier otro motivo, mientras que fomentamos la pasion de ella.

—Será difícil que Rodrigo se ocupe de nada ahora.

—¿Por qué?

Don Gomez vió que le tocaba representar el primer papel, y sus ojuelos brillaron.

—Porque se ocupará mucho de Esther, dijo.

—No tanto que abandone enteramente la corte; y aun así....

—Tal vez mas de lo que pensais.

—Esplicaos.

—¿Qué hora es?

Don Lope miró al abad sin comprender el por qué hacia semejante pregunta.

—¿Qué hora es? repitió el fraile que se gozaba con la admiracion de su aliado.

—Cerca de las doce, pero....

—En este momento roban á la judia.

—¿Rodrigo?

—Nó.

—Esplicaos, don Gomez: ahora llevais vos lo mejor de la partida.

—La roba otro, y ya comprendereis, que amándola el doncel con frenesí, ha de ocuparle mucho este suceso.

—¿Cómo lo sabeis?

—Lo escuché de boca de los que habian de ayudar en el rapto al caballero raptor.

—¿Tan mal guardaron su secreto?

—O tan bien supe yo sorprenderlo.

—¿Quereis esplicarme?...

—En dos palabras. Llevaba yo un vestido de villano. Entré en un meson tras de un hombre á quien deseo tener á nues-

tro servicio; es un bandolero. Iba acompañado de otro, criado de una casa principal. Pusiéronse á comer y á beber alegremente, me senté cerca de ellos, y como su conversacion podia ser interesante, me emborraché y me dormí.

—Lo comprendo todo.

—Una feliz casualidad.

—¿Y cómo no habeis evitado ese rapto?

—Porque nada me importaba que se verificase, y porque nos importaba mucho que Rodrigo tuviese algo que absorviese completamente su atencion y aun que le separase por algun tiempo de la corte.

—Y sin embargo, habeis conspirado contra vos mismo.

—Decís eso porque ignorais otras cosas.

—Proseguid, don Gomez: confieso que valeis mas que yo.

—Es que la fortuna me proteje.

—¿Qué cosas ignoro?

—Primera, la gran influencia que en el ánimo del rey ejerce el doncel, y segunda, que no es muy amigo vuestro.

—¿Qué me importa? dijo desdeñosamente don Lope.

—Os importa porque repito que ejerce gran influencia en el ánimo de don Sancho.

—No será tanto como vos presumis. El rey le quiere mucho porque verdaderamente es valeroso en estremo, leal y desinteresado. Le ha dado un nombre, quiere hacerle merced de nobleza armándole él mismo caballero; pero en asuntos de estado, ni le pedirá consejo ni dará á sus palabras mucho valor.

—Os digo que su influencia es mucha, y cuando yo os lo aseguro....

—Pues bien, á esa influencia opondremos otra: la del infante don Juan que está de nuestra parte. ¿Creeis que no pueda contrarestarla?

—Lo creo.

—¿Hablais seriamente?

—Sí, don Lope.

—El infante don Juan es al fin hermano del rey, y Rodrigo será siempre un pobre huérfano.

—Para vos, sí; para el rey será....

Detúvose don Gomez, y despues de asegurarse de que nadie le escuchaba, añadió, bajando la voz:

—Ese pobre huérfano será para el rey su hermano.

Don Lope abrió estremadamente los ojos, y luego dijo al abad:

—¿Qué decís?

—Que Rodrigo es hermano del rey de Castilla y de Leon.

—¡Su hermano!

—¿No sabeis que es hijo de doña Ines de Carbajal?

—¡Ah!... sí, teneis razon.... la antigua dama del difunto don Alonso.... Sin embargo, eso nada prueba....

—Lo prueba esto.

Y don Gomez sacó un pergamino que puso en manos del señor de Vizcaya.

Examinólo este con profunda atencion, mientras que en su rostro se pintaba la sorpresa.

—¿Estais seguro de que este documento no es falso?

—¿No veis al final una rayita?

—Sí.

—Pues es que sin duda el rey quiso firmarlo en su agonía y no pudo; pero la pluma marcó ese pequeño trazo.

—Aun eso no es mas que una presuncion.

—Ya os he dicho, don Lope, que la casualidad me proteje.

—Estoy ansioso por saber como ha llegado á vuestras manos este escrito.

—Escuchadme y vereis que el secreto del amor de la reina os lo pago con usura.

Don Lope no hubiese fijado mas su atencion si hubiesen ido á decirle donde podria encontrar un tesoro y un título de conde.

El abad prosiguió:

—Cuando espiraba el rey don Alonso hallábame á la cabecera de su lecho entre otros muchos nobles. Quiso el rey hacer un encargo reservado á don Alonso Perez de Guzman, y todos salimos, quedando solo este. Largo rato duró la con-

versacion, y á pesar de que nos hallábamos bastante separados del aposento en que estaban, llegó á nuestros oidos un grito agudo, desgarrador que parecia exhalado por una muger. Creimos todos que el grito vendria de otra parte, y ninguna importancia hubiéramos dado á este incidente, si casi en seguida, una sonora carcajada no hiriese de nuevo nuestros oidos. ¿Quién podia ser? En la habitacion del rey no habia nadie mas que Guzman, ninguna muger habia entrado porque debia pasar precisamente por donde estábamos. Quedamos sorprendidos, nadie se atrevió á decir una palabra, pero todos redoblaron su atencion. En vano fué porque nada volvió á oirse. A poco rato vino Guzman y me dijó: «S. A. espira, dadle los últimos consuelos.» Entré en el dormitorio del rey y lo primero que ví fué ese pergamino á los pies de su cama. «Dejadnos solos,» dije al señor de San Lúcar. Obedeció este maquinalmente porque estaba muy turbado. Recojí el pergamino, registré el aposento, miré debajo de la cama, pero nadie se ocultaba allí. Entonces dí al monarca los últimos consuelos de un cristiano. Espiró: examiné el pergamino, y despues de algunos dias, al saber que doña Ines de Carbajal vivia aun y que se habia vuelto loca, me hice la siguiente reflexion: «Solo un loco puede reir desaforadamente delante de un hombre que agoniza.» Y sin otras pruebas me convencí de que la antigua dama de don Alonso, penetrando quizas por alguna puerta secreta que no conocemos, estuvo allí para que el rey firmase ese documento, y la desesperacion y el dolor le trastornaron el jucio. Facilmente se desprenderia el pergamino de sus manos; ninguno de los que presenciaron aquella escena pensó en semejante cosa, y vino á mi poder como estais viendo.

—Don Gomez, ya no me cabe duda.

—Y por si la teneis, sabed que guardo una pluma que encontré sobre la cama, y que el rey tenia el pulgar de la mano derecha manchado de tinta.

—Ahora comprendo porque el cariño que don Sancho profesaba á ese doncel se ha aumentado tanto en tan poco tiempo.

—No necesitareis, añadió don Gomez con irónica adulacion, que yo os diga todo lo que se desprende de esto, y que debemos contar con otro enemigo no despreciable que protegerá al doncel.

Don Lope reflexionó algunos momentos.

—Confieso mi torpeza, dijo, pero no veo que de lo que acabais de revelarme se pueda deducir que debemos contar con otro enemigo ademas del doncel.

—La misteriosa escena que debió tener lugar entonces, la presenció Guzman; si entró doña Ines en el aposento del rey, él debió introducirla, ó por lo menos, toleró la entrevista....

—Os comprendo.

—Don Alonso debe, pues, favorecer á doña Ines y, por consiguiente á su hijo.

—Don Gomez, ese es un enemigo temible.

—Como hombre de influencia y rico, y como valiente.

—¿Qué haremos con él?

—Poner contra su influencia la del infante don Juan. Por eso no queria yo que este tuviese que ocuparse de Rodrigo.

—No basta.

—Lo sé, es preciso inutilizarlo.

—Difícilmente.

—No tan difícil.

—Su lealtad es proverbial. El rey está bien convencido de que don Alonso no hace traicion por nada.

—No os negaré que encontraremos muchos inconvenientes, pero no por eso hemos de abandonar la empresa.

—Teneis razon.

—Guzman debe mucho al rey Jacob-Aben-Jucef, con quien don Sancho no se reconciliará jamás. ¿Por qué la gratitud no ha de obligar á don Alonso á estar de parte del marroquí, del enemigo de don Sancho?

—Porque don Alonso lleva la lealtad hasta la exageracion.

—Estamos conformes; pero nada nos importa con tal que hagamos de modo que aparezca lo contrario.

—¿Lo creis posible?

—Sí.

—Mucha será la habilidad del que tal consiga.

—Probaremos.

—Adelante.

—Quedamos, pues, en que tenemos que combatir la influencia de la reina, de don Alonso Perez de Guzman y de Rodrigo.

—Y en que vamos á conseguir....

—Vuestro título de conde....

—Vuestra embajada....

—Que se os confie la gobernacion de los reinos para que vos dispongais á vuestro capricho y don Sancho responda á sus pueblos....

—Que no se os pidan cuentas de las rentas que administrais para que atesoreis riquezas que salgan del bolsillo de esos mismos pueblos....

—Y que el rey se separe de su esposa y se case con una de las infantas francesas, para que, estando esta de nuestra parte, ni á vos os exijia el rey la responsabilidad que tiene ante sus vasallos, ni á mí me pida el oro que yo les saqué en su nombre.

—Señor abad, sois un gran hombre.

—Señor de Vizcaya, os conozco y dejo que me conozcais porque no puedo hacer otra cosa.

—¿Podremos llevar á cabo tan vasto plan?

—No faltarán casualidades felices que nos ayuden.

—Mucho confiais en vuestro ingenio.

—¿Desconfiais vos de vuestras fuerzas?

—Nó.

—Las mias están bajo mi frente y sé hasta donde alcanzan; las vuestras en los puños y en vuestros vasallos, y sabeis hasta donde pueden resistir. ¿Serán suficientes para nuestro proyecto?

—Por mi parte me sobran.

—A mi me queda la mayor parte de reserva.

—¿Habeis contado con el carácter del rey?

—Cuando yo peleo cuento escrupulosamente á mis enemigos, doblo luego su número y le presento aun una mitad mas do fuerza.

—Si alguna vez desconfio, al escucharos se desvanece toda duda.

—Me alegro inspiraros tal confianza.

—La partida será nuestra.

—Probablemente.

—Olvidaba haceros una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Quién es el raptor de la judia?

—¿Influye algo su nombre en nuestros planes?

—Tal vez: no sabemos si por la relacion que el tal personaje tiene con Rodrigo.....

—Decid mas bien por la curiosidad que vos teneis.

—No quiero que me juzgueis reservado para vos, pero tened entendido que es persona que os toca muy de cerca.

—¡Muy de cerca!... Ahora es mayor mi curiosidad.

—¿Lo quereis saber?

—Sí.

—Es vuestro sobrino don Mendo Garcia.

—¡Mi sobrino!... Y qué me importa que sea él ú otro cualquiera?

—Que si llega á descubrirse su delito, el rey puede enojarse contra él demasiado.

—Si yo gobierno.....

—Es verdad, pero si aun no gobernais.....

—No tengo cuidado.

—Y ahora, don Lope, quiero daros la última noticia, si la alegría no ha de quitaros el sueño.

—¿Otra nueva?

—Y muy agradable.

—¡Noche feliz!.... Hablad.

—Probablemente, antes de ocho dias sereis conde,

—¿Cómo?...

—Ya os he dicho que habia visto al rey esta noche.

—¿Os ha hablado de mí?

—¿A qué entrar en pormenores? Ya sabeis lo mas interesante.

El señor de Vizcaya apretó la descarnada mano del abad.

—Gracias, don Gomez.

—Creo que debemos descansar.

—¿Y cuándo empezaremos á poner por obra nuestros proyectos?

—Dormid ahora: mañana temprano nos veremos otra vez y trataremos de los pormenores: la noche no nos bastaria, y es preciso ademas reponer las fuerzas.

—El cielo os guarde, señor abad, dijo don Lope, levantándose de su asiento.

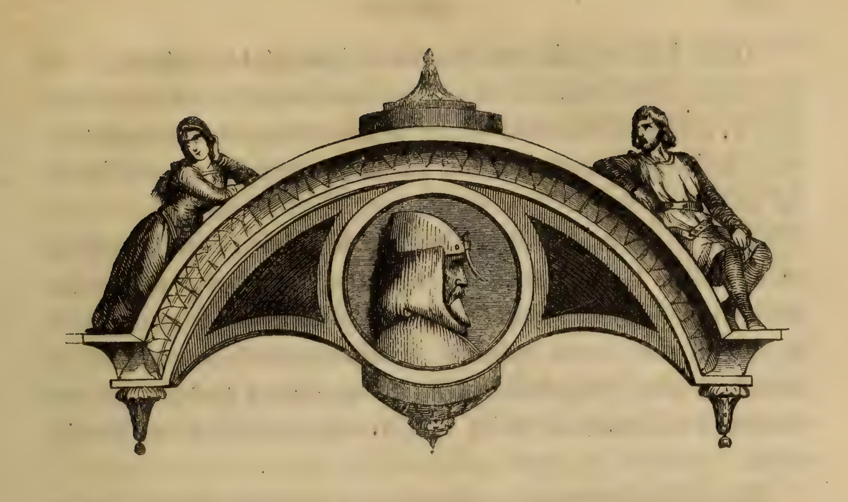
—Cuando me encontreis saludadme con mas indiferencia que cariño, contestó el fraile, haciendo una cortesía y saliendo de la habitacion.

Fuése con paso lento hácia su posada, y en el camino, su fecunda imaginacion, desenvolvió el vasto plan del abominable proyecto que abrigaba.

Don Gomez no se habia equivocado : el señor de Vizcaya apenas pudo dormir aquella noche. Sus sueños de ambicion quitáronle el reposo: las esperanzas que el abad le hiciera concebir produjeron tal revolucion en su acalorado cerebro, que en vano su risueño porvenir intentaba cerrar sus párpados arrullándole tranquilamente: la misma emocion de alegría arrebataba de sus ojos el sosiego. La aurora, al fin, dióle con el cansancio el sueño; empero no tranquilo, porque sin duda la conciencia, representóle mil fantasmas que le atormentaron horriblemente.

Sobre las cabezas de doña María de Molina y de don Alonso Perez de Guzman, se levantaba una tormenta terrible. Un gran peligro amenazaba al hijo de doña Ines y á la judia. ¿Qué iba á ser de aquellas desgraciadas víctimas de las mas infames pasiones? ¡Cuánto amor sin esperanza, cuánto dolor sin consuelo debian desgarrar sus sensibles corazones! ¿Quién

era mas digno de lástima? ¿La infeliz muger que cuando con frenesí tenia que ocultar su pasion y aun acusarse de ella; el desdichado mancebo entre otro amor mas peligroso aun y su pobre madre loca, ó Esther en los brazos de un seductor infame? Si se hubiera preguntado á Guzman, quien era el mas digno de compasion, «yo, habria dicho, cuya lealtad quiere empañarse.»



CAPITULO VI.

De cómo la reina tomó por feliz suceso lo que no era sino ruin intriga del abad de Valladolid y del señor de Vizcaya.



QUINCE dias habian transcurrido desde que la judia fué robada de su lecho.

Rodrigo, despues de haber desahogado el primer ímpetu de su corage, maldiciendo su estrella y jurando lavar con sangre de su rival la desgracia de Esther, trató de inquirir, pero en vano, el paradero de esta. Sus esfuerzos, los del rey, los de Guzman y Pelayo el Duro, todos interesados vivamente en la suerte del jóven, no dieron fruto alguno.

Doña Ines seguia en el mismo lamentable estado, y en sus cortos momentos de razon, que eran mas frecuentes desde que le acometió aquella noche la convulsion que puso término á su loco espanto, lloraba por la infeliz judia y por el dolor de su hijo.

Este, pasado el primer arrebato de cólera, y cuando habia casi perdido la esperanza de encontrar á Esther y de vengar su deshonra, habia caido en un abatimiento que se aumentaba de dia en dia. Pena causaba el aspecto del doncel con su mirada triste, apagado el brillo de sus ojos y sumido en una continua distraccion de la que á veces costaba mucho sacarle.

Huia de todo trato, y pasando la mayor parte del dia junto á su madre, se dejaba ver muy poco, á menos que fuera llamado por el rey ó que viniesen á visitarlo Guzman, Pelayo ó el judío, herido tambien en lo mas profundo del alma, y tal vez próximo á morir á impulsos de su intenso dolor.

Tal era el triste estado de nuestros amigos, mientras que la fortuna sonreia á los conspiradores don Lope Diaz de Haro y don Gomez Garcia de Toledo. Habia recibido el primero el título de conde, y en tanto que su favor crecia, se hablaba del segundo como de la persona que reunia mas probabilidades para formar parte de la embajada que don Sancho trataba de enviar al rey Felipe de Francia.

Las diez de la mañana serian y la reina se hallaba en un precioso gabinete adornado con riqueza y gusto. Este aposento, situado en el interior del alcázar, daba por uno de sus lados á un jardin ó patio mas poblado de arbustos que de flores. Dos grandes ventanas, abiertas de par en par, y cubiertas por anchas cortinas de seda carmesí con grandes borlas de oro, dejaban paso á la luz.

Gran profusion de taburetes forrados de terciopelo, tambien carmesí y con fleco de oro, una mesa en la que se veian muchos objetos de tocador, y un gran espejo de acero bruñido, colocado entre las dos ventanas y frente á una pequeña puerta, constituian el mueblaje de aquel aposento.

Sentada en uno de aquellos taburetes, y colocada frente al espejo, se encontraba doña Maria en el instante en que la presentamos á nuestros lectores. Vestia una larga túnica azul de la qûe solo podia verse una pequeña parte, porque un peinador negro de seda la cubria. Dos doncellas, rubia como el sol la una, de cútis moreno, pero brillante y fino la otra, arreglaban su peinado.

La de blonda cabellera, tenia dos ojos azules, pero de tan delicado y trasparente color, que parecian haber robado al cielo sus inimitables tintas. Era su mirada dulce y espresiva, pero apacible y poco apasionada. Una nariz recta aunque levemente ancha, entre dos mejillas como el alabastro, y una boca mas que bonita, completaban su rostro que á mas de un galan habia robado el sueño.

La de los negros rizos ocultaba bajo largas y espesas pestañas unos ojos de brillante pupila, ardientes y de miradas penetrantes. Sus rojos labios, siempre entreabiertos y prontos á dilatarse con burlona risa y á enseñar los blanquísimos dientes que guardaban, eran continua tentacion de los pages de la corte y aun de los caballeros de mas juicio.

Si bonita era la blanca, arrebatadora era la morena, y difícilmente un hombre de buen gusto, ó de gusto el mas vulgar, hubiera podido elegir sin querer llevarse á las dos.

La reina estaba mas triste que de costumbre, segun decia la rubia, y de peor humor que otros dias, segun la opinion de la morena, y ambas se miraban como diciéndose: «No acertaremos hoy á contentar á nuestra señora.»

—¿Habeis concluido ya? preguntó la reina como distraida y sin mirar al espejo.

—Como me habeis mandado deshacer la trenza hecha por Violante, contestó la rubia con dulce voz, no ha podido concluirse todavia.

La reina se miró al espejo.

—Creo, Beatriz, dijo, que estás hoy mas torpe que tu compañera.

—Perdonad, señora, pero....

—¿Quereis que yo concluya? interrumpió vivamenmte la morena.

—No, deja á Beatriz, que al menos tiene mas paciencia.

—¿Y qué haré entre tanto?

—Habla, que para eso no tienes rival, y hoy como nunca, que pareces mas contenta que de costumbre.

—Es porque vos estais mas triste....

—Violante....

—Si me permitís acabar.... Iba á deciros, que cuando vos estais muy triste, aunque me aflije vuestra pena, aparento grande alegría para ver si consigo comunicaros una parte de mi buen humor, aunque es fingido.

Doña Maria se sonrió.

—Ya lo veis, tengo mas habilidad para haceros reir que para prender vuestros hermosos cabellos.

—Tienes razon, y ya que deseas distraerme, cuéntame alguna aventura, porque tú siempre estás al corriente de todas las intrigas de la corte. ¿Qué sabes de amores, de cuchilladas?....

—¡De amores!... Nada nuevo, señora, porque ahora solo me ocupo de cuanto se dice acerca del robo de esa judia....

Y Violante fijó en el espejo una mirada escudriñadora para ver que efecto causaban á la reina sus palabras.

Doña Maria palideció.

—¿Y qué dicen? preguntó.

—Dicen que el doncel querido de su S. A. piensa abrazar la vida religiosa sino averigua el paradero de su bella Esther.

—No lo creo.

—Pues se asegura así.

—¿Y abandonaria á su desdichada madre? observó tímidamente Beatriz

—¿Y qué ha de hacer? Mejor es que la abandone que no el que se vuelva loco como ella. Anoche, y esto es muy cierto, salió de su casa....

—¿Quién? preguntó doña Maria.

—¡Quién!...El doncel, señora; os hablo de Rodrigo.

—Bien, salió de su casa.... ¿á qué hora?

—A las doce, y yendo á la calle donde vive el judio, se paró delante de la casa y la estuvo contemplando mas de dos horas.

—¿Crees, Violante, que ama mucho á la judia?

—Así lo creo, pero tambien soy de opinion que el tiempo estinguirá su cariño. De todos modos no podia ser suya, la esperanza seria bien poca aun antes de lo ocurrido.......... Ademas, él es muy jóven y otro amor curará el que hoy siente.

—Nó, una pasion como la suya no se borra jamas.... Debe amarla, debe amarla....

—¿Y qué adelantará? Ella será ya de otro, de grado ó por fuerza, y hay dos inconvenientes insuperables.

—¿Vino ayer Rodrigo?

—Por la mañana, pero no volvió.

—No lo ví.

—Yo, por casualidad.... y Beatriz tambien.... aun creo que le habló.

—¿Qué te dijo, Beatriz?

—Le pregunté si estaba enfermo, y contestóme que le dolia el corazon.

La reina llevó involuntariamente las manos al suyo. Violante la miró maliciosamente, y despues de consultar con los ojos á Beatriz que se encogió de hombros, dijo:

—No quiero ocultar nada, señora, y voy á contaros lo que se dice de Rodrigo como un gran secreto.

—¿Cómo un gran secreto?

—Sí, señora, y de mucha importancia para el caso.

—Te escucho.

—Se asegura que el robo de la judia ha sido dispuesto por el mismo doncel....

—Imposible, porque ningun objeto tenia. El podia verla á su placer y no necesitaba dar semejante paso.

—No me habeis comprendido, señora, y os quedareis estupefacta cuando os esplique este suceso.

—Habla.

—Lo que se asegura es, que Rodrigo estaba ya cansado de estos amores, y que ha dejado que otro se lleve á su dama.

—Rodrigo tiene un corazon demasiado noble para semejante villanía.

—¿Y si yo os doy una prueba?

—¿Cuál? preguntó la reina sin poder ocultar su emocion.

—Jonadab, el mismo Jonadab, dice, con referencia á Rodrigo, y este tambien lo asegura así, que el mancebo sospechaba que se tendia un lazo á Esther, por los temores que esta le habia manifestado, y que habiéndole prometido ir á vigilar á su calle aquella misma noche, no pareció, sin embargo, hasta despues de consumado el robo.

—¿Estás segura de lo que dices? repitió doña Maria cuyas mejillas enrojecieron.

—Segurísima.

—Mira no te equivoques.

—Yo lo oí de boca del doncel, y como yo, otros, que teniendo, sin duda, algunos mas antecedentes, han llegado á averiguar, ó al menos á colegir, que la tristeza de Rodrigo es puro fingimiento.

—¿Y qué otros antecedentes pudieran tener de unos amores ignorados de todo el mundo hasta que ha sucedido esta desgracia?

—¿Qué antecedentes?...Todo lo sabreis, porque veo que os distrae esta aventura, y no quiero ocultaros ninguno de sus pormenores, por mas que sea un secreto que sorprendí sin querer.

—¿Os parece bien el peinado? preguntó Beatriz, mirando al mismo tiempo á su compañera como si quisiese imponerle silencio.

Esta pareció no comprender.

—Habla, Violante, repuso la reina sin contestar á Beatriz. Es tan raro lo que me dices, y Rodrigo tan buen servidor de S. A., que tu relato escita mi interés.

—Ayer mismo por la tarde, estando yo en el gabinete que da paso al cuarto de baño, sentí que hablaban en la galería

y creí reconocer la voz del reverendo abad de Valladolid. Como este no ignora nada de lo que pasa, y siempre refiere cosas nuevas, picóme el diablo de la curiosidad, y acercándome á la ventana que cae á la galería, oculta por la cortina, pude enterarme de toda la conversacion. Despues de hablar de Portugal, de Marruecos y de otras cosas que nada me interesaban, tocaron el punto de las intrigas y de los amores, y redoblando mi atencion.....

Violante quedó un momento callada como quien coordina sus recuerdos, y pudo notar en los ojos de doña Maria un leve movimiento de impaciencia.

—¿Lo has olvidado?

—Nó, señora; es que como don Gomez mezcla en sus conversaciones tantos chistosos cuentos, queria ver si me acordaba de alguno.

—No importa; sepamos lo que dijo del doncel del rey.

—Dijo, despues de lo que ya os he referido, que estaba enamorado de una dama de noble alcurnia, muy noble y muy poderosa, y que si él la amaba mucho mas lo adoraba ella.

—¿Y esa dama?.... preguntó la reina palideciendo.

—Fué objeto de una larga discusion....

—Bien, pero ¿quién es?

—Eso mismo decia el caballero que hablaba con el señor abad; pero este no quiso nombrarla.

—Será una mentira.

—¿Una mentira?.... No creais tál. Don Gomez ha visto al doncel, solo, paseándose muy cabizbajo á orillas del rio, y luego sentarse y quedar meditabundo.

—Incontestable prueba, repuso doña Maria esforzándose para reir.

—Por incontestable la tengo porque sé lo que vos ignorais.

—Tu te has propuesto escitar mi curiosidad con tus reticencias.

—Así os haré pasar mas agradablemente este rato.

—Veamos lo que sabes.

—Cuando Rodrigo se hubo sentado sobre un peñon, sacó una daga y escribió en la arena un nombre de muger. Miró luego á todas partes, y creyendo que nadie lo observaba, inclinóse y besó aquel nombre con la misma ternura que si hubiesen sido los labios encantadores de una muger mas encantadora aun.

La reina se movió como si estuviese incómoda en su asiento, y Violante se convenció de que estaba desgarrando el corazon de su señora y de que el abad tenia razon.

—¿Y aquel nombre?... preguntó doña Maria.

—El doncel siguió contemplando el letrero, hasta que, acercándose la noche, le sacaron de su distraccion los campesinos que volvian de sus faenas. Entonces se levantó, y sin duda por un olvido, porque no pudo ser otra cosa, alejóse sin cuidarse de borrar lo que habia escrito.

—Y don Gomez....

—Don Gomez llegó al sitio donde habia estado el mancebo, y pudo leer con todo despacio lo que decia en la arena.

—Aun me queda una duda, repuso la reina despues de meditar algunos instantes.

—De todas os sacaré, señora.

—¿Cómo sabe el abad que el doncel es correspondido?

—Dice que tiene observado, que cuando la dama en cuestion mira á Rodrigo, sus ojos la delatan, y que el acontecimiento que os acabo de referir no hizo mas que confirmar sus sospechas y hacerle saber que ella no ama sin ser correspondida.

—¿Sabes, Violante, que es curiosa la historia?

—Y mucho.

—¿Y al fin no dijo el abad el nombre de la dama?

—Nó, por mas instancias que le hizo el caballero.

—¿Ni dió seña alguna?

—Eso sí.

—Sepamos.

—Dijo que era casada.

—¡Casada!

—Que tenia fama de virtuosa.

—¿Y que era noble y rica?

—Muy noble, muy rica y muy poderosa. ¿Lo habeis adivinado quizas?

—No.

—Añadió que su esposo profesaba una íntima amistad al doncel.

—Parece imposible todo eso.

—Y sin embargo, las pruebas....

—Es cierto, abonan las palabras del abad.... Noble, poderosa, casada, de honrosa reputacion.... ¿De quién sospechas, Violante?

—De nadie sospecho, señora.

—¿Y el caballero con quien hablaba don Gomez, tampoco sospechó de ninguna dama?

—Sí, pero no la nombró.

—¿Qué dijo?

—«Me parece, contestó el señor abad, que todo lo he adivinado.» Sonrióse este, y el caballero prosiguió: «¿Si lo acierto, me direis la verdad?» «No,» le contestó. Entonces......

—Entonces.... repitió la reina mirando con afan á su servidora.

—El noble señor dijo: «Su nombre empieza con M.»

—¡Con M!...

—Y don Gomez, despues de hacer una reverencia para alejarse, le contestó: «Si adivinais el nombre de esa dama, acordaos de que yo no os lo he dicho.»

—¿Y qué mas?

—Nada mas: separáronse y yo me alejé de la ventana.

Quedó la reina pensativa. Sus doncellas la contemplaron sin atreverse á interrumpir su meditacion. Agolpáronse á su imaginacion diversas ideas, las unas para atormentarla, las otras para darle consuelo. ¿Quién era aquella dama? Y los celos punzaban su enamorado corazon. ¿Seria ella mis-

ma? ¿Eran un mero capricho los amores con la judia? Así pensaba, pero cuando atravesaba su mente la idea de que Rodrigo la amaba, y se consideraba feliz, el sentimiento de virtud y la voz de la conciencia trocaban su felicidad en dolor. ¡Amar y tener que ocultar su pasion, ser correspondida y tener que pagar con duro desvio el amor de la persona amada y amante! ¡Padecer por virtud y esponerse á ser acusada como criminal!

¡Pobre muger!

Largo rato permaneció silenciosa, y al fin dijo:

—Violante, ¿conociste al caballero que hablaba con el abad?

—¿Cuándo, señora? contestó con fingida candidez la interpelada.

—Cuando en la galería refirió los amores de Rodrigo, repuso la reina poniéndose encarnada.

—Perdonad, ya me habia olvidado de eso.

Doña Maria comprendió toda la malicia que encerraban las palabras de su doncella, y de roja tornóse pálida.

—Sí lo conocí, era don Hernando de Silva.

Volvió la reina á quedar silenciosa algunos momentos.

—Retiraos, dijo al fin á sus sirvientes.

—¿No acabamos de vestiros? preguntó Beatriz.

—Es verdad.... concluid, pero daos prisa.

El tocado de la reina concluyó en uno de sus aposentos, cerca de su dormitorio, y quedando luego sola pasó meditabunda hasta el mediodia.

La intriga del abad y de don Lope empezaba á surtir su efecto, pues que ya se murmuraba con sigilo de ciertos amores de la primera dama de Castilla.

A las doce, Beatriz llamó á la puerta del aposento en que estaba doña Maria.

—Adelante, dijo esta.

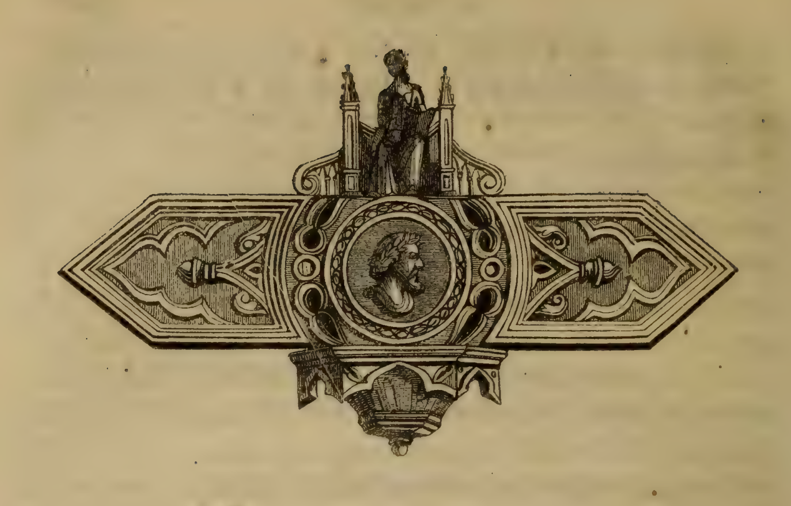
La doncella entró.

—Don Alonso Perez de Guzman, señor de San Lúcar, de-

sea saludar á V. A., dijo Beatriz con entonacion *oficial.*

—Me es muy agradable la visita del señor de San Lúcar: que pase.

Guzman entró.



CAPITULO VII.

De cómo la reina y don Alonso Perez de Guzman concluyeron un tratado de alianza ofensiva y defensiva, sin necesidad de embajadores.



Doña Maria de Molina recibió al señor de San Lúcar con una sonrisa en estremo amable, y le alargó su mano derecha, que el caballero besó respetuosamente.

—Sentaos, don Alonso, dijo con tono de benevolencia.

—Señora....

—Sentaos, si venis á hacerme una visita de amigo; de otro modo no os recibiria hoy porque no me he levantado del todo contenta.

Guzman se sentó.

—Cuando el ánimo está triste, dijo, la soledad es grata; si he venido á interrumpir la vuestra, pésame mi buen deseo de haber querido recibir vuestras órdenes.

—La soledad es grata cuando el corazon está oprimido, pero mas gratas son aun en tales momentos las palabras de un amigo leal; á nada puede compararse su consuelo, y como de él están privados casi absolutamente los reyes, porque no oyen sino adulaciones de los que se dicen sus amigos, ó insultos de los que enemigos se les declaran, nos parece celestial consuelo cuando encontramos un hombre como vos, y quisiéramos tenerlo siempre á nuestro lado.

—Señora, tal es hoy vuestra bondad que no encuentro palabras con que espresaros mi agradecimiento. Decir la verdad es un deber, y yo no hago mas que cumplir con el mio.

—¡Cuán escasos, don Alonso, son vuestros imitadores! ¿Podreis nombrarme muchos caballeros que cumplan ese deber?

—Pocos son, en verdad, por desgracia. Los mas con la mentira medran, con la intriga se abren el camino de la gloria; empero tarde ó temprano la inexorable justicia de Dios da á cada cual su merecido.

—Pero entre tanto llega el dia del castigo, ¿qué es de las inocentes víctimas de su perversidad? ¿No mueren á veces sin otro premio que una compasion humillante?

—¿Sabeis, señora, si esas víctimas espian entonces anteriores pecados que los demas ignoran? ¿Y aun siendo inocentes, no les dará su martirio un premio al lado del Omnipotente, y el porvenir un renombre glorioso, imperecedero, que solo la virtud puede alcanzar? ¡El porvenir! ¿Habeis pensado lo que es el porvenir? Por grabar mi nombre en la venidera historia, porque mi recuerdo viviese tanto como la generacion humana, sacrificaria gustoso los pocos años de mi vida. Nada es mas triste que la idea de que el nombre se sepulte con el cuerpo, y de que mientras este se convierte en frio polvo, aquel se borre de la memoria de los hombres. ¿Qué es

la vida del presente comparada con la gloria del futuro? ¡La vanidad de unas pocas horas comparada con la vanidad de todos los siglos! ¡Alcanzar esa gloria es vivir una eternidad!

—Y vos la vivireis don Alonso, porque sois digno de ella, Yo no tengo esa esperanza; las mugeres alcanzan dificilmente ese renombre: sufren, lloran y mueren, y la belleza de las que vienen al mundo hacen olvidar los dolores de las que lo dejaron humedecido con sus lágrimas. El mundo da gloria á los grandes hechos; la historia dedica una pájina de oro á las nobles hazañas, á la sabiduria, pero nunca al llanto, al martirio del corazon.

—Queda la conciencia que sonrie y hace feliz al mártir á los bordes del sepulcro, y hay en la otra vida un paraiso en donde se goza eternamente.

—Esa es mi esperanza; pero entre tanto, prosiguió la reina variando repentinamente de tono, ¿no es lícito defenderse de sus enemigos?

—Es un deber, señora, pero vos no los tendreis.

—¿Lo creeis así? repuso doña Maria despues de meditar algunos instantes.

—Debiera, al menos, creerlo.

—¿Es decir, que abrigais temores de que tengo enemigos?

—Leves sospechas, hijas tal vez de lo mucho que me intereso por vos.

—¿Y qué hace nacer esas sospechas?

—Bien analizado, nada; pero un presentimiento....

—¿Ninguna otra cosa?

—Ninguna, sino que pienso que podeis ser estorbo al medro de alguna ambicion. Es discreto vuestro consejo, pesa mucho en el juicio del rey, y quizás haya quien desee para el monarca de castilla una muger que sea solamente esposa, pero nó consejera en los asuntos de la gobernacion de los pueblos.

—Y vos, don Alonso, cuya franqueza es una de vuestras prendas mejores....

—Yo, señora, no deseo, no quiero para el rey don Sancho otra esposa que doña Maria de Molina.

—Gracias, porque sé que así lo sentís. ¿Y vos no teneis enemigos?

—Tantos como cortesanos, ó pocos menos.

—¿Y qué pensais hacer?

—Servir al rey con la misma lealtad que serví á su desgraciado padre.

—Eso no basta.

—Lo sé.

—¿Y no os defendereis?

—Sí, y aun me vengaré si me dejan tiempo; pero mi venganza será siempre tan noble como traidores sus golpes villanos.

—¿Con qué medios contais?

—Con mi honradez y con mi valor.

—¿Nada mas?

—Y con mis pocos, pero verdaderos amigos.

—¿Y no os habeis acordado de mí?

—Precisamente he venido hoy para ofreceros mi apoyo.

—Gracias, don Alonso, gracias; mi reconocimiento será tan profundo como generoso vuestro proceder.

—¿Me permitireis, señora, que á mi vez os haga algunas preguntas?

—Os escucho.

—¿Teneis motivos para sospechar que se ocupan en haceros daño?

—Me sucede lo que á vos, lo presiento.

—¿Y recelais de persona determinada?

—Sí.

—¿Quereis decirme su nombre?

—No me atrevo porque hasta ahora no es mas que una sospecha infundada.

—No importa, decidme quien es.

—Temo de don Gomez Garcia de Toledo.

—Creo tambien que es uno de vuestros enemigos, porque

entiendo que mantiene secretas inteligencias con un caballero en quien no tengo completa confianza.

—¿Quién es?

—A mi vez no me atrevo á nombrarlo por si rechazais mi sospecha con enojo.

—Nada temais.

—Don Lope Diaz de Haro.

—¡Mi cuñado! exclamó doña Maria.

Y despues de algunos momentos de reflexion, prosiguió.

—Tal vez no os equivoqueis.

—Creo que la cuestion de parentesco es para el nuevo conde la de menos importancia.

—¿Y cómo sabeis que mantiene inteligencias secretas con el abad de Valladolid?

—Uno de mis amigos, que vive en frente del señor de Vizcaya, ha observado que muchas noches entraba en casa de este el abad y permanecia allí, dos, tres y aun cuatro horas. Semejante intimidad secreta no cuadra bien con la indiferencia con que se miran en público, y esto me hace sospechar que están de acuerdo. Aparentemente no se profesan amistad, y sin embargo, nadie ha inclinado mas el ánimo del rey con indirectas recomendaciones y elogios, para que dé el título de conde al de Haro, que el abad de Valladolid.

—Razon teneis; pero mal conocen á don Sancho. Su padre perdonaba á sus enemigos, pero él, cuando tiene pruebas de la traicion, apenas la conoce, castiga severamente sin que le detenga el cariño que haya profesado al que delinque. Don Sancho quiere reinar á solas, y, acordaos de lo que os digo, si alguno sorprende su buena fe y se apodera de parte de su autoridad, no cantará su triunfo mas tiempo del que tarde el rey en tener ocasion de arrebatárselo con la vida. Nadie tiene principios mas fijos, convicciones mas profundas que mi esposo, y querer hacerle variar en la línea de conducta que se ha trazado para toda su vida, es arrojarse con el pecho desnudo sobre la afilada punta de una espada. A vos os puedo decir esto, pero á nadie mas, porque es preciso que igno-

ren lo que es el rey para que no le ataquen con ventaja.

—Pero entre tanto el favor de don Lope crece y el abad medra con la administracion de las rentas reales. Poco ó nada nos importaria esto, si pudiésemos ser indiferentes al bien de Castilla, pero va en ello tambien vuestro reposo y vuestra felicidad.

—Por eso nos defenderemos.

—Y atacaremos, porque nuestra causa es justa; pero atacaremos con nobleza; nuestras armas no serán la calumnia.

—¿Es decir?...

—Que tendré la honra de ser vuestro fiel aliado si me aceptais por tal.

La reina dirijió una mirada de indefinible gratitud al noble caballero, mientras que su corazon palpitaba de alegría.

—Don Alonso, dijo, ¿puedo acaso temer algo con vuestra ayuda?

—Débil es, señora, pero decidida y leal.

Contempláronse aquellos dos séres de alma generosa y grande, y despues de algunos momentos de silencio, prosiguió doña Maria.

—¿Quiénes son vuestros amigos?

—Uno el valeroso don Pelayo, conocido por el sobrenombre de Duro.

La reina esperaba tambien oir otro nombre, y sus mejillas se tiñeron de un ligero carmin.

—¿Otro? repuso.

—Otro, Rodrigo, el doncel querido del rey.

—¿Nadie mas?

—Algun otro, pero tan decidido como cualquiera de esos, ninguno.

—Contais, pues, con Pelayo y con Rodrigo....

—Con el segundo, no mucho por ahora.

—¿Por qué?

—Porque la desgracia de su madre y el robo de la judía le tienen muy preocupado, y dificilmente se fijará en otra cosa.

—La desgracia de su madre le causará gran dolor, pero no por eso dejará de ocuparse de otra cosa. Nunca ha conocido á su madre feliz, siempre la ha visto llorar, y sin embargo, ya sabeis cuanto valió á don Sancho la ayuda de ese niño con fuerzas de gigante.

—Señora, entonces no habia de por medio una pasion violenta y desgraciada: el amor absorve, en casos dados, todos los sentimientos, todas las ideas, porque en esos casos no hay mas que una idea y un solo sentimiento.

—¿Pero creeis que el amor á Esther sea una verdadera pasion y no un capricho?

—Señora, vos misma habeis presenciado una esceua que os debe convencer.

—Sin embargo, don Alonso, hay quien opina otra cosa, y aun quien diga que un nuevo amor arde en el pecho de Rodrigo.

La reina no era ya mas que muger: todo lo habia olvidado, y en aquel momento creia que el objeto principal de su conversacion con don Alonso no era sino el doncel.

—Puedo aseguraros que se equivocan.

—¿Teneis pruebas para hablar así?

—Las tengo.

—¿Cuáles, don Alonso?

—Las palabras del mismo mancebo.

—Es que él ocultará cuidadosamente sus nuevos amores, porque segun me han asegurado no son lícitos.

—¿Teneis vos algunas pruebas?

Doña Maria pensó que iba á parar mas lejos de lo que convenia, y conociendo, por otra parte, que nada sabria por boca de Guzman porque este ignoraba lo averiguado por la doncella, contestó con el tono de mayor indiferencia que le fué posible aparentar:

—Pruebas.... ninguna; solo sé que se ha dicho asi.

—Hablillas de la corte.

—Continuemos nuestra primera conversacion

Volvió la muger á ser reina, y su semblante apareció tranquilo.

—Es decir, prosiguió, que debemos temer del abad de Valladolid y de don Lope Diaz de Haro.

—Y tambien de su sobrino.

—¿De don Mendo Garcia?

—Sí, señora.

—¿Considerais como enemigo á don Mendo, solo por ser sobrino de don Lope?

—Es que hoy he tenido una sospecha que no se me habia ocurrido antes.

—Veo que sois tan buen observador como el abad de Valladolid, sin ser intrigante como él.

—Todo es poco para defenderse de ese hombre.

—Sepamos vuestra sospecha y en lo que se funda.

—Me parece que el raptor de Esther es don Mendo Garcia.

—¡Don Mendo!

—¿No le habeis echado de menos hace quince dias?

—Es verdad, pero ya sabeis que tiene una vida muy agitada, y nada de estraño es que aparezca ó desaparezca repentinamente.

—Si, pero su tio está en favor, y por nada dejaria la corte á no ser que un asunto semejante le obligase á ello.

—¿Y su ausencia es precisamente desde el dia en que Esther desapareció de su casa?

—Os diré lo que sé. Cuando esta mañana al despertar me vino á las mientes tal sospecha, traté de averiguar lo que podia haber de cierto, y preguntando á unos y á otros con el mayor disimulo, supe que aquel dia, despues de la ceremonia de la coronacion, no volvió á salir de su casa hasta las once de la noche, acompañado de su escudero favorito y de otro hombre de mala catadura que fué á buscarle. Pasadas como dos horas volvió con el escudero solamente, y montando á caballo, y seguido de este, ausentóse sin que hasta ahora se haya sabido nada de él.

—No me parece infundada vuestra sospecha.

—¿Luego pensais como yo?

—En que hay muchas probabilidades de que sea don Men-

do el raptor de la judía, sí; pero en cuanto á que de él recelemos como enemigo, no.

—Tened en cuenta que si es enemigo de Rodrigo, lo será mio y partidario de don Lope, y por consiguiente contrario vuestro.

—Es verdad, pero su pasion le inutiliza por ahora. Ya veis, por de pronto se aleja.

—Descuidad, señora, que ya se acercará cuando mas daño pueda ocasionar.

—Aconsejadme, pues, lo que debo hacer.

—Nada mas que guardáos de él como del abad y de don Lope.

—Reasumamos, don Alonso.

—Como gusteis.

—Primero contemos nuestros enemigos.

—Don Gomez Garcia de Toledo, don Lope Diaz de Haro y su sobrino, como los principales.

—¿Amigos?...

—Pelayo, Rodrigo, el judío Jonadab que vale mas de lo que nadie cree....

—Y vos mas que todos ellos.

Inclinóse Guzman.

La reina quedó pensativa largo espacio de tiempo.

—Mi opinion es, dijo, que los dejemos obrar, averiguando nosotros entre tanto cuanto hacen y cuanto piensan.

—Convenidos.

—Yo puedo disponer de dos espias sin igual para el interior de palacio: la una de ellas sutil y ligera como el pensamiento; la otra de madura reflexion y que solo da el golpe cuando tiene completa seguridad.

—¿Quereis decirme quienes son?

—Violante y Beatriz, mis doncellas.

—¿Y estarán dispuestas á todo?

—Os comprendo. Violante sí, la otra hasta cierto punto. La primera, si fuese preciso, no tendria inconveniente en enamorar aun al mismo abad de Valladolid.

—Sois muy sagaz, señora.

—De este modo estaremos solamente á la defensiva hasta que tengamos ocasion favorable de dar el golpe con seguridad.

—Vuestro plan está admirablemente combinado.

—¿Con qué es decir que lo aprobais?

—Completamente.

—Ahora decidme lo primero que vais á hacer.

—Comunicar á Pelayo el Duro mis sospechas con respecto á don Mendo Garcia, para que me ayude á aclararlas. Si nuevos datos las confirman, se las participaremos á Rodrigo á fin de obrar para obtener pronto un resultado, cualquiera que sea, porque solo entonces podremos contar con el doncel, que vale mucho.

—Quedamos, pues, convenidos.

—Nuestra alianza está firmada, y si me otorgais vuestro permiso me retiraré.

—El cielo os guarde, don Alonso.

Levantóse este y se dispuso á salir. La reina le detuvo.

—Decidme, ¿es verdad que Rodrigo sospechaba, si no precisamente el robo de Esther, al menos que algun peligro la amenazaba aquella noche?

—Sí, señora; pero ¿por qué se os ocurre esa pregunta?

—Es que me lo habian asegurado así, y no comprendia como el enamorado mancebo habia abandonado á su adorada en los instantes del peligro.

—Le fué imposible separarse de su madre.

—Sí, pero el honor, la vida quizas de la judía....

—Tales serian los inconvenientes que tuvo para socorrerla, que á pesar de esas consideraciones no pudo abandonar á la pobre loca.

Doña Maria no quedó satisfecha con la contestacion de Guzman.

—Teneis razon.... ¡Pobre mancebo!...

—Señora, guárdeos Dios.

—Él os proteja.

Al salir el señor de San Lúcar se encontró frente á frente con el risueño rostro del abad de Valladolid.

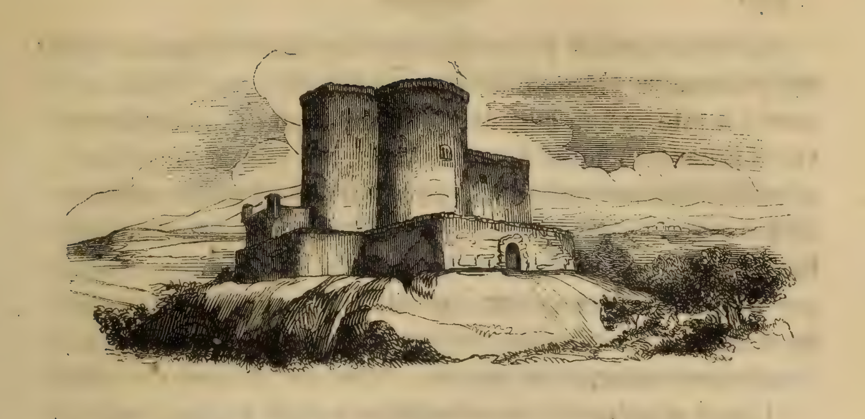
—Mucho me habeis hecho esperar, dijo, hoy que mas deseos tenia de ver á S. A.

—Ignoraba que aguardaseis, y la reina lo ignoraba tambien. ¿Por qué no habeis hecho que os anuncien? Nada importaba interrumpir mi visita.

—Hace mas de una hora que estoy aquí.... Ya sabeis que soy vuestro mejor amigo, dijo.

Y aumentándose su sonrisa, hizo una profunda reverencia y pasó al gabinete de doña Maria.

—Bien, murmuró don Alonso al tiempo que se alejába. Eso es lo mismo que decirme que no ignoras que ayudo á la reina. Tanto mejor: un Guzman no hiere nunca por la espalda.



CAPITULO VIII.

De lo que trataron don Alonso Perez de Guzman y Pelayo el Duro.



Los celos de Pelayo el Duro habian desaparecido con la vida de don Alonso el Sabio. La muerte habia puesto término á la lucha que tuvo que soster el valiente caballero entre su gratitud y su sed de venganza, entre el juramento prestado al rey y el que hiciera a doña Ines de Carbajal. El retiro y la oracion habian calmado la agitacion de su espíritu, y mas tranquilo ya, abandonó la soledad del claustro para dedicarse á protejer al desdichado huérfano Rodrigo y á la pobre loca.

El heróico valor y raro esfuerzo del doncel, cuando por vez primera se presentó delante de Pelayo, interesaron vivamente á este, y aun cuando sintió un impulso de celoso desvio al saber que aquel hermoso jóven era el hijo de su rival, pronto el primer sentimiento de admiracion y cariño ahogó el de los celos. La muerte del rey y el lastimoso estado de doña Ines, acabaron de interesar su corazon, y decidióse á velar por la suerte del mancebo, juguete hasta entonces de la sed de venganza de su madre, y víctima del mismo cariño que esta le profesaba..

Las prendas de Rodrigo eran tan nobles y raras, que fácilmente despertaba las simpatías de todos los que tenian ocasion de conocerle. Por eso le amaba Guzman y el padre de Esther, y aun muchos señores y nobles eran sus verdaderos amigos.

Pocas horas despues que salió el señor de San Lúcar del alcázar real, encontrábase en casa de Pelayo y conversando con él. Habíale manifestado sus sospechas respecto al robo de la judía, y trataban el mejor medio de averiguar la verdad.

Descansaban en anchos sillones con asiento de cuero, parte del severo adorno de la habitacion, en donde algunas armas hacian el principal papel.

Vestia Pelayo un traje verde muy oscuro de fina tela de lana y un ancho bonete negro, con pluma del mismo color, y no llevaba otro adorno que dos hebillas de diamantes, una que sujetaba la pluma y otra el ancho cinturon de donde pendia una larga daga.

Su severo rostro estaba, como siempre, tranquilo, aunque una sombra de tristeza velaba las negras pupilas de sus grandes ojos.

—Seria, pues, preciso, decia Guzman, obtener mas pormenores que solo pueden darnos sus sirvientes. La dificultad es encontrar á uno de estos de quien se pueda sacar partido.

—Creo que lo encontraremos, don Alonso. Tiene don Mendo un escudero que lo fué mio hace dos años, y aunque de bastante honradez, y por lo mismo callado y poco murmurador;

tiene que agradecerme la vida, que le salvé, sin otros beneficios que le tengo hechos. Si está en Toledo ahora, no dudo que obtendré de él lo que deseamos.

—Esa casualidad debe servirnos de mucho.

—En cuanto avance el dia me dirijiré á casa de don Mendo, aguardaré por los alrededores, y tarde ó temprano Fortun ha de salir ó entrar. Procuraré alejarle de aquel sitio y llevarle á otro mas solitario de la ciudad, y si la gratitud ó el oro no le hacen hablador, mi daga soltará su lengua, que una amenaza ó un bolsillo son los dos únicos resortes para conseguir cuanto se quiere de esos villanos.

—¿Y si no está en Toledo?

—Si no está en Toledo iremos en busca de Esther sin mas averiguaciones.

—¿Y á dónde?

—No pueden haberla llevado, ó al menos tales son las probabilidades, sino á Sevilla, á Córdoba ó á Jaen, que son los puntos donde tiene don Mendo tierras y vasallos. Tres de nosotros partimos con direccion, cada cual, á uno de estos puntos, y seguramente alguno ha de dar con lo que busca.

—Para eso será menester comunicar á Rodrigo y á Jonadab nuestras sospechas.

—Sin remedio.

—Y ya os he dicho lo peligroso que puede ser hacerles concebir esperanzas que hayan de desvanecerse luego.

—No me causa eso grandes temores, porque con lo que me habeis dicho, casi se puede asegurar que el raptor de la judía es don Mendo.

—Casi.....

—Y sobre todo, ya comprendereis que es preciso esponerse á perder algo : si nada se arriesga, nada se puede adelantar.

—Teneis razon.

—A deciros la verdad, don Alonso, si pienso hacer las averiguaciones que hemos acordado, no es porque me quede duda alguna de que el autor del rapto es el sobrino de don

Lope, sino porque quiero saber á donde ha sido conducida, paraque concentremos en aquel punto todas nuestras fuerzas.

—Quedamos, pues, convenidos.

—Entonces á la noche nos veremos y os diré el resultado que obtenga.

—¿Dónde os aguardo?

—En el alcázar, si os parece.

—Nó, mejor será en otra cualquier parte.

—Donde gusteis.

—En mi casa.

—¿A qué hora?

—A las nueve, si os conviene.

—No faltaré.

Meditó Guzman por algunos instantes, y luego prosiguió:

—Hablemos de otra cosa.

—Decid.

—¿Puede escucharnos alguien?

—Nó.

—He tenido una larga conferencia con la reina.

—¿Y le habeis indicado nuestros temores?

—Le he hablado francamente.

—¿Cómo ha recibido vuestras palabras?

—Perfectamente.

—¿Qué concepto forma del abad y de don Lope?

—El mismo que nosotros: del abad sospechaba ya, y despues de lo que le he dicho sospecha tambien de don Lope.

—¿Es decir que cree que ambos son sus enemigos?...

—Sí.

—¿Y ha pensado en que ella es el blanco principal de sus golpes?....

—Lo teme porque está decidida á hacerles cruda guerra, y naturalmente ellos, para realizar sus proyectos de ambicion, han de querer inutilizar tan poderoso enemigo.

—Por supuesto, tanto la reina como vos, ignorais el ter-

reno que para la lucha han elegido el abad y don Lope....

—Siempre pondrán en juego cualquiera intriga abominable; pero es difícil averiguar cual sea.

A pesar de que Pelayo habia dicho á don Alonso que podia hablar con descuido, levantóse y se asomó á la puerta del aposento para cerciorarse mejor de que nadie escuchaba.

Luego, volviendo al lado de Guzman, dijo en voz baja:

—La reina está enamorada.

La sorpresa hizo brincar sobre su asiento al señor de San Lúcar, y en el espacio de algunos instantes no pudo pronunciar una sílaba. Con los ojos estremadamente abiertos, y la frente pálida, miró á Pelayo. Luego con pausado tono y acentuando mucho sus palabras como quien quiere hacerse comprender bien, dijo:

—¿Habeis dicho.... que la reina.... la esposa de don Sancho IV?...

—Está enamorada, repitió el caballero.

—¡Don Pelayo!...

—¿Os parece imposible?

—¡Enamorada!...

—Con frenesí.

—¿Quién os ha hecho creer semejante calumnia?

—¿Quién?....

—Os han sorprendido, os han engañado.

—Nó, don Alonso. Nadie me ha hablado de la reina.

—¿Entonces?....

—Lo sé por lo que he visto.

—¿Qué habeis visto, dónde, cómo?...

—He visto miradas llenas de ardiente pasion y de punzantes celos; las he visto en Córdoba, en Salamanca, en Toledo, y el dia de la coronacion mas que nunca; las he visto teniendo doña Maria á su rival en frente....

—¿Quién es su rival?

—Esther.

—¡Esther!... Ahora lo comprendo.

—¿Qué comprendeis?

—Una pregunta que la reina me hizo con respecto al doncel....

—¿Os convenceis?

—No del todo aun.

—El tiempo os dará la prueba.

—Pero ese amor....

—No es correspondido porque el mancebo adora á la judía.

—¿Entonces?...

—Los enemigos de la reina harán que Rodrigo corresponda á ese amor, ó por lo menos que aparezca así.

—Don Pelayo, ¿sabeis que esas sospechas?...

—Son harto fatales, lo sé, pero se convertirán en realidad.

—¿Y qué fundamento teneis para creerlo así?

—Lo que se susurra.

—¿Ya se habla de esos amores?

—Nó, pero se sospecha que Rodrigo no ha tenido por la judía sino un capricho que ya pasó, y no se ha cuidado de evitar el rapto, ó segun algunos lo ha tolerado.

—Por eso la reina me preguntaba si era cierto que el doncel tenia sospechas de que la seguridad de Esther estaba amenazada la noche del rapto, y siendo así, cómo la habia abandonado.

—Ya lo veis, don Alonso: lo primero que tienen que hacer los enemigos de la reina, es que se crea que Rodrigo no ama á la judía, para de este modo hacer valedera la voz de que se interesa su corazon por otra.

—¡Miserables! exclamó Guzman apretando los puños y frunciendo el ceño. ¡Vive Dios, que su infame calumnia han de pagarla harto cara!... Don Pelayo, esa trama es horrible, es preciso desbaratarla á toda costa.

—Por eso es doble mi empeño en descubrir á Esther, para patentizar la pasion que por ella siente Rodrigo.

—La reina es virtuosa, don Pelayo, y su causa es justa.

—La reina se dejará consumir por su pasion antes que faltarle á su esposo.

—Así lo creo.

—Pero al fin es muger y débil como tal: no se manchará su limpio honor, pero no se domina tampoco lo bastante para que ciertas apariencias no le sean contrarias.

—Teneis razon; mas ¿quién la advierte sobre ese punto? ¿Quién se atreve á decirle, «señora, en vuestro pecho arde una pasion fatal, y aunque sabeis dominarla, no es bastante que seais virtuosa, sino que lo parezcais?»

—Mas cuando en ella no se ve sino alguna mirada que solo la mas refinada malicia puede interpretar.....

—¿Qué debemos hacer?

—No veo mas salvacion que demostrar ante todos que Rodrigo está ciegamente enamorado de Esther, y que no puede, por consiguiente, estarlo de otra.

—¿Y si la judía ha sido deshonrada?

—Entonces, don Alonso, dijo Pelayo, cuyas pupilas se encendieron, entonces mataré al señor de Vizcaya, y ahogaré entre mis manos al abad.

—Sí, los mataremos.....

—Y lavaré con sangre el honor de la reina de Castilla.

—¡Con sangre!..... Don Pelayo, nuestro entusiasmo nos extravia: ese castigo seria para el mundo una venganza que justificaria su proceder.

—No, don Alonso, porque yo puedo matar á otro hombre por rencillas particulares.

—Sois partidario de la reina.....

—En fin, en semejante caso no respondo de mis acciones.

—Entonces, dejemos para cuando llegue el tratar de él.

—Mas vale; ahora pensemos en lo presente.

—Pues bien, la reina está en peligro y el doncel se muere de amor: la suerte de ambos está ligada por un fatal acontecimiento, y el remedio para los dos es el mismo.

—¿Y no habeis pensado que el remedio quizas los haga mas infelices de lo que ahora son? Salvamos el honor de la

reina haciendo que Rodrigo muestre su pasion por la judia, pero tambien la reina sufrirá horriblemente atormentada por los celos; el mancebo será dichoso si vuelve á ver á su Esther, pero su dicha se convertirá en desesperacion el dia en que despierte de su sueño y se convenza de que aquella muger no puede ser suya porque los separa la religion.

—Es verdad; pero el honor de doña Maria quedará á cubierto: de todas maneras, la judia no será de Rodrigo.

—No hay, pues, tiempo que perder.

—La noche se acerca, don Pelayo.

—Voy en busca de Fortun, y que Dios nos proteja.

—Entre tanto, ya sabeis que todo esto es un secreto para el doncel.

Levantáronse ambos. Pelayo se envolvió en una ligera capa, y salieron.

Ya en la calle, dirigióse Guzman á casa de doña Ines para informarse de su estado, y Pelayo á la de don Mendo Garcia para hacer sus averiguaciones.

CAPITULO IX.

Donde sabrá el lector en brazos de quien se encontraba la judia.



Como á una legua de Sevilla, y en el camino que desde esta ciudad conduce á Jerez, veíase á mano derecha, en la época á que nos referimos, un pequeño bosque formado por diversidad de arbustos. Tras el bosque, algunos montecillos elevaban sus azuladas crestas, y tras estos veíanse asomar las escarpadas cumbres de algunas desiguales mon-

tañas que ocultaban á su vez otras de afilados y puntiagudos riscos, haciendo tan escabroso el terreno, tan árido y tan sombrío, que parecian colocadas allí para formar el mas opuesto contraste con los siempre verdes y floridos campos de la encantadora Andalucía. En este hermoso pais los parajes montañosos parecen mas tristes que en cualquiera otra parte, sin duda porque resalta mas tambien su solitaria aridez en medio del eterno verdor que los rodea. El que ahora nos ocupa presentaba tan pocos atractivos á la vista, y era de tan difícil paso, que no lo atravesaba alma viviente, á no ser algun campesino de las cercanías, únicos que conocian por la costumbre los sitios por donde debian caminar, pues á los ojos no se presentaba vereda alguna. Ademas, por allí no se iba á ninguna poblacion, á ningun castillo, y por esto tambien nadie se internaba en aquel terreno.

Cada semana, el lunes, al rayar el dia, un hombre de bastante edad, caballero en una mula parda, de menudo paso y mansa condicion, desembocaba del bosque al camino, tomando la direccion de Sevilla, y volviendo por la tarde, llenas unas grandes alforjas, que mas parecian seron, internábase de nuevo en el bosque y dejaba que su cabalgadura trepase los montes con admirable instinto y práctica infalible.

Si algun curioso hubiera seguido al anciano de luenga y encanecida barba y tranquilo continente, le hubiese visto caminar por espacio de una hora, llegar á un pequeño valle y entrar por la ancha puerta de un elevado muro que rodeaba un grande edificio.

Semejaba aquel paraje el último lugar de la quietud. Al despuntar la aurora se oia el dulce trino de algunas aves; luego el sonido de un esquilon respondia al patético canto de la tórtola, oyéndose por última vez las metálicas vibraciones cuando la noche venia, sin que ya se percibiese mas que el canto lúgubre de la lechuza ó del buho.

El edificio que se veia en aquella soledad, entre aquellos riscos, obra inimitable de la naturaleza, era lo único que re-

cordaba por las suyas al hombre. Encerrada su inmensa mole de piedra en el estenso cuadrilongo que formaba el grueso muro, podia tomarse por una fortaleza, si la falta de elevados torreones, de almenas y fosos, no denotasen que estaba destinado á distinto uso. Su forma era tambien la de un paralelógramo, y su construccion de gusto puramente gótico. En cada uno de sus costados habia una puerta de distintas dimensiones : dos hileras de ventanas, abiertas sin órden daban luz al interior del edificio, á mas de la que recibia por sus grandes patios. Su techo estaba cubierto de negras pizarras, y sobre uno de sus ángulos levantábase una torrecilla de construccion poco sólida, y sin duda mas moderna que el edificio. Veíanse en la torrecilla cuatro ventanas en sus cuatro paredes, y en una de aquellas ventanas, de las que caian á la parte esterior del edificio, estaba colocado el esquilon que tocaba á ciertas horas del dia.

Contaban los pastores de las cercanías, que aquel edificio habia sido una fortaleza, propiedad de un señor de tan malas costumbres que no respetó la virtud de ninguna doncella, llegando hasta el caso de abusar de la de su hija ; por lo cual Dios hizo que una noche los rayos de una espantosa tormenta cayesen tan continuados sobre el castillo, que aterrado el inicuo señor, hizo promesa de fundar un convento de religiosas en aquella mansion del pecado , si el cielo le libraba del peligro. Desde entonces diz que la fortaleza se convirtió en convento, bajo la advocacion de la Encarnacion, siendo la primera abadesa la hija del noble, y acabando este sus dias en aquellas montañas como solitario anacoreta. No faltaban campesinos que asegurasen que á media noche aparecia una luz sobre el edificio, y que se oian tristísimos lamentos, deduciendo de aquí que el alma del pecador venia á implorar los rezos de las vírgenes que se albergaban allí. Fuese ó nó verdadera esta historia, es lo cierto que aquellos contornos eran mirados con cierta especie de temor por los villanos, que no transitaban por allí sino cuando les era absolutamente preciso.

El interior del edificio podia decirse que era digno de un monarca, aunque en su mayor parte estaba completamente descuidado. Grandes patios donde la yerba crecia á su placer; espaciosos salones cuyas paredes y techos estaban labrados con todo el lujo artístico y severo gusto de tales construcciones; dos anchas escaleras de blanco mármol sin contar otras muchas estrechas, y largos corredores dando vuelta á todos los patios, dividian el plano de aquella mansion, en su mayor parte desamueblada, y habitada solamente por doce ó catorce religiosas y el viejo de la parda mula que todas las semanas iba á Sevilla para traer provisiones.

Eran las seis de la tarde, y aun el ardiente sol de junio bañaba con sus luces las paredes del convento, cuando llegó el anciano. Despues de descargar su cabalgadura y dejarla en la cuadra, subió al primer piso, siguió á lo largo de un corredor, atravesó algunas habitaciones, y parándose al fin junto á una maciza puerta, llamó discretamente.

—Adelante, dijo desde adentro una débil voz.

Penetró el anciano, encontrándose en un salon donde no habia mas muebles que seis pesados sillones, una mesa y una humilde cama sobre la que se veia, pendiente de la pared, un crucifijo de talla de grades dimensiones y una pililla con agua bendita. Dos ventanas daban luz á la habitacion, y cerca de una de ellas, y descansando en uno de los sillones, habia una muger de avanzada edad vestida con blanco hábito de lana.

No habia borrado el tiempo la espresion de autoridad y nobleza que se pintaba en su dulce semblante. Habria sido hermosa en su juventud, aunque ya sus facciones estaban desfiguradas por las arrugas que forma la mano del tiempo. Sus azules ojos conservaban, sin embargo, bastante espresion, y la forma de su ancha frente denotaba un claro entendimiento. Era tranquila la espresion de su rostro, como tranquila habia sido su vida. Educada en el claustro, y envejecida en él, habia sido feliz, y como simple religiosa primero, y despues como abadesa, siempre fué ejemplo de la mas severa virtud.

—Deo gracias, dijo el anciano, yendo á besar humildemente la diestra de la superiora.

—A Dios sean dadas, hermano Pablo. Muy pronto habeis vuelto hoy.

—No he querido detenerme en la ciudad.

—¿Qué nuevas traeis?

—Se nota algun movimiento amenazador en Sevilla.

—¿Nuevas discordias?

—Segun entiendo, el infante don Juan altera los ánimos, y se temia que el pueblo diese el grito de rebelion contra el rey.

—Dios los ilumine.

—Y por lo que pudiera ocurrir, he apresurado mi vuelta y he traido mas provisiones.

—Habeis obrado con prudencia.

—¿Cómo se encuentra la enferma?

—Sigue mejor, pero aun se obstina en callar su nombre.

—¿No podrá levantarse aun?

—Imposible: sus fuerzas están todavia muy débiles; la calentura ha sido violenta y larga, y tardará algunos dias en recobrar el suficiente vigor para poder sostenerse en pié.

—¿Sabeis, madre, que todo lo relativo á esa jóven tiene cierto misterio que me llama mucho la atencion? Desde que la encontré en la montaña hasta hoy, todo me ha parecido en ella estraño.

—Y mas deberá pareceros cuando sepais que no solo se obstina en callar su nombre, sino que tampoco habla de su familia. En el delirio de la calentura que ha tenido estos dias llamaba á su padre y nombraba á un hombre que sin duda era su hermano; pero cuando ha recobrado el uso de su completa razon, solo tiene palabras para quejarse de su desdicha y para dar gracias á las hermanas por el cariño con que han cuidado de su salud.

—Dios le dé consuelo y la perdone si algun pecado....

—Callad, hermano Pablo, y no penseis mal cuando no hay motivo para ello.

—Ya veis, madre, que todo puede ser.

—Sí, pero no lo sabeis.

—Es verdad, pero á nadie lo digo sino á vos.

—No importa. Ocupaos de vuestras faenas y dejadme.

Salió el viejo Pablo y la abadesa volvió á quedar sola y pensativa.

Dejémosla por algunos momentos, y traslademonos al lado de la muger, objeto de su curiosidad y de la de todas las monjas.

En la parte occidental del edificio habia una pequeña celda en donde solo se veia una estrecha cama y tres ó cuatro pesados taburetes de encina que armonizaban con una tosca mesa de pequeñas dimensiones. Frente á la cama, y recibiendo la luz de una ventana que daba al campo, estaba colocada en un nicho abierto en la pared, una imágen de la vírgen de los Dolores.

Los últimos rayos del sol penetraban en la estancia.

Contemplábalos desde el modesto lecho, con apagados ojos y mirada triste, una muger en cuyo rostro se veian las señales todas de una ardiete fiebre.

Era Esther que parecia absorta en muda contemplacion. Despues de algunos momentos de silencio abriéronse sus blanquecinos y secos labios, y con voz débil y pausado tono dijo:

—Ya te escondes, tú mi único amigo á quien puedo confiar mis penas. Tal vez mi padre te contemple tambien en estos momentos y piense en mí: tal vez Rodrigo.... ¡ay!.... Rodrigo.... ¡Oh sol! lleva á mi padre un recuerdo, y un suspiro al que amo. ¡Padre mio, qué será de tí!.... la debilidad de tu vejez no habrá podido resistir quizas el terrible golpe de la pérdida de tu hija, de la hija á quien tanto amabas, por la que hubieras dado tus codiciados tesoros....

Una lágrima bañó sus negras pupilas, y un suspiro pareció desahogar su comprimido pecho.

—¡Oh sol! Si pudieras decir á mi padre donde estoy, si enseñáras á Rodrigo el camino de esta mansion.... Pero, nó,

si es que tus rayos pueden inspirar á los que me lloran perdida, escóndete, sumerje tu abrasadora cabellera tras esos riscos, que ignoren donde me hallo, porque si á la vez que me lloran me acusan creyéndome liviana, mas quiero morir que ver sus miradas desdeñosas ó iluminadas por la indignacion, mas quiero sepultarme en vida en esta apartada soledad, entre estos sombríos muros.... ¡Desdichada de mí!..... en esta soledad, bajo estos techos se llora como esa efigie la muerte del que no es mi Dios.... ¡Ni aun el consuelo de morir aquí!

Estremecióse al recordar que se hallaba en un convento; que tenia que abjurar su religion ó verse arrojada de allí por las mismas personas que la habian salvado de la muerte; que le era imposible ocultar por muchos dias á qué Dios rendia culto, porque así se lo mandaba su conciencia, y que cuando supiesen que era judia ni aun le prestarian el último socorro de mostrarle el camino que debia seguir para llegar hasta su padre. ¿Qué haria cuando en mejor estado de salud la invitasen á entrar en el templo para dar gracias al Crucificado porque le habia conservado la vida? ¿Cómo decir, ese á quien me mandais adorar, ante quien quereis que doble la rodilla, no es para mí el hijo de Dios, porque yo aun espero al prometido Mesías? ¿Cómo pedir que le enseñasen el camino de la Sinagoga á las que cuidaban el templo del Salvador del mundo?

Atormentada el alma por tan desconsoladores pensamientos, desgarrado el corazon por su hondo pesar, exclamó:

—¿Con qué dolor podrá compararse el mio?

Y su mirada se fijó involuntariamente en la santa imágen, cuyo inmóvil rostro parecia revelar en aquellos momentos mayor afliccion que nunca. Una nueva idea iluminó repentinamente la imaginacion de la judia.

—¡No soy madre, exclamó, pero tu dolor fué mas agudo que el mio! ¿Quién te dió tanto sufrimiento, resignacion tan sin igual?... ¡Ah!...

Pasóse una mano por su abrasada frente y la comprimió con violencia.

—¡Dios de mi errante pueblo! ¿por qué no das á los tuyos tanta fuerza para sufrir sin quejarse, para morir bendiciendo la mano que les roba la vida?

Punzóle la duda el alma, y estremeciéndose violentamente, se agitó en su lecho como si quisiese luchar con un enemigo cuya sola presencia la llenára de pavor.

—¡Fuerzas, fé, mi Dios! exclamó como desesperada.

Luego quedó inmóvil y vióse su pecho en etremo agitado.

—No recibistes tú así á tu hijo muerto en la cruz: cuanto mas se aumentaba tu dolor mas sosegado estaba tu pecho.... ¡Padre mio!... si pudieran tus miradas penetrar en este instante hasta el alma de tu hija, te apartarias horrorizado y exclamarias: «¡Esa no es mi Esther!» ¡Y tú, Rodrigo, con cuánto placer no verias ahora desgarrarse mi corazon por la duda!...

Volvió á hacer un nuevo esfuerzo y prosiguió:

—Estas paredes han trastornado mi razon.... pero ya volverá.... Nó, Rodrigo, no abrigues esperanza porque siempre seré judia.... no seré tuya....

Aumentábase el tormento de la infeliz jóven, porque á su calenturienta mente agolpábanse por instantes ideas á cual mas triste y mas desconsoladora.

—Rodrigo, ya no puedo ser tuya aunque olvide mi religion. Otro me ha sacado en sus brazos de mi lecho, y aunque soy inocente, aunque el infame ha respetado mi virtud, quizas porque no ha podido obrar de distinto modo, tú me crees deshonrada..... ¡Oh!.... esto es horrible. Pagarás con el desprecio mi pasion; tus celos alimentarán tu furor, maldecirás tu estrella, arrancarás con tu potente mano el corazon del que puso en mí la suya impura, pero no habrá compasion para Esther, porque tu amor se convertirá en coraje... ¡Rodrigo, Rodrigo, siento aquí la helada mano de la muerte! te dije la segunda vez que te ví.... ¡Ah!.... ¡No sabes cuán verdaderas son estas terribles palabras!

Tal esfuerzo habia hecho el espíritu de la desdichada jó-

ven, que sintióse desfallecer ahogada por penosa fatiga.

El mas profundo silencio reinó en la estancia, iluminada apenas ya por los últimos crepúsculos. Despues de algunos momentos, volvió á decir la judia:

—Adios, sol: tú solo me sonries al disipar las tinieblas de la noche con tus puros rayos, y te alejas triste al ocultar la noche tu clara luz con el manto de la oscuridad.

Cerró sus ojos Esther, vióse su pecho agitado por desigual respiracion, y al entreabrir sus secos labios sintió que la calentura acrecia y le abrasaba la frente.

Cerró la noche al fin, y una monja de veinte abriles, de tez morena y negros ojos brillantes y espresivos, entró con una lámpara encendida que colocó sobre la mesa.

—Por siempre sea bendito y alabado nuestro Señor, dijo con voz clara y sonora.

Y como nadie le contestó acercóse á la cama.

—¿Dormis?.... No..... pero creo que aumenta la calentura. Voy á llamar á la madre abadesa por si es oportuno darle de esta pócima de color de ceniza, y de la cual Dios me libre.

Se dirijió á la puerta, pero se detuvo viendo que la superiora entraba.

—Iba á llamaros, madre.

—¿Hay alguna novedad?

—Creo que la fiebre vuelve á tomar incremento.

—¿Habeis permanecido aquí toda la tarde, hermana novicia?

—En esa habitacion inmediata hasta que fuí en busca de una luz.

—¿Y no habeis advertido si al creerse sola la paciente hablaba?

—Sí me ha parecido oir un murmullo, pero estaba distraida mi atencion con la lectura y no podré asegurarlo.

—Ayer hallándome en esa otra habitacion, dijo en voz baja la abadesa, sentí que la enferma hablaba, y creyendo que seria efecto del delirio, entré, pero calló al verme. Entonces

apenas tenia calentura, y esto me hizo sospechar que cuando no la acompaña nadie es cuando precisamente dice lo que tanto calla delante de todos. Es, pues, preciso escuchar y enterarse de sus palabras.

—Bien, madre, sereis obedecida: lo haré con mucho gusto.

—Dadme ese vaso, hermana Isabel.

La novicia, porque tal era, dió á la superiora un vaso de estaño que habia sobre la mesa medio lleno de un líquido blanquecino.

Y mientras la anciana atenúa con sus medicamentos la fiebre de Esther, diremos al lector por qué se encontraba allí en brazos de las monjas, en vez de estar en los de su raptor don Mendo Garcia.



CAPITULO X.

Donde sabrá el lector por qué la judia se hallaba en el convento.



Ya digimos á nuestros lectores que mientras Rodrigo entraba por un estremo de la calle donde vivia Esther, salia esta por el opuesto, encerrada en una litera y seguida de su raptor.

Una vez fuera de la ciudad, el caballero y su criado montaron en las cabalgaduras que ya tenian preparadas, y caminando cerca de tres horas llegaron á un meson de aspecto el mas miserable.

Apeóse el escudero y llamó con descompasados golpes á la puerta del casuco, contestando desde adentro una voz áspera :

—¿Quién va?

—Abra el villano, gritó el escudero.

Por esta contestacion comprendió el dueño de la posada, si tal podia llamársele, que algun noble era el que habia llegado; y teniéndolo por buena fortuna, apresuróse á abrir.

—Mi noble señor, le dijo el sirviente, necesita una habitacion y una cama en donde nadie penetre ni pueda verse quien descansa allí.

—Por San Pablo que me poneis en grande aprieto, contestó el mesonero. No hay en mi casa mas habitaciones que la cocina, el establo y la que me sirve para dormir en union de mi muger. Camas, la mia y aun algo dura.....

—Basta, basta, tomad, interrumpió Pedro dándole un bolsillo. Id á vuestro aposento, despertad á vuestra muger con el sonido de esta plata, y decidle que inmediatamente abandone su lecho porque ha de servir á otra persona.

—Sin duda no habeis pensado.....

—Haced lo que os digo, y advertid á vuestra muger que si el brillo de las monedas no la convencen, la obligará el brillo de mi daga.

No volvió á replicar el mesonero. Volvió la espalda, y á poco rato presentóse otra vez diciendo á Pedro:

—Señor escudero, mi muger está ya aquí en la cocina, y nuestra cama dispuesta para vuestro señor.

—Está bien: ahora dejad esa lámpara ahí, y vos y vuestra muger encerraos en el establo. Cuando podais salir os llamaré.

—¿Hablais seriamente? preguntó el mesonero admirado.

—Sí: la cocina la necesitamos tanto como la cama: somos muchos.

—¿Pero cómo es posible?.....

—¿Cómo? encerrándoos nosotros si vos mismo no lo haceis. Obedeced y callad que se pierde mucho tiempo.

Vió el huésped que mal de su grado tendria que obedecer, y entre una buena recompensa ó una puñalada, decidió-

se á callar, y fué á encerrarse con su muger, cuya curiosidad superó en aquellos momentos á su codicia.

Echó pié á tierra entonces el caballero, y abriendo la litera, sacó en sus brazos á Esther, la llevó á la miserable y sucia cama del mesonero y la colocó allí con cuidado. Pedro, entre tanto, sacó tambien de la litera un bulto, y fué á reunirse con su señor, despues de atar los caballos á una pequeña reja.

—Aquí está la ropa, dijo.

—Bien; estiéndelo sobre esa mesa de modo que pueda verla en cuanto despierte: deja cerca la luz y vámonos. Ya no debe dormir mucho tiempo.

Obedeció Fernan, y la tosca mesa que habia cerca de la cama vióse cubierta por un riquísimo trage azul recamado de oro, al que acompañaba todo lo necesario paraque Esther pudiese vestirse completamente.

—Abriremos esta ventana, prosiguió el caballero. El aire despejará su cabeza: nos conviene que despierte pronto para seguir nuestro camino antes que venga el dia.

—Mirad si tiene reja, para si nó vigilar. Seria muy triste que se nos escapase.

—Ya ves, tiene fuertes barrotes: por aquí estamos seguros. Salgamos y aguardemos en la cocina.

La habitacion donde habia quedado Esther era muy reducida. La pared que la separaba del establo y de la cocina estaba formada por desiguales y mal labrados tablones de pino cuyo negro color indicaba su antigüedad. Frente á la puerta de entrada estaba la mesa de que hemos hecho mencion; al lado de esta, la cama, y frente á la cama y junto á la puerta, un grande armario, sin duda herencia de familia. El sitio donde estaba colocada la luz hacia que el mencionado mueble proyectase una ancha sombra por la parte de la izquierda, y esto sin duda fué causa de que el caballero no se apercibiese de la existencia de otra puerta que comunicaba con la cuadra, quedando por consiguiente, el armario entre esta y la que daba salida á la cocina. La ventana estaba abier-

ta en la pared del lado del camino, y en la restante, es decir, en la de enfrente, no habia nada.

Un cuarto de hora habria trascurrido desde que Esther fué depositada en el sucio lecho, cuando se la vió agitarse penosamente y exhalar un prolongado suspiro. Luego levantó los brazos, llevó las manos á la frente, oprimiósela por un instante, y pasándolas al fin por sus pesados párpados, viéronse abiertos sus negros ojos.

Al encontrarse en aquel aposento, su primera idea fué creer que aun soñaba; pero cuando se convenció de que era realidad cuanto tenia ante sí, horrorizóse, y un grito hubiera salido de su boca si el pavor no la enmudeciera.

—¿Dónde estoy? murmuró al fin con entrecortado acento y bajando la voz como si tuviera miedo de sí misma.

Examinó con la vista cuanto le rodeaba, tocó la rica vestidura que tenia á su lado, y saltando precipitadamente del lecho, escuchó. El caballero y su criado que aguardaban en la cocina, hablaban en aquellos momentos, sin cuidarse de bajar mucho la voz.

—Hay gente cerca.... ¡Dios mio! exclamó la infeliz jóven.

Y un sentimiento de pudor la hizo apoderarse de la ropa y vestirse instantáneamente.

Seria demasiado largo referir cuantas ideas se agolparon á su imaginacion, cuántas preguntas se hizo, cuántos recuerdos llamó para esplicarse lo que le sucedia. El miedo, la turbacion, la incertidumbre, todo la atormentaba. Si conservó las fuerzas para poder sostenerse, fué debido sin duda á la exaltacion producida por la impresion que le habia causado encontrarse en tan desconocido paraje. Empero al fin convencióse de que no podia haberle sucedido otra cosa sino el ser llevada allí durante su pesado sueño. Entonces el instinto de conservacion dominó todos sus sentimientos, todas sus emociones, y acercándose á la puerta, escuchó lo que hablaban de la otra parte.

—El viejo aun dormirá, decia uno de los que conversaban.

—Grande será su sorpresa cuando al despertar se encuentre sin su hija.

—Y mayor la de esta cuando se vea en ese calabozo, pues tal parece el aposento del huésped.

—¿Estais seguro, señor, de que despertará pronto?

—Sí, los efectos del narcótico no durarán mas de seis horas.

Esther lo comprendió todo, y la idea de si habia sido deshonrada, casi le quitó sus pocas fuerzas; pero sostúvola su mismo deseo de saber algo mas de lo que habia oido, por si tocaban casualmente este punto. Entonces escuchó con un afan que no puede describirse.

—Lo que no comprendo es cómo habeis tenido bastante serenidad para respetar tanta hermosura.

Dilatóse el pecho de la judia al oir estas palabras, respiró con mas libertad y sintió renacer sus fuerzas.

—¡Gracias, Dios mio! exclamó con acento casi imperceptible, mientras que elevaba una mirada de indefinible ternura. ¿Qué debo hacer? ¿Cómo huir de aquí?....

Separóse de la puerta y acercóse á la ventana, á cuyos barrotes estaban atados los caballos.

—Por esta parte es imposible.

Luego recorrió la habitacion, y al ver la puerta en que no habia reparado el caballero, detúvose.

—Por aquí..... Nó, tambien guardarán esta puerta.....

Escuchó pero no se percibia mas que los ronquidos del mesonero y de su muger.

—¿Se habrán dormido mis carceleros?... ¡Dios mio, socorredme!...

Dudó algunos instantes, pero al fin, convencida de que solo aquella puerta le presentaba alguna probabilidad de fuga, tomó la lámpara y se decidió á salir.

—Si me detienen, nada habré perdido; el mismo riesgo corro aquí que ahí.

Empujó suavemente la puerta que, contra todas las condiciones de su mala construccion, se abrió sin hacer ruido.

Como si fuese un ladron, asi anduvo la judia hasta encontrarse en medio del establo. Vió rumiar tranquilamente á una vaca y sacudir su escasa cola á una mula. Convencióse de que dormian profundamente el mesonero y su muger, y entonces paróse y volvió á escuchar. Por el lado de la izquierda se oia el murmullo de los que hablaban; por el de la derecha reinaba un silencio profundo. Su mirada afanosa buscó una salida, y encontró efectivamente una puerta á la izquierda y otra á la derecha. La eleccion no era dudosa: dejó la lámpara en el suelo y abrió cuidadosamente la puerta de la derecha. Daba salida al campo. Al percibir Esther la fresca brisa de la madrugada, y convencerse de que nadie guardaba aquella salida, tuvo que hacer un grande esfuerzo para ahogar un grito de alegria.

Ligera y sin hacer el menor ruido, salió; pero despues de dar algunos pasos, detúvose.

—¿Qué hago? ¿A dónde voy?

Quedó pensativa algunos instantes, mas inspirada por el miedo y animada por el peligro, exclamó:

—¡Animo!.... Si me echan de menos, como me echarán, correrán en mi busca, y mis piés no caminan con la ligereza que sus caballos..... ¿Qué haria un hombre en mi lugar?

Meditó nuevamente.

—Un hombre, prosiguió, veria si esos caballos están guardados por alguien, y á no ser asi, montaria en uno y correria veloz como el viento.

Decidida á salvarse á toda costa, dió vuelta á la casa, y pudo ver cómo dos hombres, tendidos junto á la litera, dormian sin cuidarse de los corceles.

—¡Me he salvado! exclamó.

Esther habia caminado siempre á caballo al lado de su padre. Habíala este enseñado á manejar un corcel con tanta destreza como el mejor caballero, y no le era, por consiguiente, cosa estraña lo que intentaba hacer.

Llegó, pues, á la reja; desató el caballo de Pedro, que encontró mas próximo, y cabalgando ligeramente en él, par-



Así anduvo la judia hasta encontrarse en medio del establo.

tió como un rayo sin saber á donde iba ni de donde se alejaba.

Corrió el bruto y asomó la aurora. Cuando llegó el mediodia, Esther, mas tranquila ya, pensó en lo que deberia hacer, y ocurriósele que á fuerza de caminar daria con alguna aldea ó castillo. A la grupa del caballo iban colocadas unas alforjas con alimento y un frasco de estaño con vino. Tranquilizóse, pues, sobre este punto, y siguió marchando; pero se acercó la noche y ninguna poblacion se descubria. Estaba fuera de camino y en un terreno bastante escabroso.

Apoderóse de su espíritu el miedo, pero el cansancio y el sueño pudieron mas, y sus ojos se cerraron mientras su cuerpo estaba tendido sobre la yerba al lado de un arroyo.

Pasó la noche y pasó otro dia, y siempre caminaba Esther sin encontrar huella humana. Las provisiones habian concluido porque eran muy pocas. Aquella noche durmió menos, y por la mañana se encontró mas débil.

Volvió á cabalgar. Abrasábale la sed y no encontraba agua. Dirigió al cielo lastimeras súplicas, pero en vano. Palpitó con violencia su corazon y parecióle que su cabeza ardia. Entonces, desesperada y loca, obligó á su corcel que voló como una centella.

—Corre, corre, vuela, vuela, gritaba maquinalmente á su corcel.

Y levantando con su veloz pisoteo la arena, y quebrantando los guijarros y haciéndoles saltar, el noble bruto corria, abiertas sus anchas narices, dando al viento su larga crin, sacudiendo su cola y estendiendo la cabeza. Salvaba impetuosamente los precipicios, desaparecia en las mas estrechas gargantas, trepaba los cerros y cruzaba los valles, y todo quedaba atras, todo desaparecia, pero siempre la soledad, el silencio encontraban ; nada que indicase la existencia de un sér animado.

Esther, como adormecida al compas de las veloces pisadas de su cabalgadura, nada sentia mas que la sed, de nada se acordaba. Nublábase su vista, la fiebre se aumentaba, agotábanse sus escasas fuerzas.....

Al fin nada mas vió ni supo hasta recobrar el sentido en el convento de la Encarnacion. Acometióle entonces una fuerte calentura que la privó de razon por espacio de seis dias, al cabo de los cuales, gracias á los cuidados de las monjas empezó á mejorar su salud.

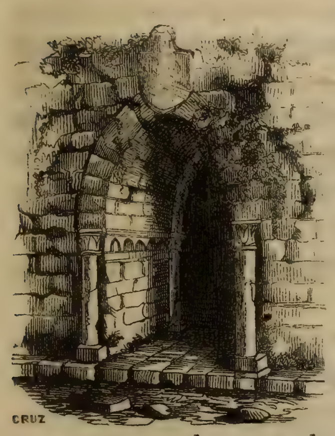
No tendremos que decir que la desdichada jóven cayó sin conocimiento del caballo, y que el hermano Pablo la recogió cuando volvia de Sevilla con las provisiones para el convento.

Y puesto que ya sabe el lector cómo Esther se encontraba allí, justo es que volvamos á Toledo, al lado de nuestros antiguos conocidos.



CAPITULO XI.

Del resultado que dieron á Pelayo el Duro sus averiguaciones.



Cuando Pelayo salia de su casa para ir á la de don Mendo Garcia, entraba este por una de las puertas de la ciudad, caballero en una blanca yegua de raza árabe pura, que aunque de corredora traza, caminaba paso entre paso descansadamente, estirando el cuello tanto como se lo permitia el descuido de la rienda abandonada sobre el arzon. No se curaba su dueño de la marcha lenta y penosa de su cabalgadura, pues tan distraido y meditabundo estaba que no

habia reparado siquiera en que acababa de entrar en la poblacion. Con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, tambaleábase, como quien hace cortesías, de atras á adelante movido al compas del paso de su yegua, y así hubiera continuado, si su escudero, que á corta distancia le seguia sobre un hermoso alazan, no le sacara de su distraccion advirtiéndole que chocaba á los transeuntes verle tan abatido y triste. Tomó entonces la rienda el caballero, y picando los hijares del bruto, dejó escapar un juramento y siguió á buen trote hasta llegar á su casa.

Cuando entraba en ella lo hacia tambien Pelayo por la calle, y aligerando el paso al ver de lejos los bultos de los recienvenidos, caminó hasta detenerse á la puerta de don Mendo en el instante precisamente en que un criado, saliendo de la cuadra, atravesaba el zaguan. La luz que llevaba permitia ver sus facciones, y reconociendo Pelayo á su antigüo escudero, llamóle la atencion con un «adios Fortun.»

—El os guarde, mi señor, contestó el escudero acercándose á Pelayo respetuosamente, y como satisfecho por la honra que este le dispensaba al hablarle.

—¿De cuando acá, buen Fortun, te has hecho mozo de cuadra?

—Por casualidad estaba aquí cerca cuando ha llegado don Mendo tan inesperadamente, y como trae tan mal humor, no me he atrevido á dejar que esperasen los caballos por miedo de que lo pagasen mis costillas.

—¿Pero no le acompañaba otro escudero? Lo mismo podia haber entrado en la cuadra que tú.

—Decís bien, pero no sabeis que ese otro escudero, con ser un rematado bergante, va tomando tales aires de señor, y el nuestro otorgándole tantos favores, que ofenderlo ó causarle el menor disgusto seria lo mismo que agraviar á nuestro amo.

—¿Y eso te causa estrañeza? Sin duda no sabes los motivos que tiene don Mendo para distinguir tanto á ese tunante.

—Solo tengo sospechas de que le ayude en alguna intriga.

—¡Pobre Fortun!... siempre eres el mismo: tú no has nacido para la intriga.

—Teneis razon porque sin duda vos sabeis mas de esta casa que yo mismo que estoy dentro de ella.

—¿Y quién ignora, añadió Pelayo bajando la voz, lo que ha sucedido hace quince dias?

—¡Quince dias!... Ese tiempo hace precisamente que don Mendo salió de Toledo.

—Y ese tiempo hace tambien que fué robada á un judio su hija que es hermosa como un sol.

—¿Y sospechais quizás que don Mendo?...

—No sospecho, lo sé. Recuerda, si no, todo lo sucedido aquella noche.

—Aquella noche, dijo Fortun cogido en el lazo, vinieron dos hombres que condujeron á mi señor en una litera. Esto me llamó la atencion, porque tiene bastantes criados y no habia necesidad de buscar otros. Al cabo de una hora volvió; luego salió nuevamente acompañado de Pedro, el escudero orgulloso; tornaron á venir, y á poco se presentó un hombre de mala traza; despues, y ya estaba bastante avanzada la noche, se fueron con aquel hombre, y.... hasta ahora que han llegado, trayendo cabalgaduras que entran por primera vez en esa cuadra.

—Pues bien, cándido Fortun, aquel hombre de mala traza ayudó á robar á la judia, y la litera sirvió para conducirla.

—¿Es posible?

—Como te lo digo.

—Con que don Mendo tiene amores con una judia..... ¡Dios ilumine su ánima!

—Tiene amores á medias porque ella no le corresponde.

—¿Entonces cómo lo ha seguido?

—Porque le habia dado á la pebre mujer y á su padre un brevaje, con cuyo auxilio durmieron profundamente y en disposicion de no despertar por nada del mundo.

Fortun se dió una palmada en la frente y exclamó:

—¡Bestia de mí desde el vientre de mi madre! Ahora lo comprendo todo.

—¿Estás convencido?

—¿Cómo no he de estarlo?

—Ya ves....

—No me digais mas, señor. Pocos dias ántes del en que marchó don Mendo, oí por casualidad una conversacion que tuvo con un judio que vino á buscarle.

—¿Traes el narcótico? le preguntó mi señor.

—Aquí está, contestó el condenado.

—Ya sabes lo que te espera si me engañas.

—Os respondo con mi cabeza, con tal que se dé con exactitud.

—¿Es decir?...

—Que por cada gota una hora de sueño.

—Toma, repuso mi amo. Y luego se oyó un sonido como de dinero.

—Pues bien, dijo Pelayo, ya sabes para lo que iba á servir el narcótico.

—¡Y yo que me devanaba los sesos pensando que mi señor habia perdido el sueño y queria recobrarlo con aquella medicina!

—Solo te falta ahora saber á donde ha llevado á la judia.

—Eso sí que es imposible, porque él no ha de decirlo y Pedro tendrá buen cuidado de callarlo.

—Pero si tú reunes tus recuerdos no será difícil que lo adivines.

Recapacitó Fortun por algunos instantes, y moviendo pausadamente la cabeza, dijo:

—Imposible, señor; no hay ningun indicio....

—¿Dices que Pedro callará?

—Es la única cualidad buena que tiene.

—¿Es valiente?

—Sí, señor.

Conoció Pelayo que nada iba á adelantar ya siguiendo la

conversacion, y que por el contrario perderia un tiempo precioso.

—Fortun, dijo, Dios te depare señor de mejor vida.

—Como vos, ninguno.

—Te prohibo decir á nadie que hemos hablado de semejante asunto; y ya sabes cómo hago yo las prohibiciones.

—Descuidad, señor.

—Toma y bebe á mi salud.

—El cielo os conserve, generoso señor, contestó el escudero dando vueltas á una dobla que Pelayo puso en sus manos.

Siguió nuestro caballero calle arriba, para encaminarse á casa de Guzman, poco satisfecho del resultado de sus averiguaciones porque no habia podido saber á donde fuera llevada la judía, que era lo mas importante, puesto que en cuanto al autor del rapto no le quedaba duda que lo era don Mendo, una vez que Guzman le habia dado las noticias adquiridas por él aquella mañana.

Formando y desechando planes llegó á casa del señor de San Lúcar, que le esperaba impaciente por saber si algo se habia adelantado.

—¿Qué noticias me traeis, don Pelayo? le preguntó á la vez que le ofrecia asiento en un cómodo y lujoso sillon.

—Ninguna, por desgracia, porque no llamo nuevas á la completa seguridad de que don Mendo Garcia es el autor del rapto.

—¿Completa seguridad?

—Sí, don Alonso, completa.

—¿Habeis hablado con vuestro antiguo escudero?

—Precisamente cuando don Mendo acababa de llegar.

—¿Cómo, ha vuelto?

—Hace media hora.

—¿Vos mismo?...

—Lo he visto yo mismo apearse de su caballo, y con él al escudero confidente de sus intrigas y maldades.

—¿Y nada mas sabeis?

—Sé que don Mendo trae muy mal humor.

—¿Y de Esther?

—No es posible averiguar á donde ha sido conducida.

—Decis que viene de muy mal humor.....

—Mucho.

—¿Y qué deducis de ello?

—Lo mismo que deducireis vos: que sin duda le ha sido imposible vencer la firmeza de la judia, y está poco menos que desesperado.

—No soy de vuestra opinion.

—¿Qué pensais, pues?

—Que debe haberle sucedido alguna otra cosa.

—No acierto cual sea.

—Yo tampoco, pero ya conocereis que en último caso, el narcótico que ha servido á don Mendo para sacar de su lecho á Esther, le hubiera tambien valido para abusar de ella.

—Nada mas fácil, teneis razon, tratándose de un hombre como ese que nada respeta.

—Por consiguiente, pienso, y creo que acertadamente, que la resistencia de la infeliz judia no le hubiera desesperado, puesto que tenia en su mano el remedio para vencerla. Podria sufrir mas ó menos su amor propio al verse despreciado por Esther, pero esto no es cosa que debe causarle gran disgusto ni ponerlo de mal humor por mas tiempo que un cuarto de hora.

—Creo lo mismo que vos, don Alonso; otro acontecimiento debe tenerle tan disgustado.

—La situacion se complica.

—Y mucho.

—¿Qué hacemos?

—Hubo un momento en que pensé ir á hablar á don Mendo.

—¿Y qué adelantariais?

—Arrancarle el corazon sino entregaba á Rodrigo el objeto de su amor.

—Aceptaria vuestro reto porque no es cobarde y es hidalgo: si os mataba quedábamos peor que ahora estamos; si lo matabais moriria sin decir una palabra, y aun seria capaz de

dejar mandado que asesinasen á Esther para que jamás fuese de Rodrigo; ó por lo menos, su cómplice, el escudero, que sabe donde está la infeliz, se apoderaria de ella y solo Dios sabe hasta qué punto abusaria de las ventajas de su posicion. Hay tambien otro peligro, y es que así nos declararíamos abiertamente parciales muy interesados en este asunto.

—¿Y hemos de abandonar nuestra obra?

—Nó, pero habremos de emprender otro camino.

Guzman y Pelayo quedaron pensativos.

—¿Os parece conveniente, don Alonso, que se lo digamos al rey?

—Nó, porque el rey interrogaria á don Mendo, este negaria, y sin pruebas nada podia hacer.

—Decid, pues, cual es vuestra opinion.

—En mi concepto debemos participar á Rodrigo lo que ocurre.

—Buscará á don Mendo para matarlo ó que lo mate, contestó Pelayo.

—Eso ha de suceder tarde ó temprano, porque algun dia sabrá el doncel quien es su rival, y no es de temple tan blando que deje sin venganza la ofensa.

—¿Y si muere Rodrigo?

—Es mas fuerte, mas valiente y mas diestro que don Mendo.

—No es eso una razon.

—Es verdad, pero ese mismo peligro lo corre el dia en que sepa lo que ignora hoy.

—¿Y si sucumbe don Mendo sin decir donde se encuentra Esther, y el escudero, como vos deciais?...

—Don Pelayo, inturrumpió Guzman, acabaremos por volvernos locos.

—¡Voto al infierno, que mientras yo tenga puños no ha de gozarse en su obra ese villano miserable! exclamó Pelayo levantándose de su asiento con los ojos chispeantes de furor.

—Sosegaos, don Pelayo, y escuchadme, le dijo don Alonso que tambien hacia esfuerzos por contenerse. El corazon

me está saltando del pecho, pero es preciso sangre fria, y me domino. El principal interesado es el doncel; tiene entendimiento no comun, y no creo que cometa ninguna torpeza; hagámosle sabedor de lo que ocurre y que obre como quiera: nosotros le ayudaremos.

—Teneis razon, don Alonso, porque si buscamos medios que no tengan dificultades, nada adelantaremos; pero os aseguro que seria mi mayor placer encontrarme frente á frente con don Mendo y hacerle experimentar la fuerza de mi brazo. ¡Y estos villanos son los que rodean al rey!....

—Y los que conspiran contra la infeliz reina.

—¡Vive Dios, don Alonso, que no moriré sin haber teñido mi espada con sangre de algunos de ellos!

—Don Pelayo, vamos en busca de Rodrigo porque no es este asunto que debe dejarse para mañana.

—Id vos; yo, entre tanto, haré que me ensillen mi corcel, y que me aguarde con él un criado cerca de la casa de don Mendo mientras yo me sitúo á su puerta.

—¿Temeis que vuelva á partir esta noche?

—¿Quién sabe?

—Todo puede ser.

—Y si así sucediese mientras vos hablais con el hijo de doña Ines, quiero seguirle.

—Me parece acertado.

—Sino, y en caso de que Rodrigo se decida, como creo, á ir á hablar á don Mendo, le veré cuando llegue allí.

—¿Y si ya no estais cuando concluya nuestra conferencia?

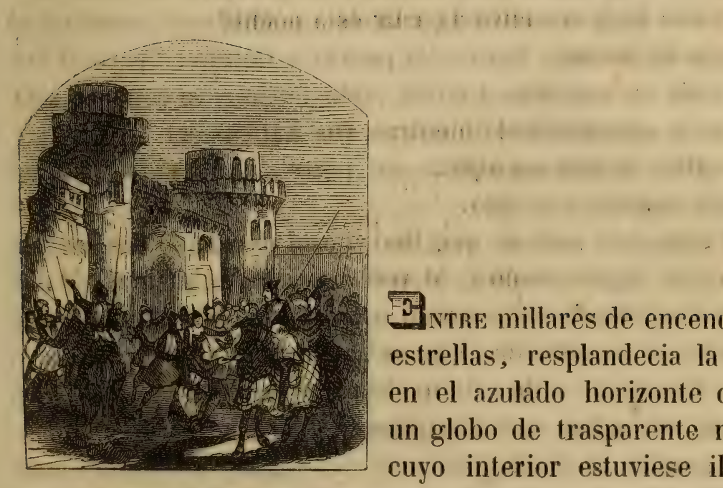
—Estará mi escudero que os dirá lo que haya ocurrido.

Salieron á la calle. Tomó Pelayo el camino de su casa, y don Alonso el de la de Rodrigo.



CAPITULO XII.

El pacto.



Entre millares de encendidas estrellas, resplandecia la luna en el azulado horizonte como un globo de trasparente nácar cuyo interior estuviese iluminado. La atmósfera estaba serena, y perfumado el ambiente por el aroma de las flores. Aumentábase el silencio y la quietud en la imperial ciudad á medida que sus habitantes se retiraban á sus casas, los unos fatigados del trabajo, los otros hastiados de los placeres. Los rondadores nocturnos, es de-

cir, los enamorados que salian en busca de un beso y cien cuchilladas, con el laud en una mano y la tizona en la otra, empezaban á atravesar las calles, acompañados de ambos instrumentos, para despertar á su dama aquel, este para hacer dormir con sueño eterno á sus rivales.

Frente á una casa de rica apariencia paseábase lentamente un caballero que por el cuidado con que miraba el edificio, y el que ponia en ocultar su rostro, hubiera podido pasar por uno de tantos rondadores, si con sus piernas rozaran las cuerdas de un laud, delatando con algun apagado sonido su prision bajo la ancha capa del galan. Tal era su aire misterioso y la impaciencia de sus movimientos.

—¿Y no saldrá? murmuraba. ¡Oh!.... si saliera ya tenia un motivo para escusarme con don Alonso el haber tomado parte tan directa en el asunto.

El que de esta manera hablaba era Pelayo el Duro, que, fiel á su propósito, espiaba la casa de don Mendo para evitar que este se escapase.

Media hora trascurriria cuando se sintieron pasos en el zaguan de la casa. Abrióse la puerta y Pelayo se paró al ver que salia un caballero á quien pudo fácilmente conocer á favor de la claridad de la luna.

—¡Ola! la fortuna está de mi parte, dijo y siguió á don Mendo García.

Caminaron ambos, espiado y espía, cuando despues de atravesar algunas calles, don Mendo, enojado sin duda por verse tan tenazmente seguido, paróse á la esquina de una callejuela cuya vuelta iba á tomar. Detúvose tambien Pelayo á corta distancia, y de este modo permanecieron algunos instantes, mirándose con desconfianza y airadamente.

Apurada al fin la paciencia del raptor de Esther, puso mano á la empuñadura de su espada, y dijo á Pelayo:

—¿Me seguis?

—¿Don Mendo? contestó el interpelado.

Y cuando decia estas palabras, dos bultos caminaban hácia ellos por la callejuela, pero que no fueron vistos por

uno ni otro, segun estaban de embebidos en contemplarse mutuamente.

—Don Mendo soy, mirad mi rostro que á nadie oculto.

—Tengo que haceros una pregunta, repuso Pelayo acercándose al caballero.

Brilló fuera de la vaina la espada de este, y contestó:

—Hablad, pero decidme antes vuestro nombre.

—Mas os importará el mio, interrumpió la voz dulce y sonora de un hombre, que acompañado de otro, se interpuso entre los que muy pronto iban á disputarse la vida.

Don Mendo dió un paso atras y estendió el brazo que sostenia su acero.

—¿Quién sois? exclamó.

—Rodrigo.

Y el doncel echó atras su capa, y levantando la cabeza dejó que la luna diera de lleno en su hermoso rostro.

Don Alonso Perez de Guzman y Pelayo se reunieron, esperando el resultado de aquella escena que sin duda debia concluir con sangre.

—¿Venis á asesinarme entre los tres? dijo don Mendo con altanería. ¡Vive Dios que seria digna hazaña!

—Vengo á mataros como quien soy. Ya sabeis, don Mendo, que mi brazo no necesita ayuda, que mi espada no teme el choque de otra espada, y que siempre herí rostro á rostro y en buena ley.

—¿Me buscabais?

—Sí.

—Y yo á vos.

—¿Vos?

—Iba á vuestra casa.

—Y yo á la vuestra.

—Nos evitamos la mitad del camino.

—¿Ibais á demandar mi perdon? repuso Rodrigo con tono de desprecio.

—A pediros cuentas, contestó orgullosamente don Mendo.

—¿Del tesoro que me habeis robado?

—De la burla que me habeis hecho.

—¡Don Mendo!

—¡Don Rodrigo..... Hidalgo!

—¡Vive Dios, que si quereis mofaros de mi enojo!....

—¡Por Satanas!

—Acabemos.

—¿Dónde está la judia?....

—¿Qué habeis hecho de Esther?....

—¡Caballero!

—Contestad.

—Vos á mí.

—¿Dónde está la judia? repitió enfurecido don Mendo.

—¿Os burlais de mí? repuso el doncel con mayor enojo.

—¿Me respondereis?

—¿Y os atreveis á preguntarme por Esther, miserable?

—¿A quién he de preguntarlo? ¿No sois, por ventura, su amante?

—¿No la habeis robado de su lecho en medio de la noche, con la astucia y la cobardía de un ladron?... ¡Ah!... ¡Vuestra sangre, vuestra sangre!

Y los dientes del mancebo rechinaron , y brillaron sus ojos como dos luces.

—¿Y en dónde sino en vuestros brazos habrá ido á refugiarse cuando burló mi vigilancia?... ¡Miserable de mí que respeté su pureza durante su sueño para que así se me escapara la dicha en un instante!

Rodrigo quedó como petrificado al oir las palabras de su rival, y don Alonso y Pelayo dejaron escapar una exclamacion de sorpresa.

—¿Qué no está en vuestro poder, decis? ¿Qué respetasteis su pureza?.... ¡Gracias, Dios mio!.... ¡Esplicaos don Mendo, esplicaos!

—¿Acaso lo ignorais, ó es que os burlais de mí?

—¿Dónde está Esther?

—¿Dónde está? gritó don Mendo.

—Vos la habeis robado.

—Yo la robé, sí, y pese á mi estrella malhadada....

—Pero decid, decid, ¿qué habeis hecho de ella?

—Don Rodrigo, acabemos de una vez, ¿hablais seriamente?

—Os juro que sí.

—¿Con qué ignorais el paradero de Esther?

—Lo ignoro.

—Parece imposible.

—¿Decis que se ha escapado de vuestro poder?

—Sí.

—¿Cuándo?

—La misma noche que la saqué de su casa, á poco mas de dos leguas de Toledo, en una posada miserable que se encuentra en el camino.

—La conozco.

—Pues bien, de allí se fugó.

Hubo un largo rato de silencio, durante el cual, aquellos cuatro hombres no acertaron á darse cuenta de lo que sucedia.

Rodrigo apenas se atrevia á pensar lo que habria sido de Esther, perdida quince dias, sin tener noticias ni aun sospechas de su paradero. ¿Habria sucumbido, quizás, en medio de su fuga, sirviendo á las fieras de pasto su inanimado cuerpo? ¿Habria escapado de don Mendo para caer en poder de algun otro? ¿Estaria errante, perdida, sufriendo los horrorosos efectos del hambre y la miseria? Una mujer sola, hermosa y judia, cuya religion le alejaba todo socorro y daba á todos derecho para abusar de ella, se esponia á cuantos peligros y desgracias son imaginables. Habia podido salvar su vida y su honra de la impureza de su raptor, pero despues, ¿qué habia sido de ella? ¿Por qué no habia vuelto al lado de su padre?

Las mismas preguntas se hacia don Mendo, con la diferencia de que en cuanto á la honra de Esther no se tomaba interés alguno sino el que le sugeria su pasion, pero nó un sentimiento generoso. Como amaba ciegamente á la judia, ó

mejor dicho, dominábale un arrebatado deseo que no podia contrarestar, temblaba tambien al pensar si habria muerto la infeliz jóven, ó si otro cogeria el fruto de su criminal trabajo. Entre el amor de Rodrigo y el de don Mendo, no habia mas diferencia sino que el del primero no podia concluir sino con la vida, y el del segundo acabaria con la posesion del objeto amado. Era el de este la pasion vehemente nacida de la materia para morir en la materia tambien, y el de aquel el amor inmenso, sublime, nacido en el alma para morir cuando el espíritu abandonase el cuerpo.

Lo que sentian don Alonso y Pelayo casi nos podemos escusar de decirlo. Palpitaron de alegria sus corazones al saber que Esther estaba libre y su honra ilesa; pero turbóse su contento con la sospecha de si habria sido víctima de mayor peligro, como debia creerse en vista de que, ni habia vuelto al lado de su padre, ni se tenia de ella noticia alguna.

—Don Mendo, dijo al fin Rodrigo con sombrio tono, escuchadme.

—Os escucho.

—¿Habeis robado á Esther?

—Sí.

—Y aunque respetasteis por un momento su virtud.....

—Fué para proporcionarme despues mayor satisfaccion, interrumpió don Mendo como si quisiese agravar su culpa para provocar mas y mas el enojo de su enemigo.

—Sin duda por una casualidad, por un milagro, se ha salvado de vos...

—Pero eso le habrá acarreado quizas mayor desgracia.

—¿Creeis que necesito acaso que esciteis mi furor?

—Debe ser mucho; lo adivino por el mio.

—Entonces, comprendereis que uno de nosotros dos está de mas en el mundo.

—Pienso como vos, repuso don Mendo cuyos ojos brillaron.

Rodrigo desnudó el acero.

—Defendeos, dijo con calma.



¡Deteneos! exclamó don Mendo.

Pelayo se interpuso entre ambos adversarios.

—Yo reté primero á don Mendo.

—Caballero, repuso este, tengo enfrente á mi mayor enemigo; si me deja con vida mediré con vos mi acero; pero ahora, dejadme.

—No sois libre puesto que antes os provoqué.

—Aun no habia admitido vuestro reto.

—Amigo mio, interrumpió Rodrigo, dejadnos. Si mataseis á mi enemigo me quitaria yo la vida luego, desesperado por no haber podido vengar la ofensa por mi mano.

—Dejadlos, añadió don Alonso; suya es la contienda; que la justicia del cielo decida.

Separóse Pelayo de mala gana, pues vió frustrados sus deseos de batirse con el raptor de Esther.

Este y Rodrigo cruzaron las espadas, y su metálico ruido interrumpió el silencio de la calle.

Ambos eran diestros y valientes, sin que por ninguno de estos conceptos llevase el uno ventaja al otro; pero el doncel la tenia con ser mayores sus fuerzas y su sangre fria, que era una de las cosas que mas se admiraban en él en semejantes casos.

La lucha era, sin embargo, bastante igual, y por lo mismo se prolongaba mas de lo que hubieran deseado los combatientes.

Don Alonso y Pelayo parecian tener el alma pendiente de las afiladas puntas de los aceros.

Ni una palabra, ni una leve exclamacion se oia. El coraje devoraba los corazones de los rivales; la vista se fijaba en el enemigo pecho, y el brazo llamaba á sí todas sus fuerzas, y toda su habilidad la mano para herir á la primera ocasion.

Transcurrió largo rato.

—¡Deteneos! exclamó don Mendo.

—¿Teneis miedo? dijo desdeñosamente Rodrigo á la vez que daba un paso atras y bajaba su tizona.

—El mismo que vos.

—¿Por qué interrumpis el combate?

—Quiero proponeros un pacto porque no desahogaré mi furor matándoos solamente.

—¡Un pacto!

—Sí.

—¿Decis que es para hacer mas cruel vuestra venganza?

—Sí.

—¿Y la mia?

—Tambien.

—Entonces lo acepto desde luego. Hablad.

—Busquemos á la judia, cada cual donde quiera. Cuando la hayamos encontrado, cualquiera de los dos, concluiremos el combate. Si os mato entonces, dejareis el mundo con el doble tormento de saber que vuestra amada será mia. Si me matais, sufriré lo mismo que vos, puesto que aun cuando yo la tenga en mi poder, la recobrareis en seguida. Las condiciones son iguales, y su fin el de hacer mas horrible la venganza.

Rodrigo vaciló por un momento: no se encontraba con fuerzas para tanto.

—¿Os falta el valor? prosiguió don Mendo.

—Nó, dijo resueltamente el doncel.

—¿Entónces?

—Acepto, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Que si vos teneis la fortuna de encontrar á Esther, la respetareis hasta que mi muerte os haga dueño de ella.

—¿Y vos lo mismo?

—Sí, porque yo la respetaria en cualquier caso.

—Acepto.

—¿Y si no la encontramos ó se averigua que está muerta ó es de otro?

—Concluiremos el combate desesperados igualmente.

—¿Y si nada sabemos de ella?

—Pasado un mes, donde quiera que nos encontremos, la espada en la diestra será nuestro primer saludo.

—Otra condicion.

—Decid.

—No aceptaremos ningun duelo mientras no hayamos terminado el que ahora queda pendiente.

—Convenidos.

—Salvo el caso de tener que pelear por el rey contra sus enemigos, como soldados.

—Convenidos.

—Y en fé de cumplir lo pactado....

—Lo juro por Dios y por mi nombre.

—Y yo por Dios y por mi madre.

—Guárdeos el cielo.

—Con Dios id.

Alejóse don Mendo.

Guzman, Pelayo y Rodrigo se miraron sin pronunciar una palabra. Tal efecto les habia causado aquella estraña escena.

Luego, cabizbajos y silenciosos, fuéronse calle arriba.

Cuando se perdió el ruido de sus acompasados pasos, abriéronse las hojas de una reja del piso bajo de la casa á cuya esquina acababa de suceder lo referido, y asomando por entre los hierros la cabeza algo calva de un hombre, dijo con melíflua voz:

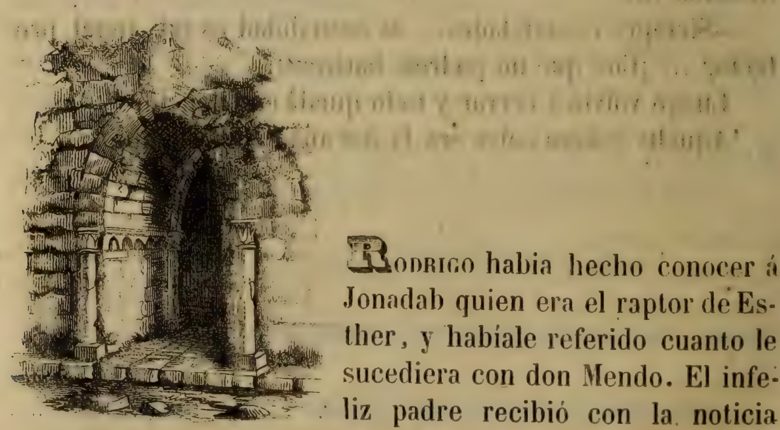
—Siempre casualidades.... la casualidad es mi ángel protector.... ¿Con que no podreis batiros?...

Luego volvió á cerrar y todo quedó en silencio.

Aquella cabeza calva era la del abad de Valladolid.

CAPITULO XIII.

De cómo don Alonso Perez de Guzman puso término al tormento que Rodrigo hacia sufrir á la reina.



Rodrigo habia hecho conocer á Jonadab quien era el raptor de Esther, y habíale referido cuanto le sucediera con don Mendo. El infeliz padre recibió con la noticia mayor desconsuelo, porque temia que hubiese sucedido á su hija nueva desgracia, tal vez irremediable. ¿Dónde estaba? ¿Qué habia sido de ella? Esta era la pregunta que se dirigian

mutuamente nuestros cuatro amigos, sin que ninguno de ellos pudiese contestar.

Sabia tambien la reina lo ocurrido, mas guardólo con cuidadosa reserva para que nada llegase á noticia de don Sancho; y aunque el abad de Valladolid se habia enterado de todo, gracias á la casualidad, su protectora, como él decia, y habíalo puesto en conocimiento de don Lope Diaz de Haro, callaron prudentemente porque así convenia á sus planes.

Si doña Maria hubiese sido una muger vulgar, en cuyo pecho el ódio tuviera tanta cabida como el amor, una muger de las que al logro de sus pasiones sacrifican la felicidad de cualquiera inocente, la alegría hubiera hecho palpitar su corazon al saber que su rival ya no existía, ó por lo menos no podria ser jamás del doncel, porque todas las probabilidades debian hacer creer que, ó habia muerto, ó el peligro de que salvara su honra al escapar de don Mendo no habia sido sino momentáneo, y mientras otro abusaba de la desdichada jóven. Empero la noticia que le diera don Alonso Perez de Guzman de lo ocurrido con Esther, causóle honda pena, porque si bien en el fondo de su alma ardia una pasion inestinguible, interesábale la doncella por su virtud y su hermosura. Su amor, por otra parte, era un amor sin esperanza y estaba resuelto á guardarlo eternamente en lo mas profundo de su pecho, prefiriendo antes morir que faltar á sus deberes de buena esposa; y como muger de claro entendimiento, habia comprendido que el daño de su rival ningun bien le reportaria. Este convencimiento del sano juicio no siempre lo acepta el corazon, pero la voluntad hizo en ella un supremo esfuerzo y la nobleza de su alma supo acallar los consejos criminales de sus celos.

Eran las cuatro de la tarde y la reina de Castilla hallábase lánguidamente recostada en un ancho sillon de ébano con incrustados de plata y marfil, obra maestra del arte. El aposento donde estaba era un espacioso salon amueblado ricamente. Grandes ventanas cerradas con espesas celosías pintadas de verde dejaban penetrar una luz ténue y agradable en la estacion

de verano que se atravesaba. El traje de doña Maria, de finísima tela de seda blanca, salpicado de pequeñas estrellas de plata, la hacia aparecer encantadora. Sus negros cabellos, peinados con algun descuido, daban mas realce á su belleza, cuyos encantos arrebataban mas al contemplarla en indolente postura, dejando ver parte de sus pequeños piés calzados con ricos chapines de color de rosa y bordados tambien con estrellas de plata. Si hubiera podido competir en aquellos momentos con Esther, casi no nos atreveremos á decirlo..... Esther era mas bella, y su belleza mas conmovedora que la de doña Maria.

Hablaba con Violante que en pié y cerca de ella no le envidiaba su hermosura porque creia que sus ojos solamente valian por todos los encantos de cualquier otra muger. Y efectivamente, los ojos de la doncella encontraban pocos iguales, muy pocos, y á no ser los de la judía ningunos otros hubieran podido quizás disputarle la preferencia en toda Castilla.

—Ya sé que me eres fiel, Violante, decia la reina, pero dudo que el cariño que me tienes no ponga límites á tus deseos de servirme.

—Ya veis, señora, como hasta aquí lo he hecho. Sabeis cuan desgraciadamente murió mi padre, único deudo que yo tenia, y á no ser por vos no me quedaba mas refugio que un convento para acabar mis dias desesperada, porque no se aviene la soledad y el retiro á mi genio alegre y bullicioso. Si pensais que en el corazon de esta loquilla, como todos me llaman, no cabe la gratitud, mal me conocísteis. ¿Veis mi eterna risa y mi proverbial inconsecuencia? Pues hay en mi corazon mas llanto que alegría en mis ojos.

—Nunca te juzgué como los demas.

—Gracias, señora, contestó Violante cuya mirada se apagó por un instante, volviendo en seguida á brillar.

—Ya sabes que necesito de vosotras, y mas de tí porque te tengo por mas decidida que á tu compañera.

—¿Y estais contenta de mis servicios?

—Mucho, Violante.

—Entonces dadme nuevas órdenes.

—Es preciso que desde hoy se espíe con mas cuidado al abad de Valladolid.

—Sabreis hasta lo que piensa.

—Porque necesitamos armas para combatirlo, para inutilizarlo.

—Al hablarme del señor abad me habeis recordado una cosa....

—¿Cuál?

—Es una aventura. Perdonadme si interrumpo vuestras graves observaciones con necedades de muchacha loca: ya sabeis que en medio de los mas graves asuntos suele ocurrirme una chanza, un cuento ú otra cosa por el estilo.

—¡Siempre la misma!

—¿Quereis que os refiera mi aventura? Es muy graciosa.

Y la jóven se puso á reir con todas sus fuerzas, sin respetar la etiqueta.

—Violante, eres incomprensible.

—Eso mismo me decia el señor abad, y al mismo tiempo se ponia colorado y luego amarillo, contestó la doncella riendo nuevamente.

—Y tenia razon.

—¿Quereis que os cuente mi aventura?

—Pero dime, ¿cuándo has hablado con don Gomez?

—En eso consiste precisamente mi aventura.

—Puesto que lo deseas, te escucho.

—Comienzo.

Violante se adelantó un paso para que la reina pudiese verla mejor, y con incomparable gracia, dijo:

—Estaba yo esta mañana en el patio grande, y tenia en la mano un hermoso clavel cuyo dulce jugo sacaba una abeja. Divertíame en contemplar al laborioso insecto, cuando llegó el abad, y estirando su flaco pescuezo por encima de mi hombro, díjome con dulzura: «Natural es que la rosa mire al clavel. Dichosa la flor que tiene en su cielo las estrellas de vues-

tros ojos.» «Pues no olvideis, le dije, conociendo su intencion, que las rosas tienen espinas y que las estrellas son de fuego que abrasa.» «Pues á pesar de eso, repuso acercándose mas á mi rostro, prefiero el aroma de la rosa al del clavel.» «¿Sin miedo á que os hieran las espinas?» le pregunté. «Sin miedo alguno como vos misma vereis,» repuso. Y á la vez puso sus lábios en forma de trompeta y acercólos á mi mejilla.....

—¿Y tú?....

—Yo, haciendo un movimiento de cabeza suavemente, separéme de él, y levantando la mano, apliqué á su nariz la flor.

—¡Dulce venganza!

—De la que yo no quisiera ser objeto, repuso Violante con hilaridad; pues al sentir la abeja un cuerpo estraño, clavó su aguijon..... ¡ja, ja, ja!...

—¿Dónde?

—En la punta de la nariz de don Gomez Garcia de Toledo, abad de Valladolid, administrador de las rentas reales, consejero de S. A. y presunto embajador..... ¡ja, ja!...

La reina no pudo contener tampoco la risa que tan original suceso, contado con la gracia natural de su doncella, hacia que esta olvidase las prescripciones de la severa etiqueta que le prohibian reir á carcajadas delante de las reales personas.

—De manera, dijo doña Maria, que el abad quedaria muy enojado.

—Nada de eso. A la dolorosa exclamacion que le arrancó la picadura del insecto, le hice observar que no habia andado prudente al acercarse á la rosa sin temer á las espinas, y entonces, rascándose la nariz y mirándome con toda la pasion que puede mirar un hombre en semejante apuro, me contestó: «No son estas espinas de una rosa, sino agudas flechas de Cupido.» Ya veis, he empezado interesándole por la nariz, pronto llegaré al corazon. Turbada la agudeza de su ingenio por la del aguijon, no es estraño que dijera una necedad que me hizo reir mucho.

—¿Concluye con eso tu aventura?

—Sí, pero falta lo mas interesante, es decir, el partido que pienso sacar de ella.

—No te comprendo.

—El abad está enamorado de mí, y con la picadura de la abeja doblemente. Pienso hacerle concebir algunas esperanzas, otorgarle algunos insignificantes favores....

—¿Pero tú lo amas?

—¡Amarlo! ¿Es posible sentir nada por ese pergamino animado?

—¿Entonces?...

—Entonces.... Ya vereis el resultado.

—No quiero que hagas por mí tan penoso sacrificio.

—¡Sacrificio!... Es cosa que ha de divertirme en estremo.

Iba la reina á contestar, cuando abriéndose la puerta del salon anunciaron á Rodrigo. Las mejillas de doña María se tornaron rojas y luego palidecieron.

Al entrar el mancebo salió Violante segun se lo ordenaba su discrecion.

El rostro pálido del jóven, su mirada triste y la lentitud de sus movimientos, revelaban el profundo dolor que sentia.

—Bien venido, noble doncel, le dijo doña María con afable tono.

—Señora, el cielo guarde vuestra vida.

—Tres dias hace que no se os vé por mi aposento.... Sentaos: ya sabeis que vos, solo ante la corte sois vasallo.

Sentóse Rodrigo, y la reina fijó en él una mirada tan tierna, tan llena de pasion, que cualquiera hubiera conocido el fuego que la animaba, el amor que la producia.

—Harto siento, señora, dijo el doncel con lánguida dulzura, no tener la honra de veros tan amenudo como quisiera; pero es tan enojosa mi tristeza, que debe causar tedio á los que tengo á mi lado.

—Sois injusto, Rodrigo. Motivos teneis para saber que me intereso en vuestras desgracias tanto como vos.

—Estoy convencido de ello, y por lo mismo procuro evi-

taros el disgusto de haceros participar de agenos dolores.

—¡Agenos dolores para mí llamais á los vuestros!... No, sois mi amigo, sois.... mi hermano, ya lo sabeis....

—Gracias, gracias, señora.

—Habeis sufrido, habeis espuesto la vida por nuestra causa, y ¿quereis que ahora que necesitais de los consuelos de la amistad os niegue nuestro cariño lo que habeis ganado tan sobradamente? No, doña Maria de Molina sabe agradecer, ya que no supiera amar.

—Plegue al cielo, señora, que algun dia pueda pagaros tantos favores, aunque no lo espero así, porque tantas desgracias me rodean, tan negra es mi fortuna que dudo me deje vida para agradecer ni me dé ocasion para serviros.

—Tened esperanza y que vuestro dolor no os haga ver el porvenir mas triste de lo que debe ser. Mucho sufris, lo comprendo....

—No, no, señora, no lo comprendeis ni es posible que lo concibais, interrumpió el doncel con amargo acento. Vos no habeis padecido mi mal.

Agitáronse las manos de la reina y sus mejillas palidecieron.

—Vos no sabeis, señora, prosiguió Rodrigo, lo que es un amor sin esperanza. Es un tormento horrible, sin igual: mas horrible que el de la desesperacion del náufrago que toca con sus dedos la salvadora roca de la orilla y no puede asirse á ella; mas que el que sufre quien ve tras sí la fiera que corre á devorarle y tiene á sus piés un abismo profundo, único camino por donde puede huir. Amar sin esperanza es no creer mas que en la muerte, no desear sino lo que atormenta, no confiar mas que en la desesperacion; estar dominado por una idea que enloquece, por un solo pensamiento que desgarra el corazon, único dueño de la voluntad, tan débil y mezquino entonces, que solo sirve para acobardar con su impotencia, para decirle á la razon: «¡Luchas en vano, ya no hay nada en el mundo para tí, todo lo que debias gozar ya lo has gozado, cuanto debias esperar ya lo tienes!... ¡Es, señora, en fin,

no tener esperanza, ó lo que es lo mismo, detestar la existencia como el enemigo mas cruel, el tormento mayor!»

A medida que Rodrigo hablaba, la reina habia ido acercando las manos al pecho, hasta colocarlas sobre el corazon, y oprimiéndoselo maquinalmente, parecia querer contener sus violentos latidos, ó aliviar el dolor que sentia. Su rostro, pálido y desencajado, estaba inmóvil: con la boca entreabierta y la mirada fija, contemplaba afanosamente al hermoso doncel, cuyos ojos brillaban èstraordinariamente en aquel momento. Agitábanse todos los miembros de la desdichada muger á impulsos de un convulsivo temblor, y todo en ella daba claras señales de la horrible lucha que sostenia entre su pasion, su virtud y sus celos.

El mancebo dejó escapar un hondo suspiro, y despues de pasarse las manos por la frente, inundada de sudor, prosiguió con mas calma:

—Ya veis, señora, como no es posible que comprendais mi sufrimiento.

—Sí.... es verdad.... repuso doña María que apenas podia pronunciar una palabra.

—Tenedme compasion, sí, mucha compasion, pero no intenteis apreciar la intensidad de mi pena.

—¡Tanto amais!... repuso la reina procurando dominarse siquiera esteriormente.

—Amo como nadie amó. Mi amor es mi existencia, mi luz, mi atmósfera, en fin, cuando estoy despierto; es mi delicia, mi encanto, cuando estoy dormido; gozo como no se goza en la tierra, cuando sueño con él; cuando estoy despierto me embriaga de felicidad, haciéndome tambien que sueñe.

Clavábanse estas frases en el corazon de doña Maria como la punta candente de un puñal. ¿Podria escuchar por mucho tiempo las desgarradoras palabras del doncel? ¡Con cuánto entusiasmo pintaba él su pasion, sin saber que la muger que estaba á su lado padecia el mismo mal, mas doloroso aun, porque los celos lo aumentaban! ¡Cuánto debe sufrirse oyendo á la persona á quien se ama detallar las delicias de otro amor

y esforzarse por hacer que se comprenda el infinito de su ardorosa intensidad! ¡Pobre muger!

—Es verdad.... sí.... es verdad, contestó doña Maria á la vez que movia la cabeza para dar mas espresion á sus palabras. Es verdad, Rodrigo, así se ama. Amor es la vida, amor el alma, el corazon amor, amor cuanto nos rodea.... Sí, sí... eso es amar.... y abrasarse.... y.... morir de felicidad.... ¡Ah!.. perdonadme.... renuevo vuestra herida, me olvidaba.... ¡pero me interesa tanto, tanto vuestro amor!

Y estas últimas palabras llevaron tras sí el alma de doña Maria.

—Renovando mi herida me dais consuelo, repuso el doncel mirando con gratitud á la reina. Habladme de mi amor, de mi Esther.... ¡Es tan hermosa!...

—Sí, muy hermosa, mucho, por eso hace sufrir tan horriblemente.

Sintió la desdichada reina que le faltaba el aliento, que su pecho estaba tan oprimido que parecia sostener un peso enorme, y ya próxima á desfallecer á impulsos de tan violentas emociones como agitaban su alma, sin fuerzas para resistir su horrible tormento, iba á gritar, «¡callaos, que vuestras palabras me matan!» cuando abriéndose de nuevo la puerta anunciaron á don Alonso Perez de Guzman.

Rodrigo volvió el rostro para saludar á su buen amigo, y doña Maria, agitada y descompuesta, ahogó en el pecho un suspiro, y volvió lo espalda á las ventanas, para evitar en lo posible que se distinguiese el trastorno de su semblante.

No se ocultó al señor de San Lúcar la borrasca que agitaba el corazon de la reina; pero disimulando como si nada hubiese advertido, saludó con profundo respeto.

—A tiempo venis, don Alonso, para ayudarme á infundir esperanza á nuestro buen Rodrigo.

—No es razon que desespere justamente en los momentos en que trata de correr en busca de su dama.

—¿Nos abandonais? preguntó doña Maria al doncel.

—Dentro de una hora saldré de Toledo.

—¿Nada os habia dicho, señora?

—Para eso vine, interrumpió el doncel, pero aun nada habia hablado de mi viaje.

—¿No ha partido Jonadab con el mismo fin? preguntó la reina.

—Hace cuatro dias; y yo tambien lo hubiese hecho á habérmelo permitido el estado de salud de mi desgraciada madre.

—¿Está mejor?

—Bastante aliviada, gracias á los eficaces remedios de Jonadab.

—¿Partis solo?

—Acompañado de don Pelayo, pero luego nos separaremos.

—Teneis que suspender vuestro viage, dijo don Alonso.

La reina y Rodrigo lo miraron con sorpresa.

—¿Por qué? contestó este.

—Vais á saberlo.

—Hablad, repuso doña Maria.

—El rey necesita de todos sus buenos vasallos.

—¿Pues qué ocurre?

—Acaba de llegar un emisario con desagradables nuevas.

—¿De dónde? Esplicaos, dijo la reina con afan, mientras que el mancebo se levantaba para acercarse á don Alonso.

—De Sevilla, prosiguió este. El infante don Juan ha intentado alzarse con aquel reino, y aunque el siempre valeroso y leal don Alvaro Nuñez de Lara, y aun la ciudad misma, le han hecho frente y han desbaratado por de pronto el plan, no está del todo tranquila la tierra.

—¿Habeis visto al rey?

—No, señora, pero he visto al portador de la noticia, y todo me lo ha referido. Como S. A. está hablando en este momento con el señor de Vizcaya y con el abad de Valladolid, he creido conveniente participároslo antes, y he detenido al emisario de Sevilla diciéndole que yo mismo iba á anunciarle al rey su llegada.

La reina meditó algunos instantes, y luego poniéndose de pié dijo á don Alonso y á Rodrigo :

—Venid, quiero dar al rey la nueva en presencia de don Lope y del abad; quiero intentar contrariarlos siquiera una vez. Y esta noche, don Alonso, no dejeis de venir á verme, porque tengo que deciros una cosa que puede ser de mucha importancia.

—Estoy á vuestras órdenes.

La reina, seguida de sus dos fieles amigos, atravesó algunas habitaciones, llegando á la en que el rey se encontraba acompañado de don Lope y del abad.



CAPITULO XIV.

La reina consigue á medias su objeto.



—El cielo os guarde, mi amada esposa, dijo don Sancho mientras don Lope y el abad hacian una profunda reverencia. Siempre bien venida, pero nunca tan oportunamente como ahora.

Y luego dirigió amablemente la palabra á don Alonso y á Rodrigo.

—Pláceme vuestro contento, señor, al recibir mi visita, contestó doña Maria en tanto que una espresiva sonrisa animaba su semblante.

—Sentaos, señora.

—¿Me direis en qué consiste la oportunidad de mi llegada?

—Os lo esplicaré, repuso el rey. Hablamos de mi hermano don Juan.

El semblante de la reina radió de alegría.

—¿Y qué deciais de él?

—Me recomendaba don Lope sus buenos servicios, la adhesion que siempre ha manifestado á mi persona, y despues de haber espuesto algunas graves consideraciones sobre el estado de Castilla, creia que era muy conveniente dar al infante algun cargo de importancia, como por ejemplo, el adelantamiento de la frontera de los moros ú otro parecido. Y como sabeis que yo doy mucho valor á vuestros consejos, deseo que manifesteis vuestra opinion sobre este asunto.

—¿Y en qué os fundais, buen conde? preguntó doña Maria.

—Señora, nada os diré de lo sucedido antes de la muerte de vuestro sabio padre, que Dios tenga en su gloria. Sabeis cuantos disturbios puede acarrear su testamento, y aunque el noble infante don Juan será siempre fiel, tiene, sin embargo, muchos y tan ciegos partidarios, que puede suceder fácilmente que, abusando de su nombre....

—¿Nos den un ejemplo de rebeldia, y aun arrastren al infante en contra de su voluntad, á seguir ciego tambien sus pasos? interrumpió la reina. ¿No es eso lo que quereis decir?

—Con alguna diferencia....

—¿Y vos para evitar ese conflicto?

—Creo, repuso don Lope, que el mejor medio es comprometer al infante, confiando á su lealtad el sosiego de Castilla, y quitando así la esperanza á sus partidarios de que pueda protejer sus planes.

—Es buen medio de sujetar á aquellos de quienes se teme la rebeldía, dijo la reina irónicamente. ¿Y entónces, qué guardais para los leales?

En el rostro de don Sancho se veia pintada la complacencia con que escuchaba á su esposa: era de la misma opinion que ella, pues nunca profesó mucho cariño á su hermano don

Juan, desconfiando siempre de él, y con sobrada razon.

—No son tantos los malos, contestó don Lope, que falten premios para los buenos.

—Es decir que debe repartirse indistintamente el poder entre todos, y así se asegura la paz.

—Es que yo no cuento al infante en el número de los malos, repuso el señor de Vizcaya.

Y creyendo encontrar el apoyo del rey, prosiguió:

—Vos, señora, y respeto vuestra opinion, podreis contarlo como tal si para ello teneis razones.

—¿Y si lo creyese así?

Don Gomez fijó en la reina una penetrante mirada, como si quisiese adivinar lo que habia en su corazon, y luego dijo para sí:

—La reina debe saber algun pecadillo del infante cuando habla así de él delante del rey. Creo que mi amigo don Lope es muy estúpido en esta ocasion.

—Si así lo creyeseis, contestó el de Haro, entonces al rey tocaria contestar.

—Yo fallo cuando se acusa, y hasta ahora no ha sucedido así, dijo don Sancho.

—Ya veis, señora; parece que S. A. oiria con gusto vuestra opinion.

—¿Mi opinion?... Antes quisiera yo saber la del entendido abad.

—Es casi igual á la vuestra, señora, contestó don Gomez.

Todos lo miraron con sorpresa, y mas aun el señor de Vizcaya.

—¿Con que acusais al infante? preguntó el rey.

—Acusarle precisamente, no, porque para ello carezco de pruebas, pero creo arriesgado confiarle el adelantamiento.

—Hoy deseo saber la opinion de todo el mundo, dijo el rey. Manifestad la vuestra, vos don Alonso, y vos mi buen doncel.

—Yo desconfio, contestó don Alonso.

—Y yo, añadió Rodrigo.

El abad sonrió como si sintiese un gran placer.

—Ya veis, señor, que estamos en mayoría, dijo.

—Añado mi voto al vuestro, repuso don Sancho con tono de chanza. Habeis quedado solo, don Lope, y ahora estais obligado á defender vuestra causa.

—Y la defenderé, contestó el de Haro algo corrido.

—Os escuchamos, dijo la reina que sentia no poder contrariar mas que á don Lope y no al abad.

—Antes necesito saber de qué se le acusa para poder probar el error; pero desde luego, diré que tengo al infante don Juan por tan adicto á su rey, que aceptaria como mias sus acciones.

—Yo nó, dijo el abad.

—¿Con qué vos, preguntó doña María, aceptaríais la responsabilidad de las acciones del infante?

—Sí, señora; por tan leal lo tengo.

—Pues entonces entregad vuestra cabeza al verdugo, dijo la reina con severidad.

Una exclamacion de sorpresa que dejaron escapar unánimemente el rey y don Lope, fué la contestacion dada á doña María.

Esta añadió:

—La ciudad de Sevilla ha visto un nuevo escándalo: en ella ha intentado tomar el título de rey el infante don Juan, y gracias al leal, al muy leal don Alvaro Nuñez de Lara y á la misma ciudad, se tremola todavía sobre sus altas torres el estandarte por don Sancho IV rey de Castilla y de Leon.

—¡Vive Dios, señora, exclamó el rey, que si es cierto lo que decis haré un ejemplar castigo!

—Aguarda para hablaros un enviado de Sevilla.

—Razon teníamos, señora, dijo el abad con su dulce voz.

Don Lope no se atrevió á pronunciar una palabra. Quedó inmóvil y dentro de su pecho el coraje despedazaba su corazon.

—¡Un emisario de Sevilla!... Rodrigo, mandadle entrar al

instante. Aguardad fuera, caballeros, y vos, esposa mia, quedaos.

Salieron todos, menos doña María, y el mensagero entró.

Largo rato duró la conferencia, y entre tanto don Lope miraba al señor de San Lúcar con odio reconcentrado, y el abad de Valladolid examinaba los bajos relieves del embovedado techo con la mas tranquila calma. Rodrigo pensaba entre tanto en Esther, y don Alonso en que el rey era indignamente engañado por el señor de Vizcaya.

Llegó en esto Pelayo el Duro, y cuando saludaba á sus amigos, le dijo don Gomez con hipócrita candidez:

—Hoy llegan todos á tiempo, y tambien vos.

—¿Por qué lo decis? preguntó Pelayo.

—¿No sabeis que el infante don Juan ha querido hacer una de las suyas?

—¿Qué sucede?

—Ha intentado nada menos que proclamarse rey de Sevilla.

—La culpa es del rey, contestó Pelayo con su natural aspereza.

—¿Por qué?

—Porque sobran en sus reinos cabezas y no las corta.

—Siempre sereis el mismo, señor Hércules, repuso el abad con halagüeño tono.

—Siempre seré amigo de la justicia y enemigo de los traidores y de los hipócritas.

Y dejó al abad para acercarse á Rodrigo.

Fueron llegando algunos cortesanos, y la noticia de la rebelion corrió de boca en boca.

Abriéronse las puertas del salon en donde estaba el rey, y el mensajero venido de Sevilla salió diciendo:

—S. A. os aguarda, señores.

Todos entraron.

—Mis nobles caballeros, les dijo don Sancho, esta misma noche saldremos para Sevilla: aprestad vuestras armas y reunid vuestros vasallos.

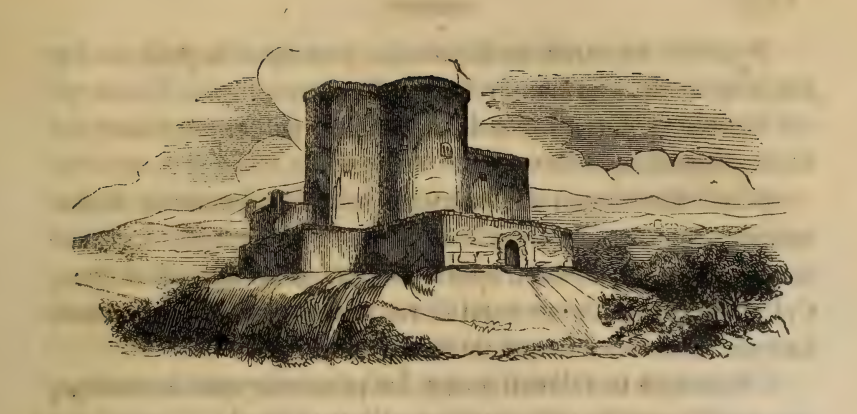
De todas las bocas salió una palabra de asentimiento, y luego reinó un silencio profundo.

El rey, con el semblante adusto, grave el continente y firme el paso, atravesó el salon dando la mano á su esposa, que con regia dignidad contestaba á los saludos de los cortesanos.

—Levanta la cabeza, pobre muger, murmuró don Lope desde un rincon del aposento, ya la bajarás cuando no tengas que sostener el peso de la corona.

—Esos que te saludan serán los primeros que te vuelvan la espalda, murmuraba tambien el astuto abad.

Y su sonrisa se desplegaba con cariñosa espresion al hacer á doña Maria una profunda reverencia.



CAPITULO XV.

De la conversacion que la abadesa tuvo con Esther y de la carta que aquella escribió.



Mientras que el rey don Sancho, seguido de numerosa comitiva salia de Toledo para ir á Sevilla á tranquilizar la tierra, y en tanto que Jonadab, montado en su negra mula, corredora é incansable, no dejaba villa ni castillo del reino de Córdoba donde no pidiera noticias de su hija, con la astucia y habilidad que le caracterizaban, la bellísima Esther seguia en el convento de la Encarnacion, siendo objeto de los cuidados y de la curiosidad de las monjas.

Mejoraba su salud de dia en dia, y aunque la pena no habia dejado de atormentar su espíritu, recobraba el cuerpo sus fuerzas, y muy pronto debia concluir su embarazosa y delicada situacion.

El sol doraba con sus primeros rayos las cumbres de los erizados montes que rodeaban el sombrío convento. Los últimos sonidos del esquilon se perdian entre las agudas breñas, y el canto de algun ave solia dar al viento sus dulces trinos, ó como lo tórtola sus lastimeros arrullos.

Entonando una cancion cuya música, de pausados compases, tenia tanto de religiosa como de profana, alejábase de los muros el viejo Pablo.

Las religiosas acababan de pronunciar el *Amen* con que daban fin á su rezo, y la superiora, despues de entrar en la celda de Esther, se informaba de la salud de la desdichada jóven, con intencion de interrogarla en seguida sobre su misteriosa conducta.

La judía, sentada en un sillon que la abadesa habia hecho que le llevasen, contestaba con lánguida dulzura á todas las preguntas que esta le dirijia. Su rostro pálido, el apagado brillo de sus negras pupilas, y la enervacion que fácilmente se notaba en todos sus miembros, algo enflaquecidos, no dejaban duda de sus padecimientos.

—Veo que recobrais vuestras fuerzas, hija mia, decia la superiora, y esto me complace en estremo.

—Gracias á vuestros cuidados no dudo que mi salud se repondrá muy pronto.

—Sí, pero nuestros cuidados no bastan si vos no procurais desechar esa tristeza que os hace mas daño que la misma enfermedad.

—Hago lo posible, pero despues de lo que me ha sucedido, no es estraño que me sienta abatida y que tenga que hacer grandes esfuerzos para alejar del ánimo las ideas desconsoladoras que lo entristecen.

—Es muy natural, ya me hago cargo de que los padecimientos del cuerpo dejan profunda huella en el alma; mas no

como á vos. ¿No recobrais por horas vuestra salud? Sí; pues esta idea debe alegraros. ¿No se acerca el dia en que volvais al seno de vuestra familia, al lado de vuestros amigos? Sí; pues esta esperanza debe reanimar vuestro sér. Si os da cuidado el que puedan tener vuestros deudos por vuestra ausencia, tranquilicemos su afan enviándoles noticias vuestras.

—Gracias, señora, contestó Esther que se estremeció al oir á la abadesa tocar este punto.

—Con las gracias nada hacemos; ya es tiempo de obrar. No temais incomodarnos, hija mia. El anciano Pablo va frecuentemente á Sevilla, y aunque en aquella ciudad no tengais á los vuestros, fácil es desde allí enviarles noticias que los consuelen, y mejor aun, decirles que vengan en vuestra busca.

La superiora habia abordado de frente la cuestion, y no podia eludirse. Hasta entonces la enfermedad, el delirio de la fiebre disimularon la misteriosa reserva, pero ya habia llegado el momento en que no tenian valor las escusas, y al llegar le pareció á Esther que se abria á sus plantas un abismo y que la celeste bóveda se desplomaba sobre su cabeza. Todo su talento, toda su astucia de muger no valdrian para salvarla; era ya preciso decir: «soy una judía,» y verse luego arrojada de aquel pacífico recinto como si tuviese una enfermedad contagiosa; verse despreciada, sin inspirar compasion, castigada quizas por haber profanado el templo de Jesucristo.

—Señora.... dijo Esther con acento entrecortado.

—Señora, no, interrumpió dulcemente la abadesa; en esta casa solo se da ese título al que lo es de todo lo criado y á su santísima madre; llamadme hermana, madre ó como gusteis.

—Perdonad, la costumbre del mundo.....

—Bien, hija mia; proseguid.

—Mi familia..... casi no la tengo.....

—¿Sois sola?

—Enteramente sola..... no....

—¿Teneis padres, hermanos?...

—Solo padre, contestó Esther, y una lágrima rodó por sus pálidas mejillas.

—No os aflijais que pronto os vereis en sus brazos.

—Es muy difícil.

—¿Por qué?

—¿Cómo llegar á su lado? repuso la judía.

La abadesa la contempló admirada.

—¿Tan lejos está? dijo. Y aun siendo así, esto no haria mas que retardar vuestro encuentro, pero no hacerlo imposible.

Esther calló, y su llanto justificó su silencio.

—¿Sois noble? prosiguió la anciana. Sin duda, porque así lo denota la riqueza de vuestro vestido.

¿Qué contestar á esta pregunta que no desmintiese lo que despues hubiera necesidad de decir?

—Soy rica, madre, respondió Esther renovando la llaga de su dolor al fijarse en su deslumbradora vestidura.

—Entonces habeis hecho mal en guardar tanta reserva, por que á no ser así, ya hace muchos dias que tendriais aquí á vuestros criados, á vuestro padre, cuya ausencia solo podria justificarla la falta de recursos ó el enojo por alguna grave culpa vuestra.

Por la frente de Esther corrieron algunas gotas de frio sudor, mientras sentia latir con violencia sus sienes. Su situacion era cada momento mas crítica.

—Para eso, dijo con vacilante tono, hubiera sido preciso que mi buen padre supiera mi paradero.... ¡Ah!... entonces habria corrido, volado, á pesar de su edad al lado de su hija.

—Para hablaros con franqueza, contestó la superiora, os diré que vuestras esplicaciones me confunden mas que vuestro silencio. Teneis padre, es rico, os quiere, llora vuestra pérdida, y no procurais ó mejor dicho, os esponeis á que sepa lo que ha sido de vos.... ¿Es posible entender todo esto?

Si la anciana hubiera sabido como desgarraba el corazon de la infeliz Esther, si hubiera podido comprender los tormentos que le causaba aquel interrogatorio, quizas la compasion habria enmudecido sus labios y acallado su curiosidad.

Abundante llanto corria por las mejillas de la doncella. Todo su sér estaba trastornado, y en aquellos momentos, hubiera dado la vida para no verse obligada á hablar. Daba tormento á su imaginacion buscando en vano qué decir, y la superiora, entre tanto, aguardaba ansiosa su respuesta.

—¿Cómo esplicareis vuestras palabras?

—Ya os he dicho que era menester que mi padre supiera mi paradero.

—¿Y por qué no hacérselo conocer?

—Es casi imposible.

—¡Imposible!

—Solo Dios sabe donde estará: sin duda recorre toda Castilla en busca mia.

—Bien, pero puede avisarse á vuestros criados.

—Estarán con él.

—¿Todos?

—Sí.... todos.... son pocos y siempre lo acompañan....

—¿Y os quedais sola cuando hace algun viaje?

—Voy tambien con él, contestó maquinalmente la judía, sin pensar que se internaba en un laberinto de donde no podria salir.

—¿Y cuándo va á la guerra?

—Es ya muy anciano.

—¿Y no hay vecinos, parientes, amigos, alguien que lo conozca?...

—Vivimos muy aislados.

La abadesa reflexionó algunos instantes, y mirando con desconfianza á Esther, le dijo:

—¿De qué tierra sois?

—Yo.... nací en Toledo....

—¿Y vivis?...

—Cerca de aquella ciudad.... en el campo....

—Sin duda con mucha modestia á pesar de ser ricos.

—Con mucha.

—Pero vos usais, sin embargo, trajes dignos del lujo de la corte.

—Es que.... mi padre....

—Basta, interrumpió con alguna severidad la superiora. Me estais engañando.

Esther, anegada en llanto se arrojó á las plantas de la abadesa.

—¡Tened compasion de mí! exclamó. ¡Soy muy desgraciada!

—Me habeis engañado.

—¡Compasion, compasion!

Las lágrimas de la jóven, su acento desgarrador conmovieron á la anciana que, haciéndola levantar, le dijo con alguna dulzura:

—Tranquilizaos, hija mia. Ya veis que la mentira solo sirve para agravar vuestra situacion. Decidme quién sois, por qué os encontrabais en medio de esas montañas desiertas, y qué es lo que causa vuestro dolor. Si habeis pecado, Dios os perdonará; estais en su santa casa, entre sus humildes siervas cuya mision es consolar al que llora, aliviar el pesar del que padece. Hablad, hija mia, hablad.

—¿Por qué naci tan desgraciada? exclamó Esther juntando las manos y elevando al cielo una mirada dolorosa.

—Sosegaos.

—¡Ah, madre mia!... en mi pecho no cabe el sosiego, no puede haber tranquilidad para mi alma.

—¿Por qué, hija?

—Porque mi estrella es fatal.

—La fatalidad no existe.

—¿Cómo me persigue tan tenazmente la desgracia?

—¿Mas cuál es, decid, vuestro dolor?

Sentia Esther ardérsele la frente. Trastornada su razon y no encontrando medio para salvarse del abismo que se abria á sus piés, se decidió á arrostrarlo todo, y haciendo un supremo esfuerzo, y despues de enjugar sus lágrimas, dijo con acento breve:

—Todo lo sabreis.

—Os escucho.

—Aislada del mundo, tan aislada como vos en este retiro, vivia yo feliz y tranquila al lado de mi buen padre. Quiso mi estrella que un hombre de perverso corazon, y á quien no conozco, se prendase de mi hermosura, y no reparando en los medios de satisfacer su capricho ó su pasion, sacóme de mi lecho en la oscuridad de la noche, sin que yo lo advirtiese ni mi padre tampoco, porque nos habian dado un narcótico con el cual dormimos tan profundamente que nos fué imposible apercibirnos de nada. El cómo se consumó esta infamia no os lo puedo decir porque lo ignoro; solo sé que al despertar me hallaba tendida en un miserable lecho, en una casa mas miserable situada en medio del campo, y que Dios quiso favorecerme proporcionándome ocasion y fuerzas para huir. Este traje no es mio: lo encontré al lado de mi cama cuando volví de mi sueño, y no teniendo con qué cubrirme apoderéme de él.

—¿Y cómo habeis llegado hasta aquí?

Esther refirió todos los pormenores de su fuga, que encontró tan naturales la abadesa que nada tuvo que oponer. Quedábanle, sin embargo dudas; y prosiguió su interrogatorio.

—¿Y por qué no habeis dicho el nombre de vuestro padre para que se le avisase?

La judía se estremeció.

—Soy pobre, no tengo criados, vivia muy aislada, mucho, y como mi padre recorrerá seguramente toda Castilla en busca mia, estará cerrada mi casa.

—¿Y no teneis ningun amigo, ni un simple conocido siquiera?

Esther vaciló.

—Uno solo.

—¿Es fácil encontrarlo?

—Tal vez.

—¿Sabrá el paradero de vuestro padre?

—Quizas.

—¿Entonces por qué no lo habeis dicho antes?

Esther buscó en vano una contestacion satisfactoria.

—No lo sé, dijo despues de vacilar algunos instantes. Pobre, de villana estirpe, socorrida por vuestra caridad, no me creia con derecho á pediros que se buscase á ese hombre, cuyo paradero ignoro. ¿Con qué recompensaba semejante servicio que no podriais prestarme sino á costa de muchos gastos quizas?

—¿No sabeis que todos estamos obligados á socorrer á nuestro prójimo aun á costa de hacer los mayores sacrificios?

En el noble semblante de la abadesa se pintó el íntimo sentimiento de caridad de que estaba poseida al contestar á Esther. La jóven esperimentó un dulcísimo consuelo y admiró á su pesar toda la sublime grandeza del cristianismo, cuyos sabios preceptos se encerraban en las sencillas palabras de la superiora. Luego la estremeció la duda como el dia en que la vimos despedirse de los últimos rayos del sol.

—Me pareció que abusaria de vuestros buenos sentimientos, contestó, y no me he atrevido á pediros semejante cosa.

—¿Decis la verdad? ¿No ha sido otro el motivo? Os ruego que no me engañeis, que depositeis en mí toda vuestra confianza. Me ha interesado vuestra suerte porque sois jóven aun, y me llena de amargura el pensar que esa misma juventud se precipite en el camino del infierno. Os lo repito, hija mia, me atormenta mucho la idea de vuestra perdicion.

Los ojos de la anciana se humedecieron, y Esther se sintió en estremo conmovida.

—No os engaño, madre mia; ya os convencerán mis palabras: os diré quien es ese hombre á quien puede interesar mi suerte, como una prueba de que no ha sido estudiada reserva el ocultaros su nombre. Es un doncel muy querido del rey don Sancho, y llámase Rodrigo.

—¿Rodrigo solamente?

—Hidalgo.

—No conozco ese nombre.

—Vos, retirada del mundo....

—No importa; las relaciones de mi familia, una de las mas

ilustres de Castilla, me han dado á conocer la historia de todos.

—¿Habeis oido nombrar á los Carbajales?

—Ciertamente, y aun conozco á individuos de esa noble y poderosa casa. En esta misma celda en que vos estais pasó algunos años de su infancia la única hija de don Juan de Carbajal, señor de Campo Cerrado. La hermosa Ines se educó en este convento, profesándonos tierno cariño y viviendo en amistosa union hasta que ella salió del claustro.

Esther no habia perdido una sola palabra de la abadesa.

—¿Decis que se llamaba Ines?

—Sí; mas ¿por qué me recordais ese nombre?

—Es que el doncel Rodrigo es hijo de doña Ines de Carbajal.

—¡Su hijo! repitió admirada la superiora. ¿Y qué ha sido de ella?

—Está loca.

—¡Dios mio, loca! exclamó la anciana, cruzando las manos y vertiendo lágrimas de intenso dolor. ¡Loca! Decidme, decidme lo que es de ella.

—Poco os puedo decir, contestó la judía, participando del mismo dolor. Nada sé del pasado de doña Ines, sino que ha sido muy desgraciada y que hace tres meses que perdió el juicio á consecuencia de una violenta emocion.

—¿Pero ese hijo?...

—Ese hijo, es un misterio que nadie ha podido penetrar.

—Todo lo comprendo: ahora conozco el significado de las amargas palabras de una carta que me escribió, anunciándome la muerte de su madre, y despidiéndose de mí como si fuese á dejar el mundo. Yo creí entonces que estaria decidida á abrazar la vida religiosa.... ¡Infeliz!...

El llanto corria por las mejillas de la noble anciana, mientras que Esther admiraba mas y mas aquella alma generosa que tanta parte tomaba en los agenos dolores.

—¿Y decis que su hijo está en la corte muy querido del rey?...

—Como ninguno.

—Será de noble corazon como su madre.

—Nadie le iguala. La nobleza de sus sentimientos le ha valido el nombre de Hidalgo que lleva y que le ha dado el rey.

—¿Es valiente, leal?...

—¡Valiente!... tanto, tanto, contestó Esther con orgulloso entusiasmo, que basta en la guerra su nombre para hacer temblar á los enemigos. En bravura, solo le iguala el rey; en fuerzas, un solo caballero á quien llaman por sobrenombre el Duro, y en ingenio no tiene igual desde que don Alonso X no pertenece al mundo. Es apuesto, como el mas cumplido señor; galan, como el primer cortesano, y....

—¿Y hermoso? preguntó la abadesa ayudando á Esther que se habia olvidado de su situacion.

—Hermoso como.... como su madre cuya belleza no tiene rival.

—Jóven, dijo la abadesa, mirando fijamente á la judía, vuestro corazon está interesado por el hijo de mi antigua educanda.

Tan repentino golpe hizo despertar á Esther del sueño de su entusiasmo, y mirando á la abadesa, cubrióse el rostro con sus manos, y abundante llanto salió de sus ojos.

—¡Pobre jóven! murmuró la anciana.

Siguióse un largo rato de silencio, durante el cual, el mas amargo dolor hizo palpitar violentamente el corazon de la judía, y la compasion el de la virtuosa monja.

—Quisiera haceros una pregunta, dijo al fin la abadesa; pero no me atrevo.

—Hablad, señora; no tengo madre, vos lo sois desde ahora mia.

—¿Habeis sido deshonrada por vuestro infame raptor?

—Nó.

—¿Cómo lo sabeis?

—Por él mismo: así salió de sus labios en la conversacion que os he dicho escuché desde mi encierro.

—¿Es decir, que podeis presentaros tan pura como antes á los dos únicos séres que amais en la tierra?

—¡Oh, eso sí! contestó orgullosamente Esther.

Pero luego, dejando caer tristemente la cabeza sobre el pecho, añadió:

—¿Mas con qué pruebas abonaré mis palabras? Mi padre me creerá, pero Rodrigo.... ¡ah!... Rodrigo dudará porque es amante.

—Vuestro mismo raptor....

—¡Mi raptor!... ¿quién lo conoce?

—¿No sabeis quién es?

—Nó, madre.

—¿Ni lo sabe Rodrigo?...

—Nadie. Yo misma me engañaria si lo viese á mi lado.

—No importa; la verdad y la virtud resplandecen siempre sobre la mentira y la maldad. Tened confianza en Dios y pedid á su bendita madre que consuele vuestra afliccion.

Estremecióse la jóven.

—¡Su madre! repitió con acento breve.

—No dejará de escuchar vuestros ruegos si los anima la fé.

—La fé, dijo para sí Esther; yo tengo la mia pero no tan firme como antes.

—Ahora, lo mas urgente es avisar á Rodrigo para que él lo haga á vuestro padre. Le escribiremos, y puesto que es doncel del rey, en la corte se le encontrará. Pablo irá á Sevilla con la carta, y desde allí la enviará á Toledo con persona de toda confianza.

—Sí, sí, y Rodrigo vendrá con mi padre, y vos me ayudareis á convencerles de mi inocencia, repuso la judía juntando las manos en ademan suplicante.

—Voy á escribirle.... No habia pensado.... ¿Cómo os llamais?

Un rayo que hubiese caido á los piés de Esther, mostrándole con su fuego destructor y con el crujido del trueno la omnipotencia del Altísimo, no la hubiera dejado mas aterra-

da que la pregunta de la abadesa, tan natural y sencilla.

Permaneció la doncella inmóvil por algunos momentos, y arrodillándose despues á las plantas de su protectora, le dijo con acento que llegaba á lo mas profundo del alma:

—¡Si no escuchais mi último ruego me hareis morir de desesperacion á impulsos de tormentos tan atroces que no es posible que nadie sino yo pueda concebirlos!

En el semblante de la superiora se pintó la sorpresa que le causaron estas palabras.

—No os comprendo, dijo.

—¡Mi nombre encierra un misterio horrible!

—¿Creeis que no sabré guardar el secreto?

—Permitidme que os lo oculte siquiera algunos dias.

—¿Y qué diferencia hay en revelarlo ahora ó mas adelante?

—Ese es el misterio.

—Jóven....

—¡Por compasion!

—¿Y cuándo me lo direis?

—Dentro de seis dias.

—Largo es el plazo.

—Dentro de tres.

—¿Y cómo he de escribir á vuestro amante?

—Decidle que está aquí su amada, y basta.

La superiora escribió:

«Vuestra amada á quien robaron de su lecho con el auxilio de un narcótico, se encuentra bajo mi custodia, y aguarda á su padre y á vos.»

Luego añadió las señas del convento y firmó.

—Mañana, dijo á Esther, irá Pablo á Sevilla, donde tambien está hoy.

—¡Gracias, madre mia!

—Jóven, prosiguió la abadesa con dignidad, si abusais de mi buena fé y de la compasion que vuestra desgracia me ha inspirado, no olvideis que en el cielo hay un Dios vengador de la inocencia, y cuya justicia es tan inexorable como terrible.

Salió la noble superiora, y la desdichada Esther cayó de rodillas y exclamó:

—¡Dios de mi pueblo, dame fé porque en en este recinto se respira la duda y siento que las creencias de mi niñez huyen de mi alma llevándose tras sí pedazos del corazon!



CAPITULO XVI.

De cómo es peligroso no conocer á la persona á quien se entrega una carta.

CUATRO dias pasaron desde que Esther sufrió el interrogatorio de la abadesa.

En la ciudad de Sevilla se notaba esa sorda agitacion que producen las revoluciones, cuando se esperan, ó despues que se han concluido. Transitaba por las calles mayor número de personas que nunca, y en los semblantes de todos pintábase la desconfianza y el temor, como quien no sabe lo que ha de suceder. Habíanse apaciguado algo los ánimos con la llegada del rey, y aunque

todos creian que su presencia era bastante para concluir enteramente con las maquinaciones de los partidarios de don Juan, esperaban, sin embargo, impacientes y poco tranquilos hasta que viesen cortada de raiz la rebelion. Por do quiera brillaban armaduras, cruzaban gentes y se veian grupos de hombres de mala traza y de honrados menestrales, escuchando estos las útimas noticias ó combinando aquellos la mejor manera de cometer algun crímen.

En los alrededores del alcázar era mas numerosa la concurrencia, y aunque apenas serian las siete de la mañana, entraban ya y salian en la morada regia muchos nobles seguidos de sus escuderos y pajes.

—¿Veis á ese caballero que llega? decia á los que le escuchaban un hombre flaco y de larga y movible nariz.

—No lo conozco.

—Porque sois un babieca.

—¿Quién es?

—Nada menos que don Mendo Garcia, el sobrino del señor de Vizcaya.

—Y le sigue su escudero favorito, antiguo camarada mio, mozo de buen porte y dispuesto para todo.

—Veo que le conoceis bien, repuso el de la descomunal nariz.

—Estuvimos juntos en el cerco de Aljeciras.

—Y segun entiendo lo estima su señor, añadió otro.

—Para tal amo....

—No hableis mal de él, que quizás no habrá en toda Castilla un caballero tan liberal.

—Como que por una buena cuchillada, que se da en un abrir y cerrar de ojos, paga tanto como el rey por cien mil que se dan y reciben en un año.

—Tambien puede venir tras su bolsillo la horca.

—Mucho estimais el pellejo.

—No me dejó mi padre otra herencia.

—¿Y á ese otro que camina tan cabizbajo, sin pajes ni escuderos, lo conoceis? preguntó el hombre flaco.

—¿Quién no lo conoce?

—Yo, contestó otro.

—Pues sabed que es un doncel del rey.

—Parece una dama.

—Sin embargo, guardaos de sus puños que son mas fuertes que los vuestros: lo mismo derriba hombres que vos podeis aplastar gusanos.

—Bien sabeis aprovechar el tiempo, dijo uno que hasta entonces habia permanecido callado. ¿Qué nos importan los puños de ese mancebo?

—Teneis razon: aquí nada se hace.

Retiráronse por diversos puntos, y quedando solo el de la nariz larga, que no era ótro que Fernan, el que ayudó á robar á la judía, acercóse á la puerta del alcázar.

Pocos momentos habian transcurrido cuando el anciano Pablo se dejó ver entre los grupos, examinando los rostros de todos como si quisiese adivinar quien seria el mas amable y cortés para contestar á sus preguntas. Sin duda ninguno debió inspirarle completa confianza porque siguió caminando hasta llegar al alcázar. Entónces examinó los rostros de los arqueros que habia á la puerta, como antes habia examinado los de los transeuntes, y resolviéndose al fin, preguntó á uno de aquellos:

—¿Se puede entrar?

—Nó, le contestó secamente el soldado.

—Es que necesito ver á un caballero que debe estar aquí.

—Pues aguardadle á la puerta.

—¿Y si tardase?

—Marchaos ó aguardad mas.

—¿Y si no está?

—¿Y si me apurais la paciencia? replicó el arquero con tono de mal humor.

—¿A quién debo dirigirme?

—A nadie.

Quedó el anciano poco satisfecho, pero convencido de

que nada adelantaria, aguardó, meditando entre tanto lo que mas le convenia hacer.

—Preguntaré al primero que salga, dijo para sí, porque deberá ser conocido de todos.

No tuvo que esperar mucho tiempo, porque el escudero de don Mendo Garcia apareció á la puerta.

—¿Quereis decirme, le preguntó el anciano, si conoceis á un doncel de S. A. que se llama don Rodrigo?

Pedro lo miró por espacio de algunos instantes, y luego contestó:

—Sí, lo conozco.

—¿Sabeis si está ahora en el alcázar?

—¿Por qué me haceis esa pregunta?

—Es muy sencillo, porque necesito verlo.

—¿Para qué?

—¿Qué os importa?

Disimuló Pedro el desagrado que le causara esta respuesta, y reflexionó.

—¿Qué me importa? dijo. ¿Sabeis quién soy?

—Nó.

—¿Acaso no conoceis á don Rodrigo?

—Tampoco.

—Pues, yo soy su escudero.

—El cielo os envia. Perdonadme si os ofendí.

—¿Me direis ahora lo que os trae en busca de mi señor?

Antes de contestar miró el anciano al escudero como si quisiese convencerse de que no lo engañaba.

Fernan, que como hemos dicho se hallaba tambien á la puerta del alcázar, no habia perdido una sílaba de la conversacion, y notando la desconfianza del viejo, dijo para sí:

—Buena ocasion para ganarme por lo menos una dobla.

Entonces se acercó y dijo á Pedro:

—Señor escudero, el cielo os guarde. Decid á vuestro noble amo don Rodrigo que tengo encargo de vender el mejor potro alazan que hay en Castilla; que si quiere aprovechar la ocasion podrá comprarlo sin hacer gran desembolso.

—Os lo agradecerá porque precisamente busca un alazan de pocos años.

—Guárdeos el cielo.

—Adios.

Pablo quedó convencido de que aquel era el escudero del doncel, y cuando Fernan se hubo alejado, dijo:

—Traigo un mensaje de importancia para vuestro señor.

—Pues será casi imposible que hoy podais verle, á menos que sea tan respetable el nombre de la persona que os envia, que su mucha autoridad me obligue á darle aviso: no quiere que se le distraiga de sus graves ocupaciones.

—Os repito que es asunto de mucha importancia.

—¿Pero quién os envia?

—La noble abadesa del convento de la Encarnacion.

—¿Recaditos de monja?

—Bien se conoce que ignorais el objeto de mi venida, señor escudero, repuso Pablo, lisongéandose con que venceria con una sola palabra la resistencia de su interlocutor.

—Sea cual fuere, os digo que nó.

—Pronto me direis que sí y correreis en su busca.

—Creo que os equivocais.

—¿Sí? pues, veamos.

—Veamos, buen viejo.

—La hermosa dama de don Rodrigo....

—¿La dama?...

—Sí, la que fué robada....

—¿Traeis noticias suyas? interpuso Pedro con sorpresa.

—Lo habeis adivinado.

—¿Y dónde se encuentra?

—La carta que traigo lo dice.

—Dádmela al momento.

—Tengo órden de no entregarla sino á don Rodrigo.

—Aguardad: corro á avisarle.

—Ya lo veis.

Desapareció el escudero, y el viejo Pablo, satisfecho de sí mismo, miró orgullosamente á los arqueros como si les

dijese: «Ahora veremos si me estorbais la entrada.»

Poco se hizo esperar el astuto Pedro. No habian pasado muchos minutos cuando volvió y dijo al anciano:

—Entrad.

Dejáronle paso los centinelas, y él acariciando su blanca barca, siguió al criado favorito de don Mendo.

Hallábase este solo en una habitacion á donde habia entrado para recibir al portador de la carta que iba á hacerle dueño de un secreto tan importante. La impaciencia estaba pintada en su rostro, y parecióle un siglo el poco tiempo que el anciano tardó en llegar hasta él.

—Dadme esa carta, le dijo al verle.

—Tomad, noble señor.

La mano del raptor de Esther tembló al romper el sello que cerraba el pergamino. Tan villana accion no pudo cometerla tranquilamente.

Fijáronse sus ojos en el escrito de la abadesa, y brilló en ellos una feroz alegría. Palpitó violentamente su corazon, y parecióle que se afluia á su cabeza toda su sangre. ¡Qué inesperado triunfo!

Cuando hubo concluido la lectura dijo al anciano:

—Me traeis mas que la vida.

—Así lo esperaba yo.

—¿Y por qué no me han avisado antes?

—Primeramente porque el estado de salud de vuestra dama no le permitió decir quien era ni á quien se debia avisar, y despues porque como se creia que S. A. vendria á Sevilla, y por consiguiente, vos con su acompañamiento, hemos aguardado hasta hoy.

—¿Y peligra su salud?

—Ya no.

—Gracias, buen anciano, gracias.

—Dadlas á Dios.

—Decidme, ¿cómo se encuentra en el convento?

—Yo no sabré esplicaros mas, sino que la recogí sin sentido en medio de aquellos montes.

—Decidle que iré á buscarla en cuanto pueda separarme del rey; pero que no tardaré muchas horas.

—¿Y de su padre, que noticias me dais?

—¿Su padre?.... Sí, es verdad..... Decidle que viaja en busca de ella, y por eso no podrá acompañarme.

—Mucho lo sentirá.

—Dad en mi nombre las gracias á la señora abadesa.

—¿Teneis algo mas que mandarme?

—Nada: pronto nos veremos en el convento.

—¿Acertareis con el camino?

—Lo conozco.

—El cielo os guarde, noble señor, dijo Pablo disponiéndose á salir.

Don Mendo llamó á su escudero.

—Recompensa á este buen anciano como se merece, le dijo.

Quedó solo el caballero, y á su cabeza se agolparon tantas y tan distintas ideas, que por algunos momentos lo aturdieron.

Ya era suya Esther, pero le quedaba aun Rodrigo, fuerte y valeroso sin igual. ¿Moriria á sus manos?

—¡Oh! exclamó. Me faltan fuerzas para cumplir el terrible pacto. Si me toca morir, lo que es muy posible habiéndoselas con semejante enemigo, Esther será suya y yo la veré en sus brazos mientras la agonía concluye mi existencia. Eso es horrible, muy horrible..... ¡Esther!... ¡Es tan hermosa! ¡Ah! ¿Quién busca la muerte con todos sus tormentos, teniendo en sus brazos á Esther con todas sus delicias? No, imposible. Entre el último suspiro de la vida, y el primer suspiro de amor de una muger encantadora, no se puede vacilar, no hay compromisos, no hay juramentos bastantes á alimentar la duda.... Y sin embargo, parece que la fé de caballero por que juré cumplir lo pactado me grita... Tengo que luchar... pero Esther... es tan hermosa, tan pura.... sus ojos... ¡oh!... sus ojos me abrasan, me trastornan y no soy dueño de mí cuando me mira.... Esther, yo no puedo ser responsable de

mis acciones cuando me falta la razon; culpa á tu belleza, culpa.... culpa á tu suerte y á la mia; si mucho padeces con que yo te ame, mas sufro yo amándote tan locamente.

Recorrió dos ó tres veces la habitacion, pasóse las manos por su abrasada frente, y luego dijo:

—Esta noche al convento, y cuando esté en mi poder veremos si tengo valor para cumplir lo pactado.

Y ocultando el pergamino, salió para reunirse con los demas nobles que aguardaban á que el rey concluyese la conferencia que tenia con don Lope, don Alonso y el abad.



CAPITULO XVII.

Donde Fernan hace el principal papel.



Mientras que el viejo Pablo entregaba á don Mendo la carta que llevaba para Rodrigo, don Alonso Perez de Guzman salia del aposento del rey para dirigirse á su casa y hacer que ensillasen su caballo para salir de Sevilla con una portante comision.

En la puerta del alcázar encontró á Pelayo el Duro, y parándose á noticiarle lo que se habia determinado en el conse-

jo, entablaron una interesante conversacion sobre los últimos acontecimientos y los planes de don Sancho.

En el calor de su animado diálogo no advirtieron que á poca distancia de ellos habia un hombre que, aunque como otros muchos podia estar allí sin saber por qué, parecia, sin embargo, no perder una sola palabra de cuanto decian nuestros amigos, segun el cuidado que ponia en acercárseles con estudiado disimulo, para mejor oir la conversacion.

Aquel hombre era Fernan, que movia de vez en cuando su larga nariz, como en señal de contento ó de haberle causado grande estrañeza alguna de las noticias que imprudentemente daba Guzman á su amigo.

—Se presenta buena la mañana, pensaba Fernan. No hace mucho que tuve ocasion de ganarme una dobla por lo menos, solo con decir una palabra, y además sorprendí un secreto que ha de valerme cien doblas si la torpeza no desbarata mis planes, ó si es que no me equivoqué en las pocas palabras que pude escuchar luego al inocente viejo á quien con mi ayuda engañó Pedro. Ahora sé tambien lo que el rey piensa y lo que hará, y esto puede servirme de mucho en la presente ocasion para aceptar ó desechar las proposiciones que me han hecho.

Así pensaba el bandido, y escuchaba á la vez al señor de San Lúcar, cuando el anciano sirviente de las monjas salió, y abriendo los brazos estrechó en ellos á un hombre de bastante edad con traje de artesano, á juzgar por su vestido de lana oscura, y á quien llamó su antiguo y querido amigo.

—Un mes hace que no os veo, le dijo Pablo.

—Vuestra es la culpa, contestóle el otro, pues que sabeis mi posada y que tengo en ella siempre para vos un jarro de buen vino y una tajada de jabalí. ¿Cómo no habeis ido á verme las semanas anteriores?

—Si he de deciros la verdad, no os negaré que los dos últimos lunes me he vuelto al convento mas que de prisa porque veia los ánimos no muy tranquilos, y temí lo que ha venido á suceder.

—¿Y cómo es que hoy á pesar de ser viernes, se os vé en Sevilla contra la costumbre de diez años, no alterada por ningun acontecimiento?

—Es un suceso estraordinario.

—Sin duda.

—Os diré lo que me ha traido.

—Mejor será que me acompañeis, y mientras humedecemos la lengua, os escucharé.

—Es imposible.

—¡Imposible! ¿Desde cuando, mi antiguo compañero, hay cosa en el mundo que os estorbe para saludar como se merece á un jarro de buen vino?

—Tengo que volverme inmediatamente al convento para dar contestacion de un mensaje que he traido de mucha importancia.

—Os comprendo: salís del alcázar y sin duda acabais de ver á S. A.

Guzman y Pelayo se apercibieron de estas palabras, y fijaron su atencion en los viejos.

Fernan los escuchaba desde que empezaron la conversacion.

—No he visto al rey, pero muy poco menos, porque mi encargo era para uno de sus donceles á quien llaman don Rodrigo.

—Atencion, dijo Pelayo en voz baja á su amigo.

—Ya sé, repuso el de Pablo: es ese mancebo de cuyas fuerzas se cuentan maravillas.

—Pues bien, mi señora la abadesa me ha dado para él una carta muy importante.

—Pues una monja y un doncel....

—Callaos y no echeis á volar vuestros malos pensamientos hasta que sepais por qué le escribe.

—Aguardo.

—Es una rarísima aventura.

—Me teneis impaciente.

—Volviendo de la ciudad al convento encontré cerca de este

á una jóven tendida al borde de un precipicio. Acerquéme á ella y ví que habia perdido el conocimiento y estaba como muerta. La riqueza de su traje me hizo sospechar que era una dama de noble alcurnia, perdida en aquellos parajes, y recojiéndola la llevé al convento. Su estremada hermosura y el lastimoso estado en que se hallaba por la fiebre que padecia, interesaron vivamente á las hermanas, y hé aquí que se dedican al cuidado de la salud de la doncella con todo afan. Hasta hace cinco dias no ha querido decir quien era ni á quien debíamos noticiar su encuentro, pero el lunes, se pudo al fin conseguir que dejase su reserva, y supimos que era la dama del doncel ya nombrado.

—¿Y cómo se encontraba en donde la vísteis vos?

—No sé, este es un secreto que sabe la abadesa, pero del que no ha tenido por conveniente hacerme partícipe. Es lo cierto que apenas hemos sabido la llegada del rey, me han hecho venir con una carta para el amante, en que se le dice el paradero de su dama.

En los ojos de Guzman y de Pelayo brilló una mirada de alegría indefinible.

Fernan movió su larga y delgada nariz y murmuró.

—No me habia equivocado: el negocio será mio.

—¿Y habeis visto ya al doncel?

—Acabo de entregarle el mensaje que creí le haria perder la razon en fuerza de tanto contento.

—No os habrá despedido muy mal....

—Mirad este bolsillo que os dirá mas que yo.

Pablo enseñó á su camarada un bolsillo de seda, é hizo sonar su contenido.

—¡Plata! exclamó el viejo artesano.

—Y de buena ley.

—¿Y á pesar del contento que debe haberos causado, no quereis acompañarme?

—Voy á recojer mi mula y me vuelvo de prisa al convento, porque me aguardan con impaciencia.

—¿Es firme vuestra resolucion?

—Sí.

—¿Entonces?...

—Hasta el lunes que os haré una visita, y os prometo llevar conmigo un faisan para que limpiemos sus huesos mientras desocupamos el jarro.

—No olvideis la promesa.

—Descuidad.

—Buen viaje.

—Mejor salud.

Alejóse Pablo, y siguiéronle con la vista Guzman y su amigo.

—Ya es Rodrigo feliz, dijo don Alonso.

—Voy en su busca, contestó Pelayo.

—Decidle que me es imposible detenerme, pero que mañana estaré de vuelta y le daré un abrazo delante de Esther, repuso el señor de San Lúcar.

—Y apretando la diestra de su amigo, perdióse entre la muchedumbre mientras este entraba en el alcázar y preguntaba á todos por Rodrigo.

—Se queda al lado del rey, le contestó un caballero que bajaba la escalera.

Entretanto murmuraba Fernan:

—Todos os vais; yo me quedo.

Y sin apartar la mirada de la puerta del palacio, esperó con alguna impaciencia, moviendo de cuando en cuando su larga nariz, y combinando planes.

Pasó una hora, dos, tres y el bandido esperaba con la paciencia del gato que acecha, y la concurrencia aumentaba tanto como el calor que soportaban contentos los curiosos á trueque de saber las últimas noticias de lo que se trataba en palacio.

Los ojos del bandido se fijaron con penetrante mirada en un objeto, y brillaron repentinamente con marcada alegría.

—Por fin, murmuró.

Y ocultándose cuidadosamente entre los grupos, siguió,

primero con la vista, y luego con cautelosos pasos, á don Mendo García que acababa de salir del alcázar.

A distancia respetuosa de este iban su escudero y un paje, pero unos y otros caminaban con dificultad, detenidos á cada momento por la numerosa concurrencia; y cuidándose mas bien de abrirse paso que de fijar la atencion en los curiosos que lo obstruian, no pudieron reparar en Fernan que con ayuda de sus afilados codos y sus largas piernas ganaba terreno acercándose al sobrino de don Lope.

Cuando hubieron llegado á la mitad de una estrecha calle, donde mas se apiñaba el pueblo, no dejando sino muy difícilmente atravesar una persona, dió Fernan al primer transeunte que encontró tan fuerte pisada, que el paciente, escitado por el dolor ó por su genio no muy pacífico, contestó con un juramento y una puñada. Este incidente produjo alguna confusion, porque el asesino aceptó el mudo diálogo descargando furiosos golpes. Alguno de los espectadores rodó por el suelo, mientras que otros se hacian atrás para no recibir daño, y aprovechando tan feliz ocasion, fué Fernan á dar como involuntariamente contra don Mendo, que sin reparar en la persona que tan atrevidamente le incomodaba, levantó los puños para castigar su insolente falta de respeto. Bajó el bandido la cabeza, dobló hácia adelante el cuerpo, y pasando en tal postura por debajo de los brazos del raptor de Esther, perdióse entre la multitud, y el golpe para él destinado lo recibió un pobre menestral, cuyas ensangrentadas narices dijeron mas que sus lamentos el dolor que debió sentir.

Mientras se sosegaban los ánimos con la desaparicion de Fernan, veíase á este en uno de los estremos de la calle, con la mano puesta sobre el pecho como si bajo su vestido ocultase un tesoro, y procurando alejarse del bullicio.

Lo que habia hecho y lo que meditaba es difícil adivinarlo, pero sí puede asegurarse que nada bueno era, porque cuando se vió en paraje mas desahogado de gente, movió una y otra vez su larga nariz, mostrando alegría en su semblan-

te, y la alegría en Fernan significaba siempre un crímen ya cometido ó próximo á cometer.

Con rápido paso atravesó el bandido muchas calles, llegó á uno de los barrios mas apartados de la ciudad, y parándose delante de un negro casuco, llamó suavemente á su pequeña puerta, dió un silbido, y entró sin dirigir la palabra á la persona que habia abierto.

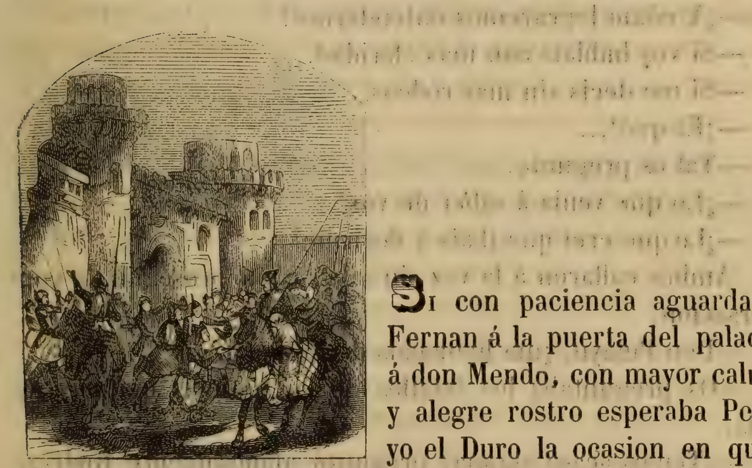
Siguió á lo largo de un estrecho y tortuoso pasillo, húmedo y oscuro, luego atravesó un patio de elevados muros, entró por una puerta que á lo sumo tendria cinco piés de altura, bajó algunos resbaladizos escalones, y se encontró en un lóbrego y anchuroso aposento, cuya escasa luz la recibia por tres ó cuatro pequeños agujeros, abiertos á la altura del piso del patio, por donde se veian los gruesos barrotes que los defendian de la entrada de algun fugitivo gato, porque ninguna persona hubiera podido penetrar por allí.

Las paredes de aquel tenebroso aposento.... Mas nó, lector; puesto que hemos de volver en busca del bandido, dejaremos para entonces la descripcion de la cueva, y solo diremos que en ella quedó el héroe de este capítulo, saludando con aire de superioridad á doce ó catorce hombres cuyos rostros apenas podian distinguirse.



CAPITULO XVIII.

Donde Fernan empieza á poner sus planes en ejecucion.



Si con paciencia aguardaba Fernan á la puerta del palacio á don Mendo, con mayor calma y alegre rostro esperaba Pelayo el Duro la ocasion en que, pudiéndose Rodrigo despedir de don Sancho, recibiese la cordial enhorabuena de su amigo por las noticias que de Esther habia.

No fué corta la tardanza del doncel, porque salió del aposento real despues que don Mendo

Al verle Pelayo, acercósele y le apretó la diestra y luego le dijo en tono de alegre reconvencion:

—¿Así abandona un apuesto y galante doncel á su hermosa dama cuando la lloró perdida con tristes lamentos y amargas quejas?

Miróle Rodrigo con sorpresa y sin comprender el sentido de la chanza.

—¿Os tornásteis disimulado? Nunca lo fuísteis. Os lo perdono porque sin duda es vuestra intencion darnos por completo la sorpresa cuando nos digais: «mirad á Esther.»

—O vos no os esplicais con claridad, ó tomais por disimulo mi torpeza, contestó el mancebo con la mayor naturalidad y calma.

A su vez, fué sorprendido Pelayo.

—Amigo mio, repuso encogiéndose de hombros, ó no sé lo que me digo ó vos sois el que debeis esplicaros.

—No os comprendo.

—Yo tampoco á vos.

—¿Y cómo lograremos entendernos?

—Si vos hablais con mas claridad....

—Si me decis sin mas rodeos....

—¿El qué?...

—Tal os pregunto.

—¿Lo que venia á saber de vos?

—¿Lo que creí que ibais á decirme?

Ambos callaron á la vez sin saber cómo proseguir la conversacion.

—Don Pelayo, ¿me hablabais de Esther?...

—Os preguntaba los detalles de las noticias que hay de ella.

—¿Teneis acaso alguna? preguntó afanosamente Rodrigo cuyos ojos brillaron.

—Sé que las habeis recibido.

—Don Pelayo, supongo que no hareis objeto de chanza mi dolor.

—Y yo supongo que mi curiosidad, que no significa sino

cariño, no la pagareis con una reserva que no podrá engañarme.

—¿Sabeis que me estais atormentando? dijo el doncel con impaciencia.

—¿No adivinais que me enojo?

—Don Pelayo, aquí debe haber algun misterio que nos volverá locos.

—Creo lo mismo que vos.

—Hablad, pues, claramente.

—Comenzad vos, porque yo nada tengo que deciros.

—¿No habeis nombrado á Esther?

—Sí.

—¿Y con qué objeto?

—Ya os lo he dicho.

—Repetid vuestras palabras porque sin duda no las comprendí.

—Que queria que me dieseis los pormenores de las noticias que habeis tenido del paradero de vuestra dama.

—¡Noticias! repitió el doncel abriendo desmesuradamente sus azules ojos.

—¿Hablais formalmente?

—Os lo juro.

—¿No ha venido á veros un anciano, portador de una carta de la abadesa de no sé qué convento en donde han recojido á la judía?

—¡Don Pelayo!

—Contestadme.

—No he visto á ningun anciano ni he recibido ninguna carta.

—¡Don Rodrigo!

—Esplicaos porque vuestras palabras me están despedazando el corazon.

—Repetidme que no habeis recibido ningun mensage.

—Os lo repito y os lo juro.

Pelayo refirió entonces cuanto habia oido en la puerta del alcázar.

—¿Estais seguro de no haberos equivocado? preguntó Rodrigo cuando hubo acabado el otro su relacion.

—Ya os he dicho que se hallaba don Alonso en mi compañía, y es imposible que los dos nos engañásemos. Por mas señas que el anciano, sacando un bolsillo lo mostró gozoso á su compañero, diciéndole que el escudero del doncel se lo habia dado, por órden de su señor, en premio de la feliz nueva.

—¡Mi escudero!.... He venido solo.

—¿Solo?

—Sí.

—¡Todo lo comprendo! exclamó Pelayo, dándose una palmada en su ancha frente. ¡Nos han hecho una infame traicion!

—Sí, sí, dijo el doncel apretando los puños. Don Mendo habrá engañado al portador del mensage diciéndole que era él la persona á quien se dirigia, y como el viejo no conocerá ni al uno ni al otro, ha caido fácilmente en el lazo. ¡Vive Dios que ha de pagar cara su villanía!

—¡Torpe de mí que dejé escapar al anciano!

—¿Y cómo sospechar?....

—Es cierto.

—¿Qué debemos hacer? Aconsejadme porque mi cabeza está trastornada.

—No sé. Si buscais á don Mendo, negará, apoyándose en que lo mismo puede haberlo hecho otro que él.

—Entonces le preguntaré con la espada en la mano.

—Os recordará vuestro juramento porque el plazo no ha trascurrido aun.

—¡Dios mio, me vuelvo loco! exclamó el doncel desesperado.

—Alejémonos de aqui, don Rodrigo, porque advierto que nos observan. Vamos á vuestra posada ó á la mia, y con mas calma pensaremos lo que nos conviene hacer.

Salieron del alcázar nuestros amigos, y tristes y silenciosos atravesaron algunas calles hasta llegar á la casa de Ro-

drigo. Allí, sentados el uno frente al otro, meditaron largo rato, pero inútilmente, porque les era imposible acertar con el medio de descubrir el paradero de Esther.

—¿Sabeis lo que pienso? dijo al fin Pelayo.

Estremecióse el doncel como si lo hubiesen despertado de un profundo sueño, y contestó:

—No.

—Que sin mas noticias que las de que se encuentra en un convento vuestra dama, es locura que cabilemos. Llegar á don Mendo para preguntarle, es desatino: querer adivinar, sin mas antecedentes que saber que está viva y al cuidado de unas monjas, es empeño vano. De ayer á hoy no tenemos mas ventajas en este desgraciado asunto que la seguridad de que no ha muerto Esther, y de que su honor se halla á cubierto por ahora. ¿Pero á qué pensar y mas pensar? ¿Tenemos acaso el privilegio de que Dios nos inspire como á los profetas?

—Razon teneis, repuso tristemente el mancebo. Pero en cuanto á que no debemos temer por el honor de la judia, no estamos conformes. Dueño don Mendo de la carta, irá en su busca, y desconfio de su proceder, á pesar de su juramento, porque la accion villana de hoy manifiesta que no ha de cumplir lo pactado.

—Inútil será que vaya en busca de Esther porque no se la entregarán si ella dice que aquel no es ni su padre ni su amante.

—La sacará á la fuerza del convento.

—A la fuerza.... Decis bien; vuelvo á perder mi confianza; quizás ese miserable no espere sino la noche para cometer un segundo crímen.

—Me ocurre una idea, don Pelayo, dijo vivamente Rodrigo.

—Sepamos cual es.

—De las palabras del viejo portador del mensaje, se colije que el convento no está en Sevilla.

—Indudablemente, porque dijo que iba á tomar su mula para volver á él.

—Ahora bien, si don Mendo trata de cometer otro atropello, aguardará á la noche, y cuando llegue esta, ó poco antes, saldrá de la ciudad.

—Creo que adivino lo que quereis decir, y me parece bien. Proseguid.

—Si lo aguardamos á las puertas de Sevilla no tendremos mas que seguirlo cuando salga.

—¿Y si se ha ido ya?

—Entonces quedaremos tan mal como estamos, pero al menos tenemos alguna probabilidad buena.

—Apruebo vuestro plan.

—Nosotros nos situaremos en una de las puertas, y en cada una de las restantes pondremos dos hombres á caballo. Si sale por donde estén nuestros espias, lo siguen un trecho de camino, y cuando ven el que toma, uno continua y otro vuelve á avisarnos.

—Perfectamente.

—Entonces dispongámoslo todo.

—Aguardad, dijo Pelayo.

Y luego se levantó, dió algunos paseos á lo largo del aposento, y añadió:

—Me parece que antes debemos averiguar si don Mendo está todavía en Sevilla, lo que nos será difícil preguntándolo en su casa.

—Teneis razon.

—Porque si ya ha salido, es inútil que lo esperemos en las puertas de la ciudad.

—No perdamos un instante.

—Dejadme ir solo porque yo no daré que sospechar tanto como vos.

—Os aguardo aquí; pero volved cuanto antes os sea posible.

Pelayo salió para dirijirse á casa de don Mendo, y Rodrigo quedó solo, impaciente y lleno de amargura el corazon. Tristísimas ideas lo atormentaban, y entonces mas que nunca temia por su adorada Esther.

¿Qué iba á ser de la infeliz judía? Don Mendo abusaria de las ventajas de su posicion, y no cumpliria fielmente lo pactado: por lo menos, tal debia sospecharse cuando se le veia cometer la villana accion de tomar un nombre supuesto para sorprender un secreto que ponia en sus manos la suerte de Esther. Si habia salido ya de Sevilla, todo estaba perdido.

Así pensaba el enamorado mancebo, y la tristeza unas veces, el coraje otras, veíanse pintados en su semblante. Tan pronto, apretando los puños, y paseando por la habitacion con desiguales pasos, desahogaba su furor con amenazas y juramentos, ó bien caia desplomado sobre un sillon, y con tristes quejas exhalaba hondos suspiros, demandando al cielo proteccion, piedad á su negra fortuna.

—Solo un consuelo me resta, decia despues que el dolor lo abatia; Esther será de don Mendo hoy, pero dentro de pocos dias, cuando haya espirado el plazo vencido, lo veré frente á frente y mi acero vengará de una vez todas las ofensas.

Esta idea de la venganza le hacia sonreir, pero con horrible sonrisa, y parecia tranquilizar su espíritu. Empero este consuelo era momentáneo, porque otra idea le hacia estremecer de desesperacion.

—¿Y qué haré con verter su sangre? proseguia. Esther estará ya deshonrada cuando expire el plazo. ¿Y quién la amparó?... ¡Dios mio, Dios mio!... ¡Si no me ahoga el corage me matará el dolor!... ¡Don Mendo, es poco que yo te mate, necesito gozarme despues en tu agonía, prolongártela, volverte la vida para quitártela cien veces!... ¡Por Satanas que he de ser cruel porque la sed de venganza me devora!..... ¡Oh!.... ¡Don Mendo no conoce bien á su enemigo, vive Dios!

Y dando una puñada sobre el brazo del sillon, dividió el grueso barrote en dos pedazos. Tal era el furor que lo animaba, y tales las prodigiosas fuerzas de aquel cuerpo en apariencia delicado y endeble.

Quedó luego silencioso y triste, con la cabeza inclinada

sobre el pecho, y pensando en las lágrimas que Esther derramaria en aquel instante.

Trascurrió mas de media hora y Pelayo no volvia.

—Mucho tarda, murmuró el doncel. ¿Le habrá sucedido algo? ¿Habrá encontrado quizá al mismo don Mendo? Si es asi desconfio de la calma de mi buen amigo. Tal vez convendria que yo fuese á buscarle..... ¿Y si viene entre tanto?.... Esperemos.

Todavia pasó cerca de otra hora, y cuando ya Rodrigo, temeroso de que hubiese sucedido algo á Pelayo, se disponia á salir, llegó este con aspecto que nada bueno anunciaba.

—¿Qué sabeis? le preguntó el mancebo apenas lo vió.

—Lo que sé es que el señor de San Lúcar debió dejarme matar á ese villano de don Mendo.

—¿Ha partido?

—Hace mas de dos horas.

—¡Miserable! exclamó el doncel dejando escapar chispas de sus ojos. ¡Esther, Esther, qué va á ser de tí!... ¡Don Pelayo, la rabia me despedaza el corazon! ¡Corramos, corramos!...

—¿A donde?

—¡Dios mio, en qué os ofendí para que así me castigueis! exclamó el pobre jóven cayendo, sin fuerzas ya, en su asiento.

Los ojos de Pelayo el Duro brillaban, su rostro estaba contraido, y se conocia que muy trabajosametne procuraba dominar su cólera para no escitar mas la de Rodrigo.

Reinó un profundo silencio, y ambos meditabundos y tristes no sintieron transcurrir las horas.

La tarde avanzaba, y el sol estaba ya muy cerca de su ocaso, cuando un criado sacó de su dolorosa distraccion á nuestros amigos, diciendo al doncel que un hombre del pueblo y de no muy buena traza, queria hablarle.

—A nadie quiero ver, contestó Rodrigo.

—Ha añadido, repuso el criado, que si no le queríais recibir, os digese que venia á hablaros de Esther.

Pelayo y Rodrigo saltaron de sus asientos como movidos por un resorte.

—Que entre, digeron á la vez.

Salió el criado y á pocos momentos se presentó Fernan. Nuestros amigos lo miraron con desconfianza.

—¿Qué quereis? le preguntó el doncel.

—Hablaros, contestó el bandido.

—Habeis nombrado á una persona....

—A la hija de Jonadab, á la que llorais perdida, interrumpió Fernan.

—¿Venis á hablarme de ella?

—Sí, señor.

—¿Qué teneis que decirme?

—Esta mañana, dijo el bandido, el mismo que robó á Esther, ha tomado vuestro nombre....

—Lo sé.

—Y de esta manera se ha hecho dueño de una carta....

—Lo sé.

—Pero no sabreis, señor, prosiguió con calma Fernan, lo que dice la carta....

—¿Lo sabeis vos?

—Sí, señor, porque la carta ha pasado de don Mendo á mí.

—Si me engañais, villano....

—Está en interés mio no hacerlo asi, porque sé que el rey es vuestro amigo y que vuestros puños son mas fuertes que los mios.

—¿Me conoceis? preguntó Rodrigo cuya agitacion no podia ocultar.

—Tengo en el pecho una cicatriz, recuerdo de vuestra espada y del cerco de Córdoba.

—¿Quereis vengaros?

—Os asesinaria.

—¿Qué buscais?

—Quiero vender la carta de la abadesa.

El mancebo no escuchó mas. Levantóse y, abriendo uno

de los cajoncitos de un rico mueble de ébano, sacó un puñado de monedas de oro y dijo á Fernan:

—¿Es bastante esto?

El bandido movió su larga nariz como si abanicase sus tostadas mejillas, y despues de calcular la cantidad que habria en la mano de Rodrigo, contestó:

—No os hubiera yo pedido tanto, pero puesto que me lo ofreceis lo acepto.

—Dadme la carta, dijo el jóven con tono impaciente.

—Antes añadid una palabra á esas monedas.

—¡Una palabra!

—Sí, señor: prometedme por vuestra fe de caballero que jamas direis quien os dió el manuscrito de la abadesa.

—Lo juro, contestó el mancebo. Dadme la carta.

Fernan sacó un pergamino que puso en manos del jóven, y guardó el oro. Luego, sin pronunciar una palabra, salió del aposento.

—Veamos, dijo Pelayo.

Y acercándose á Rodrigo leyeron la carta de la abadesa.

—Sé donde está el convento, dijo el jóven.

—Y yo tambien.

—No perdamos un instante.

—Mas calma.

—Mas ligereza, repuso el doncel yendo sin concierto de un lado para otro.

—Mas calma, os repito. Vos teneis buenos puños, yo tambien: á nada teneis miedo, yo tampoco; pero como don Mendo ha salido de su casa llevando en su compañia seis criados valientes y decididos, no es prudente que vayamos solos.

—Teneis razon.

—Y puesto que podeis disponer de gente.....

—Sí, sí, pero nos bastan cuatro.

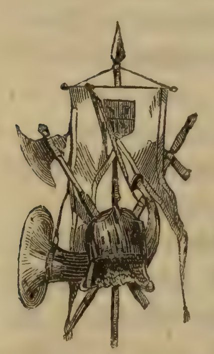
Rodrigo recorrió en un instante toda la casa, gritó, juró, amenazó, y al cuarto de hora salia con Pelayo y cuatro sir-

vientes, á caballo todos, y abandonaba la ciudad envuelto en una nube de polvo y en las tinieblas de la noche que ya habia cerrado.

Media hora despues, doce ginetes que se habian ido reuniendo fuera de la poblacion tomaron el mismo camino.

CAPITULO XIX.

Donde retrocederemos algunas horas para saber lo que Fernan trataba con sus amigos.



CUMPLIENDO con nuestra promesa, vamos á llevar al lector al subterráneo aposento en que el bandido quedó despues de haber robado la carta de la abadesa.

En el centro de aquella habitacion, bastante espaciosa, se levantaba un maciso pilar de donde arrancaban cuatro arcos que terminaban en los ángulos del aposento, y que dividian en otras tantas iguales proporciones su abovedado techo formado de rosca de ladrillo sin ninguna capa de yeso

ni pintura que ocultare su construccion. Las paredes ennegrecidas por el tiempo, el húmedo piso, blando y pegajoso, y la escasez de luz que penetraba por las lucanas abiertas en la parte del patio, daban á aquel recinto un aspecto no solamente triste, sino hasta medroso, y repugnante por lo nauseabundo de su atmósfera.

Algunos bancos esparcidos desordenadamente constituian su mueblage.

Al entrar el bandido dirigió una mirada escrutadora como para convencerse de que los diez ó doce hombres que habia allí eran de su confianza, y luego murmuró un grosero saludo que fué contestado dignamente.

Sentóse, reinó el mas profundo silencio, y al cabo de algunos instantes dijo con ronca voz:

—¿De qué se trata?

—De recordar lo pasado, contestó un hombre de pequeña estatura, pero de robustos miembros, y tuerto y de aplastada nariz.

—Malo será el presente, repuso Fernan.

—Muy malo, dijo otro. Cuando parecia que iban á presentarse buenas ocasiones, le ha dado al rey la gana de venir, y temo que todo quede arreglado.

—Los buenos negocios de la semana última no habian de durar siempre.

—No faltarán.

—Yo llevo tres dias de mala fortuna, dijo uno que iba cubierto con una especie de jubon de piel de zorra y un ancho bonete de lo mismo, y cuyas facciones habian perdido su forma primitiva por siete ú ocho profundas y largas cicatrices.

—Os puedo proporcionar un buen golpe, repuso Fernan.

—¿Quién paga? preguntaron muchos á la vez.

—Yo.

Mirólo el tuerto y luego contestó:

—¿Adelantado?

—¿Desconfias, tunante?

—No, pero tengo costumbre de tomar el dinero adelantado por si muero en el lance haber ya bebido á la salud del pagador.
—Tiene razon, añadieron algunos.
Fernan reflexionó.
—Bien, dijo, pagaré adelantado.
—Sepamos á qué se reduce tu proposicion, dijo el de las cicatrices.
—¿Puedo contar con vosotros?
—Segun.
—¿Estais desocupados?
—¿Cuándo nos necesitas? preguntaron dos de ellos.
—Esta noche.
—Entonces no cuentes con nosotros.
—¿Y vosotros? repuso Fernan dirigiéndose á los restantes.
—Sí, contestaron todos, con tal que merezca la pena.
—Tenemos que apoderarnos de una muger, dijo el bandido.
—¡Voto á mi padre, aunque no lo tuve! contestó el tuerto. Son los negocios que menos me agradan. Sin embargo, veamos cómo ha de hacerse y cuánto has de dar.
—A la muger la encontraremos en un camino cerca de Sevilla.
—¿Cuántos la guardan?
—Cuatro ó seis hombres lo mas, pero como me interesa no perder el golpe, quiero que me acompañe doble número de vosotros.
—Bueno, repuso el de la piel de zorra. Ahora solo falta que digas lo que ganaremos.
—No puedo todavía deciros cuanto os daré, pero la paga la llevará cada uno en oro, y por esto podeis calcular que no será escasa aun cuando os dé una sola moneda.
—¿Y cuando la recibiremos? preguntaron casi todos.
—Al reunirnos para marchar.
—Conformes, dijeron todos á la vez.
—¿Cuántos estais?

—Once, porque no contamos ni á Hernando ni al Pecoso.

—¿Tendreis caballos?

—Sí.

—Os diré mi última condicion.

—¿Cuál?

—Al que vuelva la espalda en el lance, le abro la cabeza de una cuchillada.

—¿Cuándo nos has visto huir? dijo el tuerto, levantándose y despidiendo chispas de su único ojo.

—Como os pago adelantado....

—A mí no me hace cobarde el dinero ¡voto á tus narices! exclamó el de las pieles de zorra.

—Tranquilizaos, dijo con calma Fernan á la vez que movia su nariz como haciendo que esta correspondiese al juramento de su camarada. No sois cobardes, pero sí traidores.

Sonaron algunas carcajadas.

—¿Y tú? preguntaron muchos.

—Yo, repuso tranquilamente el bandido, tengo, como vosotros, por oficio la traicion.

—¿Entonces?...

—Os advierto que sé mas que vosotros y que no podreis chasquearme.

—¿Y por qué sabes mas? dijo el tuerto. ¿Porque eres nuestro gefe?

—No.

—¿Por qué te has hecho tres veces moro y otras tantas cristiano, y sabes leer, y escribir, y has sido lego de los franciscanos de Badajoz, y has matado, como tu dices, tantos hombres como semanas tienes de vida?

Este resúmen histórico, tan espresivo y horrible, de la vida de Fernan, produjo una sonora carcajada en todos los asistentes á aquella reunion.

El bandido rióse tambien, y moviendo repetidas veces su larga nariz, contestó:

—Sé mas que vosotros porque he hecho todo eso, y no me han ahorcado todavia.

—Tienes razon, dijo el de las cicatrices.

—No perdamos tiempo, añadió otro.

—Instrucciones, señor lego, repuso el tuerto.

—Tú, Hernando, y tú Pecoso, dijo Fernan, podeis iros.

—¿Desconfias de nosotros?

—Es asunto en el que nada teneis que ver, y no quiero cansaros con mis palabras.

—Hemos convenido en que somos traidores. Buena fortuna, contestaron los despedidos, y se fueron.

—Ya puedes hablar.

Despues de oraciones, dijo Fernan, os reunireis á caballo junto á la fuente de la Culebra.

—Bien.

—Me aguardareis allí, ocultos tras los matorrales que están á la derecha del camino, para que nadie os vea.

—Bien.

—Ya habrá anochecido cuando yo llegaré.

—Y entonces....

—Entonces, os reparto lo prometido y nos ponemos en marcha.

—¿Tendremos que andar mucho?

—Poco mas de una hora.

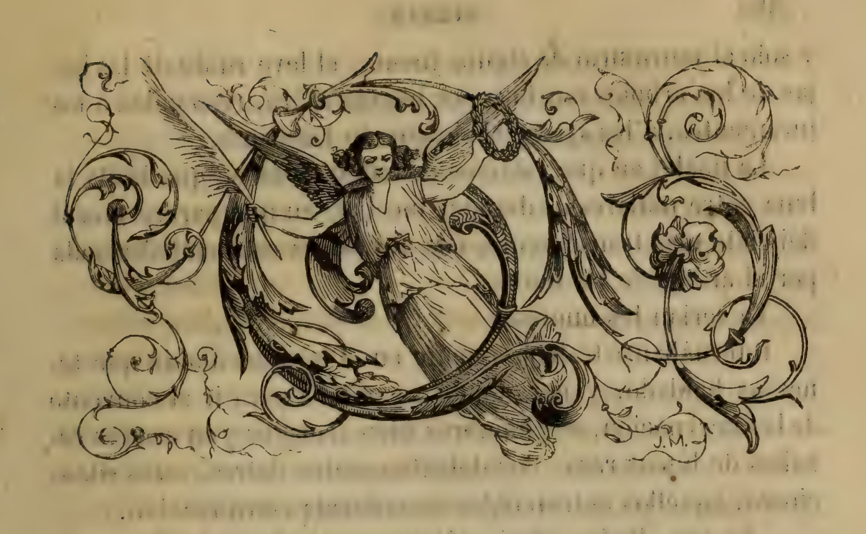
—Continua.

—Nada mas tengo que deciros, sino que aun no he pagado y es inútil que me hagais traicion.

Levantáronse los bandidos y fueron saliendo sin decir una palabra.

Fernan quedó solo.

¿Qué iba á ser de la infeliz judia?



CAPITULO XX.

Las sorpresas.



No siempre las escenas de agitacion y sangre tienen lugar bajo un cielo cubierto de negras nubes y entre la lluvia y los relámpagos de la tormenta, ni las oculta el manto de la mas completa oscuridad, ni responden los truenos al chis chas de las espadas y á los ayes y á las imprecaciones de los combatientes. Tambien en noches serenas, bajo un cielo puro y estrellado, la traicion se levanta y la sangre corre en arroyos que ilumina la luna,

y solo el murmurio de alguna fuente, el leve ruido de las hojas de los árboles movidas por blando zéfiro, responden á los juramentos, á los ayes y al choque de las armas.

La noche en que estamos es una de esas en que brilla la luna entre millares de dorados luceros, en que parece el azul del cielo mas transparente, y la atmósfera está embalsamada por el aroma de las flores.

Ya serian las nueve.

Internábanse trabajosamente en el bosquecillo de que tenemos hablado, y por donde se pasaba para ir al convento de la Encarnacion, seis hombres bien armados y en sendos caballos de buena raza, dos delante, cuatro detras, estos silenciosos, aquellos entretenidos en animada conversacion.

—Ya ves, Pedro, decia el que caminaba á la diestra, si despues de tales razones pueden tenerse vanos escrúpulos.

—En asuntos de amores, señor, es lícito aprovechar todas las casualidades, porque solo estas dan la victoria.

—Tienes razon.

—Así tuviéseis vos tanta en asegurar que no daremos el golpe en falso.

—El resultado de nuestra empresa te lo probará.

—Aunque la judía no os conozca, me parece que desconfiará de seguiros ó que se negará absolutamente.

—Porque no me conoce, porque ignora que yo fuí quien la robé, me seguirá. La carta de la abadesa me abonará, y aunque despues que haya salido del convento sospeche, no importa, porque mis acicates harán volar á mi yegua con cuya velocidad solo puede competir el viento.

—Desconfio.

—Espero que dude, pero al fin me seguirá.

—¿Y si no sucede así?

—Entonces apelaremos á la fuerza, que poca se necesita para una muger.

—Pensad que no está sola.

—¿Olvidas que todas son mugeres en el convento.

—Que gritan, que piden socorro.....

—¿A quién?

—Teneis razon, es aquel paraje un desierto.

—En cuanto al viejo portador del mensaje.....

—¡Bah! es mas débil que una monja.

—¿Vas teniendo confianza?

—Sí, con tal que el diablo no nos traiga al doncel.

—Imposible.

—En estas empresas todo lo considero yo posible porque así nada sorprende.

—Ahora estará al lado del rey, suspirando por su Esther, que ya no es suya.

—Mas vale no creerlo así, señor.

—Tú olvidas que solo la carta que tu celo y la astucia de Fernan ha puesto en mis manos, es lo único que puede dar á conocer el asilo de la judia.

—A propósito de la carta: ¿os acordasteis de traerla?

—La guardé, no he vuelto á sacarla, llevo el mismo traje, y por consiguiente no cabe duda de que va conmigo.

—Cuidad de no perderla, señor, porque sin ella nada haríamos.

—Mírala.

Introdujo don Mendo la mano en su limosnera, luego refrenó su cabalgadura, dejó escapar un grito y exclamó:

—¡Voto á Satanás!

—¡Señor!

—¡He perdido la carta!

—¡Perdido!....

—Pedro, ¿he cambiado de traje?

—Nó, señor.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como de que nos volveremos á Sevilla sin llevar á Esther.

—Esther será mia aunque haya de pegar fuego al convento.

—Señor, es imposible que se os haya perdido el pergamino.

—Me lo habrán robado.

—¿Y quién?....

—Eres estúpido, replicó don Mendo con aspereza. A saber quien me lo robó....

—Perdonadme..... me ha turbado tanto esta desgracia....

—Pedro, repuso el caballero con tono imperioso, es preciso que parezca la carta.

—¿Desconfiais de mí?

—De todo el mundo.

—Señor..... dijo humildemente el escudero.

—No me hagas caso, estoy desesperado, loco..... ¡Por el alma de Judas!...

—Tranquilizaos, señor.

—¡Que me tranquilice!.... ¿Qué hago sin la carta?

—Señor, ya no es tiempo de retroceder.

—¿Y para qué seguir?

—¿No estais dispuesto á usar de la fuerza si encontrais inconvenientes?

—Sí.

—Pues bien, la entrada en el convento la tendremos franca porque el viejo os conoce y cree que sois el amante de la judia.

—Es verdad.

—Una vez dentro, si os creen por solo vuestra palabra, bien, y si no.....

—¡Adelante! interrumpió don Mendo espoleando á su fogosa yegua.

El terreno se presentaba cada vez mas escabroso, y caminaban con mucha dificultad.

—Ya veis, señor, como no eran del todo infundados mis temores al pensar en la aparicion del doncel.

—Sin embargo, es casi imposible.

—El pergamino lo tendrá alguien; ¿quién puede asegurar que una casualidad desgraciada no lo ha puesto en manos de don Rodrigo?

—¡Vive Dios, que si así ha sucedido he de arrancar el co-

razon á ese bastardo! exclamó don Mendo rechinando los dientes y apretando los puños.

—Lo peor seria que nos hubiese tomado la delantera.

—Pedro, esta noche no hablas sino para anunciarme desgracias.

Conoció el escudero que podia ser víctima del mal humor de su amo, y dió á la conversacion nuevo giro.

—Señor, dijo, no obligueis á vuestra cabalgadura porque nos quedaremos á la mitad del camino.

—Yo apenas lo conozco; solo he pasado una vez cerca de ese convento.

—Yo muchas, y á no ser así no podríamos encontrarlo. Y como sé que tenemos que caminar sobre puntas de pedernales, trepando montes y evitando precipicios, por eso os he aconsejado que dejeis marchar cómodamente á vuestra yegua, porque en este terreno la lentitud es un adelanto.

—¿Acertarás?

—Si la noche estuviese oscura, desde luego hubiera renunciado á servir de guia, pero la claridad de la luna me permite reconocer la mayor parte de los sitios, y estoy seguro de no equivocarme.

—Cuida de ello, porque si tras la pérdida de la carta nos extraviamos en estos montes, puedes encomendar tu alma á Dios.

—No se tranquiliza, dijo Pedro para sí.

Y creyendo oportuno callar porque veia que su señor sacaba de todo partido para amenazarle, siguió silencioso y observando cuidadosamente el terreno para no equivocar el camino.

Don Mendo, entre tanto, presa de la agitacion que le producia el recuerdo de Esther, la pérdida de la carta y el temor de que hubiese caido esta en manos de Rodrigo, se entregaba á profundas meditaciones y tampoco hablaba, como no fuese para preguntar á su escudero si debian tomar á la derecha ó á la izquierda.

Así caminaron, no sin salvarse milagrosamente mas de

una vez de algun peligroso paso, y al fin, bañado por el resplandor de la luna, descubrieron la inmensa mole de piedra que formaba el edificio convento de la Encarnacion.

—En el nombre de Dios, dijo Pedro.

—¡Ahí está! exclamó don Mendo, cuyos ojos brillaron de alegria.

Entraron en el pequeño valle, y haciendo apretar el paso á sus cabalgaduras, llegaron á la puerta del muro que rodeaba el edificio.

—Escuchad, dijo don Mendo á sus sirvientes.

Todos se acercaron.

—Entrareis conmigo, prosiguió, y no me dejareis hasta la puerta de la habitacion donde me reciban. Allí os aguardareis sin moveros un solo paso. Si os llamo, acudid inmediatamente y preparad las mordazas y las cuerdas, por si se necesitan para la superiora ó para su viejo criado. Luego obrareis segun mis órdenes, con rapidez, con serenidad y con valor.

—Bien, contestaron todos.

—Fernan, llama.

El escudero dió cuatro ó cinco golpes en la puerta con la empuñadura de su espada, y bien pronto se oyó á lo lejos el ruido de otra puerta que se abria y la voz de Pablo que preguntaba quién era.

—Abrid á don Rodrigo, gritó don Mendo.

Presentóse el anciano poco despues, y al mismo tiempo que hacia un reverente saludo, guiaba á los viajeros al interior del edificio, y se dispuso á entrar los caballos en la cuadra cuando estuvieron en un gran patio.

—Atadlos á esas columnas, le dijo el supuesto amante de la judia, porque muy en breve hemos de salir.

—Como gusteis, señor.

—¿Y la señora abadesa?

—En su aposento está con vuestra noble dama y os aguardan impacientes.

—Avisadles mi llegada.

—Seguidme.

Siguieron á Pablo. Cuando hubieron subido una ancha escalera y cruzaban un largo corredor, don Mendo dijo al anciano:

—¿Con qué me aguardaban?

—Desde que volví de Sevilla no se ha quitado de una ventana vuestra dama hasta que cerró la noche.

—Y sin embargo, quisiera sorprenderla.

—Ya es imposible.

—Imposible.... nó: vais á hacer una cosa.

—Decid.

—Anunciadme, no como quien soy, sino como un enviado de don Rodrigo. Así creerá que este no ha podido venir por cualquier accidente, y su alegría será infinitamente mayor cuando me vea.

—Teneis razon, contestó con cándida alegría el viejo; esa mentira le proporcionará una sorpresa muy grata.

—Quiero contemplarla en el primer arrebato de su alegría: quiero ver brillar sus ojos al fijarse en mí cuando no me esperaba.

—Pronto ha de ser.

Detúvose el anciano y dijo á don Mendo:

—Ahí está.

—No perdais tiempo, buen hombre.

Entró este en la celda de la abadesa, y el raptor de Esther sintió palpitar su corazon violentamente.

—Ahí está, dijo para sí. Ahí está el codiciado tesoro.... Será mia y no se me escapará otra vez porque no me separaré de su lado ni un instante.

Pablo salió.

—Entrad, señor, dijo.

No era seguro el paso de don Mendo al penetrar en la celda, y en aquellos momentos, mas turbado que afanoso, dudó si le venderia su propia agitacion.

—Ni la superiora ni la judia estrañaron su presencia, puesto que se les habia anunciado á un amigo del doncel.

—El cielo os guarde, nobles señoras, dijo don Mendo.

—Bien venido, caballero, contestó la abadesa que se hallaba sentada en un ancho sillon al lado de Esther.

La jóven se estremeció al oir la voz del hidalgo, que le pareció reconocer, y cuando examinó su rostro, turbóle aquella mirada como la del hombre que la habia espiado en su jardin. Sin embargo, por su mente no pasó mas que una oscura sospecha que ella misma no acertó á comprender, y aunque le inspiró cierta desconfianza el caballero, no pudo esplicarse el por qué la presencia de este le producia tan desagradable impresion. Achacólo á su mismo estado, porque todo le causaba miedo desde su última desgracia, y todo le traia á la memoria al hombre que habia abusado de su sueño para arrancarla de los brazos de su anciano padre y separarla de Rodrigo.

Don Mendo contempló por algunos instantes á la judia, y parecióle mas bella que nunca con su rostro pálido, su mirada triste, y la dulce languidez con que estaba medio recostada en un sillon.

—Sentaos, caballero, dijo la abadesa al sobrino de don Lope, y si á bien lo teneis, decidnos por qué no ha venido don Rodrigo, con las demas noticias de que seais portador.

—Tomó asiento don Mendo, y contestó:

—Mucho ha pesado al noble doncel no venir en busca de su dama, pero la seguridad del rey, su vida quizás, no le han permitido separarse de su lado.

—¿Peligra el rey?

—Ya sabreis, señora, que su viaje á Sevilla lo ha motivado la rebelion de los parciales de don Juan que se encuentra ahora en Carmona.

—Lo sé.

—Pues bien, cómo á vos os puedo confiar el secreto, os diré lo mas que sucede.

—Hablad con descuido.

—S. A. ha determinado poner preso al infante para evitar que se le rebele por la centésima vez, y como está convencido de que no se dejaria prender por nadie, ha resuelto ir

en persona, acompañado de dos ó tres caballeros leales á toda prueba, y sin que nadie se aperciba de que sale de la ciudad, porque esto podria traerle fatales consecuencias.

—¿Y Rodrigo lo acompaña? preguntó tímidamente Esther.

Estremecióse don Mendo al oir aquella dulce voz, y sus ojos brillaron con el fuego de su pasion.

—Sí, señora, lo acompaña, contestó. Su lealtad á toda prueba, su valor nada comun, y la ventaja de sus proverbiales fuerzas, han hecho que el rey lo elija con don Alonso Perez de Guzman y Pelayo el Duro.

—¿No le ha sucedido ninguna desgracia? dijo Esther con afan. ¿No es mas que esa ocupacion la que le ha impedido venir?

Los celos atormentaron á don Mendo.

—Os digo la verdad, y de que es así no tardareis en convenceros.

—¿Y el objeto de vuestra venida?... preguntó la abadesa.

—Es acompañar á esta dama á Sevilla donde debe aguardar á su padre á quien ya se le ha enviado aviso.

—¿Traeis alguna carta?

—Señora, es tal la agitacion de los ánimos.... con los acontecimientos del dia.... y mi amigo, doblemente afectado.... No hemos pensado en semejante cosa. «Sois la única persona en quien puedo depositar mi confianza,» me dijo don Rodrigo, «porque don Alonso y don Pelayo no pueden separarse del rey; corred, decid á mi amada que venga, y enviad un recado á su padre que está en Córdoba.» Y mientras salia con S. A. de la ciudad, yo lo hacia tambien para venir, despues de cumplir su encargo.

La abadesa y Esther lo miraron con cierta desconfianza.

—¿Cómo os llamais? preguntó aquella.

—Mendo García.

—García....

—Sobrino del señor de Vizcaya.

—Noble y poderosa familia, repuso la superiora. Conozco á vuestro tio.

—Si mi nombre me abona....

—Nada estrañeis, caballero. Esta doncella está bajo mi proteccion y yo soy responsable de cuanto le suceda mientras se encuentre á mi cargo.

Don Mendo se impacientaba porque perdia un tiempo precioso, y empezaba á desconfiar del buen éxito de su empresa.

—Si os parece, dijo, puede venir con nosotros vuestro anciano criado, y así quedareis mas tranquila, ó mejor dicho, tranquila del todo.

La abadesa reflexionó algunos momentos y luego repuso:

—El rey ha de volver á Sevilla muy pronto, si es que ha de ocultar su salida de la ciudad, y entonces, el mismo don Rodrigo podrá venir. Esto será mañana y no muy tarde, porque ya habeis visto que no estamos lejos de la poblacion.

—¿Y á qué perder ese tiempo?

—De todos modos no os marchariais hasta mañana.

—¿Por qué?

—Porque es temeridad internarse en los montes vecinos á estas horas y mas con una muger.

—Descuidad, señora; me acompaña gente conocedora de estos sitios y va bien armada.

—¿Y no habeis pensado que en el estado de salud en que se encuentra esta dama, es peligroso que reciba el aire de la noche?

—Señora, dijo don Mendo algo turbado, cuando así lo dispuso don Rodrigo, poderosas razones tendria para ello.

—Don Rodrigo, como buen enamorado, no pensó mas que en ver á su dama.

La judia temblaba sin saber darse cuenta de por qué le infundia miedo aquel hombre.

—Señora....

—Caballero, perdonadme, pero yo soy muy severa en el cumplimiento de mis deberes, y creo que es uno de los mas sagrados el mirar por la persona á quien tengo bajo mi amparo y proteccion.

El tono de la abadesa convenció á don Mendo de que no

estaba dispuesta á permitir que se llevase á la judia.

—Señora, permitidme que os diga que no basta vuestra voluntad para retener aquí á esa jóven, contestó el caballero algo enojado; ningun derecho teneis sobre sus acciones, y si bien podeis ampararla, si ella os pide el amparo, no podeis estorbarle la salida si quiere alejarse.

—Jóven, dijo la abadesa á Esther, á vos os toca contestar.

—Yo no saldré de aquí, madre mia, sino con mi padre ó con Rodrigo, si es que este viene acompañado del señor de San Lúcar ó de don Pelayo, personas muy respetables; pero aun si viene solo, tampoco lo seguiré.

—¿Así obedeceis á don Rodrigo? repuso don Mendo con tono de reconvencion.

—Antes obedezco á mi decoro, contestó la doncella con severidad.

—Ya lo ois, añadió la abadesa.

—Vió el caballero que nada adelantaria, y que el tiempo pasaba perdiéndose la ocasion de ejecutar sus planes, por lo cual se decidió á tocar el último resorte, y á obrar despues por la fuerza si de otro modo nada conseguia.

—Señora, dijo á la abadesa, es muy estraño que en la casa de Dios, no solo se proteja tan decididamente á esta jóven, sino que aun se le permita permanecer aquí.

No comprendió la superiora el verdadero sentido de aquellas palabras, porque Esther habia ido dilatando decir su nombre, y mucho menos su religion. Así es que, tomando en diverso sentido lo que don Mendo decia, le consestó con dignidad.

—Caballero, en esta santa casa lo mismo cabe el virtuoso por su virtud que el pecador por su arrepentimiento.

No pudo proseguir porque Esther la interrumpió.

—Mi virtud, dijo, no tiene una sola mancha.

—Ya sé que es pura, replicó el caballero. No me referia á vuestra virtud, Esther.

Al oir este nombre miró la anciana á la judia como preguntándole lo que significaba. Esta, en vez de contestar, se

levantó de su asiento, y pálida, temblorosa, preñados de lágrimas los ojos, se arrodilló á los piés de la abadesa.

—¡Madre mia! exclamó con un acento tan tierno, tan dulce y tan conmovedor que hizo estremecer al mismo don Mendo.

—Señora, repuso este levantándose tambien, ¿ignorábais acaso que esta jóven fuese judia?

La superiora no pudo articular una palabra. Anublóse por un instante su ancha frente, y luego una espresion de dulcísima calma se pintó en su noble rostro.

Esther lloraba.

Don Mendo aguardaba impaciente el resultado de aquel inesperado suceso que débia darle la victoria, segun pensaba.

—La virtud es hija de Dios, dijo al fin la abadesa con solemne tono, y Dios la proteje donde quiera que esté.

La doncella dejó escapar un grito que pareció desgarrarle el pecho, y luego exclamó:

—¡Perdon, madre mia!

Don Mendo palideció.

—Estas son las doctrinas del divino Crucificado, prosiguió la anciana dirigiéndose á Esther.

—Señora, dijo don Mendo, ¿consentireis que permanezca en este sagrado recinto quien con solo su mirada lo profana?

—Caballero, ya habeis probado bien, contestó severamente la superiora, que intentais sorprenderme para sacar de aquí á esta desdichada jóven y abusar de ella. Alejaos, pues, que quien profana este santo recinto es quien intenta cometer en él un crímen.

—¡Perdon, madre mia! repitió Esther.

—Dios os perdonará y abrirá vuestros ojos á la verdadera luz.

—¡Protejedme, madre mia, y consentid antes que me quiten la vida que el honor!

Don Mendo se convenció de que nada conseguiria, y desesperado apretó los puños y miró á la abadesa amenazadoramente.

—Necia es vuestra porfía, dijo; estais en mi poder y sin defensa; entregadme á esa jóven, y vos, Esther, seguidme, porque si de grado no lo haceis, la fuerza os obligará á ello.

La judia, llena de espanto, temblaba y se asia fuertemente á las rodillas de la noble anciana.

—¡Salid! dijo esta al caballero.

—Por últiva vez, ¿os negais?

—¡Salid os digo!

—¡Pedro! gritó don Mendo, cuya cabeza estaba ya trastornada.

Abrióse la puerta y sus sirvientes entraron.

—Separad á esas mugeres; si gritan, ponedles una mordaza; si se resisten, atadlas.

Un grito de horror se dejó oir, y aquellos cuatro hombres se dispusieron á ejecutar las órdenes de su señor.

—Contened á la monja; yo llevaré en mis brazos á la judia, prosiguió el raptor.

Y mientras que, con la mirada estraviada y agitado el pecho se acercaba á las dos mugeres, la abadesa, como inspirada por Dios, cambiándose en dignidad y grandeza su terror, levantóse de su asiento, corrió veloz hasta su cama, y tomando en sus manos el crucifijo que habia á la cabecera, exclamó á la vez que estrechaba contra su seno á la jóven:

—¡Deteneos, sacrílegos!

Estaba en aquellos momentos tan imponente el rostro de la abadesa, la entonacion de su voz era tan conmovedora, que por un instante, y sin saber lo que hacian, quedaron inmóviles aquellos seis hombres. Empero bien pronto aquella primera impresion ahogóse por la ferocidad de sus instintos, y sin atender á los lamentos de la doncella ni á las exhortaciones de la anciana, rodeáronla, dispuestos á consumar su crímen.

Esther, llena de espanto porque vió que estaba perdida, volvió hácia el crucifijo su rostro, hasta entonces oculto en el seno de la abadesa, y fijando en la santa imágen una

mirada cuya espresion no podemos significar, exclamó:

—¡Nazareno, hijo del Dios de la misericordia, si eres el verdadero Mesías, sálvame y te adoraré!

Sintió luego que el impuro brazo de su raptor rodeaba su cintura, y prosiguió con el acento del que vé la muerte cerca de sí:

—¡Sálvame y te adoraré!

La puerta se abrió violentamente y aparecieron dos hombres cuyos ojos brillaban mas que los aceros que en la diestra llevaban desnudos.

Eran Rodrigo y Pelayo.

—¡Atras! gritó el doncel con sonora y penetrante voz.

Retrocedió un paso don Mendo y desenvainó la espada. Sus criados lo imitaron y todos permanecieron inmóviles y silenciosos por algunos instantes.

En el semblante de la abadesa se pintaba la imponente tranquilidad del que se siente inspirado por el soplo divino, y su espaciosa frente parecia rodeada de una aureola de luz, segun la majestad con que se levantaba sobre las otras frentes. Despues de algunos momentos, y cuando hubo esparcido en su derredor una serena mirada, fijóla en Esther, y con ese acento á la par severo y dulce que domina, y para el cual no se encuentra nunca contestacion, le dijo, acercándole la imágen de Jesus.

—Este es el verdadero Mesías, el hijo del Dios de la misericordia.... De hinojos.

Dobló Esther las rodillas, fijó en el crucifijo una mirada de indefinible dulzura, y mientras salian dos lágrimas de sus hermosos ojos, exclamó con acento que parecia salir de lo profundo de su alma:

—¡Perdon, Señor!

Tan conmovedora fué su voz, tal contricion se pintó en su semblante, que hicieron inclinar la frente á Rodrigo y Pelayo. Don Mendo, á su pesar, se sintió conmovido, y todos se creian dominados por un sueño.

No hubo una lengua que intentara pronunciar una sílaba;



¡Sálvame y te adoraré!

no hubo un brazo que se moviera, siendo todos encarnizados enemigos.

Pasados algunos minutos, la abadesa volvió á romper el silencio, y dijo al sobrino de don Lope:

—La virtud es hija de Dios y la proteje donde quiera que esté.

—Recobróse algun tanto don Mendo, y fijando en la abadesa una mirada terrible, contestó:

—Me queda en la diestra mi espada para protejer mi voluntad.

—¡Villano! gritó el doncel. ¡Esa mano impura y sacrílega sabré cortarla yo!

—Don Rodrigo, llegó la hora de cumplir lo pactado.

—No, dijo Pelayo; el pacto lo habeis roto con vuestra infame traicion. Ahora me toca á mí; os reté, contestad á mi reto ya que no teneis compromiso.

—Mucho es vuestro afan por habéroslas conmigo: confiais demasiado en vuestras fuerzas.

—No tanto como vos en vuestras traiciones.

—Don Pelayo, interrumpió el mancebo, en vano intentais evitar que castigue á este miserable.

—No, no habrá quien estorbe nuestro duelo, añadió don Mendo.

—Suspended vuestra contienda, interrumpió la abadesa. Y vos, Esther, levantaos: os toca hablar.

Pasóse la judia las manos por la frente, se levantó, apoyándose en el brazo de la abadesa (porque las fuerzas le faltaban, y abriendo estremadamente sus grandes ojos, fijó en el doncel una afanosa mirada y exclamó:

—¡Rodrigo!

—¡Esther, ya podrás ser mia!

—¡Vuestra! repitió don Mendo con irónica sonrisa y rechinando los dientes.

—Suya, respondió Pelayo con calma.

—¿Quienes son estos caballeros? preguntó la abadesa á Esther.

—Don Rodrigo y don Pelayo.

—Señores, ¿me esplicareis vuestra presencia aquí, todos con el mismo objeto, y siendo enemigos?

—Señora, contestó el mancebo, este villano, tomando mi nombre, se apoderó de vuestra carta. Despues supe su traicion y recobré la carta por una feliz casualidad; me puse en camino para evitar lo qne ha estado á punto de suceder, y para llevarme á vuestra protejida, si no teniais inconveniente en confiarla á mi honor.

—Perdemos inútilmente el tiempo, dijo don Mendo. A nada conducen estas esplicaciones. Ya hemos encontrado á Esther; veamos ahora quien ha de quedar por su dueño.

—¿Qué decis? preguntó la judía animada repentinamente. ¡Mi dueño!... ¿Creeis que si vuestro puñal atravesara el corazon de Rodrigo, yo seria vuestra? Os engañais. Si la desgracia me separa de él, acabará mi vida en el claustro.

—Salgamos, repuso don Mendo, que si la victoria es mia, sabré sacar de aquí á la muger á quien adoro como la saqué de su casa en Toledo.

—No me habia equivocado, dijo Esther. Vos fuisteis el infame que abuso de mi sueño.

—Sí, salid, contestó Pelayo, y mañana en Sevilla vuestros aceros lo acabarán todo.

—No, ahora mismo. Vamos, don Mendo, dijo el doncel.

—Vamos.

—Os digo que nó. Ahora nos llevaremos á Esther porque aquí corre peligro de que por tercera vez intenteis una traicion.

—No tengo inconveniente en permitir que os la lleveis, dijo la abadesa, pero á estas horas dudo si correrá mayor riesgo en esas montañas que aquí. El que ha cometido acciones como las de este que se llama hidalgo, es capaz de cualquier cosa.

—Nos quedaremos aquí.

—¡No os quedareis, vive Dios! repuso don Mendo con impetuoso tono. Sino salís á pelear conmigo, aquí mismo habreis de hacerlo. Vamos, pues, ó defendeos.

Y se puso en actitud de acometer.

—Ya lo veis, señora, dijo Rodrigo á la abadesa; no puedo evitar el lance.

—Nó, Rodrigo, no me abandonarás, yo estaré á tu lado, repuso la judia.

—Es imposible, Esther. Don Pelayo se quedará para protejerte.

—Yo voy con vos para evitar que os asesinen en vez de mataros en un duelo.

—¡Qué haré, Dios mio! exclamó el doncel.

—Salgamos y con nosotros Esther, dijo Pelayo. Si pereceis en la contienda, yo la protejeré con mi brazo y con la gente que traemos.

La abadesa reflexionó sobre lo que debia hacerse en situacion tan crítica. Pelayo no podia quedarse porque debia estar al lado de Rodrigo para evitar una nueva traicion. Si se quedaba Esther y el mancebo sucumbia, don Mendo pondria en ejecucion sus proyectos. Llevaba gente que le ayudara á todo, y de nada servirian las puertas del convento porque las echarian á bajo. Todos los medios eran peligrosos, pero el que parecia mejor era el propuesto por Pelayo.

—A vuestro honor, le dijo á este, confio el de mi protejida. Llevadla, pues. Y vos, hija mia, no olvideis vuestro arrepentimiento, y aunque recibais nuevos golpes, pensad que las desgracias son el crisol donde el alma se purifica.

—¡Dios nos protejerá! exclamó el doncel.

—¡Salgamos! dijo don Mendo ébrio de coraje.

—Sí, salgamos, añadió Pelayo con su habitual tranquilidad.

Un abrazo y un torrente de lágrimas fué la despedida de la abadesa y de Esther.

—Volveré, madre mia, dijo esta con voz ahogada por los sollozos, para recibir el bautismo en vuestros brazos.

La anciana no pudo contestar; tal era su emocion.

Todos los semblantes estaban contraidos; oprimidos todos

los corazones. Nadie pronunció ya una palabra, y salieron, la judia apoyada en el brazo de Pelayo, á su lado el doncel y delante don Mendo y los suyos, sirviendo á todos de guia el viejo Pablo.



CAPITULO XXI.

Continúan las sorpresas.



¡CUANTO padecia la desdichada Esther! Apenas podia sostenerse: su cuerpo estaba tan abatido como su espíritu, y su espíritu se sentia horriblemente atormentado. Pensaba la infeliz todo lo que sufriria su anciano padre al verla abjurar su religion, é imaginábase que tras el golpe que habia sufrido con la pérdida de su hija, el nuevo dolor de saber que era cristiana acabaria con su existencia.

—Y morirá á impulsos de tantos pesares, decia para sí la

jóven, y en su agonía me rechazará de su lado y aun me maldecirá.

Tras estas desgarradoras ideas, las de que Rodrigo iba quizás á perecer dentro de algunos instantes, bajo el acero de su enemigo, y de que este podria apoderarse nuevamente de ella, causábanle tan profundo dolor que le parecia imposible tener fuerzas para resistirlo; y así hubiera sucedido tal vez, si la nueva fé de que estaba poseida no la hubiese consolado con la esperanza de que el Dios que habia protegido su virtud protegeria tambien la vida de Rodrigo y endulzaria el enojo de su severo padre.

Grande consuelo da la fé cuando es verdadera y domina todos los sentimientos, todas las ideas; y aun presta poderosa ayuda con el valor que infunde, las fuerzas que da al cuerpo y la luz con que esclarece el espíritu.

Si mucho sufria Esther, no menos padecia Rodrigo. Aunque valiente y esforzado como ninguno, sabia muy bien que lo mismo podia morir que matar, y era horrible perder la vida en los momentos en que asomaba la aurora de la felicidad. Habia recobrado á Esther; ya podia ser suya porque era cristiana, y sin embargo, esta dicha estaba pendiente de la punta del puñal de don Mendo, á quien la casualidad del accidente mas insignificante podia darle la victoria.

Pelayo, que tenia un corazon noble y generoso, comprendia cuanto debian sufrir sus amigos, y padecia tambien. Por otra parte, el deseo que tenia de verse con la espada desnuda y frente á frente con don Mendo, era tan vivo que casi habia llegado á convertirse en una necesidad, y atormentábale el no poderla satisfacer.

—Si vence Rodrigo, decia para sí, no habré tenido el gusto de castigarlo; y por el contrario, si don Mendo queda victorioso, tendré que huir vergonzosamente para no esponer á un nuevo peligro á esta desdichada muger. Sin embargo, á suceder así, tiempo me queda, y ese villano sabrá quien es Pelayo el Duro.

Los celos, el corage y el amor propio ofendido, hacian

padecer tambien al sobrino de don Lope, y sentíase trastornado por el despecho, cuando pensaba que podia sucumbir y que el doncel celebraria su victoria dando un beso á Esther mientras pisaba el cadáver de su rival.

Absortos en tales meditaciones, atormentados por semejantes ideas, ninguno hablaba y todos seguian como silenciosas sombras al viejo Pablo, interrumpiendo la marcha solo para tomar sus caballos y el de su señor los criados de don Mendo, pues los de Rodrigo se habian quedado fuera del muro.

Así abandonaron el edificio y se encontraron en el pequeño valle.

Pocos pasos dieron y todos se pararon á la vez como mandados por una sola voz.

—Don Mendo, dijo el doncel, creo que no tenemos necesidad de ir mas allá.

—Bien estamos aquí, contestó el caballero.

—¿A pié?

—Sí, porque nos heriremos de mas cerca.

—¡Defendeos! repuso Rodrigo.

—Aguardad, dijo Pelayo.

Y montando en su corcel, hizo subir sobre el arzon á la judia, y que se agrupasen á su alrededor los criados del doncel.

—Los vuestros, prosiguió, tambien á caballo, y detrás de vos, don Mendo.

—¿Os preparais ya para la huida? preguntó este con sarcástico tono.

—Si os toca vencer, ya vereis mañana de qué modo sé dar el rostro á mis enemigos, contestó Pelayo.

Esther se habia dejado conducir sin voluntad propia porque no sabia darse cuenta de lo que sentia. Hallábase en uno de esos momentos en que ni hay voluntad ni resistencia, en que la fuerza del dolor lo pone á uno en tal estado que se deja llevar como un autómata: uno de esos momentos en que á fuerza de sentir ya no se siente, y en qué con el mas claro

entendimiento, ni se comprende lo que pasa cerca de sí, ni se entiende lo que se oye. Momentos terribles que siempre son precursores de violentas sacudidas del espíritu que traen tras sí peligrosas crísis.

Colocados todos segun las indicaciones de Pelayo, dispusiéronse á presenciar aquella escena que debia concluir con la vida de uno de los rivales.

Pintábase en los ojos de estos la impaciencia con que aguardaban el momento de satisfacer su sed ardiente de venganza, y contaban los segundos que trascurrian como tiempo precioso que inútilmente se pierde. Tal es la ferocidad del hombre cuando lo ciega alguna pasion, que corre ansioso para dar la muerte á un semejante, y con mas afan todavía que si fuese á darle la vida. ¡Y la razon humana encuentra medios para justificar estos actos! ¡Y la civilizacion acepta la barbarie de un duelo! ¡Y se le llama satisfaccion, cuando muchas veces, quizás la mayor parte de ellas, sucumbe el ofendido, el que tiene de su parte la justicia y la razon!...

Brillaba la luna con todo su esplendor.

Continuaba serena la noche, puro el semblante y el cielo salpicado de estrellas.

—¡Don Mendo! dijo el doncel.

—¡Don Rodrigo!

—¡Defendeos!

Relumbraron las espadas como dos centellas, y luego se cruzaron produciendo un sonido breve y agudo.

—¡Rodrigo! gritó la judia como si el ruido de las espadas la hubiera sacado de un profundo sueño. ¡Rodrigo, detente, yo no quiero que mueras!

Y luego intentó arrojarse al suelo para correr al lado de su amante; pero las robustos brazos de Pelayo la detuvieron.

—¡Maldito seais, don Mendo! volvió á gritar con el acento de una loca.

Estendió los brazos, hizo un esfuerzo y quedó sin sentido.

Pelayo murmuró un juramento.

Habia comenzado la pelea.

Rodrigo no perdia ni adelantaba una pulgada de terreno: parecia que sus piés estaban clavados en el sitio donde los habia puesto al comenzar la pelea. Su brazo de hierro hacia girar con indecible rapidez su espada. Aparecia su rostro sereno, su mirada era tranquila; y solo una pequeña arruga que se marcaba entre sus cejas denotaba su coraje.

Don Mendo, por el contrario, intentaba á cada instante avanzar hácia el doncel, pero no podia conseguirlo. Estaba contraido su rostro; sus ojos brillaban estraordinariamente, y el furor arrancaba de su boca imprecaciones y amenazas.

Si diestro era el uno, no le cedia el otro, pero las fuerzas del doncel aventajaban á las de su enemigo, y su sangre fria era poderosa ayuda.

Sucedíanse rápidamente los golpes sin que ninguno hiriese, por largo rato. Don Mendo dejó escapar al fin un rugido de cólera porque sintió en la cara la punta del acero de su rival. La herida fué ligera, casi insignificante.

—Ya empiezo, dijo con calma el doncel.

—Evitad que yo concluya, contestó el sobrino de don Lope.

Por la frente de este corria en abundancia el sudor, y sentia ya fatigado su pecho, y el cansancio que comenzaba á esperimentar hubiera dado notable ventaja á Rodrigo, quizas la suficiente para vencer, si un nuevo suceso no viniese á interrumpir la pelea.

Oyóse por la parte de las montañas un ruido como el que hace en su curso la rápida corriente de un caudaloso rio, y á poco rato, á favor de la luna, viéronse brillar los cascos y las armaduras de muchos ginetes.

Cuando Pelayo vió que se dirijian hácia ellos, esparciéndose como si tratasen de rodearlos, gritó con voz de trueno y á la vez que blandia una maza con ademan amenazador:

—¡Don Mendo, sois un miserable, nos habeis vendido!

—¡Vosotros á mí, villanos! contestó este fuera de sí.

—¡Esa gente no es nuestra, replicó Rodrigo!

—¡Mia tampoco!

—¡Nos engañais!

—¡Os lo juro!

—¡Don Mendo!....

—Don Rodrigo, suspendamos nuestro combate, destruyamos con ayuda de los nuestros al enemigo comun, y luego disputaremos á Esther.

—¡Antes os he de matar! gritó el mancebo arremetiendo impetuosamente á su rival.

Descargó sobre él un terrible tajo, paróle don Mendo, y su espada saltó hecha dos pedazos.

—¡Que van á asesinarnos! exclamó el sobrino de don Lope con tal acento que Rodrigo detuvo sus golpes.

—¿Jurais, dijo, que esa gente no es vuestra?

—Sí.

—¡Pues á caballo!

—¡Maldicion!... ¡No tengo espada! gritó don Mendo.

—Tomad la mia.

—¿Y vos?

—Tengo en el arzon mi maza.

—¡A ellos! gritaron los que llegaban, que no eran otros que los foragidos capitaneados por Fernan y pagados con el oro del doncel.

A los pocos instantes no se veia mas que una nube de polvo, ni se oia mas que el ruido de las armas, ayes é imprecaciones que hacian estremecer.

La confusion era horrible, pues de tal modo se habian mezclado los de una y otra parte, que á veces se herian los de un mismo bando.

Habíase colocado Rodrigo al lado de Pelayo el Duro, y ambos, haciendo crujir con sus pesadas mazas los cráneos de los enemigos, defendian vigorosamente á Esther, aunque los estrechaban en mayor número y con mas ardor que á los demas.

El hacha de un bandido consiguió al fin derribar el fogoso potro de Pelayo, quien cayó debajo del noble bruto, arrastrando consigo á la judía. Vióse esta al momento asida por

otro asesino, pero la maza del doncel cayó con tal furia sobre su cabeza, que se la aplastó completamente.

Quiso intentar el mancebo recojer á su amada, pero entre ambos se interpuso otro ginete, que si bien pagó con la vida su atrevimiento, dió lugar á que un tercero se apoderase de la doncella, y á que colocándola sobre su caballo, huyese del lugar del combate.

Los esfuerzos de Rodrigo para seguirle fueron vanos, pues solo consiguió hacer retroceder un poco á sus enemigos y dar á Pelayo tiempo para levantarse y montar nuevamente sobre un caballo cuyo dueño habia perecido.

—¡Don Mendo, sois un traidor! gritó el doncel que creyó haber sido todo aquello obra de su rival.

Y á su voz contestaron otras varias que decian:

—¡Sálvese el que pueda! ¡Nuestro gefe huyó!

La fuga siguió al combate, y el valle quedó casi desierto.

Rodrigo y Pelayo corrian locos de furor, dando alcance al que podian, y sin saber ya á donde iban.

Cuando llegaron á las montañas no pudieron caminar sus caballos sino penosamente, y parándose al fin, para preguntarse lo que debian hacer, se encontraron solos.

—¡Don Pelayo, matadme si sois mi amigo! exclamó el mancebo como si hubiese perdido la razon.

—Sí, os mataré el dia en que encontremos á don Mendo y me estorbeis que sepulte mi daga en su corazon!

—¡Y Esther perdida!.... ¡Dios mio, Dios mio, donde está tu justicia!....

—No blasfemeis....

—Don Pelayo, Dios me perdonará ó me devolverá la razon.

—Yo os la devolveré con vuestra dama.

—Tengo ya la esperanza perdida....

—Mancebo, perdemos instantes que quizás sean preciosos.

—¿Y á dónde vamos?

—A recorrer estas montañas.

—¿Y si no encontramos á Esther?

—A Sevilla.

—¿Y luego?

—Luego....Dios nos guiará.

—Padezco mucho, amigo mio, dijo el doncel con tono abatido.

—Yo sé tambien lo que es un amor sin esperanza, contestó Pelayo dejando escapar un suspiro.

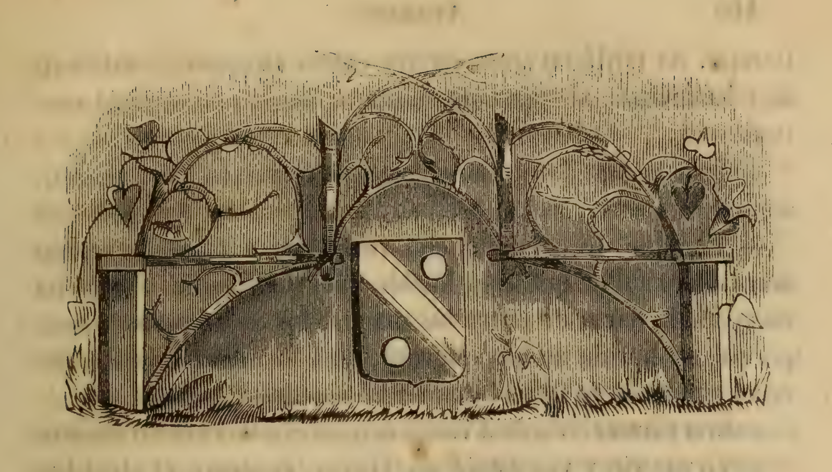
—¡Madre mia!...

—¡Ines, Ines!...

La luna se habia ocultado y los primeros crepúsculos anunciaban la venida de un nuevo dia.

Pelayo y Rodrigo se internaron al acaso en aquellas montañas para buscar á Esther, y mientras tanto don Mendo, tendido en medio de algunos cadáveres, hacia que su escudero le vendase la cabeza que tenia herida en su parte posterior.

Cuando aquella mañana sonó el esquilon del convento al despuntar el dia, viéronse las piedras del solitario valle enrojecidas por sangre humana. Los grajos se prepararon al carnívoro festin que les proporcionaban las pasiones de los hombres, pero el viejo Pablo alejólos de aquel lugar, dando sepultura á los helados cuerpos.



CAPITULO XXII.

Donde se vuelve á tratar de las intrigas de don Lope Diaz de Haro y del abad de Valladolid.



Ocho dias habian trascurrido. A las diez de la mañana hallábase don Lope Diaz de Haro solo en su aposento, que recorria á largos pasos mientras su frente contraida daba claras señales de que le ocupaba alguna idea trascendental. Mostrábase á veces impaciente y de su boca salia el nombre del abad, como si lo aguardase á aquella hora, ó como si desease su llegada casualmente; y como el abad era hombre que tenia la fortuna de llegar siempre á

tiempo, no tardó en anunciarse y entrar en seguida, saludando cortesmente al señor de Vizcaya, con la sonrisa de costumbre.

—Hoy, le dijo don Lope con tono de mal humor, no quisiera veros reir.

—¿Por qué? le contestó con voz dulce y cándido acento don Gomez. ¿Por qué está herido vuestro sobrino, y se le ha escapado la dama de entre las manos? No os dé cuidado eso, porque su herida no es peligrosa, y en cuanto á la judia, tiene el consuelo de que al doncel le sucede lo mismo.

—Don Gomez, ó sois á veces demasiado inocente ó pícaro.

—Yo me rio y vos estais de broma, contestó el abad haciendo mas espresiva su sonrisa.

—¿Qué me importa la herida de mi sobrino?

—¿Ni tampoco Esther?

—Ya sabeis en que sentido; que por lo demas, nada me importa el que se la lleve el uno ó el otro.

—Os comprendo. La judia será cristiana.....

—Y el doncel le dará su mano.....

—Exactamente: y ante todo el mundo dirá que no ama á otra muger sino á ella.

—¿Y os parece poco? replicó don Lope cruzando los brazos y dando una patada.

—Muy poco sino fuera mas que eso, porque haciendo nosotros lo posible paraque no la encontrase, no llegaria á suceder lo que tememos. Pero hay otra cosa peor, y es que, si bien se alejará de la corte para seguir buscándola, cosa de que nos debemos alegrar; no se acercará por eso á Toledo, donde está la reina, y esto es muy malo para nosotros.

—¿Luego estais bien convencido de que nuestros planes no se llevarán á cabo fácilmente?

—Desde el primer dia creí que encontraríamos gravísimas dificultades, y por eso no me asustan las que ahora tocamos; pero el vencerlas es lo que tenemos que hacer, y no deplorarlas y abandonar la empresa.

—Pues bien, decid como hemos de obrar.

—Decid... decid... ¿Por qué no decis vos?

—Porque yo pongo mi influencia, mi oro y mis vasallos, y á vos os toca poner vuestros consejos.

—Hasta ahora, ni habeis gastado una sola dobla, ni habeis tenido que usar de vuestra influencia, ni que emplear á ninguno de vuestros vasallos.

—¿Me lo echais en cara, don Gomez? contestó el de Haro con cierta entonacion de orgullo.

—Solamente os lo digo, repuso con calma el abad.

—¿Y para qué me lo decis?

—Para que cuando llegue el dia en que yo os diga: «sacad vuestro oro, usad de vuestra influencia, llamad á vuestros vasallos», no olvideis que ya tengo yo empleado en el asunto una gran parte de lo que debo poner.

—Si entonces lo olvidase seria oportuno vuestro recuerdo, pero ahora.....

—Ahora, por lo que pueda suceder.....

—¿Hay acaso necesidad de que yo obre?

—No; continuo aun obrando, y sin pediros yo nada, espero que me pedireis.....

—¡Que os pediré!...

—Algun consejo.

—Sois incomprensible, dijo con impaciencia don Lope.

—Entonces, hablemos de otra cosa á ver si me esplico mas claramente.

—Como gusteis.

—¿No seria conveniente que don Rodrigo marchase á Toledo?

Don Lope miró al abad con estrañeza.

—¿Y me preguntais eso? dijo.

—Ya lo veis, contestó don Gomez enseñando sus dientecillos.

—Me parece inútil deciros que sí.

—Y á mí me parece que no es inútil, porque debemos estar de acuerdo en todo.

—¿Pero acaso somos dueños de mandarle ir á Toledo?

—Nó.

—Entonces, creo que lo primero que deberíamos hacer, seria buscar medio seguro de conseguirlo.

—Eso, dijo el abad con ironía, lo sabia yo.

—¿Quereis esplicaros, don Gomez? repuso con marcada mpaciencia el señor de Vizcaya.

—¿No me habeis entendido?

—Ni os entiendo nunca.

—Lo siento.

—No parece sino que quereis ensayar conmigo vuestro particular modo de espresaros para toner mayor acierto cuando hableis con nuestros enemigos.

—Don Lope, tened cachaza. Vos decis demasiado pronto lo que pensais, y por eso, cuando disputabais á la reina sobre la fidelidad del infante, creyendo anonadarla, os vísteis anonadado.

—Creo que á nada conduce ahora lo que decis.

—Es un consejo, puesto que yo he de ponerlos todos. Si yo tuviese vuestras riquezas y vuestros títulos, pero no vuestra cabeza, sino la mia, calva y tan fea como es, me sentaria en el trono de Castilla antes de dos años.

Los ojos de don Lope brillaron, y el abad prosiguió:

—Pero no tratamos ahora de eso, sino del doncel, que segun dice vuestro sobrino, infundia espanto la noche de la refriega al verle aplastar cráneos con su maza.

—Don Gomez, dijo el de Haro con tono de resignacion, hoy venis dispuesto á apurarme la paciencia y ya lo habeis conseguido. Haced lo que os plazca.

—Ahora me toca á mí no entenderos.

—¿Teneis algo pensado con respecto al doncel?

—Sí.

—Decid el qué.

—Hacerle marchar á Toledo, si así lo aprobais.

—Lo apruebo.

—Entonces....

—¿Y cómo se le hace marchar?

—Muy fácilmente.

—¡Muy fácilmente!

—Tal creo.

—¡Esplicaos, por Dios!

—Me esplicaré por lo que me interesa.

—Hacedlo y aunque sea por el infierno.

—Leed.

Y el abad sacó un pergamino que puso en manos de don Lope.

Leyólo este con suma atencion, y cuando hubo concluido, pintóse en su rostro la alegría, y aun una leve sonrisa vagó en sus labios.

—Parece, dijo don Gomez, que hoy estais dispuesto para reir.

—Perdonad, amigo mio.

—¿Qué os parece?

—Solo una observacion me ocurre.

—¿Cuál?

—¿No estrañará la letra?

—¿Conoce acaso la de ella?

—Puede ser.

—Lo probable es que no.

—¿Pero, y si la conoce?

—Perderemos un dia, y nada mas, en buscar otro medio.

—Sois un gran hombre.

—Y vos un gran adulador.

—Ya sabeis....

—Vamos al asunto, interrumpió el abad,

—Vamos.

—Se necesita una persona que desempeñe con habilidad el papel de un villano sencillo y de buen corazon.

—La tengo.

—¿Es de entera confianza?

—Completa.

—Bien.

—¿Qué mas?

—Esa persona llevará al doscel la carta, diciéndole que se la ha entregado la misma Esther, y para dar visos de verdad á la mentira, inventaremos un cuento cualquiera.

—Sepamos el cuento.

—Yo instruiré al que ha de contarlo.

—Cuando gusteis..... Ahora mismo.

—No; aun tenemos que hablar de otros asuntos.

—Os escucho.

—¡Ah!... Se me olvidaba....

—¿Qué?

—¿No conocerá el mancebo al hombre de que me hablais?

—No, porque ayer llegó do su pais.

—Corriente.

—¿Con que deciais que teníamos que tratar de otros asuntos?

—Sí.

—Pues no perdamos el tiempo.

—¿Os habeis olvidado del infante?

—No. Hoy se presentará al rey para asegurarle sumisamente que han abusado de su nombre.

—Y el rey, aunque sabe que esa es una mentira, fingirá que lo cree porque asi le acomoda.

—Estamos conformes.

—En este negocio ha ganado mucho el señor de San Lúcar en el ánimo del rey.

—Contra lo que yo esperaba.

—Yo tambien me he equivocado.

—Creí que don Alonso haria todos los esfuerzos imaginables para que S. A. no admitiese las razones ni disculpas de don Juan, y lo castigase severamente.

—Así debia suceder; pero don Alonso, que conoce perfectamente la situacion de Castilla, ha comprendido que el rey no tomaria su consejo y ha obrado de distinto modo del que se esperaba.

—Y aun ha procurado defender al infante.

—Ahora, pues, en semejante situacion, es preciso prepa-

rarlo todo á fin de dar el golpe en seguro contra Guzman.

—¿Creeis que habrá ocasion en los asuntos de Marruecos?

—Precisamente.

—De un dia á otro se espera una embajada de Aben-Jucef.

—¿Y habeis podido penetrar el ánimo del rey en este asunto?

—Sí.

—¿Cuál es?

—No aceptar la alianza del marroquí, y aun amenazarle.

—¡Bien, muy bien! exclamó el abad con un entusiasmo ageno de su calma.

—¿Con que os alegráis?

—Mucho, muchísimo.

—¿Qué mas quereis saber?

—Si es un secreto lo que me decis.

—Tan secreto, que no solo á nadie lo ha confiado el rey, sino que por el contrario, casi manifiesta deseos de ajustar paces con el moro para que haya tranquilidad en la frontera.

—Es preciso que vos digais á los cortesanos, como si les confiaseis un gran secreto, que el rey aceptará la alianza de Aben-Jucef.

—Bien.

—Y al mismo tiempo manifestareis ser de contraria opinion y estar dispuesto á hacer todo lo posible para que don Sancho cambie la suya.

—¿Y si sabe el rey que preparo los ánimos en contra de sus deseos?

—¿No lo hace tambien él?

—Es verdad....

—De esa manera haremos creer á don Alonso lo contrario de lo que es....

—Y al pensar que agrada al rey, apoyando al marroquí se hará sospechoso, interrumpió don Lope con satisfaccion por haber podido concluir un pensamiento del abad.

—El querer agradar al rey no será lo único que le mueva á apoyar al marroquí, sino que debe á este amistad y riquezas.

El señor de Vizcaya se frotó las manos y sonrió.

—Perfectamente, dijo.

Mirólo el abad maliciosamente, y prosiguió:

—Para que esta trama surta su efecto es menester que mientras llega la embajada trabajemos mucho y muy disimuladamente, porque no basta que don Alonso muestre una opinion contraria á la del rey para que este sospeche.

—¿Teneis ya vuestro plan combinado?

—No del todo.

—Pues daos prisa porque los enviados de Aben-Jucef no tardarán muchos dias.

—Es que tengo que pensar tambien en otra cosa, mas interesante aun.

—¿En cuál?

—En los celos del rey.

—Teneis razon.

—Y el asunto es mas que delicado.

—¿Y el plan?...

—Tambien á medias.

—¡Diablo!... Señor abad no os descuideis.

—No puedo hacer mas, porque me ocupa un negocio puramente mio, que me importa mas que la reina y que Guzman.

—¡Que os importa mas!...

—Ya lo creo, prosiguió don Gomez que miraba al de Haro como el gato que acecha al raton Es tal su importancia, que si se pierde, me perderé yo, y por consiguiente todos nuestros planes fracasarán.

—¡Don Gomez!...

—No exagero.

—Entonces, no es, como decis, asunto puramente vuestro, porque puede perjudicarnos.

—A pesar de eso es puramente mio

—No lo comprendo.

—Yo sí.

—¿Es un secreto?

—Para vos, no.

—¿Quereis decirme?...

—No tengo inconveniente, contestó el abad procurando ocultar su alegría.

—Os escucho, amigo mio.

—Sabed que el rey, segun algunas indicaciones que me ha hecho, piensa pedirme cuentas....

—Ni una palabra me ha dicho de semejante cosa.

—No lo estraño.

—¿Y vos?...

—Ya sabeis, don Lope, cómo han estado los reinos, y comprendereis que en medio da tan continuas revueltas, hay pérdidas que no pueden justificarse.

—Bien, bien, lo comprendo.

—Por consiguiente, si se me obliga á presentar cuentas, y si estas se examinan escrupulosamente, mi ruina es segura.

—Es preciso evitarlo.

—En ello me ocupo.

—¿Puedo serviros de algo?

—De mucho; pero ya os he dicho que es asunto puramente mio.

—No, don Gomez, es de ambos.

—Si así lo creeis....

—Sin duda alguna.

—Entonces vos podeis hacerlo todo.

—Hablad.

—Cuando veais al rey, haced que la conversacion recaiga sobre este punto.

—Es fácil.

—Y luego, mostrando, si os parece, hasta enojo, decis que es un escándalo el abandono en que se encuentran las rentas reales, y que sospechais de mi probidad.

—¡Señor abad!...

—Calma, calma.

—Proseguid.

—Hareis comprender al rey la necesidad que hay de no

dilatar ni un solo dia el exámen de mis cuentas, y como os contestará que ahora lo ocupan graves asuntos y que en el momento no puede atender á este, os será muy fácil hacerle concebir la idea de que os encargue de ello.

—Don Gomez vuestro ingenio no tiene igual.

—¿Con que os parece bien?

—Perfectamente; y me alegro tener esta ocasion de daros una prueba de amistad.

—Os doy las gracias, y yo tambien me alegro de que acepteis cuantas proposiciones os hago con respecto á nuestros asuntos, contestó el abad acentuando bien sus palabras.

Don Lope se mordió los lábios, y fingiendo no comprender al fraile, repuso:

—Puesto que ya teneis un cuidado menos, ¿puedo contar con qué mañana habreis combinado el plan que debemos seguir?

—No es menester que aguardemos á mañana, porque se me ha ocurrido una idea que creo feliz.

—Entonces....

—Hced que venga el que ha de llevar la carta á Rodrigo, para que yo lo instruya en lo que debe hacer, y luego os diré lo que me parece acertado con respcto á don Alonso.

Y mientras el abad da órdenes al que debe llevar al doncel la fingida carta de la judía, pasaremos á tratar de otro asnnto mas interesante.



CAPITULO XXIII.

Donde se da cuenta del resultado que dió la intriga del abad.



La tarde del mismo dia en que tuvo lugar la entrevista de que hemos dado cuenta á nuestros lectores, Rodrigo y Pelayo se encontraban en la habitacion en que ocho dias antes recibieron la carta de la abadesa.

Triste estaba el mancebo, y su rostro pálido, su lánguida mirada y la lentitud de sus movimientos, revelaban el profundo dolor que sentia.

Contemplábale Pelayo con ternura, y ambos permanecian silenciosos é inmóviles en sus asientos.

Trascurrió largo rato, y al fin el doncel, despues de pasarse las manos por la frente como para sacudir el letargo que parecia dominarle, y cuando hubo variado de postura, dijo con pausado tono:

—¿Sabeis don Pelayo que cuanto mas pienso en la repentina y misteriosa desaparicion de don Alonso, menos acierto á comprender lo que la ha motivado?

—Me sucede lo mismo que á vos, contestó el caballero pasándose tambien las manos por la frente.

—¿No sospechais nada?

—Nó.

—Si hubiese salido de la ciudad para asuntos del rey, no habria guardado con nosotros secreto, porque nunca lo ha hecho así; y si negocios particulares lo han obligado á ello, ¿por qué no despedirse de sus mejores amigos aunque les encargase la reserva?

—Su conducta es incomprensible.

—Y pensará volver pronto, puesto que no ha pedido licencia al rey, y sabe que puede hacer mucha falta en estos momentos.

—Quizás no haya tenido tiempo para buscarnos.

—Tal vez sea ese el motivo.

Volvieron á quedar silenciosos algunos momentos, y luego prosiguió Rodrigo:

—¿Qué pensais de Esther?

—Lo mismo que hace una hora.

—¿De modo que no se os ocurre nada que nos pueda dar alguna luz?

—Por el contrario, creo mas cada dia que vuestra dama no está en poder de don Mendo, y ya veis que si no me equivoco tenemos menos probabilidades, ó ninguna, de encontarla.

—¿Sois de opinion que le escriba á su padre lo que ha ocurrido por si quiere emprender de nuevo sus averiguaciones?

—Sí.

—Entonces hoy mismo despacho un mensagero para Toledo.

—Pero no le digais que su hija quiere abrazar nuestra religion.

—¿Por qué?

—Es muy sencillo: por si la abandona, renegando de ella, ó si la busca para matarla.

—¿Creis posible semejante cosa?

—Vos no sabeis hasta donde conduce el fanatismo religioso, y Jonadab es verdaderamente fanático.

—Tal vez no os equivoqueis.

—Por eso es mejor omitir esa circunstancia hasta ocasion mas oportuna.

—Nada le diré.

—Añadidle que lo esperamos en esta ciudad, y así, mientras llega, ya se habrá restablecido don Mendo.

—¿Y hasta entonces estaremos ociosos?

—Ya os dará que hacer el rey.

—¿Pero y Esther?

—¿Y á donde hemos de ir ahora?

—¡Oh, si fuese cuestion de cuchilladas!... exclamó el doncel apretando los puños.

—Entonces ya la habria yo concluido.

—Don Pelayo, creo que al fin vereis á Esther víctima de alguna infamia, y á mí muerto de coraje y de amor.

—Ahora escribid á Jonadab, que para afligiros siempre teneis tiempo.

Dos centellas se escaparon de los ojos de Rodrigo, y levantándose se dirigió á la puerta.

Al salir encontró á un criado que le dijo:

—Señor, un hombre con trazas de campesino quiere hablaros de parte de Esther.

—¡Esther! exclamó el jóven abriendo estremadamente los ojos y dando un paso hácia atrás.

—¡Esther! repitió Pelayo.

—Que entre, que entre.

Pocos instantes despues, un hombre con vestido negro de lana, cándido semblante y ademanes rústicos, entró.

—¿Quién os envia? ¿De donde venis? Contestad, le dijo pricipitadamente el mancebo sin darle tiempo para hablar.

—El cielo os guarde, nobles señores, dijo el recien llegado con calma.

—¿Quién os envia? le gritó Rodrigo.

—¿Quién de vosotros es don Rodrigo? preguntó el hombre.

—Yo.

—¿Vos?

—Sí, yo; hablad, ¿donde está Esther?

—Antes de contestaros es preciso que me probeis que sois don Rodrigo, porque no quiero ser engañado como el criado del convento.

El doncel y Pelayo hicieron un movimiento de impaciencia.

—Bueno, dijo para sí el hombre, empezaré á desesperaros; cuando lo esteis del todo, hablaré para que no podais reflexionar.

Y luego añadió dirijiéndose á Pelayo :

—Señor, si he de deciros la verdad, vuestra negra barba me es sospechosa, segun las señas que me han dado de don Mendo.

—¿Os esplicareis? gritó Rodrigo.

—¿Os burlais? añadió Pelayo con marcado enojo.

—No, señores; es que vengo bien instrnido, y á mí no se me engaña fácilmente, contestó el fingido mensagero cuyo semblante revelaba casi la estupidez.

—¿Entonces á qué habeis venido?

—A buscar á don Rodrigo, lo mismo que lo buscó el criado del convento; pero ya sabeis lo que á este le sucedió.

—¡No apureis nuestra paciencia, vive Dios! exclamó Pelayo.

—No me infundireis miedo, señor, porque estoy acostumbrado á luchar con las fieras en medio de los montes, y los hombres no me parecen cosa temible.

—¡Por Satanás, hablad! gritó fuera de sí el doncel y á la

vez que se acercaba al hombre con los ojos encendidos de cólera.

—Juradme que sois don Rodrigo, contestó el otro sin perder su calma.

—Sí, os lo juro.

—Ahora, para que yo me convenza, dadme otra prueba.

—¿Cuál? gritó el doncel.

—Si sois el mismo, tendreis las fuerzas que no tiene ningun hombre.

—¿Así os convencereis?

—Sí.

Rodrigo miró á su alrededor y vió sobre una mesa un pesado casco de acero. Cogiólo entre sus delicadas manos, hizo un esfuerzo, enrogeció su blanco rostro, hincháronse las venas de su garganta y de su frente, y el casco perdió su redonda figura, quedando aplastado.

—¡Dios me libre de vuestros puños! exclamó el hombre dando involuntariamente un paso atrás.

—¿Os han hablado tambien de don Pelayo? le preguntó este.

—Sí, y de que él solo iguala en fuerzas á don Rodrigo.

—Pues para que veais que podeis esplicaros con confianza porque estais al lado de los verdaderos amigos de Esther, os daré otra prueba.

Pelayo cogió á su vez el casco, é introduciendo sus dedos en la estrecha abertura que le quedaba, separó, haciendo un esfuerzo, sus robustos brazos, y la gruesa armadura volvió á su primitiva forma.

—¿Hablareis ahora? dijo Rodrigo con marcada impaciencia.

—Sí.

—Veamos, repuso el Duro no menos afanoso.

—Vuestra dama, dijo el hombre con su misma calma, fué robada.

—Ya lo sabemos; ¿pero dónde está?

—¿Dónde?... Si no me dejais que os esplique....

—¡Decid donde está, vive el cielo, y luego esplicaos como os dé la gana!

—Señor, traigo un pergamino....

—Dádmelo, dijo el doncel.

—Tomad.

Sacó el hombre un pergamino que entregó al mancebo. Este lo leyó con avidez, y luego, elevando al cielo una mirada de indefinible gratitud, exclamó:

—¡Es de ella!... ¡Gracias, Dios mio!

—¡De ella! repitió Pelayo.

Y quitando al doncel la carta la leyó.

—Esplicaos, buen hombre. Aquí dice que vos estais enterado de todo.

—Despues que fué robada....

—¿Pero por quien?

—Por uno á quien no conoceis, por un hombre oscuro que se llama Santiago.

—¿Vos, quién sois?

—Un criado de Santiago: estaba al cuidado de una tierra suya cerca de Toledo, y me llevó á su casa hace pocos dias, para encargarme de vigilar á una dama á quien tenía encerrada en una cueva. Yo le entraba el alimento, siempre la veia llorar, y al fin sus lágrimas y.... la verdad, los ofrecimientos que me hacia, me ablandaron y le proporcioné ese pergamino y lo demas que necesitaba para escribir.

—¿Y cómo habeis abandonado la casa de vuestro amo?

—Muy fácilmente: cuando me disponia á buscar quien os trajese esta carta, Santiago me mandó venir á Sevilla para entregar otra al señor don Hernando de Silva, y aproveché la ocasion de ganar un rico brazalete que la dama ofrecia al que os diese la carta.

—¿Y no sabeis por qué vuestro amo ha robado á esa dama?

—No, señor; porque solo me dijo cuando fuí á Toledo: «la casualidad ha puesto en mis manos esta hermosura, y si tu torpeza me la hace perder, cuenta con que te mato.» Pero como yo no tengo miedo porque estoy acostumbrado á luchar con los jabalies y los toros, no hice caso de su amenaza.

—¿Y ella no sabe tampoco?...

—Nada mas sino que cerca de un convento la robaron en medio de un combate.

—¿Dónde está vuestro amo?

—Ahora, en Badajoz.

—No quedo satisfecho, dijo Rodrigo.

—Preguntad lo que gusteis.

—¿Ese Santiago en qué se ocupa?

—Lo ignoro. En su casa se le ve muy pocas veces, y sus criados no han podido saber nada de su modo de vivir.

—Será algun bandido.

—Ya lo he sospechado, señor, porque no soy tonto como parezco.

—Decidme, y Santiago, ¿entraba con mucha frecuencia en la cueva de Esther?

—Dos veces ha entrado, y la última salió de mal humor, y decia: «ya se ablandará cuando no tenga esperanza.»

—¡Miserable!

—Luego recibió un mensaje y partió para Badajoz.

Pelayo y Rodrigo meditaron algunos instantes.

—¿Y qué debemos hacer? preguntó el mancebo.

—Marchar á Toledo, y en la calle que hay á la parte de la izquierda de la catedral, en la primera casa, tambien á la izquierda, encontrareis á Esther.

—¿Vendreis con nosotros?

—Nó, señor.

—¿Por qué?

—Porque marcho á Carmona donde me han dicho que está don Hernando de Silva. Además, quiero que saqueis de su prision á Esther antes de que yo vuelva á ser su guarda, para no tener responsabilidad.

—¿Habeis recibido el precio de vuestro trabajo?

—Mirad el brazalete.

El hombre enseñó á nuestros amigos un rico brazalete de oro y diamantes.

—Al dármelo, prosiguió, me dijo: «esta prenda, como todo lo que llevo, es de don Mendo García.»

—Guardadlo, contestó Rodrigo apartando la vista de la alhaja.

—¿Mas cómo podremos llegar hasta donde está ella si vos no venis con nosotros? preguntó Pelayo?

—Ya sabeis la casa: llamais á la puerta y os abrirán como se abre á todo el mundo; entrais y en el patio vereis una compuerta....

—Nos estorbarán la entrada.

—Solo hay dos hombres en la casa, y ademas, como no vais á cometer ningun crímen, sino por el contrario, á evitarlo, ningun inconveniente hay en que os acompañe aunque sea el mismo señor alcaide de Toledo que puede sacar á Esther en nombre del rey.

—No se me habia ocurrido semejante cosa, dijo el doncel.

—Tiene razon este hombre, añadió Pelayo.

—Puesto que he cumplido ya mi encargo, os dejo.

—¿Y quién nos dice que no nos engañais?

—La carta de Esther.

—Es que yo no conozco su letra, contestó Rodrigo.

—Nada os he pedido, señor, y nada perdeis hasta ahora. Si no dais crédito á mis palabras, quedaos en Sevilla, pero en tal caso os ruego que me deis una carta para Esther á fin de que yo pueda probar que soy fiel en mis promesas, y que sino vais, la culpa no es mia.

—No os doy ninguna carta.

—¿Pero ireis?

—No lo sé.

—¿Y qué haré para que se crea que he cumplido lo que prometí?

—Haced lo que mas os plazca.

—Si os obstinais en ello me retiraré.

—¿Cómo no habeis dado libertad á Esther, si vos erais el encargado de vigilarla?

—Porque habia quien me vigilase á mí. Santiago es un hombre que no se descuida. Yo tenia la llave de la cueva, pero otro era dueño de la que cierra la puerta de la calle, y un

tercero observaba á su vez las acciones de este y las mias.

Rodrigo y Pelayo quedaron pensativos, y dudaban si debian creer ó no al mensagero. Todo lo que este decia era tan sencillo, tan natural, que no habia razones para negarlo, Si no iban á Toledo y era verdad cuanto se les decia, Esther estaba perdida; pero ¿y si no era todo aquello mas que una intriga de sus enemigos, para alejar de Sevilla al doncel? ¿Y cómo averiguar la verdad? ¿Cómo decidirse?

—Esther ante todo, y á Toledo, dijo para sí Rodrigo.

—¿Mandais algo? preguntó el hombre.

—Retiraos, y en Toledo, despues que yo me haya convencido de que no me engañais, os renompensaré largamente, os haré rico.

—Gracias, señor.

Salió el criado de don Lope, y nuestros amigos se preguntaron muchas veces si habrian sido engañados y qué deberian hacer: pero en la imposibilidad de averiguar lo cierto, concluyeron por decidirse á correr en busca de la judia.

—No perdamos tiempo, dijo Rodrigo á Pelayo.

—Olvidais al rey.

—Teneis razon.... le diré lo que me sucede para que no estrañe que nos ausentamos en estos momentos en que puede necesitar de nosotros.

—Creo que no lo llevará á bien.

—Me quiere demasiado.

—Pero su situacion es muy crítica.

—Me ocurre una idea, amigo mio.

—¿Cuál?

—Quedaos vos.

—No quisiera abandonaros.

—Es preciso. Don Alonso no está; yo me voy, y solo vos hay que pueda prestarle leal y poderosa ayuda.

—¿Y si os tienden un lazo?

—Llevaré gente.

—¿Mucha?

—Cuanta me digais, si con esto habeis de quedar tranquilo.

—No del todo.
—Bien, pero es imprudente que salgais de Sevilla. Llevando buen acompañamiento de criados, nada tengo que temer en el camino.
—Me quedo, contestó Pelayo despues de meditar algunos instantes. Así, si han querido alejarnos, no consiguen su objeto, porque yo velaré aquí por todo lo que os atañe y seguiré haciendo averiguaciones.
—Don Pelayo, voy á ver al rey.
—Os aguardo aquí.
Y una hora despues, cuando ya se acercaba la noche, Rodrigo salia de Sevilla seguido de diez sirvientes bien armados.
Tomó á buen trote el camino de Toledo. Llegó la noche; la luna apareció, y el sinnúmero de estrellas que bordaban el azul del horizonte, hicieron recordar al doncel que habia un Dios que podia aliviar sus males. Entonces se acordó de su infeliz madre y de la judia; elevó al cielo una tierna plegaria y una lágrima humedeció las brillantes pupilas de sus ojos.

CAPITULO XXIV.

Del feliz encuentro que tuvo el doncel en el camino de Toledo.



Hay quien opina que un enamorado, cuando va en busca del objeto de su amor, exhala un hondo suspiro por cada tres pasos que da, y en nuestro concepto, el cálculo no es exagerado.

Rodrigo, ya fuese por no desmentir una opinion tan generalmente admitida, ya porque fatigado del camino sintiese oprimido el pecho, respiraba con intérvalos muy cortos, y á solas conmigo mismo, sostenia animadas conversa-

ciones, dirigiéndose preguntas y dándose contestaciones, propiedad tambien de enamorados ó locos.

Seguíanle sus criados á alguna distancia, silenciosos para no interrumpir las meditaciones de su señor, y atento el oido, inquieta la mirada, por el recelo que tenian de que los sorprendiesen.

Así caminaron sin que se oyese mas que el ruido de las pisadas de los corceles, al quebrantar los guijarros del camino, y el crugido metálico de las armaduras, cuando uno de los criados llamó la atencion de los demas, preguntándoles si efectivamente se veian venir hácia ellos algunos bultos.

—Aguarda un poco, contestó uno de ellos, que si gente es lo que tal creemos, al traspasar aquel montecillo, la luna nos dejará distinguirlos con facilidad.

Efectivamente, á poco rato se vió un grupo de ginetes, que aunque compuesto de escaso número, no era de despreciar, ignorándose si á poca distancia los seguian otros muchos.

—Ginetes son, y bien armados, dijo uno de los sirvientes, segun brillan sus cascos y armaduras.

—Pocos parecen, añadió otro.

—Ocho lo mas.

—Entonces no hay que temer.

—¿Y si es solo una descubierta?

—¿Qué hacemos?

—Avisar á nuestro señor.

—¿No los habrá visto?

—Ni los veria hasta encontrarse en medio de ellos, segun va de distraido y cabizbajo.

—Entonces llamémosle la atencion.

—Voy.

Adelantóse uuo de ellos hasta alcanzar al doncel.

—Señor, le dijo.

Estremecióse nuestro enamorado, como si lo despertasen del mas profundo sueño, y preguntó:

—¿Quién me llama?

—Yo, señor.

—¿Qué quieres?

—Se descubre gente armada por aquella parte, repuso el criado señalando á los que se acercaban.

Detúvose Rodrigo, miró hácia donde le indicaba su sirviente, y luego dijo:

—Son pocos.

—Es verdad, pero sospechamos que los siga mayor número.

—Entonces, lo mejor será desbaratarlos antes de que puedan ser socorridos. Que se apresten todos, y aguardemos, porque este sitio es ventajoso para nosotros.

La órden fué trasmitida con rapidez, y en pocos instantes halláronse en buen órden todos, con las espadas desnudas, y aguardando para arremeter á una señal del mancebo que ya tenia en la diestra su destructora maza.

Poco hubieron de esperar. Acercóse el opuesto peloton á una distancia desde podian oirse las voces, y el doncel, esforzando la suya, preguntó:

—¿Quién va?

Pero casi al mismo tiempo oyó que le dirigian igual pregunta los supuestos contrarios.

—¿Quién va? repitió.

—¿Quién sois para preguntarlo? repuso una voz que Rodrigo quiso reconocer.

—Gente que quiere el paso libre, contestó.

—¿Quién os lo estorba? repitió la misma voz.

—Entonces separaos del camino.

—Lo hareis vos, que los caballeros solo se apartan para que pase el rey.

—Tambien hay caballeros que saben abrirse paso con su espada.

—Probad, pues.

—¡Fuera, canalla! gritó Rodrigo.

Y arremetió seguido de los suyos.

Oyóse un grito de muger entre el ruido del primer cho-

que, y cuando brillaban en el aire los aceros amenazando las cabezas que dominaban, exclamó el doncel y el gefe de los contrarios, que sin duda se habian reconocido:

—¡Deteneos!

Y luego añadieron:

—¡Don Rodrigo!

—¡Don Alonso!

En aquel instante, una muger que montaba un brioso caballo, y que se hallaba detras de todos, exhaló un grito penetrante, y acercándose velozmente á los caballeros, exclamó, estendiendo los brazos hácia el mancebo:

—¡Rodrigo!

—¡Esther! dijo este, abandonando la rienda y recibiendo en sus brazos á la judia.

Sintió Rodrigo en sus manos las lágrimas de su amada, y esta creyó que el aliento del doncel le abrasaba las mejillas.

¡Momentos de suprema felicidad en que aquellos dos séres se olvidaron de todo! Colocada ella en el arzon del caballo de Rodrigo, dejábase caer en sus brazos lánguidamente, y sus negros ojos, llenos de pasion, empañados de ternura, fijaban ávidamente afanosas miradas en los de dulcísima y amorosa espresion del doncel que la estrechaba contra su seno con todo el entusiasmo de su pasion.

Largo rato permanecieron de aquel modo, sintiendo palpitar, el uno junto al otro, sus enamorados corazones, y quizas el dia los hubiera sorprendido en su ardoroso éxtasis, si don Alonso Perez de Guzman no los sacara de él, advirtiéndoles que no era ocasion sino de seguir el camino.

—¡Sí, sí, volvamos á Sevilla! exclamó el mancebo.

—Don Alonso, dijo Esther, ¿es verdad, como me habeis dicho, que mi padre está en Toledo y que si no me llevábais á su lado era porque os faltaba tiempo para tan largo viaje?

—Sí, contestó el señor de San Lúcar.

—Entonces, prosiguió la judia, dejad que me acompañe Rodrigo, y vos seguid á reuniros con la corte. Quiero ver á mi padre.

—¿No vienes de Toledo? le preguntó el doncel.

—Nó.

—Allí me encaminaba en busca tuya.... Don Alonso, ¿dónde habeis encontrado á Esther?

—Antes de contestaros os haré una pregunta.

—Decid.

—¿Podeis estar fuera de Sevi a algunos dias?

—Sí, porque tengo licencia del rey.

—¿Y vos, Esther, estais decidida á ir á Toledo y no seguir el camino que llevábamos?

—Sí; quiero ver á mi padre.

—Entonces, apartémonos á un lado del camino, descansemos algunos instantes, y os referiré, amigo mio, cómo he encontrado á vuestra dama. Luego, continuaré mi camino, y os dejaré con ella para que la lleveis á Toledo.

Hiciéronlo así, y sentados á la falda de un montecillo, prosiguió don Alonso:

—Ayer por la noche, cuando me retiré á mi casa, encontré que me aguardaba un plebeyo con mas trazas de asesino que de honrado menestral. Preguntéle lo que queria, y él entonces, con una exactitud que me llamó la atencion, refirióme todo lo que os habia sucedido desde el rapto de Esther, y me dijo que sabia donde se encontraba esta. Sospeché entonces si seria el mismo qne os vendió la carta de la abadesa, y haciéndole varias preguntas, se negó á contestarme, añadiendo que él iba solamente á hacerme proposiciones para entregarme á Esther. Fácil me fué comprender que no buscaba sino el oro, y esplicándonos ya mas claramente, acepté sus proposiciones, y lo seguí hasta las ruinas de un antiguo castillo, que segun he visto despues es morada de ladrones, y allí me fué entregada Esther mediante el pago de la cantidad estipulada. Ella misma dice que la han tratado con las mayores consideraciones y que todos los que la guardaban han respetado su virtud como pudiera haberlo hecho su mismo padre: lo que me ha convencido de que no fué robada sino para especular con ella.

—Don Alonso, dijo Rodrigo, os escucho y aun no puedo dar crédito á lo que decis.

—¿Encontrais alguna contradiccion?

—Ninguna. Lo que veo es que algun otro enemigo me persigue, ademas de don Mendo García.

—¿Habeis dicho que ibais á Toledo en busca de Esther?

—Sí.

—¿Y qué razones teniais para creer que estuviese allí?

—Os lo diré.

Entonces refirió el mancebo lo que le habia sucedido, y mostró la supuesta carta de la judia.

—¿Qué objeto se han podido llevar? repuso el señor de San Lúcar.

—Lo ignoro.

—¿Y vos, habeis pedido licencia al rey para ir á Toledo?

—Sí.

—¿Sabe á lo que vais?

—Todo se lo he referido, y aun le he enseñado la carta.

—Entonces, soy de opinion que sigais vuestro camino y lleveis consigo á Esther. Yo vuelvo á Sevilla y le diré al rey lo que ocurre.

—Sí, á Toledo, dijo la judía. Quiero ver á mi padre.

—Dios os guie, pues.

—Don Alonso, repuso el mancebo, os soy deudor de mas que la vida.

—Con la satisfaccion de haber sido yo el que os haga felices, estoy mas que pagado, contestó Guzman estrechando las manos de Rodrigo y de Esther.

—¡Cuánta generosidad! dijo esta de cuyos ojos brotaron lágrimas de gratitud.

—¿Y por qué me ocultasteis vuestra salida de la ciudad?

—Por si me engañaban.

—Don Alonso, con razon dicen que sois el primer caballero de Castilla.

—No perdais tiempo, contestó Guzman á quien no agradaba oir que lo alabasen.

Pocos momentos despues, un abrazo de despedida y un tierno adios concluyeron aquella escena. El señor de San Lúcar siguió camino de Sevilla, y Rodrigo y Esther tomaron el de Toledo.

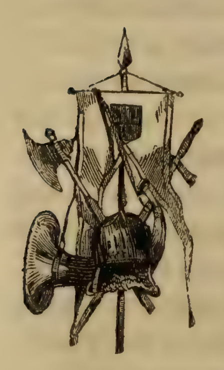
—¡Qué feliz soy! exclamó el mancebo.

—¡Cuánto te amo! murmuró la judía.



CAPITULO XXV.

El rey empieza á tener celos.



Tenia el rey don Sancho antigua costumbre de rezar antes de dormirse, sirviéndose de un precioso rosario de Jerusalen, bendecido por el Papa, y que guardaba en una cajita de ébano cerrado con llave.

Como todas las noches, la en que Rodrigo salió de Sevilla, abrió don Sancho la caja al tiempo de acostarse, pero con grande sorpresa vió que el rosario estaba cubierto con un pergamino en el que se veian escritas algunas palabras.

Sin poder acertar cómo ni quién habia podido poner allí

el pedazo de piel, cogiólo y acercándose á la luz, vió que decia:

Rodrigo camina hácia Toledo.

—¡Rodrigo camina hácia Toledo! repitió el rey, procurando adivinar el objeto con que se le daba aquel aviso. Ya lo sé, pero ... ¿acaso no va con mi licencia?... ¿Qué quiere decir esto? ¿Será algun enemigo de mi hermano, que al saber su salida de la ciudad, y creyendo que lo hace ocultamente, me lo avisa?

Reflexionó luego algunos momentos, pero como nada encontró que le sugiriese ni aun una leve sospecha, acabó por quemar el pergamino á la luz de la lámpara, tomar su rosario y acostarse.

Al dia siguiente cuando se vistió, cerró la cajita con mas cuidado que nunca; pero á la noche, un segundo pergamino cubria el rosario, y en él, con el mismo carácter de letra que el primero, leyó:

Rodrigo se acerca á Toledo.

—¿Cómo introducen esto aquí? ¿Con qué objeto? volvió á preguntar el rey. Pero como el dia anterior, nada supo contestarse.

—El cómo se introduce, prosiguió, no es difícil adivinarlo; pero lo que no comprendo es el fin con que se hace. ¿Querrán advertirme que vigile á Rodrigo? No, porque es imposible que él conspire contra mí. De cualquier modo que sea, es preciso averiguar quien se ocupa en esto. Mañana haré que vigilen disimuladamente.

Durmió tranquilo el rey aquella noche, y á la mañana siguiente dispuso que dos criados de toda su confianza estuviesen en acecho del que ponia los pergaminos en la cajita.

El que esto hacia adivinó sin duda que don Sancho querria satisfacer su curiosidad, y abandonando el medio de que se habia valido las noches anteriores, no hizo esperar al rey la hora de acostarse, porque cuando cenaba, al tiempo de quitar un criado el primer plato de que se habia servido, vió que se habia ocultado debajo de este el pergamino de costumbre.

—¡Vive el cielo! exclamó el rey con enojo. Estoy cercado de traidores.

En seguida preguntó, amenazó, hizo cuanto es posible en caso semejante, pero nadie supo aclarar sus dudas y todos juraron su inocencia.

El pergamino decia:

Rodrigo llegará mañana á Toledo.

No durmió el rey aquella noche tan tranquilo como la pasada; pero por mas que caviló, nada pudo comprender, porque la idea de que el mancebo conspirase la desechaba siempre con nobleza.

Al siguiente dia no se cuidó de que se vigilase, convencido como lo estaba de que seria inútil intentar descubrir al autor de aquellos misteriosos avisos.

Llegó la noche, y al abrir la cajita, el pergamino apareció, pero sin que el nombre de Rodrigo estuviese escrito en él.

—Ahora me avisarán, sin duda, la llegada de mi hermano á Toledo, dijo el rey.

Pero se equivocó, porque acercándose á la luz, pudo leer lo siguiente:

La reina está en Toledo.

Agitáronse convulsivamente las manos de don Sancho, abrió estremadamente los ojos, y despues de leer repetidamente el escrito, quedó inmóvil y mudo por algunos instantes.

Pasóse luego las manos por la frente que tenia inundada de sudor, y dijo:

—¡Dios mio!... esto es horrible.... es una sospecha infame.... ¡mi hermano!... No, imposible; ama á Esther, yo lo he visto delirar con ella.... Nó, nó....

Procuró desechar la desgarradora idea producida por el anónimo, pero sin embargo, la calumnia habia surtido su efecto, y dejaba una dolorosa duda que el mismo don Sancho no acertaba á comprender, no teniendo fuerzas para ahogarla ni voluntad para darle abrigo.



¡Dios mio.... esto es horrible.... es una sospecha infame!

Difícilmente podia esplicarse la lucha que sostuvo el rey durante algunas horas, y hasta que el cansancio del espíritu le dió el sueño que cerró sus ojos.

Al otro dia levantóse mas temprano que de costumbre, y fácilmente se apercibieron de su mal humor todos sus criados.

Serian las nueve de la mañana, y al despedirse á la puerta del alcázar, don Lope y el abad que llegaron reunidos, le dijo este á aquel:

—Hoy estará el rey de mal humor, muy malo, á consecuencia del aviso de anoche: ninguna ocasion mejor que esta para que le hableis de mí, con respecto á las cuentas.

—¿Creeis que porque esté de mal humor hemos de conseguir lo que deseamos?

—Sí.

—Seguiré ciegamente vuestro consejo, aunque no soy de vuestra opinion.

—No os pesará.

—¿Con qué esta noche nos veremos?

—Sí, puesto que mañana debe llegar la embajada de Aben-Jucef, y tenemos que prepararnos.

—El cielo os guarde, don Gomez.

—Y á vos tambien.

Alejóse el abad, y don Lope entró en el alcázar.

Recibiólo el rey con la misma seriedad de que usaba aquel dia para todos.

—Señor, le dijo el de Haro, ¿estais enfermo?

—Nó, don Lope.

—Parece que estais hoy mas pálido que de costumbre.

—He dormido poco la noche pasada.

—Tales son los graves negocios que os ocupan, que no estraño que os roben el sueño.

—Sí, don Lope, muy graves, contestó el rey como distraido.

—¿Pensais recibir mañana mismo al embajador de Aben-Jucef?

—Sí.

—Segun entiendo, don Alonso Perez de Guzman habla favorablemente con respecto á que se concluya una alianza con el marroquí.

—¿Quién os lo ha dicho?

—No recuerdo bien.... y aun no tengo completa seguridad. ¿No es quizás cierto?

Creyó don Lope averiguar lo que don Alonso hubiese dicho al rey, pero este contestó:

—No sé.

—Pues á mi me pareció haber oido ayer, al pasar junto á un grupo de caballeros, que el abad de Valladolid hablaba en este sentido.

—Bien puede ser.

—Y aunque yo desconfio siempre de las palabras del abad....

—¿Por qué? interrumpió don Sancho.

—Es un hombre....

—Muy astuto.

—Tal vez demasiado.

—Poco puede hacer con decir una cosa ú otra.

—Es cierto, señor, pero al fin, se le hace caso, ya porque es hombre de no comun ingenio, ya porque se respeta su posicion.

—¿Y sabeis, don Lope, en qué estado se encuentra con respecto á su administracion?

—Ni quisiera ocuparme de semejante asunto.

—¿Por qué?

—No me inspira completa confianza el abad en cuanto el manejo de las rentas.

—¿Qué razon teneis para hablar así?

—Señor, él es avaro, descuidado vos, y.....

—Es que ahora pienso que presente sus cuentas, y sino las encuentro bien haré que lo ahorquen.

El de Haro se estremeció involuntariamente, y contestó:

—Hace algun tiempo que yo os hubiese aconsejado eso

mismo, pero porque no lo tomáseis á rencor contra don Gomez, nada os he dicho.

—Hoy mismo se lo diré.

—El tiempo que gasteis en examinar las cuentas, será bien empleado.

—Yo mismo no podré acuparme de eso.

—¿Y encontrareis quien quiera oceptar tan delicado encargo?

—Ya tengo pensado quien lo hará.

—Si es persona de confianza.... pero yo os confieso que solo lo haria en caso de que me lo mandáseis terminantemente. Verdad es que habiendo quien lo haga, vos debeis ocuparos de otros negocios de mayor gravedad.

—Por eso, don Lope, vos tomareis este á vuestro cargo, dijo el rey sin cuidarse de mirar á su favorito.

Los ojos de este brillaron de alegría.

—Señor, contestó, sé que para obedeceros tengo que indisponerme con el abad, y aunque primero es vuestro servicio, sin embargo, como es hombre temible....

—Bien, bien, don Lope, todo lo tengo pensado. No quiero que en este asunto entienda mi contador; tampoco quiero ocuparme de él, y.... nada mas: vos lo desempeñareis porque yo os lo mando.

—Señor, sereis obedecido, contestó don Lope haciendo una reverencia.

—Si probais que don Gomez es criminal, me alegraré, por que necesito encontrar á alguno en quien descargar mi justicia con todo rigor.

—Señor.... repitió el de Haro como si estuviese confuso.

—Don Lope, me rodean muchos traidores, lo sé, tengo pruebas de ello, pero no los conozco.

—Aquí me teneis para buscarlos y castigarlos.

—Difícil es.... ¡Oh! ¡Desdichado del primero á quien descubra! exclamó el rey lleno de cólera.

Y levantándose dió algunos pasos por la habitacion poseido de uno de los arrebatos que eran tan frecuentes en él.

—Tranquilizaos, señor, que tal vez os engañen vuestras mismas sospechas.

—Nó, don Lope; ya os he dicho que tengo pruebas, y ¡vive el cielo que he de hacer un ejemplar castigo!

—A deciros verdad, yo tambien sospecho que Aben-Jucef tiene algunos protectores cerca de vos, dijo el señor de Vizcaya, y aguardo ansioso la contestacion del rey.

—No me acuerdo de Aben-Jucef, porque nada me importa él ni sus amigos.

—Nada conseguiré sobre este punto, dijo para sí don Lope.

Y luego, oyendo que anunciaban á don Alonso Perez de Guzman, añadió:

—Perfectamente. Ahora sabré lo que piensa el buen caballero con respecto á la embajada.

—Bien venido, dijo don Sancho al señor de San Lúcar, aunque en este instante me encontrais de muy mal humor.

—Me pesa en estremo, señor, contestó don Alonso. Hay dias en que á todos se les ve de mal humor sin que la mayor parte de ellos sepa el por qué.

—¿No estais contento, don Alonso?

—Nó, señor.

—¿El motivo?

—Lo ignoro.

Miró el rey por algunos instantes al caballero, y luego le dijo:

—¿Habeis tenido alguna noticia de mi doncel?

—Todavía no es tiempo.

—Yo si las tengo.

—¿Son buenas, señor?

—Sé que hoy llega á Toledo, y nada mas.

Guzman quedó como el que oye hablar en un idioma que no entiende, y don Lope mostró alguna estrañeza.

—Ya veis que sé bastante, prosiguió el rey.

—Eso mismo lo presumia yo, señor, dijo el de San Lúcar,

aunque tengo miedo de que le haya sucedido algo en el camino. ¡Es tan desgraciada la estrella del mancebo!

—¿Por qué le llamais desgraciado?

—Ya veis, señor, loca su infeliz madre, y blanco su dama de mil intrigas....

—¡Traiciones! interrumpió don Sancho. ¿Sabeis, don Lope, que vuestro sobrino no procede como buen hidalgo?

El rostro del señor de Vizcaya palideció; aquella era la primera vez que el rey le hablaba de su sobrino con respecto á la judía.

—Señor....

—No lo defendais.

—No lo intento.

—Suerte ha tenido en que yo haya ignorado hasta ahora lo ocurrido con la judia.

Don Lope conoció que no tendria en todo la fortuna que en el asunto del abad, y buscando una escusa, salió del aposento.

—Don Alonso, dijo el rey sentándose, tengo que consultaros una cosa, y que pediros esplicaciones á otra.

—Señor, estoy á vuestras órdenes.

Don Sancho meditó algunos minutos, y luego prosiguió:



CAPITULO XXVI.

Donde se verá que tampoco don Alonso Perez de Guzman comprende al rey.



—DECIDME, don Alonso, ¿cuál es vuestra opinion con respecto á los asuntos de Marruecos?

—Señor, la paz con los infieles no es para mí aceptable sino cuando no se tienen fuerzas para luchar ó hay que atender con ellas á otra parte. Es cierto que Aben-Jucef, como rey y como hombre, es un fiel aliado y un amigo verdadero, y verdad es tambien que Castilla se resiente aun de las pasadas revueltas y que tendrá que sostener quizás una guerra con

los moros de Granada, sin hacer mencion de la que con Francia puede sobrevenir si el rey Felipe no modera sus exigencias; empero ni lo que tiene de ventajoso la fidelidad de un aliado y amigo, ni la sangre que se vertió en intestinas luchas, ni el temor de otras nuevas que aun no han llegado, son razones bastantes para aceptar una paz con los infieles, paz que ellos tomarian por falta de fuerzas, y esto podria acarrearnos otros males. Tarde ó temprano será inevitable una guerra con el de Marruecos, y para pensarlo así hay razones que vos, señor, conoceis; tras esta guerra vendrá la paz, pero ajustada con mejores condiciones, y así lo creo, porque nosotros lucharemos con la ventaja de ser los acometidos en nuestra tierra, y habiendo de suceder así, mas conviene á Castilla desechar desde luego las proposiciones de Aben-Jucef, para imponerle mas tarde condiciones.

Suspendió Guzman su discurso, para observar el efecto que causaban sus palabras al rey, pero este, sin manifestar nada, le dijo:

—Continuad, don Alonso.

—Hay ademas otras razones que deben tenerse muy presentes. Por mas justicia que asistiese á vuestro venerable padre, á quien Dios haya dado gloria, los reinos han visto en Aben-Jucef un enemigo personal vuestro, y requiere vuestra dignidad real que le mostreis enojo como le probásteis valor en los campos de Granada. Mal cuadran sus ofrecimientos de amistad al rey de Castilla, siendo la misma persona á quien aquel negaba todo derecho al trono.

—¿Qué haríais en mi lugar?

—¿Quereis que os manifieste mi opinion con toda franqueza?

—Esa es una de vuestras prendas mejores.

—Pues bien, señor, ahora que sois rey de Castilla, despachad á los embajadores de Aben-Jucef como hubiéseis despachado á sus heraldos cuando erais infante, y si viniesen con el guante de su señor.

Don Alonso pronunció estas palabras con imponente gravedad.

—Don Alonso, contestó el rey con entusiasmo; sois el caballero mas noble de Castilla.

—Gracias, señor.

—Veo que mi honor es para vos primero que la amistad y los favores que debes á Aben-Jucef.

—Señor, la dignidad de mi rey y el bien de mi patria son para mí primero que mi vida.

—Veo que me habian engañado.

—¿Han puesto en duda mi lealtad? preguntó el señor de San Lúcar frunciendo el ceño.

—Nó; pero me habian dicho que hablabais en la corte en favor de Aben-Jucef.

—Quien lo dijo, miente.

—Tal pensé.

—Gracias, señor.

—Nadie está libre de la calumnia.

Al pronunciar don Sancho estas palabras, hizo un gesto de disgusto.

—Pero la verdadera lealtad, señor, está mas alta que la ruin calumnia.

—¿Y creeis que siempre triunfa la verdad?

—Sí, señor.

—Hablemos de otra cosa.

—Como gusteis.

—¿Por qué Rodrigo iba á Toledo cuando vos habíais ya salido en busca de su dama?

Nó comprendió Guzman por qué el rey le hacia semejante pregunta, pero contestó:

—Porque ignoraba que yo fuese con tal objeto.

—Bien, ¿mas por qué se dirijió á Toledo?

—¿Por qué?... Ya os lo dije, porque fué engañado, sin duda por alguno de sus enemigos que queria alejarlo de la corte.

—¿Tan fácilmente se deja engañar el doncel?

—Puede equivocarse como todo el mundo.

—Don Alonso, no veo este asunto tan claramente como yo quisiera.

—No os comprendo, señor.

—Es posible.

—Si habeis creido que los peligros que hoy os amenazan alejaron al noble mancebo, desechareis toda duda cuando penseis que nadie le iguala en valor, que nadie os ama como él.

Quedó el rey pensativo, y no se atrevió á hacer á Guzman otra pregunta.

—¡Que nadie me ama como él! repitió para sí.

Y aunque hizo un esfuerzo para convencerse de esta verdad, los celos atormentaron nuevamente su espíritu.

Despues de algunos momentos de silencio, dijo á don Alonso.

—¿Habeis visto hoy al abad de Valladolid?

—Nó, señor, contestó el caballero.

Y luego miró al rey para ver si adivinaba en su semblante lo que pasaba en su interior: tanto le sorprendieron preguntas tan diversas y estrañas, hechas unas tras otras.

—Guzman, creo que me rodean muchos traidores.

Don Alonso volvió á mirarlo con mas estrañeza aun.

—¿No teneis tambien verdugos?

—Sí.... ya ejercitarán su oficio.... Venid esta tarde.

—¿Nada mas ordenais, señor?

—Nada.

—Guárdeos el cielo.

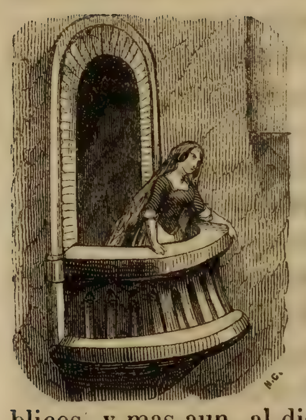
Salió el señor de San Lúcar, y don Sancho dió órden para que nadie entrarse en su aposento.

Mucho debió sufrir á solas con sus sospechas, y mucho se hubiese alegrado el abad á haberlo visto.



CAPITULO XXVII.

Contestacion que el rey da al embajador de Marruecos.



Mas pensativo y triste que el anterior estaba al siguiente dia el rey don Sancho. Todos, menos don Lope y el abad, atribuyeron su mal humor á la situacion delicada de los negocios públicos, y mas aun, al disgusto que le causaba el mensaje que Aben-Jucef le enviaba por medio de su embajador. Debia este ser recibido aquella mañana, y todos se mostraban ansiosos por saber la declaracion del rey.

Hacíanse públicos comentarios sobre el estado de los rei-

nos y la conducta del monarca, sin que los nobles cuidasen de sujetar sus lenguas, alentados por el favor que merecieron del rey cuando no era aun dueño de la corona, y mal acostumbrados á que todo se lo tolerase en los momentos en que lo imperioso de la necesidad habíale obligado á derramar á manos llenas injustas mercedes solo otorgadas á la ambicion. No habian comprendido los descontentos nobles que el disimulo de don Sancho era hijo de las circunstancias, y que aquel hombre dotado de una voluntad de hierro lo habria sacrificado todo para conseguir el resultado apetecido de sus planes. Pensaban, sin duda, haberlo engañado porque lo vieron premiar la traicion, fingir que nó conocia la deslealtad, y ciegos por la ambicion, ni siquiera sospecharon que habia de llegar un dia en que el rey, despojándose de la máscara del disimulo, y dando libre espansion á la impetuosidad de su carácter, les haria conocer que sabia cortar en una semana tantas cabezas como mercedes habia otorgado en un año.

Porque tal no comprendieron, decimos, conspiraban casi públicamente, censuraban todos los actos del poder sin curarse de que sus palabras llegasen ó nó á oidos del rey, y cometian todos los abusos que siguen á las épocas de revueltas y anarquía, madre siempre de gobiernos que tienen que moralizar la sociedad con sangre que purifique los pasados estravíos.

Nada se escapaba al genio observador y perspicaz de don Sancho, y aguardando el dia en que pudiese castigar tamaños desmanes, reprimia su enojo, siempre creciente, para mostrarlo de una vez y hacer que tras una sola sentencia se doblasen cien cuellos al verdugo. Mientras llegaba este dia, para todos tenia palabras halagüeñas y una sonrisa, y aun muchas veces solia decir á sus cortesanos: «Todos tendreis el merecido de vuestro proceder. No os impacienteis porque no es culpa de mi voluntad, sino de las circunstancias.» Y el tono con que esto les decia era tal, que á todos les hacia concebir esperanzas de nuevas recompensas.

Desde las diez de la mañana estaban reunidos los nobles en un espacioso salon del alcázar, adornado con magnificen-

cia, y esperaban que se presentase el rey que á la sazon hallábase conferenciando reservadamente con don Lope y el abad.

Divididos en grupos hablaban todos del mismo asunto, de la venida del embajador, y se mostraban impacientes por su tardanza.

Al fin corrió la voz de que el enviado de Marruecos acababa de llegar, y poco tiempo despues, abrióse una puerta del salon, y anunciaron al rey.

Don Sancho apareció mas grave que de costumbre, y sus pálidas mejillas y una arruga que se marcaba entre sus cejas, hicieron á todos comprender su mal humor.

Inclináronse todas las frentes; oyéronse mil frases respetuosas, y la torpe adulacion fué á estrellarse contra la inmovilidad del rostro del rey.

Vestia el bravo monarca una larga túnica de brocado de oro en campo azul, sujeta por un cinturon de seda negro bordado del mismo metal, y del que pendia su daga de inimitable trabajo y su limosnera cuajada de diamantes. Brillaba sobre su ancho pecho una gran cruz tambien de diamantes y que estaba prendida de un cordon de oro que rodeaba su cuello.

Con paso firme y continente altivo atravesó el salon seguido de don Lope, el abad y don Alonso, y fué á sentarse en un ancho sillon de ébano, marfil y plata, colocado en el testero principal y á cuyos piés habia puestos dos almohadones de seda carmesí con fleco y borlas de oro.

Todos se volvieron hácia aquel sitio y aguardaron á que el rey les dirijiese la palabra.

Reinaba un silencio profundo.

—Mis nobles vasallos, dijo el monaaca con sonoro y firme acento, quiero recibir públicamente al enviado del rey Jacob-Aben-Jucef, porque quiero que sea pública tambien la contestacion que doy á sus proposiciones de paz.

Calló luego, y paseó su penetrante mirada por todos los concurrentes.

—Mis cortesanos, prosiguió, guardarán el órden que corresponda á cada uno.

Dividiéronse estos en dos filas que se colocaron á derecha é izquierda del rey, estando mas cerca de este los de mayor categoria.

Todos lucian ricos trajes y brillantes armas.

Cuando hubo cesado el movimiento, mandó don Sancho que entrase el noble Abdalha, embajador del rey de Marruecos.

El enviado marroquí se presentó vestido con una magnificencia deslumbradora, y haciendo profundas reverencias llegó hasta el monarca.

Era de elevada estatura, de tez morena y negros ojos. Su aspecto era noble y distinguidas sus maneras. Tendria cuarenta años, y fácilmente se notaba que sus miembros no habian perdido nada de su juvenil vigor.

Abdalha era gefe de la frontera africana, y gozaba de gran consideracion.

—Rey de Castilla y de Leon, dijo con pausado tono, mi amo y señor el muy noble, muy poderoso y muy magnífico rey de Marruecos, me manda venir á tu presencia para que en su nombre te felicite por tu advenimiento al trono, y te ofrezca su amistad. Antigua costumbre ha sido, siempre observada por tus respetables abuelos, no declararse la guerra tus reinos y el de mi señor sino en casos de estrema necesidad. Esta costumbre, nacida de la mutua conveniencia, ha dado orígen á que los castellanos no miren á los marroquís como á enemigos tan encarnizados cuales pueden serlo aquellos hijos del Profeta que habitan en el territorio de Andalucía, y sin duda ha sido causa tambien de que con nosotros las treguas y las paces se hayan ajustado fácilmente. Con tales fundamentos, y llevado mi señor del sentimienio de cariño que esperimenta por Castilla, me manda proponerte una amistosa paz. Conoces su fidelidad para cumplir sus promesas, sabes que acostumbra á obrar, mas que como aliado, como verdadero amigo; si aceptas, pues, su proposicion, no habrás de arrepentirte, y con el placer que de este modo le darás, tambien evitarás á tus pueblos los horrores de una

guerra cuyos resultados nadie puede adivinar. Esta carta me acredita cómo embajador: dígnate recibirla.

Abdalha entregó al rey un ancho pergamino.

—Mahometano, contestó el monarca con aspereza, dí á tu señor, que si la costumbre ó la conveniencia han evitado luchas entre su reino y los mios, no por eso los castellanos dejan de saber tomar noble venganza de las ofensas que reciben. Cierto será que esperimenta tu monarça ese sentimiento de cariño hácia Castilla; pero no es menos cierto que en muchas ocasiones ha traido á nuestra tierra la desolacion y el llanto. Fácilmente se han ajustado paces en otras ocasiones, pero en la presente será muy difícil. Aun no he olvidado el cerco de Córdoba y la pérdida de mis mejores caballeros. Si él me ofrece paz yo le propongo guerra, cuyo resultado, si ha de juzgarse por otras ocasiones, mas favorable será á Castilla que á Marruecos. La vega de Granada y los Visos de Córdoba son recuerdos que probarán á tu señor que la espada de don Sancho IV sabe herir por ambos filos.

Notóse en el semblante del embajador el disgusto que le habia producido el tono arrogante y poco atento del rey, y convencido de que habria de volverse á su tierra sin conseguir la paz, quiso al menos dar contestacion á las últimas palabras de don Sancho.

—Piensa bien, rey de Catilla, que mas valiente se ha mostrado mi señor con ser menos provocativo y arrogante. Recuerdas las victorias de Córdoba y Granada, pero mañana quizas llorarás las derrotas de Jerez y de Aljeciras.

Brillaron los ojos de don Sancho, apretó los puños, y contraido el rostro y altiva la mirada, contestó con marcado enojo y desentonado acento:

—¿Te atreves á amenazarme que caerás sobre Aljeciras y Jerez?... No mereces mas que el desprecio. Dí á tu señor que como á ruin villano lo trataré: que tengo en una mano el pan y en la otra un palo, y que con lo uno defiendo lo otro. (1)

---

(1) Garibay, CAP. LV. *que en la una mano tenia el pan y en la otra un palo,*

Tales palabras, impropias de la dignidad de un rey, y dichas con toda la descompostura del coraje, causaron profunda sensacion en el auditorio, y dejaron mudo á Abdalha.

Anublóse el semblante del noble embajador, temblaron sus nervudas manos al apretar involuntariamente la rica empuñadura de su alfange, y sin cuidarse de hacer ni la mas ligera reverencia, salió ahogado por la cólera y se alejó inmediatamente de Sevilla.

Los cortesanos guardaron el mas profundo silencio, hasta que el rey, despues de mirarlos con airados ojos, les dijo:

—Preparad vuestras armas porque la lucha será sangrienta. Quiero reunir Cortes antes de marchar contra el moro, para que den su aprobacion á todos mis actos anteriores á la muerte de mi noble padre, á quien Dios haya dado gloria. En ellas presentareis todos los títulos de mercedes concedidas en aquella época, para que se les dé el valor de que carecen y que es justo que tengan.

Algun cortesano astuto temió lo que efectivamente llegó á suceder; pero la mayor parte de ellos creyeron que iban á asegurar los derechos de las gracias recibidas del infante..

Todos hicieron una profunda reverencia en señal de obediente respeto, y don Sancho, seguido de don Alonso, de don Lope y del abad, abandonó el salon sin dignarse siquiera contestar á ningun saludo.

—Mal aire corre, dijeron algunos caballeros.

—Algo sucede que nosotros no acertamos á comprender, contestaron otros.

Y comentando cada cual á su placer lo sucedido, fueron saliendo del alcázar mas cabizbajos que risueños, porque si bien no adivinaban lo que aconteceria mas tarde, todos presagiaban por instinto la tormenta que empezaba á anublar el horizonte cortesano.

El rey, entre tanto, despedia á los tres caballeros que lo

---

y que al que el pan le quisiese quitar le daria con el palo.

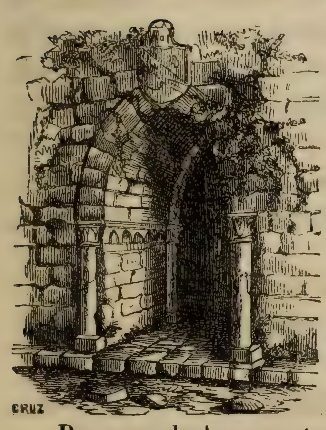
acompañaban, y se entregaba, como el dia anterior, á sus dudas y cavilaciones.

Don Lope y el abad se dieron una cita para aquella tarde, y el señor de San Lúcar se fué en busca de Pelayo el Duro.



CAPITULO XXVIII.

Donde se da cuenta del recibimiento que Jonadab hizo á su hija.



EMPEZABA á declinar el astro del dia haciendo reflejar las redondas cúpulas y los puntiagudos campanarios de las iglesias, é iluminando la parte mas elevada de los torreones de la imperial Toledo.

Por una de las puertas de la ciudad, caballeros en fatigados corceles cubiertos de polvo y blanco sudor, entreban un apuesto mancebo y una dama con el rostro velado, y seguidos de doce sirvientes armados de todas armas.

Aquella numerosa comitiva atravesó parte de la plobacion,

y parándose el mancebo, dió una órden al mas anciano de sus criados, y este desapareció seguido de nuève de ellos.

Acompañados de los dos restantes, continuaron su camino el caballero y la dama, y despues de haber dejado atras muchas calles, paráronse delante de una casa de pobre apariencia, y llamaron con repetidos golpes.

Pocos instantes transcurrieron. La voz de un anciano preguntó quien llegaba, y la encubierta amazona, arrojándose de su cabalgadura, contestó con acento conmovido:

—¡Soy yo, padre mio!

Abrióse la puerta, y tras un grito de alegría, confundiéronse con un estrecho abrazo las lágrimas de Jonadab y de Esther.

—¡Hija mia! exclamó el judio con voz ahogada por la emocion. ¡Cuánto he llorado por tí!

Largo rato permanecieron de aquel modo, sin pronunciar una palabra, porque en tales momentos la lengua no puede decir lo que siente el corazon.

Rodrigo los contemplaba lleno de ternura, y tambien sentia humedecidos sus ojos y agitado su pecho. La dulzura de su mirada, y la espresion de su semblante, revelaban todo el placer de que estaba poseido; pero tras aquel contento, una idea atravesó su mente, y contrayéndose su rostro dió involuntariamente un paso atrás.

Al fin el anciano hebreo, cogiendo entre sus descarnadas manos la cabeza de su hija, y apartándola un poco de sí para verla mejor, le dijo:

—¿Quién te ha salvado?

—Don Alonso Perez de Guzman, contestó Rodrigo antes que pudiese hacerlo Esther.

—Y él tambien, padre mio, y don Pelayo.... Todos tres han espuesto sus vidas y su reposo por mí.

—Gracias, repuso el judio estrechando las manos del doncel. Perdonad, pero ni siquiera os habia visto.... no lo estrañeis. ¿Podré pagaros algun dia todo lo que haceis por este desdichado viejo.

—Sí, Jonadab, y muy pronto os pediré la recompensa; pero cuidad de no ser ingrato, le contestó el mancebo con cierto tono que no dejó de llamar la atencion al judio.

—Entrad, entrad, dijo este que no encontraba contestacion á las palabras de Rodrigo.

—Yo os dejo, replicó el doncel. Voy á ver á mi madre.

—Mucho ha mejorado su salud.... Sí, corred á su lado porque no cesa de pronunciar vuestro nombre.

—Rodrigo, dijo Esther estremeciéndose y derramando abundantes lágrimas, no quisiera que te fueses aun, tengo miedo....

—¿No estoy contigo, hija mia?

—Es verdad.... Sí, sí, ve en busca de tu desdichada madre.

Despidióse el mancebo no sin prometer antes á sus amigos que pronto volveria, y seguido de sus criados partió al galope mientras Jonadab entraba en el aposento que daba al jardin, y hacia que su hija se sentase á su lado.

Cada momento que pasaba corria mas abundante y amargo el llanto de la doncella, mientras que un convulsivo temblor agitaba todos sus miembros, y se advertia una estraña inquietud en sus movimientos todos, divagando continuamente al referir lo que le habia sucedido desde la noche del rapto, y aun deteniéndose mil veces como el que se esfuerza para recordar lo olvidado.

Esta incertidumbre, que la achacó primero su padre á las emociones violentas que debia haber esperimentado la jóven, se hizo mas notable cuando tuvo que contar lo sucedido en el convento, y tan marcada fué su turbacion, que el anciano interrumpióla para preguntarle:

—¿Te sientes indispuesta, hija mia?

—Nó, señor.

—Prosigue.

—Voy, sí.

—Decias, que á donde quiera que se fijaba tu mirada, veias ya la cruz que pendia del cuello de una monja, ya la imágen

de la madre del Mesías de los cristianos.... ¡Cuánto has debido padecer! Pero tu fé te ponia á salvo de todo; siempre triunfaban tus creencias como en el convento de Córdoba cuando aquel capuchino te exhortaba.... ¡Qué orgulloso estoy con llamarte hija mia!

Los ojos del hebreo brillaron de alegría, y estampó en la frente de Esther un beso de sin igual ternura, un beso de padre.

Aquel beso hizo estremecer á la doncella violentamente.

—Aunque la calentura habia debilitado mucho mi cabeza, repuso, triunfé el primer dia. Cuando llegó la noche del segundo, me dormí tambien con la fé de mis padres....

—Y los demás, interrumpió el anciano, salistes tambien vencedora, porque nada hay que pueda infiltrar en tu corazon la duda ni quebrantar tu fé.

—Padre mio, contestó la doncella sin atreverse á mirar al anciano, los demas luché....

—¡Qué luchastes! exclamó el hebreo. Esther....

—¡Ah!.... vos no podreis comprender lo que he sufrido... ¡Perdonadme!

—Has vencido, contestó severamente Jonadab, y por eso te perdono por primera y última vez.

Quedó la jóven silenciosa y sin atreverse á proseguir. ¿Si solo la idea de que luchó, aunque venciendo, habia producido en su padre bastante efecto para que le hablase con dureza en los instantes de mayor ternura, qué haria cuando le dijese que habia abjurado su primera religion?

—Prosigue, hija mia, y enjuga ese llanto para mostrarme tu cándida sonrisa, la sonrisa que hace mi felicidad.

—Padre, hace mucho tiempo que lloro amargando vuestra vejez.

—Ya volverá el contento á tu corazon; yo te haré dichosa á fuerza de caricias.... ¿No es verdad que mis caricias son para tí un dulcísimo consuelo, pero un consuelo sin igual? Besa, hija mia, mi frente marchita por los años y los sufrimientos, y próxima á helarse por el soplo de la muerte. Bésa-

la una y otra vez. Dime que me harás feliz los pocos dias que le restan á mi vejez.

Acercó el anciano su arrugada frente á los labios temblorosos de su hija, y esta, en vez de dar un beso, exhaló un grito porque sentia desgarrado el corazon.

—¡Tened compasion de mí, padre mio!... ¡Me estais dando la muerte!

—¡Esther!

—¡Yo no puedo haceros feliz porque mis ojos no saben ya mas que llorar,

—Yo enjugaré tu llanto con mis caricias; yo te haré feliz, volveré la risa á tu boca, la alegría á tus ojos, la tranquilidad á tu corazon.... Sí, yo haré todo eso porque soy tu padre y el amor que te profeso me dará fuerza para vencer tu dolor. Tú no sabes lo que es un padre: cuando se trata de la felicidad de un hijo, no existe el imposible porque su voluntad es tan grande, tan inmenso su deseo, que todo lo domina, todo lo abarca.

—Parece que se han agotado mis fuerzas, dijo la jóven que se sentia desfallecer al escuchar á su padre.

—El cansancio del viaje, las emociones violentas que has sufrido.... Tranquilízate, hija mia, y prosigue porque estoy ansioso por saber cómo salistes del convento, cómo vencistes la duda que intentó quebrantar tu fé.... ¡Qué dichoso soy porque has sabido conservar las creencias de tu religion!.... ¡Oh!...si algun dia muriese tu fé, yo moriria de dolor con ella.

—¡Por compasion, padre mio! exclamó la jóven con desgarrador acento. ¡Me atormentais, me estais matando!....

Luego elevó al cielo una mirada de tierna súplica, y levantó los brazos como demandándole socorro. Las palpitaciones de su corazon eran precipitadas y desiguales. Sentia oprimido el pecho, abrasada la frente, trastornada la razon, y parecíale imposible soportar por mucho tiempo, por una hora siquiera, los agudos tormentos que le daba tan penosa situacion. Hubiera querido alejar el momento en que debia tal vez matar á su padre con la confesion de que ya habia re-

negado sus primeras creencias religiosas; pero ¿qué adelantaria con ocultárselo algunas horas, algunas semanas? Prolongar sus tormentos, pecar con el engaño y la mentira, y dar al fin al pobre anciano el terrible golpe.

—Prosigue, hija mia.

Esther no encontraba palabras con que referir lo sucedido la última noche que estuvo en el convento, y en vano se esforzaba por querer coordinar sus estraviadas ideas.

Ya empezaba á llamar la atencion de Jonadab el estado de su hija; pero no adivinaba la causa de su turbacion y su llanto, precisamente en los momentos en que debiera mostrar mayor alegría, por encontrarse al lado de su padre.

—Esther, dijo, no acierto á comprender tu dolor; tus palabras son para mí enigmas indescifrables....

—Es que.... padezco mucho porque no puedo haceros feliz.... porque os entristezco con mi llanto....

—Ya sonreirás mañana tanto como lloras hoy. Tranquilízate y prosigue: no dejes ni un solo detalle de aquellos momentos en que quisieron arrancarte las creencias de tu infancia, las de tu padre, las de tus abuelos.... ¡Qué orgulloso me siento al pensar que has tenido valor para resistir, para triunfar sin mas ayuda que tu fé y el recuerdo de tu anciano padre!.. Prosigue, hija mia, prosigue porque estoy ansioso por saberlo todo.

Esther hizo un esfuerzo que debió atormentarle mucho, y dijo:

—Cuando la abadesa supo que podia avisar á Rodrigo, le escribió una carta y se la envió apenas tuvo noticias de que habia llegado á Sevilla.

—¿Y él fué al momento á buscarte?

—Nó, porque mi raptor, tomando el nombre del doncel, se apoderó de la carta.

—¿Y qué hizo?

—Se presentó en el convento aquella misma noche, diciendo que iba de parte de Rodrigo porque este habia salido para Carmona con el rey.

—Tú te resistirias á seguirle.

—Sí, padre mio, y la abadesa tambien se opuso á que me llevara; pero él, resuelto á consumar su crímen, llamó á sus criados y bien pronto nos vimos rodeadas de muchos hombres y amenazadas de puñales. Prepararon cuerdas y mordazas, y considerándonos ya perdidas....

—¡Miserables! exclamó Jonadab sin poder contener su enojo.

—La abadesa cojió entonces una imágen del Crucificado, y levantándola en la diestra, quiso contener á mis perseguidores.

—¿Y qué hicieron ellos?

—Vacilaron algunos instantes, pero al fin, pudiendo mas sus brutales sentimientos, se arrojaron sobre nosotras.... yo sentí en mi cintura los brazos de don Mendo, y....

—Prosigue, no te detengas, dijo el anciano precipitadamente y mientras que su corazon palpitaba con violencia.

Esther apenas podia hablar: sus miembros eran presa de una convulsiva agitacion, y sus secos labios se movian trabajosamente. Sin atreverse á mirar á su padre, y con entrecortado acento casi imperceptible, contestó:

—Entonces.... pedí socorro al Dios de Israel....

—Y te socorrió....

—Nó, padre mio.... no me socorrió.... y yo.... estaba perdida.... sin mas amparo que el de una débil anciana.... ¡Me ahogo!...

La infeliz jóven hizo un esfuerzo que debió desgarrarle el alma. Creyó que el corazon se le salia del pecho roto en menudos pedazos. El llanto habia desaparecido de sus ojos, y sus mejillas estaban cubiertas de una palidez mortal.

—¡Acaba, Esther! exclamó Jonadab en estremo ajitado.

Acordóse entonces la doncella de las palabras de la superiora, y pidiendo á la santa madre del Mesias fuerzas y valor, dijo con ahogado acento y clavando en su padre una mirada febril:

—Entonces, desesperada, sin fé en mis creencias, pedí socorro al Crucificado....

—¡Esther exclamó el hebreo con voz que apenas salió de su boca.

Y levantándose de su asiento, retrocedió algunos pasos y miró á su hija con espantados ojos.

—Y el Mesias de los cristianos me socorrió, me salvó instantáneamente....

—¡Esther! repitió Jonadab oprimiéndose el pecho porque sentia que le faltaba la respiracion.

El sol acababa de ocultarse, y el débil resplandor del crepúsculo vespertino alumbró aquella escena.

Esther, con las manos cruzadas, estendidos los brazos, y la mirada fija en su severo padre, quiso acercarse á él para implorarle piedad: pero el anciano, apretando los puños é irguiendo la frente bañada en frio sudor, la detuvo, dejándola inmóvil y muda con solo una terrible mirada.

—¡Tú no eres mi hija! gritó con acento aterrador. ¡La maldicion del cielo caerá sobre tu cabeza!

—¡Padre mio.... me salvó!...

—¡Desdichada!

—¡Si conservo mi pureza la debo á su piadosa ayuda!.... ¡Perdonadme, pero ya no puedo retroceder, me arrastra á adorarle una fuerza mayor que mi voluntad!....

—¡Qué has hecho, infeliz!... ¿Sabes que me has dado la muerte?

La jóven cayó de rodillas. Su cabeza se ardia y todo su ser estaba trastornado.

—¡Perdon, padre mio!

—Yo no soy tu padre.... Huye, huye...

—¡Perdon!....

—¡Me has dado la muerte!

—¡Dios mio, Dios mio, esto es horrible!... ¡Hé cortado la existencia del autor de mis dias!...

—¡Aun es tiempo, Esther! Reconoce tu error....

—¡Imposible!.... Me ha salvado, he visto su mano prestándome ayuda....

—Esther, Esther, mi agonía será horrible; salva á tu anciano padre, al que todo lo debes.....

—¡Padre mio!... Si mi sangre puede alargar vuestra existencia, si á vuestros ojos ha de lavar lo que vos llamais mi pecado y os ha de dejar tranquilo mi espiacion, hundid en mi pecho un puñal, no vacileis.

—¡Desgraciada!

—¡Madre santa de los dolores, infunde en mi alma el valor que tuvistes para ver morir crucificado á tu Divino hijo!

—¡Esther, tus palabras me ciegan de justa cólera!

—¡Soy cristiana, exclamó la doncella con acento breve, y con la decision del que cierra los ojos para salvar un ancho precipicio.

Jonadab apretó convulsivamente los puños, mientras que el estravio de su mirada decia claramente que el fanatismo habia cegado su razon y embotado todos sus sentimientos menos el de la cólera.

—¡Esther, Esther, mi enojo es terrible! exclamó.

—¡Sacrificadme á él!

—¡Teme mi indignacion!.... ¡Tu sangre lavará tu pecado!

—Moriré serena, contestó la jóven.

Y luego una sardónica risa estremeció todo su cuerpo.

La noche habia cerrado, y en medio de la oscuridad del aposento, brillaron como dos fosfóricas luces los ojos del judío.

Repetidas veces llamaron á la puerta de la calle, pero ni Jonadab ni Esther oyeron nada.

—¡Pide ahora socorro al Mesías de los cristianos! exclamó el hebreo con sordo acento.

Y perdida la razon, introdujo la diestra bajo su negra ropa, y con el brillo de sus ojos armonizó el de la hoja de un afilado puñal.

Esther, llena de espanto, exclamó:

—¡Ya no tengo otro padre mas que tú, divino Nazareno!.. ¡Ampara á tu hija!

—¡La muerte está sobre tu cabeza, arrepiéntete!

—¡Hijo de Dios, haz que mi sangre me sirva de bautismo! gritó la infeliz jóven poseida del entusiasmo religioso.

—¡Desdichada, arrepiéntate!

—¡Jamás!

—¡Dios me manda hacerte espiar tu pecado!

—¡Herid!

Jonadab estaba ciego de cólera. Un vértigo horrible se habia apoderado de su razon trastornada por el fanatismo en su mas alto grado.

—¡Pues bien, gritó desaforadamente, que te libre tu nuevo Dios del castigo que me manda imponerte el verdadero de Israel!

—¡Me librará! contestó la jóven poseida de la mas profunda fé.

El arma homicida relumbró sobre la hermosa cabeza de Esther; pero en el instante en que con su sangriento golpe iba á hacer un nuevo mártir, la celosía de la puerta del jardin saltó hecha mil pedazos, y Rodrigo, con los ojos chispeantes de furor, lanzóse sobre el hebreo, lo asió fuertemente por la garganta, y lo arrojó como si fuese una ligera pluma lejos de sí.

Cayó el judio sin sentido en el duro pavimento, y su hija exhaló un grito de sorpresa y de espanto, y quedó tambien sin conocimiento en los brazos del doncel.

La oscuridad y el silencio reinaron en aquel lugar de dolor y de llanto. Solo se percibia la agitada y desigual respiracion de los dos amantes.

Rodrigo se inclinó sobre la doncella, y muy trabajosamente pudo distinguir sus pálidas y descompuestas facciones.

—¡Esther, dijo, Esther mia!

Pero su amada no contestó.

—¡Ay de tí, perro, prosiguió á la vez que rechinaba sus dientes, ay de tí si tu brutal enojo da la muerte á tu hija.

Luego estampó un beso en la frente de Esther, y procuró volverle el sentimiento á fuerza de caricias; pero en vano.

—¡Dios mio! exclamó. ¿Qué debo hacer? es preciso sacar

de aquí á esta desdichada, para evitar que la cólera de su padre la sacrifique.... ¿Habré matado al viejo?.... ¡Oh!... Si así hubiese sucedido, los remordimientos quitarian la vida á Esther.... y me aborreceria.... Veamos....

Dispúsose á dejar en un taburete á la doncella para ver si Jonadab vivia, pero se detuvo, diciendo:

—Nó.... luego volveré.... ahora, salvémosla porque es peligroso aguardar á que ese perro vuelva en sí. Querria atentar segunda vez contra la vida de su hija, y yo.... ¡oh!... yo dudo si podria contener mi enojo.... ¡Nó, nó, eso seria horrible, muy horrible!

Con su preciosa carga, caminó á tientas el doncel, y llegando á la puerta que daba á la calle, salió y á buen paso se encaminó á su posada.

Su frente se ardia; palpitaba con violencia su corazon, y ya salian de su boca tiernas exclamaciones, pidiendo al cielo socorro, ya prorrumpia en juramentos y amenazas terribles.

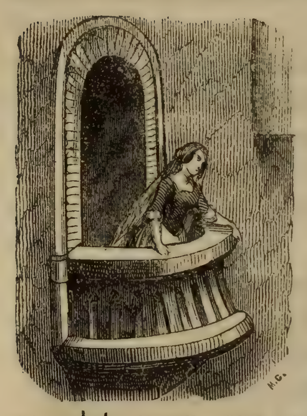
Tan repentino habia sido el golpe que recibiera el desgraciado mancebo, que sentia, á pesar de sus fuerzas prodigiosas, que sus piernas le flaqueaban, pudiéndole apenas sostener.

Cuando llegó á su casa, tuvo necesidad, para poder subir la escalera, de que le ayudasen sus criados á llevar á la judia, y solo la voluntad lo sostuvo, porque sus miembros habian perdido todo su vigor.



CAPITULO XXIX.

De cómo es verdadero el adagio que dice que no hay mal que por bien no venga.



Como habia dicho Jonadab á Rodrigo, la madre de este estaba notablemente mejorada. Desde la crísis que sufrió la noche en que robaron á Esther, tenia algunos momentos de completa razon, que se habian ido haciendo mas frecuentes, gracias á los cuidados y á la ciencia del judio. Esperaba este curar del todo, y no sin fundamento creia que tras una segunda crísis recobraria su completo juicio.

Durante la ausencia del mancebo, el nombre de este habia

sonado constantemente en los lábios de su madre, y ya en sus momentos lúcidos, poseida de su intenso cariño, ya en sus horas de loco espanto, habíalo llamado siempre con tierno afan.

Cuando Rodrigo, despues de dejar á Esther en los brazos de su padre, fué á su casa, informóse del estado de su madre, y sabiendo que se hallaba en uno de sus períodos de locura, no entró en su aposento á verla, temeroso de que, como la noche en que robaron á su amada, quisiese estorbarle luego la salida. Y como temia que Jonadab, ciego por el fanatismo, abusaria de su paternal autoridad y poder, dejó para ver á su madre, el momento en que volviera segunda vez de casa de la judia, y solo se detuvo para dar algunas órdenes y mudar de vestido, saliendo en seguida en busca de su amada.

Ya sabemos lo sucedido, y dejamos al mancebo escalera arriba y rodeado de algunos sirvientes que le ayudaban á conducir á Esther.

Sigamos sus pasos.

No era su intencion presentarse á su madre entonces, sino descansar para hacerlo despues, porque se sentia tan desfallecido que dudaba si tendria suficientes fuerzas para sostenerse; pero cuando atravesaba un ancho corredor, empezó á faltar la luz á sus ojos, y parecióle que las peredes giraban en torno suyo, y sintió doblársele las piernas, hasta el punto de verse obligado á abandonar á Esther en brazos de sus sirvientes.

En semejante estado, abrió la primera puerta que maquinalmente tocó, dió algunos pasos por un espacioso aposento iluminado por dos grandes lámparas de piata, y oyó cerca de sí la voz de su madre que decia:

—¡Que venga mi hijo, él solo puede matar al fantasma!

—Aquí estoy, contestó Rodrigo con débil voz y haciendo un supremo esfuerzo para sostenerse.

Doña Ines fijó sus espantados ojos en su hijo y se precipitó en sus brazos.

—¡Madre mia! repuso el mancebo.

Pero perdidas del todo sus fuerzas, desplomóse su cuerpo y cayó sobre el blanco mármol del pavimento.

Su madre retrocedió algunos pasos, mirólo nuevamente, luego vió tambien á la judia sostenida por dos criados, y agitándose convulsivamente todos sus miembros, exhaló un agudo grito, arrojóse sobre el cuerpo del doncel, y exclamó:

—¡Muerto!... ¡Muerta!... ¡Los han matado!...

Siguióse un silencio profundo.

Los fieles criados se sintieron conmovidos ante el dolor de aquella madre, las desgracias del hijo y la interesante belleza de Esther.

Al ver arrodillada á doña Ines, cubierto el rostro con las manos, descansando la cabeza en el pecho de su hijo, é inmóvil y muda, creyeron los sirvientes que tambien habia perdido el sentido, y colocando á Esther en un sillon, acercáronse á su señora para prestarle socorro. Empero cuando sus manos la tocaron, levantó ella la cabeza, y se vieron sus ojos llenos de lágrimas que corrian abundantemente por sus pálidas mejillas.

—Dejadme, dijo con ahogada voz, pero tranquilo acento. Dejadme; ya sé que mi hijo no está muerto; siento palpitar su noble corazon.... Dejadme llorar, luego me direis lo que ha sido de mí, porque mi memoria no puede recordarlo.

Miráronse los criados como diciéndose:

—Está en uno de sus momentos de razon.

No se escapó á doña Ines aquella mirada de inteligencia.

—Ya sé que he estado loca, dijo, pero Dios ha querido devolverme la razon. Levantad á mi hijo, conducidlo á su lecho, y tambien á esa dama.

Obedecieron confusos los sirvientes, pero al mover á Rodrigo, exhaló este una queja y pronunció el nombre de su madre y el de Esther.

—¡Aquí estoy! exclamó doña Ines besando con maternal ternura al mancebo.

—¡Madre mia!... Sentadme, sentadme y abrir las ventanas porque se me arde la cabeza.

Sentáronlo en uno de los lujosos sillones, y abrieron las ventanas por donde penetró el aire fresco de la noche.

—Llevad á esa dama á mi lecho, dijo doña Ines, haced que se cuide de ella y avisadme cuando recobre los sentidos.

Estas órdenes fueron ejecutadas, y Rodrigo y su madre quedaron solos.

Colocóse esta cerca de su hijo, y enjugando el llanto que salia de sus negros ojos, enlazó con las suyas las blancas manos del doncel.

En el rostro pálido de doña Ines se veian las señales de sus largos padecimientos. Un cerco amoratado rodeaba sus grandes ojos, y sus labios estaban secos y llena de sutiles grietas su fina piel. Algo habia perdido su antigua belleza, ó por lo menos así parecia, tal vez por el aspecto que le daba la descompostura de su peinado, el desaliño de su traje, y la perdida trasparencia de su cútis.

Por la frente de Rodrigo, aunque abrasada en aquellos momentos por una fuerte calentura, corrian gruesas gotas de frio sudor, y sus miembros solian agitarse á consecuencia de su misma debilidad nerviosa, que producia en él un temblor á cada movimiento que intentaba hacer. Su rostro estaba tambien pálido, sus lábios secos, y apagado el brillo de sus azules ojos. Todas las señales esteriores que se veian en el mancebo, anunciaban el próximo desarrollo de una peligrosa enfermedad.

—¿Por qué llorais, madre mia? dijo al fin el doncel, tras un penoso esfuerzo.

—¿Me preguntas por qué lloro?.. ¡Ah!... Lloro de alegria, pero de una alegria que jamas sentí, que me embarga todo otro sentimiento, que temo que me haga perder nuevamente la razon.

El jóven miró á su madre con estrañeza y como queriendo averiguar si sus palabras eran hijas del estravio mental ó de la verdadera razon en uno de aquellos momentos lúcidos que solia tener la infeliz.

—Sé lo que significa esa mirada, Rodrigo, prosiguió doña

Ines, y doy al cielo gracias perque se ha apiadado de mí. Nada temas; mi razon está sana, y para siempre: no es este uno de esos momentos en que frecuentemente la he recobrado para volver á perderla. Lo conozco, porque nunca, desde el principio de mi locura, me he sentido como ahora. Mi espíritu está tranquilo, y.... no sé, pero el instinto me dice que estoy curada.

—¿Será cierto, madre mia? preguntó el jóven con todo el entusiasmo que le permitia su estado de postracion.

—Sí, tranquilízate.

—¡Gracias, Dios mio! ¡Perdonadme si dudé de vuestra justicia, loco por el dolor!

—Rodrigo, ¿has dudado de la justicia del Omnipotente?

—Madre mia, ha estado Esther amenazada de una desgracia horrible, y....

—¡Rodrigo!...

—Esa misma desgracia os ha causado una violenta y repentina impresion á cuyos efectos debeis el juicio.

—Me hablas de desgracias horribles, hace mucho tiempo que no te veo, ¿qué ha sido de tí? ¿qué de mí?

—¿No guardais memoria de nada?

—Solo de la terrible escena que tuvo lugar cuando murió tu padre, contestó doña Ines.

Y una lágrima salió de sus hermosos ojos, mientras que Rodrigo suspiraba tristemente.

—Desde entonces ha habido muchos acontecimientos á cual mas triste.

—Cuéntamelo todo, hijo mio.

—No sé si tendré fuerzas para ello.... me encuentro tan débil....

—¿Quieres acostarte?

—No, madre mia.... quisiera probar á referiros todo lo que ignorais.

—Ya estoy buena, muy buena, pero.... parece que tengo un peso enorme sobre los ojos.... apenas puedo abrirlos....

—¿Teneis sueño?

—¿Sueño?... Sí, tengo sueño.

—¡Gracias, Dios mio!... ¡Ya estoy completamente tranquilo!

—Puedes estarlo: ya te he dicho que estoy curada.

—¿Por qué no os acostais?

—Sí, lo haré; pero antes quiero saber lo que ha sucedido durante el tiempo que he estado loca: de otro modo no dormiria.

Doña Ines se pasó las manos por los ojos para ahuyentar el pesado sueño que la dominaba, y luego se dispuso á escuchar á su hijo.

Trabajosamente, é interrumpiéndose con frecuencia, empezó Rodrigo á referir los tristes sucesos que ya conocen nuestros lectores. A no ser tan interesante su relato, el sueño habria cerrado los ojos de su madre; pero haciale despertar cada desgracia, separaba sus párpados la curiosidad á cada nueva situacion, á cada peripecia, y aunque haciendo grandes esfuerzos, pudo escuchar el final de la narracion del jóven, bastante concisa, porque apenas tenia fuerzas para hablar.

Bien hubiera querido doña Ines dirigirle nuevas preguntas, pedirle esplicacion sobre algunas dudas que se le ocurrieron, y saber mas detalles, pero contuvo su impaciente deseo, ya porque conocia que atormentaba á su hijo haciéndole hablar, ya porque el sueño la dominaba tan poderosamente, que no creyó poder escuchar mas sin quedarse profundamente dormida.

Quiso, sin embargo, preguntar á Rodrigo, quién habia recogido el pergamino que ella llevó á don Alonso para que lo firmase, pero la presencia de un criado lo interrumpió.

—Señora, dijo el sirviente, ya ha recobrado el sentido esa dama.

—¿Cómo se encuentra? preguntó el doncel.

—Llora mucho y dice que siente fuertes dolores en todo el cuerpo. ¿Avisamos á Jonadab?

—Nó; haced que venga Samuel, contestó doña Ines.

—Quiero verla, repuso Rodrigo.

Pero al intentar levantarse se convenció de que no le quedaban fuerzas para sostenerse.

—Ahora te acostarás, hijo mio, porque puede peligrar tu salud. Esther queda á mi cuidado.

El doncel no se opuso. La calentura aumentaba y lo tenia en un estado de gran debilidad.

—Bien, madre mia....Pero cuidad vos misma de Esther... Nó, ahora dormid.

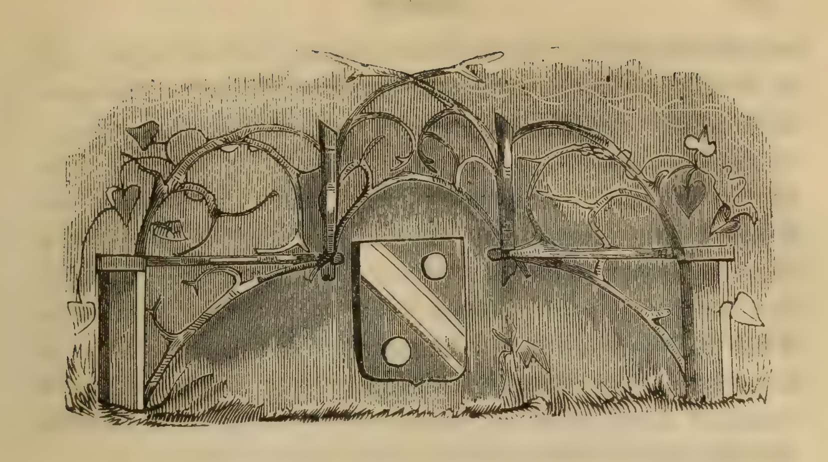
Dos criados condujeron á Rodrigo á su cama, á cuya cabecera se encontraba á poco rato un viejo judio, el llamado Samuel, hábil, segun fama, en la ciencia de curar.

Doña Ines, á pesar del cuidado que le daba la salud de su hijo, sér en quien tenia reconcentradas todas sus afecciones, dormia tan profundamente, que ni el ir y venir de los criados, ni ningun otro ruido, la hacian despertar.

Samuel opinaba que no eran de peligro las dolencias de Esther ni del mancebo; pero que los tendrian postrados por lo menos una semana.

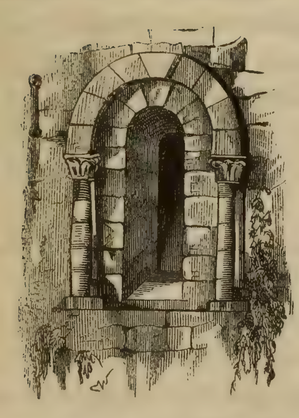
Ni el uno ni el otro consiguieron reposar aquella noche, hasta que al despuntar la aurora, un sueño pesado y fatigoso cerró sus párpados.

Doña Ines seguia durmiendo profundamente.



CAPITULO XXX.

Dos corazones grandes.



SAMUEL se habia equivocado. A los tres dias del suceso que volvió la razon á doña Ines, la judia se encontraba casi buena, y aunque algo débil, permitiéronle sus fuerzas levantarse; pero Rodrigo, por el contrario, apenas podia moverse en su lecho.

En aquellos tres dias, la madre del doncel, aunque resentida su naturaleza por la pasada enfermedad, habia dado á conocer que su vasta y fecunda imaginacion debia servir de

mucho á nuestros enamorados y amigos. Una vez al corriente de todo lo ocurrido durante su locura, hizo mil preguntas á su hijo, pidióle mil esplicaciones sobre hechos que parecian insignificantes para todos, pero á los que ella daba mucho valor, y combinando planes, buscando antecedentes y preparando intrigas con toda la sagacidad de su delicado ingenio, demostró que ella sola era la única que podia luchar con la astucia de don Gomez y con la influencia del señor de Vizcaya. No dejó de tocar ninguno de los resortes que estaban á su alcance en aquellos momentos y de los que podia disponer mientras no la embargase el cuidado de la salud del mancebo.

Ya habia tenido largas conferencias con la reina, y habia averiguado que el judio, desde la noche en que intentara matar á su hija, no salia de su casa sino al amanecer para dar un largo paseo por el campo, y volver á encerrarse hasta el otro dia.

El viejo hebreo no habia hecho ni la mas leve gestion para saber lo que era de su hija. Sin duda, ó meditaba algun horrible plan, ó habia determinado abandonar á la nueva convertida, para evitarse el disgusto de hacerle espiar con sangre su pecado, segun, como él decia, Dios se lo mandaba.

Eran las diez de la mañana, y Esther se hallaba sentada en un blando divan de seda carmesí, que formaba parte de los ricos muebles de un aposento no muy espacioso. A su lado estaba doña Ines descansando en un ancho sillon.

Aunque hablaban tranquilamente, la conversacion debia interesarles porque no demostraban indiferencia.

—Si no me engañan mis sospechas, decia doña Ines, vuestro enemigo no es solo don Mendo Garcia. En todo lo que me ha contado Rodrigo he visto algo mas que la rivalidad de un amante, y sin duda, á la vez que vuestro raptor os persigue, algun otro pone en juego sus intrigas con fines que hasta ahora no he podido adivinar. Rodrigo es valiente y de noble corazon ; el rey lo distingue con amistad la mas cariñosa, y la envidia le habrá dado enemigos, que nunca faltan al que

tiene prendas no comunes ó goza del favor de los poderosos.

—Yo no conozco el mundo, contestó Esther, y ni aun siquiera puedo sospechar. ¿Pero qué interés podria mover á ninguno á separarnos si sus fines no fuesen los de hacerse dueño de mí?

—Con razon decis que no conoceis el mundo, y mucho menos la corte. La intriga tiene muchos caminos, y á veces para derribar á una persona la favorece, ó ataca á otro que nada tiene, en apariencias, que ver con la designada víctima. Quiera Dios que jamas tengais necesidad de aprenderlo.

—No lo aprenderé porque me falta el tiempo solo para llorar mis desgracias, repuso Esther exhalando un hondo suspiro.

—Cesará vuestro llanto. Ahora no es Rodrigo, loco de amor, ciego de arrebato, quien ha de defenderos y defenderse; soy yo, con la razon fria, con la esperiencia de mis años, con la calma de mi resignacion la que ha de protejeros al uno y al otro. Ya conozco á algunos de sus enemigos, pero no sus planes ni el objeto que se proponen. Solo uno de ellos es temible por su raro ingenio, por su hipocresía y por su costumbre en intrigar. Inutilizado este, el otro nada vale á pesar de su influencia, su oro y sus vasallos.

—¿Y cómo averiguar lo demas que os interesa?

—No faltará medio. Me falta saber una cosa sobre la que no ha podido darme razon Rodrigo, pero que quizas me aclare don Alonso Perez de Guzman.

—¿Sabeis, señora, que vos sola me inspirais mayor confianza que mis tres protectores reunidos?

—Y esa confianza crecerá cuando Rodrigo esté bueno y me veais luchar con nuestros enemigos.

—Yo no os veré.

—¿Os vais á morir acaso?

—Tal vez. Los terribles golpes que he sufrido y los que aun he de recibir, pueden fácilmente acabar con mi existencia. Pero aun cuando la conserve á pesar de todos los emba

tes de mi negra fortuna, ya os he dicho que estoy resuelta á encerrarme en un claustro y á no salir de él hasta que se aplaque el enojo de mi padre.

—¿Es decir, que no os han convencido mis razones?

—¿Cómo quereis que nada me convenza ante los remordimientos que dia y noche me acosan?

—¿Acaso creeis no haber cumplido con vuestro deber abjurando vuestra antigua religion?

—Sí, y aun me parecen siglos los instantes que tardo en recibir el bautismo. Empero si mi padre muere á impulsos de su dolor, si su fanática ceguedad corta el hilo de su existencia, siempre me acusaré de esta horrible desgracia, y ya comprendereis que no se puede gozar tranquilamente en el mundo cuando se ha dado la muerte á un padre, aun cuando sea con el puñal de la virtud.

Los ojos de la jóven se llenaron de lágrimas y luego prosiguió:

—¿Qué significará para mi conciencia la satisfaccion de haber reconocido mis errores, si con ello arranco el corazon al que me dió el sér y se sacrificó por hacerme feliz? Vos no comprendeis todo lo que tiene de horrible mi situacion. Si salvo mi alma, mato á mi padre; si salvo á este, condeno mi alma... ¡Oh!... ¡Esta alternativa es horrible, muy horrible!.. Paréceme detestable egoismo querer procurarme la eterna felicidad á costa de la desgracia eterna de mi padre, y considero el mas negro pecado abandonar á sabiendas el camino de la verdadera fé y la salvacion por gozar de las caricias de aquel, por alargar algunos dias, tal vez no mas que algunas horas, su existencia amenazada por la mano de la vejez. ¿Y creeis que pueda haber tranquilidad posible, siquiera aparente calma, cuando es inevitable uno de ambos remordimientos?

—Exagerais lo triste de vuestra situacian, contestó doña Ines procurando endulzar el dolor de la doncella. No creo que vuestro padre muera á impulsos del sentimiento que le cause vuestra conversion. Ya sabeis que pasado el primer arrebato

de su cólera, no esperimenta, al parecer, sino una tristeza, que es muy natural, siquiera porque se ve separado de su hija. Si Dios os ha iluminado para que sigais el camino de la verdadera salvacion, no lo abandoneis, que vuestro severo padre, convencido al fin de que en puntos de conciencia no cabe la autoridad ni el rigor para conducirla, escuchará la voz de la naturaleza y concluirá por estrecharos entre sus brazos.

—Quiera el cielo que suceda así. ¿Pero entre tanto, qué he de hacer sino llorar, buscando en Dios el consuelo que no puede darme el mundo? ¿Qué he de hacer sino renunciar á mi amor encerrándome en una celda?

—¡Renunciar vuestro amor!

De los ojos de Esther brotaron dos perlas.

—¡Sí, renunciar á él, dijo tristemente. ¿Puedo acaso entregarme á sus delicias? Aun suponiendo que llegue á aplacarse el enojo de mi padre, mientras esto sucede, mi conciencia me manda llorar, el mundo me impone el deber de no hacer alarde de otros sentimientos que los de buena hija. Mi padre es israelita, mas ¿qué importa que los hombres le llamen perro? al fin es mi padre, y antes debo mirar el amor que me tiene como tal, que el de un hombre á quien inspiré hace pocos dias una pasion que intenta luchar con el cariño de quien me dió el sér.

—¡Pobre niña! murmuró doña Ines.

—Dios quiere probar mi fé.... ¡Fuerzas, fuerzas, que mi espíritu arde en tu divino amor, oh santo Mesías!

—Vuestra mente se acalora.

—Se abrasa mi pecho con la pasion, se desgarra mi alma con los remordimientos.... No se acalora mi mente, es que veo cercano el instante en que tendré que dar un eterno adios á Rodrigo, en que me veré obligada á arrancar con mi misma mano las ilusiones mas queridas de mi corazon, á borrar de mi memoria el recuerdo de las horas felices en que me dormí arrullada por mis cantos de tierno amor.... ¡Ah!.. ¿Comprendeis mis dolores? Si es así, habladme de ellos, es-

plicadme los sufrimientos de estas luchas, y me consolareis.

Animáronse los ojos de doña Ines, y poniendo una mano sobre su corazon dijo con amargo acento:

—¡Que si comprendo vuestros dolores!... ¿Acaso no los sufro? ¿Acaso no he sentido tambien uno que vos no conoceis y que es mas horrible que todos? Yo he amado y he tenido que ahogar mi pasion en medio de la soledad. Yo he sentido el grito de la conciencia que me atormentaba porque mis estravios acortaron la existencia de mi noble madre. Me he visto despreciada por el hombre á quien todo se lo sacrifiqué. He sido el juguete de sus iras, y los celos han despedazado mi corazon. Yo he sufrido.... tanto he sufrido que en vano os lo esplicaré porque no lo comprenderiais. Y sola en el mundo, con mi hijo cuyo cariño aumentaba mis tormentos, he llorado en una soledad mas triste que la del claustro, he luchado sin mas ayuda que mi dolor, y teniendo por enemigo al mundo entero, solo la falta del juicio, es decir, la muerte, pudo vencer mi resistencia y contrarestar mis ataques. Juntas mis lágrimas, pudieran formar un caudaloso rio; mis ayes no tienen número, y mis horas de amarga soledad son tantas que solo pueden contarse por las que llevo de existencia desde la edad de diez y siete años. No hay dolor que no conozca mi alma. Un amor sin esperanza; el desprecio del objeto amado; el remordimiento de haber menguado la vida de mi madre, y el de haber causado la desgracia del hombre que verdaderamente me amó; el desvio del mundo y verme señalada por él como liviana; la idea de que mi hijo, noble, valiente y generoso, no sabia pronunciar el nombre de su padre y tenia que bajar avergonzado la frente ante el último plebeyo, y en fin, cuanto de imaginable existe lo he sufrido, siempre luchando.

—¡Pobre muger! murmuró á su vez la judia.

En el semblante de doña Ines se pintaba toda la energia de su carácter, toda la fuerza de su espíritu.

—Quizas, prosiguió doña Ines, por un esceso de fuerza de voluntad, ó arrebatada por el mismo dolor de mis desgracias,

fuí en estremo vengativa; pero ya me ha castigado el cielo teniéndome privada de razon.

—Harto habeis sufrido. Mis fuerzas no hubieran bastado para tanto.

—Y sin embargo, aquí me teneis dispuesta á continuar la lucha, porque tengo un deber sagrado que cumplir, y es procurar la felicidad de mi hijo. ¡Y vos quereis encerraros en un convento, renunciar á vuestro amor y abandonaros en brazos de vuestra desgracia para morir sin intentar siquiera vencerla! ¡Valor, jóven! La sociedad es un falso gigante, invencible en apariencia, pero tan necio y débil en realidad, que basta querer para engañarlo y vencerlo. ¿Os faltará el ánimo cuando arde en vuestro pecho una pasion grande, inmensa, vírgen de crueles desengaños?

La jóven levantó la cabeza con energía y contestó:

—¡Que me falta el valor!... ¿Habreis vos necesitado tanto para luchar con el mundo, para sufrir vuestros celos y para soportar los remordimientos de vuestra conciencia, como necesito yo para arrancar del pecho y arrojar á lo mas profundo de la sima del olvido la pasion que arde en mi alma? ¿Suponeis debilidad á quien voluntariamente sacrifica su dicha, sus ilusiones mas halagüeñas, en las aras del deber y la virtud?

—Nó, jóven, contestó doña Ines fijando en la judia una mirada de admiracion. Tanta abnegacion no es cobardía. ¿Pero por qué no empleais vuestra inmensa fuerza de espíritu en haceros feliz?

—¿Por qué no empleais vos la vuestra en tener mi abnegacion, y dejais la lucha con el mundo para encerraros en una celda?

—Porque tengo un deber que cumplir, ya os lo he dicho: el deber de madre.

—Pues el de hija que me impele á mí, no es menos sagrado.

—¿Salvareis á vuestro padre de la desesperacion ó de la muerte con vuestro retiro?

—Pero si ve á su hija alegre, gozando de la felicidad de sus ilusiones, y olvidándose de sus penas, se aumentará su desesperacion ó se abreviarán los dias de su vida.

—Podeis llorar en el mundo, lo mismo que en un convento.

—¿Y qué dirá ese mismo mundo y aun mi padre? Que he abrazado la religion de Cristo, no por conviccion, sino movida del interés de ser esposa del hombre á quien amaba ; dirá que he querido satisfacer mi pasion aparentando reconocer mis errores religiosos.

—¿Teneis vuestra conciencia tranquila sobre ese punto?

—Sí, señora, porque nunca el arrebato de mi pasion hizo que mi fé vacilase. Nada valieron para convertirme las súplicas de Rodrigo, y la mansedumbre, la caridad, el ejemplo de sublime virtud y dos sencillas palabras de una anciana hicieron doblar mi frente ante la imágen de Jesus.

—Entonces, si vuestra conciencia está tranquila, ¿qué os importa lo que diga el mundo? No ha de juzgaros él en la otra vida. Tened, pues, valor para despreciarlo.

—¡Valor para despreciarlo!... El valor se necesita para satisfacer las exigencias de la sociedad: para despreciarla, basta el primer paso, un momento de despreocupacion, y ya está conseguido.

—Jóven, ¿quién os ha enseñado esos principios?

—Nadie.

—Sois digna de mi hijo, porqne teneis un gran corazon.

—Es que la conciencia del bien y del mal, es para mí un consejero á quien escucho antes de obrar.

Permanecieron silenciosas por buen espacio de tiempo aquellas dos mugeres cuyos corazones nada tenian que envidiarse en grandeza. Esther obraba segun los impulsos del suyo, y sin que la cabeza tomase parte en los móviles que dirijian sus acciones. Sola desde su niñez, separada del mundanal trato, sin haber oido otras palabras que las de su anciano padre, sin haber aprendido otras doctrinas que las que enseñan los libros de la religion judáica, estaban fuera

de su alcance todos los medios que la experiencia ó la malicia suministra al que ha luchado con las miserias humanas. La desdichada jóven no contaba con otras armas que con la verdad para defenderse de sus enemigos. No conocia el artificio de la intriga. Y ciertamente que á no haber sido tan aislada su vida, su natural ingenio y su espíritu fuerte, hubieran hecho de ella una temible rival.

No habia dotado la naturaleza á doña Ines de mejores prendas morales; pero sus largos padecimientos, su experiencia, le daban ventajas muy superiores.

En aquellos momentos ninguna de ellas derramaba una lágrima: se habian remontado á toda la altura de la grandeza de sus sentimientos, y creian indigno todo lo que no fuese el valor y la abnegacion.

—Esther, dijo doña Ines, vos sois orgullosa.

—Sí, contestó la doncella, probando con su acento que no mentia.

—Vos quereis satisfacer vuestro orgullo.

—¡Mi orgullo!

—Sí; porque esa abnegacion no tiene por objeto sino probar al mundo toda la fuerza de vuestra voluntad.

Esther contempló por algunos instantes á la madre de Rodrigo, y luego contestó:

—No me doy por ofendida porque sé el fin que os guia al decirme esas palabras.

—¿Cuál?

—Hacerme desistir de mi proyecto para evitar á vuestro hijo un gran pesar.

Otra muger hubiera quedado confusa, pero doña Ines se mostró serena.

—Es un deber, contestó.

—¿Empezais, pues, conmigo la lucha?

—Sí.

—Pues abandonad vuestra empresa si todos son tan invencibles como yo.

—Os convenceré.

—Imposible.

—¿Es decir, que sereis indiferente á los dolores de Rodrigo?

—Indiferente, nó; pero sabré morir sin exhalar una queja y sin que nada me haga retroceder.

—Vos no amais á mi hijo, repuso desdeñosamente doña Ines.

—Vos no decis lo que siente vuestro corazon, contestó la judia con calma.

—¿Y si muere de desesperacion?

—Yo moriré por él, y ambos seremos víctimas de la desgracia.

—Eso no consuela á una madre.

—Tampoco á mi padre, ni satisface mi pasion, y sin embargo, señora, lo haré sin que nadie me obligue á ello.

—Esta muger es como yo, dijo para sí doña Ines. No hay fuerza mayor que la de su voluntad, no hay peligro que le haga retroceder.

—¿Estais convencida? preguntó Esther.

—Mi hijo está enfermo: aguardad á que se restablezca su salud.

—Quiero evitarle el dolor de una despedida.

—¿No lo vereis?

—Sí, y yo sola sufriré al decirle adios, mientras la calentura le tiene adormecido.

—¿Tendreis valor?

—Ya os he dicho que el mio iguala al vuestro.

—Esther, os engañais. No podreis soportar el dolor de esa muda despedida.

—¿No veis que elijo la muerte en la soledad cuando tengo la vida en los brazos de Rodrigo?

—Si; marchad, pues, y morid llorando en la soledad. En vano me esforzaré para apartaros de vuestro camino.

—Asi debeis hablarme, señora, porque vos podeis comprenderme. Decis que tengo un gran corazon..... el vuestro es igual al mio.

—¿Cuándo quereis ir al convento?

—Ahora.

—¿Recibireis hoy mismo el bautismo?

—En cuanto me lo permitan los sacerdotes.

—¿Cuál será vuestro nombre?

—Maria.

—¿Y luego?....

—Permaneceré un año sin pronunciar los votos religiosos, y al cabo de este tiempo, los sucesos dirán si he de ser esposa de Jesucristo ó de Rodrigo.

—¿Y no lo vereis entre tanto?

—No.

—¿Por qué?

—Porque las fuerzas se gastan y no sé si tendria valor para despedirme dos veces de él.

—¿Cómo sabreis lo que vaya ocurriendo?

—Vos me vereis.

—¿Y si no estais en Toledo?

—Escribidme, y yo os contestaré cuando sea necesario.

—Bien.

—Pero os advierto que no me nombreis á Rodrigo.

—¿No quereis saber nada de él?

—Si le sucede alguna desgracia decídmelo, para rogar á Dios por su salud y su suerte.

—¿Dudais de vuestras fuerzas?

—Sí.

—¿Os arrepentireis del paso que vais á dar?

—Jamas, porque mi deber lo manda así.

—Desgraciadamente decis la verdad.

—Ya me habeis conocido.

—En mi ausencia quedará en Toledo una persona de toda mi confianza que os entregue mis cartas y recoja las vuestras.

—¿Quereis ver si duerme Rodrigo?

Doña Ines, sin pronunciar una palabra, levantóse y salió del aposento. A poco rato volvió. Su rostro estaba contraido.

—Rodrigo duerme, dijo.

Esther no contestó. Se vieron palidecer su mejillas. Palpitó con violencia su corazon y sintió su garganta oprimida como si la rodease un estrecho anillo. Dejó el blando divan, puso sus manos sobre su agitado pecho, y salió precedida de doña Ines.

Atravesaron algunas habitaciones, y cuando la madre del doncel empujaba suavemente una maciza puerta de cedro, murmuró Esther:

—¡Valor... esta es la última prueba!



CAPITULO XXXI.

La despedida.



Doña Ines y la judia penetraron cuidadosamente en la habitacion donde Rodrigo se hallaba postrado en una lujosa cama. Anchas cortinas de seda azul impedian que penetrasen allí los rayos del sol, permitiendo solamente una escasa claridad.

En aquellos momentos dormia el jóven con ese sueño fatigoso y pesado que produce la fiebre. Sus mejillas estaban pálidas en estremo, hundidos sus ojos y perdido el rosado

color de sus labios. Era agitada su respiracion, y de vez en cuando se estremecia rápida y violentamente.

Contemplólo la judia con afanosa mirada, mientras que doña Ines permanecia inmóvil y muda, frunciendo el ceño y apoyada en una de las columnas del lecho.

Aquella muda contemplacion duró algunos instantes. Esther habia sentido afluir á su cabeza su sangre toda y palpitar su corazon de modo que parecia quererse salir del pecho. Dos lágrimas de inmensa ternura brotaron de sus negros y rasgados ojos, y un suspiro de incomparable dolor se escapó de su perfumada boca.

La madre del mancebo vió aquel llanto, oyó aquel suspiro y concibió una leve esperanza de que la doncella no tuviese valor para separarse de su amante; pero sin duda no la conocia bien.

Con el suave movimiento que se agitan las hojas de una rosa á impulsos del blando céfiro, moviéronse al fin los rojos labios de Esther para murmurar las palabras de su despedida.

—Rodrigo, dijo, si mis palabras obedeciesen á mi deseo, quedarian suspendidas sobre tu lecho para repetirse en tus oidos cuando la fiebre hubiese dejado de abrasarte la cabeza. Este es un deseo loco, deseo de la pasion que sacrifico quizá á costa de mi vida; empero ya que no puede cumplirse, me resta el consuelo de que me escucha un imparcial testigo que no puede engañarte porque te ama demasiado, y sabrá hacerte comprender el valor de esta despedida.

Calló la doncella algunos instantes porque se sentia tan fatigada como si hubiese esforzado sus miembros en algun rudo trabajo.

—Voy á hacer un gran sacrificio, prosiguió. El Omnipotente, que vé mi corazon, sabe que en él se abriga el fuego de un amor inmenso y puro que á nada puede compararse, y que ese amor fué inspirado por tí. Nunca, ni el temor del enojo de mi padre, ni la turbacion de los peligros que me han rodeado fueron bastantes á hacerme olvidar tu recuerdo

querido ni por un solo momento. En tí pensé constantemente, siempre soñé contigo, y siempre fuistes tú, y solo tú, el sér dueño de mi sér, el recuerdo señor de mis recuerdos. Por tí hubiera arrostrado gustosa la muerte una y otra vez; por tí hubiera soportado el desprecio del mundo, y..... todo por tí, porque sin Rodrigo no concebia la posibilidad de la existencia.

La jóven ya no lloraba. Un fuego estraño iluminaba sus pupilas, y se hacia cada vez mas visible la agitacion de su pecho.

—Tanto amor, tan inmenso, tan incomprensible á las almas vulgares, un amor, en fin, que en vano intento esplicar, á nada se sacrifica; empero hay situaciones en la vida, en que á despecho de la voluntad, del sentimiento y del deseo, la conciencia, mas poderosa que el corazon, mas fuerte que el propósito de la voluntad, manda con su soberano imperio ahogar todas las afecciones, arrancar todas las esperanzas, olvidar el recuerdo de todas las ilusiones y seguir con planta firme el espinoso camino de la virtud. ¡Dichoso el que tiene fuerzas y constancia para llegar á su término! Entonces las dulzuras del descanso compensan liberal y eternamente los pasajeros bienes perdidos.

Doña Ines perdia la esperanza á medida que veia en la jóven su creciente entusiasmo, las señales de una resolucion firme.

—Tu Esther, prosiguió la judia, atraviesa una de esas terribles situaciones, y su conciencia le manda que no aumente el dolor de su anciano padre y que evite la murmuracion. Tal vez mis fuerzas, harto cansadas ya, no soporten, sin sucumbir, golpe tan rudo, y con mi último recuerdo de amor exhale mi pecho su postrimer suspiro. Si así lo dispone el Eterno, moriré resignada y sin preguntar al que me dió la vida, y es dueño de ella, por qué me envia la muerte.

Oprimióse el pecho la doncella. Apenas podia respirar. Faltábanle las fuerzas para continuar de pié, y su frente estaba inundada de copioso y helado sudor. Conoció que no era posible prolongar aquella violenta situacion, y haciendo un

esfuerzo decidióse á poner fin al tormento que sufria. Muchas horas hubiese hablado sobre el mismo asunto sin que le faltasen pruebas con que justificar su conducta ni palabras con que pintar su amor; pero quizas pasados aquellos momentos, el valor le hubiese faltado.

Quedó silenciosa y contemplando al doncel con una mirada cuya espresion no podemos significar. Parecia que en aquel instante supremo el alma estaba solamente en sus ojos. Si un puñal hubiera atravesado su pecho, tal vez, insensible al dolor de la herida, ni una queja se hubiese escapado de su boca ni hubiese hecho el mas leve movimiento. Tal era su estado de completo éxtasis. En su sér no habia facultades mas que para mirar. Todo lo habia olvidado. Empero á medida que el arrobamiento le embargaba mas el espíritu y los sentidos, se preparaba su corazon para sentir despues con mas intensidad todos los tormentos acallados entonces por aquella especie de sueño mentido.

¡Pobre mujer! Si sus palabras no hubiesen pintado ya todo lo horrendo de la alternativa en que la colocaban sus desgracias, intentaríamos hacerlo comprender. Todos los sentimientos, todas las emociones luchaban quebrantando su sér; y si no viésemos cada dia ejemplos de la fortaleza de que ha dotado Dios al espíritu y al cuerpo humano, no comprenderíamos ni creeríamos que en momentos tales se pudiese soportar, sin morir, el dolor de estas horribles luchas. ¿Quién no prefiere morir á decidirse entre la vida de un padre y la de la persona á quien ama con frenesí? ¿Quién no se estremece á la sola idea de la indispensable eleccion entre la soledad y el llanto que parifiquen la virtud, y el goce anhelado de la pasion que arde en su pecho? ¡Cuánta grandeza debia abrigar el alma de aquella niña infeliz! ¡Cuán abundantes debian ser en ella los gérmenes de purísima virtud!

Poco á poco, el rostro de la doncella, fuese dilatando hasta tomar una espresion de tan lánguida tristeza y encantadora dulzura, que arrancaron dos gruesas lágrimas de los ojos de doña Ines.

Era imponente el misterioso silencio que reinaba en aquella habitacion, donde se sentia mas oprimido el pecho, el ánimo mas triste, en medio de los ténues y azulados resplandores que penetraban á traves de las espesas cortinas.

Esther exhaló al fin un hondo suspiro, y doña Ines, con el acento mas tierno, exclamó:

—¡Qué hermoso es mi hijo!

Estas palabras sacaron de su arrobamiento á la doncella, que despues de contestar con otro suspiro, derramó un raudal de brillantes lágrimas que abrasaron sus mejillas. Agitáronse sus miembros, enjugó su tierno llanto con un pañuelo de blanquísimo lino, y dijo con voz ahogada:

—Esta prenda, por mi llanto humedecida, recibirá un beso de tu boca, y la oprimirás contra tu pecho abrasado de amor. Sírvate de recuerdo del mio y del sacrificio que hago. No me maldigas, Rodrigo, ni dudes de mi pasion. Compadéceme porque soy mas desgraciada que tú. Si te dicen que he dejado de existir, vierte una lágrima en el lienzo donde he depositado las mias, y que mi recuerdo te cause mas dulce tristeza que desesperado dolor.

Y arrojando sobre la cama el fino pañuelo, elevó una mirada de desgarradora súplica.

—¡Corazon, corazon, exclamó, siento que te rompes en mil pedazos, pero muere y cumple tu deber!... ¡Dios mio, fortaleced mi espíritu!... ¡Rodrigo.... adios!.... ¡Me ahogo!.....

¡Cuánto padecia! Su mirada volvió á fijarse en el doncel, y como inpulsada por un arrebato de locura, acercóse rápidamente al lecho, estampó un beso en la frente abrasadora de su amante, dió un grito como si le hubiesen arrancado de pronto el corazon, y salió del aposento con el rostro desencajado, y como si huyese de un horroroso peligro.

—¿Qué habeis hecho, desdichada? gritó doña Ines.

El mancebo despertó, y al ver solo á su madre, dijo con acento débil:

—¿Quién me llama?

—Yo, hijo mio.

—¿Por qué llorais?

—Porque padeces.

—¿Y Esther?

—Casi buena.

—¿No la puedo ver aun?

—Nó.

Media hora despues, doña Ines y la judia, entraban en una lujosa litera.

El agua del santo bautismo debia bien pronto borrar el pecado de nuestros primeros padres del alma de la jóven convertida.



CAPITULO XXXII.

De cómo los anónimos del abad surtian muy buen efecto.



Cuando Rodrigo salió de Sevilla para Toledo, siguióle un emisario de don Lope con instrucciones del abad. El espia supo desempeñar su encargo, y los enemigos del doncel tuvieron exactas noticias de cuanto hemos referido á nuestros lectores.

Aumentábanse las sospechas del rey, porque Rodrigo no volvia y porque la reina le habia escrito noticiándole la enfermedad del mancebo, y despues la resolucion de Esther de retirarse del mundo.

El amor á esta de Rodrigo era lo único que hacia dudar á don Sancho cuando los celos lo atormentaban; pero cuando supo que tales amores eran asunto concluido con el encierro de la doncella, las dudas se convirtieron casi en convencimiento, y creció su enojo que no dejaron de notar Pelayo el Duro y don Alonso Perez de Guzman.

Ya hacia muchos dias que el rey no recibia ninguno de los miteriosos avisos, cuando una noche, en la cajita del rosario vió un pergamino en que habia escritos algunos renglones.

—Al fin bendeciré la mano que esto me escribe, dijo.

Y se acercó á la luz, leyendo lo siguiente:

«El pobre doncel está enfermo, y sin duda para refrescar tu cabeza del ardor de la fiebre, sale de su casa á las doce de la noche y da un paseo por la ciudad. Los aires que corren al rededor del alcázar son puros, y por eso tal vez prefiere aquellos sitios.

»Esther se ha retirado á un claustro y ahora se llama María. Ha renunciado al amor de Rodrigo y no lo ve.

»La reina ha renunciado al trato de sus amigos y solo recibe á doña Ines de Carbajal. Esto es sin duda efecto de la tristeza que le causa la separacion de su esposo.»

Al concluir don Sancho la lectura, hizo el pergamino mil pedazos, y con los ojos chispeantes de furor, y apretando con rabia las puños, exclamó:

—¡Vive el cielo que han de saber quien es don Sancho de Castilla!

Luego midió con sus precipitados pasos el aposento, y renegando de su suerte, pensó cómo sabria la verdad de lo que sucedia.

—Haré que vaya á Toledo una persona de confianza... Nó, porque quizas seria la misma que me manda estos avisos. ¿En quién puedo fiar?... ¡Rodrigo, Rodrigo, si me vendes!... ¡Oh!... No, no puedo creerlo. Y sim embargo... ¿Dónde hay un hombre fiel?... Yo, yo mismo.... Imposible; pero, ¿y mi honor? ¿Qué me importa el trono si me roban la honra?....

¡Vive Dios que no habrá en Castilla bastante sangre para satisfacer mi enojo!

Y efectivamente, en aquellos momentos parecia embriagado por el coraje.

—¡Juan! gritó. ¡Juan, Lúcas, Juan!

Inmediatamente se presentaron dos criados.

—¿Qué manda V. A.? preguntaron.

—Juan, dijo el rey, haz que inmediatamente se ensillen dos caballos que hemos de reventar muy pronto. En seguida saldremos de la ciudad solos. Tú, Lúcas, te quedas para que nadie, ¿lo entiendes? nadie, ni el mismo señor de Vizcaya entre aquí. Dirás que estoy algo indispuesto y que he prohibido la entrada para todo el mundo sin distincion de personas. Mi enfermedad, durará quizas, tres, cuatro ó cinco dias.

—Señor, contestó tímidamente el criado; es imposible ocultar la persona del rey por tanto tiempo sin que se descubra la verdad.

—No es imposible cuando yo lo mando.

—Será obedecida V. A.

—Tu cabeza me responde.

—Repito, señor, que V. A. será obedecida, pero reflexionad que si prohibo la entrada á caballeros como don Lope Diaz de Haro, me arrollarán.

—Pon á la puerta veinte arqueros.

—Habrá un escándalo....

—¿Quién se atreverá?

—Don Lope.

—Tienes razon, Lúcas. El coraje me ciega..... ¿Cómo lo haré?

—Si os poneis de acuerdo con el señor de Vizcaya, será muy fácil.

Don Sancho meditó algunos momentos y luego, resuelto á todo, dijo:

—Que venga don Lope; pero no olvideis que vuestra cabeza me responderá de vuestro silencio.

Poco despues don Lope Diaz de Haro entraba en el aposento del rey.

—¿Qué ocurre, señor? preguntó con finjido afan?

—Quiero salir de Sevilla.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Os he de acompañar?

—No.

—¿Ocurre alguna desgracia?

—Sí.

—Sin duda habeis tenido nuevas de la frontera.

—No.

—Pues no lo adivino.

—Eso ganais.

—No os comprendo, señor.

—Es un secreto.

—¿Y qué quereis de mí?

—Primero, que lo guardeis.

—¿Y luego?

—Que nadie mas que vos entre aquí durante mi ausencia, porque estoy enfermo.

—¿Y los médicos?

—No quiero médicos: dirán que es una estravagancia, pero mi enfermedad es moral y no tiene nada de estraño.

—¿Estareis mucho tiempo ausente?

—Quizas cinco dias.

—Difícil será que no se sospeche.

—Entonces para nada os necesito, me bastan mis últimos criados, contestó el rey con aspereza.

—Señor, haré todo lo posible.

—Es poco; quiero que hagais cuanto deseo.

—Lo haré.

—Don Lope, no lleveis á mal lo que os voy á decir.

—Vuestras palabras no me ofenden.

—Es tal mi situacion, tan grave es el asunto que me saca de Sevilla, que si no tuvieseis la habilidad de engañar á los

cortesanos, estad seguro de que os haria cortar la cabeza.

El señor de Vizcaya se estremeció.

—Ya os he dicho que haré cuanto deseais.

Uno de los criados entró.

—Señor, dijo, están dispuestos los caballos.

El rey hizo que le pusiesen una cota, ciñó su espada, y salió.

A los pocos momentos salia del alcázar por una puerta secreta, y no mucho despues, espoleando á su caballo y seguido de Juan, salia tambien de Sevilla.

Una nube de polvo y la oscuridad de la noche envolvieron á los ginetes que corrian lo bastante para reventar por lo menos seis caballos antes de llegar á Toledo.

Tras ellos corria tambien otro ginete. Era un segundo espía de don Lope, mejor instruido por el abad que el primero.

Los tres volaban, juraban los tres; don Sancho, celoso; Juan, molido, y el espía impaciente y temeroso de no tener bastante habilidad para ganar el oro que se le habia prometido.

El camino quedó sembrado de caballos muertos que se habian comprado por triple del valor que tenian; pero aun les pareció poco á los desalentados viajeros cuando á la noche siguiente, al espirar los tres últimos brutos, se encontraron dentro de la imperial ciudad.

Solo hombres de aquella época hubieran podido resistir tan largo viage hecho en veinte y cuatro horas.

—¿Qué hacemos? preguntó el rey á su criado.

—Yo estoy tan rendido, señor, que aun á trueque de provocar vuestro enojo, os confieso que no sé si dentro de algunos instantes me rendirá la fatiga.

—No me enojo, Juan, porque yo apenas puedo tenerme en pié.

—¿Me permitireis que os dé un consejo? preguntó el criado que hablaba á su señor con una libertad agena de su posicion y de su costumbre.

—Sí.

—No sé el asunto que os trae, pero cualquiera que sea no podreis evacuarlo segun se encontrará vuestro cuerpo.

—Continúa.

—Aunque despacháseis esta noche, sin descansar no os podreis poner en camino; y soy de opinion que reposeis primero, puesto que al fin este tiempo ha de perderse.

—Juan, tienes razon: apenas puedo moverme.

—Entonces....

—¿Y á donde vamos?

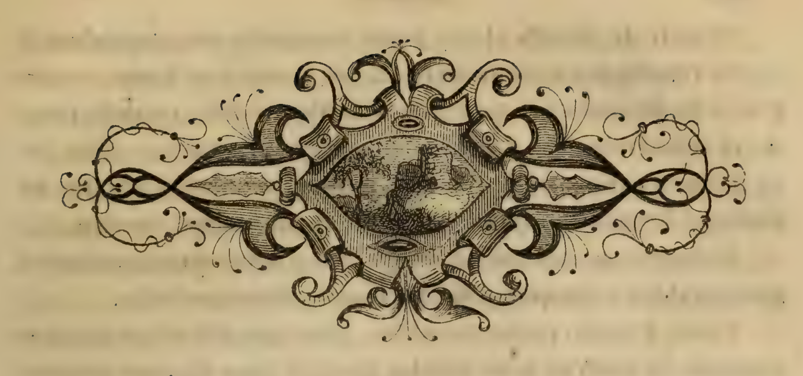
—Al alcázar.

—Nó.

—Pues alojémonos en una posada cualquiera.

El rey pasó aquella noche en un sucio aposento de un meson, en compañía de Juan, y al dia siguiente, ya bastante avanzada la mañana, despertaron, sintiendo tanto apetito como dolores en sus huesos.

El monarca y el vasallo pidieron de almorzar, y como si fuesen antiguos camaradas, entablaron una conversacion de que queremos hacer partícipes á nuestros lectores en el siguiente capítulo, bastante curioso por los sucesos de que en él daremos exacta cuenta.



CAPITULO XXXIII.

De la conversacion que el rey tuvo con su criado, y de lo que aquella noche sucedió.



No estrañarán nuestros lectores ver, como suele decirse, mano á mano al rey de Castilla con uno de sus últimos sirvientes, porque todos hemos tenido ocasion de observar que en semejantes circunstancias, las clases se confunden, el criado se eleva hasta la altura del señor ó el señor se rebaja hasta la del criado, sintiéndose este con bastante desembarazo, para hablar con tono de franqueza, y aquel sin orgullo para contener la familiaridad, que en ocasion distinta consideraria una ofensa imperdonable.

Al salir de Sevilla el rey habia cometido una imprudencia cuyos resultados podian serle fatales hasta á su trono, y solo pensó lo delicado del paso que acababa de dar, cuando pasado el primer ímpetu de su cólera quiso ordenar sus ideas para llevar á cabo su plan, si es que pudo concebir alguno en medio del trastorno que le produjo el misterioso escrito.

Entonces se convenció de que iba á tocar inconvenientes insuperables y de que al fin no conseguiria su objeto.

Como á nadie podia consultar, principió por encargar nuevamente la reserva á su criado, luego le hizo algunas preguntas vagas y cuyo sentido finjió este no comprender, concluyendo al siguiente dia por dar lugar á que le hablase del asunto.

Por eso cuando despertó sobre el súcio lecho de la posada, con el cuerpo dolorido y el ánimo triste, á pesar del enojo que abrigaba, creyó que era una gran felicidad tener una persona á quien dirigirle la palabra, y habló á su criado con el tono de un amigo y nó con el de un rey.

Era Juan un mozo de claro ingenio y no comun travesura; conocedor de la corte entre que se habia criado, pero leal y de buen corazon.

Con su alagre carácter habiase atraido las simpatías de todos los señores, sin distincion alguna, y aunque no era mas que simple hidalgo del último órden, tratábanle con amable atencion.

Su figura nada tenia que envidiar á la de muchos caballeros. Tenia redondos ojos negros y vivos; fina y lustrosa barba, un rostro aguileño de moreno cútis, y una estatura elevada y de buenas formas.

El rey lo queria sin poderse esplicar el por qué, y lo tenia á su servicio ocupando el lugar de un noble de mayor rango.

—¿Cómo os sentis, señor? preguntó Juan al rey apenas vió que este habia despertado.

—Muy molido, contestó el monarca haciendo al moverse un gesto doloroso.

—Comprendo perfectamente vuestro mal estar.

—Sin duda porque te encuentras lo mismo que yo.

—Algo peor.

—Pues la misma distancia hemos andado.

—Es verdad, señor, pero vos habeis reposado en cómoda postura sobre esa cama, que aunque súcia y miserable, es al fin una cama, y yo he pasado la noche en este sillon, cargado con esta maldita loriga, y luchando entre el sueño, y el cuidado de velar por vos.

—¿No sientes mas que cansancio?

—Y hambre.

—Yo tambien.

—Saldré en busca de almuerzo.

—Sí, Juan; es preciso que reparemos las fuerzas porque esta noche quizas no dormiremos y aun tendremos que emprender el camino de Sevilla.

—Entonces me parece muy prudente almorzar, comer al mediodia, y cenar á la noche.

—Pide al mesonero carne, vino y pan.

—Al momento.

No sin que se le escapase algun quejido, salió Juan en busca del almuerzo, y á poco rato entró con un plato de estaño grande en que se veia una pierna de carnero á medio asar, dos jarros llenos de espumoso vino y un pan de poco apetitosa apariencia. Colocólo todo sobre una mesa de encina que habia arrimada á una de las paredes, sosteniéndose contra ella porque le faltaba una de sus patas, y acercó el único sillon que habia en el aposento.

El olorcillo de la carne no desagradó al rey, y la vista de los jarros llenos de vino le hizo saltar de la cama para aproximarse á la mesa. Tal era su cansancio, que á pesar de sus celos y de todo lo que debia preocuparle su situacion, pudo mas en él el apetito que ningun otro sentimiento.

—Te olvidas platos donde servirnos, Juan.

Este salió volviendo con las dos vasijas que el rey echaba de menos.

—Hoy almorzarás conmigo, ya que tambien en mi compañia te has quebrantado los huesos.

—Señor, contestó Juan algo turbado, ya almorzaré despues.

—Nó, nó. Parte esa carne.

Sacó el criado su puñal y en un instante destrozó la apetitosa pierna, poniéndose un buen trozo despues que lo habia hecho el rey.

Por algunos momentos permanecieron silenciosos, pero cuando el líquido que contenian los jarros comenzó á pasar al estómago, principió el monarca la conversacion.

—¿Qué sucederá en Sevilla ahora? dijo.

—Que todos preguntarán si está mejor el rey, contestó Juan limpiándose su negro vigote.

—Pues no está mejor el rey.

—Por el contrario, se encuentra peor, porque está encerrado en un tabuco donde el calor lo ahoga, y tal vez se vuelva á Sevilla sin haber conseguido su deseo.

El rey frunció el ceño.

—¿Sabes tú cuál es mi deseo? preguntó.

—Nó, señor; pero como todas las cosas pueden tener bueno ó mal éxito....

—¿Sospechará ó sabrá algo? dijo para sí el rey. Nada tendria de particular, porque él es travieso y astuto, conoce la mayor parte de las intrigas de la corte, y no seria estraño... Ya hablará.

Luego bebió y con tono alegre repuso dirigiéndose á su criado.

—No es mal vino.

—Por lo menos entona.

—Poco bebes.

—He apurado la mitad de mi racion.

—Eso no vale nada: veamos si me imitas.

—Es mi deber.

—Pues apuremos lo que queda y trae mas.

De tres ó cuatro tragos vació su jarro el alegre Juan. Don

Sancho fingió que bebia, pero apenas lo llegó á sus labios.

—Llama al mesonero, dijo.

El criado se dirigió á la puerta y el rey virtió debajo de la mesa el vino que le quedaba.

—No lo llames.

—¿No quereis mas vino?

—Sí, pero no pensaba que debo guardarme de que me conozcan. Tráelo tú.

Tomó Juan las vasijas y salió; pero cuando volvió á entrar, sus ojos brillaban mas que antes y su andar era menos seguro.

—Bien, dijo el rey para sí.

Y luego añadió en voz alta.

—Juan, siéntate en la cama ya que está cerca de la mesa y que no hay otro sillon.

—Mucho me honrais.

—Lo mereces porque eres mi mas fiel criado. Ademas, es demasiado interesante la conversacion que tenemos para que yo permita que permanezcas de pié, lo que es incómodo y no te dejaria, con el cuidado, libre el entendimiento.

—¡Demasiado interesante!...

—¿Para qué has traido el vino?

—Para beberlo, señor.

—Entonces veamos si es del mismo que el anterior.

Juan empinó su jarro con alegría, y luego brillaron mas sus ojos, y con el acento del que empieza á embriagarse, exclamó:

—¡No tiene igual!

—Es buen vino,

—Repito que no tiene igual.

—Prosigue, Juan.

—¿Que prosiga?

—Sí.

—Señor.... perdonadme, pero no me acuerdo si os referia algo.

—Tienes mala memoria.

—Es la primera vez en mi vida que me sucede.

—Pues bien, yo te lo recordaré.

—Como gusteis, señor.

Las señales de embriaguez iban siendo en Juan mas visibles por instantes.

—Me decias, repuso el rey, que casi te habrias atrevido á apostar que yo haria este viaje, porque sabias su objeto hace dos dias.

—Hace dos dias, nó.

—Me habré yo eqnivocado.

—Tal vez.

—Y tambien me apostabas á que sabias lo que me tiene de mal humor.

—Porque estoy seguro de ganaros.

—Pues bien, ya te he dicho, que si no te equivocabas premiaria tu sagacidad.

—Pero no me habeis dicho con qué.

—Con lo que quieras.

—Ha de ser con protegerme hasta que yo pueda obtener la mano de una dama.

—Prometido.

—Escuchadme, señor.

—Habla, dijo el rey con impaciencia.

—¿Quereis mas vino, señor?

—Nó.

—Vos lo pedireis.

—Sí.... Habla, habla.

—Allá voy.

Don Sancho palideció.

—Tendrás la mano de esa dama, dijo.

—La causa de vuestro mal humor no es otra que la misma que me tiene á mí atormentado desde los últimos dias que estuvimos en esta ciudad.

—Eso no quiere decir nada.

—¿No quiere decir nada? Pues para mí significa mucho, y

tanto, que si ese viejo no se modera, á pesar de todos sus títulos, tendré que hacerle una advertencia.

—¿Pero qué tienen que ver tus advertencias ni el viejo con mi mal humor?

—Repito que la causa es la misma, señor.

—Pero si no la manifiestas.....

—Es verdad.

—Sepamos.

—Señor, yo tengo celos.

El rey palideció y escapóse de sus manos el pedazo de pan que iba á llevarse á la boca.

—¡Celos! exclamó.

—Celos, señor, que son malos consejeros.

—¿Quién te ha dicho que yo tengo celos?

—A mí, nadie; pero se lo han dicho unos á otros los cortesanos.... nó, nó, se han dicho que tuviéseis celos, sino que han hablado de lo que puede motivarlos.

—¡Juan!

—Y yo, como fiel servidor vuestro, he recogido palabras acá y acullá, y....

—¡Juan! repitió don Sancho, cuyo semblante se trastornó, y cuyos ojos parecieron iluminados.

—¿Qué mandais, señor?

—¿Has oido hablar de la reina?

—Nó, señor.

—¿Entónces?...

—Hé oido hablar de vuestro doncel.

—¿Qué han hecho de mi honra?... ¡Vive el cielo!

Y los dientes del monarca rechinaron, y cerró los puños con ademan de terrible amenaza.

—No os enojeis, señor, repuso el criado procurando abrir los ojos que á su pesar se le cerraban.

—¿Qué has oido? Habla, habla.

—He oido decir que don Rodrigo no amaba ya á la judia, y.... habian robado á la judia....

La embriaguez se habia apoderado completamente de

la razon de Juan. Don Sancho se acercó á él y gritó:

—¡Juan!.... ¿Qué mas decian de Rodrigo?

El criado se sonrió, y despues de pasar las manos por la frente, hizo un grosero gesto y contestó:

—Decian.... ya lo sabeis..... pero.... le tienen miedo..... como es mancebo de buenos puños.... vamos.... desatinos...

El rey sacudió violentamente á su criado, que al impulso de aquel movimiento cayó en la cama.

—¿Qué decian de Rodrigo, de la reina? gritó desesperado don Sancho.

—Cada cual.... cada.... habla lo.... lo que quiere cuando habla.... y don Rodrigo.... como se finge enfermo.... se fué... y es monja..... no sé.... no.... en.... tiendo.... bien.... bueno es..... el vino..... biiien..... saaabe.....

Todos los esfuerzos de don Sancho no pudieron hacer que su sirviente hablase mas. Habíase este quedado profundamente dormido.

—¡Con qué se divulga mi deshonra! exclamó el pobre rey. ¡Miserables!... ¡Rodrigo, Rodrigo!... ¡Oh!.... ¡Tu cabeza será la primera que empiece á satisfacer mi enojo!....

Luego cayó rendido de fatiga en el sillon, y á aquel arrebato de cólera siguió una profunda tristeza.

—Me parece imposible, dijo con acento lánguido. Aun cuando Rodrigo fuese capaz de cometer tan vil accion, mi esposa.... ¡ah!.... mi esposa á quien tanto amo, por quien tanto he sufrido, á la que he sacrificado hasta la paz de mis reinos, no podria ser cómplice de tamaño crímen. Ella, modelo de virtud.... No puedo creerlo; tentré ante mis ojos, tocaré las pruebas de su liviandad y dudaré aun.... ¡Dios mio, iluminad mi razon!

El resto del dia lo pasó el rey sumido en profunda tristeza y sin acordarse de volver á tomar alimento alguno. Anhelaba que llgase la noche para salir de aquel encierro y para satisfacer sus dudas, pero estremecíase á la vez pensando si se realizarian las sospechas del estravio de su esposa. ¿Qué hacer en este caso? Abandonarla, castigarla rigorosamente,

satisfacer su venganza en el doncel; empero nada aliviaria los amargos tormentos de su corazon; nada borraria el doloroso recuerdo de sus ilusiones perdidas ni la mancha de su deshonra á los ojos del mundo.

Don Sancho amaba ciegamente á su esposa, y basta decir esto para que se comprenda cuanto debió sufrir aquel dia.

Al fin vino la noche, y Juan despertó de su pesado sueño. Al abrir los ojos y recordar, aunque confusamente, lo que habia sucedido por la mañana, arrojóse humildemente á los piés del rey para demandarle perdon por su falta de respeto.

—Levántate, Juan, le dijo el monarca. Yo soy el culpable porque quise que la embriaguez te hiciese hablar. No pensé en mi turbacion que al arrancar tu secreto descubria yo el mio.

—Señor, amo á V. A. como á un padre, mas que como á mi rey. Mi lealtad no os es desconocida. Mi pecho será una tumba de donde no saldrá vuestro secreto; mi memoria lo olvidará.

—No lo olvides; al contrario, ya que nada puedo ocultarte, ya que mi honor corre de boca en boca sin ningun respeto, quiero que me ayudes en esta empresa.

—Señor, disponed de mi vida.

—Creo que eres leal.

—No os engañais.

—Mi recompensa será digna de tus servicios.

—Nada quiero mas que vuestra felicidad.

—Ya que en amores me ayudas, con ellos quiero recompensarte. Me has hablado de una dama....

—Es cierto, señor; pero os repito que nada quiero.

—¿Quién es?

—Violante, una de las doncellas de la reina.

El rey meditó algunos instantes.

—Puede servirnos de mucho, y ahora mas que nunca, si has de darme una prueba de tu adhesion á mi persona, es preciso que cultives con ardor los amores de Violante.

—Os comprendo perfectamente.

—¿Y quién es ese viejo que tanto te da que hacer?

—Es una persona á quien distinguis, señor, y temo provocar vuestro enojo nombrándola.

—Nada temas.

—Señor, no me atrevo.

—Ya sé lo que es estar celoso.

—Es el abad de Valladolid.

—¡Siempre él! dijo el rey haciendo un gesto de mal humor. En todas las intrigas, en todos los disgustos, se mezcla el nombre del abad, y sin embargo, no hay una sola prueba para acusarle, no se puede citar una mala accion suya.

—Perdonadme, señor, pero aborrezco al abad, no sé si por que estoy celoso ó por que no hemos nacido para querernos.

—Estamos completamente á oscuras.

—¿Quereis que traiga luz?

—Nó.

—Como gusteis.

—Salgamos.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Hasta las once ó las doce de la noche nada tenemos que hacer; pero entre tanto, pasearemos por la ciudad, y mientras el aire refresca mi cabeza, me contarás todo lo que has oido del doncel.

Tres horas de paseo bastaron para que Juan refiriese á su señor cuanto en la corte se decia con respecto á los amores de Rodrigo.

Serian ya las once, y envueltos en sus anchas capas, fueron á situarse ambos celosos en el hueco de una puerta cerca de la casa del doncel.

El lejano eco de alguna cítara que acompañaba con sus dulces sones la trova que cantaba algun enamorado, era lo único que llegaba á sus oidos.

Largo rato pasaron, mudos é inmóviles, y al fin abriéndose la puerta del palacio de doña Ines, salió un embozado que recatadamente se encaminó calle arriba en direccion, al pa-

recer, del punto de la ciudad donde estaba situado el alcázar.

—¿Será él? preguntó en voz baja el rey á Juan.

—Su misma estatura.... ¿Quién sabe?

—¿Y si por seguir á este perdemos la ocasion de espiar al verdadero Rodrigo?

—¿Y quién nos dice que no sea él?

—Sigámosle, Juan.

Y saliendo de su escondite caminaron tras el supuesto doncel que ya les llevaba alguna delantera.

Atravesaron algunas calles, y á medida que avanzaban se convencian de que el espiado caballero se dirigia al alcázar.

Palpitaba con violencia el corazon de don Sancho, y Juan veia con disgusto que las hablillas de los cortesanos iban á convertirse en tristísima verdad.

Ni uno ni otro se dirigian la palabra: tan preocupados iban, que solo tenian ojos para ver al supuesto Rodrigo, y oidos para escuchar sus acompasados pasos.

Por fin dieron vista á la morada régia y bien pronto pudieron distinguir al perseguido acercarse á una puerta falsa.

—¡El es! exclamó don Sancho.

Dejó escapar un rugido espantoso, sintió afluir á su cabeza toda su sangre, y seguido del fiel Juan, se precipitó furioso y con el acero desnudo hácia el embozado.

No debia este tener muchas ganas de sacar su tizona, y bien por miedo ó por abreviar el desenlace de aquella escena, emprendió tan ligera fuga, que á pesar del corage que aumentaba las fuerzas del rey, no pudo seguirle sino con notable desventaja.

El desconocido se habia despojado de su larga capa, y ya fuese efecto de su prodigiosa ligereza, ya que sin cota ni otra armadura, ¡libre de peso le permitiera su escasa ropa moverse con mas desembarazo, es lo cierto que con velocidad nunca vista dejaba atrás calles y calles, doblaba esquinas y subia pendientes cuestas, perdiéndose al fin sin que alcanzasen á verlo sus perseguidores.

—¡Ira del infierno! gritó don Sancho, arrojando al suelo su espada. Ese hombre es Rodrigo: ningun otro podria correr con esa velocidad. ¡Vive el cielo!...

—Señor, dijo Juan medio ahogado por la fatiga, no perdamos tiempo. Él ha desaparecido por la derecha; si es don Rodrigo tendrá que dar un gran rodeo para llegar á su casa: corramos y antes que él estaremos en ella.

—¿Y crees que volverá á su posada?

—Yo entraré, pediré verlo con un pretesto cualquiera que no faltará, y nos convenceremos.

—¡Corramos! exclamó el rey.

Y recogiendo su espada retrocedió seguido de su criado.

Pronto llegaron á la morada del doncel. Paráronse para tomar aliento, y despues de breves instantes, dijo don Sancho.

—¿Tienes ya combinado tu plan?

—Sí, señor.

—Pues llama.

—¿Me aguardareis aquí?

—Sí.

El criado llamó: abrióse la puerta y un sirviente de Rodrigo preguntó:

—¿Qué quereis?

—Hablar á doña Ines, contestó Juan.

—Á mala hora llegais porque va á recogerse.

—Vengo de parte del rey.

—¡De parte del rey!

—Sí.

—Entrad.



CAPITULO XXXIV.

El rey se enfada porque no sabe si debe tener celos.



—¡De parte del rey! dijo doña Ines cuando le anunciaron la visita de Juan.

Y sin adivinar el motivo de tan inesperado mensage, mandó que entrase el recien venido.

Cuando este se presentó conociólo la dama, y con amable tono y sin mostrar la menor estrañeza, le dijo:

—Bien venido, buen hidalgo. Mucho me place vuestra visita. Sentaos y decidme el objeto que os trae, dándome antes noticia de la salud de S. A.

—Señora, contestó Juan tomando asiento, mucho me honrais con vuestra amistosa acogida. S. A. no tiene novedad, y el objeto de mi venida á Toledo es informarme de la salud de vuestro hijo.

—¿Y os manda el rey espresamente para eso?

—Por ninguna otra cosa salí de Sevilla.

—La bondad del rey no tiene igual.

—Noticioso S. A. de que se hallaba postrado y aun de peligro su mas valiente doncel, me ha mandado venir para que lo vea, y volviendo á Sevilla sin pérdida de tiempo, lleve noticias exactas del estado de su salud, porque no se fia S. A. de las que por escrito le dan.

—Mucho nos honra.

—Su cuidado es tal, que cree que le ocultan alguna desgracia horrible, irreparable, y aun llegó á temer que vuestro hijo hubiese sucumbido.

—No tal, gracias á Dios. Se encuentra bastante quebrantada su salud, hasta el punto de no poder abandonar el lecho; pero segun la opinion de Samuel, no peligra su vida.

—Es para mí una felicidad llevar al rey nuevas, que si bien son tristes, no lo son tanto como las que esperaba.

—Podrá ser larga su enfermedad, pero no hay nada que temer.

—¿Me permitireis, señora, que vea á don Rodrigo?

—Siento negaros vuestra peticion, hija de una amistad que os agradezco como madre cariñosa, pero cuando habeis llegado se encontraba Rodrigo en uno de los períodos mas violentos de la fiebre que lo tiene postrado, y cuando está así le irrita la presencia de todos y aun la mia.

—¿Y cómo cumpliré la órden de S. A.?

—Creo que ya la habeis cumplido.

—Es que me previno terminantemente que yo viese á vuestro hijo y que no me volviese con solo las noticias que me dieran.

—¿No dais crédito á mis palabras?

—Sí, señora; pero ya veis que las órdenes que tengo.....

—Decid que lo habeis visto.

—Señora....

—El rey quedará satisfecho y nosotros evitaremos á Rodrigo un momento de mal estar.

—Permitidme al menos que lo vea desde la puerta de su dormitorio, y recatándome de manera que no se apeeciba de mí.

—¿Qué significa este empeño en verlo? dijo para sí doña Ines. Veamos si desiste, porque de otro modo, aquí debe haber algo mas que el interés nacido del cariño del rey.

—¿Me lo permitireis, señora? repitió Juan al ver que nada le contestaba doña Ines.

—Mucho lo siento, pero....

—Supongo que no os negareis á obedecer una órden....

—Decid á S. A. que me perdone porque no puedo vencer mi repugnancia en incomodar á Rodrigo.

—Mucho se resiste, dijo para sí Juan. Aquel era el mancebo: los cortesanos tienen razon. Veamos si persiste en su negativa, porque con ella me prueba una verdad harto amarga.

—¿Estais convencido? preguntó doña Ines.

—No, señora.

—Como callábais....

—Buscaba palabras con que pedírcslo nuevamente.

—Será en vano.

—¿Os negais?

—Sí.

—¿Decisivamente?

—Sin que nada me obligue á lo contrario.

—¿Y si yo os digo que el rey lo manda?

—No me lo direis, contestó doña Ines desplegando una irónica sonrisa.

Juan se la pagó con otra, y repuso:

—Pues os equivocais.

—Veamos.

—Señora, el rey de Castilla manda que me dejeis entrar en el aposento donde se encuentre don Rodrigo.

—Está bien, dijo la dama fingiendo confusion.

El criado creyó seguro su triunfo.

—Puesto que os someteis, dijo, á la voluntad de S. A., cuando gusteis....

—Dadme la órden del rey.

—Señora.... tartamudeó Juan verdaderamente confuso.

—Ya veis, buen hidalgo, que sin una órden no puedo obedecer.

—Es verdad.... ya os la he transmitido verbalmente.

—No es bastante.

—¿No me conoceis como criado de S. A.?

—Sé que habeis sido su criado, pero, ¿quién me garantiza el que lo sois aun?

—Señora, el rey en sus momentos de afliccion, no penso en darme esa órden por escrito, porque no lo creyó necesario así, mucho mas cuando su mandato era una honra que os dispensaba y que vos no sabeis agradecer ni aun aceptándola.

—Mucho se aflije él rey, contestó doña Ines con ironía.

—¿Sabeis, señora, que estais ofendiendo su magestad?

—¿Ignorais vos acaso que es muy difícil sorprenderme?

—¡Señora! exclamó Juan palideciendo.

—Buen hidalgo, si aun sois criado de S. A., decidle de mi parte que os perdone porque me habeis faltado al respeto.

Estas palabras dichas con bastante dureza, turbaron á Juan hasta el punto de no poder contestar.

—Si los consuelos, prosiguió doña Ines, que el rey da á una madre afligida, son los que vos me traeis, decidle que mayor merced me hubiese hecho no acordándose de mí ni de mi hijo.

—¿No pensais, contestó el criado con enojo, que vuestras palabras se dirigen al rey?

—Sí, al rey, á ese rey que tal vez deba su corona á doña Ines de Carbajal.

—¡Señora!...

—Hidalgo, necesito reposo; vuestra mision ha concluido.

—¿Me mandais salir?

—¿Teneis algo mas que decirme?

—Plegue al cielo que no os pese lo que vos me habeis dicho.

—Dios os guarde, repuso doña Ines con un tono que no admitia réplica.

Pero Juan estaba ya bastante enojado, y á trueque de ser grosero, dijo:

—¿Y si me valgo de la fuerza para cumplir la órden que traigo?

La madre de Rodrigo soltó una carcajada burlona y contestó:

—O sois muy cándido ó muy necio.

—¿Os mofais, señora?

—¿Ignorais que tengo dentro de mi casa mas de treinta criados valientes y robustos?

Juan conoció que habia dicho una tontería, y avergonzado salió apresuradamente.

Esperábalo don Sancho con impaciencia.

—¿Lo has visto? preguntó con afan.

—No, señor, contestó el criado apretando los puños.

—¡Juan!

—Señor, nada me atrevo á asegurar, pero la tenaz resistencia que doña Ines ha opuesto á mis deseos de ver al doncel, es muy sospechosa.

—¿Qué escusas te ha dado?

—Ningunas.

—¿Le has dicho que ibas de mi parte?

—Sí, señor, y aunque tenia órden vuestra para no irme sin ver por mis mismos ojos á su hijo, porque vuestro cuidado era tal que no quedariais satisfecho de otro modo.

—¿Y esa muestra de cariño la ha pagado con una negativa?... ¡Vive Dios!...

—Señor, el corage me ahoga.

—Juan, vuelve y dí que yo lo mando terminantemente.

—Ya lo he hecho.

—¿Y se ha atrevido á resistir mi órden?

—Con una escusa pueril.

—¿Cuál?

—Dijo que vuestra órden, transmitida por mí verbalmente, no significaba nada, porque bien podia yo haber dejado ya vuestro servicio y querer sorprenderla con otro fin y abusando de vuestro nombre.

—No habia pensado que doña Ines no es una muger vulgar.

—Yo estaba trastornado por el coraje y la amenacé con cumplir á la fuerza vuestras órdenes.

—Se habrá burlado de tu amenaza.

—Me ha avergonzado.

—Juan, ya no me queda duda.

—A mí tampoco, señor.

—Vamos al alcázar: para nada tengo que ocultarme. Si doña Ines no ha permitido que veas á su hijo porque no llevabas mi órden escrita, mis arqueros lo llevarán hasta la horca sin que pueda oponer resistencia. ¡Sangre, sangre! ¡Necesito sangre, y la de ese bastardo será la primera que apague la sed de mi venganza!

El rey estaba fuera de sí.

—Señor, dijo el criado que ya temia haber aumentado el furor del monarce, puesto que ya no teneis para qué ocultaros, entrad vos en casa del doncel. Así no tienen escusa, y ya enteramente convencido, podreis castigar el crímen horrendo de ese miserable sin que os pueda remorder la conciencia.

Don Sancho vaciló. La nobleza de alma de Rodrigo, su constante buen proceder volvieron á hacerle dudar, aunque ya muy ligeramente, y no queriendo que jamas se le acusase de haber impuesto un castigo sin pruebas del crímen, resolvióse á seguir el consejo de Juan.

—Llama, Juan, dijo con acento breve.

Abrióse otra vez la puerta, y cuando el criado de doña Ines conoció al del rey, dijo:

—Sin duda os esperaba mi señora, porque ha dado órden para que se os haga entrar si volviais.

—¡Que me esperaba! murmuró Juan admirado.

Y luego, siguiendo al monarca, penetró en el palacio de la antigua hechicera.

A medida que don Sancho subia la escalera, palpitábale violentamente el corazon, y se estremecia al pensar que iba á convencerse de la liviandad de su esposa.

—¡Maria, Maria, decia para sí, no sé si el dolor y el coraje me dejarán con vida cuando el convencimiento sustituya á la duda!

Llegaron al aposento en qne se encontraba doña Ines.

—Casi os esperaba, dijo esta á Juan, aunque no acompañado.

El rey bajó el embozo de su capa y clavó en la madre de Rodrigo una mirada severa.

—¿Me conoceis? dijo.

La dama no pudo contestar: la inesperada presencia del rey le causó tal sorpresa, que solo una exclamacion salió de su boca. Empero en aquella muger singular no podia ser muy duradera aquella emocion, y repuesta en breve, dijo:

—Señor, tanta honra me turba.

—¿La honra? repitió don Sancho con ironía.

—Por ser inesperada, sí, contestó doña Ines con gravedad y aun altaneria.

—Sé que no habeis querido cumplir una órden....

—¿De quién? interrumpió la dama.

—Mia, contestó secamente el rey.

—Señor, no la he recibido.

—¡Que no la habeis recibido!

—Tal llamo á las palabras poco respetuosas, nada galantes del hidalgo que os acompaña.

—¿Estais ofendida?

—Señor, es la vez primera que he tolerado la altanería de un criado.

—Esta muger no tiene igual, pensó don Sancho. Abreviemos, porque si no, tendria aun que castigar el celo de Juan.

Y luego añadió en voz alta:

—Señora, á pesar del enojo que me ha causado vuestra negativa...

—Vuestro cariño á Rodrigo os ha hecho venir...

—Ciertamente.

—Vuestra misma bondad, señor, castiga mi supuesta inobediencia. Ya sabeis que mas me obliga la dulzura que el rigor.

—Olvidemos esto.

—¿Y quereis saber de Rodrigo?

Esta pregunta la hizo doña Ines con un tono que queria decir: mucho os interesa la salud de mi hijo, pero aun no os habeis acordado de preguntarme como está. El rey lo comprendió perfectamente.

—Ya me ha dado Juan las noticias que ha recibido de vos. Ahora....

—¿Quereis honrar á mi hijo con vuestra presencia?

—Si lo permitis.....

—Entrad, señor.

Doña Ines abrió una puerta y el rey pasó á otro aposento. Era el dormitorio del doncel. Hallábase este aletargado por la calentura, y se notaba fácilmente el ruido que producia su agitada respiracion. Su rostro pálido y enflaquecido, aunque poco, y sus labios secos y blanquecinos eran claras señales de su falta de salud.

El monarca tocó con las puntas de sus dedos la frente del jóven, y sintió que abrasaba. Ya no le quedó duda alguna. ¿Pero quién habia sido el embozado que despues de salir de aquella casa se habia dirigido al alcázar?

—Señora, dijo don Sancho, ¿quereis decirme quién ha salido de vuestra casa hace una hora?

—¿Hace una hora?...

—O poco mas.

—Nadie.

—¿Estais segura de lo que decis?

—Por lo menos ignoro si algun criado ha salido · pero lo dudo, porque á la hora que decis, ninguno lo hubiera hecho sin mi permiso.

—¿Quereis preguntarles? repuso el rey con aire pensativo.

—Lo haré, señor, contestó doña Ines que cada momento encontraba mas estraño cuanto sucedia aquella noche.

Luego preguntó á todos los criados, pero ninguno habia salido ni visto salir á nadie.

El rey cavilaba, pero no hacia con esto sino acalorar mas y mas su imaginacion y embrollar sus ideas.

—Señora, dijo, ó vos me engañais ó vuestros criados os engañan.

—Os equivocais, señor.

—¿Y si yo os digese que he visto salir de vuestra casa una persona?

—¿Espiaba el rey de Castilla? dijo doña Ines atrevidamente.

—El rey de Castilla no espiaba, pero tiene confidentes que le den noticias de lo que le interesa.

—Señor, ó vos me engañais ó vuestros confidentes os engañaron, contestó la dama que aprovechó aquella ocasion para devolver al rey sus mismas palabras.

Consideró don Sancho lo arriesgado que seria decir que él habia visto al que creyó fuese el doncel, y á su pesar disimuló su enojo, contestando con la mayor calma posible:

—Bien puede ser.

Quedaron silenciosos, porque ambos no sabian qué decir y tenian mucho que pensar.

—Señora, me retiro.

—Os acompañarán mis criados hasta vuestro alcázar.

—Vuestros criados no deben saber que ha estado aqui el rey, y vos debeis olvidarlo.

—Se cumplirá vuestra voluntad.

—Todo el mundo ignorará que yo he venido á Toledo.

—Por mi parte.....

—Esto es un secreto aun para la reina.

—¿Cuántas personas saben vuestra venida?

—Vos, el señor de Vizcaya y este criado.

—¿Y si se descubre, á quién hareis responsable?

—A todos.

—¿Lo ignora tambien don Gomez Gàrcia?

—Sí.

—No faltará alguna casualidad, como él dice, que se lo haga saber.

—Le pesaria.

—No á mí.

—El cielo os guarde, señora.

—El conserve vuestra preciosa vida, señor, contestó esta haciendo una profunda reverencia.

Y luego, llamando á un criado le dijo:

—Acompaña á estos hidalgos hasta la puerta.

Aquella misma noche salió don Sancho de Toledo, tan lleno de enojo como á su salida de Sevilla. ¿Qué habia adelantado? Nada. Rodrigo estaba verdaderamente enfermo, ó tal parecia; y sin embargo, habia visto salir un hombre de casa de doña Ines y dirigirse al alcázar. Este hecho, de que no podia dudar, se le habia negado. ¿Cómo comprender cuanto sucedia?

Para satisfacer la curiosidad de nuestros lectores, le diremos que el embozado que habia visto el rey, era el espia de don Lope, y antiguo camarada del portero de doña Ines. Habia ido á visitar á su amigo y á beber con él una botella, cosa que hubiese hecho á la dama despedir á su criado, y por eso este ocultó lo sucedido. El espia, para ganar la recompensa que le habian prometido, buscó aquel medio que dió mejores resultados de los que se esperaban don Lope y el abad.

Hasta la madrugada no pudo dormir doña Ines; pero en vano cabiló, porque nada pudo comprender de lo sucedido aquella noche.

¿Qué significaba aquella venida del rey á Toledo? No eran ciertamente asuntos políticos los que le traian, ni el deseo de ver á su esposa, porque entonces, ni hubiese perdido tiem-

po en la visita de doña Ines, ni hubiese encargado la reserva aun para doña Maria.

Esto pensaba la madre de Rodrigo; pero sin sospechar que el rey estuviese celoso y que fuese el doncel la causa de sus celos.



CAPITULO XXXV.

De cómo el que tiene celos pierde el tino y se descubre sin descubrir lo que quiere.



El rey habia vuelto á Sevilla y estaba cada dia de peor humor. Pesaba en su juicio mas el misterio que cubria la salida de casa de doña Ines de aquel embozado, que el haber visto á Rodrigo enfermo hasta el punto de no poder moverse de su cama.

—¿Quién podia ser aquel hombre? preguntaba don Sancho á Juan, á la mañana siguiente de haber vuelto á su palacio.

—Señor, le contestaba el sirviente, aquí hay un enredo muy difícil de descubrir. Yo veo en todo lo que pasa en este asunto mil contradicciones capaces de volver loco al hombre de mas calma.

—¿Es decir que tú tampoco encuentras esplicacion á nada de lo que sucede?

—¡Esplicacion! El querer buscarla me ha costado ya algunos dolores de cabeza.

—Juan, esta situacion es insoportable. Anoche á pesar del cansancio, apenas he dormido.

—Y lo peor es, que el asunto no lleva trazas de ponerse en claro.

—Es preciso hacer algo, Juan.

—Señor, disponed de mí.

—Creo conveniente que marches á Toledo.

—Bien, señor.

—Dirás á la reina, que como yo tengo que retardar mi viaje á aquella ciudad, para hallarme en las Córtes que se han convocado, te envio á sus órdenes como persona de mi confianza, por lo que pueda ocurrirle en asuntos cuyo desempeño no puede darse á los que tiene á su lado hoy.

—¿Le escribireis?

—Por supuesto.

—Será conveniente que le digais, así como de paso, que teneis intencion de recompensar algunos servicios importantes que últimamente os he hecho,

—¿Qué fin te propones?

—Que si lo decis á vuestra esposa lo sabrá Violante, y de este modo la encontraré mas propicia.

—¿Es interesada?

—No, señor; pero á todos halaga lo bueno.

—Lo haré.

—Si gustais, continuad dándome vuestras instrucciones.

—Poco tengo ya que decirte porque has adivinado mi proyecto.

—Entonces....

—Sales hoy mismo de Sevilla.

—Bien, señor.

—Y todos los dias me despachas un mensaje con noticias de lo que ocurra.

—¿Y si no sucede nada de particular?

—Lo mismo.

—Cumpliré exactamente vuestras órdenes.

—No olvides que vas á ganar un señorío ó una horca.

—No es dudosa la eleccion.

—Y si á eso añades la mano de Violante....

—A quien adoro.

—Me alegro, porque así comprenderás lo que sufro.

—¿Me pretegereis tambien contra el abad?

—¿ Estás seguro de que ama á Violante?

—Tengo pruebas de ello.

—Te protegeré.

—Ese es el mas señalado favor que me haceis.

—Disponte á marchar.

—Siempre estoy dispuesto á serviros.

—Entonces que Dios te ilumine.

—Señor, que el cielo os guarde.

Besó Juan respetuosamente la mano del rey, y salió del alcázar.

Una hora despues se hallaba fuera de Sevilla, caballero en un negro potro regalo del monarca.

Si hemos de decir la verdad, mas pensó el hidalgo en los ojos de Violante que en los celos del rey, y si se ocupaba de estos mientras hacia trotar á su corcel, era por la relacion que tenian con sus amores, y porque le causaba cuidado el temor de salir mal en su empresa.

Cuando nuestro caminante salió de Sevilla, dudaba aun de la certeza de cuanto se murmuraba en la corte; pero cuando llegó á Toledo, casi estaba convencido de que tenian razon los que mal pensaban.

Suspirando por los hechizos de Violante, encontróse al fin un dia á la puerta del alcázar, y despues de dejar su potro

y recibir los saludos de algunos amigos, entró en la habitacion que allí mismo tenia, despojóse de su armadura, mudó su vestido y se dirijió al aposento de la reina á quien ya se habia hecho anunciar.

Eran las seis de la tarde.

Doña Maria acababa de tomar un baño y reposaba en un blando divan. Beatriz, la de los cabellos de oro, estaba á su lado.

—El cielo guarde á V. A., dijo al entrar el hidalgo.

—¿Venis de Sevilla? le preguntó la reina.

—Por órden del rey, señora.

—¿Cómo se encuentra mi esposo? repuso doña Maria con tono de vivo interes.

—De salud, bien; pero agoviado por el peso de los negocios.

—¿Traeis alguna carta?

—Sí, señora.

Y Juan entregó á doña Maria un pergamino.

Mientras esta lo abria y se ocupaba en su lectura, el criado de don Sancho miraba á su alrededer como en busca de alguna persona, pero solo encontraban sus ojos lós azules de Beatriz.

Cuando la reina concluyó, dijo:

—Agradezco mucho á mi esposo el interés que se toma por mí, y aunque estoy rodeada de fieles criados y amigos leales, tengo mucho gusto en que os quedeis á mis órdenes.

—El rey ha querido honrarme con esta comision. Si acierto á dejar satisfechos sus deseos y á complacer á V. A., me consideraré feliz.

La reina quedó algunos momentos pensativa. Estrañaba que el rey hubicse enviado á Juan, cuando ella tenia mas criados de los que necesitaba. Muchas habian sido las muestras de cariño que su esposo le habia dado en cuantas ocasiones se apartara de ella, pero nunca le ocurrió mas que dejarle criados y personas adictas que la sirviesen, sin aumentar el número de estas con una casi insignificante y que en un caso dado no podia hacer mas que las otras. ¿Habia en la ida de

Juan algun misterio? Ademas de estas consideraciones, recordaba la reina que doña Ines le habia dicho hacia dos dias: «Señora, guardaos ahora mas que nunca de vuestros enemigos, porque de seguro ponen en juego intrigas horribles. Cuales sean, ni su fin, lo ignoro; pero sí os aseguro que no perdonan medio.»

Nada mas habia podido saber doña Maria, porque nada quiso ó nada pudo añadir la antigua bruja. Y aunque el viaje de Juan no debia ser sospechoso, puesto que lo habia hecho por órden del rey, sin embargo, como á nada conducia, como era innecesario y hasta inoportuno, dió que pensar á la regia señora que no acertaba á decidirse en la clase de recibimiento y órdenes que debia hacer y podia dar al recien llegado.

Este, en actitud respetuosa, aguardó hasta que la reina le dirijió la palabra.

—Ahora, le dijo doña Maria, descansad de vuestro largo viaje porque nada tengo en qué ocuparos. Mañana, venid á verme.

—Gracias, señora, contestó Juan, disponiéndose á alejarse.

—Al paso decid que llamen á Violante.

—Sereis obedecida, contestó el criado.

Y salió de la habitacion, no sin estrañar cierto retraimiento que le parecia haber notado en la reina.

Cuando estuvo en el aposento inmediato, encontró á Violante. Brillaron sus redondos ojos, y dirijiéndose á la doncella le dijo:

—Mil veces bendita la casualidad que os guia aquí.

Fijó ella una mirada de estudiada sorpresa en el hidalgo, y haciendo un saludo lleno de encantadora coqueteria, le contestó:

—Bien venido el galante caballero. ¿Cómo en estos lugares tan inesperadamente?

—Ni yo mismo puedo esplicármelo: sabed que es un capricho del rey; pero un capricho que me hace feliz porque me trae á vuestro lado.

—Siempre galante, pero....

Detúvose maliciosamente la doncella é hizo que con una mirada suya, se enrojeciesen las mejillas de Juan.

—Acabad, acabad, dijo este.

—No sé lo que iba á decir: adivinadlo y me lo recordareis.

—¿Cómo quereis que lo adivine?

—Como os dé la gana.

—Siempre la misma.

—Tan reservada como vos.

—¿Me acusais?

—Sí.

—No teneis motivo para ello.

—Me aguarda la reina, repuso Violante sin contestar al hidalgo.

—Acaba de decirme que entreis.

—Dios os guarde, amigo mio. Si volveis á Sevilla, decid al señor abad que sus chistosos cuentos....

—¡Violante! exclamó Juan palideciendo.

La jóven se dirijió hácia el aposento de doña Maria.

—¿Me dejais así?

—¿Quereis algo?

—Hablaros.

—¿No decis que la reina me espera?

—Tengo que haceros una pregunta: dos palabras no mas.

—¿Habeis contestado á la mia?

—Violante, sois muy cruel. No puedo entrar ahora en pormenores sobre el objeto de mi venida; y ademas, que la reina os dirá cuanto deseais saber.

—Pues vos me preguntareis luego.

Y la doncella puso la mano en la puerta para abrirla.

Juan la detuvo.

—¿No quereis escucharme? le dijo.

—Ahora no podemos entrar en pormenores.

—Violante, os burlais de mí.

—Dios me libre.

—¿Por qué os negais á hablarme?

—Vos lo habeis dicho; por falta de tiempo.

—Bien, pero ¿y esta noche?

—¿Cómo?

—Ya lo sabeis.

—¿Quereis engañarme por segunda vez?

—Sois injusta.

—Decid lo que os plazca.

—Violante, os adoro mas que nunca.

—Y yo menos.

—A pesar de vuestro desvic quiero hablaros esta noche.

—Veremos.

—Decid que sí.

—Dejadme.

—¿A qué hora?

—En el transcurso de la noche tal vez me deje ver.

—¿Donde siempre?

—Buscadme.

—¡Ingrata! exclamó con dulzura Juan.

Y estampó un beso en la tersa mano de Violante, que se escapó riendo á carcajadas.

—Cada una de sus locuras me enciende mas el corazon, murmuró el enamorado.

Luego se dirijió á su aposento para tomar algun descanso mientras llegaba la hora de ir en busca de su dama.

Entre tanto, una escena de bastante interés tenia lugar en el gabinete de la reina.

CAPITULO XXXVI.

De lo que trataron cuatro mugeres hermosas.



La reina estaba entre sus dos doncellas. A la derecha Violante, á la izquierda Beatriz. Con la carta del rey en la una mano, con el índice de la otra colocado entre sus cejas, doña Maria meditaba, comentaba y preguntaba.

—Juan es hoy la persona que me inspira mas confianza entre todos mis sirvientes, decia repitiendo las palabras del escrito, y mi cuidado por vuestro reposo es mucho....

Detúvose y prosiguió, dejando en la falda el pergamino:

—Hé aquí palabras que revelan cariñoso interés, pero un interés que en mas azarosos tiempos, en circunstancias mas peligrosas, no ha demostrado de tan estraña manera. No sé si las advertencias de doña Ines de Carbajal, ni si las intrigas que cada dia se ponen en juego mas frecuentemente, ó que la tristeza me hace desconfiar de todo, pero es lo cierto que el paso que acaba de dar el rey me llama la atencion y encuentro en él un misterio.... No acierto á esplicarme, pero casi aseguraria que otra intencion que la aparente tuvo al enviarme á su criado.

Volvió á quedar pensativa y al cabo de algunos momentos preguntó á sus doncellas:

—¿Qué os parece? Dadme vuestra opinion.

—Yo, dijo Violante, quisiera reservármela para despues.

—¿Por qué?

—Porque deseo saber la de Beatríz á quien veo meditabunda, y cuando ella está de ese modo....

—No me atrevo, interrumpió su compañera.

—Bah, dijo la reina, estais mas misteriosas que el mismo misterio que intentamos descubrir. ¿Tan malo es lo que piensas que no te atreves á decirlo?

—Es una sospecha que tal vez os sea desagradable y que la desechareis por descabellada.

—No temas.

—Y me llama la atencion que no se os haya ocurrido al momento, cuando es lo único que se deja entrever en lo que hace el rey.

—Confieso mi torpeza, dijo doña Maria.

—Reniego de la mia, repuso Violante.

—Ya lo veis, prosiguió Beatriz, cuando no pensais como yo es porque os parece imposible que sea lo que sospecho.

—No importa, dilo.

—¿Me perdonais desde luego, si es que os llegan á enojar mis palabras?

—Sí.

—Pues bien, el rey quiere espiar vuestras acciones.

—¡Espiarme! exclamó sorprendida la reina.

—¡Pobre caletre mio! dijo Violante. Beatriz tiene razon.

—¿Con que tú crees lo mismo?

—Sí, señora.

—Bien decias, Beatriz, que era atrevida tu sospecha; pero no me enojo.

—¿No sois de mi opinion?

—¿Desconfia acaso el rey de mí?

—Cuando tal hace....

Doña Maria palideció despues de reflexionar algunos momentos.

—Beatriz, dijo, si no te equivocas....

—Muy desagradable os debe ser, señora, pero no puede sospecharse otra cosa.

—¿Y por qué me espia?

—Eso solo el rey puede decirlo.

—No, respondió Violante; lo dirá Juan.

—¿Se lo preguntareis?

—Sí.

—¡Y os contestará?

—De mala gana, pero no dejará de hacerlo.

—Desconfio, observó la reina.

—Lo veremos.

—No estoy satisfecha; quiero saber el parecer de doña Ines de Carbajal. Si es de vuestra opinion....

—¿Os conformais con ella?

—Sí, porque entonces creeré que es puro empeño de engañarme á mí misma el pensar otra cosa.

—Señora, este va á ser un golpe muy doloroso para vos.

—Pero es indispensable.

—Como gusteis.

—Mas doloroso me seria caer en el lazo que me tienden mis enemigos; contestó tristemente la reina.

—Teneis razon.

—Disponed.

—Que llamen á la madre de Rodrigo.

Iba á salir Violante para ejecutar las órdenes de su señora, cuando abriéndose la puerta, anunciaron á doña Ines de Carbajal.

—Adelante, dijó doña Maria.

Y luego, viendo á doña Ines, sin aguardar su cortés saludo, añadió:

—Iban á ir en busca vuestra.

—¿Qué ocurre? preguntó la dama.

—Leed, y decidme vuestra opinion.

La madre de Rodrigo leyó atentamente la carta de don Sancho. Palideció su frente en que se marcaron algunas arrugas, y luego, con adusto ceño y enojado tono, exclamó:

—¡Miserables!

Fijó en ella doña Maria una mirada de sorpresa, palideció tambien, y con marcado afan le preguntó:

—¿Qué pensais?

—Pienso, señora, y perdonad mi arrogancia, que el favor mas especial que os ha hecho Dios, ha sido el volverme el juicio.

—¡Doña Ines!...

—¿Quién, prosiguió esta con arrebato, sino yo que conozco á esa turba de nobles depravados para quienes la intriga y la maldad nada son si dan los resultados apetecidos, quien, repito, lucharia con ellos y os salvaria? Señora, año tras año de desgracia, golpe tras amargo golpe me los han dado á conocer y me han enseñado á luchar.

—¿Es decir, interrumpió la reina temblando, que vos creeis?...

—Que el rey os espia, contestó secamente doña Ines.

—Teniais razon, dijo doña Maria mirando alternativamente á sus doncellas.

—Harto sobrada si tal pensaron. Ahora lo comprendo todo.... ¡Ah!... prosiguió la madre de Rodrigo. Señora, aquí debe haber una horrible intriga, un plan abominable..... Os persiguen de muerte; me persiguen á mí, á mi hijo, á don

Alonso Perez de Guzman y á don Pelayo... Afortunadamente conocemos á nuestros enemigos.

—¿Qué hemos de hacer? preguntó la reina.

—Dejadme obrar siquiera por hoy, dijo Violante, abriendo estremadamente sus rasgados ojos. Doña Ines, las desgracias os han dado á conocer á los hombres y os han enseñado á luchar; pues bien; mi gratitud me dará tambien á mí fuerzas y astucia para contrarestar los planes y las intrigas de esos cortesanos ambiciosos para los que nada hay respetable.

—¿Qué hareis? le preguntó doña Ines.

—Luchar como vos, constantemente; defenderme con las armas que nos atacan, es decir, con la mentira, la adulacion, el engaño....,

—Jóven, cuidado no os engañe vuestro deseo, y sobre todo no olvideis que la calma ha de ser vuestra mejor ayuda.

—Violante; dijo la reina, sé prudente ante todo.

—Descuidad, señora.

—¿Se pueden conocer vuestros proyectos de defensa?

—Sí.

—Sepamos cuales son.

—Así me aconsejareis.

—Ya te escuchamos.

—Os lo diré en dos palabras, repuso la doncella. Juan me ama con locura....

—¡Bien! exlamó doña Ines. Por mi parte no necesito mas esplicaciones.

—Te comprendo, añadió la reina, y solo veo un inconveniente.

—¿Cuál?

—Si empleas el amor para el criado del rey, ¿qué reservas para inutilizar al abad?

—Eso es justamente lo que mas ha de valerme. Es preciso que ambos tengan celos, que ninguno llegue á conseguir lo que desea, para que yo pueda ser dueña de sus voluntades. Y mientras ellos se afanan por vencer mis desdenes, y se desesperan celosos, yo impongo cada dia nuevas condiciones,

les hago perder ó concebir nuevas esperanzas, y entre tanto.....

—Doña Ines de Carbajal, interrumpió ella misma, les dará á conocer que ya no está loca.

—¿Con qué os pagaré? dijo la reina.

—Estamos satisfechas con veros feliz.

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales, doña Maria pareció absorta en la mas profunda meditacion. Luego, haciendo un esfuerzo, como si le costase mucho trabajo hablar, y á la vez que sus mejillas palidecian, preguntó á doña Ines:

—¿Y no sospechais el motivo que pueda tener el rey para dar este paso?

— Sí, señora.

—¡Ah!.... decídmelo.

—Perdonadme, pero quisiera reservarlo.

—¿Temeis enojarme?

—Temo que os cause gran dolor el convencimiento de lo que ahora no es mas que una sospecha.

—Hablad, que el dolor ya lo sufrí. Sé que el rey no puede sospechar sino porque desconfie de mí.

—Entonces; ¿qué he de deciros?

—Quiero una razon que acabe de convencerme, una razon que no deje duda.

—Esa es la que causaria el dolor que quiero evitaros.

—No importa, hablad.

—Cuando hayamos triunfado de nuestros enemigos, entonces os lo diré.

—Ya será innecesario.

—Os equivocais: podrá serviros para que acabeis de conocer el mundo.

—¿Os obstinais?

—Sí, señora.

—¡Doña Ines!...

—Procuremos no perder tiempo en lo que no puede servirnos, y creed que cuando me muestro para vos tan re-

servada, tendré poderosas razones que me obliguen á ello.

—Os creo.

—Ahora me retiro, prosiguió la dama, porque voy á escribir á don Alonso.

—Y yo tambien, dijo Violante, si me lo permitis, porque ya cierra la noche y tengo una cita.

—¿Con Juan?

—Sí, señora.

—Violante, mucha prudencia.

—¡Pobre mancebo!... Tiene muy noble corazon, y estoy segura de que su cariño al rey le ha hecho aceptar el enojoso papel que desempeña.

—Yo tambien creo que es víctima del engaño, contestó la reina.

—Mañana volveré temprano, dijo la madre de Rodrigo.

—El cielo os guarde.

La reina quedó sola con Beatriz.

—¿Qué hacemos? preguntó.

—Dentro de un rato os abandono.

—¿A dónde vas?

—A hacer con Violante lo que el rey hace con vos.

—¿Desconfias de ella?

—¡Desconfiar de Violante!... Nó, señora; nadie os ama como ella, nadie os seria tan fiel ni se sacrificaria por vos tan decididamente; pero es poco reflexiva, y por si tiene un momento de perjudicial ligereza, quiero estar á su lado para evitarlo.

La reina dejó escapar un hondo suspiro y miró con ternura á la jóven.

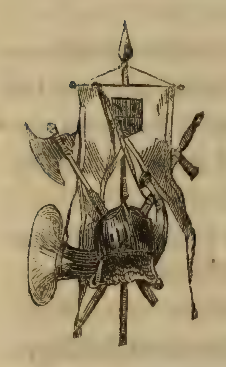
—¡Nobles corazones! murmuró.

Era completa la oscuridad, y no pudieron verse dos lágrimas que brotaron de los pardos ojos de doña Maria.



CAPITULO XXXVII.

Los dos espias.



Es posible que se acuerden nuestros lectores de que en una habitacion del alcázar habia una ventana, que esta ventana daba á un pasillo, y que por ella escuchó Violante cierto dia la conversacion que el abad tuvo con otro caballero sobre los amores de Rodrigo. Pues bien, en aquel mismo corredor se hallaba Juan hacia media hora, desde las nueve de la noche, aguardando á que la ventana se abriese.

Cumplióse al fin su deseo, y la cabeza de Violante se dejó

ver confusamente en medio de las sombras que oscurecian aquel sitio.

Apenas la distinguió el hidalgo acercóse á ella, y á media voz dijo:

—Aquí me teneis.

—Ya os veo, contestó la dama con tono de indiferencia. ¿Hace mucho tiempo que aguardais?

—No os lo puedo decir con certeza, pero sí puedo aseguraros que me parece que hace un siglo.

—Pues no me tengais otro escuchando vuestras mentiras. Decid lo que quereis.

—Veo que sois ahora, dijo Juan suspirando, tan esquiva y cruel como siempre.

—¿Habeis venido á decirme los defectos que tengo?

—He venido á adoraros.

—¿Otra vez con vuestro amor?

—¿Pues ha habido acaso un momento en que lo olvide? Dejad vuestro desvio.

—No me supliqueis porque será en vano.

—¿Se han borrado tan pronto de vuestro corazon los recuerdos de vuestro antiguo cariño? Es imposible.

—Os equivocais.

—Os repito que es imposible. Violante, tratémosnos como entonces, como en aquellos dias de sin igual ventura. Yo te amo como nunca....

—Poco á poco, caballero, interrumpió la dama con fingida severidad, aun no os he dado licencia para que me hableis de ese modo.

—Violante, no tienes motivo para quejarte de mí.

—¿Y aun no confesais vuestra culpa? mal camino llevais para alcanzar el perdon.

—¿Pero cuál es mi culpa? ¿Acaso no fué un capricho, una trivialidad el pretesto que te sirvió de escusa para romper el lazo de nuestro amor?

—¡Y llamais trivialidad al ridículo en que me pusisteis!

—¡Ridículo!

—Sí, señor hidalgo, porque no tiene otro nombre la zumba que sufrí de mis compañeras cuando me vieron chasqueada. Despues de anunciarles, llena de vanidad, que iban á oir los cantares mas apasionados que jamás inventara el mismo Cupido; despues de repetirles que nunca habia tenido noble dama quien bajo sus balcones tañera con tanta habilidad la cítara; cuando yo creia que iba á ser envidiada, ¿no fué caer en el ridículo tener que ocultarme llena de vergüenza porque no solamente no asomásteis á la calle sino que todas ellas fueron obsequiadas con músicas?

—¿Fué acaso culpa mia? ¿No sabeis que el rey no me permitió alejarme de su lado en casi toda la noche?

—Lo que sé es que cuando hay voluntad todo se hace.

—Violante, eres injusta.

—Como gusteis.

—¿No me perdonas?

—Os repito que me hableis con mas respeto.

—Violante, no me atormentes.

—Pues alejaos y no tendreis que escucharme.

—Dime que todo lo olvidas.

—¿Estais arrepentido?

—Ya lo ves.

—Dadme pruebas de ello.

—Pide cuantas quieras, dijo Juan.

Y cogió entre las suyas una mano de la doncella que intentó besar, pero que ella retiró.

—Aun no os he perdonado.

—Violante, repuso el hidalgo apasionadamente, te juro que nunca fué muger tan amada como tú.

—Lo veremos.

—¿Por qué retiras la mano?

—¿Acaso es prudente que en este sitio por donde todos pasan hagais semejante cosa?

—Tienes razon, y para evitar que nos vean debias permitirme que entrase.

—¿Qué hariais entonces?

—Pedirte perdon de rodillas.

—Veremos si sabeis aplacar mi enojo. Tengo curiosidad de ver los medios de que os valeis.

Juan no esperó, y trepando fácilmente por la ventana, fué á caer á los piés de Violante.

El aposento estaba débilmente iluminado por los resplandores de una lámpara que habia en el inmediato.

—¿Me quieres mas humilde? preguntó el amante.

—No es eso lo que ha de dejarme satisfecha. Sentaos.

—No lo haré mientras me hables como si fuese un desconocido.

—Bien, siéntate.

—¡Cuánto te adoro!

Interrumpieron por un instante la conversacion para acomodarse en dos taburetes, y luego prosiguió Violante:

—¿A qué has venido á Toledo?

—¿Tanto interés tienes en saberlo?

—Quiero que me des cuenta de todas tus acciones.

—Bien, pero antes déjame que bese tu mano.

—Despues.

—Seré obediente.

—Aguardo tu respuesta.

—Mi venida ha sido un mero capricho del rey, porque tal llamo á una idea sin mas fundamento que las hablillas de la corte.

—Cuidado con engañarme.

—Te digo la verdad.

—Sepamos qué capricho es ese.

—Como cosa de asuntos puramente del gobierno, en nada puede interesarte, y si me dispensas de decirlo, te lo agradeceré porque prometí guardar el secreto.

—No te dispenso nada.

—No me comprometas, Violante, dijo Juan que no sabia cómo salir de su apuro.

La doncella lo miró desdeñosamente y luego contestó:

—Ya sabeis que se sale por donde habeis entrado.

—¡Violante!...

—Hemos concluido.

—Pues bien, todo lo sabrás.

—No olvides que es difícil engañarme.

El hidalgo meditó algunos instantes.

—El rey, dijo, sospecha que un caballero conspira contra él, y me ha mandado venir para que espie sus acciones y averigüe cuanto pueda.

—¿Quién es eso caballero?

—¿Me juras guardar el secreto?

—¿Desconfías nuevamente de mí?

—No, pero es persona de cierta clase....

—Deja los rodeos.

—¿Y me permitirás que bese tu mano?

—Y aun mi frente, si quedo satisfecha.

—Pues bien, es Rodrigo.

—Mentira.

—Te repito que Rodrigo no inspira confianza al rey.

—¿Lo juras?

—Sí.

Violante quedó pensativa.

—Ya sabes lo que me has prometido, prosiguió Juan cuyos ojos brillaban encendidos por la pasion.

—Aun no estoy satisfecha.

—Lo he jurado.

—¿En favor de quién conspira Rodrigo?

—En el de don Alonso de la Cerda.

La doncella volvió á meditar.

—Me ocurre una duda, dijo.

—¿Cuál?

—¿Por qué ha ocultado el rey sus sospechas á la reina?

—La reina es al fin muger y no hubiera guardado el secreto con todo el cuidado que debia. Por otra parte, la madre del doncel ha tenido la habilidad de captarse la voluntad de la reina en tales términos que.....

—No prosigas porque no me convence esa razon. El rey

ha confiado siempre á su esposa todos sus asuntos y aun acostumbra á pedirle consejo.

—No lo habrá creido así oportuno en esta ocasion.

Violante movió la cabeza con aire de incredulidad.

—¿Y por qué, preguntó, para espiar á Rodrigo te envia fingiendo que lo hace por interés de la reina? ¿Acaso tenia que hacer mas que mandarte venir?

—Me estás interrogando como á un criminal.

—Es que no quiero que me engañen. Nada me importan los asuntos del rey, pero una vez que te he preguntado el objeto de tu viaje, no tolero que me digas una mentira.

—Bien, dijo para sí Juan, tu eres espia de la reina, yo del rey... Allá veremos quién gana la partida.

—¿En qué piensas? preguntó Violante.

—Aguardo el prometido beso.

—Aun no lo has ganado.

—¿Qué falta?

—Que contestes á mi última pregunta.

—¿Puedo yo acaso saber por qué el rey quiere que su esposa ignore el objeto de mi venida?

—¿Pero no te llama la atencion?

—No he pensado en semejante cosa. Me manda, lo obedezco y así cumplo con mi deber y gano la recompensa que me tiene prometida.

—¿Lo juras?

—¿Otra vez?... Sí, lo juro, y aun te repetiré las mismas palabras de don Sancho.

—Te escucho.

—«Si desempeñas bien esta comision, me dijo, ganas un señorio; y si no eres callado y fiel, siquiera te muestras torpe, cuenta con la horca.» Ya ves, Violante, hasta qué punto te amo, que pongo mi cabeza á discrecion de la prudencia tuya. ¿Puedes exigir algo mas de mí?

—¿Mentirá? pensó Violante. Nó, porque me lo ha jurado. De cualquier modo, bueno será prevenir á la reina para que evite una desgracia al pobre doncel.

—¿He ganado ya la recompensa? preguntó Juan aproximándose á su dama.

—Necia pregunta, contestó la doncella haciendo un gesto de estremada coqueteria.

El hidalgo estampó un ardiente beso en la frente de su amada, y murmuró:

—¡Cuánto te adoro!

—Veremos lo que dura esa pasion, dijo Violante cuyas mejillas se tornaron rojas.

—Eternamente.

Juan estrechó entre las suyas las manos de la doncella, y ambos permanecieron silenciosos y contemplándose con ardiente mirada.

—Violante, dijo al fin el mancebo, el que ama mucho es muy celoso: no estrañes, pues, que te dirija una pregunta...

—¿Principiarás á enfadarme? Ya sabes que los celos me entibian la pasion, y que soy amiga de completa libertad.

—No quiero privarte de ella, pero al menos deseo saber quien te habla, quien te mira....

—Por esta sola vez, pregunta.

—¿Qué caballeros visitan de noche á la reina?

—¿Y qué tiene que ver la reina conmigo?

—Que los que vayan á visitarla te verán....

—Ya sabes que no está en Toledo el abad de Valladolid.

—Bien, pero hay caballeros que pueden inspirar temores á cualquier amante. ¿Quieres decirme los que vienen?

—¡Ola! dijo para sí Violante. Tú eres espia del rey, yo de la reina....Veremos quien gana la partida.

Y luego añadió en voz alta:

—Vienen todos los que hay en Toledo, menos Rodrigo porque está enfermo gravemente.

—Sí, pero antes de su enfermedad....

—Le acometió el mismo dia de su llegada, y ni aun le dió tiempo para ponerse á las órdenes de la reina.

—Te equivocas.

—¿Crees saberlo mejor que yo?

—Sí.

—¿Qué razones tienes para ello?

—Una muy poderosa.

—¿Cuál?

—Es un gran secreto.

—Siempre misterioso.

—Es un secreto de tal naturaleza que no me atrevo á revelártelo, á tí en quien tengo tanta confianza.

—¡Pobre Juan, tú ves visiones!

—¿Y si te pruebo que la enfermedad de Rodrigo es fingida, y que sale de noche de su casa, que dirás?

—No puedes probarme semejante cosa.

—Me obligarás á decirte lo que pensaba callar.

—No quiero saberlo, contestó Violante con indiferencia.

—Pero quiero convencerte para que conozcas las intrigas de los cortesanos. ¡Tengo el hilo de una gran conspiracion! dijo Juan con aire de importancia.

—¡Pobre! exclamó la doncella sonriendo desdeñosamente.

—¿Pobre?... Escucha, Violante.

—Si te empeñas, escucharé.

—Hace seis dias, prosiguió el hidalgo bajando la voz, que el rey vino á Toledo.

La doncella abrió estremadamente los ojos, y preguntó:

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Como que yo lo acompañé.

—¡Juan!

—Paciencia.

—Prosigue.

—Vimos salir á Rodrigo de su casa á las doce de la noche, lo seguimos, pero cuando lo advirtió, echó á correr con su ligereza sin igual, volvió á su casa y se acostó.

Violante no perdia una sílaba de cuanto decia el hidalgo. Este prosiguió:

—El rey, que no quedó satisfecho, me mandó entrar en casa del doncel, pero su madre no me permitió que lo viese, y fué preciso que el rey se presentara.

—¿Y lo vísteis?

—Sí.

—¿Y no estaba enfermo?

—Parecia estarlo; pero ya sabes que su madre tiene algo de bruja, y no es difícil que le diese algun brevaje para hacerle aparecer calenturiento.

—Es demasiado grave lo que dices, y no me atrevo á creerte.

—Caerás en el lazo, dijo para sí Juan.

—¿Y qué hizo entonces el rey?

—Volverse á Sevilla.

—¿Y hácia dónde se dirijió Rodrigo cuando salió de su casa?

—Hácia aquí; por lo que presumimos, y creo que con razon, que se conspira dentro del alcázar. Ya ves como el doncel viene aquí por la noche.

—Puedo asegurarte que no.

—Tal vez; pero las pruebas.....

—No me convencen. Se puede ir á muchas partes viniendo hácia este punto.

—Pues bien, es preciso que todo lo sepas. Rodrigo se acercó á un postigo del alcázar, dispúsose á llamar ó á abrir, le acometimos y entonces huyó.

—Si fuese cierto lo que dices.....

—Te juro que es verdad.

—Yo lo sabré.

—Cuidado....

—Soy discreta.

—Si me ayudas en esta empresa, de seguro tendré el señorio y en seguida tu mano.

—Te ayudaré, pero temo que no se adelante nada. ¿Habia de esponerse Rodrigo á entrar ocultamente en el alcázar cuando podia ser sorprendido aun por la misma reina?

—Es que la reina y su servidumbre dormian á esas horas, repuso Juan y esperó ansioso la contestacion.

—Te equivocas. Hay noches que á la madrugada está la reina todavía contemplando la luna. Ya sabes que suele tener

esos caprichos, y ahora con mas frecuencia, lo que no me hace mucha gracia porque me quita tres ó cuatro horas de sueño.

—Sí, pero tal vez aquella noche....

—Hace ocho dias lo menos que no nos despide hasta la madrugada.

Violante y Juan quedaron silenciosos. Pensaron que nada podrian adelantar hasta que nuevos sucesos viniesen á proporcionarles respectivamente algunas ventajas.

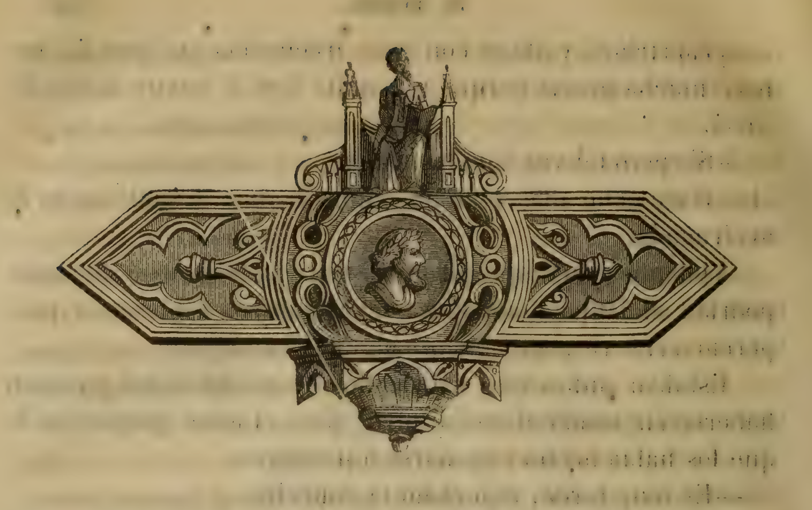
Estaban ambos muy satisfechos de su habilidad y creian haberse engañado el uno al otro; pero el amor propio era lo que los habia hecho engañarse á sí mismos.

—Es muy tarde, dijo al fin la doncella.

El hidalgo la despidió con un beso, y saltando por la ventana se perdió entre las sombras del corredor.

Beatriz lo habia escuchado todo, y se alejaba, diciendo:

—Creí que tenia mas habilidad Violante.... Sin embargo, ya que no ha averiguado mucho, ha dejado en buen lugar á la reina. Ahora mas que nunca creo que el rey espía á la reina porque tiene celos, y no á Rodrigo porque conspira.



CAPITULO XXXVIII.

De cómo la reina y doña Ines quedan mas confusas cuanto mas se esplican.



Al siguiente dia del en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir, hallábase doña Ines al lado de su hijo, que muy aliviado de su enfermedad, habia dejado el lecho.

Serian las diez de la mañana, y el desgraciado doncel acababa de oir de boca de su madre la noticia de la determinacion tomada por la judia. Honda pena le causó saber este nuevo contratiempo, pero consolóse con la idea de que él podria aplacar el enojo del hebreo recordándole que dos veces le habia salva-

do la vida, y de que haria desistir á Esther de su proyecto con las razones que el amor sugiere.

—Ahora, decia doña Ines, piensa solamente en reponer tus fuerzas, sin lo cual nada podremos hacer, tú por falta de salud, yo porque tengo que permanecer á tu lado noche y dia.

—Segun me siento hoy de mejorado, creo que de aquí á mañana, si fuese preciso hacer un viaje tendria suficientes fuerzas para ello, porque al presente, si no he recobrado aun todas las que son en mí naturales, me restan las que tiene cualquier hombre.

—No hay necesidad de semejante cosa. Lo que es preciso es que mañana veas á Jonadab porque no debemos perder tiempo. Nuestros enemigos aprovechan todas las ocasiones, y es necesario desbaratar esa intriga cuyo fin aun no conocemos claramente, pero que debe ser transcendental cuando tu hermano en persona vino ocultamente á Toledo y se mostró tan misterioso, tan incomprensible.

—¿Y qué pensais, madre mia, de la venida de Juan?

—Lo mismo que de la del rey, que segun las apariencias debe sospechar algo de tí y de la reina.

—¿Pero ha de creer acaso que su esposa y yo conspiramos contra él? ¿No tiene sobradas pruebas de mi lealtad?

Iba á contestar doña Ines cuando entró un criado y le dijo que la reina la mandaba llamar inmediatamente.

—Ya sé lo que quiere, dijo la madre de Rodrigo cuando el doméstico se hubo alejado.

—Sin duda es para hablaros de lo que Violante ha sabido de Juan anoche.

—Mucho nos interesa no perder un momento.

—Quiero ir con vos, madre mia.

—No, Rodrigo: es inútil que hagas ahora ningun esfuerzo. Quédate y sosiega por si es preciso que mañana tengas que moverte para asuntos de mayor interés. Cuanto mas reposes hoy, mejor te encontrarás otro dia.

—Pero no os detengais sino lo puramente indispensable.

—Así lo haré.

Rodrigo quedó pensando en su dama, mientras doña Ines se encaminó en busca de doña Maria.

Hallábase meditabunda y triste, y su semblante revelaba cuanto sufria en aquellos momentos. Al ver á la madre del mancebo, abrió sus grandes ojos y exclamó:

—¡Dios mio, qué sucede!

—Eso vengo á saber, señora, contestó doña Ines agitada aun por la precipitacion con que habia caminado.

—¿Por qué me habeis ocultado la venida del rey á Toledo? ¿Por qué me habeis dicho que Rodrigo estaba postrado sin poder moverse de la cama? ¿Por qué fingíais no comprender lo que sucedia cuando estábais al corriente de todo? ¿Por qué?... ¡Ah!... No sé qué mas habia de preguntaros; pero seguramente, yo perderé el juicio ahora qne vos lo habeis recobrado.

La reina exhaló un hondo suspiro y de sus ojos salieron abundantes lágrimas.

Tantas preguntas, hechas con tal precipitacion, dejaron por un momento suspensa á doña Ines; pero recobrada al fin, dijo:

—Señora, al confesaros una verdad os han hecho creer una mentira. El rey estuvo en Toledo, y os lo oculté por el riesgo que aun vos misma podiais correr sabiendo su venida, y por el dolor que deberia causaros. En cuanto á mi hijo, enfermo ha estado, y gravemente, sin poder abandonar el lecho hasta ayer, pero aun no ha salido de mi casa. ¿Quién ha dicho lo contrario? Esplicaos, señora, porque aquí hay una trama horrible, y si no teneis en mí confianza, si yo pierdo la que tengo en vos, sereis víctima de las inicuas intrigas del abad y de don Lope, y mi hijo sucumbirá bajo el peso de sus contínuas y terribles desgracias. ¿Ha visto Violante al criado del rey? ¿Qué le ha dicho?... Sin duda por su conducto sabeis lo que yo os oculté y lo que no ha sucedido. ¿Habrá sido engañada vuestra doncella en vez de engañar?

—¡Soy muy desgraciada, doña Ines! ¡Compadecedme!

—Me pasma veros abatida, á vos que teneis un corazon fuerte.

—¿Hay fuerzas que soporten tanto dolor?

—¿Los aliviareis con el llanto? ¿Combatireis con las lágrimas á vuestros enemigos?

—¿Y qué he de hacer?

—El tiempo vuela; los instantes son preciosos: mañana podré separarme descuidadamente de mi hijo, y él tambien obrar: sepamos lo que ha adelantado Violante, lo que sabeis, y sin que nada nos detenga, á luchar sin descanso. ¿No sabeis lo que valgo? ¿Ignorais que mi hijo puede mucho?

—Teneis razon, pero desconfio de todo, y ya no daré un paso sin creer que ha de sucederme un contratiempo.

—Pues entregaos á vuestros enemigos y que triunfen sin encontrar resistencia. ¡Cuánto gozarán al ver humillada á la reina de Castilla!

—¡Oh, no, eso no! exclamó doña Maria. Humillarme, jamás.

—Tal camino llevais perdiendo el ánimo.

—Mas, ¿qué hacer?

—Sosegaos y decidme lo que sepais, y luego podremos obrar.

—Pues bien, Violante ha obligado á Juan á confesarlo todo. El rey sospecha de Rodrigo porque cree que este conspira, y á espiarlo vino á Toledo.

Movió doña Ines la cabeza con aire de duda, y contestó:

—¿Y por qué se guarda de vos con quien siempre ha consultado esa clase de asuntos? El rey duda de Rodrigo, pero no cree que conspira.

—Así lo ha jurado Juan, y aun dice que él y mi esposo vieron salir de vuestra casa á vuestro hijo, y que se encaminó aquí, acercóse á un postigo para llamar ó abrirle, y huyó al ver que le acometian.

—Señora, es casi imposible acertar á comprender lo que sucede. Ahora veo que el rey espió á las puertas de mi palacio; pero no sé quién pudiera ser ese hombre á quien dice

Juan que siguieron. No fué Rodrigo, os lo aseguro, y mis criados todos afirman y juran que tampoco fué ninguno de ellos. ¿Cómo ha podido suceder? ¿Me engañan mis sirvientes? Es posible. Pero, ¿con qué fin salió alguno de mi casa y se dirijió aquí? ¿Por qué, si asi sucedió, lo oculta tan cuidadosamente?... ¡Ah!... Cada vez se ofusca mas mi razon, y menos comprendo lo que pasa cuantas mas noticias y antecedentes recibimos. ¿De qué acusan á mi hijo nuestros enemigos? ¿Pretenden acaso hacer creer al rey que conspira de acuerdo con vos?

—Ya veis, doña Ines, dijo la reina, si con razon pierdo el ánimo. ¿Cómo defendernos sin conocer las armas con que nos atacan?

—No hay que desmayar, que aun no hemos tocado todos los resortes que están á nuestro alcance; nos quedan recursos y, ¡ay! de nuestros enemigos el dia de la venganza: doña Ines de Carbajal no está ya loca, y su hijo puede mañana montar á caballo y volar á Sevilla. ¡Líbrelos Dios de los puños del hermoso doncel de la cabellera de oro!

Las pálidas mejillas de la reina se tiñeron de un vivo carmin al oir nombrar á Rodrigo de un modo que hacia concebir de él la idea mas seductora por lo bello, y mas grande por lo fuerte.

Sintió la infeliz muger palpitar su corazon violentamente, y tras un tierno suspiro, dijo para sí:

—¿De qué me sirve sufrir en silencio tan agudos dolores si el mundo me acusa de liviana y mi esposo duda de mi virtud? No sabes, don Sancho, no, el sacrificio que hace á tu honra la muger á quien espias como al último de tus vasallos; pero yo cumplo con mi deber; no temas que tu injusta desconfianza haga vacilar un solo instante mi virtud.

Tras algunos momentos de silencio, prosiguió doña Ines:

—Señora, es preciso obrar.

—¿Y qué hacemos?

—Mañana saldrá Rodrigo en busca de don Alonso.

—Vais á esponer la salud de vuestro hijo.

—Nada debe temerse tanto como las intrigas que ponen en juego contra él, porque le quitarian la vida si no evitamos á tiempo el golpe que nos amaga.

—¡Pobre doncel!

—¡Pobre hijo mio!

Una lágrima asomó á los negros ojos de doña Ines.

—¿Y al fin nada adivinais? preguntó la reina.

—Nada, señora; pero don Alonso y Pelayo nos aclararán el misterio, porque es seguro que no se habrán olvidado de nuestra suerte.

—Esos son amigos leales.

—Voy, pues, á prepararlo todo para la partida de mi hijo. Convendria que esta noche prosiguiese Violante sus averiguaciones.

—Lo hará.

—Dios nos dé ayuda, dijo doña Ines.

Y contestando luego á un cariñoso saludo de la reina, se encaminó á su palacio donde Rodrigo la aguardaba ansioso.

La escena que allí debió tener lugar, ya la adivinarán nuestros lectores, razon porque omitimos referirla, prefiriendo volver al bullicio de la corte, puesto que allí hemos de encontrar al doncel y á sus amigos.



CAPITULO XXXIX.

Los consejos que dieron al doncel sus amigos.



No pasaba un dia sin que don Sancho dejase de recibir una carta de Juan. Decia este en todas ellas que nada habia podido descubrir, pero que Violante le habia hecho muchas preguntas sobre su ida á Toledo, y que la madre de Rodrigo iba con frecuencia á todas horas al alcázar real. De esto deducia el celoso rey que su esposa sospechaba que espiaban sus acciones, y que por esto el doncel no iba á visitarla, pero sí lo hacia mas frecuentemente que nunca doña Ines.

Mucho le habian dado que sospechar los anónimos, pero mas temores le inspiraba la conducta de su hermano bastardo, porque era muy estraño que pasada su enfermedad no fuese á recibir las órdenes de la reina; y esta falta, solo escusable cuando hubiese un resentimiento que no existia, achacábalo el monarca á estudiado disimulo que acrecentaba sus recelos.

Veíase obligado á disimular su dolor, á reprimir su coraje, y este unido al que ya colmaba la medida de su paciencia por la conducta de los nobles, le tenian de tan pésimo humor, que los cortesanos aseguraban no habérselo conocido igual ni aun en los trances mas apurados de su agitada vida.

Acercábase el dia de la reunion de las Córtes, y temerosos los unos, llenos de esperanzas los otros, todo era ansiedad y agitacion en los ambiciosos pechos de los señores é hidalgos.

Creian estos que la alta nobleza no quedaria muy bien parada en la revision de sus privilegios, mientras aquellos opinaban que, necesitando el rey su ayuda para las guerras que se iban á comenzar, no cometeria el desacierto de disgustar á ninguno por temor de que le volviesen la espalda.

Todos hablaban del mismo asunto; todo eran murmuraciones, presumiendo cada cual haber adivinado lo que debia suceder; pero es lo cierto que ninguno acertaba con la verdad, y que fueron vanos sus esfuerzos para traslucir lo que pensaba el rey, porque este se mostraba tan reservado que ni sus mas íntimos favoritos le oyeron hablar de semejante negocio.

Mientras tanto, don Lope y el abad no descuidaban fomentar las murmuraciones sobre la conducta de la reina, y ya se decia sin ningun género de reparo, que Esther, despues de haberse hecho cristiana se habia encerrado en un convento porque el doncel la habia abandonado. Habíase unido don Mendo á su tio y al abad, y buscaba su venganza ayudándoles á estos en sus criminales intrigas, aunque sin desistir por ello de volverse á apoderar de la hija del anciano hebreo. No se

habia vuelto á presentar en la corte porque temia el enojo del rey, quien siquiera por disimular sus celos, debia aparentar que aun se interesaba por Rodrigo.

Principiaba ya el otoño.

Era una de esas mañanas en que ni una ligera nube se ve en el horizonte, y el sol radiante y puro se enseñorea en el firmamento.

Habia llegado el dia de la reunion de las Córtes, y en las calles de Sevilla advertíase algun movimiento mas que de costumbre, á causa de la concurrencia que aquel acontecimiento llamara á la ciudad.

Hallábase en un lujoso aposento de su casa el señor de San Lúcar, y departia con Pelayo el Duro, no sobre los asuntos políticos como todos los cortesanos, sino sobre el contenido del último mensaje que habia recibido de doña Ines.

Esperaban ansiosos la llegada del mancebo que, segun sus cálculos, debia estar ya á las puertas de Sevilla; pero sin duda se equivocaron porque se hallaba á las de la casa de don Alonso, y á los pocos momentos este y Pelayo lo vieron aparecer silencioso y triste.

—¡Es él! exclamaron á un tiempo ambos nobles.

Y Rodrigo estrechó entre sus forzudos brazos los pechos de sus amigos.

Largo fué el rato que el abrazo duró sin que ninguno pronunciase una palabra, y al fin, sentados cerca los unos de los otros, miráronse como quien se dirige una pregunta y teme oir la respuesta.

El doncel fué el primero que habló.

—Aquí me teneis, dijo con grave tono, ne sé si mas abatido por el dolor ó mas trastornado por el coraje. ¿Qué sucede? ¿Qué significa la conducta incomprensible y misteriosa de don Sancho?.... Hablad, amigos mios; decidme si todo se ha perdido, si no nos queda remedio, ó si es tiempo aun de luchar, si puedo frente á frente llamar villanos y traidores á los que me persiguen, y vengar las injurias que me han hecho y las desgracias que nos han causado.

—Ante todo, interrumpió Pelayo, decidnos cómo os encontrais de salud.

—Bien, fuerte, dispuesto á todo. Señaladme enemigos, dejadme acometer y vereis si aun mi brazo puede esterminarlos.

—No es tiempo aun, dijo don Alonso.

—¡Que no es tiempo aun! repitió el jóven con amargura. ¿Cuándo ha de llegar el dia de la venganza? Esplicaos, señores, esplicaos y obremos porque esta situacion no puede sostenerse sin que me ahogue el coraje ó me mate el dolor.

Apretó los puños el mancebo, y de su boca salió un murmullo sordo de su cólera concentrada.

—Os repito que no es tiempo aun, dijo Guzman. Es menester pelear en el terreno en que se han colocado para la lucha, porque de otro modo seríamos vencidos.

—¿Pero cuales son sus planes? repitió el mancebo con impaciencia.

—No los podeis conocer todavía, contestó Pelayo.

—¿Por qué?

—Porque sois muy jóven aun y seria imposible contener el primer ímpetu de vuestra cólera, que les daria muchas ventajas.

—¿Acaso no me habeis visto ser prudente cuando ha sido necesario?

—Sí, pero nunca os habeis encontrado tampoco en la situacion en que ahora os hallais.

—Es decir que vosotros conoceis los planes de nuestros enemigos....

—Sí, contestó don Alonso, afortunadamente los conocemos, y creo que los podremos desbaratar, por mas peligrosa que sea en estos momentos nuestra situacion.

—Me entrego en brazos de vuestra fiel amistad, dijo resignadamente Rodrigo.

—Es lo que debeis hacer.

—Aconsejadme.

—Lo que importa, repuso don Alonso, es convencer á Jo-

nadab para que aplaque su enojo, y hacer que vuestra dama salga del convento y consienta en daros su mano.

—¿Y en cuánto al rey? preguntó el doncel.

—Con eso hemos de vencer á nuestros enemigos.

—¿Pero qué tiene que ver lo uno con lo otro?

—Si os contestásemos á esa pregunta, dijo Pelayo, os diríamos lo que os queremos ocultar.

—No os comprendo, amigos mios.

—¿Teneis confianza en nosotros?

—Sí.

—Pues entonces seguid nuestros consejos ciegamente.

—¿No teneis que decirme otra cosa?

—No.

—¿Qué he de hacer ahora?

—Presentaros al rey.

—¿Y cómo me mostraré con él?

—Como siempre, contestó Pelayo.

—Mas respetuoso que nunca, añadió Guzman.

—Marcadme hasta las primeras palabras que he de decir, porque ignorándolo yo todo, es fácil que cometa alguna torpeza.

—Lo que diríais si nada de particular sucediese: que apenas os habeis mejorado de vuestra enfermedad, vais á recibir sus órdenes, como es vuestro deber. Y esto con agradable tono y apariencia tranquila, pero dejando ver la pena que os causa lo sucedido con Jonadab y su hija.

—Ademas, añadió Pelayo, le pedireis ayuda para conseguir el término de vuestras desgracias con respecto á vuestros amores, y sobre este punto direis lo que verdaderamente sentis.

Quedó pensativo el doncel, dando tormento á su imaginacion por ver si adivinaba qué relacion tenian sus amores con el enojo que mostraba el rey contra él y la reina, pero nada se le ocurrió que pudiese hacerle sospechar la verdad. Fatigado y mas confuso cuanto mas meditaba, convencióse de que le era imposible descubrir aquel misterio, y decidido á

obrar segun le dijeron don Alonso y Pelayo, les preguntó:

—¿Teneis alguna advertencia mas que hacerme?

—Una sola, dijo don Alonso, porque sois bueno y las desgracias de la reina escitan vuestro interés como si fuesen propias. De vuestra salvacion depende la de la reina.

—¿Debo tambien ignorar lo que contra ella intentan nuestros enemigos? preguntó el mancebo.

—No, contestó Pelayo, eso lo podeis saber sin riesgo alguno.

—¿Me lo direis?

—Sí.

—Os escucho, repuso el doncel creyendo que al conocer una parte de la trama le seria mas fácil adivinarla toda.

—Lo que se proponen los enemigos de la reina, que son los nuestros, es conseguir que el rey consienta en el divorcio que desea la Francia, porque el Papa no ha dispensado este matrimonio.

—Eso es horrible, dijo el doncel.

—Pero es muy cierto, y bien sabeis que es añeja cuestion aunque sin resultado hasta ahora.

—¡Abandonar el rey á su esposa á quien ama con locura!... Os repito que es imposible.

—No del todo, inexperto mancebo, dijo Pelayo; y la prueba de que no es tan imposible la teneis en que don Sancho comienza á enojarse contra su esposa, la espia, no la visita estando en la misma ciudad, y acabará por divorciarse lo mismo que ha empezado por desconfiar de ella.

—¿Y decis, preguntó Rodrigo, que triunfando yo se salva ella?

—Sí.

—¿Y qué tienen que ver, repitió confuso el mancebo, las exigencias de la Francia, el enojo del rey, sus sospechas, su parentesco con su esposa, la dispensa del Papa y el interés que tengan algunos en ver casado á don Sancho con una infanta de otra nacion, qué tiene que ver todo esto, repito, con mis amores, con Jonadab ni con don Mendo?

—Hé ahí, contestó don Alonso, lo que no os podemos esplicar porque seria lo mismo que deciros lo que queremos que ignoreis por ahora y hasta que hayamos triunfado.

Cuantas mas esplicaciones pedia Rodrigo, mas confuso quedaba: así es que, resolvióse á no hacer otra pregunta mas que para pedir instrucciones á sus amigos en quienes tenia una completa confianza.

—¿Qué debo hacer, pues, en este momento? dijo.

—Visitar al rey antes de que llegue la hora de la reunion de las Córtes, porque sino os seria imposible el verlo hasta la noche.

—Allá voy.

Rodrigo se levantó con el aire de un soldado que obedece sin saber el por qué le mandan obrar.

—No le digais al rey que nos habeis visto.

—Bien.

—Y volved en cuanto salgais del alcázar.

—Lo haré.

—Dios guie vuestros pasos.

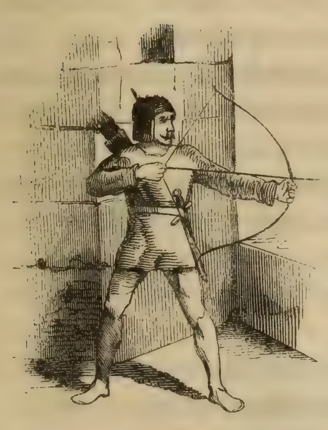
Apretó el mancebo las manos de sus amigos, y salió dirijiéndose á la morada real. Su adusto ceño y el brillo de sus ojos denotaban que la ira se habia apoderado de su alma y que costábale grande esfuerzo contenerla.

Cuando llegó al alcázar encontró á nuestros amigos: á todos dirijió breves saludos y siguió apresuradamente hasta la cámara del rey á quien se hizo anunciar.



CAPITULO XL.

Del recibimiento que don Sancho hizo á Rodrigo.



HALLÁBASE el rey sentado junto á una mesa en que apoyaba uno de sus codos, haciendo descansar su cabeza en la mano. Aparecia su rostro sombrio, contraida su ancha frente, y hubiera sido difícil decir si la mas profunda tristeza lo tenia inmóvil ó abatido, ó si el coraje le hacia meditar uno de aquellos rudos desahogos tan naturales en él.

Tan pronto parecia que el dolor atormentaba su alma, por que sus ojos medio cerrados dejaban de espresar ningun sen-

timiento, y luego se le hubiera creido en uno de esos instantes en que se procura dar al furor toda su fuerza para hacer mas terribles sus efectos, porque separando sus párpados se veia el vivo fuego que iluminaba sus pupílas.

De pronto hiciéronse mas profundas las arrugas de su frente, palidecieron sus mejillas, y apretando los puños con toda su fuerza, iba tal vez á estallar su coraje con algun ademan ó terrible exclamacion, cuando fué interrumpido por la presencia de un criado.

—¿Quién te llama? le preguntó el rey con enojo.

Y su mirada hizo retroceder un paso al sirviente que contestó temblando.

—Perdone V. A.... pero...,

—Acaba.... vete....

—Es que.... don Rodrigo....

—¡Rodrigo! exclamó el rey. ¿Mi doncel?

—Sí, señor.

—¿Ha venido?

—Aguarda la licencia de V. A. para entrar.

—Sí, sí, que entre.

Salió el criado y luego presentóse el doncel.

Habia este procurado y conseguido dar á su esterior una espresion de triste calma que estaba muy lejos de esperimentar.

Miròlo el rey, examinó rápidamente su semblante tranquilo aunque revelaba el dolor, y por su parte quiso tambien mostrarse sereno. Empero la lucha que en aquellos momentos agitaba su espíritu impidióle cumplir tan repentinamente su deseo.

Esperaba el doncel á que el rey le tendiese los brazos como tenia de costumbre despues de alguna ausencia, y en particular desde que le llamaba privadamente hermano; pero no sucedió así porque el monarca no pensó en usar de este disimulo, ciego como estaba por la cólera y los celos.

Paróse Rodrigo á alguna distancia de don Sancho y aguardó á que este le dirijiese la palabra para cumplir así con la

etiqueta de cortesano vasallo puesto que como tal era recibido.

Tras algunos momentos de silencio le preguntó al fin el rey con inseguro acento:

—¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo, señor, contestó gravemente el doncel, como podeis notar por mi vestidura, cubierta de polvo, y que no he mudado por no perder tiempo de tener la honra de saludaros.

—¿Cómo está tu madre?

—Buena, señor.

—¿Te ha dado la reina alguna carta para mí?

—Ninguna, porque no he tenido el honor de verla.

—¿Cómo has salido de Toledo sin recibir sus órdenes?

—A ello fuí, pero sus doncellas me dijeron que estaba en el baño; y como yo no podia detenerme porque me llamaba urgentemente mi deber aquí, y ademas sabia por mi madre que la reina no tenia novedad, me vine sin perder mas tiempo.

Nunca don Sancho se habia visto en una situacion tan embarazosa. No podia decirse á sí mismo si la presencia del mancebo habia colmado su enojo ó habia aumentado sus celos, causándole tanta confusion su misma incertidumbre, que no acertaba á seguir la conversacion.

Rodrigo, por el contrario; con una mano sobre el corazon, tranquila la conciencia, solo sentia el pesar que le causaba el recibimiento frio y hasta indiferente que le habia hecho su hermano.

Viendo, pues, el jóven que su presencia era importuna, y que atendida la posicion que él ocupaba podia tomar como una despedida la frialdad del monarca, resolvióse á salir, oyendo, mas que los consejos de la prudancia, los de su amor propio herido.

—Señor, dijo, si me dais vuestra licencia....

—¿Te vas, Rodrigo? preguntó el rey levantando la cabeza repentinamente y como si lo despertasen de un profundo sueño.

—Como dispongais, señor.

Don Sancho quedó pensativo por algunos instantes, y luego repuso:

—Rodrigo, algo desagradable te sucede.

—Mucha es vuestra bondad, señor....

—Ya sabes que soy tu hermeno, interrumpió el monarca.

Rodrigo no comprendió el por qué el rey le recordaba su parentesco.

—Quisiera haberme hecho digno de llamaros tal.

—Dime, Rodrigo, ¿Qué es de la hija del judio?

—¿No sabeis que se retiró á un convento?

—Sí.

—Pues en él continua encerrada.

—¿La has visto despues que se ha bautizado?

—No, señor.

—¿Por qué? preguntó don Sancho clavando en el doncel una mirada penetrante.

—Porque ella me lo ha prohibido, contestó el mancebo.

—Es estraño.

—Yo lo encuentro muy natural.

—¿Es decir que renuncias á ese amor?

—Jamás.

—¿Y ella?

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué esperais?

—Que el viejo hebreo se muestre menos severo para que su hija pueda decorosamente darme su mano.

—¿Y qué te importa el judio?

—A mí, nada; pero á su hija mucho.

—¿Quieres mi ayuda?

—A pedírosla he venido.

—¿Venias á pedirme ayuda para alcanzar la mano de la india? dijo el rey á la vez que abria estremadamente los ojos como admirado.

—Sí, señor.

—Esplícate, Rodrigo, repitió el monarca que sentia dila-

társele el pecho al oir decir al doncel que amaba á la judia.

—No sé como esplicarme mas claramente.

—No te he comprendido bien.

—Dije, señor, que venia para recibir vuestras órdenes, y para demandaros ayuda en favor de mis amores.

—¿Es decir... que amas... mucho, muchísimo á Esther?...

—¿Eso me preguntais?

—Ya sé que la amabas; pero, ¿no se ha entibiado tu pasion?

—La amo mas que nunca, dijo el doncel con todo el fuego de que se sentia animado, y si tuviese que renunciar á ella, la vida me seria insoportable.

El semblante de don Sancho, dilatóse, aunque poco, pero luego se contrajo mas que antes.

—¿Qué ha de decir? pensó. Bien sabe que solo así puede disipar mis sospechas.

Rodrigo observaba atentamente al rey, pero quedaba mas confuso cuanto mas intentaba adivinar la causa de lo que sucedia.

—¿En qué te ocupabas en Toledo? preguntó el monarca variando repentinamente la conversacion.

—En nada; ya sabeis que he estado enfermo.

—¿No has intentado convencer á Jonadab?

Tan diversas preguntas, hechas sin concierto, daban mucho que pensar al doncel.

—Señor, dijo, miestras estuve postrado no pude hacerlo, y despues tampoco porque el hebreo ha desaparecido de la ciudad sin dejar á nadie en su casa, y no hay quien dé razon ni sospeche siquiera su paradero.

—Tal vez le hayan hecho desaparecer, dijo don Sancho con una intencion que pasó desapercibida para el mancebo.

—Es posible, contestó este, porque mis enemigos, que favorecen á don Mendo, saben que la hija del judio no consentirá ser mia sino sabe lo que ha sido de su padre y este la perdona.

—Con que tú crees que don Mendo insiste en hacerse dueño de Esther.

—No abandonará su empresa hasta que yo le arranque el corazon, y eso será apenas lo encuentre, dijo el doncel cuyos dientes rechinaron.

El rey fingió no haber oido á su hermano, y prosiguió:

—¿Y cómo es que tu madre que tanto te quiere, no ha procurado, durante tu enfermedad, convencer al judio?

—Mi madre no ha querido separarse de mí, ni creyó tampoco adelantar nada estando reciente el suceso que motivó el enojo de Jonadab.

—¿Sabes, Rodrigo, que no veo muy claro en este negocio?

—Señor, os sucede esactamente lo mismo que á mí, y en ello consiste mi desgracia. Se ha dado á este asunto un carácter que no puede tener si bien se mira, porque nunca debió ser cuestion sino de don Mendo y mia, puesta en claro con la punta de la espada.

—Pero como son tan raros los acontecimientos....

—La rareza consiste en que á mi rival se han agregado favorecedores poderosos que sin que yo pueda esplicar la causa, toman en mi ruina mas interés que el mismo don Mendo.

—¿No tienes tú tambien amigos que te ayudan?

—Pero de distinta manera. Me ayudan dando la cara, diciendo á todo el mundo que están dispuestos á luchar á mi lado y que no tienen otra mira que la de hacerme feliz y apoyar la justicia. Así obran mis amigos; pero los de don Mendo, me tienden amistosamente la mano, aparentan sentir mis desgracias, dicen que soy digno de mejor suerte, y entre tanto ponen en juego los medios mas viles para causarme cuanto mal les es posible.

—No conozco á esos enemigos.

—Yo sí.

—Dime quienes son y te probaré que estás equivocado, ó los aniquilaré antes de dos horas.

Conoció el doncel que habia dicho mas de lo que debia,

y quiso enmendar su falta de prevision hija de su acaloramiento.

—No puedo deciros quienes son, repuso.

—¿Pues no los conoces?

—Como si los conociese, porque sabiendo don Alonso sus nombres me los mostrará cuando crea que es prudente oponer á sus intrigas la punta del acero.

Palideció el rey. La contradicion de Rodrigo le hizo sospechar que este hablaba con sobrado estudio para que se pudiese dar crédito á sus palabras.

—¿Qué querias? preguntó don Sancho como si fuesen las primeras palabras que dirijiese al doncel.

—Recibir vuestras órdenes, contestó este en estremo turbado.

—Ahora no tengo ninguna que darte.

—Está bien.

—¿Qué mas?

—La ayuda que os pedí....

—¿Para vengarte de don Mendo?

—No, señor, para llegar á obtener la mano de la judia.

—Te ayudaré, y tanto, que ha de ser mas de lo que quieras. Será tuya aunque para ello tenga que sacar á Jonadab de las entrañas de la tierra, echar abajo el convento donde está su hija y hacer ahorcar á la mitad de mis vasallos, contestó impetuosamente el monarca.

—No me agrada tanta proteccion, dijo para sí Rodrigo.

—¿Quieres algo mas?

—Vuestra licencia para retirarme á descansar.

—¿Has visto al señor de San Lúcar?

—No, señor.

—¿Y á don Pelayo?

—Tampoco.

—Supongo que irás á visitarlo.

—Sí, señor.

—Pues dí á Guzman que quiero hablarle despues de las Córtes.

—Sereis obedecido.

—Guárdete el cielo, dijo don Sancho.

Y volvió la espalda á Rodrigo saliendo del aposento.

—¡Vive Dios! exclamó el doncel. ¿Así me trata quien tanto me debe? ¿Y he de tener calma para sufrir tamaños insultos?... ¡Ah, don Sancho, no te valiera el título de rey si el de hermano mio no llevaras en el corazon!

Aturdido habia entrado el mancebo en la régia cámara, pero mas aturdido salió, dirijiéndose precipitadamente á casa de don Alonso.



CAPITULO XLI.

De cómo don Sancho no pudo enojarse contra el señor de San Lúcar.



La noche habia llegado. Un grave acontecimiento acababa de tener lugar en las Córtes celebradas aquel dia. Ante la respetable reunion de prelados y señores que representaban los reinos, el monarca, dando á su enojo entera libertad, rompió la mayor parte de los títulos de mercedes que hiciera durante las pasadas discordias. Este atrevido paso produjo tal sensacion en la nobleza, que apenas pudo el rey contener los ímpetus de los caballeros durante la agitada sesion; empero mas adelante debia brotar de cada pedazo de aquellos pergaminos una conspiracion, de cada letra un enemigo.

Perecióle á don Sancho que estaba mas tranquilo despues de humillar el orgullo de aquellos nobles que habian abusado de la circunstancias para saciar su ambicion, pagando luego con ingratitudes los favores recibidos.

Como quien acaba de hacer un largo viaje y descansa de la pesada fatiga, así el rey, medio recostado en un ancho sillon, y puestos los piés sobre almohadones de seda, aguardaba á don Alonso Perez de Guzman y se complacia en que iba á tener ocasion de seguir desahogando su mal humor si el de San Lúcar no lo dejaba satisfecho.

Sin duda no pensaba don Sancho que Guzman, aunque respetuoso vasallo y leal caballero, no era hombre que tolerase la menor humillacion, porque rico, de carácter independiente y orgulloso con su alcurnia y sus propias virtudes, allá rechazaba la ofensa donde quiera que la recibia y de quien quiera que viniese.

Llegó al fin don Alonso, grave y aun altivo, pero haciendo al entrar la mas respetuosa reverencia.

—Guárdeos el cielo, le dijo el rey con acento tranquilo y reposado continente.

—Vengo, señor, á ponerme á vuestras órdenes.

—Llegais á tiempo.

—Mucho me place, señor.

—Ya os habrá dicho mi doncel que queria haceros una pregunta.

—No ha hecho mas que comunicarme la órden para que me presentase á vos.

—Es estraño.

—Nada mas sé.

—¿Y tampoco os ha hablado de la conversacion que tuvo conmigo?

—Alguna cosa, porque estaba muy fatigado y se retiró á descansar. Solamente me refirió lo que atañe á sus amores, y nada tiene de particular que no se acordase de otra cosa, porque los enamorados no piensan sino en su dama.

—¿Qué os dijo?

—Que le habiais prometido ayuda sin límites para alcanzar la mano de Esther: y esto lo tenia tan lleno de gozo como sus desgracias le permiten estarlo.

—Efectivamente, repuso don Sancho, le prometí ayuda y se la prestaré; pero me parece haber notado en él cierta reserva que me llamó mucho la atencion.

—Habrá sido antojo vuestro.

—Tal vez.

—Para todos se muestra lo mismo, hasta para su madre que lo encuentra variado desde que tuvieron principio sus desgracias.

—Me habló de enemigos ocultos que lo persiguen....

—Los tiene, señor.

—Me ócultó sus nombres....

—Los ignora.

—Pero no vos, segun me dijo.

—Yo los conozco.

El rey puso sumo cuidado en observar el efecto que producian sus palabras en don Alonso.

—¿Con que vos los conoceis?

—Sí, señor.

—Pues por eso justamente os he mandado venir. Nadie mejor que vos sabe lo que me interesa la suerte de Rodrigo, porque conoceis los lazos que me unen á él. Si tiene otros enemigos que don Mendo, á quien castigaré, deseo saber quienes son para que no sea estéril mi ayuda. Razones poderosas habreis tenido para ocultar á mi hermano los nombres de los que intrigan contra él, pero no puede haberlas para que hagais lo mismo conmigo. Ya sabeis que hoy han comenzado las reparaciones, he dado principio á la obra, bien difícil por cierto, de castigar ambiciones y desterrar intrigas: necesito conocerlos á todos, y vos como leal y bueno, debeis ayudarme á ello.

—Señor, dijo don Alonso tranquilamente, los que persiguen al doncel, son mas que enemigos suyos, vuestros.

—Mios lo son siempre los suyos porque es mi hermano,

porque me ha hecho servicios importantes, y porque el desinterés ha precedido siempre á todas sus acciones.

—Le haceis justicia, señor.

—En tal concepto, prosiguió el rey, espero con ansia que me des á conocer á esos enemigos.

—Yo tendria por merced muy señalada, contestó Guzman, que me dispensáseis de ello por ahora.

—¡Don Alonso!

—No habeis de castigarlos.

—¿Por qué?

—Por que no dareis crédito á mis palabras.

—Vos me probareis la verdad.

—Carezco de pruebas.

—¿Pero estais convencido, teneis completa seguridad de no equivocaros?

—Ya sabeis, señor, que soy muy cauto y muy prudente.

—Lo sé don Alonso, y os creeré por vuestra sola palabra.

—Señor, hay cosas que no pueden decirse.

—Al rey se le dice todo.

—¿Y si os arrepentis de haberme escuchado?

—¡Hablad, don Alonso! dijo impetuosamente el monarca.

—¿Quereis que os desgarre el corazon? repuso Guzman frunciendo el ceño.

—¿Por quién me tomais?

—Por don Sancho á quien llaman el Bravo, pero la bravura, señor, os sirve solo en los campos de batalla para matar y destruir sin haber conocido rival; os sirve para arrojar al rostro de los que han hecho patrimonio suyo á Castilla, los pedazos que vuestra mano hizo de injustas mercedes ganadas á la sombra de la traicion; empero las heridas que se reciben en la honra no se pueden soportar con el corazon tranquilo como se soportan las que se reciben en el cuerpo; no hay bravura que resista á una de esas palabras que van á herir el amor propio, el orgullo, las ilusiones todas que constituyen la felicidad de nuestra vida. Hay secretos, señor, que

se ocultan en lo mas profundo del alma, y arrancarla no es tan doloroso como ver adivinado lo que encierra.

Mientras así hablaba don Alonso habíase ido contrayendo el rostro del monarca, y como si las palabras del caballero tuviesen la facultad de la atraccion, habíase inclinado hácia él involuntariamente.

—Don Alonso, dijo el rey con sorda voz, ¿sabeis lo que valen vuestras palabras? Os he dicho que me nombreis á esos enemigos de mi hermano, no es menester para obedecerme hablar de los secretos del corazon, de esos secretos que está vedado escudriñar.

—Ya lo veis, señor, si con razon me niego á contestaros. Una leve indicacion os enoja; ¿qué seria si os hablase con entera claridad?

—¿Mas qué tienen que ver mis secretos con los enemigos del doncel?

—¿Y cómo he de probaros que son á la par vuestros enemigos?

—No quiero pruebas.

—¿Os contentais con los nombres?

—Sí.

—Pues bien, señor, los nombres de esos enemigos son don Gomez Garcia de Toledo y don Lope Diaz de Haro.

Don Alonso pronunció estas palabras con acento firme, y levantando la cabeza con dignidad mostró serena su ancha frente.

Miróle el rey por algunos instantes, y despues que lo hubo examinado como si nunca lo hubiese visto, contestó:

—Habeis pronunciado dos nombres muy respetables.

—Mas lo es el mio.

—¡Don Alonso!

—Señor, yo no he sido nunca traidor, y el dia en que me declarase vuestro enemigo, marcharia á mis tierras, reuniria mis vasallos y vendria para retaros frente á frente.

—Lo sé.

—¿Y no dais crédito á mis palabras? ¿Dudais que el abad

y don Lope sean enemigos del doncel porque lo son vuestros?

—¿Y por qué no dirigen contra mí sus golpes?

—¿Acaso no lo hacen? Poned la mano sobre vuestro corazon y decidme lo que siente.

—¡Don Alonso, vos conoceis mis secretos!

—Los conozco, dijo Guzman con firme resolucion.

Las manos del rey se agitaron convulsivamente.

—Pues bien, os mando que hableis, repuso.

—Pensadlo bien, señor.

—Os lo mando, repitió el monarca cuyo arrebato turbaba ya su razon.

—¡Imposible! exclamó Guzman.

Don Sancho apretó los puños, sus ojos parecieron chispear, y gritó:

—¡Hablad, vive el cielo!

—Hablaré.

Aproximóse el de San Lúcar al monarca, y bajando la voz, pero con acento breve, le dijo:

—¡Vos teneis celos!

—¡Don Alonso! exclamó el rey levantándose súbitamente de su asiento.

—Ese, prosiguió Guzman, es el secreto que todo lo aclara.

Por algunos instantes no pudo hablar don Sancho. Pasó las manos por su frente bañada en sudor, y fijó luego en su vasallo una mirada, que si bien no revelaba enojo, tampoco tenia nada de tranquila.

—¿Qué habeis dicho? balbuceó el pobre monarca.

—Que teneis celos, contestó Guzman resuelto á todo.

Acercóse el rey á don Alonso, y apretando convulsivamente una mano de este, le dijo con acento ahogado.

—¡Ofendeis á la reina!

—La ofendeis vos espiándola, replicó el caballero que permaneció inmóvil como una estatua.

Temblaba el rey como si un invencible pánico se hubiese apoderado de su espíritu. Su rostro estaba pálido, su frente cubierta de frio sudor, y su mirada penetrante fijábase con

estraviada y afanosa avidez en el señor de San Lúcar, cuya impasibilidad y firmeza parecian inalterables.

—¡Don Alonso, don Alonso, hablais al rey de Castilla! exclamó este cada vez mas agitado.

—Por eso lo obedezco.

—¿Por qué espiais mis acciones? ¿Por qué escudriñais los secretos de mi corazon?

—Porque os amo y porque juré á vuestro padre moribundo protejer la suerte del infeliz Rodrigo.

—¿Y no sabeis que es criminal?

—Conozco los crímenes del abad de Valladolid y del señor de Vizcaya.

—Don Alonso, probadme que Rodrigo es inocente, que mis sospechas son un engaño, y me dareis mas que la vida.

—¡Que os lo pruebe!... Señor, señor, estais ciego. ¡Pruebas quereis para convenceros de la virtud de vuestra esposa!... No sabeis lo que decis.

—¿No se murmura de ella en la corte?

—Sí, señor.

—¿Y quién acallará esa murmuracion?

—Yo.

—Dejóse el rey caer en un sillon como si lo rindiese la fatiga, y exclamó con lánguido acento:

—¡Don Alonso, compadecedme!

—Señor, vuestros enemigos han puesto en juego los medios mas inicuos para conseguir sus fines, y desgraciadamente vos no habeis tenido bastante energía para rechazar sus ataques, ni bastante habilidad para descubrir sus maquinaciones.

—¿Y por qué me habeis ocultado cuanto ahora me decis?

—Porque como haceis ahora, me hubiérais pedido pruebas y no las tenia.

—Don Alonso, sé que el de Vizcaya tiene una desmedida ambicion, y que aprovechándose de las circunstancias ha ido ganando favores que no le he podido negar sopena de esponer la paz de mis reinos y hasta mi trono. Cada dia es mayor

el descarado atrevimiento con que usurpa gran parte de mi autoridad, y llegará tiempo en que se apodere de toda ella. Lo sé muy bien, don Alonso, y no os lo oculto porque tan bien como yo lo conoceis; pero, ¿qué hacer en estos instantes de peligro? A vos os lo puedo decir; mi aborrecimiento á don Lope se aumenta, y cuando pueda castigar sus abusos seré tan inexorable y terrible como bondadoso y disimulado me muestro ahora. Ved, pues, que no vivo engañado, que conozco á los que me rodean y que á cada cual le guardo el merecido de sus acciones. Hoy me habeis visto romper los privilegios que las circunstancias me hicieron otorgar á la traicion; otro dia me vereis tal vez segar con el hacha de mi justicia la cabeza del señor de Vizcaya. Empero á pesar de todo, no sé qué interés pueda moverle á intrigar contra mi esposa.

—¿Olvidais, señor, que Roma, la Francia y la mitad de vuestros reinos no quieren reconocer todavia por vuestra legítima esposa á la que eligió tan acertadamente vuestro amor?

—Lo sé, pero tambien tengo presente que don Lope es cuñado de la reina, y que aun para sus miras de ambicion no le convendria mi divorcio.

—¿Y el abad?

—¡El abad! ¿Podria acaso estar de acuerdo con don Lope siendo opuestos los deseos de ambos?

—Vos, señor, dudais de la reina, y veo que vuestros enemigos recogen el fruto de su trabajo.

—¿No están todas los probabilidades contra Rodrigo? ¿Podreis esplicarme satisfactoriamente su conducta?

—Os ciegan los celos, señor.

—¡Que me ciegan los celos!... ¿Qué significado tiene su salida de Sevilla fingiendo que lo llamaba Esther?

—Fué víctima de un engaño.

—¿Y su conducta misteriosa mientras ha estado en Toledo? ¿Si no era él, quién fué un hombre que salió de su casa á deshora y que quiso entrar en el alcázar por un postigo? ¿Por qué niega esto doña Ines cuando yo lo vi? Mis ojos no me engañan.

—¿Vos mismo visteis á ese hombre?

—Yo, yo mismo, y yo lo seguí, yo le acometí para saber quien era y castigarlo. A nadie he creido, de nadie me he fiado; la duda no ha encontrado abrigo en mí, hasta que mis ojos han visto y han tocado mis manos.

Reanimóse la mirada del rey y sns miembros volvieron á tomar su energia.

—¡Y no quereis que dude, vive el cielo! exclamó.

—Señor, dijo Guzman con tono solemne, os juro que la reina está limpia de toda mancha, y que vuestro hermano don Rodrigo no ama á ninguna muger sino á la hija de Jonadab.

—Tan leal sois, tan noble, que vuestro juramento me tranquiliza; pero esa seguridad que manifestais debe nacer de incontestables pruebas, porque vos sois tan parco en el jurar como en el creer: dadme las razones en que fundais vuestro convencimiento.

—¿No os convence el afan que muestra don Rodrigo en obtener la mano de Esther?

—¿Es verdadero?

—¿Lo creereis si se casa con ella, y cumpliendo su deseo se aleja de la corte una temporada para gozar tranquilamente las delicias de su amor?

—Sí.

—Entonces, dejadme partir á Toledo: quiero convencer á la hija del judio para que deseche sus escrúpules: yo la haré salir del convento.

—Corred, pues, don Alonso. Probadme que es inocente mi esposa, que siempre lo ha sido, y vereis hasta donde alcanza mi justicia. Dadme esplicacion de la conducta de Rodrigo y de la de su madre, tranquilizad, en fin, mi corazon, pero entre tanto, guardad en el vuestro cuidadosamente el secreto de mis celos, porque si lo saben mis vasallos no tendria bastante valor para levantar la frente ante ellos.

El tono del rey era casi suplicante. Don Alonso lo contemplaba con respeto y con cariño, mientras que palpitaba su co-

razon violentamente. Bien hubiera querido el noble caballero decir al monarca que no eran un secreto ni sus celos, ni su viaje á la imperial ciudad, ni el objeto que lo guió; pero esto hubiera sido abrir una llaga mas en su pecho, dolorido en demasia.

—Señor, correré, y mientras yo os pruebo que vuestro hermano ama ciegamente á la judia, y que son unos traidores el abad y el señor de Vizcaya, suspended vuestro juicio y tened fé en la virtud de la reina.

—Don Alonso, vos solamente hubierais podido hablarme como lo habeis hecho sin escitar mi enojo, porque vuestra probada lealtad os ha dado privilegios que no están escritos como los que concede el error, la pasion y la injusticia; pero que tampoco se pueden borrar.

La altivez, el enojo ni las reconvenciones habian hecho bajar la frente á Guzman, y esta justa alabanza le hizo inclinar la cabeza como avergonzado.

—Señor, dijo, durante mi ausencia, mirad como á quien es y se merece á ese infeliz huérfano víctima de la mas abominable infamia, y no olvideis de que es digno de la sangre que corre por sus venas.

—¿Y qué me pedis para vos?

—¿Podreis, señor, darme mayor recompensa que la que debo obtener solo con poderos decir, « he salvado el honor de vuestra esposa?»

—¿Nada mas ambicionais?

—No veo nada, señor, que valga mas que la satisfaccion de haber salvado á un inocente, haciendo triunfar la virtud.

—Quiera el cielo, don Alonso, repuso el rey tristemente, que en esta ocasion podais alcanzar ese triunfo.

—Así lo espero.

—¡Cuán feliz me hariais!

Estrechó el rey entre sus manos la del señor de San Lúcar, y este salió despues de hacer un respetuoso saludo.

Don Sancho, mas triste que nunca, quedó meditabundo por largo rato, y como todo amante celoso, de idea en idea,

de reflexion en reflexion, llevó la duda hasta el último estremo.

—Si Rodrigo se casa, decia para sí, y se aleja de la corte, puedo estar tranquilo en cuanto al presente; pero, ¿y el pasado? ¿No será la conducta que mi hermano observe un medio para desvanecer mis sospechas?



CAPITULO XLII.

De la entrevista que tuvo don Alonso con la reina.



Cuando don Alonso Perez de Guzman llegó á su casa, encontró á Rodrigo y á Pelayo que lo esperaban ansiosos de saber el resultado de la entrevista con el rey.

No quiso el caballero referir los pormenores de la anterior escena por no revelar al doncel el secreto de los celos de don Sancho, y solo se concretó á decir que iba á ponerse sin dilacion en camino de Toledo.

—¿Y qué hemos de hacer entre tanto? le preguntó el jóven á quien empezaba á disgustar en demasía la reserva de su amigo.

—Vigilar, contestó el de San Lúcar, á don Gomez y al señor de Vizcaya. Averiguar el paradero de don Mendo, y si es posible, saber si el judio ha venido á Sevilla. Nada mas teneis que hacer.

—¿Y cuándo sabré lo que á mí, mas que á nadie, interesa?

—Perdeis la paciencia, mancebo, y esta es una razon mas para que continue siendo reservado con vos. Contentaos con saber que peligra algo mas que vuestra dama; vuestra cabeza. Si aun teneis confianza en mí, dejadme obrar; si no, vuelvo á decir al rey que no quiero entender en este asunto.

Hizo el jóven un gesto de resignacion, y cruzando los brazos sobre el pecho, quedó silencioso y triste.

—¿Nos habíamos equivocado? preguntó Pelayo á Guzman.

—Nó, contestó este.

—¡Ira del infierno! exclamó el Duro.

Mandó don Alonso á sus criados que le diesen sus armas y ensillasen su corcel y cuatro mas para los que habian de acompañarle, y media hora despues daba un abrazo de despedida á sus amigos.

Sin descansar apenas hizo su viaje, y cuatro dias despues al toque de oraciones, entraba en Toledo.

No dió lugar al reposo el noble Guzman; así es que, no haciendo mas que dejar su armadura y cambiar de vestido, encaminóse al alcázar para tener una entrevista con la reina en presencia de la madre de Rodrigo.

Si bien estaba convencido el caballero de la inocencia de doña Maria, no le quedaba tampoco duda de que este amaba al doncel; y tal convencimiento le hacia vacilar al querer decidirse á decir á la infeliz muger que su esposo tenia celos.

Estaba fria la noche, despejado el cielo, y la luna brillante y magestuosa en medio del sinnúmero de estrellas que formaban su esplendorosa corte.

A pesar de que el aire era húmedo, la esposa de don Sancho se hallaba en una azotea, lánguidamente recostada en un ancho sillon, y contemplando el azulado horizonte como

si contase cuidadosamente los luceros que lo poblaban.

El rostro de doña Maria estaba algo pálido y su mirada era triste, revelando su semblante las penas de su alma sensible.

Acompañábanla sus doncellas favoritas; pero guardaban silencio profundo porque sabian que en tales momentos nada procuraba mas alivio á los pesares de su señora, que dejar correr libremente el pensamiento, creando y desvaneciendo gratas ilusiones, sin que el ruido del mundo le recordase la realidad de las humanas pequeñeces. Indudablemente pensaba en Rodrigo, en la desdichada pasion que mas tenia que ocultar cuanto se hacia mas intensa, y hacia su voluntad vanos esfuerzos para llorar sinceramente las desgracias del doncel y de la judia; pero siempre, una secreta satisfaccion disminuia ó borraba enteramente el pesar de los agenos males, porque los celos se sobreponian á todo otro sentimiento humano y generoso. Donde quiera, en el inmenso espacio, veia la imágen de Rodrigo, y al pensar que estaba separado de Esther, quizás para siempre, sonreia sin voluntad de hacerlo, y despues llamaba en su ayuda los sentimientos mas nobles de su corazon para ahogar la criminal alegría de sus celos.

Media hora llevaba en aquella muda contemplacion, y en ella hubiera seguido quizás la noche toda, á no interrumpirla un criado para decirle que don Alonso Perez de Guzman venia á visitarla.

Estremecióse la reina al oir la voz del sirviente, y palideció mas de lo que estaba cuando el nombre de don Alonso llegó á sus oidos.

—Que pase á mi gabinete, dijo con insegura voz.

Luego levantándose, y seguida de sus doncellas fué al encuentro del noble señor que la esperaba en un aposento, alumbrado por los vivos resplandores de una lámpara de plata, y amueblado con riqueza y gusto.

La inesperada visita de Guzman habia producido grande impresion en el ánimo de doña Maria que tuvo que llamar en su ayuda todo su valor y serenidad para que la agitacion de sus miembros no delatase la de su espíritu; empero á pesar de

sus esfuerzos no consiguió aparecer del todo tranquila en los primeros instantes de su entrevista con el caballero.

—Bien venido, noble don Alonso, dijo al entrar en la habitacion.

Y procuró acompañar sus palabras con una sonrisa.

Con su acostumbrada gravedad y cortesanía hizo Guzman una reverencia, y á instancia de la reina sentóse, dando las gracias por el buen recibimiento.

—¿Qué ocurre en Sevilla, preguntó doña Maria, para que vengais tan inesperadamente?

Lo mismo que sin duda sabreis ya, señora: que pronto romperemos lanzas con Aben-Jucef, que habremos de sostener otras guerras, y que el rey ha anulado los privilegios que diera durante la época de las pasadas discordias. Muchos conspiradores, mas descontentos, mayor número de ambiciosos, y.... como siempre, la intriga y la calumnia haciendo sus estragos.

—¿Ninguna otra nueva traeis?

—Señora....nuevas.... no deben serlo para vos....

—Dejadnos, dijo la reina á sus doncellas.

Salieron Violante y Beatriz.

—Hablad, don Alonso: el corazon me dice que os ha traido á Toledo alguna desgracia. No habreis olvidado la alianza que hicimos: esplicaos, pues.

—Vengo precisamente para desbaratar los planes de nuestros enemigos que van ganando mucho terreno.

—¡Don Alonso!

—Es triste la noticia, pero indispensable el comunicárosla.

—Os escucho.

—Hace algunos dias que vino un criado del rey, llamado Juan....

—A espiarme.

—Bien, señora, ya sé por doña Ines de Carabajal que habeis sospechado muy fundadamente el objeto de la venida de Juan.

—Violante, á quien ese hidalgo ama, ha querido hacerle

confesar la verdad del objeto de su venida; pero solo ha sabido que mi esposo desconfia del doncel.

—Es cierto; pero ¿sabeis por qué desconfia?

—Porque cree que conspira en favor de don Alonso de la Cerda.

—Violante ha sido engañada.

—Beatriz dice lo mismo que vos, y se funda en que el rey no podia nunca presumir que yo protegiese los planes fraguados contra su persona.

—Tiene razon.

—Sin embargo, no acierta el motivo de la desconfianza de mi esposo, ó al menos se guarda de manifestármelo.

—Señora, perdonad que os diga que vos, doña Ines y Violante, habeis andado muy torpes en esta ocasion.

—Pues nada se nos ha ocurrido.

—Las sospechas del rey son mas delicadas y trascendentales de lo que os habeis figurado.

Las megillas de doña Maria enrojecieron, y despues de mirar á don Alonso con espresion de estremada curiosidad, acercóse á él mas de lo que estaba y como si temiese perder alguna de las palabras del caballero.

—¿Puede haber algo mas delicado que las sospechas de que yo conspiro contra mi esposo? dijo la reina. Esplicaos, esplicaos.

—Bien quisiera escusarme de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque siento deciros nada que os pueda ser desagradable.

—¿Qué temeis? estoy acostumbrada á sufrir, vos lo sabeis.

—¿Habeis visto hoy á doña Ines?

—La aguardo esta noche.

—Desearia que estuviese aquí.

—¿Para que supiese lo que ocurre?

—Sí, señora.

—¿Es indispensable su presencia?

—Casi lo es.

—Bien, luego se lo repetireis, pero mientras llega no perdais tiempo.

Don Alonso se movió como si le incomodase alguna cosa, y buscó luego palabras con que empezar á decir á la reina que su esposo tenia celos.

—¿No hablais?

—Señora, prometedme antes que tendreis serenidad y que mientras no se haya perdido todo confiareis en que triunfaremos.

Doña Maria fijó en Guzman una mirada escrutadora, como si quisiese leer en el fondo de su corazon, y dijo:

—Acabad, don Alonso, que vuestras palabras me ponen en mayor cuidado del que pueden darme vuestras revelaciones. ¿A qué habeis venido? ¿Qué teneis que decirme?

—Todo lo sabreis, señora, porque ya nada puedo ocultaros.

—Pues bien, hablad, por Dios, hablad, repuso la reina afanosamente.

—He venido para hacer que la hija de Jonadab salga del convento y dé su mano á Rodrigo.

—¿Habeis hablado con el judio?

—No, señora.

—¿Teneis esperanza de que perdone á su hija?

—Ninguna.

—Entonces perdereis el tiempo.

—No lo perderé, señora, porque rogaré á la doncella, le rogareis vos, y á vuestras encarecidas súplicas, ya que no á las mias, cederá.

Inclinóse doña Maria hácia el respaldo de su sillon como si quisiese huir de Guzman, y abriendo estremadamente los ojos, exclamó con acento de la mas profunda admiracion:

—¡Yo.... suplicar á la doncella!...

—Vos, señora, repuso don Alonso con acento firme. Vos le rogareis hasta de rodillas para que consienta en salir del convento.

—¡Don Alonso!

—¿Quereis salvaros? dijo el caballero fijando en la reina una mirada penetrante.

—¿De qué? preguntó doña Maria, resistiendo aquella mirada con firmeza.

—De la cólera del rey, de verlo pedir su divorcio para que otra muger venga á ocupar vuestro lugar.

Agitóse convulsivamente la reina: en su rostro pálido se pintó mas distintamente la admiracion y miedo de que estaba poseida, y con incierta voz dijo:

—¡Abandonarme el rey cuando tanto me ama!..... ¿Por-qué?.....

—¿Por qué? repitió don Alonso con acento ahogado. ¿Quereis saber el por qué os abandonará á pesar de amaros tanto?.... Pues bien, escuchadme.

En aquel instante se apoderó de doña Maria un terror que le hizo abrir la boca para decir á don Alonso que no prosiguiese; pero estaba tan interesada ya en descubrir el misterio que hasta entonces no habia podido penetrar, que guardó silencio, esperando las palabras del señor de San Lúcar.

Pocas pensaba decir el caballero, y aun á costa de esforzarse movido por la necesidad. Por su ancha frente corrieron algunas gotas de frio sudor, esparcióse su mirada por el aposento como si buscase ayuda que le diese fuerzas, y al fin con voz apenas perceptible, dijo:

—El rey tiene celos.

Un grito agudo y que parecia arrancado del alma salió de los labios de la desdichada reina. Palideció su hermosa frente, cerráronse sus rasgados ojos, y al cubrirse el rostro con las manos, se estremeció todo su cuerpo y quedó sin sentido.

Levantóse precipitadamente don Alonso, abrió una ventana por donde penetró un aire frio, y viendo sobre una mesa un jarron de plata con flores, introdujo en él la mano que sacó mojada, y roció el rostro de doña Maria.

Poco á poco esta recobró el uso de sus sentidos: dejó escapar trabajosamente un ¡ay! lánguido y profundo, y por sus megillas corrieron abundantes lágrimas de intenso dolor.

—¡Dios mio! exclamó con acento débil. ¡Dadme fuerzas para soportar tantos pesares!

—Tranquilizaos, señora, le dijo con pausado y dulce tono Guzman. Afortunadamente vuestro esposo no tiene mas que una sospecha que se desvanecerá con el casamiento de Rodrigo y con que este se aleje de la corte.

—¿Y las sospechas del mundo?

—Tambien se desvanecerán cuando vean que el doncel no ama sino á la hija del judio.

—Don Alonso, soy muy desgraciada.

—Ya sereis feliz, cuando vuestra virtud haya triunfado de la calumnia. ¿Creeis que la dama de Rodrigo no accederá á vuestros ruegos cuando sepa que su negativa os hace perder la honra injustamente?

—¡Mis ruegos! repitió la reina con amargura.

Y su llanto se hizo mas abundante. ¡Cuánto debia sufrir en aquellos momentos! Verse obligada á suplicar, tal vez hasta de rodillas, á su misma rival para que abriese los brazos al hombre á quien amaba tan ciegamente; decirle que lo estrechase contra su corazon, que le prodigase sus caricias; que con él huyese del ruido del mundo para gozar mas tranquila y sobradamente de las delicias de su pasion, pedir esto á su rival, decimos, era imponerse el mas duro de los tormentos, porque era entregar la dicha ambicionada para sí, era desgarrar el alma y sonreir para el mundo mientras lloraba el corazon.

Bien comprendia don Alonso que estaba haciendo padecer horriblemente á la infeliz doña Maria, pero érale forzoso para la salvacion de ella y de Rodrigo no retroceder.

—Señora, vuelvo á rogaros que os tranquiliceis.

—Este llanto me tranquiliza, don Alonso. Si las lágrimas no saliesen de mis ojos me abrasarian el pecho.

—Llorad, pues, pero entre tanto no perdamos el tiempo, que es precioso. Nuestros enemigos no se descuidan. Doña Ines tarda....

—Es inútil su presencia, interrumpió doña Maria.

—¡Inútil!...

—Sí, todo lo habia adivinado. Ahora recuerdo el misterioso tono con que me dijo que tenia una sospecha que le estremecia, pero que no creia oportuno hacerme partícipe de ella.

—Ya estrañaba yo que doña Ines hubiese estado tan torpe como parecia.

—¡Todos lo mismo!.... Hasta en Violante y Beatriz he notado cierta reserva que sin duda nace de quererme ocultar lo mismo que callaba doña Ines. ¿Qué he hecho para que así duden de mi virtud?.... ¡Dios mio, esto es horrible!

Y la pobre enamorada elevó al cielo una mirada suplicante.

—Nada habeis hecho, señora, pero estorbais á vuestro cuñado don Lope y al abad. No quieren que vos seais la reina, sino otra que favorezca sus miras de ambicion con mengua de los reinos.

—¡Y me sacrifican tan ruinmente; sacrifican mi honra que estimo en mas que mi vida!...

—Por eso es preciso que no nos dejemos vencer.

—¿Y qué hacemos?

—Ya os lo he dicho, convencer á la hija de Jonadab para que salga del convento y se case con el doncel.

La reina quedó pensativa por algunos instantes; luego enjugó el llanto, y pasándose las manos por la frente, que sentia abrasada, dijo:

—¿Le hablareis vos á la doncella?

—No, señora; vos debeis hacerlo porque la conmovereis mas.

—¿Y si sabe mi esposo que doy semejante paso?

—Por qué ha de saberlo?

—Don Alonso, evitadme el disgusto de esa entrevista cuyo resultado puede serme tan fatal. No os faltarán palabras que conmuevan el corazon de la desdichada jóven: el cariño que me profesais os inspirará para tener acierto.

—Señora, el prestigio de vuestra persona que precisamen-

te ha de ejercer algun ascendiente en el ánimo de Esther, y vuestras palabras diciéndole, «¡que me perdeis!» han de hacer mas que todos mis razonamientos.

—Bien, si duda ó se niega, entonces iré.

—Ya será tarde, porque si una vez dice que no, será imposible hacerla desistir.

—Creo que os equivocais.

—No la conoceis. Doña Ines habrá tenido ocasion de ver cuán firme es esa niña en sus resoluciones; consultadle. Señora, os lo repito: si quereis salvar vuestra honra, id al convento. Sé lo que ha de costaros este paso, y sin embargo os aconsejo que lo deis siendo yo vuestro mas leal y fiel vasallo.

Un suspiro fué la contestacion de doña Maria, que con la cabeza inclinada sobre el pecho quedó silenciosa por largo rato, hasta que al fin, pintándose en su rostro la mas triste resignacion, elevó una mirada suplicante, como si pidiese ayuda al cielo, y dijo:

—Si es preciso para salvar mi honor, lo haré.

—Hacedlo, señora, que por el honor todo se sacrifica.

—¿Hasta la vida?

—Sí, señora.

—¿Y las afecciones?

—Tambien, contestó Guzman con acento firme.

—Plegue al cielo que jamás tengais que hacerlo así.

—Si desgraciadamente llegase ese caso, veriais si sé practicar mis principios.

Algun tiempo despues los muros de Tarifa fueron testigos de esta verdad.

—Vuestra firmeza me da valor.

—No lo perdais, y esta misma noche convertiremos en humo los planes de nuestros enemigos.

—¡Esta misma noche! exclamó la reina estremeciéndose.

—Yo vendré para acompañaros cuando todos duerman en el alcázar. Entre tanto voy á ver á doña Ines.

—¿Olvidais que me espian?

—Vuestra doncella se encargará de entretener á su amante.

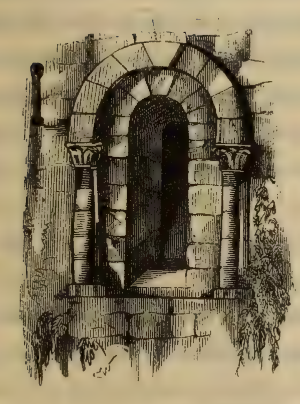
Despidióse Guzman, y mientras se perdia el ruido de sus pasos en los solitarios corredores del alcázar, la reina, dando á la desesperacion entera libertad, exclamaba:

—¡Quitadme la vida, Dios mio!



CAPITULO XLIII.

Donde se principia por una lágrima y se acaba por un trueno.



UNA lámpara de bronce colocada sobre una mesa de nogal, alumbraba el estrecho recinto á donde vamos á conducir á nuestros lectores para que sean testigos de una escena de llanto y de dolor. En el aposento á que nos referimos no se veian mas muebles que una humilde cama, dos taburetes y un pequeño armario de pino que tambien estaba colocado en la mesa. Sobre la cama pendia en la pared un cuadro con la imágen de la Madre de Dios

que lloraba sobre el cuerpo inanimado de su Divino Hijo; y á menos altura, y tambien cerca del lecho, se veia tambien una pililla de barro toscamente labrada y llena de agua bendita.

Una ancha ventana, abierta de par en par, daba paso al aire húmedo y frio de la noche, mientras que la puerta de la habitacion, estrecha en demasía, estaba cerrada.

La escasez de la luz y el pardo oscuro color de los muebles, daban á aquella habitacion un aspecto triste y aun sombrio, muy propio del sepulcro de un vivo, es decir, de una celda, porque no era otra cosa, sino la de un convento.

Sentada en uno de los taburetes y cerca de la mesa habia una muger vestida con blanquísimo hábito de lana. Tenia la cabeza inclinada sobre el pecho, las manos cruzadas y descansando sobre sus rodillas. De vez en cuando levantaba lánguidamente la cabeza, ya fijaba una mirada dolorosa en un pergamino que habia sobre la mesa, ya sus ojos, llenos de lágrimas se volvian hácia la imágen de la Vírgen con indecible ternura.

Veíanse en sus facciones las señales todas de contínuas vigilias, y su semblante revelaba la existencia de amarguísimos pesares. Sin embargo de que sus megillas estaban pálidas en estremo, descoloridos sus labios y perdido el brillo de sus negras pupilas, era tan arrebatadora su belleza, habia tal encanto en el misterio que daba á su hermosura el cáudico lino que ocultaba sus cabellos, que era imposible verla sin sentirse dominado por la dulzura de sus hechizos.

Permanecia silenciosa.

La mas tranquila é imponente calma reinaba en su alrededor.

Empezaba á ocultarse la luna tras una masa de esas oscuras nubes que en el principio del otoño suelen ennegrecer el horizonte.

Largo rato transcurrió.

De pronto, en el interior del edificio sonó una campana, cuyas vibraciones estremecieron á la religiosa como si hubiese recibido un rudo golpe estando dormida. Pasó ligeramen-

te aquella impresion, y esparciendo entonces por la celda una vaga mirada que no llegó á fijarse en ningun objeto, exhaló un suspiro que el aire llevó en sus invisibles alas, quizá hasta el seno de las nubes que abrigaban la destructora chispa del rayo. Luego se levantó penosamente, y caminando con paso lento, arrodillóse ante la imágen de la santa Vírgen, y con dulce voz dijo:

—Madre de Dios bendita, luz de mi entendimiento, que en dias de cruel amargura consolastes mi afliccion con el bálsamo de la fé que en mi alma encendistes, escucha mi ruego y muévate á piedad mi dolor. No, como en otro tiempo, vengo á pedirte la pasagera felicidad de mundanos placeres; no que alivies los pesares de mis desgracias para gozar tranquila de la dicha que anhelé; no, madre santa, porque ya voluntariamente renuncié al mundo, te pido ver satisfecha la sola ambicion que en él tuve; nada quiero de cuanto quise, todo lo desprecio, dame desgracias, dame pesares, pero tranquiliza mi conciencia porque sus gritos noche y dia son un tormento insoportable para las fuerzas de mi humano sér. Ni las vigilias, ni la oracion, ni el bullicio ni la soledad, adormecen por un instante el roedor gusano que anida en mi alma. Persígueme un solo recuerdo si estoy despierta; amenázame un fantasma si el sueño cierra mis ojos, y á todas horas y en todas partes la conciencia me grita sin cesar. Tranquilízala, acállala, madre mia, porque su tormento acaba mi existencia y no tendré tiempo para llorar mis pecados. Yo maté á mi padre..... ¡Ah!.... ¡padre mio!.... sí, lo maté, pero considera que el arma que acabó sus dias fué el arrepentimiento de mis errores.... ¡Oh Dios Omnipotente, con cuánta bondad mirariais á esta criatura infeliz, cuando volviendo hácia tí los ojos reconocí la eterna verdad de tus doctrinas!... ¡Mas ay, que las humildes palabras con que bendije tu santo nombre fueron el soplo de muerte de mi anciano padre!.... ¿Por qué el mártir de mi fé no he sido yo? ¿Por qué, Dios mio, no aceptastes el sacrificio de mi existencia?... ¡Ah!... ¡Hora fatal aquella en que el golpe que debia concluir mi penosa vida lo

contuvo mano salvadora para condenarme á vivir atormentada!

Por las mejillas de la religiosa corrió un raudal de lágrimas que fueron á humedecer el blanco sayal. Sus manos oprimieron su pecho como si en él sintiese un peso enorme, mientras que sus negras pupilas parecian dilatarse con el llanto. Su corazon palpitaba con violencia, su cabeza estaba trastornada á impulsos del dolor, y ya la desdichada jóven, resignada y triste, no encontraba sino palabras con que pedir misericordia, ya á impulsos de sus crueles tormentos sentíase dominada por la desesperacion, y preguntaba por qué contra ella solamente no habia de descargar su enojo el cielo.

Largo rato permaneció arrodillada, dando muestras, con sus ademanes y las palabras que salian de vez en cuando de su boca, del dolor mas intenso, de la lucha mas horrible. Ni advertia que la luz de la lámpara se hacia mas débil por momentos, ni que el aire que penetraba por la ventana era en estremo húmedo y frio.

Tan absorta estaba en sus ideas desgarradoras como vimos algunas horas antes en su éxtasis amoroso á la reina. Esta, segun dijimos, hubiera pasado quizás toda la noche contemplando la luna y recordando el bello rostro del doncel; y aquella, sino viniesen tambien á interrumpirla, bien dejara llegar la aurora, fija la mirada en la imágen de la Vírgen, y creando su ilusion ante sus ojos un fantasma con el severo rostro de su padre moribundo. Empero abriendo la puerta apareció una religiosa que con atiplada voz la hizo volver en sí de su mentido y doloroso sueño.

Levantóse la jóven, preguntó por qué la interrumpian, y supo que una dama, contra todas las reglas de la comunidad, habia obtenido permiso para visitarla á aquella hora.

Pocos momentos despues, envuelta en ancho y negro albornoz, una muger entraba en la celda, y despues de cerrar la puerta cuidadosamente, echaba atrás el sedoso ropaje y descubria el rostro.

—¡La reina! exclamó la monja dando un paso atrás y abriendo desmesuradamente sus negros ojos.

—¡Silencio! dijo doña Maria. No me nombreis.

—Señora.... repuso algo turbada la jóven.

—Sentaos, Esther, interrumpió la reina.

—Ya no es ese mi nombre.

—Es verdad.... Maria.... el mismo mio.

Sentáronse la una frente á la otra, cerca de la mesa, quedando entre ambas la moribunda luz.

—Señora, dijo con tono humilde la hija del judio, me avergüenzo de recibiros en tan pobre morada.

La reina fijó en su rival una mirada penetrante, y al contemplarla tan bella á pesar de su palidez y de la tristeza que se pintaba en su semblante, sintió palpitar con violencia el corazon y abrasársele las mejillas que se tiñeron de un vivo carmin.

—¿Os encontrais contenta aquí? le preguntó á la doncella.

—¿Dónde podria yo encontrar el contento? respondió la jóven cuyos ojos se llenaron de lágrimas. ¿No sabeis que mis pesares no tienen remedio?

—¿Habeis perdido acaso la esperanza, repuso doña Maria con balbuciente voz, de ser esposa de Rodrigo?

—¡Rodrigo!... ¡Ah!... ¡Nos separa un imposible!

—¡Imposible!... El dolor os hace exagerar vuestra desgracia. Vuestro padre cederá al fin....

—Leed, señora, interrumpió la novicia, y decidme si puedo alimentar alguna esperanza. Leed y decidme si el doble tormento que desde ayer sufro no acabará mi vida en breve tiempo. Ya no hay esperanza; todo el poder humano es inútil para prestarme ayuda, porque ese poder no llega mas que hasta las puertas del sepulcro: en su interior solo al Omnipotente es dado animar la materia inerte.

Tomó temblando la reina de manos de la jóven el pergamino de que hemos hecho mencion, y leyó afanosamente las pocas líneas que en él habia escritas, y que decian:

«Salí de Toledo buscando la venganza y encontré la muerte. Dentro de pocas horas ya no existiré. Quiero despedirme de tí aunque no perdono tu pecado, porque endulza mi agonía el llamarte hija. Mi corazon de padre quisiera absolverte,

pero mi conciencia de israelita me lo prohibe. Apenas puedo escribir. Arrepiéntete. Te bendeciré desde el cielo aunque me has quitado la vida. Hija, hija, hija mia.»

Las últimas palabras apenas podian leerse, y en su confusion y vacilantes trazos parecia verse la mano flaca, temblorosa y débil del moribundo que les habia comunicado la espresion de sus últimas emociones con el repetido «hija, hija mia,» que quizás habia salido tambien de su boca con el postrimer suspiro.

Estremecióse la reina; palideció su tersa frente, y ante el dolor de aquella hija desdichada, olvidáronsele sus celos por un instante.

Entre tanto lloraba María.

—¡Muerto! murmuró la esposa de don Sancho.

—Muerto, sí, y yo le he quitado la vida.... ¡Dios mio, Dios mio, esto es horrible, muy horrible, á nada puede compararse, no me queda ni aun el refugio del arrepentimiento, porque arrepentirme de haberlo asesinado seria renegar del verdadero Dios!

—Jóven, es vuestro deber conformaros con los decretos de la Providencia, y buscar consuelo á vuestro justo pesar.

—¡Conformidad! ¿Qué mas quereis que la que tengo? ¿No me veis resignada, llorando noche y dia, sin exhalar una queja, bendiciendo la mano del que me envia los pesares, mientras que con mis lágrimas se va mi vida lentamente? ¡Consuelo!... ¡Ah!... Consuelo no, es imposible, en nada lo hallo, para siempre huyó de mí. ¿Sabeis lo que es la conciencia cuando acusa? ¿Habeis oido alguna vez sus incesantes gritos?... Vos, señora, no lo sabeis, ni yo os lo puedo decir, porque sus tormentos son inesplicables é incomprensibles para el que no los ha sufrido.

—Estais consumando, repuso severamente la reina, un crimen horrendo, el mas abominable de todos; os quitais la vida sin probar otros medios para consolaros que llorar constantemente y en la soledad. Para que eviteis esto os debe gritar la conciencia; para que huyais de este sitio donde aislada,

sin mas compañia que vuestros tristes recuerdos, acabará por convertirse en locura lo que es hoy pesar.

—¿Quereis que busque la calma en el bullicio del mundo? Lloraríais vuestra viudez entre las risas de un festin? ¿Calmaríais vuestros dolores entre los sarcásticos consuelos de la sociedad? ¿Dónde fueron á pedir el perdon de sus culpas los arrepentidos pecadores? ¿Con qué espiaron sus faltas? En la soledad y con el llanto y la contricion.

—Os repito que estais dándoos la muerte.

—Dios se apiadará de mí, señora, y me prolongará la existencia para darme tiempo á llorar y arrepentirme de mis innumerables culpas.

—¿Cuáles son?

—¿No maté á mi padre?

—Le quitó la vida su fanatismo.

—Tal vez debí ocultarle mi conversion y hubiera acabado tranquilamente sus dias.

—Un cristiano no debe ocultar su fé; la confiesa á costa de su vida.

—Por eso he venido á morir aquí.

Creyó la reina al principio de la conversacion que podria convencer á la jóven sin necesidad de descubrirle el secreto de los celos del rey; pero la firme resolucion de la doncella quitóle la esperanza, ó poco menos. Solo un resorte le quedaba por tocar, y si no daba el resultado apetecido, seria inevitable hablar con franqueza y pedir, como habia dicho don Alonso, hasta de rodillas.

—Os veo resuelta á abrazar la vida religiosa, dijo doña Maria.

—Nada me hará retroceder.

—¿Habeis pensado que vais á echar sobre vuestra conciencia un nuevo remordimiento?

—¡Un nuevo remordimiento!

—Sí, y quizá el mas terrible.

—¿Cuál, señora?

—La muerte de Rodrigo.

—¡La muerte de Rodrigo! ¿Y por qué ha de morir?

—Porque os ama demasiado para que pueda soportar el sentimiento de vuestra pérdida, dijo doña Maria penosamente y como si le costase trabajo pronunciar estas palabras.

—¿Me ama acaso mas que yo á él? No. Vivirá como yo vivo, sufriendo y llorando, pero su conciencia estará tranquila, sus recuerdos serán gratos y de felices horas de amor, mientras que los mios son espantosos de aciagos dias de cruel desventura. ¡Rodrigo no morirá, señora, su estrella no lo favorece tanto!

—¿Qué decis? ¿Habeis perdido la razon?

En los labios de la jóven vagó una amarga sonrisa y contestó:

—Vos no comprendeis mis dolores ni los del doncel.

—Os juro que peligra su vida.

—Bendecirá la mano del que se la quite.

—¡Maria!....

—Señora....

—¿Estais resuelta?

—Completamente, contestó la novicia con su acostumbrada firmeza.

—Pues bien, dijo la reina con arrebato.

Pero detúvose repentinamente porque una nueva idea habia acudido en su socorro.

—¿Sabeis, prosiguió variando de tono, lo que significa esa carta que me habeis dado á leer?

—No veo en ella mas que la despedida de mi buen padre.

—Es un lazo de vuestros enemigos.

—Es su letra, son sus palabras de agonía, y.... una hija no se engaña.

—¡Inocente!

—¿Sabeis, señora, que al tocar este pergamino, cuando no sospechaba siquiera quien me lo enviaba, tembló mi corazon y lloré sin voluntad de hacerlo? Aquí venia el último suspiro de mi padre, y penetrando en mi pecho, conmovió mi espíritu.

—¡Y aun he de rogar á mi rival para que vaya á gozarse

con el objeto de mi pasion! dijo para si la reina. ¡Oh!... ¡Que compare esta niña su pesar con mi desesperacion!

Y apretando los puños y haciendo un esfuerzo prosiguió con voz ahogada.

—Pues bien, si para vos no es bastante el temor de que mañana os acuse vuestra conciencia por haber causado la muerte de Rodrigo, decidme si quereis ser tambien responsable de mi deshonra, siendo inocente, es decir, de haber hecho una víctima á sabiendas, con toda vuestra voluntad.

Maria contempló á la reina con espantados ojos, y no acertó á contestar.

—¿Callais? repuso la esposa de don Sancho.

—Yo..... vuestra deshonra.... balbuceó la jóven sin reponerse aun.

—Sí, vos sereis causa de mi deshonra si no salís del convento y dais vuestra mano á Rodrigo.

—No os comprendo, señora.

Doña Maria temblaba como si fuese presa de una convulsion, y sus ojos brillaban mas que la moribunda luz de la lámpara.

Habíase ennegrecido el horizonte, y comenzado á caer una espesa lluvia, cuyo ruido al chocar contra las pizarras que cubrian los techos, parecia amedrantar.

La reina enjugó el sudor que corria por su frente, y prosiguió:

—Es preciso que os caseis con Rodrigo para probarle al rey que á nadie sino á vos ama el doncel. ¿Lo comprendeis ahora?

—¿Y qué le importa al rey?

Doña Maria asió á la jóven por un brazo que le apretó con violencia, y dijo con voz comprimida:

—Mi esposo tiene celos.

—¡Ah!... gritó la doncella levantándose de su asiento como movida por un resorte. ¡Don Sancho.... tiene!...

—¡Celos!

—¡ Dios mio !

—Y estoy deshonrada siendo inocente....

—Basta, señora, basta, interrumpió Maria. Todo lo comprendo.....

—¿Os negareis ahora á salir del convento?

—¿Y qué ha hecho Rodrigo?

—Lo ignora todavia.

—Pues bien, cuando lo sepa, se alejará de vuestro lado......

—No es bastante. Mi esposo creerá que se separa de la corte porque ya se ha descubierto nuestro crímen, pero no se convencerá de que siempre he sido inocente.

—Yo le diré que siempre me amó Rodrigo y que yo soy la que me niego á ser suya.

—¿Y quién le garantiza que no habeis cedido á mis ruegos ó á mis amenazas?

—¿Podria ceder yo nunca ante mi rival?

—No basta esa razon.

—A mí me basta mi conciencia, y á Rodrigo la suya y su brazo para defenderse de sus enemigos.

La reina se levantó y dijo con orgullo á Maria:

—¿Y si yo os lo mando?

Irguió la jóven su hermosa cabeza y contestó con dignidad:

—Desde que murió mi padre no reconozco mas autoridad que la de Dios.

—¡Desdichada! gritó la esposa de don Sancho.

—¿Me amenazais con la muerte? Dádmela porque me otorgareis especial merced.

—Rodrigo será víctima del enojo del rey, y su sangre inocente caerá sobre vuestra cabeza.

—Dios, que proteje á los buenos, lo protejerá.

—Y el recuerdo de mi deshonra os perseguira.

—Vuestra virtud triunfará de la calumnia. Dios salvará vuestra honra como salvó la mia, porque nunca desoye los ruegos de la inocencia perseguida: pedidle con fé.

En el semblante de la jóven, en el tono con que hablaba,

conoció la reina que era firme, irrevocable la resolucion que habia tomado, y que en vano le rogaria. Convencida, pues, de que todo lo que hiciera seria inútil, sintióse pesarosa del paso que acababa de dar, y los celos y el orgullo cegaron su razon.

—¿Desde cuando, gritó, criatura miserable, os atreveis á despreciar á una reina?

—Desde que veo insultar la pobreza, arrollar la debilidad y prodigar consuelos por egoismo. ¿Por qué no habeis procurado mi union con el doncel antes de que os fuese necesario para salvar vuestra honra? ¿Por qué venis al retiro de una desdichada muger, pobre y sin amparo, para amenazarle, pa- ofenderla?

—¡Silencio!... Hablais con vuestra soberana.

—En este lugar no hay mas rey que Dios.

—Acordaos de que la esposa de don Sancho será acusada de liviana, será rechazada por su esposo, y que vos no habeis querido salvarla.

—Yo rogaré por ella, dijo humildemente la jóven.

—Rogad tambien por el alma de Rodrigo, porque antes de un mes le habrá costado la cabeza el enojo de su hermano.

—Dios lo protejerá.

—¡El os maldiga! gritó la reina fuera de sí.

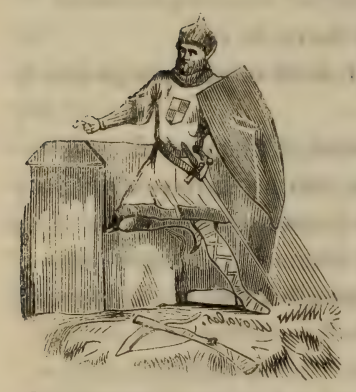
Y al volverse airada para salir de la celda, apagó con la ropa la escasa luz.

Un relámpago iluminó la estancia, y á su azulado resplandor vióse á la doncella de rodillas, con las manos cruzadas y la cabeza levantada al cielo como demandándole ayuda. A su oracion respondió el tableteo del trueno, y despues solo el monótono ruido de la lluvia, se percibió en aquella morada del dolor.



CAPITULO XLIV.

Una nueva traicion



Ocho dias despues de la escena que acabamos de referir, el rey se encontraba en Toledo, y mientras que, cada vez mas celoso, se mostraba reservado y hasta indiferente con su esposa, don Lope y el abad proseguian en sus intrigas con el mejor éxito.

Desesperábase don Alonso y Pelayo, la tristeza enflaquecia al doncel, su madre iba perdiendo la esperanza, y Violante, despues de haber tenido una conferencia con Beatriz,

habia jurado salvarlos á todos y tomar venganza de los enemigos de su señora.

Al anochecer hallábanse reunidos en casa de don Lope, este, su sobrino, el infante don Juan y don Gomez, y trataban de qué modo acabarian de decidir al rey á castigar el supuesto crímen del doncel.

Propuso el abad un medio que á todos pareció ingenioso por tenerlo el astuto fraile preparado ya, y porque sus resultados debian ser buenos, y aprobándolo unánimemente, pasaron á conferenciar el mejor modo de hacer que Guzman se alejase de Toledo sin mirar el peligro del hijo de doña Ines ni de la reina.

Pero antes de proseguir diremos cuatro palabras sobre la persona del infante á quien no conocen aun nuestros lectores.

Eran grandes y negros sus ojos, pero de recelosa mirada como si siempre temiese la sorpresa de un enemigo: nunca miraba de frente á la persona con quien hablaba, y su conversacion era breve y áspera en sus palabras. A escepcion de su larga nariz, sus facciones eran regulares, blanco su cútis, y su barba negra y espesa. Era de carnes, flaco; pero de elevada estatura y resueltos ademanes, tenia marcial aspecto y no dejaba de infundir respeto su persona.

Tal era don Juan. Ahora sepamos el medio que propuso para alejar de la corte á don Alonso.

—Os escuchamos, le dijo el abad.

—Ya sabeis que la esposa de Guzman se encuentra á tres leguas de Toledo en casa de un labrador.

—Sí.

—No la acompañan sino dos criados porque allí no pueden alojarse mas, ni ella tampoco los necesita porque su objeto es curar á su hijo con las aguas de una fuente que mana en aquellos contornos. Esta noche estará en mi poder el descendiente del señor de San Lúcar. Su padre irá á buscarlo.

El infante habia espuesto su plan con el laconismo que le era propio.

Quedó el abad pensativo, y todos aguardaron á saber su opinion. Al cabo de algunos instantes, dijo:

—Que no pase de esta noche.

—Que no dejeis para mañana la ejecucion de vuestro proyecto, repuso el infante.

No necesitaron mas para quedar de acuerdo, y despues de apretarse las manos separáronse.

Don Gomez se dirijió á su posada donde un hombre lo esperaba con impaciencia. Conferenció con él largo rato, pero la historia no nos ha conservado mas que estas palabras:

—Tomad, le dijo el fraile dándole una llave que parecia no haber servido nunca. El doncel os conoce como criado de la reina. Cuando hayais despachado vuestra comision, salid de la ciudad por la puerta de Visagra. Allí encontrareis un caballo corredor como ninguno. Esta es la recompensa prometida.

Y entregó al hombre un saco de cuero que sin duda estaba lleno de oro.

—Está bien.

—Os espiarán, y si me haceis traicion....

—Ya sé que sois muy justo, dijo el hombre.

Luego hizo una cortesia al abad, y salió.

Tres horas despues, es decir, á las once de la noche, anunciaron á Rodrigo una visita de parte de la reina, y en seguida se presentó el mismo que habia estado en casa del abad.

—¿Decís que os envia la reina? le preguntó el mancebo.

—¿No me conoceis?

—Sí.

—¿Puede escucharnos alguien?

—No, hablad, contestó el doncel aguijoneado por la curiosidad. ¿Sucede alguna desgracia?

—Creo que sí. La reina está pálida y agitada, y me manda venir corriendo y con toda reserva.

—¿Qué os ha dicho?

—Qué os aguarda dentro de una hora.

—¿A mí?

—A vos, sí, á vos; pero habeis de entrar en el alcázar secretamente. Con esta llave podreis abrir la puerta que conduce al patio de los jazmines; yo os aguardaré allí y....

—Basta, interrumpió el doncel agitado, iré, iré.

—Me ha mandado deciros que de su exactitud depende su vida y la vuestra.

—¡Vive Dios que ya se me hace tarde concluir á cuchilladas estos enredos!

—No puedo detenerme. ¿Ireis?

—Sí.

—Que el cielo os guarde.

Y sin detenerse corrió aquel hombre al alcázar, dijo á la reina que doña Ines tenia que hablarle aquella misma noche para asuntos de suma importancia y que iria á las doce, y despues para concluir su comision, entregó al rey un pergamino cerrado y que dijo habérselo dado un desconocido á la puerta del alcázar.

Aquel pergamino contenia un aviso á S. A., aconsejándole que él mismo observase aquella noche quien entraba ocultamente en el alcázar, y añadiéndole que viese si su esposa dormia á las doce de la noche.

El plan estaba bien combinado, como obra del abad.

A las doce salió el doncel de su casa, y agitado el pecho y ardiente la cabeza, caminó hasta llegar al alcázar. Siguiendo las instrucciones que habia recibido, introdujo la llave que llevaba en la cerradura de una puertecilla, y abriendo fácilmente, penetró por ella.

Encontrábase en un estrecho pasillo por el que pudo caminar á oscuras en fuerza del convencimiento exacto que tenia de todos los sitios de la régia morada. Por lo que pudiere ocurrirle llevaba en la diestra desnudo su puñal, y paso tras paso, cautelosamente, anduvo hasta no poco trecho, cuando de pronto sintióse asido fuertemente por la garganta. De su boca no salió ni un grito, ni una exclamacion, pero cogiendo con la mano izquierda el bulto que tenia cerca de sí, clavó en él su puñal.

El embovedado techo repitió un ¡ay! de muerte, y un hombre con una luz apareció al estremo del pasillo, mientras que otros ocho ó diez rodearon al jóven por todas partes.

—¡Cobardes! gritó el doncel.

Y sus dientes rechinaron, y su espada brilló fuera de la vaina tanto como sus ojos que parecian dos luces, segun de encendidos estaban por el coraje.

Del grupo de los aparecidos se destacó un hombre. Su rostro estaba tan contraido que aparecian sus facciones desfiguradas. Era el rey.

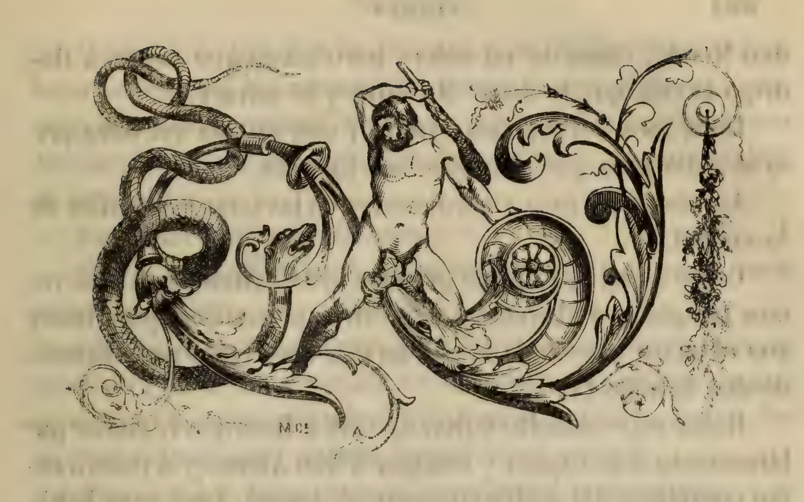
—Si porque sois valiente y aun temerario, dijo á Rodrigo con voz ahogada por la cólera, pensais resistiros, haré que vengan tras estos diez hombres otros diez, otros veinte, ciento si son necesarios. Ya está guardada la salida, y por el patio hay mas gente de la que os podeis figurar. Entregad vuestra espada, que si no sois, como parece, el ladron de mi honra, yo sabré hacer que mañana os lleven en triunfo tantos nobles como arqueros os guardarán esta noche en vuestra prision.

—¡Ay si mi brazo alcanza á los traidores que intentan asesinarme!

—Antes, dijo el rey con sarcástica y horrible alegría, el verdugo alcanzará vuestra cabeza.

No pronunció una palabra el doncel. Miró á su hermano con el mas orgulloso desprecio, y arrojando la espada se entregó á sus enemigos, que lo condujeron á una subterránea habitacion donde fué encerrado.

La reina fué vigilada aquella noche, así como su doncella Beatriz. A Violante no se la pudo encontrar en todo el alcázar.



CAPITULO XLV.

De cómo suele venir tras un feliz suceso otro desgraciado.



A las diez de la mañana del siguiente dia, el judio Jonadab, triste y cabizbajo, salia acompañado de doña Ines de casa de esta.

Mientras que con ligero paso se encaminaban, al parecer, al convento de San Pedro de las Dueñas, murmuraba el viejo hebreo:

—Pronto se verá mi venganza cumplida con la muerte de

don Mendo, causa de mi dolor; pero tengo que pagar á Rodrigo la vida que le debo. Me salvó y lo salvaré.

Doña Ines lloraba entretanto, y con agitada voz daba prisa al judio para que caminase con ligereza.

Apretaron el paso y perdiéronse en las tortuosas calles de la ciudad.

Como aquel era dia de grandes acontecimientos, nos vemos obligados á abandonar á nuestros personajes, para hacer que el lector presencie la escena que tuvo lugar en el palacio de don Sancho IV.

Habia este resuelto quitar la vida á Rodrigo, repudiar públicamente á su esposa y castigar á don Alonso y á Pelayo como cómplices del delito supuesto al doncel. Para esto habia mandado venir á don Lope, al abad, al señor de San Lúcar y á Pelayo, además de otros nobles señores que debian presenciar el desagravio de S. A.

Hallábase el rey vestido con sus mejores ropas y aguardaba en un espacioso salon amueblado ricamente. Ya habian llegado algunos señores entre ellos el de Vizcaya y nuestros amigos y el infante don Juan, y bien pronto todos acudieron, sin notarse falta de ninguno mas que de don Gomez Garcia de Toledo.

Las puertas del salon estaban guardadas por arqueros, y á los lados del rey habia soldados tambien. La triste ceremonia debia celebrarse con gran aparato, como un acontecimiento no comun.

Esparció don Sancho desde su régio asiento una mirada severa y magestuosa, y cuando vió que su corte estaba reunida, mandó que se presentase la reina.

A los pocos momentos doña Maria de Molina apareció escoltada por ocho ballesteros. Un sordo murmullo circuló, y todos mostaron en sus semblantes la sorpresa. Esperaban ver á la inocente víctima triste y agobiada bajo el peso de la acusacion que iba á fulminarse contra ella, y no pudieron menos de admirarse al contemplar su rostro sereno, aunque pálido, y su cabeza erguida con imponente orgullo.

Colocóse de pié al lado del rey, y su altiva mirada hizo bajar la frente á los cortesanos. Luego, como si fuese á presidir una fiesta, saludó con leve pero afable sonrisa á don Alonso y á Pelayo que parecian dos estatuas, segun estaban de inmóviles.

Reinó un profundo silencio.

El rey pareció meditar algunos instantes, y luego, con ronca voz, dijo:

—Señores, os he reunido para que presencieis un acto de mi severa justicia, y podais dar al mundo testimonio de que yo castigo la culpa sin mirar quien es el culpable. Decid, doña Maria de Molina, ¿sabeis de qué se os acusa?

Fijó la reina en su esposo una mirada de desprecio, y ya iba á contestar, tal vez con una negativa, cuando en la puerta del salon oyóse una voz dulce y grata que dijo:

—Sí.

Volviéronse todos los ojos hácia aquella parte, y de todas las bocas salió esta palabra:

—¡Violante!

Era en efecto la graciosa doncella en cuyo hechicero rostro se notaban las señales de una noche de vigilia. Llevaba en las manos un grueso rollo de pergaminos que agitó en ademan de amenaza.

—¿Venis á buscar vuestro castigo? le dijo el rey con airado tono.

—Vengo á probar la inocencia de la reina de Castilla y de Leon, y los crímenes de sus enemigos, contestó serenamente la jóven.

Y adelantándose hasta el rey le entregó los pergaminos.

—Leed, señor, y luego presenciaremos un acto de vuestra justicia.

La repentina llegada de Violante y el tono de seguridad con que hablaba, produjeron la mas viva impresion en los cortesanos y aun en el rey, que sin acertar á decir una palabra, tomó los pergaminos y empezó á recorrerlos con la vista ávidamente.

A medida que leia, su rostro se tornaba pálido y se pintaba mayor enojo y hasta ferocidad en su semblante.

Mientras tanto, don Lope miraba recelosamente al infante y buscaba con la vista al abad. Don Alonso y Pelayo permanecian serenos.

Cuando don Sancho hubo concluido, levantóse y echó mano á la empuñadura de su espada. Violante lo contuvo y dijo con voz que pudiese ser de todos oida:

—Mientras la pasada noche se tendia un horrible lazo al mas noble doncel de Castilla, yo, cediendo á las amorosas instancias del abad de Valladolid, acudia á una cita á su misma casa. Tras una opípara cena vino la embriaguez, y aprovechándome del sueño de mi nuevo amante, registré sus bolsillos, quitéle la llave de un armario, y encontré esas cartas de los agentes del rey Felipe y de algunos señores castellanos. Pura quedó mi honra, señores, pero aun á riesgo de que dudeis de ello he dado este paso porque la gratitud me obliga á sacrificar mi honor para salvar el de mi reina.

Al concluir estas palabras dió un paso doña Maria para echarse en los brazos de Violante, pero detúvola el brillo de muchas espadas y los gritos amenazadores del monarca y de los cortesanos.

—¡Traidores! exclamó el rey clavando una furiosa mirada en el infante y en don Lope.

—Tened la lengua, contestó atrevidamente el de Vizcaya. ¿Por qué somos traidores?

—Ya lo sabeis, repuso don Sancho. Entregadme las fortalezas y castillos que en vos deposité, y entre tanto quedad conmigo.

—¿Presos?.... ¡Ah de los mios! gritó don Lope.

Y se fué con el acero desnudo hácia el rey.

Interpusiéronse dos caballeros cuyos nombres nos ha conservado la historia, Gonzalo Gonzalez Manzanedo y Sancho Martinez de Leyva, pero el infante hiriólos con su cuchillo.

Antes que el acero del rey se cruzase con el del señor de



Ambos tenian un fuerte corazon; pero una lágrima asomó á sus ojos.

Vizcaya la diestra de este cayó cortada al suelo por el certero tajo de un soldado.

Siguióse una horrible confusion. Algunos acudieron en socorro de los traidores, pero el intrépido Pelayo, quitando la pesada maza á un ballestero, asestó tan furioso golpe sobre la cabeza del de Haro, que este cayó sin vida.

El infante hacia frente á Guzman, pero cuando vió muerto á su pariente, aprovechóse de la confusion y pudo escapar por una puerta que habia detras de la reina.

Cesó al fin la pelea. El blanco pavimento apareció manchado de sangre que corria de tres cuerpos sin vida.

—¡Qué venga mi doncel! gritó el rey. ¡Perdon, esposa mia!

Y arrojando al suelo su acero cayó de rodillas ante la reina.

Pocos momentos despues entraba Rodrigo, y cuando don Sancho abria sus brazos para recibirle, tres nuevos personajes aparecieron en la puerta del salon. Eran doña Ines, el judio y su hija.

Oyóse un grito unánime, que ni podemos espresar, ni decir si fué de sorpresa ó de alegría. A los ojos de los cortesanos se presentó un cuadro interesante.

Maria, con el lujoso traje que le regalara don Mendo cuando la robó, estaba sin sentidos en brazos del doncel, mientras la madre de este procuraba volverle el conocimiento á fuerza de lágrimas y caricias. El monarca, su esposa y Pelayo se agrupaban á su alrededor, y el noble Guzman, junto á la hermosa Violante, contemplaba, como esta, aquel cuadro de inmensa ternura. Ambos tenian un fuerte corazon, pero una lágrima asomó á los ojos del señor de San Lúcar, y otra rodó por las tersas megillas de la doncella.

Una nueva desgracia debia turbar la dicha de aquellas nobles criaturas.

Cuando era mas profundo el silencio, interrumpiéronlo los gritos agudos de una muger que, despeinada su blonda cabellera y descompuesto el semblante por el dolor y la desesperacion, entró repentinamente.

—¡Mi esposa! exclamó Guzman.

—¡Justicia, venganza! gritó la infeliz cayendo sin fuerzas en el ensangrentado pavimento.

—¡Hablad, señora! repuso don Alonso, sosteniéndola en sus brazos.

—¡Hablad! repitieron todos.

—¡Me han robado á mi hijo!

—¡Maldicion! gritó el de San Lúcar, que sintiéndose desfallecer no pudo seguir sosteniendo á su esposa.

—¿Quién os lo ha robado? preguntó el rey.

Doña Maria entregó al monarca una limosnera bordada de oro, y dijo:

—Uno de mis criados arrancó en su agonía á uno de los enmascarados raptores esa prenda.

—¡Mi hermano! exclamó don Sancho.

—¡Don Juan! añadió el de San Lúcar.

—¡Venganza!

—¡Venganza, sí, venganza! gritó el infeliz padre recobrando toda su energía.

Y salió del aposento como un loco.

Quiso seguirlo Pelayo, pero el judio lo detuvo.

—¿Habeis olvidado á don Mendo? le dijo.

—¿Dónde está?

—Yo os llevaré á que me vengueis.

FIN DE LA PARTE SEGUNDA.

PARTE TERCERA.

LA LEALTAD DE UN CASTELLANO.

CAPITULO I.

Lo que habia sido de nuestros amigos.



Antes de dar principio á referir los sucesos que componen la tercera parte de nuestra historia, será justo que digamos al lector lo que habia sido de los personajes que en ella hemos visto figurar.

El judio Jonadab, siempre esclavo de la gratitud y del cariño que profesaba á su hija, se habia resignado con la conversion de esta, y hasta sintióse lleno de gozo viéndola feliz esposa de Rodrigo.

El rey, mostrándose justiciero y reparador, dió á su bastardo hermano el título de conde, como si quisiese compensar con tan señalada merced la desgracia del mancebo, no teniendo padre conocido. Esto satisfizo la ambicion de doña

Ines, que sin separarse de su hijo vió correr tranquilos los dias de su vida.

El abad habia sido preso, pero su astucia pudo tanto, que consiguió librarse del verdugo, y dióse tal maña para obligar al rey á detener el golpe de su justicia, que transcurrió mucho tiempo, y al fin murió de muerte natural en su estrecho calabozo. Lo que no ejecutó el verdugo lo hizo la conciencia, pues fueron tales sus remordimientos, que en los últimos dias de su vida pidió como especial merced que se la acortasen.

Violante fué dotada generosamente por la reina y dió su mano á Juan.

Pelayo dejaba correr los dias de su vida, ora ayudando á don Alodso para recuperar á su hijo, ora en los combates que tan frecuentemente turbaron la paz de Castilla con las pretensiones de Alonso de Cerda, las del infante don Juan y las del hijo de don Lope Diaz de Haro.

Todos, en fin, eran dichosos. Dos corazones no mas gemian bajo el peso del dolor, y por desgracia sus pesares no tenian fácil remedio. Eran doña Maria de Molina y el señor de San Lúcar.

La desdichada reina no habia conseguido sino acostumbrarse á su tormento, y tras el primer arrebato de dolor, perdida ya la esperanza, habíase sucedido ese estado de aparente tranquilidad en que ni la alegría conmueve ni las desgracias hacen impresion en nuestro sér; esa tranquilidad que engaña al mundo porque cree que la herida está cicatrizada, pero que consume lentamente y acaba por quitar la vida.

Don Alonso era tambien digno de lástima. Todos sus esfuerzos para recobrar á su perdido hijo habian sido vanos. Donde quiera que se hallaba el infante allí lo perseguia, empero el traidor supo esquivar siempre un encuentro con Guzman, y aunque ya no tenia objeto el privarle de su hijo, complacíase con tan horrible venganza.

El infante habia salido de Castilla acompañado de don Mendo, y pasando á Aragon, de allí á Portugal, y últimamente

á Tanger, prestóse á servir al rey Jacob-Aben-Jucef, para seguir causando á su hermano cuantos daños pudiese. Dióle el marroquí cinco mil ginetes escogidos, flor de sus soldados, para que pusiese á Tarifa cerco y la ganase , aprovechando la ocasion de retirarse de aquellas cercanías las tropas del rey, quedando la plaza con poco numerosa guarnicion.

Apenas hubo noticias de estos planes en Castilla, cuando don Alonso Perez de Guzman pidió al rey la tenencia de Tarifa, y para obligarle mas á que se la otorgase, quitándola al maestre de Calatrava don Rodrigo, ofrecióle sostenerla por solo una tercera parte de lo que entonces le costaba á la corona.

Sin esta circunstancia no hubiera negado el rey su peticion á don Alonso , pero aun de mejor voluntad otorgósela así, y el valiente caballero, ganoso de recobrar á su hijo y de vengar las pasadas afrentas, encargóse de la plaza, á donde le acompañaron Pelayo y Rodrigo.

El ejército sitiador llegó. Hubo algunas escaramuzas y se intentó varias veces el asalto, pero siempre los enemigos tuvieron que huir ante el denuedo y arrojo de los sitiados.

Eran los primeros dias de octubre del año de 1293

Habia llegado la noche, y dentro y fuera de los muros de Tarifa reinaba el mas profundo silencio , interrumpido solamente por el canto de algun ave nocturna ó por el «alerta» de los centinelas que guardaban las murallas ó el campo marroquí.

En una de las habitaciones de la posada de don Alonso, hallábase este acompañado de su mujer, de Rodrigo y de Pelayo.

Tristes estaban los semblantes de todos, pero el del señor de San Lúcar y el de su esposa revelaban el mas intenso dolor. Procuraba encubrirlo con la máscara del disimulo el noble caballero, mas ella manifestábalo en su llanto.

—¿ Todo está preparado ? preguntaba don Alonso á sus amigos.

—Todo, contestó Pelayo, y no hay un solo hombre en Ta-

rifa que no aguarde con impaciencia la venida del dia.

Mucho temo, repuso el de San Lúcar, que tanto valor y lealtad sean estériles para conseguir nuestro deseo, y aun estoy indeciso en comprometer mañana las vidas de nuestros soldados y la seguridad de nuestra plaza por recobrar á mi hijo. Somos pocos, fatigados por el continuo trabajo y menguadas nuestras fuerzas por la escasez de los alimentos. Los sitiadores, por el contrario, son muchos, tienen abundantes vituallas, no han empleado hasta ahora sino una parte de sus fuerzas, y estimula su valor el interés del botin. No es igual el combate. Además, nada arriesgan ellos sino un nuevo descalabro, tras el que volverán á ocupar sus tiendas para probar nuevamente la fortuna, mientras que nosotros, si somos derrotados, ni conseguimos nuestro fin, ni podremos salvar la poblacion de que se harán dueños fácilmente.

—¿Y hemos de morir aquí, dijo Rodrigo, estenuados de hambre y sin haber probado la fortuna? ¿Y hemos de abandonar á vuestro hijo? ¿Por qué han de derrotarnos? ¿Son muchos? Nosotros somos mas valientes. ¿Los anima el botin? Nosotros vamos tambien tras de una joya de mas precio que cuanto puedan los musulmanes encontrar en Tarifa. No hay que vacilar, don Alonso; pelearemos hasta morir, no retrocederemos un solo paso y venceremos.

—Siempre el mismo, dijo Pelayo: impetuoso y confiado en su valor, sin pensar que todos, ni tienen sus fuerzas ni su aliento. Yo soy de opinion contraria á esta empresa: nada importa morir, pero despues, Tarifa quedaria por nuestros enemigos.

La esposa de don Alonso miró á Pelayo severamente, y despues de enjugar su llanto, le dijo:

—¿Qué vale Tarifa comparada con mi hijo?

—¿Y ese hijo, repuso con amargura su esposo, qué vale para el rey comparado con una plaza que en poder de sus enemigos puede ser hasta su ruina? ¿Qué le importa un vasallo mas ó menos, y un vasallo que es un niño, cuyas inclinaciones ignora, y que mañana podrá ser el mayor enemigo de su rey?

—¡Es mi hijo! exclamó la dama impetuosamente. ¿Qué os hace sentir su recuerdo?

—Yo, señora, siento y callo. A Tarifa vine para servir al rey, y aunque ansioso de venganza, nunca comprometeré á mi patria por abrazar á mi hijo. Noble nací, como ninguno leal, y en aras de mi deber, mi vida, mis afecciones, todo, todo sabré sacrificarlo. Como bueno hablais, don Pelayo; si de los avisos que mañana se reciban del campo enemigo puede temerse una derrota, suspenderemos la salida.

Doña Maria escondió el rostro entre las manos y abundantes lágrimas salieron de sus ojos.

—Teneis razon, dijo Rodrigo con despecho. ¡Vive Dios, don Alonso, que en el primer encuentro he de matar tantos enemigos que no podreis contarlos! ¡Y ese miserable don Juan, villano, mal nacido, es tan cobarde que no acepta vuestro reto! ¡Y lo insultais y no responde!... ¡Oh!... ¡Ese no es mi hermano, no es hijo del que me dió el sér!

—Tan cobarde como don Mendo que tampoco ha tenido valor para responder á vuestras provocaciones ni á las mias, añadió Pelayo.

—¡Don Mendo!... ¡Oh!... Alguna vez mi maza encontrará su cabeza.

—¿Me acompañais á recorrer las murallas? preguntó el de San Lúcar.

—Sí, contestaron sus amigos.

Y envolviéndose en sendas capas de paño, salieron seguidos de algunos hombres de armas.

Cuando estuvieron á alguna distancia de la casa, donde la oscuridad no permitia ver los rostros, una lágrima de intenso dolor humedeció las tostadas mejillas de don Alonso Perez de Guzman.

—Detente, corazon, dijo para sí; detente que antes que padre eres vasallo, y noble y leal primero que sensible.



CAPITULO II.

La amenaza.



Eran las diez de la mañana del siguiente dia, y don Alonso conferenciaba con sus amigos sobre la situacion apurada en que se encontraban y lo que deberian hacer con respecto á su plan de ejecutar una salida.

Largo rato llevaban de conversacion, cuando algunos soldados fueron á anunciarle que el infante don Juan, seguido de algunos caballeros marroquís, y llevando al hijo de don Alonso entre ellos, queria hablarle.

—¡A mi hijo! exclamó el padre infeliz. ¿Dónde están?

—A poca distancia de la muralla esperan vuestra contestacion.

—Corramos, señores, dijo el de San Lúcar.

Y apresuradamente dirigiéronse todos al punto que les indicaron; pero semejante acontecimiento no pudo permanecer tan reservado que dejase de llegar á oidos de doña Maria Coronel, á quien estaba peinando una de sus doncellas.

Suelto el blondo cabello, y como si no fuese dueña de su razon, corrió con tal prisa en seguimiento de su esposo, que llegó á la muralla antes de que este hubiese tenido tiempo de preguntar al infante lo que queria.

El sol brillaba en medio de un cielo puro: ni la mas ligera nube oscurecia sus dorados rayos.

Desde el borde de la maciza muralla descubríase el enemigo campamento como una laguna de plata. El brillo de las armaduras no dejaban ver otra cosa que bullidores reflejos de tan vivísimas luces, que mas que otra cosa parecian amontonadas estrellas que brotaban del suelo sin poder remontarse en el espacio.

Llegaba claro y distinto el bélico son de los instrumentos de guerra como si cantasen la futura victoria.

A poca distancia del muro veíase al infante don Juan armado de todas armas, y teniendo junto á sí á un hermosísimo niño cuya edad no pasaria de doce años.

Aquella interesante criatura era el retrato de doña Maria Coronel, su madre. Advertíase en sus azules ojos una espresion de lánguida tristeza que cuadraba mal con su rostro infantil. Con afanosa ternura contemplaba los ennegrecidos torreones que tan heróicamente defendia su padre, mientras que en el ceñudo rostro de don Juan, y en su mirada, como siempre inquieta, pintábase mas que nunca la perversidad de su corazon.

Cuando don Alonso se asomó á la muralla y vió á su hijo, parecióle que el corazon iba á saltarle del pecho, y sintió afluir á sus mejillas y á sus sienes toda su sangre. Cerró los

puños, hizo un esfuerzo sobrenatural, y comprimió con las manos convulsas su trastornada cabeza que habia olvidado cubrir con el pesado casco.

En aquel instante oyó tras sí un grito desgarrador, grito del alma herida, y volviendo el rostro encontró su mirada el lívido y descompuesto semblante de su esposa, que inmóviles las pupilas, desgarrando los párpados á fuerza de abrirlos, y oprimiéndose el corazon como para impedir que se rompiese en mil pedazos, contemplaba á su hijo como contempla una madre, con el alma en los ojos, con los ojos sin mas luz que el fruto de sus entrañas.

—¿Qué haceis, señora? le preguntó Guzman con balbuciente voz.

No oyó esta pregunta la noble dama, y permaneció inmóvil y sujeta por su doncella que parecia temer que su señora se arrojase desde el alto muro.

Tornóse don Alonso hácia el campo, y haciendo un nuevo esfuerzo, y despues de llamar en su auxilio todo su valor y su coraje, gritó con ronca voz:

—¿Qué quereis?

El infante levantó la cabeza con orgullo, y contestó con su natural laconismo:

—Entrégame la fortaleza de aquí á mañana, ó haré degollar á tu hijo en este mismo lugar.

Inyectáronse de sangre los ojos del señor de San Lúcar, y estendiendo los brazos con amenazador ademan, crispada su negra cabellera y agitado el pecho, dijo con tono descompuesto:

—Yo no puedo entregar lo que no es mio. ¿Por quién me tomas, villano miserable? ¿Quién te alucinó para creer que hay nada que doblegue mi lealtad? Corre á tu tienda, reune tus soldados y vuelve á llamar á la puerta de estos muros con la punta de tu traidor puñal. No guardan ellos solos á Tarifa; pechos castellanos son sus principales baluartes; prueba á romperlos y conocerás su dureza.

—Tu cederás, contestó el infante, cuando veas sobre la garganta de tu hijo el acero matador.

¡Sea completo el sacrificio! exclamó.

—¡Jamás! ¿Crées que me intimidan tus amenazas? ¡Toma, verdugo! gritó don Alonso fuera de sí. ¡Sino tienes acero con que consumar tu infame accion, toma mi cuchillo!

Y sacando de la vaina su afilado puñal, lo arrojó al campo enemigo con la fuerza de un loco.

—¡Sea completo el sacrificio! exclamó.

Levantó orgullosamente su noble cabeza, y quedó inmóvil.

Un grito unánime de horror escapóse á todos los que presenciaban aquel hecho sin ejemplo en la historia del mundo.

Doña Maria cayó sin sentido en los brazos de su doncella, y Rodrigo y Pelayo dejaron oir una imprecacion horrible, arrancada por la ira y el dolor.



CAPITULO III.

De cómo esperaban ansiosos los moradores de Tarifa la llegada del infante.



La mañana estaba fria. Pardas y espesas nubes velaban la luz del sol. En el interior de Tarifa reinaba un silencio imponente. No se oia el eco belicoso de los clarines. Los rostros de los guerreros habitantes de la plaza parecian mas tristes que de costumbre, y los soldados, en vez de entretener su ociosidad con los juegos, caminaban meditabundos, fruncido el ceño, lento el paso, torba la mirada y como si el pesar de una irreparable derrota los tuviese abatidos

ó despechados por faltarles la ocasion de la venganza.

Veíaseles de vez en cuando levantar la cabeza para calcular por la altura del sol la hora que seria; pero el sol estaba oculto por las nubes, y solo estas les daban á entender que habian enlutado el azul horizonte porque se preparaba un acontecimiento horrible, sin ejemplo en los pasados siglos, sin imitacion en los venideros; monstruoso aborto de la maldad humana; negacion inconcebible de las leyes de la naturaleza; sacrificio sin igual que solo era dado comprender al que se lo imponia; abnegacion, digna del mas grande de todos los héroes ó del mas bárbaro de todos los hombres, porque solo en uno de estos dos últimos puede caber el hecho memorable de Tarifa. No necesitaremos decir que á don Alonso Perez de Guzman el Bueno lo juzgamos como héroe, porque ya lo hemos presentado en el curso de nuestra historia como tipo de la mas elevada nobleza en todos sentidos. Y efectivamente, si se examinan los escasos antecedentes que el descuido de los pasados cronistas nos ha legado del señor de San Lúcar, no puede calificarse el hecho de este sino como el último grado de una lealtad que no es dado abrigarse sino en grandes corazones.

Don Alonso Perez de Guzman era rico, y tanto, que considerado por sus rentas, teníasele entonces por la primera ó la segunda casa de Castilla. No pudo moverle el interés, porque ninguna recompensa aceptó sino el dictado de *Bueno* añadido á su nombre por demas preclaro ya. Cuantos títulos posee la casa de los Guzmanes fueron adquiridos despues por él ó sus descendientes en los campos de batalla. Razones son estas bastantes para no atribuir á su denuedo otra mira que la de cumplir fielmente el juramento de defender á Tarifa con lealtad, sin embargo de que otras pueden presensarse en su apoyo.

Don Alonso se vió abandonado del rey á quien inútilmente pidió socorros de gente y dinero: la incuria de don Sancho llegó á tal punto que ni siquiera contestó á muchas cartas del de San Lúcar y este se vió precisado á recurrir al rey de

Aragon, pidiéndole en una elocuente y bien razonada carta algunos socorros. De ninguna parte los recibió, y sin embargo, con una escasísima fuerza sostuvo á Tarifa, y sacrificó al fin en beneficio de su patria la primera de sus afecciones.

No puede atribuirse su abnegacion á esa brutal ignorancia y falta de entendimiento que hace de valientes temerarios á algunos capitanes, porque los pocos documentos que acreditadamente se tienen por suyos, como son la carta dirijida al rey de Aragon, y algunos rasgos de nobleza de alma como mero particular, prueban que la naturaleza dotólo de tan buen entendimiento y esquisita sensibilidad, como animoso corazon: cualidades que rara vez se hermanan.

Atribuyen algunos críticos á un momento de arrebato el hecho de Tarifa. Este debió ser una accion meditada, hija de una terrible lucha, en la que triunfaron con sin igual heroismo la hidalguía y la lealtad castellanas. Por muy poco tiempo que el desdichado hijo de Guzman estuviese en poder del infante, punto sobre que toda congetura es aventurada, fué el suficiente para que el noble caballero se convenciese, á la primera reflexion, de que la vida de aquella criatura no podia salvarse sino á costa de la traicion, y si el arrojar su propio cuchillo fué una arrogancia nacida de la cólera, la decision de dejar morir á su hijo antes que entregar á Tarifa, no pudo ser, como hemos dicho, sino un hecho meditado.

Ya hemos dicho que la poblacion de Tarifa estaba silenciosa. No sucedia lo mismo en el campo que ocupaba el ejército sitiador. Veíanse en movimiento grandes masas de soldados que iban y venian, cambiaban de lugar, ú ordenábanse en largas filas. Resonaba el eco prolongado de los clarines, mezclado con el relincho de los fogosos corceles y choque no interrumpido de las armas contra las armaduras. Parecian prepararse á tentar nuevamente la fortuna con un asalto ó á recibir en campo abierto al enemigo.

Las once de la mañana serian y el movimiento cesó, quedando todos fijos en los puestos designados por los gefes.

Entre tanto las murallas de la plaza habian ido coronán-

dose de soldados que miraban afanosamente hácia el campamento marroquí. Todos los corazones palpitaban con violenlencia, ansiosos de que llegase el momento del desenlace de aquel terrible drama, y por otra parte temerosos de ver cumplir al traidor infante su amenaza sangrienta. Quien opinaba que don Alonso no tendria valor para dejar que corriese la inocente sangre de su hijo, y entregaria á Tarifa: quien pensaba que una vez dado el primer paso no retrocederia Guzman aunque supiese que, no la vida de un hijo, sino la de ciento, le costaria sostener su palabra.

Cuando pasó media hora y nadie del ejército enemigo se acercó á las murallas, creyeron muchos que don Juan habia desistido de su horrible proyecto, ó al menos lo habia aplazado.

Tal pensó la infeliz doña Maria Coronel, cuyo corazon de madre abrigó una esperanza dulcísima aunque leve.

Acababa don Alonso de recorrer toda la plaza, de dar órdenes á sus capitanes y de animar á los soldados, con tan sereno continente como si solo tuviera que temer el peligro de su persona. Habiase retirado á su posada acompañado de Pelayo y de Rodrigo, y acababa de comunicarles sus planes con respecto á la defensa de la poblacion.

El rostro del señor de San Lúcar estaba pálido en estremo, y una sombra de profnnda tristeza velaba sus ojos, haciendo mas imponente la espresion de su semblante, de suyo severa.

—Estas razones, decia á sus amigos, os convencerán de que tenemos que jugar el todo por el todo. El rey, ni nos socorre, ni aun contesta ya á mis cartas. Ya veis como se ha escusado el de Aragon: no estraño su conducta, porque si don Sancho abandona á los suyos, con mas razon el otro no debe interesarse por los agenos. Lucharemos con el hambre, pero sucumbiremos al fin, y Tarifa será de Jacob. Si el infante ha de saltar nuestras murallas, pisando nuestros cuerpos sin vida, muertos por la falta de alimentos, mejor es sucumbir en el campo de batalla, donde si la fortuna nos es ad-

versa, no haremos mas que abreviar algunos dias nuestra inevitable derrota, pero tendran que comprar nuestros enemigos con sangre la victoria.

—Sí, don Alonso, contestó impetuosamente Rodrigo, luchemos, luchemos que mas vale morir peleando como hombres, que encerrados en nuestras casas como mugeres. Así probaremos tambien á salvar á vuestro hijo.

—Ya es imposible salvarle, porque al primer amago de una derrota, lo degollarian sus asesinos. No hay que pensar en él: ya lo olvidé yo, y soy su padre: no me lo recordeis si no quereis avivar un tormento que yo solo puedo comprender.

—Ayer, dijo Pelayo, érais de distinta opinion, y yo como vos, porque habia la esperanza de que nos socorriese el de Aragon: hoy que no debemos alimentar esa esperanza porque su contestacion dice bastante, y por consiguiente, debemos arriesgarlo todo para salvarlo todo.

—Encargaos, pues, vosotros, repuso Guzman, de seguir animando á los nuestros. Dentro de dos horas, sino ocurre alguna novedad, á caballo y que Dios nos proteja.

Pelayo y Rodrigo se despidieron de don Alonso, y fueron á hacer los últimos preparativos.

El señor de San Lúcar, dando á su semblante cuanta apariencia de tranquilidad le fué posible, entró en el aposento de su afligida esposa.

Hallábase esta en un ancho sillon, con la cabeza apoyada en una de sus manos. Sus facciones estaban descompuestas, perdido el brillo de sus azules ojos y triste la mirada, dando mas dolorida espresion á su semblante el desórden de sus rúbios cabellos y el desaliño de su vestidura que consistia solamente en una túnica de lana negra. Su respiracion era desigual y parecia fatigada como si hubiese empleado todas sus fuerzas en un rudo trabajo. De sus ojos no salia una lágrima, sin duda porque el dolor las habia agotado.

Al recibir en la frente un beso de su esposo, dejó escapar un hondo suspiro que debió causarle gran dolor, porque oprimió el pecho con una de sus manos.

—¿Sabeis algo de nuestro hijo? preguntó.

—Nada, contestó Guzman; y ya que por muerto lo llorásteis, pensar en el que abrigan ahora vuestras entrañas. Si Dios quiere devolvérnoslo, nuestra alegría será mayor: no debemos abrigar una esperanza que se convertiria en nuevo y mas agudo dolor si perece á manos de don Juan.

—Ya ha pasado la hora en que ese asesino debia haber cumplido su criminal amenaza, y por mas que mi razon se esfuerza, no puedo desechar la esperanza que involuntariamente concibo de que no llevará á cabo su horrible plan. Vos sois padre, y cuando hayais visto remontarse el sol en el nublado horizonte, sin que corra la sangre de nuestro inocente hijo, á vuestro pesar habreis sentido dilatarse vuestro corazon con la esperanza, sin poder dominar esta con el razonamiento que acabais de hacerme.

—No he mirado al sol, sino al campo enemigo para contar sus soldados; y la esperanza ha dilatado mi corazon cuando he visto en cada defensor de Tarifa, un héroe invencible dispuesto á arrostrarlo todo en defensa de su patria y de su rey.

—¡De su rey que los abandona en el peligro!

—De su rey que es su señor y á quien no deben pedir cuentas: de su patria que es su madre y por quien están obligados á morir como buenos hijos.

—¿Y quién me devolverá el mio? ¿Con qué se compensa á una madre de la pérdida de un hijo?

—¿No veis, señora, sucumbir todos los dias bajo el acero enemigo á millares de valientes? ¿Vale acaso nuestro hijo mas, ni aun tanto, que cualquiera de ellos, á quienes la patria tiene que agradecer muchos servicios? ¿Por qué han de sacrificar sus vidas esos hombres, útiles al mundo, y ha de tener el privilegio de conservarla un niño que todo lo debe y á quien nadie debe nada? ¿Ha de haberse vertido la sangre de tantos leales para defender á Tarifa, y hemos de darla ahora á nuestros enemigos por economizar una gota de la un niño que se pierde sin aumentar los arroyos que han enrojecido esos cam-

pos? ¿Debe nuestro egoismo hacer estéril el sacrificio de tanta preciosa vida?

—Señor, dijo doña Maria levantando la cabeza, vos juzgais como soldado, y yo como madre.

—Pues acordaos de que pronto habeis de serlo, de que no os perteneceis porque la vida del que duerme en vuestras entreñas pende de vuestra vida. Si os dejais dominar por el dolor, y el dolor acaba vuestros dias, habreis asesinado vuestro segundo hijo como el infante asesina el primero. Decis bien; madre sois ante todo, conservad la existencia á ese ser que aun no ha visto la luz del mundo.

Cubrióse doña Maria el rostro con las manos, y un raudal de lágrimas humedeció sus mejillas.

Don Alonso prosiguió:

—Pensad, esposa mia, que mi dolor no puede desahogarse con el llanto, porque tengo que presentar serena la frente..... Yo soy padre.... y....

No pudo proseguir porque sintióse ahogado; pero haciendo esfuerzo, exclamó:

—¡Sois la esposa del señor de San Lúcar, y tenis que mostraros digna de vuestro nombre!

—Me mostraré, señor, dijo la desdichada levantándose como si la moviera un resorte.

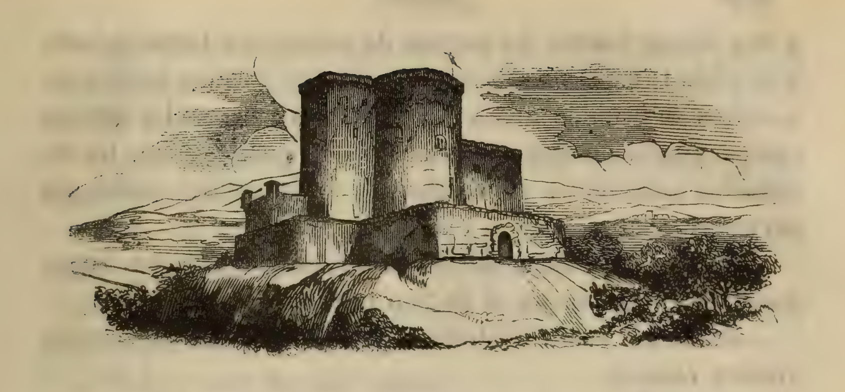
Luego enjugó su llanto.

—Dentro de algunos momentos, repuso Guzman, vais á presentaros ante vuestros sirvientes....

—Me sentaré á la mesa, interrumpió doña Maria, y les daré ejemplo de serenidad.

Y llamando á sus doncellas, mandó que la peinasen y la vistiesen.

Don Alonso se retiró á su aposento, tal vez á llorar por su perdido hijo.



CAPITULO IV.

Un corazon grande y un ruin corazon.



TOCABA el sol en el zenit. Su brillante faz, oculta tras una parda nube, asemejábase á un círculo de cobre. Soplaba un aire húmedo y frio. Volaban las pintadas aves en busca de sus nidos para guarecerse de la tormenta que ya anunciaban con sus destemplados graznidos los carnívoros grajos.

En una lujosa tienda del campamento marroquí estaban sentados sobre almohadones de terciopelo el infante don Juan

y don Mendo Garcia. La mirada de ambos era torva; adusta y terrible la espresion de sus semblantes. Vestian fuertes armaduras de bruñido acero, cubrian sus cabezas los férreos cascos, y parecian dispuestos á la pelea, porque hasta los escamados guanteletes encerraban en los movibles anillos sus nervudas manos.

—Ya veis, don Juan, decia el sobrino de don Lope, como mejor que vos conozco al de San Lúcar.

—Harto me pesa, contestó el infante, no haber seguido vuestro consejo.

—Quiera Dios que no tengamos que abandonar á Tarifa tras una derrota. Si ayer, al negarse don Alonso á entregar la plaza, hubiérais dado muerte á su hijo, hubiera hecho lo que hará hoy, salir á vengarlo, pero no como estarán ya, prevenidos y en buen órden, sino en confuso tropel su gente, que con ser poca hubiera sido fácilmente vencida. Ahora no, por que meditan desde ayer la venganza, y saldrán en compactas filas, obedecerán la voz de sus capitanes, y la rabia que hervirá en sus pechos, el odio reconcentrado multiplicará sus fuerzas y sus golpes. Ayer se hubiesen arrojado sobre nosotros cada cual aisladamente, ciegos por la cólera y sin pensar lo que arriesgaban; hoy tienen meditado el golpe, saben que la falta de union seria una derrota, pero una derrota irreparable, y pelearán como soldados valientes y no como desbandados tigres.

—Teneis razon, pero ya no es tiempo de retroceder.

—Sí, pensemos en el presente y dejemos el pasado. Nuestras gentes están ordenadas, marchemos sobre Tarifa y opongamos á la rabia de sus defensores el crecido número de los nuestros. Ya os he dicho que conozco mejor que vos á don Alonso; vos conoceis tambien á los castellanos; si en este encuentro no nos hacemos dueños de la plaza, alejémosnos de sus muros porque será en vano la constancia nuestra contra la lealtad del que sacrifica gustoso á su hijo por cumplir con su deber.

—¡Alejarnos de Tarifa!

—¿Qué hareis? Inútil será vuestra portia, y solo conseguireis mermar el ejército de Aben-Jucef hasta que no quede un solo hombre.

Quedó pensativo el infante y luego se escaparon de sus ojos dos centellas.

—¡Dios de Dios! exclamó. ¡Tras la cabeza del hijo yo haré rodar la del padre!

—Don Juan, no hay que perder tiempo; yo tengo tambien que vengar ofensas.

—Vamos, don Mendo, vamos.

Levantáronse de los mullidos cojines, y al entrar el infante en otro departamento de la tienda, dijo á Garcia:

—Dad, pues, la órden para marchar. Nosotros iremos delante segun hemos convenido.

Pocos momentos despues, el ejército marroquí marchaba hácia Tarifa al son no interrumpido de los clarines. Delante, y á alguna distancia, un grupo de soldados escoltaba al infan, te y á don Mendo Garcia. El primero llevaba sobre el arzon al hermoso hijo de Guzman. Agitaba el viento la dorada cabellera de la inocente criatura. Sus límpidos ojos se fijaban ya en Tarifa, ya en el encapotado cielo que, cual si llorase como madre tierna, dejaba caer algunas gotas de agua. Aquel niño debia tener un corazon como el de su padre, así como tenia la belleza física de su madre.

Cuando estuvieron cerca de la plaza, arrugóse la tersa y blanca frente del primogénito de San Lúcar, y fijando su mirada tranquila en don Juan, le dijo:

—¿Vais á matarme?

—Tu padre lo quiere.

Inclinó el niño la cabeza sobre el pecho, y permaneció mudo y pensativo por algunos instantes.

—¿Y mi madre? preguntó al fin.

—¿Qué me importa tu madre?

—¡Cuánto llorará! murmuró la criatura, pasando las manos por sus ojos para enjugar una lágrima.

Luego sacudió su hermosa cabeza, exhaló un suspiro, y

volvió á contemplar el cielo, despues de decir al infante:

—No me entristezco porque vais á matarme; es que siempre que mi madre llora, yo tambien lloro.

Estremecióse don Juan, y espoleó su corcel.

El ejército marroquí se detuvo, y las murallas se coronaron instantáneamente de soldados.

Reinó un profundo silencio.

El infante mandó tocar por tres veces, y en largos intérvalos, un clarin; pero ni el eco mas leve contestó desde la plaza. Entonces con acento descompuesto, gritó:

—¡Don Alonso, que la sangre de tu hijo caiga sobre tu cabeza!

El estravio de su mirada y la contraccion de su rostro, revelaban que el traidor homicida era presa de un vértigo que trastornaba su espíritu. Su convulsiva diestra hizo brillar fuera de la vaina su puñal, y enredando en los dedos de la siniestra los blondos cabellos de la inocente víctima, se dispuso á consumar el sacrificio.

El niño cruzó sus blancas manos, y sus espantados ojos se fijaron en don Juan.

—¡No me mateis! le dijo.

—¿Me darás á Tarifa? contestó el infante con ronca voz y mientras levantaba su asesino brazo.

—Dios os dará el cielo, repuso el niño con el acento de un ángel.

Don Juan permaneció inmóvil y silencioso.

—¿Vacilais? gritó don Mendo.

—¡No, vive Dios!

El eco del trueno respondió con su estampido al ¡ay! de muerte del hijo de don Alonso, y un grito unánime de horror salió del murado recinto.

Empezó á caer una espesa lluvia. El fuego de las centellas rasgaba las negras y espesas nubes. El tableteo del trueno armonizaba con el son de los clarines y la incesante griteria de los soldados castellanos. Todo era confusion en Tarifa. En vano intentaban los capitanes contener á los soldados que

corrian de un lado para otro de la villa, pidiendo venganza.

En aquellos momentos comia don Alonso.

—¿Qué sucede? preguntó levantándose.

Y cubriendo su cabeza con el casco, y empuñando su espada, salió á la calle seguido de algunos criados.

Apenas lo vieron los suyos, cuando rodeándolo, gritaron:

—¡Venganza, venganza! ¡El infante ha degollado á vuestro hijo!

—¡Venganza! repitió Rodrigo fuera de sí, que en aquel momento llegó acompañado de Pelayo.

Don Alonso miró con rostro sereno á su alrededor, y envainando su espada, dijo con pausado y tranquilo acento:

—Por Dios que me alterásteis: creí que se entraba la villa. (1)

Y luego, dirigiéndose á sus amigos, añadió:

—Que se cumplan mis órdenes, y que todo esté preparado para dentro de una hora en que habré concluido de comer.

Callaron todos confusos y como avergonzados de haber tenido la debilidad de horrorizarse.

Don Alonso volvió á su posada, y sentándose de nuevo á la mesa, dijo á su esposa:

—Con poco motivo se alborota nuestra gente. Han visto acercarse al ejército enemigo, y ya lo creian dentro de la villa. Yo me alegro, así tendremos menos camino que andar para encontrarlo.

—¿Llevais al fin á cabo, preguntó su esposa, el proyecto de vuestra salida?

---

(1) Garibay, Cap. LXII.—*Crei que era otra cosa: crei que los enemigos escalaban el muro.* Ortiz y Sanchez. Lib. X, cap. V.

Con poca diferencia todos los autores traen las mismas palabras.

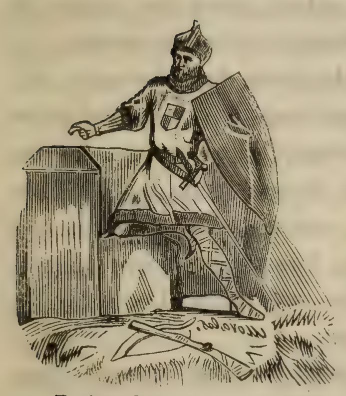
—Es indispensable.

—Sí, don Alonso, marchad, traedme á nuestro hijo. ¿No vais en su busca?

—Voy en defensa del rey y del honor castellano.



Conclusion.



SEGUIA la lluvia. Sucedíanse rápidamente el azulado fulgor de los relámpagos y el estampido pavoroso del trueno. Ahogáronse en el seno de la tempestad los roncos sones de los instrumentos de guerra. Relincharon los embravecidos corceles. Las ferradas puertas de Tarifa giraron, rechinando sobre sus goznes.

¿Quién es aquel caballero que armado de todas armas y á la cabeza de numerosos ginetes sale sobre un negro caballo de la villa? Su semblante revela el enojo; su diestra blande

airado un lanzon de dos hierros, y sus acicates se clavan en los hijares de su cabalgadura que parece mostrarse orgullosa llevando á su señor.

Es don Alonso Perez de Guzman, el mas leal y esforzado caballero que han conocido los siglos.

¿Y aquel otro, de rostro dc ángel, rúbia cabellera, que monta un potro blanco como la nieve, y que á pesar de sus débiles formas hace girar fácilmente sobre su cabeza una pesada maza de hierro? Cúbrese con un casco sin visera: una espesa cota envuelve todo su cuerpo, y mas parece que marcha á una fiesta que á una batalla. Otro camina á su lado, parece un gigante; si lleva armadura no se vé por ocultarla su túnica de fino paño escarlata bordada de oro. Es su barba negra, susmegillas están tostadas, y sus grandes y rasgados ojos tienen una mirada aterradora. Empuña descuidadamente su diestra un hacha que sin duda ha derribado muchas cabezas.

Son Rodrigo y Pelayo, que ansiosos de la venganza, creen que aun les falta mucho para llegar hasta sus enemigos.

Acercáronse al fin los ejércitos. Del castellano salió un rugido como si fuese un colosal leon; del marroquí partió una confusa griteria, y chocándose ambos como dos masas de acero, el estrépito de las armas dominó todas las voces.

La muerte arrancó innumerables ayes de dolorosa y desesperada agonía, y la rabia imprecaciones horribles que parecian desafiar hasta la misma tormenta que cubria tantos estragos. La sangre se mezcló con el agua de la lluvia, y enrojecidos los abundantes arroyos, aumentados á medida que se descargaban mortíferos golpes, formaron charcos donde los embravecidos corceles hundian sus patas al aplastar los cráneos de los que yacian en tierra.

¡Cuadro horrible donde no se veia mas que sangre, donde no se respiraba mas que la ira, donde no se oia mas que el estrépito de las armas y el crujido de los truenos!

Los marroquíes eran muchos, pocos los castellanos, pero mas decididos. Ni de la una ni de la otra parte cejaban un palmo de terreno.

La noche vino al fin, y la luz de los relámpagos dejó ver por intérvalos aquella escena.

—¡A mí, don Juan, traidor, villano! gritaba don Alonso atravesando pechos con su lanzon.

—¡A mí, don Mendo! repetia Pelayo, segando cabezas con su hacha.

—¡Todos á mí! exclamaba Rodrigo á la vez que su pesada maza aplastaba cuantos cráneos se ponian á su alcance.

Y los tres llevaban la muerte tras sí.

Al fin la constancia de los castellanos pudo mas que el número de sus enemigos, y estos empezaron á ceder.

—¡Victoria, victoria! ¡Animo, la victoria es nuestra! gritó don Alonso.

—¡Victoria por Castilla! se oyó repetir en todas partes.

Y estas voces acabaron de desanimar á los enemigos que emprendieron vergonzosa fuga.

Cuando los defensores de Tarifa hubieron andado algun trecho en persecucion de los marroquíes, vióse á la luz de un relámpago un caballero que se defendia desesperadamente de algunos soldados. Habia perdido su casco en la pelea, y por consiguiente mostraba su rostro. Al verlo Pelayo dió un grito de alegría y exclamó:

—¡Don Mendo!.... ¡Dejadlo, me pertenece!

Y se lanzó como una centella sobre el rival de Rodrigo.

Este siguió á Pelayo.

—¡Deteneos! gritó. ¡Es mi enemigo, no el vuestro; tengo que vengar á Maria!

—¡Ira de Satanás! exclamó el Duro. ¡Apartaos, don Rodrigo: yo juré castigar á este miserable á quien despacharé con un tajo de mi hacha! ¿Quereis que se nos escape como don Juan? ¡Atrás! ¡A mí, don Mendo, cobarde, villano!

El antiguo amante de doña Ines arrojó al suelo su casco, y prosiguió:

—Ya no os llevo ventaja; mi cabeza está tambien sin acero que la defienda; teneis un hacha como yo. ¡Defendeos!

Miráronse aquellos encarnizados enemigos, y en sus ojos manisfestaron cuanto sentian sus corazones.

Los que presenciaban aquella escena quedaron suspensos aguardando el resultado de tan singular combate.

Terribles golpes se descargaron; rechinó el ensangrentado filo de las hachas al chocar la una contra la otra ó al res. balar en las armaduras.

Don Mendo se defendia con la fuerza de un leon, pero el Duro le atacaba con la de un gigante.

Bien poco duró la pelea. Sin duda Pelayo vió la ocasion de acabar con su enemigo, porque al levantar su pesada arma y hacerla girar rápidamente sobre su cabaza, gritó:

—Os prometí mataros y cumplo mi palabra.

Tras el tableteo de un trueno crugió el cráneo del raptor de Esther, y dividida su cabeza en dos pedazos por el hacha de Pelayo el Duro, cayó, quedando colgado de un estribo, y fué arrastrado por la briosa yegua que montaba.

Poco á poco fué extinguiéndose el ruido de las armas y aumentándose los gritos de victoria. Mientras se perdian de vista los restos del ejército enemigo, los soldados castellanos entraban en las musulmanes tiendas y acababan de apagar su sed de venganza con el botin.

Cesó la tormenta. La faz tranquila de la luna disipó las negras y espesas nubes.

Dentro de los muros de Tarifa vertíase aquella noche el vino con tanta abundancia como habia corrido la sangre aquella tarde; y en tanto que los soldados celebraban la victoria con la embriaguez y las alegres canciones, sobre un alto torreon, iluminado por los resplandores de la luna, veíase á un hombre con la mirada fija en el cielo y los brazos estendidos como si intentara cojer un objeto que vagase en el espacio. Por sus tostadas megillas corrian abundantes lágrimas que iban á perderse en su espesa y negra barba.

—¡Hijo mio! exclamó con acento ahogado. ¡Qué hermoso estás!

Era don Alonso á quien sin duda el estravio del dolor-

representábale á su hijo en la mansion de los ángeles.

. . . .

Llegó á Toledo la noticia del memorable hecho de Tarifa, y el señor de San Lúcar recibió una carta, que nos ha conservado la historia, en la que el rey le llamaba *el Bueno*.

Tres meses despues, doña Maria Alfonso Coronel dió á luz un segundo hijo á quien llamaron don Juan Alonso, de esclarecida fama tambien por sus notables hechos y no desmentida lealtad.

Sucesivamente fueron adquiriendo los descendientes de esta ilustre familia, siempre á costa de su sangre, el condado de Niebla, el ducado de Medina Sidonia, el marquesado de Cazaza y los demas títulos y riquezas que posee.

FIN DE LA PARTE TERCERA Y ÚLTIMA.

INDICE.

PAJINAS.

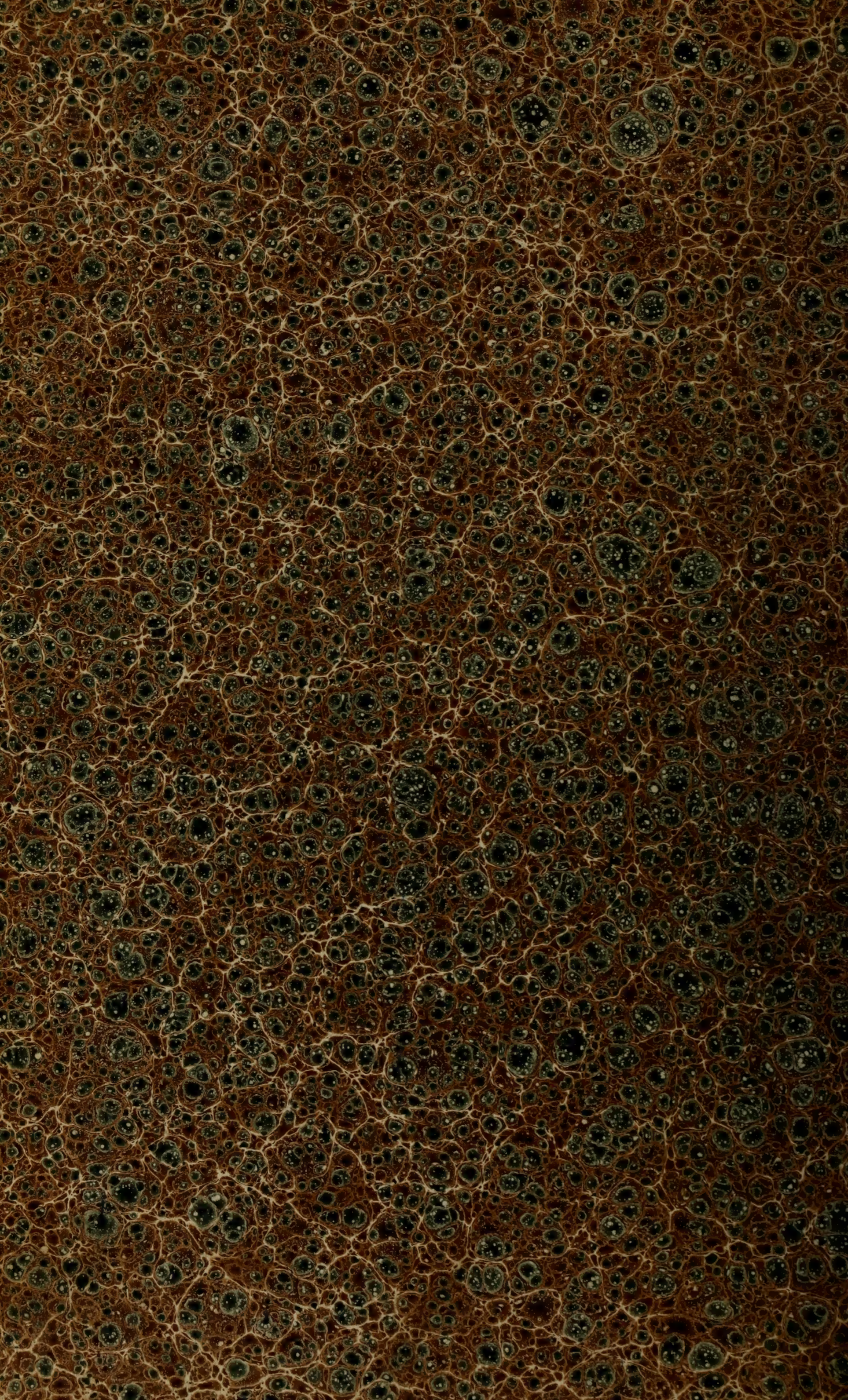
SEGUNDA PARTE.—DON SANCHO EL BRAVO.

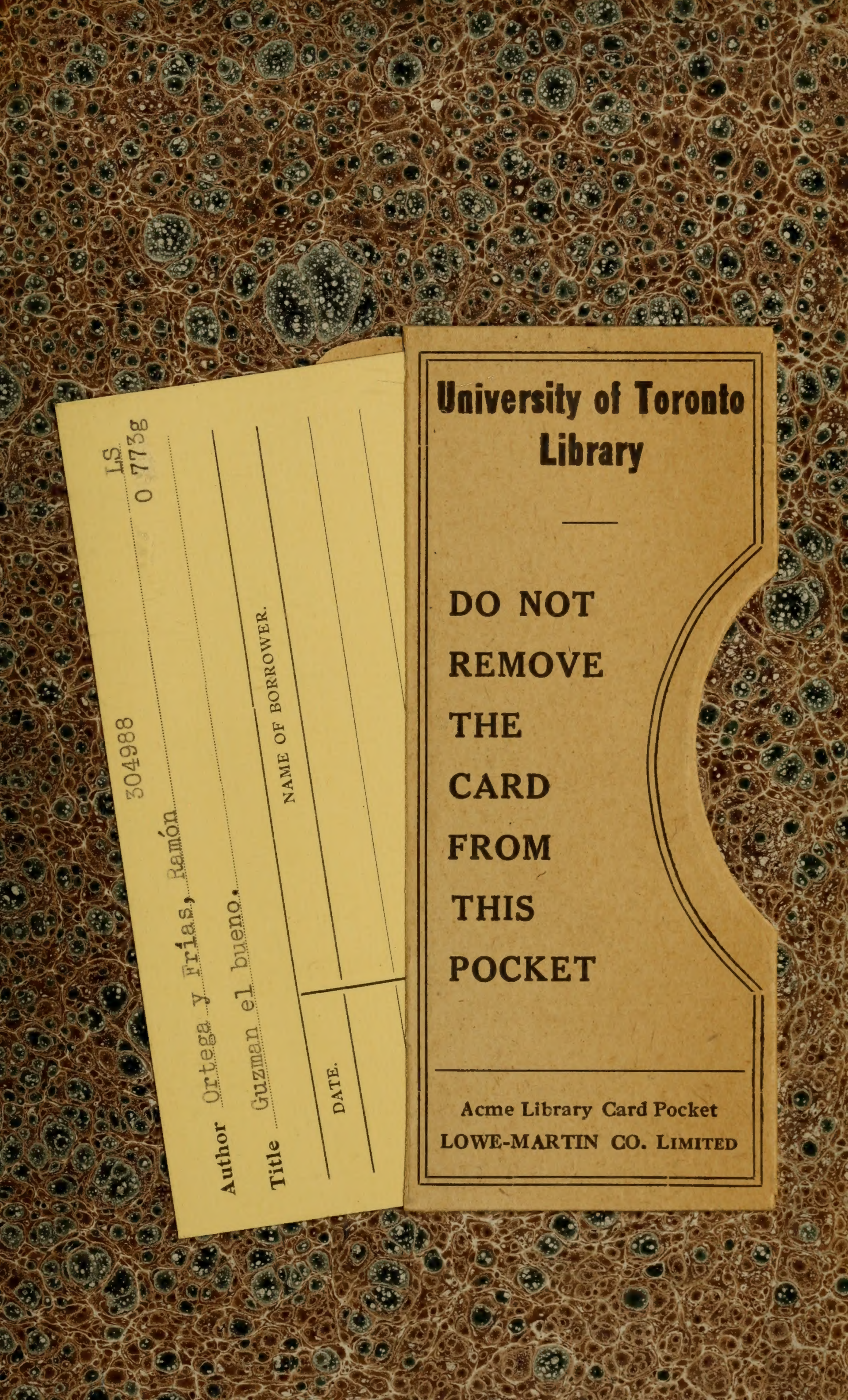
PAJINAS.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.







LS
O 773g
304988
Author Ortega y Frías, Ramón
Title Guzman el bueno.
NAME OF BORROWER.
DATE.
University of Toronto Library
DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

